



Prismas

Revista de historia intelectual

18₂₀₁₄

Artículos y reseñas. Argumentos: El historiador en traje de fiscal, por Marc Angenot. Dossier: 50 años de Pasado y presente. Lecturas: Carlo Ginzburg, por Perry Anderson.

Prismas

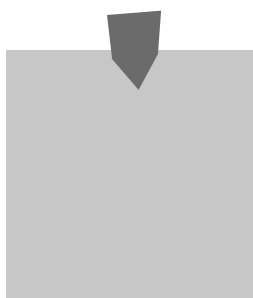
Revista de historia intelectual

18

2014



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
N° 18 / 2014

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Mario Lozano

Vicerrector: Alejandro Villar

Departamento de Ciencias Sociales

Director: Jorge Flores

Vicedirectora: Nancy Calvo

Centro de Historia Intelectual

Director: Adrián Gorelik

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 18, número 18, 2014

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahi Ballent, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Paltí, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Carlos Altamirano

Secretaría de redacción: Flavia Fiorucci y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, Cambridge University

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

Stefan Collini, Cambridge University

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Tulio Halperin Donghi, University of California at Berkeley

Martin Jay, University of California at Berkeley

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto, Universidad Nacional de Rosario/University of Florida

José Sazbón (1937-2008)

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde agosto 2010, fecha desde la cual es publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org. Además, está indexada en Latíndex y en el Hispanic American Periodical Index (HAPI).

En 2004 Prismas obtuvo una Mención en el Concurso "Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales", Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

La revista *Prismas* recibe la correspondencia, las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5807. Fax: (01) 4365 7101.

Correo electrónico: revistaprismas@gmail.com

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las "Instrucciones a los autores" en la página editorial de Prismas en el portal Scielo.

Índice

Artículos

- 11 *La historia como oficio. Un testimonio sobre l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, Tulio Halperin Donghi
- 29 *Representaciones de la barbarie europea y americana durante los siglos XVI y XVII*, Nicolás Kwiatkowski
- 63 *Entre la moral y la razón: la sociología histórica de Barrington Moore Jr.*, Diogo Ramada Curto, Nuno Domingos, Miguel Bandeira Jerónimo
- 99 *Radiografía del laberinto*, Christopher Domínguez Michael
- 111 *Onofroff en Buenos Aires (1895). Apogeo y caída de un ilusionista*, Mauro Sebastián Vallejo
- 133 *Francisco Barroetaveña: un caso de liberalismo ortodoxo*, Nahuel Ojeda Silva, Ezequiel Gallo

Argumentos

- 155 *El historiador en traje de fiscal. La noción de responsabilidad moral/jurídica en la historia*, Marc Angenot

Dossier

50 años de Pasado y Presente. Historia, perspectivas y legados

- 177 *Presentación*, María Jimena Montaña y Ricardo Martínez Mazzola
- 179 *Provincianos*, Adriana Petra
- 185 *El Partido Comunista argentino y la ruptura con los "muchachos" de la revista Pasado y Presente*, Laura Prado Acosta
- 189 *Marx siempre contemporáneo. Las operaciones de lectura de Pasado y Presente*, Martín Cortés
- 193 *El maoísmo en las iniciativas político-editoriales del grupo pasadopresentista (1963-1976)*, Adrián Celentano
- 199 *Más allá del principio de exclusión: Gramsci y Althusser en Pasado y Presente*, Marcelo Starcenbaum
- 205 *De Pasado y Presente a Comunicación y cultura. Variaciones en torno a la cuestión intelectual*, Mariano Zarowsky

- 209 *¿De la ilustración a la revolución? Apuntes sobre la actividad editorial de Pasado y Presente en los sesenta*, Diego García
- 217 *Ser o no ser. Qué hacer con Perón y el peronismo*, José M. Casco
- 221 *Controversia como legado de Pasado y Presente: la resignificación de una biblioteca teórico-política*, Matías Farías
- 227 *La política como promesa, el Estado como amenaza*, Ricardo Martínez Mazzola
- 233 *Tras las huellas de Pasado y Presente en La Ciudad Futura*, María Jimena Montaña
- 239 *Releer Pasado y Presente: ¿por qué, desde dónde y para qué?*, Omar Acha

Lecturas

- 245 *El poder de la anomalía*, Perry Anderson (sobre Carlo Ginzburg)

Reseñas

- 263 José Emilio Burucúa, *El mito de Ulises en el mundo moderno*, por Santiago Francisco Peña
- 266 Julián Verardi, *Tiempo histórico, capitalismo y modernidad*, por Nicolás Kwiatkowski
- 270 Franco Venturi, *Utopía y Reforma en la Ilustración*, por Martín P. González
- 274 Pablo Ortemberg, *Rituels du pouvoir à Lima. De la monarchie à la république (1735-1828)*, por Alejandro E. Gómez
- 278 Clément Thibaud, Gabriel Entin, Alejandro Gómez & Federica Morelli (dirs.), *L'Atlantique révolutionnaire. Une perspective ibéro-américaine*, por Gabriel Di Meglio
- 282 Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, por Fermín A. Rodríguez
- 285 Jeremy Adelman, *Worldly Philosopher. The Odyssey of Albert O. Hirschman*, por Elizabeth Jelin
- 289 Nicolau Sevcenko, *Orfeo extático en la metrópolis. San Pablo, sociedad y cultura en los febriles años veinte*, por Emiliano Gastón Sánchez
- 293 Jineth Ardila Ariza, *Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte*, por Sergio Andrés Salgado
- 296 Mariano Mestman y Mirta Varela (coords.), *Masas, pueblo, multitud en cine y televisión*, por Laura Ehrlich
- 300 Mariano Siskind, *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America*, por Alejandra Josiowicz
- 303 Esteban de Gori, *La República Patriota: Travesía de los imaginarios y de los lenguajes políticos en el pensamiento de Mariano Moreno*, por Elías Palti
- 305 Graciela Batticuore, *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución*, por Patricio Fontana
- 308 Hernán Pas, *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)*, por Claudia Roman
- 312 Lucio V. Mansilla, *El excursionista del planeta. Escritos de viaje* (selección y prólogo de Sandra Contreras), por Paola Cortes-Rocca
- 315 Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*, por Ana Lía Rey

- 318 Matthew B. Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, por Flavia Fiorucci
- 321 María Teresa Gramuglio, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, por Mariano Siskind
- 326 José Zanca, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina*, por Fernando J. Devoto
- 330 Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*, por Carlos Altamirano
- 333 Gustavo J. Nahmías, *La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política, 1969-1973*, por Sebastián Carassai
- 335 Martín Sivak, *Clarín, el gran diario argentino. Una historia*, por Nadia Koziner
- 339 Anna Popovitch, *In the Shadow of Althusser: Culture and Politics in Late Twentieth-Century Argentina*, por Marcelo Starcenbaum
- 342 Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, por Vicente Palermo
- 345 David Sheinin, *Consent of the Damned. Ordinary Argentiniens in the Dirty War*, por Sebastián Carassai

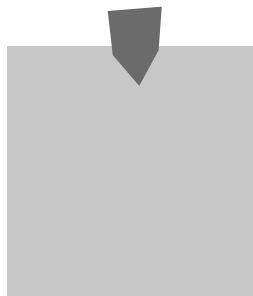
Fichas

- 319 Libros fichados: Reinhart Koselleck, *Sentido y repetición en la historia* / Friedrich H. Jacobi, Moses Mendelssohn, Thomas Wizenmann, Immanuel Kant, Johann W. Goethe, Johann G. Herder (Estudio preliminar, traducción, selección y notas a cargo de María Jimena Solé), *El ocaso de la ilustración. La polémica del spinozismo* / Jean-Ives Mollier, *La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea. Ensayos de historia cultural en Francia* / María Inés de Torres, *¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del Uruguay del siglo xix* / Claudio Lomnitz, *The Return of Comrade Ricardo Flores Magón* / Rodrigo Patto Sá Motta, Marcos Napolitano, Rodrigo Czajka (orgs.), *Comunistas brasileiros, cultura política e produção cultural* / Matías Giletta, *Sergio Bagú. Historia y sociedad en América latina. Una biografía intelectual* / Tulio Halperin Donghi, *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo xix* / Graciela Batticuore y Alejandra Laera (comps.), *Sarmiento en intersección. Literatura, cultura y política. Jornada de homenaje y otras lecturas fundamentales* / Melina Piglia, *Autos, rutas y turismo: el Automóvil Club Argentino y el Estado* / Ana Teresa Martínez, *Cultura, sociedad y poder en la Argentina. La modernización periférica de Santiago del Estero*

Obituarios

- 361 Maurice Agulhon (1926-2014), Pilar González Bernaldo
- 365 Richard Hoggart (1918-2014), Pablo Alabarces
- 369 Jacques Le Goff (1924-2014), Andrés G. Freijomil

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

La historia como oficio

*Un testimonio sobre l'École des Hautes Études
en Sciences Sociales**

Tulio Halperin Donghi

University of California at Berkeley

Quiero en primer lugar expresar todo mi agradecimiento por el honor que se me ha conferido al invitarme a cerrar las jornadas en las que esta institución, que me resulta difícil no seguir llamando, como lo hacía hace ya más de medio siglo, la Sexta Sección de la *École Pratique*, ha buscado aportar los elementos para un balance de los más recientes aportes historiográficos sobre las vicisitudes atravesadas por el mundo iberoamericano a lo largo de las diez décadas que separan a 1763 de ese año de 1865, en que a juicio de los organizadores del presente Encuentro vino a consumarse el lento y progresivo derrumbe de los dos imperios bajo cuya égida esa región del planeta había sido incorporada, por sus conquistadores castellanos y portugueses, a la órbita de la Europa romano-germánica.

Imagino que al conferirme ese honor algo abrumador los organizadores contaban sin duda con que mi contribución al diálogo se apoyaría en experiencias acumuladas desde que hace casi sesenta años crucé por primera vez el umbral del número 54 de la rue de Varenne, en cuyo tercer piso tenía entonces su sede –mucho más modesta de lo que de lejos la había imaginado– esa Sexta Sección en que me disponía a comenzar en serio mi aprendizaje del oficio de historiador. Hay una razón obvia que puede asegurar un cierto interés para esa contribución, y es que

* Este trabajo surge de la presentación que realizó Tulio Halperin en el coloquio *Los imperios del mundo atlántico en revolución. Una perspectiva transnacional (1763-1865)*, organizado entre el 28 y el 30 de junio de 2010 en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS, París). El coloquio tuvo, entre otros objetivos, el análisis de la pertinencia de la categoría de “mundo atlántico” para el espacio hispánico en un período de caída de los imperios y de formación de nuevas repúblicas en Hispanoamérica, y es de notar que la mayoría de los autores inscribieron sus trabajos en la cronología propuesta por Halperin Donghi en *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, obra publicada hace tres décadas en la que ya se analizaban las independencias en Hispanoamérica y en Brasil bajo una dinámica política atlántica. Halperin Donghi clausuró con una conferencia magistral el coloquio en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales con el texto presentado aquí que, a partir de una reflexión sobre la profesionalización del oficio del historiador, retoma debates y disputas historiográficos comentados en el encuentro de 2010. Seis décadas antes, el historiador había arribado a París para estudiar en la misma institución, llamada entonces la *VI^e section de l'École Pratique des Hautes Études*, y trabajar junto a Fernand Braudel: en los viajes en tren de Adrogué a la capital, Halperin había leído el libro de Braudel que José Luis Romero le había prestado, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (París, 1949). Aquella lectura y aquella “reorientación de la política española hacia el Atlántico” le provocarían, según sus palabras, un influjo abrumador (Tulio Halperin Donghi, *Son Memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 237). Una versión de este texto está incluida en el libro compilado por Clément Thibaud, Gabriel Entin, Federica Morelli y Alejandro Gómez, *L'Atlantique révolutionnaire. Une perspective ibéro-américaine*, Rennes, Les Péseides, 2013, pp. 503-525. [Nota de la redacción.]

esta proviene de quien ha sido, aunque fugazmente, testigo de una etapa decisiva en la trayectoria de la institución que me ha invitado a ofrecerla, que los participantes en estas jornadas solo conocen de oídas. Es sin embargo otra la razón que va a gravitar con mayor peso sobre lo que aquí tengo que decir, y es que mi experiencia es la de quien no buscó ocupar en esa institución sino un lugar marginal que le permitiría aprender, en el que se le antojaba el centro del mundo, los secretos del oficio que aspiraba a practicar en su remota tierra de origen.

Eso hace que la mirada que dirijo a la trayectoria de la historiografía acerca del tema de estas jornadas sea a la vez más cercana y más distante que la reflejada en las consideraciones que acompañan la invitación a participar en ellas. Más cercana, como se ha indicado ya, porque es la de un testigo directo; pero más distante, porque para ese testigo el legado de tradiciones acumulado desde la fundación de la *École* –que ha atravesado incólume los quiebres epistemológicos que se sucedieron desde entonces a lo largo de más de un siglo y fundan hoy los supuestos de un específico *art de faire* que no necesita fundamentar (ni aun explicitar) sus reglas para marcar con su huella los productos de quienes ejercen el oficio de historiador al abrigo de su ya venerable entramado institucional–, está lejos de ocupar el lugar central que tiene en el mundo de referencia de quienes desde aquí practican este oficio.

A esa distancia se debe sin duda que al presenciar esos debates no pudiera evitar proyectar la etapa historiográfica aquí explorada sobre un más amplio arco temporal, ubicándola en la historia más extensa de la institucionalización y profesionalización de la comunidad historiadora que a partir de las décadas centrales del siglo XIX iba a reivindicar para sí la tarea hasta entonces compartida por teólogos, juristas, filósofos políticos, hombres de Estado y caudillos guerreros, y que vino a introducir en la práctica historiográfica una radical innovación cuyo eco solo medio siglo más tarde alcanzó a hacerse oír en la remota América española.

Lo que me ha llevado a concentrar la atención en una dimensión del proceso aquí examinado es que para quienes buscábamos introducir esa misma innovación en una tierra entonces marginal que aspiraba ya a dejar de serlo, la narrativa del nacimiento y avance de la historiografía como actividad profesional tiene su punto de partida en 1910. Fue en ese año que los gobernantes de los estados sucesores del imperio español, desde la ciudad de México hasta Buenos Aires, utilizaron las celebraciones del primer centenario de las revoluciones que les dieron origen para desplegar, tanto ante la opinión de las naciones más adelantadas del planeta como ante las masas a cuya elevación aspiraban, los frutos de sus esfuerzos por implantar en el ingrato suelo de Hispanoamérica un puñado de naciones situadas, también ellas –como las que habían tomado por modelo–, en la vanguardia de la civilización. Los diminutos núcleos que aspiraban a arraigar en ese mismo ingrato suelo comunidades historiadoras modeladas sobre las que ya habían alcanzado la madurez en la Europa romano-germánica buscaron establecer con estas una relación inevitablemente sesgada, propia de discípulos que a medida que intentaban aplicar las lecciones que les llegaban de sus remotos maestros, advertían cada vez más nítidamente todo lo que separaba el contexto en que intentaban replicar su hazaña del que la había hecho posible en el Viejo Mundo. Y advertirlo se hacía particularmente fácil cuando se trataba de una temática como la encarada en las presentes jornadas, en que se extrema la distancia entre quienes desde el Viejo Mundo ven en ella un tópico más en la historia de la expansión europea abierta en el ocaso de la Edad Media, y que en 1910 apenas comenzaba a encontrar barreras a su avance, y los que en esas repúblicas en que no habían terminado de cuajar estados-naciones, acababan de ser invitados a organizar su narrativa como la de la génesis de nacionalidades que no se habían aún perfilado del todo.

Y esa distancia, que no se ha acertado desde entonces, me hizo fijar la atención en un rasgo que sugiere que no solo en cuanto al tema aquí tratado nuestra disciplina afronta hoy un desafío del todo comparable al que superó mediante la creación de una profesionalizada comunidad historiadora que aspiró a reemplazar en la tarea de narrar la historia a quienes por más de dos milenios habían comenzado por hacerla. Tal rasgo era que esa propuesta proclamó insuficiente el enfoque de quienes elaboraron la versión canónica del tránsito de los imperios a las naciones que subtendió las celebraciones de 1910; enfoque al que achacaban haberse apoyado en un paradigma interpretativo muy cercano al que caracterizó y a la vez descalificó en 1931 Herbert Butterfield en su agrio ajuste de cuentas con la que llamó visión *whig* de la historia de la nación inglesa (Butterfield reprochaba a esa visión haber construido su narrativa a partir de un futuro que desde el momento inicial de ese proceso habría gravitado ya como causa final de ese avance casi milenario).¹ Lejos de promover como Butterfield una visión alternativa, no menos ambiciosa, lejos de ofrecer una clave universal para esa historia, nuestros invitantes han preferido objetarle la presencia en esa Hispanomérica en difícil transición, de vastas zonas de realidad que la visión que había inspirado las celebraciones de 1910 había mantenido en la sombra, y cuya exploración es abordada en un conjunto de investigaciones agrupadas en torno a un haz algo disperso de temas; en suma, tras derribar un paradigma no buscaron sustituirlo con otro paradigma sino con una infinitamente ampliable agenda de investigaciones.

Si señalo este hecho evidente no es por cierto para acusar a mis colegas de estar hurtando el cuerpo a una tarea que sería su deber encarar de frente, sino para preguntarme por qué, en efecto, no han querido afrontarla y si no se debe acaso a que en este mundo en que nos toca vivir les resultaría imposible llevarla adelante con éxito. Si este es el caso, no sería esta la primera oportunidad en que la comunidad historiadora encontró una manera de adaptarse a esa imposibilidad: en el siglo XIX el fruto de sus esfuerzos en ese sentido fue la elaboración del que iba a ser reconocido como el método histórico por antonomasia, canonizado al fin de esa centuria por Bernheim en Alemania y por Langlois y Seignobos en Francia. En sus orígenes alemanes el contexto en que ese método iba a forjarse estaba dominado por el vacío dejado por la abolición del marco imperial que había encuadrado por más de mil años la historia de las tierras alemanas, anticipando para ellas un futuro erizado de conflictos de desenlace imprevisible. Los dilemas que ello planteaba dieron su fruto en la articulación de dos escuelas históricas que –del mismo modo que la *whig* vilipendiada por Butterfield– construían su narrativa a partir del futuro, pero en este caso, a partir de dos futuros entre sí incompatibles; mientras la escuela de la Gran Alemania asignaba al Imperio Austríaco, sucesor y heredero del Sacro Imperio Romano, el papel de núcleo dominante en la futura ordenación política de las tierras alemanas, la de la Pequeña Alemania, que dejaba fuera de sus confines el patrimonio territorial de la casa de Habsburgo, asignaba ese mismo papel al reino de Prusia, precisamente cuando el dilema frente al cual esos historiadores habían apasionadamente tomado partido se preparaba a ser zanjado por la fuerza de las armas. Puestos a explorar el pasado a partir de esas opuestas premisas, los seguidores de ambas corrientes historiográficas, movilizados por las pasiones que en ellos despertaron los conflictos del presente y les inspiraron sus opuestos proyectos de futuro, no podían sino buscar en él las huellas de dos pasados también ellos divergentes, seleccio-

¹ Herbert Butterfield, *The Whig Interpretation of History*, Londres, G. Bell and sons, 1931.

nando en el curso de diez siglos de historia romano-germánica dos repertorios también distintos de temas relevantes al de cada una de esas dos futuras Alemanias.

Parecía imposible reunir a esos enconados rivales en una cofradía capaz de fijar para sus integrantes criterios de validación profesional universalmente aceptados porque se apoyaban en criterios de verdad tenidos por válidos por todos ellos. Fue esa sin embargo la hazaña de Ranke, y lo que la hizo posible fue que quien iba a ser en el futuro recusado más de una vez como incapaz, cuando dirigía su mirada al pasado, de elevarse más allá de la constatación empírica de que ciertos hechos habían en efecto ocurrido, había comprendido instintivamente las razones por las cuales quienes se descubrían viviendo en un mundo que había perdido toda certeza acerca del futuro solo podían hacer historia de esa manera. El desgarramiento que dividía a la cofradía historiadora alemana en el momento mismo en que se constituía en un grupo profesional era solo un síntoma de un problema más general, reflejado en el *impasse* en que había encerrado a la filosofía de la historia la postulación por parte de Hegel de que con la integración superadora del legado de la Revolución Francesa la entera experiencia histórica de la humanidad, que él mismo había transmutado en clave filosófica en su propia obra, había alcanzado su punto de llegada, y tropezado con ello contra un límite insuperable. Pero los veinte años de historia que siguieron a la muerte de Hegel en 1831 hicieron cada vez más insostenible la noción de que lo que hacía imposible pero también innecesario recurrir a la guía de una filosofía de la historia era que bajo la égida del orden instaurado por el Congreso de Viena la humanidad hubiera alcanzado la plenitud de los tiempos; para entonces era ya evidente que la historia no se había cerrado en el punto postulado por Hegel, pero también que aunque quienes habían tomado a su cargo narrarla seguían haciéndolo guiados por variadas visiones del futuro hacia el cual aspiraban verla encaminarse, era ya imposible seguir vaciando esas visiones en el molde de una filosofía de la historia. Entre los discípulos que se disputaban el manto del maestro nadie lo advirtió más claramente que Marx, y a la lucidez con que supo advertirlo, debió mucho sin duda la gravitación que su pensamiento iba a retener por más de un siglo.

El curso tomado por las tormentas de 1848 que comenzaron por quebrar las barreras erigidas por el Congreso de Viena contra cualquier retorno ofensivo del espíritu revolucionario, que resurgía remozado bajo las banderas del liberalismo, la democracia y el principio de nacionalidad, abrió camino a un desenlace en que el fracaso de las revoluciones de ese año no les impidió hacer radicalmente imposible cualquier restauración lisa y llana de la situación previa a su estallido, dejando el campo abierto a soluciones antes impensables, en que lo antiguo y lo nuevo se combinaban sobre las pautas más diversas, previsiblemente destinadas, por otra parte, a sufrir en el futuro nuevas e igualmente impredecibles re combinaciones. Estando así las cosas, frente a ese futuro solamente cabía una sincera confesión de ignorancia, y Ranke supo sacar las conclusiones que de ello se imponían en cuanto a la tarea del historiador. Lo hizo en 1854, en el curso de las conferencias que pronunció ante Maximiliano de Baviera, en términos sabiamente escogidos para no alarmar a ese público de elite. La tarea del historiador –proclamó allí– era narrar cómo propiamente habían ocurrido las cosas y ello lo obligaba a considerar cada época en sí misma, “como ante Dios”.

Esa fórmula velaba pero no ocultaba la extrema radicalidad de su propuesta: ella no solo auspiciaba la ruptura con las filosofías de la historia en boga en la primera mitad del siglo, sino con la madre de todas ellas: la tan antigua como el cristianismo que había organizado la entera historia de la humanidad sobre la tierra en un *grand récit* de caída y redención que había tenido

su punto de partida en el jardín del Edén y su punto culminante en el Gólgota, y cuyo futuro desenlace debía tener por teatro el valle de Josafat.

De este modo, Ranke renunciaba a caracterizar tanto descriptiva como normativamente la tarea de la comunidad historiadora a partir de los rasgos del sector de realidad que le tocaba explorar; en cuanto a esto último sus integrantes eran libres de sostener las opiniones más variadas, mientras coincidieran en aplicar a la investigación de los hechos de los hombres un método que les debía permitir alcanzar conclusiones válidas también para quienes no las compartían. En una época en que las nuevas ciencias humanas aspiraban a ser también ellas ciencias de leyes, esa modestia de aspiraciones podía parecer escandalosa, y el escándalo se agravaba cuando se descubría que las descripciones de ese específico *modus operandi* del historiador estaban más cerca de las instrucciones que pueden esperarse de un maestro artesano que de las que en otras disciplinas de más reciente invención daban lugar a intrincados debates epistemológicos. Pero el hecho es que con estos instrumentos y estos criterios en la segunda mitad del siglo XIX ese modo de hacer historia se transformó en norma para la entera Europa, y la expansión que nuestra milenaria disciplina conoció bajo su signo hizo que, al cerrarse, ese siglo fuese celebrado como el de la historia.

Ese vertiginoso avance incorporó al territorio del historiador la entera experiencia de la humanidad desde el origen de los tiempos, y logró hacer de ese método que imponía tan toscos criterios de validez la piedra de toque tanto para las conclusiones alcanzadas por las disciplinas teológicas que invocaban a su favor una fuente de autoridad más que humana cuanto para las propuestas por las nacientes ciencias sociales.

Es en el primero de esos campos donde se percibe mejor el alcance preciso del desafío que el recurso al método histórico significaba para la entera enciclopedia del saber. Hacía siglos ya que la apologética católica había enfrentado los ataques de quienes sencillamente negaban el origen más que humano de los textos sagrados; ahora afrontaba otro muy distinto de parte de los seguidores de un método que, sin entrar a discutir si esos textos eran o no fruto de una inspiración de lo alto, los examinaba con los mismos criterios que aplicaba a los que no aspiraban a un origen tan exaltado. Su primera respuesta fue un rechazo tan cerrado como el que había opuesto a quienes derechamente les negaban ese origen, pero pronto iba a descubrir que para fundamentar de modo convincente ese rechazo necesitaba aplicar también ella esos mismos criterios. Quienes primero avanzaron por ese camino fueron recibidos con escándalo, y los más audaces sufrieron duros castigos, pero unas décadas más tarde se asistiría a la creación por el Vaticano de institutos de investigación histórica acerca del origen de textos cuyo carácter inspirado seguía por otra parte reivindicando. Pero si esa nueva táctica defensiva permitía a la Iglesia seguir reivindicando una autoridad de origen divino para sus textos canónicos, la aplicación de esos mismos métodos al examen de la entera trayectoria de la institución eclesiástica, difícilmente objetable por quienes la habían aceptado ya para lo que su patrimonio ideal tiene de más sagrado, vino a crear crecientes zonas de incertidumbre en cuanto al papel de la Iglesia en el mundo terrenal, reflejadas en discrepancias que la autoridad de los ocupantes del trono pontificio (cuyos alcances habían sido desde la antigüedad tema de vivas disputas, agudizadas desde que las nociones heredadas acerca del pasado de la Iglesia se vieron sometidas a un examen crítico cada vez más sistemático), no lograría eliminar con la antigua eficacia.

En el campo de las nuevas ciencias sociales y humanas, la extrema complejidad de los procesos por ellas estudiados, que la indagación histórica apoyada en ese método había venido a revelar, dio lugar a discrepancias en cuanto a si era posible volcarlas en el molde de las exac-

tas y naturales, o si requerían enfoques totalmente distintos, capaces de captar esos procesos en lo que tienen de más peculiar; de nuevo la consecuencia fue la creación de zonas de incertidumbre en las cuales la discrepancia se revelaba también ineliminable, pero era aquí aceptada sin escándalo. De este modo la aceptación por parte de esas nuevas ciencias del compromiso de partir de datos rigurosamente pasados por la criba del método histórico puso las bases de una *concordia discors* que hizo posible una constante ampliación de la agenda de temas y problemas que el historiador ahora compartía con los cultores de disciplinas que aspiraban a ir más allá de establecer cómo propiamente habían sucedido las cosas.

Pero pronto se hizo evidente que tampoco para el historiador la adopción de ese método se acompañaba de una rígida adhesión a la consigna de Ranke, que imponía considerar cada época en sí misma, y en este punto el mismo Ranke dio el ejemplo, cuando proclamó tema central de un milenio de historia romano-germánica la relación conflictiva entre poder temporal y poder espiritual, con lo que venía a proponer una clave capaz de dar cuenta no solo de las peculiaridades de cada una de las épocas que se sucedieron a lo largo de ese milenio sino de las modalidades de su articulación en un proceso temporal que las abarcaba a todas. Y si ese avance de la mirada del historiador hacia las múltiples dimensiones de la actividad humana que hasta entonces había ignorado lo enfrentaba a un objeto de estudio cuya extrema complejidad le imponía abordarlo con un espíritu distinto del de las nuevas ciencias que estaban compartimentando ese vasto territorio, a su vez los cultores de esas ciencias resistían mal la tentación de exceder los límites que estas se habían fijado, con lo que en los hechos se tejió entre unos y otros una red de diálogos en que un temario cada vez más abigarrado era abordado en orden disperso.

En esos diálogos, la seguridad acerca del futuro que había inspirado a las filosofías de la historia abrió gradualmente paso a una cada vez más intensa preocupación sobre el futuro. Y se entiende por qué: mientras las tensiones que habían aflorado en 1848 entre las corrientes que impulsaban las hondas transformaciones en curso se exasperaban peligrosamente cada día, los cambios que ellas habían inducido seguían avanzando y profundizándose con ritmo vertiginoso; cuando finalmente ese ciego impulso hacia adelante desembocó en la gran guerra de 1914-1919, hacía ya un cuarto de siglo que los mismos que colaboraban con entusiasmo en una exploración de la experiencia humana en el planeta, dispuesta a avanzar en todas las direcciones posibles, eran cada vez más invadidos por los sombríos presagios que esa guerra sin medida común con ninguna del pasado vendría a confirmar con creces.

Y fue precisamente en ese momento, y bajo esos ambiguos auspicios, cuando en las naciones que buscaban emerger en los estados sucesores de la monarquía católica se dieron los primeros pasos en la formación de cofradías historiadoras. Desde esta orilla del Atlántico, la cada vez más alarmada perplejidad que caracterizaba al temple colectivo reinante en el Viejo Mundo no alcanzó a corroer la fe puesta en un programa de construcción de nuevas naciones sobre el modelo de las que no era seguro que no se encaminaran a la catástrofe, pero restó al perfil de ese modelo mucho de su nitidez originaria; y en cuanto a esto, puesto que Francia seguía ocupando el lugar central en la visión hispanoamericana de la Europa sobre la que esas naciones aspiraban a modelarse, fueron las modalidades que esas transformaciones en el clima colectivo habían desplegado en el ámbito francés las que marcaron con su signo las que habían avanzado en paralelo en Hispanoamérica.

Un par de libros publicados en 1912 y 1913 por el peruano Francisco García Calderón reflejan acabadamente el fruto de esas paulatinas modificaciones del clima de ideas en ambas

orillas del Atlántico. Mientras el programa de construcción de nacionalidades sigue siendo el madurado a mediados del siglo anterior, casi nada sobrevive de la visión de la historia y de la sociedad en que se habían apoyado quienes primero lo habían adoptado. En *Les démocraties latines d'Amérique*² los caudillos y las oligarquías que guían a sus pueblos en su avance hacia la civilización moderna son los herederos y continuadores de los conquistadores cuyas sangrientas hazañas –que habían incorporado la que hasta entonces había sido *terra incognita* a la órbita de la Europa cristiana– el mismo García Calderón evocaría un año más tarde en *La creación de un continente*.³ Lejos de atribuirles el algo inverosímil papel de héroes culturales abnegadamente consagrados a una empresa civilizadora, los presenta como superhombres nietzscheanos a los que solo son capaces de hacer justicia quienes se ubican, como ellos mismos instintivamente lo han hecho, más allá del bien y del mal.

Esa transformación en el perfil de los héroes fundadores se corresponde con la que se ha producido también en la imagen del orden mundial en el que desde hacía ya tres cuartos de siglo Hispanoamérica aspiraba a integrarse; había quedado atrás la ilusión de que el avance de la civilización industrial relegaría definitivamente al pasado los tiempos en que la guerra había sido el medio por excelencia de modificar las pautas de distribución de prestigio, poder y riqueza entre las naciones. En 1912 aparece ya como inminente el conflicto que ha de decidir en los campos de batalla cuál de las tres razas que se disputan la primacía en Europa ha de prevalecer sobre sus rivales, y en ese marco las perspectivas de futuro de la latina, cuyo pasado predominio ha sufrido ya golpes muy serios como consecuencia del avance científico y tecnológico de la germánica y del demográfico de la eslava, son muy poco tranquilizadoras, pero –tal como arguye Raymond Poincaré, el futuro Presidente de la Victoria, en el prólogo con que presentó *La démocratie* al público francés–, el ingreso en la escena mundial de las naciones latinas del Nuevo Mundo podría modificar radicalmente ese equilibrio de fuerzas cada vez más desfavorable a las naciones herederas de Roma.

Tal era el clima colectivo en cuyo marco iban a darse las primeras tentativas anunciadoras de que Hispanoamérica estaba por alcanzar la profesionalización del oficio de historiador, en el que había sido un aspecto esencial la metamorfosis comenzada en el Viejo Mundo a mediados de la centuria anterior. La iniciativa partió de esas elites políticas, celebradas por García Calderón en el espíritu de los nuevos tiempos, en la Argentina y en el Uruguay, países que en medio de un proceso de modernización más avanzado que en el resto del subcontinente habían decidido hacer de la difusión de la enseñanza elemental el medio por excelencia que habría de acelerar la maduración de una alerta conciencia nacional en el seno de las masas populares, con la creación de un mercado inesperadamente amplio para quienes se revelaran capaces de ofrecer una convincente narrativa de la génesis de la nacionalidad a un público infantil y adolescente (en la Argentina los manuales de historia patria del profesor normal Alfredo B. Grosso alcanzaron en cuarenta años más de un millón de lectores). Pero en todas esas iniciativas se reclutaron expertos capaces de desenterrar de los archivos los documentos que necesitaban esgrimir en los conflictos de límites que iban a multiplicarse desde que los estados sucesores se acercaron a completar la ocupación efectiva de su territorio, cuyo auxilio se hacía imprescindible para esas elites cuando –como ocurría cada vez con mayor frecuencia– los litigantes

² Francisco García Calderón, *Les démocraties latines d'Amérique*, París, Flammarion, 1912.

³ Francisco García Calderón, *La creación de un continente*, París, Ollendorf, 1913.

acudían, en busca de esquivar un conflicto armado, al arbitraje del soberano inglés o español, o del presidente de los Estados Unidos.

Como ya había ocurrido en Hispanoamérica bajo la égida de la monarquía ilustrada, el Estado venía de este modo a llenar el vacío dejado por una sociedad civil demasiado pasiva, y así volvería a ocurrir muy pronto, cuando la incorporación de la historia nacional y americana al currículum de las nuevas facultades de humanidades abriera el camino a una nueva etapa en la profesionalización de la tarea de los historiadores; y de nuevo en los años de entreguerras, cuando ese mismo Estado creó sobre el modelo español academias que conferían a sus miembros una suerte de certificado de competencia en el campo historiográfico; y todavía al abrirse la segunda posguerra, cuando incluyó las ciencias sociales y humanas entre aquellas cuyo fomento tomarían a su cargo los organismos creados sobre el modelo de los que por entonces centralizaron en Francia, España e Italia la antes dispersa acción del Estado en ese terreno.

Para entonces, en todo el subcontinente la pasividad de la sociedad civil era ya cosa del pasado, y desde que las fracturas dentro de ella se tradujeron en conflictos políticos que unos estados mal preparados para afrontarlos intentaban zanjar por acto de imperio, las tensiones que esa situación introducía dentro de la naciente comunidad historiadora, y entre esta y los dueños del poder político, recordaban las que en el Viejo Mundo habían afrontado en el siglo XIX. Tales episodios, que remiten al que culminó en la destitución de los siete profesores de Göttingen por el soberano de Hannover y en la de Jules Michelet por las autoridades del Segundo Imperio, han venido sucediéndose en Hispanoamérica hasta el presente, acompañados desde que se ha abierto el nuevo milenio por otros derivados de la imposición, por parte de los regímenes neopopulistas en la región, de una ideología de Estado de líneas mucho menos precisas que la marxista-leninista adoptada en la Cuba socialista desde la década de 1960, pero no menos ambiciosa que esta en determinar –también aquí por acto de imperio– las líneas de avance de la investigación histórica.

Mientras hasta la segunda posguerra Europa occidental conoció episodios semejantes y aun más graves, a partir de ella la institucionalización de la comunidad historiadora le permitió atravesar con mínimo daño los más fuertes cimbronazos de una etapa que no estuvo libre de fuertes tormentas. En cuanto a esto el ejemplo lo tenemos a la vista: es el del apenas perceptible impacto que alcanzó sobre la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* la transición entre la Cuarta y la Quinta República, pese a que esta trajo consigo una más profunda transformación de las instituciones del Estado francés que la que había acompañado la metamorfosis de la Segunda República en Segundo Imperio, avanzando en medio de conflictos que en un par de ocasiones rozaron peligrosamente la guerra civil (como la rebelión de los generales, que por un momento prometió ofrecer a André Malraux la oportunidad de reverdecer los laureles que había conquistado en la guerra que había devastado a España).

La levedad de ese impacto externo contrasta con la intensidad que iba a alcanzar el de las tormentas del '68, y no tanto porque mientras estas arreciaron esa institución jerárquica y autoritaria vivió en estado de asamblea (las huellas de esa inesperada innovación iban a desvanecerse rápidamente), sino porque en esas tormentas comenzaron a hacerse sentir las consecuencias no previstas de la transformación de las universidades en instituciones de masas: desde entonces estas iban a afectar cada vez más profundamente al entero aparato de enseñanza e investigación que se había organizado en la segunda posguerra para encuadrar a esas crecientes muchedumbres.

Así considerada, la deriva proféticamente anunciada para ese aparato por las tormentas del '68 refleja las modalidades que alcanzó en el sector el hecho de que ese aparato encuadrara la brusca transición entre la etapa abierta por el fin de la Segunda Gran Guerra –la de las *Trente Glorieuses* en que economías y sociedades conocieron avances capaces de inspirar la euforia colectiva reflejada en la consigna “*soyez réalistes, demandez l'impossible*”, que conquistó una efímera popularidad en 1968–, y la de crecientes perplejidades que vino a sucederla. Ese viraje de la historia universal, que para quien lo contempla desde el punto de mira del año 2010 marca el ingreso en los tiempos actuales, tiene como consecuencia quizá inevitable que lo logrado cuando ese avasallador impulso ascendente alcanzó su punto culminante, ofrece el término de referencia para medir todo lo que ha cambiado a partir del momento en que aquel comenzó a perder fuerza.

Es del todo normal que así ocurra, y no sería una objeción válida la demasiado obvia de que la noción misma de *Trente Glorieuses* no es (y no puede ser) sino una construcción retrospectiva, que no toma en cuenta por ejemplo que esa etapa privilegiada incluye un día que hubiera podido ser el último de la historia de la humanidad sobre la Tierra. Pero en cuanto al tema que aquí específicamente nos interesa corre el riesgo de dramatizar en exceso la renuncia a construir una narrativa histórica a partir del futuro que –como ocurrió luego de que las tormentas de 1848 alcanzaran un desenlace sin desenlace– expresa en el lenguaje propio de los historiadores la convicción de estar viviendo en un mundo que ha perdido el rumbo. Porque mientras 1848 puso fin a un largo período en que aun cuando el ciclo revolucionario abierto en 1789 había dejado como herencia una dura frontera en la sociedad, los ubicados a ambos lados de ella podían coincidir en cuanto a la dirección y el sentido de la corriente histórica que arrasaba a unos y otros (François Furet rastreó admirablemente el compartido pronóstico que subtendía las imágenes, en otros aspectos divergentes, que Guizot y Tocqueville trazaron del momento histórico en que les tocó vivir; lo que estaba quedando atrás en la década de 1970 era solo un breve momento en que esa subterránea coincidencia había venido a separar una etapa en que continuaba teniendo plena vigencia el desconcierto frente al futuro que desde 1848 no había podido ser superado, y otra signada por el todavía más profundo desconcierto reflejado en el desvanecerse de la imagen del porvenir que había proyectado, hasta donde alcanzaba la mirada vuelta hacia él, el esplendor del presente).

Fue en el breve espacio que separa el descubrimiento de que se estaba viviendo una etapa excepcionalmente venturosa (y que –como se ha recordado más arriba– solo maduró cuando la marea ascendente había llegado a su punto más alto) y aquel en que se descubrió que la fuerza impulsora de esa marea se estaba agotando rápidamente, cuando una rama recientemente desgajada de la economía política –la economía del desarrollo– vino en los hechos a ocupar el lugar de una filosofía de la historia. Fue en verdad un momento brevísimo: Albert Hirschman, autor en 1945 del texto precursor que puso las bases de la problemática de esa fugaz subdisciplina,⁴ en 1980 pudo levantar un balance póstumo de su entera trayectoria en “The Rise and Decline of Development Economics”,⁵ pero fue preciso esperar hasta 1960 para que W. W. Rostow forjara con los materiales aportados por ella una clave tan ambiciosa de develar

⁴ Albert Hirschman, *National Power and the Structure of Foreign Trade*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1945.

⁵ Publicado en Albert Hirschman, *Essays in Trespassing. Economics to politics and beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

los últimos secretos de la historia universal como la que Marx y Engels habían propuesto en 1848 en el manifiesto evocado en el subtítulo del folleto que le ganó súbita celebridad.⁶

Esa celebridad recompensaba la fidelidad con que Rostow se hacía eco de la euforia que en ese momento parecía reinar en el entero planeta; se la aseguraba en efecto la presencia de un público que veía confirmadas sus propias seguridades en la audaz reconfiguración de la experiencia atravesada por la humanidad desde sus más remotos orígenes, que no encontraba ya su punto culminante en el sacrificio del Gólgota sino en el tránsito, fechable con notable precisión hacia 1760, entre una etapa varias veces milenaria en que el género humano, gobernado por las férreas leyes descubiertas por Hobbes, Ricardo y Malthus, había sufrido el destino de un Sísifo colectivo, cuyas fútiles tentativas por escapar de él eran inexorablemente castigadas por un final en catástrofe, y esa otra abierta en el momento en que la revolución industrial había comenzado a forjar los instrumentos que le permitirían por fin evadirse de una servidumbre tan antigua como el mundo, en que sus hazañas iban a ser las propias de un Prometeo que hubiera logrado finalmente librarse de sus cadenas.⁷

Fue esa la hazaña de la nueva civilización industrial, que en su cuna en el corazón de Inglaterra necesitó apenas un siglo desde que comenzó a dejar atrás esa interminable prehistoria para entrar en una etapa de desarrollo autosostenido que aparecía a la vez como el comienzo y el fin de la historia. En la imaginación de Rostow, a partir de ese momento el futuro no sería sino una versión cada vez más grandiosa de un eterno presente. Puede medirse mejor la fuerza con que el *Zeitgeist* entonces vigente había logrado dominar la imaginación colectiva si se recuerda que lo que cuando Rostow escribía era aún el futuro para el Tercer Mundo no lo era para Europa Occidental, de cuya historia económica el autor de *The Stages of Economic Growth* era un eminente estudioso. Aunque estaba dispuesto a pasar por alto que, por ejemplo (y es un ejemplo del bulto), la historia de Alemania desde 1880, cuando ese país alcanzó la etapa de desarrollo autosostenido, había estado muy lejos de seguir un curso tan plácido.

Para entonces la alocada esperanza que hizo de ese erudito profesor de historia económica el inspirado profeta de un deslumbrante futuro ya al alcance de la mano había arrebatado también la imaginación de las elites gobernantes del entero planeta. Cuando los manifestantes del barrio latino invitaban a ser realistas y pedir lo imposible, hacía ya años que esas elites se habían anticipado a prometer lo que hasta la víspera se había tenido por imposible; mientras en los Estados Unidos el presidente Johnson se proclamaba dispuesto a hacer lo necesario para desmentir que, como se leía en el Evangelio, los pobres siempre estarían entre nosotros, en la URSS el secretario del Partido que era a la vez el Estado, anunciaba el comienzo de la transición al comunismo, porque según creía saber estaba ya cercano el día en que la expansión de las fuerzas productivas haría posible satisfacer plenamente las necesidades de todos sus habitan-

⁶ W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth. A non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

⁷ Así la representaba David Landes en *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pero en un clima colectivo que tenía muy poco en común con el de diez años antes: tras constatar que hasta el presente “*the march of science and technology continues*”, admitía que “*no one can be sure that mankind will survive this painful course*”, para cerrar con la conclusión de que a pesar de ello “*we can be sure that man will take this road and not forsake it; for although he has his fears, he also has eternal hope.*

This, it will be remembered, was the last item in Pandora’s box” (p. 555). Sabiamente se abstenía de anticipar de qué modo estaba destinada a culminar esa cada vez más desabrida carrera hacia adelante.

tes. Por su parte, la apuesta de la Cuba socialista, menos ambiciosa que las de Johnson y Jrúschov –quienes no se contentaban con menos que presidir un cambio más radical que todos los antes atravesados por la humanidad en su historia milenaria–, lo era aun más cuando tras fijarse un objetivo sin duda más limitado pero no por eso menos desaforado, no solo lo cuantificaba con una precisión ausente en las simétricas utopías que guiaban a los jefes de las dos potencias rivales, sino que también establecía –de modo igualmente preciso– la fecha en que se comprometía a cumplirlo. Como es sabido, el objetivo era producir una zafra de diez millones de toneladas de azúcar y 1970 iba a ser “el año del esfuerzo decisivo” en que se sabría con total certeza si ese objetivo había sido alcanzado o no.

Cuando se descubrió que no se lo había alcanzado, Cuba pasó en un instante del clima de exaltación colectiva que sus gobernantes habían logrado mantener en vida por más de una década a una suerte de eterno presente muy distinto del imaginado hasta la víspera; uno de lucha incesante en que cada día iban a poder celebrar una nueva victoria, porque esa victoria consistía en haber sobrevivido por ese día a la derrota sufrida en el cada vez más remoto año del esfuerzo decisivo. Para el resto del mundo, por el contrario, el disiparse de las ilusiones marcó el ingreso en una febril etapa en que la humanidad entera avanza a velocidad creciente hacia una meta desconocida, mientras no cesa de ampliarse el escenario en que vemos desplegarse ante nuestros ojos el cuadro final de un drama comenzado hace un milenio en el marco de la Europa romano-germánica. Se entiende que después de medio siglo de descubrir en cada nueva década que el paisaje del mundo se había tornado irreconocible, ya había ocurrido eso para la de 1960, que no solo para Cuba había sido la del esfuerzo decisivo; volvió a ocurrir en la de 1970, en que el súbito descubrimiento de que lo imposible había vuelto a ser imposible reorientó ese esfuerzo hacia el objetivo hartamente más modesto de salvar lo que todavía podía salvarse del formidable avance económico y social de los *Trente Glorieuses*; una vez más en la de 1980, en que se hizo súbitamente claro que la “cuestión social” que había ofrecido el tema central para la historia de las sociedades afectadas por la revolución industrial se había resuelto con la victoria total del capital, tanto sobre el mundo del trabajo cuanto sobre el Estado que se había creído capaz de ejercer por acto de imperio su arbitraje en ese conflicto; y de nuevo en la de 1990, en que mientras en el bloque en cuyo nombre Jrúschov había lanzado su pacífico desafío al primer mundo capitalista, la autoridad del Estado-Partido no sobrevivió al ya inocultable fracaso de su audaz apuesta, y en el mundo anglosajón el Estado puso deliberadamente esa autoridad al servicio de los vencedores, en Europa continental ese mismo Estado siguió usando sus cada vez más limitados recursos para salvar las últimas reliquias sobrevivientes de los ya remotos tiempos en que Konrad Adenauer había gobernado a la Alemania del milagro bajo el lema de prosperidad para todos. Y al concluirse la primera década del nuevo milenio, marcada en su final como en su comienzo por severas crisis económicas, vino a hacerse evidente no solo que el ciclo de cada vez más audaces revoluciones abierto en el alto Medioevo en la Europa romano-germánica, luego de ofrecer a lo largo de cinco siglos el argumento central para una historia que de local había terminado por hacerse universal, se había cerrado para siempre con el irrevocable fracaso de la más audaz de todas ellas, sino también que el protagonismo que en esa historia había correspondido a ese núcleo originario y su prolongación ultramarina surgida de la colonización anglosajona de la América del Norte se estaba él mismo transformando vertiginosamente en cosa del pasado.

Esa incesante transformación que acompaña la no menos incesante ampliación del escenario de una historia universal que solo ahora comienza a merecer plenamente ese nombre

explica sin duda que la pérdida de cualquier seguridad acerca del rumbo hacia el que en el presente se encamina la historia, inspirara en los participantes de este simposio una reacción más angustiada que la que una pérdida análoga inspiró a los historiadores activos en la etapa abierta en 1848; mientras entonces la perplejidad había surgido de la dificultad de rastrear una nítida línea de avance en el nuevo acto de un drama en que seguían desempeñando los papeles centrales los mismos actores cuyos conflictos en la etapa cerrada en esa fecha habían parecido seguir un rumbo fácilmente previsible, quienes hoy se esfuerzan por encontrar sentido a la historia que transcurre ante sus ojos descubren a cada paso que el escenario en que ese drama venía representándose se desvanece progresivamente en el aire, sin que alcancen a adivinarse las líneas maestras del mucho más vasto que sin duda está destinado a reemplazarlo.

Pero creo que más aun influye en su angustia la conciencia de que en esa vasta transformación es la supervivencia misma de la comunidad historiadora tal como comenzó a configurarse hace un siglo y medio la que está, esta vez, en juego. La metamorfosis de la universidad, ya encaminada en 1968, ha avanzado lo suficiente para que sea ya penosamente claro que ella ha dejado de ser el lugar en que por más de un siglo esa comunidad se había contado entre las cada vez más escasas que retenían el privilegio de gobernarse de acuerdo con las normas de una corporación medieval en medio del alud modernizador. Mientras pudo creerse que la onda expansiva de la segunda posguerra estaba destinada a prolongarse indefinidamente en el futuro, tanto el proceso que estaba transformando radicalmente la universidad como otros que avanzaban en la misma dirección contaron con la colaboración entusiasta de los integrantes de la cofradía historiadora, persuadidos de que todos esos avances, que estaban poniendo a su disposición instrumentos desconocidos en el pasado y recursos sin medida común con los que habían estado a su alcance hasta entonces, no encerraban amenaza alguna para la venerable trama institucional a la que tenían tantas razones para permanecer apegados. Pese al primer alerta que significaron las tormentas de 1968, iban a seguir colaborando en esos mismos avances con la esperanza de que les ofrecieran nuevas bases de sustentación capaces de atenuar las consecuencias que para ella estaban alcanzando los cambios irreversibles que la masificación había introducido en la universidad. Por dos décadas, mientras esa esperanza se hacía cada vez más tenue, la reemplazaba la convicción de que no les quedaba ya alternativa a seguir adelante por ese camino, hasta que en la primera del nuevo milenio se hizo cruelmente claro que el revés sufrido en la universidad era consecuencia de transformaciones de mucho más vasto alcance que, con modalidades en cada caso distintas, estaban alcanzando consecuencias igualmente alarmantes en los ámbitos en que habían esperado encontrar compensación por el terreno perdido en la institución que les había dado su principal albergue por más de un siglo.

De nuevo la *École* ofrece un terreno particularmente adecuado para rastrear el rumbo de las transformaciones que afectan a nuestro campo de estudios, ya que desde su fundación tuvo por objetivo albergar el que era entonces un novísimo modo de encarar el trabajo histórico, que si en Inglaterra pudo ser introducido por iniciativa del esposo de la reina Victoria en universidades que eran poco más que arcaicos centros de formación de las nuevas promociones de clérigos anglicanos, difícilmente lo hubiera logrado en Francia, donde la comunidad universitaria estaba convencida de que ya había hecho espontáneamente todo lo necesario para colocarse a la altura de los tiempos.

Fue Lucien Febvre quien en *Face au vent*, el ensayo programático que anunciaba el comienzo de una nueva etapa de *Annales* en la Francia que acababa de dejar atrás la ocupación alemana, propuso una segunda y aun más radical transformación del estilo de trabajo de la

comunidad historiadora, impuesta a su juicio por el legado de una guerra de todos contra todos, que, al unir con un lazo inextricable las experiencias históricas que a partir de ella habría de afrontar la humanidad en los cinco continentes del planeta, enfrentaba a los historiadores con el desafío de desentrañar en sus exploraciones del pasado claves válidas para la comprensión de la etapa histórica radicalmente nueva inaugurada por ese gigantesco cataclismo. Ese desafío les imponía reemplazar los proyectos en que métodos y objetivos eran definidos por un estudio individual por otros planeados y ejecutados por equipos de investigadores que, sumando sus específicas destrezas, serían capaces de abordar las múltiples facetas de los complejos procesos que se trataba de desentrañar, y también de dar mayor precisión a sus conclusiones recurriendo, cuando el carácter de los materiales así lo aconsejaba, a los métodos cuantitativos y estadísticos en uso en las ciencias sociales.

En la intención de Febvre los integrantes de esos equipos pondrían sus esfuerzos al servicio de proyectos orientados a desentrañar un específico problema (“en ciencias del hombre –sentenció alguna vez– no hay disciplinas, hay problemas”) y con ese criterio encaró ya en la entreguerra el gran proyecto de la *Encyclopédie Française*. Pero esa visión de una libre y armoniosa colaboración entre estudiosos en que la misma *concordia discors* que había logrado hacer tan productiva la etapa abierta en 1848, cuando la disciplina histórica había avanzado a la deriva, lograría reiterar esa hazaña, no preveía que la ola de fondo que en esas décadas de prosperidad en impetuoso avance iba a transformar a las universidades en instituciones de masas alcanzaría consecuencias análogas en los nuevos ámbitos creados para albergar proyectos como los que Febvre tenía en mente, haciendo cada vez más difícil que reinara en ellos ese espíritu de genial improvisación que debía asegurarles la creatividad que él esperaba de ese nuevo modo de abordar el trabajo histórico.

Mal hubiera podido reinar ese espíritu en el CNRS,* creado para canalizar los recursos cada vez más amplios que el Estado podía ahora volcar en ese campo y distribuirlos con criterios objetivos y mensurables que debían permitirle justificar sus decisiones ante los mecanismos de control de ese mismo Estado (y, como iba a descubrirse bien pronto, en más de una ocasión ante el tribunal de la opinión pública). Sin duda la consecuencia fue que una parte de la energía que en la utópica visión de Lucien Febvre debía volcarse en esos libres y productivos debates era derivada hacia la elaboración de minuciosos comprobantes de que esa productividad estaba rindiendo sus frutos en los plazos previstos en el proyecto originario, pero esta carga pesaba muy poco para estudiosos que en ese nuevo marco podían avanzar en sus exploraciones del pasado hacia los cada vez más anchos horizontes impulsados por su imaginación histórica. Tan poco pesaba, en efecto, que no iban a vacilar en expandir aun más esos horizontes acudiendo a otros apoyos externos que harían aun más rápida esa adecuación de la práctica historiadora a esa etapa histórica radicalmente nueva que aun no era conocida como la de globalización y, al hacerlo, iban a aceptar nuevamente las consecuencias que el establecimiento de ese nuevo lazo iba a alcanzar para su estilo de trabajo.

Como es sabido, la gestión de Fernand Braudel al frente de la *École* utilizaría al máximo las oportunidades abiertas gracias a esos apoyos. Denunciado como el prototipo del *historien marshallisé* por los antiguos internacionalistas ahora firmemente envueltos en los colores na-

* Creado en 1939, el *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS) es, con más de 11.000 investigadores, el principal organismo público de investigación del Estado francés [n/eds.].

cionales ante el desconcierto de sus atacantes, en ese momento en que la Guerra Fría estaba globalizando el eco de los debates que por más de un siglo habían desgarrado a la historiografía francesa, el inesperado giro tomado por esa misma guerra iba a permitirle gestionar un ambicioso proyecto en que cruzando mares y continentes conjugarían sus esfuerzos la Ford Foundation y el Partido Comunista Polaco. Pero la trayectoria de ese proyecto iba a revelar hasta qué punto ese múltiple patrocinio lo tornaba vulnerable a los nuevos giros que sobrevendrían en la trayectoria de las instituciones cuyo auxilio había obtenido; en cuanto al Partido Comunista, bastará mencionar que lo había representado en el proyecto originario Bronislaw Geremek, el eminente medievalista que iba a ganar vasta celebridad fuera de la cofradía historiadora como uno de los protagonistas del movimiento que puso fin al dominio de ese partido en Polonia; en cuanto a la Ford Foundation, primero la decisión de concentrar sus subsidios a las ciencias sociales en proyectos relacionados con los problemas que en esa etapa afrontaba la sociedad norteamericana, y luego el descubrimiento de que sus fondos no le permitían seguir expandiéndolos como hasta la víspera, vino a revelar que también su contribución a la esperada expansión de horizontes estaba encontrando sus límites antes de lo previsto.

No era solo esa modificación en el contexto externo la que estaba haciendo cada vez más difícil a la cofradía historiadora volcar su producción en el molde anticipado por Lucien Febvre. Ocurría a la vez que a medida que sus integrantes avanzaban en sus exploraciones, veían abrirse ante ellos rutas de avance alternativas que excitaban también su curiosidad; ciñéndonos de nuevo al ámbito de la École, Emmanuel Le Roy Ladurie nos cuenta en *Paris-Montpellier, PC-PSU (1945-1963)*,⁸ cómo buscando en los archivos materiales para su gran tesis sobre los campesinos del Languedoc encontró dos expedientes que apartó para su futuro uso, uno sobre el proceso inquisitorial del foco albigense de Montaignou referido a los treinta años allí transcurridos entre 1294 y 1324, y otro sobre los disturbios que entre la Candelaria de 1679 y el Miércoles de Ceniza de 1680 desencadenó en Romans, en Provenza, un tumultuoso festejo de carnaval. Le Roy Ladurie era entonces un militante del comunismo que en su tesis se proponía hacer luz sobre un proceso de larga duración apoyándose en supuestos comparables a los que subtenían, por ejemplo, el esfuerzo que el equipo de Huguette y Pierre Chaunu había consagrado a reconstruir los altibajos del tráfico en el Atlántico español en *Seville et l'Atlantique, 1504-1650*, pero sabía ya que estaba maduro para una metamorfosis total de su modo de encarar el trabajo histórico. E iba a tocar a otro historiador, también él militante del comunismo y también él consagrado a un proyecto de ese corte, deducir la conclusión teórica que debía justificar la deriva que Le Roy Ladurie había anticipado en su futuro de historiador. Fue en efecto François Furet quien buscó establecer el grado de convergencia entre los cambios de coyuntura en el terreno de la economía y la sociedad, y en el del imaginario a través del cual estos eran percibidos por quienes los sufrían para hacer de él el *experimentum crucis* que determinaría de una vez por todas la validez de la premisa –compartida por la visión histórica del marxismo y la de la economía del desarrollo– que postulaba que unos y otros avanzaban de modo solidario. La respuesta que obtuvo fue inequívocamente negativa, y el corolario que implícitamente dedujo de ella vino a reemplazar la filosofía de la historia que había subterfugado los avances de la historiografía en la etapa que estaba siendo dejada atrás, por otra que como la versión marxista de aquella se apoyaba en una filosofía de la naturaleza, así fuera esta infinitamente más desoladora

⁸ París, Gallimard, 1982.

que la que venía a reemplazar. Era ella la que en el siglo anterior había formulado A. A. Cournot, para quien el tema central de la historia lo ofrecían los entrelazamientos entre procesos históricos que avanzaban en paralelo; en la visión de Cournot esos entrelazamientos estaban gobernados por el azar, pero no lo estarían indefinidamente, porque lo que hacía posible ese margen de azarosa libertad era la distribución desigual de la energía en el mundo natural, que estaba destinada a decrecer lenta pero inexorablemente hasta que todo ese mundo se sumiera a la vez en eterna tiniebla y eterna quietud.

El experimento de Furet había así venido a ofrecer la caución para el que iba a ser conocido como giro narrativo, que a la vez que satisfacía una demanda espontáneamente inspirada por la experiencia de trabajo de los historiadores se adaptaba admirablemente a la situación creada por el progresivo agotamiento de los recursos que habían hecho posibles los ambiciosos proyectos de la etapa de auge económico que estaba quedando atrás. De este modo, volvía a ocupar el primer plano el vínculo de la cofradía historiadora con el mundo de la edición, que había ya gravitado decisivamente en la etapa abierta en 1848, cuando tanto la obra mayor de Michelet en Francia como, en la otra orilla del Rin, aquella en que los historiadores de la Pequeña Alemania desplegaron sus interpretaciones rivales del proceso histórico que había culminado en la fundación del Segundo Reich, dependieron de la colaboración y en más de un caso se debieron a la iniciativa de un empresario de la industria editorial. De inmediato iba a descubrirse que había un vasto público disponible para la renacida historia narrativa; así, el libro en que Le Roy Ladurie ofreció el relato de los treinta años de tensa convivencia entre católicos y cátaros en Montailou⁹ alcanzó más allá de la cofradía historiadora un eco sin medida común con el que hasta entonces habían logrado suscitar ni aun los que por su tema se supondría más accesibles a un público no especializado. Pero es que aun estos habían sido escritos por los historiadores para sus pares. Así por ejemplo basta recorrer el índice del libro apasionado y aun hoy apasionante que Lucien Febvre dedicó a reconstruir la trayectoria de vida de Lutero, abierto con un capítulo enigmáticamente intitulado “De Köstlin a Denifle” destinado a trazar un balance del estado de la cuestión que se proponía examinar en los nueve siguientes, que sin duda no contribuyó a incitar al lector común a avanzar en su lectura, para entender por qué ese breve volumen, publicado en 1928 y rápidamente agotado, debió esperar a la segunda posguerra para conocer dos reediciones, separadas por siete años, del texto revisado por su autor durante la ocupación.¹⁰

Lo que en este aspecto ha logrado el giro narrativo es retornar a la situación de la etapa abierta en 1848, en que los integrantes de la cofradía historiadora podían escribir a la vez para sus pares y para todos, y era esta una conquista que no había demandado el sacrificio de nada esencial en su estilo de trabajo, pues las innovaciones que la hicieron posible las habían introducido ya en él para adecuarlo más plenamente a un objeto de estudio a cuya complejidad habían descubierto que no habían hecho hasta entonces plena justicia. Pero, como ya había ocurrido con los vastos proyectos de la etapa de loca prosperidad dejada atrás, la resurrecta alianza de la empresa historiográfica con la empresa editorial enlaza su destino con el de un agente externo cuya lógica le impone obedecer en primer lugar al imperativo de sobrevivir (y

⁹ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montailou, village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975.

¹⁰ Lucien Febvre, *Un destin: Martin Luther*, París, Rieder, 1928, reediciones a cargo de las Presses Universitaires de France, París, 1945 y 1952, del texto que su autor había concluido de revisar el 31 de enero de 1944 (*Un destin...*, *op. cit.*, ed. de 1945, p. 6).

en lo posible prosperar) en un marco económico cada vez más hostil, mientras las vertiginosas transformaciones en curso en la tecnología de las comunicaciones hace cada vez más problemático el futuro del libro; no debe sorprender entonces que el sostén que de esa alianza recibe la empresa historiográfica sea ya hoy mucho más limitado de lo que pareció posible esperar hace solo dos décadas.

Me pregunto qué puedo agregar al llegar a este punto a lo que para quienes no la han vivido desde dentro es la historia de una burbuja, de una pompa de jabón que se desvanece en el aire junto con tantas otras en este gigantesco fin de época, pero que es a la vez la de una empresa en la que quienes aquí estamos hemos gastado nuestras vidas. Solo quizá el testimonio de alguien a quien tras su paso fugaz por la *École* le ha tocado el destino de la *Pierre qui roule*, y puede por lo tanto atestiguar hasta qué punto lo que hoy se vive en ella lo está viviendo nuestra cofradía desde la bahía de San Francisco hasta el Río de la Plata; en todas partes la enorme expansión de la que tanto nos habíamos prometido (y que no conviene olvidar estuvo lejos de decepcionar todas nuestras esperanzas) trajo consigo una quizá inevitable *managerial revolution* que puso nuestro destino en manos de quienes tienen ahora la oportunidad de utilizar la actual penuria para imponer una reestructuración radical de la cofradía historiadora que, al precio de hacerla irreconocible, concentraría el poder y los recursos en sus manos y en las de sus más inmediatos allegados, y están implacablemente decididos a no dejarla pasar en vano; tal la modalidad con que invade nuestra esfera la ingente transformación social hoy en curso en que las herencias de capitalismo y el socialismo convergen para empujar en una dirección muy distinta de la imaginada hace medio siglo.

Y se comprende que todo eso que nos circunda haga para mí aun más melancólico este reencuentro otoñal con la institución que conocí tan cerca de sus orígenes. Pero no deja de ser reconfortante verla discutir con los bríos de siempre los temas de siempre, que muestran que en quienes los abordan no ha desaparecido la confianza en que, en medio de tanta adversidad, el futuro de la empresa en la que todos ellos participan no está irrevocablemente bloqueado. □

Bibliografía

Butterfield, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, Londres, G. Bell and sons, 1931.

Febvre, Lucien, *Un destin: Martin Luther*, París, Presses Universitaires de France, 1945.

García Calderón, Francisco, *Les démocraties latines d'Amérique*, París, Flammarion, 1912.

—, *La creación de un continente*, París, Ollendorf, 1913.

Hirschman, Albert, *National Power and the Structure of Foreign Trade*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1945.

—, *Essays in Trespassing. Economics to politics and beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.

Landes, David *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975.

—, *Paris-Montpellier, PC-PSU (1945-1963)*, París, Gallimard, 1982.

Rostow, W. W., *The Stages of Economic Growth. A non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

Resumen / Abstract

La historia como oficio. Un testimonio sobre l'École des Hautes Études en Sciences Sociales

Resultado de una conferencia dictada en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS, París) en el marco de las conmemoraciones de los bicentenarios de las revoluciones en Hispanoamérica, este artículo indaga los derroteros que atravesó la disciplina histórica desde mediados del siglo XIX y el lugar que la EHESS ocupó en ese proceso.

Palabras clave: Historiografía del siglo XIX y XX - Intelectuales franceses - Teoría de la Historia

History as a Craft. A testimony about the École des Hautes Études en Sciences Sociales

Based on a lecture at the *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS, Paris) which took place during the Bicentenary commemorations of Hispanic American revolutions, this article examines the paths that History has followed as a discipline since mid-nineteenth century, and the place that the EHESS kept in that process.

Keywords: 19th and 20th century Historiography - French Intellectuals - Historical Theory

Representaciones de la barbarie europea y americana durante los siglos XVI y XVII

Nicolás Kwiatkowski

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Es bien sabido que durante la antigüedad clásica el término bárbaro era una generalización greco-romana, originada en una palabra griega que designaba a todos aquellos pueblos que no hablaban el idioma propio y desconocían los marcos morales y culturales helénicos y latinos. Así, el concepto de barbarie, como sus antónimos, derivados de *polis* y *civis*, era una invención del hombre civilizado,¹ que de ese modo expresaba el contraste entre su condición y la de los otros, de quienes asumía que se encontraban en niveles inferiores de desarrollo material, cultural o moral. Muchas veces ese otro podía permanecer ajeno a la vida civil y, más aun, ser sanguinario, pero era también capaz de actos de piedad y valentía. De Herodoto y Esquilo a Cicerón y Tácito, hallamos ejemplos de esa ambigüedad entre el desprecio al bárbaro cruel, brutal y esclavo, y la valoración de su humanidad, coraje y simpleza.² Durante el medioevo, se mantuvo la distinción tajante entre bárbaros y romanos. Sin embargo, lentamente se hacía evidente que esa vieja antítesis era cada vez menos una descripción aceptable de las diferencias culturales y sociales prevaletentes en una Europa en la que ambas culturas se penetraban e influían mutuamente. En la práctica, pareciera que el resultado de ese desarrollo fue la asimilación del término “bárbaro” con el ateísmo, la herejía o el paganismo, de modo tal que la distinción entre “bárbaro” y “romano” fue reemplazada por la separación entre “bárbaro” y “cristiano”. Una división religiosa pasaba a predominar sobre las demás características cultu-

¹ Por supuesto, sabemos desde los estudios de Norbert Elias, Émile Benveniste y Raymond Williams que el término “civilización” no aparece en los idiomas europeos en su sentido moderno hasta entrado el siglo XVIII. Véanse Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1939], México, FCE, 1987; Émile Benveniste, “Civilisation. Contribution à l’histoire du mot” [1954], en *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, pp. 336-345; Raymond Williams, *Palabras Clave* [1976], Buenos Aires, Nueva Visión, 2000. Sin embargo, y aun reconociendo las imprecisiones que esto implica, a lo largo de este artículo se utilizarán las palabras españolas modernas “civilización”, “civilizado” e “incivilizado” para traducir los términos *civil*, *uncivil*, *poli-cer*, etc. Indicaré los casos en que introduzca este anacronismo con un asterisco, pero utilizaré libremente el sustantivo “civilización” como opuesto a “barbarie” cuando las elaboraciones sean más.

² Para comprender las actitudes griegas y romanas hacia los bárbaros, pueden consultarse François Hartog, *Le miroir d’Hérodote: Essai sur la représentation de l’autre*, París, Gallimard, 1980; Walter Goffart, “Rome, Constantinople, and the Barbarians”, *The American Historical Review*, vol. 86, n° 2, abril de 1981, pp. 275-306; Karl Christ, “Römer und Barbaren in der hohen Kaiserzeit”, *Saeculum*, 10, 1959, pp. 273-280; Lieven van Acker, “Barbarus und seine Ableitungen im Mittelalter”, *Archiv für Kulturgeschichte*, 1965, pp. 125-140, y Hans Diller, “Die Hellenen-Barbaren-Antithese im Zeitalter der Perserkriege”, *Entretiens* VIII, 1962, pp. 37-68.

rales, aunque se seguían adscribiendo a los bárbaros comportamientos asociados a la ferocidad, la traición o la brutalidad.³

Sobre el fin del medioevo, y aunque las cruzadas reforzaron la idea de una cristiandad unida, el contacto con los musulmanes no parece haber afectado la idea de barbarie predominante en Europa, por cuanto los musulmanes no se adecuaban al estereotipo del bárbaro y la palabra no se refería a ellos con gran frecuencia. Se los veía, más que como paganos, como representantes de una fe corrompida y transformada en herejía. Cuando se hablaba de los musulmanes como bárbaros durante las cruzadas, se quería decir sobre todo que no eran cristianos.⁴ Solo en el siglo xv, tras la caída de Constantinopla en 1453, relatada con lujo de macabros detalles por emigrados griegos y mercaderes italianos, el término bárbaro comenzó a utilizarse para designar sistemáticamente a los musulmanes, devenidos desde entonces en los antagonistas principales de la Europa cristiana.⁵ Nuevamente emergía como predominante la vinculación entre barbarie y características como la ferocidad, la brutalidad y la crueldad. En 1503-1506, Jacopo Ripanda decoró la Sala de Aníbal del Palazzo dei Conservatori, en Roma, con un fresco en el cual el cartaginés monta un elefante y se lo presenta con un tocado turco. Sin embargo, la forma en que Erasmo describe al turco deja lugar también para cierta ambivalencia.⁶ En *De Bello Turcico* (1530), lo presenta como un guerrero cruel, sediento de sangre y carente de virtud, aunque afeminado y enamorado del lujo, un pueblo “bárbaro de origen oscuro” que “debe sus victorias a nuestros vicios”. Pero al mismo tiempo, Erasmo se opone a quienes hablan de los turcos como perros, destaca su compromiso con su religión y afirma que son “primero hombres, luego semicristianos”.⁷ De esta manera, el turco es a la vez radicalmente *otro* (bárbaro, violento, decadente) y fundamentalmente humano, piadoso y asimilable a la propia identidad cristiana.

Más allá de la compleja y ambivalente visión del turco que encontramos en la obra de Erasmo, la emergencia amenazante del imperio otomano como un poder expansivo e indetenible causaba tanta curiosidad cuanto ansiedad, tanto interés cuanto temor, tanta envidia cuanto sobrecogimiento. Algunas de esas actitudes aparecen en los dibujos y las pinturas que produjo Gentile Bellini cuando fue enviado, en 1479, por el Senado veneciano a la capital del imperio otomano, mientras que en Inglaterra y en Francia, desde ese momento y hasta entrado el siglo xvii, relatos diversos de encuentros con musulmanes aparecían en el teatro, la literatura e incluso en tratados religiosos. A la hostilidad que despertaban la supuesta crueldad, la tiranía y la superstición de turcos y musulmanes se sumaban también el interés por el exotismo y la admiración por el lujo de sus cortes.⁸ Por ejemplo, en 1560 Guillaume Postel, quien había visitado el imperio oto-

³ Sobre las actitudes europeas medievales respecto de la barbarie, véase W. R. Jones, “The Image of the Barbarian in Medieval Europe”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 13, n° 4, 1971, pp. 376-407, el primer capítulo de la obra de Richard Southern, *The making of the Middle Ages*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1953, y Denys Hay, *Europe: the Emergence of an Idea*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1966, pp. 27 y ss.

⁴ Norman Daniel, *Islam and the West: the Making of an Image*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1960, pp. 273, 276.

⁵ Robert Schwoebel, *The Shadow of the Crescent: The Renaissance Image of the Turk*, Nueva York, St. Martin's Press, 1967.

⁶ Timothy Hampton, “‘Turkish Dogs’: Rabelais, Erasmus, and the Rhetoric of Alterity”, *Representations*, n° 41, 1993, pp. 58-82.

⁷ Erasmo, “De bello Turcico” [1530], Weiler ed., *Opera omnia*, Amsterdam, North-Holland, 1986, 5.3, pp. 50 y ss.

⁸ Gerald MacLean, “Ottomanism before Orientalism? Bishop King Praises Henry Blount, Passenger in the Levant”, en Ivo Kamps y Jyotsna G. Singh (eds.), *Travel Knowledge: European Discoveries in the Early Modern Period*, Nueva York, Palgrave, 2001.



Figura 1. Jacopo Ripanda, *Aníbal cruza los Alpes*, 1503-1506, Sala de Aníbal del Palazzo dei Conservatori, Roma.

mano, publicó *Sobre la república de los Turcos*, donde destacaba las virtudes y los vicios políticos del enemigo más terrible de la cristiandad, que era al mismo tiempo un extraño caso de “barbarie que a fuerza de sobriedad, paciencia y obediencia” sojuzgó a medio mundo.⁹ Guillaume, quien evidentemente conocía la obra de Erasmo, pues sostenía que los turcos “habían sido semiconvertidos y eran casi cristianos”, alternaba la diatriba y el elogio respecto de la religión musulmana.¹⁰ Algunas representaciones de los turcos procedían de encuentros reales con esos “otros próximos”, pero las más difundidas e influyentes, al menos en Inglaterra, eran las visibles en representaciones teatrales, como *The Battle of Alcazar*, de George Peele, *All Lost by Lust*, de William Rowley o, por supuesto, *Otelo*, de Shakespeare. En esta última, por ejemplo, es evidente la combinación de salvajismo, locura, poder, lujo, sensualidad e incoherencia lingüística en la conformación de la imagen del propio Otelo como bárbaro.¹¹

Por cierto, como varios de los ejemplos anteriores dejan claro, las complejas actitudes de los europeos de la temprana modernidad respecto de los musulmanes no se referían solamente a la corte imperial de Constantinopla y sus ejércitos, sino que también aludían a los reinos del norte de África, lo que se conocía como *Barbaria*, *Barbary* o *Berbería*. Un tapiz alemán de 1440,

⁹ Guillaume Postel, *De la République des Turcs et là où l'occasion s'offrera des meurs et louy de tous Muhamedistes*, Poitiers, Enguilbert de Marnef, 1560. Debo este dato y el análisis que sigue a José Burucúa y a Lucio Burucúa (eds.), Nicolás de Cusa, *Sobre la Paz de la Fe*, Buenos Aires, Cálamo, 2000, pp. 65 y ss.

¹⁰ En *De la République des Turcs...*, *op. cit.*, Postel criticaba las fábulas referidas a la vida de Mahoma y su concupiscencia (pp. 82-83), pero destacaba la simplicidad de la fe, la alta espiritualidad de la práctica religiosa y la tolerancia de cristianos y judíos (pp. 38-41 y 76).

¹¹ Nabil Matar, *Turks, Moors, and Englishmen in the Age of Discovery*, Nueva York, Columbia University Press, 1999. Véase también Ian Smith, “Barbarian Errors: Performing Race in Early Modern England”, *Shakespeare Quarterly*, vol. 49, n° 2, 1998, pp. 168-186, donde se insiste con buenos argumentos en que la prosa degradada de Otelo sería, de acuerdo con las palabras de Iago, una expresión de su “savage madness” (4.1.53), que lo convierte en “an erring barbarian” (1.3.343).

conservado hoy en el Museo de Bellas Artes de Boston, muestra que al menos hasta mediados del siglo xv era posible concebir a los moros como quienes se encontraban bajo la amenaza de hombres salvajes, barbados y belicosos, no como bárbaros. Un siglo y medio más tarde, George Puttenham creaba una imaginativa, aunque reveladora, etimología del término “bárbaro”, que remite al “idioma grosero y ruidoso de los africanos a quienes hoy llamamos bárbaros [bereberes]”.¹² Entre los reinados de Selim I (1512-1520) y Soleimán el Magnífico (1521-1566), los otomanos lograron incorporar parte de la región como provincias autónomas del imperio, de modo que la flota imperial y los piratas de Berbería dominaban buena parte del Mediterráneo. El África del Norte se volvió particularmente importante para las representaciones europeas de los musulmanes: se trataba de la región musulmana más próxima a Europa y los relatos de los contactos con ella fueron tan frecuentes como los contactos mismos.¹³

A menudo, los moros eran descriptos como paganos poco dignos de confianza, y en cuanto tales eran lo opuesto a los cristianos europeos: “Esta gente no tiene religión, viven como bestias, sin propiedad, incluso respecto de sus mujeres e hijos”.¹⁴ Sin embargo, de acuerdo con Kenneth Parker, el siglo xix nos legó una imagen de Berbería y sus habitantes antes de la dominación francesa como “el gran flagelo de la cristiandad”,¹⁵ pero se trataría de una aproximación binaria y demasiado simplista al asunto que debería complejizarse a partir de un análisis de las fuentes temprano modernas.¹⁶ En primer término, la excomunión de la reina Isabel por parte del papa Pío V en 1570 hizo posible que los mercaderes ingleses comerciaran con los estados musulmanes sin preocuparse por los edictos papales que prohibían esos vínculos. Para Nabil Matar, existía una cooperación militar entre “turcos”, “moros” e “ingleses” que podría incluso definirse como una “alianza estratégica nunca formalizada entre Londres y Marrakesh”.¹⁷ Pero además, en segundo lugar, los relatos ingleses de la piratería y el cautiverio insistían tanto en la barbarie de los bereberes como en la perfidia de los católicos (franceses, españoles, italianos) contra “inocentes protestantes” y, sobre todo, se maravillaban y horrorizaban ante historias de piratas ingleses que se convertían en turcos, abandonaban la “religión verdadera” y adquirían sus costumbres, brutales, hasta el punto de transformarse ellos mismos en bárbaros.¹⁸ Además, de acuerdo con David Delison Hebb, los testigos europeos de los “estados piratas” de Berbería durante el siglo xvii encontraban bastante benévolo el trato que los musulmanes dispensaban a sus esclavos en comparación con el predominante en el Nuevo Mundo, entre otros motivos porque no se utilizaba el látigo y porque no se mar-

¹² George Puttenham, *The Arte of English Poesie* [1589], ed. de Edward Arber, Londres, Alex Murray and Son, 1869, p. 258.

¹³ Aimilia Mohd Ramli, “‘Licentious Barbarians’: Representations of North African Muslims in Britain”, *Intellectual Discourse*, vol 17, n° 1, 2009, pp. 43-63.

¹⁴ “The people are of no Religion, but live like beasts; without propriety so much as in their wives, or children”, Peter Heylyn, *Cosmographie*, Londres, 1657, p. 973.

¹⁵ Robert Lambert Playfair, *The Scourge of Christendom: Annals of British Relations with Algiers Prior to the French Conquest*, Londres, Smith Elder, 1884, *passim*.

¹⁶ Kenneth Parker, “Reading ‘Barbary’ in Early Modern England, 1550-1685”, *Seventeenth Century*, 19, 2004, pp. 87-116.

¹⁷ Nabil Matar, *Turks, Moors, and Englishmen*, *op. cit.*, pp. 20-21.

¹⁸ Parker cita varios ejemplos, entre ellos Andrew Barker, *A true and certain report of the beginning, proceedings, ouerthrowes, and now present estate of Captain Ward and Danseker; the two late famous pirates...*, Londres, William Hall, 1609, y Robert Daborn, *A Christian turn’d Turke: or, the Tragical liues and deaths of the two famous pyrates, Ward and Danseker*, Londres, William Berrenger, 1612.



Figura 2. Tapiz alemán anónimo, 1440, moros atacados por salvajes, Boston, Museum of Fine Arts.

caba a los esclavos como si fueran ganado.¹⁹ En las obras de Cervantes, esa misma atribución de barbarie a los moros y a los europeos llegados a Berbería aparece plenamente representada. Así, en *El trato de Argel* leemos:

*A la marina llegaron
con la víctima inocente,
do con barbaria insolente
a un áncora le ligaron.*

Mientras que en *Los baños de Argel* (jornada tercera) el personaje del Cadí atribuye la barbarie a los españoles:

*Por la mía,
que tienes gran razón en lo que has dicho
de la canalla bárbara española.*²⁰

Sin embargo, también estaba muy presente la concepción de los moros del norte de África como profundamente bárbaros y salvajes. En 1550, Giovanni Ramusio incluyó en su *Delle navigationi e viaggi*, publicado en Venecia, una *Descrittione dell’Africa*, de Joannes Leo Afri-

¹⁹ David Delison Hebb, *Piracy and the English Government, 1616–1642*, Aldershot, Scholar Press, 1994. Véase también Linda Colley, *Captives: Britain, Empire and the New World, 1600–1850*, Londres, Pimlico, 2003.

²⁰ Cervantes, *El Trato de Argel*, en Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1970, vol. I, p. 137, vv. 583-586, y p. 374. Agradezco las citas a José Emilio Burucúa.

canus. Se trata de al-Hasan ibn Muhammad al-Wazzan al-Fasi, un moro nacido en Granada en 1494 quien, tras recorrer medio mundo y ser capturado por piratas españoles, se convirtió al cristianismo en Roma en 1521. Traducida a varios idiomas e incluida por ejemplo en la formidable colectánea de Hakluyt-Purchas, incluye numerosas descripciones de moros y árabes.²¹ Nos enteramos así de que los “pardos moros hablan un idioma bárbaro”, y que se trata de “un pueblo muy poco civilizado* y bárbaro”, “de costumbres corruptas”. Incluso los árabes se reconocen superiores a los africanos bereberes, pues “*Barbar* deriva de *Verbe Barbara*, que en árabe significa murmurar, pues el idioma de los africanos suena para los árabes como las voces de las bestias”.²² En el marco de estas variaciones y complejidades, Parker encuentra una característica dominante en los textos británicos acerca de Berbería: sus autores se construyen a sí mismos como superiores a los otros que encuentran allí, aunque esos otros no sean solamente los habitantes de esos lugares, sino también los otros europeos que viven allí,²³ quienes, por un motivo u otro, parecen haberse transformado en bárbaros. Pese a esos necesarios matices, conviene insistir en que a partir del siglo XIV, Europa se identificó crecientemente con la cristiandad. Las invasiones tártaras del siglo XIII, que destruyeron el cristianismo en el sur de Rusia, junto con el avance casi indetenible de los turcos desde el este, reforzaron la tendencia a restringir la definición de Europa, en el sentido cultural, a los territorios de la Iglesia occidental. La Reforma partiría al medio la unidad espiritual de esta Europa, pero cierta homogeneidad de instituciones, costumbres, tradiciones de pensamiento y, sobre todo, la supervivencia de un idioma culto unificado, preservó algún tipo de identidad común, reforzada por el descubrimiento de mundos extraños y bárbaros allende los mares.²⁴

IComo bien recuerda Peter Burke, durante el siglo XVII el interés por la “antigüedad bárbara”, de la prehistoria a la Edad Media, se sumó con fuerza a aquel ya bien conocido y explorado por las antigüedades clásica y cristiana: pese al desprecio con que muchos humanistas se refirieron al medioevo, sus sucesores se mostraron verdaderamente fascinados por estos “bárbaros”, en parte porque bretones, galos, francos, lombardos, germanos y otros eran vistos como los propios ancestros.²⁵ Los daneses se identificaron con los cimbrios, los holandeses con los bátavos (y allí está *La conspiración de los bátavos* de Rembrandt, con el juego entre la rebelión de Julius Civilis contra los romanos y aquella de las Provincias Unidas frente a los españoles para probarlo), los húngaros con los hunos, los suecos con los godos, y así sucesivamente. La escasez de textos procedentes de esta “tercera antigüedad” en comparación con los que sobrevivieron de las otras dos llevó, según Burke, a que se prestara una peculiar atención a los objetos, que tuvo como consecuencia un auge del anticuariado, cuya importancia para el

²¹ J. L. Africanus, *A Geographical Historie of Africa*, trad. de John Pory, Londres, 1600; Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes*, 20 vols., Glasgow, James MacLehose, 1905, vol. 5.

²² Citado por Ian Smith, “Barbarian Errors...”, *op. cit.*, a partir de Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus...*, *op. cit.*, vol. 5, pp. 314, 324, 329, 313.

²³ Kenneth Parker, “Reading ‘Barbary’ in Early...”, *op. cit.*, pp. 108 y ss.

²⁴ Véase W. H. Parker, “Europe: How Far?”, *The Geographical Journal*, vol. 126, n° 3, septiembre de 1960, pp. 278-297; D. Hay, *Europe, the emergence of an idea*, *op. cit.*, y John Hale, *The civilization of Europe in the Renaissance*, Nueva York, Scribner, 1994.

²⁵ Peter Burke, “Images as Evidence in Seventeenth-Century Europe”, *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n° 2, 2003, pp. 273-296.



Figura 3. Andrea Mantegna, *Triunfo del César*, 1486-1505, Palacio Ducal, Mantua.

surgimiento de la historiografía moderna probó de manera contundente Arnaldo Momigliano.²⁶ En cualquier caso, está claro que el interés y la revalorización del propio pasado bárbaro era bastante anterior al siglo xvii. El humanista alemán Beatus Rhenanus (1485-1547) se había sentido orgulloso porque los conquistadores de Roma fueran ancestros de su “noble raza”, pues “el triunfo de los godos, los vándalos y los francos son nuestros triunfos”.²⁷

Los artistas del Renacimiento también se esforzaron por representar a los bárbaros. En el *Triunfo de César* pintado por Mantegna, por ejemplo, los cautivos bárbaros se parecen a romanos comunes sin armas ni insignias.²⁸ Jerzy Miziolek estudió un *cassone* del *Quattrocento* en el que los galos que luchan contra César se muestran como gigantes desnudos.²⁹ En su *Cosmographia* de 1544, Sebastian Munster aceptó la existencia de varias razas, incluso algunas monstruosas, y derivó su representación de los caníbales del Nuevo Mundo de los antropófagos del Viejo. Así, la imagen que retrata el hábito de devorar carne humana de los tártaros es idéntica

²⁶ Arnaldo Momigliano, *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Sather Classical Lectures 1961-1962, vol. 54, Oakland (CA), University of California Press, 1990.

²⁷ Citado en Santo Mazzarino, *The End of the Ancient World*, Nueva York, Faber & Faber, 1966, p. 88.

²⁸ M. Bellonci y Niny Garavaglia, *L'opera completa del Mantegna*, Milán, Rizzoli, 1967, pp. 110-112.

²⁹ Jerzy Miziolek, *Mity, legendy, exempla*, Varsovia, Universidad de Varsovia, Instituto de Arqueología, 2003, pp. 221-227.



Figura 4. Sebastian Munster, *Cosmographia*, 1544, caníbales americanos.

a la que representa la misma costumbre de los americanos, aunque en este caso hay una imagen adicional que los diferencia, pues los caníbales del Nuevo Mundo aparecen desnudos en el acto de trozar un cuerpo.³⁰ En la misma obra, junto a una descripción textual de godos, hunos, vándalos y demás bárbaros, Munster incluyó una imagen en la cual todos los pueblos bárbaros y salvajes se encontraban reunidos en sus diferencias ante la mirada del lector. De inmediato, el autor describe a los godos como una “nación bárbara” formada por “bestias brutas y enfurecidas” de la que los emperadores buscaron vengarse.³¹ Lo interesante es que las divergencias en las descripciones textuales del aspecto y las costumbres de los diversos pueblos bárbaros, que suelen destacar sus desviaciones respecto de la religión cristiana, no siempre se reflejan en diferencias en las imágenes que los representan. Por ejemplo, el grabado en el que aparecen los galos antiguos es exactamente idéntico al que representa a los italianos del pasado, y en ambos casos hombres y mujeres lucen vestidos que están más cercanos a los contemporáneos a Munster que a aquellos de los pueblos bárbaros del pasado lejano.³² El grabado de los antiguos suabos, sin embargo, es distinto: en los tocados y los vestidos pareciera identificárselos con algunas características de los turcos del siglo xvi.³³

³⁰ Estas imágenes y las citas siguientes provienen de la edición francesa de 1552: Sebastian Munster, *Cosmographie*, 1552, pp. 1308, 1358 y 1360.

³¹ *Ibid.*, pp. 281-282.

³² *Ibid.*, pp. 105, 211.

³³ *Ibid.*, p. 649.



Figura 5. Wolfgang Lazius, *Chorographia Austriae*, 1561, bárbaro.

Por su parte, el geógrafo Wolfgang Lazius (1514-1565), en su *Chorographia Austriae* de 1561, hizo representar a los reyes y nobles de las antiguas Francia, Alemania y Austria como *catafractarii*, caballeros medievales o simplemente romanos en armadura.³⁴ Hubo incluso alguna identificación entre los bárbaros antiguos y los modernos alrededor del año 1500, de tal manera que turcos reales representaron a los germanos descritos por César o Tácito. Una carta de Coluccio Salutati al margrave de Moravia, escrita en 1397, utilizó a Tácito para realizar un paralelo muy fuerte entre las virtudes del coraje, la fuerza y la sencillez de la vida entre los antiguos germanos, por un lado, y los turcos modernos por el otro.³⁵ Ideas semejantes se encuentran en la carta apócrifa atribuida al papa Pío II y dirigida al sultán Mehmet II.³⁶ Se conserva, sin embargo, una carta de Piccolomini al papa Nicolás V en la que se muestra indignado por el hecho de que Constantinopla cayera en manos de los turcos “afeminados y bárbaros”, cuyo “abyecto jefe” era nada menos que una “bestia feroz”.³⁷

Alain Schnapp ha destacado la importancia que tuvo la publicación en 1616 de la obra de Philip Cluverius *Germania Antiqua*, con sus extraordinarias ilustraciones, para la conformación

³⁴ Wolfgang Lazius, *Chorographia Austriae*, Viena, 1561, varios grabados.

³⁵ Carta a Iodoco Margravio (marqués de Brandeburgo y Moravia), escrita en Florencia el 20 de agosto de 1397, en Coluccio Salutati, *Il trattato “De Tyranno” e lettere scelte*, ed. de Francesco Ercole, Bolonia, Zanichelli, 1942, pp. 261-271.

³⁶ Pío II (Enea Silvio Piccolomini), *Lettera a Maometto II*, ed. de Giuseppe Toffanin, Nápoles, Pironti, s/f.

³⁷ Agostino Pertusi (ed.), *La caduta di Constantinopoli*, Milán, Mondadori, s.f., pp. 72-79.

de una imagen temprano moderna de los germanos.³⁸ Cluverius era un historiador y geógrafo alemán nacido en Danzig, que había estudiado leyes en Leiden bajo el magisterio de Joseph Justus Scaliger. Tanto la póstuma *Introductio in universam geographicam* (1629), que se concentra en Asia y Oriente pero contiene también una fuerte reivindicación de la hipótesis hermética acerca del origen egipcio de la sabiduría de los griegos, cuanto la *Germania Antiqua* son parte de un esfuerzo enorme de construcción de una geografía histórica universal. Un hecho sorprendente es que el propio Cluverius haya sugerido que el conocimiento de los indígenas americanos fuera un elemento básico para la reconstrucción de una imagen de los antiguos germanos. Cluverius escribió: “Es fácil ver, a partir de un examen de los monumentos antiguos, la complexión de los cuerpos de las gentes que vivieron en todo el mundo y las tierras conocidas en la Antigüedad. Y hoy lo que nos ha sido traído del mundo externo de los americanos es un conocimiento común”.³⁹ Cluverius y el ilustrador de su libro conocían seguramente los *Nova Reperta* de Giovanni Stradano y las imágenes grabadas por Theodor de Bry para ilustrar *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia*, libro publicado en Frankfurt en 1590.

Tras varios exilios a causa de los conflictos religiosos europeos, que los llevaron de Lieja a Amberes y Londres, De Bry y su familia se establecieron en Frankfurt en 1588, donde el propio Theodor comenzó a ganar fama de grabador y editor de libros, tarea a la que también se dedicaron sus hijos. Entre los temas diversos que publicó desde entonces, pronto se destacaron los *Grands et Petits Voyages*, un proyecto de historia ilustrada integral de los descubrimientos ultramarinos europeos a partir de relatos de viajes, los que dieron mayor fama a la firma De Bry.⁴⁰ Durante su exilio en Londres, De Bry conoció a Richard Hakluyt, quien lo alentó a emprender el proyecto de editar una colección de viajes ilustrados a América. De hecho, varios de los textos de los *Grands Voyages* fueron tomados de *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation* (1598-1600), reunido y publicado por Hakluyt sin ilustraciones para la Compañía de Virginia. Más aun, fue el inglés quien proveyó a De Bry el primer texto publicado en la colección *America*, el relato que Thomas Harriot produjo de la expedición inglesa a Virginia,⁴¹ así como las acuarelas de John White, un miembro de esa primera tripulación, que sirvieron de base a los grabados que acompañaban el texto en la edición

³⁸ Alain Schnapp, “Les Antiquités entre la France et l’Allemagne au xviii^e siècle”, *Revue germanique internationale*, 13, 2001. Philippi Clüveri, *Germaniae Antiquae libri tres*, Leiden, Ludovico Elzevier, 1616. Debo el dato (al igual que el de la nota siguiente) a las reveladoras páginas escritas por José Emilio Burucúa, “La noción de alteridad y el caso de la historia de Ulises en el Renacimiento”, *Eadem utraque Europa*, n° 4-5, 2007, pp. 191-228.

³⁹ Philippi Clüveri, *Germaniae Antiquae...*, *op. cit.*, p. 129. En dos ocasiones en su *Scienza Nuova*, Giambattista Vico comparó la barbarie de los americanos, “que encontraron los españoles”, con la barbarie de los antiguos germanos. Giambattista Vico, *La Scienza Nuova*, ed. de Paolo Rossi, Milán, Rizzoli, 1977, pp. 364 y 568.

⁴⁰ Los llamados *Grands Voyages* describen las navegaciones por las “Indias Occidentales”, mientras que los *Petits Voyages* se ocupan de las “Indias Orientales”. Entre 1590 y 1634 aparecieron 25 volúmenes *in folio*, primero editados por Theodor, luego por sus hijos, Johan Theodor y Johan Israel, y finalmente por Matthaus Merian, su sucesor. De esos 25 volúmenes, 13 tratan sobre *America*, nombre con el que también se conoce a esa porción de la colección, y 12 sobre *India Orientalis*. La totalidad de la colección fue editada en alemán y latín para maximizar su difusión y garantizar mayores ventas a un público más amplio, pero los primeros dos tomos de *America* aparecieron también en inglés y en francés. Las obras incluyen casi 600 grabados y son la primera representación iconográfica comprensiva del mundo de ultramar y sus habitantes. Bernadette Bucher, *Icon and Conquest. A Structural Analysis of the Illustrations of De Bry’s Great Voyages*, Chicago, University of Chicago Press, 1981, p. 12.

⁴¹ *A briefe and true report of the new found land of Virginia, directed to the investors, farmers and wellwishers of the project of colonizing and planting there*, publicado originalmente en Londres en 1588. Se trata de un estudio integral de la región que incluye análisis económicos y estadísticos sobre las potencialidades del lugar y los productos comercializables de la zona, pero también un análisis antropológico de las costumbres de los nativos.



Figura 6. Philip Cluverius, *Germania Antiquae*, 1616, bárbaros.

de De Bry, de 1590. Hakluyt también era la fuente de la segunda parte de los *Grands Voyages*, pues fue él quien rescató el diario de Laudonnière, que relataba los detalles de la expedición hugonote a Florida. El texto publicado por De Bry es una narración basada en esa aventura y reproduce los dibujos traídos de Florida por Le Moyne de Morgues, un sobreviviente de la masacre de la expedición de Laudonnière perpetrada por soldados españoles, quien también le había sido presentado por Hakluyt. Allí, se recomienda a los cristianos que aprendan a moderar sus impulsos como lo hacen los americanos: los europeos “merecen ser entregados a estos hombres básicos e incivilizados*, a estas criaturas brutales, para aprender a controlarse”.⁴² Los encuentros con los nativos americanos revitalizaban el sentido de las virtudes del salvaje, que se com-

⁴² Paul Hulton (ed.), *The Work of Jacques Le Moyne de Morgues, a Huguenot Artist in France, Florida, and England*, Londres, British Museum Publications Ltd. n° 148, Londres, British Museum, 1977. La misma tensión aparece en White-De Bry: “Doubtless it is a pleasant sight to see the people sometimes wading and going sometimes sailing in those rivers, free from all care of heaping of riches for their posterity, content with their state, and living friendly together of those things which God in his bounty has given unto them, yet without giving him any thanks according to his desserts. So savages is this people, and deprived of the true knowledge of God” (*The True Pictures and Fashions*, 1590, grabado xiii). Los ecos de la edad dorada no contradicen la condición de caídos de los indios, algo ya presente en Pedro Mártir de Anglería. Es un primitivismo estoico, que combina la idea de la superioridad de la Europa civilizada con cierta nostalgia por las virtudes de la simplicidad, la austeridad, el coraje, la libertad y la falta de corrupción de un modo de vida más natural (también presente en Pedro Mártir, Polidoro Virgilio, Camden y Montaigne). En ese paradigma, la transición de barbarie a civilización no era una que implicara sólo ventajas, sino también cierta declinación moral. Esa combinación entre el tema humanista de la tragedia de la civilización y el tema cristiano de la caída en el pecado es una parte esencial del discurso etnológico de la temprana modernidad (Joan-Pau Rubiés, “New Worlds and Renaissance Ethnology”, *History and Anthropology* iv, 1993, pp. 157-197). Sin embargo, también es preciso recordar que el discurso colonialista británico no siempre era tan ambivalente respecto de los americanos. En 1625, Samuel Purchas se hacía esta pregunta respecto del carácter traicionero de los indios de Virgi-

binaba con una aproximación anticuaria al pasado bárbaro de Europa. La idea de que los pueblos civilizados podrían aprender civilización de los bárbaros era ya entonces tanto una forma de crítica social cuanto un modo de reflexionar sobre las consecuencias del encuentro colonial.

Algunos autores han afirmado que los *Grands et Petits Voyages* en particular y los emprendimientos editoriales de los De Bry en general estaban signados por la disputa religiosa europea, de modo que la mayoría de los volúmenes trataban de la colonización protestante y su lucha contra la hegemonía ibérica.⁴³ Esta aproximación ha sido cuestionada recientemente. Según Michiel van Groesen, los De Bry eran editores cuidadosos que querían que sus libros fueran aceptados por un gran número de lectores, fueran católicos o protestantes, de modo que no estaban motivados, en lo fundamental, por el objetivo de difundir propaganda protestante.⁴⁴ Por ello, los *Grands Voyages* habrían pretendido dar cuenta de las realidades del Nuevo Mundo en términos de una alteridad cultural y antropológica radical respecto de la civilización europea, que podía ser objeto de una contemplación estudiosa y de una práctica de conquista. En ese marco, los españoles se distinguían por la exageración de la violencia y la perpetración sistemática del abuso. En cualquier caso, las ilustraciones de *America* proveían una crónica visual del Nuevo Mundo y sus habitantes, con su flora, su fauna y sus poblaciones diversas, así como la historia de las cambiantes relaciones entre los conquistadores y los amerindios y entre los invasores mismos. Su importancia en la elaboración de una imagen del Nuevo Mundo para los europeos aumenta si se considera la escasez de representaciones gráficas del continente americano en el siglo que va desde los viajes de Colón hasta el inicio de la publicación de los *Grands Voyages*.

Hay en los grabados de *America* una aproximación etnográfica a un mundo nuevo. Las ilustraciones del ya citado texto de Harriot incluían cinco imágenes, también basadas en acuarelas de John White, que mostraban a los primitivos pictos y británicos como salvajes semejantes a los americanos: en un ejercicio de antropología comparada, esas representaciones buscaban “mostrar cómo los habitantes de Gran Bretaña habían sido en tiempos pasados tan salvajes como los de Virginia”.⁴⁵ La idea predominaría entre los colonos ingleses de Virginia durante décadas. En 1613, William Crashawe podía sostener que los miembros de la Compañía de Virginia iban al Nuevo Mundo a extender el reino de Dios pero, sobre todo, que “la conversión de las almas llegará luego de convertir a los nativos en hombres civilizados*”, lo que es posible por cuanto

nia: “Can a Leopard change his spots? Can a Savage remaining a Savage be civil?” (William Strach[e]y, “A true reportorie...”, Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumus*, *op. cit.*, vol. XIX, p. 62).

⁴³ Tal argumento es defendido por B. Bucher, *Icon and Conquest*, *op. cit.*

⁴⁴ Michiel Van Groesen, *The Representations of the Overseas World in the De Bry Collection of Voyages, 1590-1634*, Leiden-Boston, Brill, 2008, pp. 246, 250 y 377. El libro de Anna Greve acerca de la política de las imágenes en los *Grands Voyages* comparte esa interpretación. Anna Greve, *Die Konstruktion Amerikas. Bilderpolitik in den Grands Voyages aus der Werkstatt de Bry*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau, 2004.

⁴⁵ “Show how the inhabitants of Great Britain have been in times past as savage as those of Virginia”, Thomas Harriot, *A briefe and true report of the new found land of Virgin...*, *op. cit.*, p. 75. Lo que singulariza a John White es que trabajó con cierta autonomía y que incluso Harriot habría escrito las didascalias a partir de las imágenes creadas por él y no, como era frecuente, que White ilustrara un texto de Harriot. Todo en el marco de un proyecto de historia natural que, como era usual en la tradición humanista, combinaba cartografía, registro de la naturaleza, objetivos políticos y económicos y narrativa histórica de la colonización: incluía entonces especulación anticuaria y etnográfica como complemento de ese proyecto económico colonial. La serie incluía también dos grabados basados en la obra de Jacques Le Moyne de Morgues, artista de una expedición francesa a la Florida en 1562-1565. El resto de las imágenes que Le Moyne produjera de los Timucua, junto con un comentario escrito por el propio artista, aparecieron en el segundo volumen de *America* (1591), acompañadas por el mapa de la Florida trazado por Le Moyne y el ya citado relato de los avatares de la colonia francesa.

“los ingleses fuimos alguna vez como los indios, nuestros hermanos”.⁴⁶ En cualquier caso, la insistencia en los grabados de *America* en la costumbre de los pictos de cazar cabezas, en su desnudez y en su primitivismo sustenta la idea de que el salvajismo era comparable con el de los americanos. El parangón se apoya, además, en el conjunto de descubrimientos historiográficos y anticuarios del siglo XVI, que desde Polidoro Virgilio a William Camden habían permitido descartar la hipótesis de Geoffrey de Monmouth de que los primeros habitantes de Gran Bretaña provenían de Troya (de modo que la civilización británica habría sido anterior a la romana),⁴⁷ por lo cual las imágenes grabadas por De Bry que presentan a los pictos como bárbaros dan cuenta de los descubrimientos humanistas.⁴⁸ Pero hay también en esos grabados una valoración positiva de algunas características de los bárbaros del propio pasado, semejantes a aquellas que ya hemos visto respecto de los bárbaros antiguos. La dignidad de los pictos en las imágenes de White modera las connotaciones negativas del término salvaje, un “primitivismo duro” que estaba presente en los textos de Stephen Gosson, quien comparaba favorablemente a los primitivos británicos frente al estilo de vida degenerado de los isabelinos.⁴⁹ Más aun, los grabados de los americanos combinaban representaciones de los eventos de la conquista y colonización con una visión imaginativa de los pueblos subyugados. El conjunto constituye un registro único de la forma en que los europeos integraron un continente entero en su universo cultural, no solo como un objeto de conocimiento, sino también como objeto de codicia y lugar de expresión de nuevas relaciones de fuerza. De acuerdo con Michael Gaudio, uno de los objetivos de De Bry era decodificar al salvaje, traducir la otredad de un cuerpo del Nuevo Mundo al sistema de símbolos europeos, lo que constituye la construcción de un *uno* civilizado mediante la producción de un *otro* salvaje.⁵⁰

Por un lado, entonces, los europeos proyectaron lo que sabían del Viejo Mundo sobre el espacio del Nuevo que aspiraban a conquistar, y así fue como Cortés pudo hablar de las “mezquitas” que encontraba en México.⁵¹ Existía cierta incapacidad cultural que dificultaba superar la inconmensurabilidad entre lo que veían y lo que conocían, a la que respondieron de diversas formas, relacionando lo nuevo y lo viejo con analogías superficiales.⁵² Pero, como muestran las acuarelas de White y los grabados de De Bry, esos hombres también buscaron interpretar esa nueva realidad empírica de otra manera, consideraron que había una legítima diferencia cultural que no era contraria a la ley natural, de modo que la comparación con ejemplos antiguos daba forma a la interpretación de la cultura y la religión de los nativos, pero no significaba una

⁴⁶ William Crashawe, *A Sermon Preached before Lord La Warre, Lord Governour and Captain General of Virginea*, 1610, s/p, y *Good Newes from Virginia*, 1613, dedicatoria a sir Thomas Smith.

⁴⁷ Todavía había ecos de esta narrativa en tiempos isabelinos: E. Spenser, *The Faerie Queene*, W. Shakespeare, *King Lear*. Véase P. Virgilio, *Anglica Historia* [1534], Britannia, W. Camden, 1586.

⁴⁸ Samuel Daniel, en su *History of England*, de 1612, comparaba los modos de vida de los antiguos habitantes de Gran Bretaña con lo que sus contemporáneos relataban de los americanos.

⁴⁹ *The Schoole of Abuse*, 1579, cit. por Sam Smiles, “John White and British Antiquity: Savage Origins in the Context of Tudor Historiography”, en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.

⁵⁰ Michael Gaudio, *Engraving the Savage. The New World and Techniques of Civilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008, p. 12.

⁵¹ D. B. Quinn, “New Geographical Horizons: Literature”, en F. Chiappelli (ed.), *First images of America*, Los Ángeles, University of California Press, 1974, p. 636. La referencia a Cortés proviene de *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1969, p. 17. Véase también Jonathan Z. Smith, “What a Difference a Difference Makes”, en *Relating Religion: Essays in the Study of Religion*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

⁵² Anthony Pagden, *European Encounters with the New World*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1993.

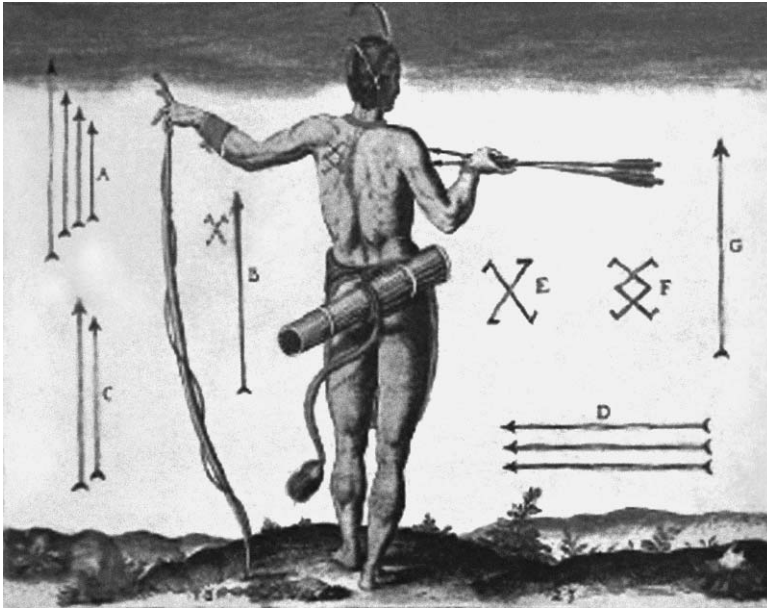


Figura 7. Theodore de Bry, *America*, 1590, americano.

identificación completa de lo viejo y lo nuevo.⁵³ No olvidemos que, en 1593, Thomas Nashe podía citar reportes según los cuales “los indios recientemente descubiertos son capaces de mostrar antigüedades que proceden de miles de años antes de Adán”.⁵⁴ Lo que es más, esa actitud comparativa y mixta implicaba también una reconsideración del propio pasado bárbaro europeo y de las formas de representarlo en textos y en imágenes.

Esa novedad es de gran interés. La construcción de ese *otro* civilizado no limitaba el *otro* salvaje al *otro* americano, sino que explícitamente lo vinculaba con un *otro* propio, procedente del pasado: el bárbaro europeo. Analicemos entonces con más detalle las acuarelas de John White, una imagen de Le Moyne y aquellos primeros grabados de De Bry. White titula su álbum “The pictures of sundry things collected and counterfeited according to the truth in the voyage made by Sir Walter Raleigh knight for the discovery of Virginia”, lo que destaca la intención de registrar la realidad tal cual la había observado durante la expedición a tierras americanas y, en consecuencia, invita a considerar las imágenes de los pictos de un modo semejante. Se identifica su procedencia temporal (“The old tyme”) y geográfica (“one part of the great Brittainne”), y se puede decir que son “la verdadera imagen” de los pictos y sus vecinos porque el artista “las encontró, según me ha asegurado, en una vieja crónica inglesa”.⁵⁵ Hay gran consenso entre los historiadores respecto de que las imágenes de pictos y americanos

⁵³ Joan-Pau Rubiés, “Texts, Images, and the Perception of ‘Savages’ in Early Modern Europe: What We Can Learn from White and Harriot”, en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.

⁵⁴ Thomas Nashe, *Christ’s Tears over Jerusalem*, 1593, en *The Unfortunate Traveller and other Works*, Londres, Penguin, 1972, p. 479.

⁵⁵ “The true picture”; “found as he did assured me in an old English chronicle”.



Figura 8. Theodore de Bry, *America*, 1590, mujer picta.

pintadas por White se habrían inspirado en los dibujos de Lucas de Heere, un refugiado flamenco que trabajó en Inglaterra entre 1567 y 1577.⁵⁶ En la década de 1570, De Heere produjo *Théâtre de tous les peuples et nations de la terre avec leurs habits et ornements divers*, un conjunto de ilustraciones que, de acuerdo con Michael Gaudio, se vincula con una larga tradición de libros de vestidos y costumbres, que son también parte del impulso etnográfico de la modernidad temprana.⁵⁷ Esas imágenes, conocidas como *habits*, sintetizan el vestido y las costumbres del retratado, no son imágenes de la apariencia, sino de la cultura y la moral, presentes en las superficies de los cuerpos, que pueden ser representadas. Pareciera que el europeo bárbaro del pasado y el americano bárbaro del presente no se distinguen por la biología, sino por el vestido y las costumbres. Los retratos de algonquinos, inuits y británicos de John White y Lucas de Heere atestiguan la idea de que el vestido es una de las características que distinguen a un humano de otro, y retratar a los hombres y mujeres de distintas partes del mundo con sus ropas y costumbres es también una forma de acercarse al conocimiento de la realidad y la diferencia. De acuerdo con Gaudio, la identidad, al estar en la superficie, es hasta cierto punto inestable: cuando De Heere retrata a un inuit, inscribe sobre la imagen las palabras “Homme

⁵⁶ Paul Hulton y David Beers Quinn, *The American Drawings of John White 1577-1590. With drawings of European and Oriental Subjects*, Londres, The trustees of the British Museum/Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina Press, 1964, pp. 9-10.

⁵⁷ Gaudio menciona, por ejemplo, a François Desprez, *Recueil de la diversité des habits quis sont de present en usage, tant es pays d'Europe, Asie, Affrique & Isles sauvages*, París, 1564. Michael Gaudio, “The Truth in Clothing: The Costume Studies of John White and Lucas de Heere”, en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.



Figura 9. Simon van de Passe, *Pocahontas*, 1616.

Sauvage”, pero los indios también podían ser retratados con ropas de ingleses y, gracias a ese dispositivo de ideología imperial, Pocahontas, vestida a la europea en un grabado de Simon Van de Passe de 1616, ve transformada su identidad de salvaje en la de cristiana civilizada.

Sin embargo, tanto los pictos como los americanos de De Heere y De Bry aparecen desnudos y, lo que es más relevante, tatuados. Un cuerpo civilizado está vestido e indica diferencias culturales, un cuerpo desnudo es salvaje o natural y convierte su vestido en piel. El tatuaje marca las diferencias culturales para siempre, y eso causaba horror en los contemporáneos de White.⁵⁸ Al respecto, William Camden reunió evidencias de varias fuentes (Beda, César, Herodiano, Tácito e Isidoro de Sevilla) según las cuales los pictos y los celtas habían sido “pueblos pintados”, que se distinguían de los invasores porque “manchaban y coloreaban todos sus cuerpos”.⁵⁹ En 1611, John Speed reafirmó el argumento de que *Britannia* había estado habitada por “bárbaros que con incisiones artificiales incorporaron desde la niñez formas de bestias en sus cuerpos, marcas profundamente impresas, que crecían por ello a medida que aumentaba su estatura”. Es por el hecho de tener el cuerpo dibujado que los romanos los denominaban pictos, y la obra de Speed

⁵⁸ John Bulwer, *Anthropometamorphosis: Man transformed, or the artificiall changling*, 1653, p. 459.

⁵⁹ “Painted peoples, set apart from later invaders by their staining and colouring of their whole bodies”, W. Camden, *Britannia* [1586], 1610, p. 115. Según Herodiano, los pictos “marcan sus cuerpos desnudos con imágenes diversas, que representan varios tipos de criaturas vivas, y por ello es verdad que no se vestían para ocultar las pinturas de sus cuerpos. Ahora son una nación guerrera y muy dispuesta a la masacre, feliz de armarse solamente con un escudo y una lanza, junto con una espada que cuelga al costado de sus cuerpos desnudos” (*Roman History*, III.XIV.7-8, tomado de la *Britannia* de Camden, 1610, p. 30).



Figura 10. John Speed, *The Historie of Great Britaine*, 1611, antigua británica.

nos ofrece dos grabados, evidentemente inspirados en los de White-De Bry, que dan testimonio de su apariencia.⁶⁰ Según Juliet Flemming, el tatuarse era para los anticuarios una característica tan distintiva de los antiguos habitantes de Gran Bretaña como la ginarquía o la desnudez.⁶¹ Pero las semejanzas entre los bárbaros del pasado europeo y los del presente americano no se detenían ahí: ambos vivían en carpas, cubrían su desnudez, si acaso lo hacían, con pieles de animales, ignoraban los principios básicos de la religión verdadera y la agricultura y ni siquiera conocían del todo bien el valor del oro. De hecho, en una de las representaciones incluidas por De Bry en su obra, la “True picture of a young daughter of the Picts”, basada en un original de Le Moyne, el cuerpo de la joven está tatuado desde el cuello a los tobillos con una gran variedad de flores. Para Sam Smiles, Le Moyne cubre a la mujer con flores porque se inspira en la idea de Beda de que los pictos se originaron en la tierra de los escitas, por ello sigue a Jenofonte, quien en *Anabasis* (v, iv) sostiene que los hombres y las mujeres de ese pueblo guerrero del Mar Negro eran “suaves y blancos, con espaldas y pechos variados y tatuados por todas partes con motivos florales”.⁶² Al respecto, Paul Hulton descubrió un detalle crucial: las flores de la picta son peonías, espuelas de

⁶⁰ “And of this use of painting both the Britains had their primitive derivation, and the Picts (a branch of British race) a long time after, for that their accustomed manner, were called Picti by the Romans, that is, the painted people.” John Speed, *The Historie of Great Britaine* [1611], 1627, p. 167.

⁶¹ Juliet Fleming, “The Renaissance Tattoo”, *Anthropology and Aesthetics*, n° 31, The Abject, 1997, pp. 34-52.

⁶² Pedro Mártir de Anglería también compara esos motivos florales con los de los indios americanos (*De Orbe Novo*, I.7.5 y III.4.5). Véase el análisis al respecto de Sam Smiles, “John White and British Antiquity...”, *op. cit.*

caballero, malvas, azucenas, narcisos, *iris susianas*, tulipanes y periquitos (*mirabilis jalapa*). Pero las tres últimas variedades solo habían llegado recientemente a Europa desde América y los Balcanes, de modo que no podían haber sido parte del repertorio de tatuajes de los pictos. Su inclusión es presumiblemente un anacronismo intencional por parte de Le Moyne, quien conocía bien la flora y la fauna americanas, pues había compuesto una serie de grabados en madera y acuarelas sobre animales, aves y plantas del Nuevo Mundo.⁶³

Se trata de otra evidencia del intento de equiparar a los bárbaros del pasado europeo y los salvajes del presente americano y, por qué no, de una contribución al debate sobre la historia británica y la identidad cultural. No podemos dejar de destacar que, cuando las relaciones entre los ingleses y los americanos se volvieron más conflictivas, esa actitud equilibrada y comparativa dejó pronto paso a una mucho más violenta y cruel: las características bárbaras de la población americana daban pie a que, tras la insurrección de 1622, los colonizadores pudieran comportarse sin restricciones para someterlos.⁶⁴ En esa decisión, no ha de haber sido menor el atractivo que el estilo de vida imperante en esas sociedades “bárbaras” del presente despertaba entre los pobres y desheredados europeos. Sabemos que durante décadas la frontera abierta del Nuevo Mundo era una vía de escape a la explotación de los europeos por los europeos y que, en muchos casos, los “cautivos” preferían permanecer con sus captores antes que ser liberados por sus compatriotas, fueran ingleses o españoles.⁶⁵ Estaban convencidos de haber dado finalmente con el país de Cucaña en América, pues “no hay entre ellos [los americanos de Virginia] *meum* y *tuum*”.⁶⁶ Christopher Hill ha probado que los “salvajes” de Irlanda y de América eran libres en el sentido de que no tenían propiedad y, por ello, no podían ser controlados por la ley.⁶⁷ La tensión entre ambas actitudes estaría siempre presente: Walter Raleigh sostenía que “es legítimo hacer la guerra contra el bárbaro, cuya religión e impiedad deben ser despreciadas”, pero Francis Bacon advertía que “no se debe hacer expropiación alguna de los nativos bajo el pretexto de cultivar la religión”.⁶⁸

III Como era de esperarse, el aspecto del Nuevo Mundo que más difícilmente podía incorporarse a una relación con el Viejo era el canibalismo. Tal como ha mostrado recientemente Catalin Avramescu, el canibal ha representado un papel fundamental en la historia del pensamiento europeo como símbolo del salvajismo y la barbarie, que podría ser asimilable a una criatura teórica cuyo destino ilumina las nociones sobre el bien y el mal y las concepciones de lo propio y lo ajeno desde el inicio de la modernidad temprana, una imagen subversiva de la corrupción moral del orden social.⁶⁹ Quienes en muchos aspectos podrían haber sido “como nosotros”, fueron, en consecuencia, vistos como radicalmente “otros”. De acuerdo con Carole Myscowski, las representaciones que los europeos produjeron de las mujeres americanas, particularmente de aquellas del Brasil, giran en torno a dos posibles núcleos: el de la doncella

⁶³ Paul Hulton, *The Work of Jacques Le Moyne de Morgues...*, *op. cit.*, p. 164.

⁶⁴ Roy Harvey Pearce, *The Savages of America: A Study of the Indian and the idea of Civilization*, reed. rev., Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1965, especialmente pp. 4-16.

⁶⁵ S. Greenblatt, *Marvellous Possessions*, Oxford, Oxford University Press, pp. 140 y ss.

⁶⁶ Robert Gray, *A Good Speed to Virginia, 1609*, p. 19.

⁶⁷ Christopher Hill, *Liberty against the Law*, Londres, Penguin, 1996, cap. 12.

⁶⁸ Walter Raleigh, *Cabinet Council*, en *Works*, Londres, 1715, I, p. 79; Francis Bacon, “Advice to George Villiers”, en *Works*, Londres, 1826, III, p. 455.

⁶⁹ Catalin Avramescu, *An Intellectual History of Cannibalism*, Princeton, Princeton University Press, 2011.

inocente, ingenua y vulnerable, que puede dominarse fácilmente como la tierra nueva que conquistarían los recién llegados, y el de la mujer guerrera salvaje y caníbal, que resiste el sometimiento.⁷⁰ Para los viajeros europeos el canibalismo era una marca de barbarie que se registraba desde una ajenidad fundamental.⁷¹ Es esa imagen la que puede encontrarse en el relato que Hans Staden, un experto alemán en artillería empleado por los portugueses cerca de la actual San Pablo, hiciera en 1557 de su cautiverio entre los Tupinamba, obra que sería incorporada por De Bry en el volumen tercero de *America*.⁷² Ese carácter extraño que el canibalismo incorporaba al Nuevo Mundo estaba presente en las ideas de los jesuitas contemporáneos, de Manuel da Nóbrega a Vasconcelos.⁷³ Los franceses también incluyeron historias de canibalismo en sus relatos. A mediados del siglo XVI, el católico André Thevet distinguía claramente entre los guerreros brasileños valientes y aquellos que simplemente mataban porque disfrutaban de comer carne humana. La descripción estaba acompañada del grabado de prácticas antropofágicas: en el primer plano, se observa a una mujer en el acto de destripar un cuerpo.⁷⁴ Pero ni siquiera ese extremo hacía imposible la comparación entre propios y extraños. Veinte años después de Thevet, el calvinista Jean de Léry encontraba que los tupinamba no se detenían ante nada e incluso comprendía la antropofagia como parte de un ritual noble fundado en la venganza que, si bien no podía disculparse y era un ejemplo de cómo la ignorancia de la verdadera religión llevaba a prácticas horribles, podía sí tolerarse.⁷⁵ Lo más interesante es que el conflicto religioso europeo volvía a hacer posibles las comparaciones entre el otro americano y el otro cercano, íntimo. Así, en el marco de los debates respecto del significado de la eucaristía, Léry condenaba a su compatriota Nicolas Durand de Villegagnon, líder de la expedición, quien mientras estaba en Brasil no había rechazado la transustanciación y deseaba “como un caníbal, no solo comer la carne de Jesucristo, sino también mastigarla y tragarla cruda”.⁷⁶ Más aun, decía Léry, las masacres brutales y la antropofagia que habían estallado en el marco de las guerras de religión en Francia volvía innecesario “ir hasta América para ver cosas tan monstruosas y prodigiosas como éstas”.⁷⁷ Pese al evidente impacto que esas prácticas

⁷⁰ Carole Myscowski, “Imagining Cannibals: European Encounters with Native Brazilian Women”, *History of Religions*, vol. 47, n° 2/3, 2007-2008, pp. 142-155.

⁷¹ Maria Cândida Ferreira de Almeida, *Tornar-se outro: O “topos” canibal na literatura brasileira*, San Pablo, Anablume, 2002.

⁷² Hans Staden, *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen* [La verdadera historia y descripción de un país de pueblos salvajes, desnudos, nefastos, comehombres en el Nuevo Mundo], 1557, reproducido en *America*, vol. III, 1593.

⁷³ Para Nóbrega, las mujeres caníbales atestiguaban “las costumbres más abominables de estos pueblos bárbaros” (Manuel da Nóbrega, *Cartas do Brasil e mais escritos*, ed. de Serafim Leite, Coimbra, Universidade da Coimbra, 1955, p. 48). Según Vasconcelos, aunque Dios había dado muchos privilegios a la tierra del Brasil, los pueblos eran “salvajes, rústicos, bárbaros e inhumanos: viven de acuerdo a la naturaleza y en ellos la luz de la razón es débil”. (*Crônica*, 1:96-97). He tomado las referencias del artículo de Myscowski ya citado.

⁷⁴ André Thevet, *Les Singularités de la France antarctique*, París, 1558, p. 77.

⁷⁵ Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil*, La Rochelle, Antoine Chuppin, 1578, p. 118. Véase también la Introducción de Janet Whatley a su edición del texto de Jean Léry, Los Ángeles, University of California Press, 1992, pp. xxvi y ss.

⁷⁶ Jean de Léry, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil*, op. cit., pp. 77-78.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 258. Para Léry, los antropófagos europeos serían incluso más despreciables que los brasileños. “Puede decirse que Maquiavelo y sus discípulos, de los que Francia, para gran desgracia suya, está hoy llena, son imitadores verdaderos de estas crueldades bárbaras, pues estos ateos enseñan y practican, contra la doctrina cristiana, que nuevos servicios no deben causar que viejas ofensas sean olvidadas, esto es, que los hombres participan de la naturaleza del demonio y no pueden perdonarse entre sí. ¿No demuestran entonces ser más crueles que tigres?”



Figura 11. André Thevet, *Les Singularités de la France antarctique*, 1558, caníbales.

causaban, recordemos que Cervantes podía burlarse graciosamente del asunto, pero manteniendo la asociación entre barbarie y canibalismo. En el capítulo LXVIII de la segunda parte, los desconocidos que raptan a don Quijote y a Sancho los increpan diciéndoles: “trogloditas, bárbaros, antropófagos, escitas, Polifemos matadores, leones carniceros”. Y Sancho replica: “¿a nosotros tortolitas, barberos, estropajos, perritas, a quien dicen cita, cita?”⁷⁸

La formidable predisposición de los europeos para hacerse objeto mutuo de las más cruentas violencias hizo que no solo los protestantes echaran mano de la referencia a la antropofagia americana para referirse a los incidentes de las guerras de religión. En 1587, el anglo-holandés Richard Verstegen publicó en Amberes su *Theatrum Crudelitatum Haereticorum nostri temporis*.⁷⁹ En la obra, la mayoría de las representaciones de las atrocidades que los protestantes habrían perpetrado contra los católicos en Inglaterra, Bélgica y Francia se asocian con el modelo del martirio cristiano individual (en la mayoría de los casos) o colectivo. Sin embargo, dos imágenes de las *crudelidades* francesas pueden vincularse con la antropofagia y la radicalidad atribuida a esa práctica en los grabados sobre el Brasil. Se trata de aquellas que exhiben a católicos muertos o agonizantes cuyos restos son ingeridos por ellos o por otros. Verstegen, quien había estado preso en París a instancias de la diplomacia inglesa y tenía un fluido contacto con jesuitas y españoles, ubica el título de las *Horribles crudelidades de los Hugonotes en Francia* sobre cada imagen. En ellas, tal como era práctica usual en otras series de

⁷⁸ Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras completas, op. cit.*, vol. II, p. 1754. Agradezco la cita a José Emilio Burucúa.

⁷⁹ Richard Verstegen, *Theatrum Crudelitatum Haereticorum nostri temporis*, Amberes, 1587. La obra se tradujo pronto al francés y fue editada repetidamente, incluso en el primer cuarto del siglo XVII.

49

Horribles cruauitez des Huguenotz
en France.



*Ces tyrans infensez n'estants iamais contents,
Inuentent tous les iours autres nouueaux tourments;
A leur ardent courroux ne suffit nulle paine:
Ils s'esgient à voir souffrir cruelle mort.
Aux pauvres innocents, qu'ilz font mourir à tort,
Montrant par tel tourments leur tant mortelle haine.*

G Dv

Figura 12. Richard Verstegen, *Theatrum Crudelitatum Haereticorum nostri temporis*, 1587, canibalismo en las guerras de religión.

grabados sobre la violencia religiosa,⁸⁰ las escenas aparecen señaladas con letras que permiten una descripción de cada una de ellas en la página opuesta. En la estampa de la página 49 vemos, en sentido antihorario, a dos soldados que enrollan las vísceras de una víctima en una lanza, mientras otros tres entierran a un cura en el segundo plano y dos hombres “cortan sendos niños en pedazos” en el fondo. Finalmente otros tres soldados, tras castrar a un sacerdote, asar sus órganos y obligarlo a comerlos, abren el vientre del anciano para “ver cómo las digiere antes de terminar con sus días”. Tanto la parrilla como el detalle obsesivo en la representación de la anatomía humana recuerdan las imágenes provenientes del Nuevo Mundo. Recordemos también que en su ensayo sobre los caníbales de 1580 Michel de Montaigne había establecido un vínculo entre los hechos a un lado y al otro del Atlántico. Para Montaigne, quien explica el canibalismo americano del mismo modo que Léry, esto es, como un acto ritual de “venganza extrema”, “nada hay de bárbaro ni de salvaje en esa nación”. La reflexión siguiente parece describir en conjunto los grabados de Thevet, Léry y Verstegen:

⁸⁰ Véase por ejemplo Jacques Tortorel y Jean Perrissin, *Quarante tableaux ou Histoires diverses qui sont mémorables touchant les guerres, massacres, & troubles, advenues en France ces dernières années. Le tout recueilly selon le tesmoignage de ceux qui y ont esté en personne, & qui les ont veus, lesquels sont pourtraits à la vérité*, Ginebra, Jean de Laon, 1569, *passim*.

No me parece adecuado que destaquemos el horror bárbaro de tal acción suya, pues antes de juzgar sus faltas debiéramos observar las nuestras. Pienso que hay más barbarie en devorar a un hombre vivo que en comerlo muerto, en destrozar por tormentos y pesares un cuerpo que aún está lleno de sensaciones, en asarlo en pequeñas piezas, en hacerlo comer y herir por perros y cerdos (como nosotros no lo hemos solamente leído, sino visto en escenas aún frescas en nuestra memoria, no entre viejos enemigos, sino entre vecinos y conciudadanos y, lo que es peor, con el pretexto de la piedad y la religión), que en asarlo y comerlo una vez que ha muerto.⁸¹

Tal vez sea esta la ocasión de aclarar que el mito del buen salvaje, iniciado por Montaigne, tampoco era extraño a los ingleses. En 1656, Francis Osborne sostuvo: “algunos de los indios salvajes y otros pueblos son denominados bárbaros por nosotros, pero son más ajenos a los pecados antisociales de la codicia, la carencia de probidad, etcétera, que quienes pretenden acelerar su conversión”.⁸²

Existía otra vinculación entre los eventos de la América recientemente descubierta y la adscripción de barbarie a los protagonistas del proceso de colonización que, como veremos, también se relacionó muy temprano con las barbaries de los propios europeos en el Viejo Mundo. La tradición de asociar las matanzas de americanos con las de europeos podría remontarse a 1566, cuando Le Challeux describió el ataque español a la colonia francesa de la Florida utilizando la retórica de las guerras de religión, de modo que la leyenda negra habría arribado a Francia (y a Inglaterra en traducciones) como referencia a una matanza de europeos protestantes en América. Según el autor, los españoles, “más salvajes que animales”, persiguieron a los franceses, ejecutaron “una furia que habían concebido contra nuestra nación” y “cortaron las gargantas de hombres, sanos y enfermos, mujeres y niños pequeños, de tal manera que no es posible pensar de una masacre que pueda compararse con esta en crueldad y barbarie”.⁸³ Los españoles eran buenos candidatos a ser considerados bárbaros por sus contemporáneos críticos. Pese a ello, Bartolomé de las Casas no emplea el término en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de 1552. El dominico se refiere reiteradamente a la inhumanidad, la impiedad y la crueldad de los españoles, incluso a su carácter bestial, pero no los llama bárbaros ni salvajes.

Recordemos, sin embargo, que en la controversia de Valladolid de 1550-1551 el asunto de la barbarie estuvo claramente presente, aunque referido a los indígenas y no a los españoles.⁸⁴ ¿Era justo declarar la guerra a los indígenas para facilitar su conversión? Para Juan Ginés de Sepúlveda, existían cuatro argumentos a favor de una respuesta afirmativa: los indios eran bárbaros, habían cometido crímenes contra la ley natural, oprimían y asesinaban a inocentes entre los suyos y eran infieles que debían ser instruidos en la fe cristiana. Era clave, entonces, su condición de raza bárbara, una condición natural e inferior, que Sepúlveda atribuía a los indios. Para defender su posición, el humanista citaba la teoría aristotélica de la esclavitud natural: como en los bárbaros la pasión predomina sobre la razón, “son esclavos por natura-

⁸¹ Michel de Montaigne, *Essais*, París, Éditions Fernand Roches, 1931, Libro 1, cap. xxxi, pp. 92 y 98. La traducción es mía.

⁸² Queda claro también en esta cita que “salvaje” y “bárbaro” operan casi como sinónimos. Francis Osborne, *Advice to a Son*, 1656, en *Miscellaneous Works*, 1722, I, p. 100.

⁸³ Le Challeux, *Discours de l'histoire de la Floride, contenant la trahison des Espagnols, contre les subiets du Roy*, Dieppe, 1566, p. 212.

⁸⁴ Véase el buen resumen al respecto en Herbert Frey, “La mirada de Europa y el ‘otro’ indoamericano”, *Revista Mexicana de Sociología*, 58:2, 1996, pp. 50 y ss.

leza, por lo cual, bárbaros, carentes de civilización e inhumanos, se niegan a aceptar el dominio de quienes tienen mucho más poder que ellos. [...] Sometiéndolos a nuestro dominio, creo que los bárbaros pueden ser conquistados con el mismo derecho con que pueden ser compelidos a oír el Evangelio”.⁸⁵ Bartolomé de las Casas, por su parte, defendía la unidad esencial de la humanidad, esto es, que los indios no eran esencialmente distintos ni menos racionales que los europeos, de modo que podían recibir la fe cristiana de un modo pacífico: si España debía tener un papel en el Nuevo Mundo, era espiritual y no político ni económico. Pero, además, el dominico se oponía al uso del término bárbaro de un modo tan general y atacaba la aplicación de la teoría aristotélica de la esclavitud natural por parte de Sepúlveda. Las Casas distinguía cuatro tipos de bárbaros: los que exhiben un comportamiento cruel y salvaje, contrario a la razón humana, los que carecen de un lenguaje escrito para expresarse, los que no alcanzan a comprender la justicia y la comunidad humanas y los que no son cristianos. Como los indios vivían en comunidades armónicas gobernadas por leyes estrictas, poseían un lenguaje bello y los idólatras y antropófagos eran minoría entre ellos, su paganismo solo demandaba de los españoles que “los ayudaran mediante la persuasión a recibir el Evangelio”. Más aun, Las Casas creía que las costumbres de los indios no eran peores que las de los propios antecesores de los españoles, de modo que en un futuro, con una guía adecuada, podrían alcanzar un estado semejante al de los europeos contemporáneos: nuevamente encontramos la comparación con los bárbaros del pasado propio que lleva a imaginar un recorrido histórico único.⁸⁶

Es interesante notar, en todo caso, que el sustantivo *barbarie* y el adjetivo *bárbaro* aparecieron muy pronto en las ediciones de la *Brevísima* de Las Casas en otros idiomas europeos. Así, por ejemplo, cuando en 1583 James Aligrodo tradujo libremente la obra al inglés con el título de *Spanish cruelties and tyrannies, perpetuated in the West Indies, commonly termed The newe found worlde*, la comparación con los bárbaros se volvió explícita, por cuanto los españoles “han matado [en América] a más hombres de los que hayan jamás existido en España desde que los sarracenos asesinaron a la mayoría de los godos, y han arrasado una superficie tres veces más grande que la comprendida por la cristiandad”.⁸⁷ En ese mismo prefacio, Aligrodo compara las conquistas de los españoles en América con las de los turcos en territorio cristiano, pues ambas se basan en “la mera tiranía y usurpación” para construir un imperio, al tiempo que los indígenas americanos, por su inocencia y primitivismo, son implícitamente comparados con los primeros mártires cristianos. Opiniones semejantes aparecían en el prólogo a la primera edición inglesa ilustrada de la *Brevísima*, publicada por John Phillips en 1656 con el título *The Tears of the Indians*.⁸⁸ Indudablemente William Davenant se inspiró en esa traducción para producir *The Cruelty of the Spaniards in Peru*, un espectáculo teatral representado ante Cromwell en 1658, que tocaba la misma cuerda.

⁸⁵ Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios*, trad. de Marcelino Menéndez y Pelayo y Manuel García-Pelayo, México, Fondo de Cultura Económica, 1941, pp. 139 y 153.

⁸⁶ “Nosotros mismos, en nuestros antecesores, fuimos muy peores, así en la irracionalidad y confusa policía como en vicios y costumbres brutales por toda la redondez desta nuestra España”, Bartolomé de las Casas, *Apologetica historia sumaria*, México, UNAM, 1967, III, 263.

⁸⁷ James Aligrodo, “To the Reader”, en Las Casas, *Spanish Cruelties and Tyrannies, Perpetrated in the West Indies, Commonly Termed The Newe Found Worlde*, Londres, 1583, pp. 1-2.

⁸⁸ *The Tears of the Indians: Being an Historical and true Account of the Cruel Massacres and Slaughters of above Twenty Millions of innocent People; Committed by the Spaniards*, Londres, ed. de J. C. for Nath. Brook, at the Angel en Cornhill, 1656. Acerca de la comparación entre turcos y españoles por parte de los europeos editores de Las Casas, véase E. Shaskan Bumaz, “The Cannibal Butcher Shop: Protestant Uses of las Casas’s *Brevísima relación* in Europe and the American Colonies”, *Early American Literature*, vol. 35, n° 2, 2000, pp. 107-136.



Figura 13. *The tears of the Indians*, 1656, portada de la primera edición ilustrada de la *Brevísima* de Las Casas.

Los holandeses, por su parte, abrazaron la historia de la destrucción de las Indias como una analogía de sus propios enfrentamientos con los españoles. En 1620, Jean Everhardts Cloppenburg editó dos volúmenes mellizos, los “espejos de la tiranía española” en los Países Bajos y en las Indias Occidentales.⁸⁹ En el primero de ellos, se relatan los abusos de los españoles contra las Provincias Unidas, con grabados que ilustran la ejecución de nobles holandeses rebeldes. El segundo libro es una traducción de la *Brevísima* lascasiana, con una portada casi idéntica a la anterior, cuyas pocas modificaciones, incluyendo el título diverso, podría indicar que las masacres de los indios habían sido acaso menos “cruels y horribles” que aquellas perpetradas por los españoles en las Provincias Unidas. Evidentemente, los holandeses estaban dispuestos a compararse a sí mismos con los indígenas, y el rasero de ese contraste era la barbarie de la dominación española.

Finalmente, el caso de Gran Bretaña es notablemente pródigo en definiciones del comportamiento de un *otro* interno como bárbaro y, al mismo tiempo, de comparaciones con la barbarie de los *otros* lejanos, sean americanos o turcos. Esos hábitos estaban cerca de su máxima expresión a mediados del siglo XVII, cuando Roger Williams afirmó: “Tenemos indios

⁸⁹ *Le miroir de la cruelle, & horrible tyrannie Espagnole perpetre au Pays Bas, par le tyran Duc de Albe, & aultres comandeurs de par le Roy Philippe le deuxiesme On a adjoinct la deuxiesme partie de les tyrannies commises aux Indes Occidentales par les Espagnols. On verra icy la cruauté plus que inhumaine, comise par les Espagnols, aussi la description de ces terres, peuples et leur nature. Mise en lumiere par un Evesque Bartholome de las Casas, de l'Ordre de S. Dominic; y Tot Amsterdam Ghedruckt by Ian Ever'tss Cloppenburg, op't Water tegen over de Koor Beurs in vergulden, Bijbel, 1620.*

en casa, indios en Cornwall, indios en Gales, indios en Irlanda” y Hugh Peter, tras su retorno de Nueva Inglaterra, afirmó que “los salvajes irlandeses no difieren mucho de los indios”.⁹⁰ Pero son muchos los antecedentes de la adscripción de comportamientos bárbaros al *otro* interior. En 1568, George Tuberville escribió un poema en el que podía leerse: “los salvajes irlandeses son tan civilizados* como los rusos en su clase”.⁹¹ Cuando las *Chronicles* de Raphael Holinshed se refieren a los enfrentamientos entre galeses e ingleses durante el reinado de Enrique IV, en 1405, se relata un episodio en el que las mujeres galesas “ejecutan vilezas bochornosas sobre los cadáveres de los hombres muertos; de un tipo que no creo que se haya practicado jamás”. Tales actos, que Holinshed se disculpa por describir con tanto detalle, incluían la mutilación de los cuerpos y, nuevamente, la ingesta forzada de los genitales de los muertos. Se trata de atrocidades que, de acuerdo con el autor, no pueden siquiera compararse con las que había cometido Fulvia entre los romanos o, más importante, Tomiris, reina de los masagetes, durante el siglo VI a.C.⁹² Las mujeres galesas, entonces, “han cometido un acto muy ignominioso, nada peor han hecho nunca los bárbaros”.⁹³

No es un hecho menor que Holinshed eligiera a la reina de los masagetes como parangón de las galesas. Herodoto había insistido en comparar las costumbres del pueblo de Tomiris con las de los escitas, quienes durante largo tiempo funcionaron en Inglaterra como el epítome del salvajismo y la barbarie. En *King Lear*, Shakespeare se refirió a la leyenda de que los “bárbaros escitas” calmaban su apetito devorando a sus propios hijos.⁹⁴ Más aun, a fines del siglo XVI era posible asociar a los irlandeses mismos con los escitas, de quienes se suponía habían descendido y heredado su comportamiento bárbaro. Edmund Spenser sostuvo esa hipótesis y encontraba pruebas de ella en costumbres irlandesas como beber sangre o llevar un estilo de vida nómada, y afirmó además que los escitas, tras poblar la totalidad de Irlanda, se habrían exten-

⁹⁰ An eminent Person [Roger Williams], *The Hireling Ministry none of Christs*, Londres, 1652, y Hugh Peter, *Mr. Peter's last Report of the English Warres*, 1646, p. 5.

⁹¹ Citado en Christopher Hill, *Liberty against the Law*, Londres, Penguin, 1996, p. 147.

⁹² De acuerdo con Herodoto, los persas apresaron al hijo de la reina, Espargapises, quien hubo de suicidarse. En venganza, una vez derrotado el ejército de Ciro, Tomiris tomó la cabeza del rey, hizo llenar de sangre un odre y, sumergiéndolo en su interior la cabeza, exclamó: “¡Aunque estoy viva y te he vencido, me has destruido pues has tomado a mi hijo con tu astucia: pero tal como te había amenazado, ahora te ahogaré con sangre!”. Herodoto, *Historias*, I, pp. 205-214. El episodio fue objeto de una pintura de Rubens, conservada en el Museo del Louvre.

⁹³ Raphael Holinshed, *Chronicles of England, Scotland and Ireland*, 1585, p. 84 (citado del vol. III, p. 34, de la edición en 6 vols., Londres, 1808). Es bien sabido que Holinshed estaba entre las fuentes de Shakespeare. En su *Enrique IV*, parte I, acto I, escena 1, leemos:

But yesternight: when all athwart there came
 A post from Wales loaden with heavy news;
 Whose worst was, that the noble Mortimer,
 Leading the men of Herefordshire to fight
 Against the irregular and wild Glendower,
 Was by the rude hands of that Welshman taken,
 A thousand of his people butchered;
 Upon whose dead corpse there was such misuse,
 Such beastly shameless transformation,
 By those Welshwomen done as may not be
 Without much shame retold or spoken of.

⁹⁴ *King Lear*, Acto I, escena 1.

dido sobre Escocia.⁹⁵ Para William Camden, empero, que los irlandeses derivaran de ancestros escitas no implicaba necesariamente algo negativo, pues se los tenía por un pueblo invencible, jamás sometido al imperio de otros.⁹⁶ Sin embargo, también es cierto que ya desde tiempos isabelinos los ingleses pensaban que los irlandeses eran salvajes con quienes solo podía tratarse mediante la violencia. John Hooker, uno de los editores de la versión de 1587 de las *Chronicles* de Holinshed, había estado en Irlanda como asesor legal de sir Peter Carew y opinaba que “si se envaina la espada, ellos retornarán a la insolencia, la rebelión y la desobediencia, como un perro a su vómito o una cerda al charco y la mugre”.⁹⁷

En 1574, la reina Isabel elogió las prácticas desplegadas por Essex en Ulster, tanto las basadas en la razón cuanto las fundadas en la fuerza, pues ayudaban a “llevar a esa nación tosca y bárbara a la civilidad”.⁹⁸ En parte, esa consideración de los irlandeses como bárbaros se fundaba en la idea de que, aunque eran cristianos, algo de lo que ni los normandos ni sus sucesores habían dudado, ese cristianismo era poco más que un barniz exterior débilmente aplicado sobre sólidas tradiciones paganas. Por cierto, los ingleses de fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII podían reconocer la existencia de un comportamiento civilizado entre sociedades paganas, y su valoración del mundo clásico daba cuenta de ello, pero el hecho de que los irlandeses hubieran tenido la oportunidad de sumar los beneficios de la civilización y el cristianismo y la hubiesen desperdiciado era un signo de inferioridad y, en consecuencia, uno de los primeros pasos para definirlos como bárbaros.⁹⁹ Muchos de los aventureros ingleses que se lanzaron entonces a la colonización de Irlanda conocían las sociedades “bárbaras” contemporáneas por experiencia propia o por sus lecturas, y pronto compararon esas costumbres con las irlandesas. Philip Sidney identificaba a Shane O’Neill con hunos, godos, vándalos y turcos.¹⁰⁰ De hecho, cuando Thomas Hacket tradujo la obra de Thevet, dedicó su esfuerzo a Sidney y explícitamente comparó sus actividades en Irlanda con la de los europeos en el Nuevo Mundo, ya que “ambos inventan buenas leyes y estatutos para dominar a los bárbaros y malvados, y para preservar y defender a los

⁹⁵ Edmund Spenser, *A Veue of the present state of Irelande*, 1596, preparado a partir del texto que se encuentra en Grosart, 1894, y comparado con la edición de Renwick del Rawlinson MS, Scholartis, 1934, por R. S. Bear, University of Oregon, 1997, pp. 26 y ss. “The Chiefest [nation that settled in Ireland] I Suppose to be Scythians ... which first inhabiting and afterward stretching themselves forth into the land as their numbers increased named it all of themselves Scuttenlande which more briefly is Called Scuttlande or Scotland... [Certain] cryes allso vsed amongst the Irish which savor greatly of the Scythyan Barbarism”. El texto de Spenser se publicó por primera vez en 1633. Otra idea común era que españoles y escitas habían sido habitantes de Irlanda (Spenser, *A Veue of the present state of Irelande*, *op. cit.*, p. 197; Richard Santihurst, *The Chronicle of Ireland*, en Holinshed, *Chronicles*, vi, 77, etc.). Para Spenser, por naturaleza los irlandeses son escitas, aunque proclaman tener ancestros españoles, lo que ilustra “a mind given to newfangledness than any shadow of the truth” (p. 43). La historia de la progenie escita de los irlandeses tiene orígenes clásicos. Diodoro Sículo, en *The library of history*, ed. y trad. de C. H. Oldfather *et al.* (12 vols, Londres, 1933-1957, vol. III, p. 181) comentaba: “the most savage peoples among the Gauls dwell on the Scythian border and some, we are told eat human beings, even as the Britains do who dwell on Iris [Ireland]”. Véase Andrew Hadfield, “Briton and Scythian: Tudor Representations of Irish Origins”, *Irish Historical Studies*, vol. 28, n° 112, 1993, pp. 390-408.

⁹⁶ William Camden, *Britannia*, *op. cit.*, p. 122. Tanto Camden cuanto John Speed, *The theatre of the empire of Great Britain*, Londres, 1625, p. 137, y Edmund Spenser, *A Veue of the present state of Irelande*, *op. cit.*, p. 197, descartan esos orígenes irlandeses míticos como una construcción autocomplaciente.

⁹⁷ John Hooker, “The chronicles of Ireland”, en Raphael Holinshed, *Holinshed’s chronicles of England, Scotland and Ireland* [1587], 1808, reproducido en Charles Carlton, *Bigotry and blood*, Chicago, Nelson-hall, 1977, pp. 8-12.

⁹⁸ Queen to Essex, 23 de julio de 1574, en Walter Bouchier Devereux, *Lives and Letters of the Devereux, Earls of Essex in the Reigns of Elizabeth, James I, and Charles I, 1540-1646*, Londres, 1853, I, pp. 73-74.

⁹⁹ Nicholas P. Canny, “The Ideology of English Colonization: From Ireland to America”, *The William and Mary Quarterly*, tercera serie, vol. 30, n° 4, 1973, pp. 575-598.

¹⁰⁰ Sidney a Leicester, 1 de marzo de 1566, S.P. 63/16, n° 35, P.R.O.

justos”.¹⁰¹ No debe resultarnos para nada extraño, teniendo en cuenta esas comparaciones, que más temprano que tarde aparecieran acusaciones de canibalismo contra los irlandeses.¹⁰² De esa forma, los ingleses buscaban dar legitimidad a su empresa colonial y llegaban a compararla explícitamente con la de los españoles en América.¹⁰³ En 1615, un tal E. S. afirmó que los colonos de Munster debían permanecer estrictamente segregados de los nativos, a cuyo “barbarismo” los colonos anteriores habían sucumbido.¹⁰⁴ Un año después, Barnabe Rich afirmó que “la colonización del norte de Irlanda por los ingleses no puede sino ser aceptable a los ojos de Dios, pues lleva luz y conocimiento a un pueblo ciego e ignorante”.¹⁰⁵ Permítaseme aclarar aquí que la asociación entre ignorancia y barbarie está también presente en el *Quijote*. En el capítulo XLVIII de la primera parte, el canónigo dice: “porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes”.¹⁰⁶ Desde tiempos isabelinos, también se describía a los irlandeses como salvajes que disfrutaban de cometer actos de extrema crueldad,¹⁰⁷ pese a lo cual predominaba la convicción de que la influencia benéfica supuestamente introducida por la religión, el gobierno y el progreso económico de la dominación británica podía transformar esas características negativas y hacer de los irlandeses un pueblo habituado a costumbres civiles. No obstante, aquellas primeras ideas siguieron predominando durante los primeros años de los Estuardo. En 1608, N. Butter relató que la rebelión de Cahir O’Doherty en Ulster llevó a que se perpetraran “crueldades bárbaras” contra los habitantes de Loughfoyle.¹⁰⁸

Las historias contemporáneas de la rebelión irlandesa de 1641 dan cuenta de este ideograma, pues casi todas proponían que el estado del reino antes de su inicio era uno de unión y bienestar, gracias precisamente a la influencia inglesa. Sin embargo, hay un deslizamiento en esas historias, por el cual el levantamiento católico se transforma en evidencia concluyente de que los irlandeses son irrecuperables y representan, en consecuencia, una amenaza mortal para Inglaterra y su pueblo. El fracaso de los ingleses en su intento de dominar Irlanda no era el de una *gentry* colonial rapaz y poco apta para el buen gobierno, sino resultado de la naturaleza misma de los irlandeses, caracterizada por la traición y la barbarie. Nada demostraba mejor esas características que las masacres contra los “pobres protestantes inocentes”, perpetradas por los “bárbaros inhumanos irlandeses”. El término “bárbaro” intenta adjetivar en este caso

¹⁰¹ André Thevet, *The new found worlde, or Antarticke*, trad. de T. Hacket, Londres, 1568, p. 9.

¹⁰² Sidney se refirió a Shane O’Neill como “that cannibal”, y sir John Davies, medio siglo después, sostuvo que los irlandeses eran “little better than Cannibals who do hunt one another”. John Davies, *A Discovery of the True Causes why Ireland was never Entirely subdued, nor brought under obedience of the Crowne of England until the beginning of the happy reign of King James*, en Henry Morley (ed.), *The Carisbrooke Library*, x (Londres, 1890), y Sidney a Leicester, 1 de marzo de 1566, *op. cit.*, cit. en Nicholas P. Canny, “The Ideology...”, *op. cit.*, pp. 575-598.

¹⁰³ En su traducción parcial de la obra de Pedro Mártir de Anglería, Richard Eden sugería que los ingleses en Irlanda emularan el ejemplo español en el Nuevo Mundo. Richard Eden, “Preface”, en Petrus Martyr Anglerius, *The Decades of the newe worlde or West India*, trad. de Richard Eden, Londres, 1555, s/p.

¹⁰⁴ Citado en Nicholas Canny, “Edmund Spenser and the Development of an Anglo-Irish identity”, *Yearbook of English Studies*, 13, 1983, pp. 16-17.

¹⁰⁵ Barnabe Rich, *A New Description of Ireland*, 1616, Bii.

¹⁰⁶ Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras Completas*, *op. cit.*, vol. II, p. 1462.

¹⁰⁷ E. Spenser, *A Veue of the present state of Irelande*, *op. cit.*, p. 74: “usan todo tipo de comportamiento bestial que pueda existir, oprimen a todos los hombres, arruinan a los súbditos como a los enemigos, roban, son crueles y sanguinarios, llenos de venganza, disfrutan de la ejecución, licenciosos, blasfemos, violadores de mujeres y asesinos de niños”. Véase Andrew Hadfield, “Briton and Scythian...”, *op. cit.*

¹⁰⁸ N. Butter, *Newes from Ireland*, 1608, y *The over-throw of an Irish rebell, in a late bataille*, 1608, cit. en David O’Hara, *English Newsbooks and Irish Rebellion, 1641-1649*, Dublin, Four Courts Press, 2006, p. 16.

una descripción que se supone veraz y que, finalmente, se sintetiza mediante la transformación del atributo en el sustantivo “barbarie”. A comienzos de 1642, los habitantes de Sarum, en Wiltshire, enviaron una carta al Parlamento que fue reproducida en ambos tipos de impresos. En ella, solicitaban que se “ayude a los que languidecen con sus gargantas expuestas a la espada de los salvajes y bárbaros enemigos”.¹⁰⁹ Una semana después, Nathaniel Butter publicó un panfleto con las “malas noticias de Irlanda”, donde reprodujo más detalladamente la carta y agregó la descripción de atrocidades contra mujeres y niños en Munster. De acuerdo con ese texto, los irlandeses “cometen toda forma de crueldades, son bárbaramente exquisitos en el tormento de los pobres protestantes, cortan sus partes pudendas, orejas, dedos, manos, les arrancan los ojos, hierven las cabezas de niños pequeños ante sus madres”.¹¹⁰ La referencia a la barbarie irlandesa, atribuida a una “raza inhumana”, se volvió un *locus* reiterado. *Weekly account* insistía en que Irlanda estaba “abrumada con todos los terrores y daños que pueden derivarse del hambre, el fuego y la espada; por las crueldades de una raza de bárbaros e inhumanos rebeldes”, que no eran más que “caníbales sedientos de sangre, cuya bárbara crueldad los vuelve odiosos para el mundo todo”.¹¹¹ Los títulos de los panfletos también se poblaron de referencias a la barbarie y la inhumanidad de los rebeldes.¹¹² Como las atrocidades relatadas en esos textos eran proclamadas verdaderas, se insistía también en que “la crueldad bárbara de los irlandeses, de la que se escucha hablar diariamente” era propia de “un pueblo pagano y sin religión”.¹¹³ Casi de inmediato, se hizo presente la idea de que las atrocidades eran tales que no tenían paralelo “ni siquiera en las naciones más bárbaras y paganas de la tierra”.¹¹⁴ Nada de esto es demasiado extraño, si se tiene en cuenta que la “barbarie de las crueldades irlandesas” estaba presente también en las declaraciones de testigos y sobrevivientes.¹¹⁵ James Cranford utilizó el argumento de la barbarie para señalar los extremos a los que podía llegar la crueldad irlandesa. En la epístola al lector que prologa su obra, se cita largamente una carta enviada el 27 de noviembre de 1641 por Thomas Partington al Parlamento, en la que se

¹⁰⁹ *A continuation of the diurnall of passages in parliament*, 7, 28 de febrero de 1642, p. 52.

¹¹⁰ N. Butter, *Worse and worse newes from Ireland*, marzo de 1642, p. 2.

¹¹¹ *Weekly account*, 46, 4 de noviembre de 1646, p. 2, y *Weekly account*, 13, 2 de abril de 1645, p. 5.

¹¹² Citaré solo dos ejemplos entre muchos. *A new remonstrance from Ireland. Declaring the barbarous cruelty and inhumanity of the Irish rebels against the Protestants there. Also an exact discovery of the manners and behaviour of the Irish renegadoes here in England, with infallible notes whereby they may be known and distinguished, together with the places they usually frequent and many other things remarkable*, Londres, George Tomlinson, 1642. También *A brief declaration of the barbarous and inhumane dealings of the Northern Irish rebels and many others in several countries up rising against the English that dwelt both lovingly and securely among them. Written to excite the English nation to relieve our poor wives and children that have escaped the rebels savage cruelty and that shall arrive safe among them in England, and in exchange to send aid of men, and means forthwith to quell their boundless insolencies, with certain encouragements to the work*, por G. S. Minister of God’s word in Ireland. Published by direction from the state of Ireland. Londres, printed by A. N. for Abel Roper, 1641.

¹¹³ *Ibid.*, p. 6.

¹¹⁴ *A remonstrance of diverse remarkable passages concerning the church and kingdom of Ireland, recommended by letters from the right honourable the lords justices and council of Ireland, and presented by Henry Jones doctor in divinity and agent for the ministers of the gospel in that kingdom, to the honourable House of Commons in England*, Londres, Printed for Godfrey Emerson and William Bladen, 1642, p. 2.

¹¹⁵ Por ejemplo, el 29 de junio de 1641 John Mountgomery, de Clounish en Monaghan, declaró: “the rebels murdered of his knowledge at the least fourscore Protestants and committed a number of other wicked barbarous and notorious robberies and actions, and by their own relation robbed, stripped naked, killed and drowned 45 of the Scots at one time... and 80 English by drowning and throwing them all over the bridge of Portdown... into the river Bann”. TCD, MS 839, f. 65.



Figura 14. James Cranford, *The Tears of Ireland*, 1642, mujer de un clérigo colgada.

describe el estado del reino. Allí, se destaca el crecimiento de las fuerzas rebeldes y se enfatiza especialmente que se esfuerzan en probar “quién puede ser más bárbaramente exquisito en el tormento de los pobres protestantes”, afirmación que es seguida por un listado escalofriante de vejámenes.¹¹⁶ Cuando el propio Cranford tiene que describir “esta funesta tragedia, en la que cada paso se da sobre sangre”, opta inmediatamente por referirse a “las pérfidas atrocidades y crueldades bárbaras cometidas por los papistas irlandeses sobre las personas de los protestantes”.¹¹⁷ Lo más interesante es que algunas de las imágenes incluidas por Cranford en su obra que se asocian con la tradición martirológica inglesa son puestas por el autor en relación inmediata con el tema de la barbarie. El ejemplo más notable es el de la mujer del pastor martirizada en la estampa de la página 47, cuya historia es relatada detalladamente en el texto de la hoja anterior, que termina con la pregunta “¿Hubo acaso alguna vez tal barbarie entre los paganos?”.¹¹⁸ También sir John Temple hizo lugar repetidamente a la dicotomía entre la cruel barbarie irlandesa y la inocencia de los pobres protestantes martirizados, que en un principio ni siquiera atinaron a defenderse.¹¹⁹ Poco después de su arribo a Dublin, el propio Oliver Cromwell denunció a los “irlandeses bárbaros y sedientos de sangre”, aunque prometió que el ejército parlamentario no actuaría contra las personas ni los bienes de aquellos que no participaron en la rebelión.¹²⁰

¹¹⁶ James Cranford, *The Tears of Ireland. Wherein is lively presented as in a map a list of the unheard of cruelties and perfidious treacheries of blood thirsty Jesuits and the Popish Faction*, Londres, 1642, “Courteous reader”, s/p.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 20.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 46.

¹¹⁹ Sir John Temple, *The Irish rebellion*, Londres, 1646, p. 3.

¹²⁰ “Barbarous and bloodthirsty Irish, and the rest of their adherents and confederates”, *Writings and Speeches of Oliver Cromwell*, ed. Abbott, ii, 107, 111-112, cit en Michéal Siochrú, “Atrocity, codes of conduct and the Irish in the British civil Wars 1641–1653”, *Past and Present*, 195, mayo de 2007, 55-86, p. 76.

Notamos, entonces, la omnipresencia de una producción simbólica autocelebratoria y afirmativa, que opone al inglés libre por nacimiento, industrioso por naturaleza, inocente y protestante por cercanía a Dios, frente al irlandés bárbaro, cruel e indolente, católico por influencia del demonio mismo a través de frailes y jesuitas.¹²¹ La comparación con los bárbaros, que en otras ocasiones había llevado a una actitud equilibrada respecto del *otro*, implicaba en el caso irlandés una alteridad tal que la única solución tenida por válida era el sometimiento violento mediante la masacre y la deportación masiva. Los irlandeses no eran considerados “bárbaros como alguna vez habíamos sido nosotros”, sino enemigos tan “bárbaros e inhumanos”, tan distintos e irrecuperables, que no merecían otra alternativa que aquella que la posteridad atribuyó a Cromwell: “To hell or Connaught”, el despojo o el infierno. □

Bibliografía

- Africanus, J. L., *A Geographical Historie of Africa*, trad. de John Pory, Londres, 1600.
- Aligrodo, James, “To the Reader”, en Las Casas, *Spanish Cruelties and Tyrannies, Perpetrated in the West Indies, Commonly Termed The Newe Found Worlde*, Londres, 1583.
- An eminent Person [Roger Williams], *The Hireling Ministry none of Christs*, Londres, 1652, y Hugh Peter, *Mr. Peter's last Report of the English Warres*, 1646.
- Avramescu, Catalin, *An Intellectual History of Cannibalism*, Princeton, Princeton University Press, 2011.
- Barker, Andrew, *A true and certain report of the beginning, proceedings, ouerthrowes, and now present estate of Captain Ward and Danseker, the two late famous pirates...*, Londres, William Hall, 1609.
- Bellonci, M. y Niny Garavaglia, *L'opera completa del Mantegna*, Milán, Rizzoli, 1967.
- Benveniste, Émile, “Civilisation. Contribution à l'histoire du mot” [1954], en *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, pp. 336-345.
- Bernadette Bucher, *Icon and Conquest. A Structural Analysis of the Illustrations of De Bry's Great Voyages*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- Bourchier Devereux, Walter, *Lives and Letters of the Devereux, Earls of Essex in the Reigns of Elizabeth, James I, and Charles I, 1540-1646*, Londres, 1853.
- Bulwer, John, *Anthropometamorphosis: Man transformed, or the artificiall changling*, 1653.
- Burucúa, José Emilio, “La noción de alteridad y el caso de la historia de Ulises en el Renacimiento”, *Eadem utraque Europa*, n° 4-5, 2007, pp. 191-228.
- Burucúa, Jose Emilio y Lucio Burucúa (eds.), Nicolás de Cusa, *Sobre la Paz de la Fe*, Buenos Aires, Cálamo, 2000.
- Camden, W., *Britannia* [1586], 1610.
- Canny, Nicholas P., “Edmund Spenser and the Development of an Anglo-Irish identity”, *Yearbook of English Studies*, n° 13, 1983, pp. 16-17.
- , “The Ideology of English Colonization: From Ireland to America”, *The William and Mary Quarterly*, tercera serie, vol. 30, n° 4, 1973, pp. 575-598.

¹²¹ También es cierto que, tras Wexford y Drogheda, la prensa realista extendió las ya habituales acusaciones contra los irlandeses a las tropas parlamentarias, pues destacó la “crueldad inhumana” de las fuerzas de Cromwell en Drogheda y sostuvo que de los tres mil muertos, dos mil eran mujeres y niños, por lo que la “bárbara crueldad de ese acto aborrecible no tiene paralelo con ninguna otra de las anteriores masacres de irlandeses”, *The Man in the Moon*, 24, 26 de septiembre-10 de octubre de 1649, y 26, 17-24 de octubre de 1649. Cit. en Siochrú, “Propaganda, rumour and myth: Oliver Cromwell and the massacre at Drogheda”, en David Edwards, Pdraig Lenihan y Clodagh Tait (eds.), *Age of Atrocity. Violence and Political Conflict in Early Modern Ireland*, Dublin, Four Courts Press, 2007, p. 266.

- Carlton, Charles, *Bigotry and blood*, Chicago, Nelson-hall, 1977.
- Cervantes, *El Trato de Argel*, en Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1970, vol. I, p. 137, vv. 583-586, y p. 374.
- Christ, Karl, "Römer und Barbaren in der hohen Kaiserzeit", *Saeculum*, 10, 1959, pp. 273-280; Lieven van Acker, "Barbarus und seine Ableitungen im Mittellatein", *Archiv für Kulturgeschichte*, 1965, pp. 125-140.
- Clüveri, Philippi, *Germaniae Antiquae libri tres*, Leiden, Ludovico Elzevier, 1616.
- Colley, Linda, *Captives: Britain, Empire and the New World, 1600-1850*, Londres, Pimlico, 2003.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, México, Porrúa, 1969.
- Crashawe, William, *A Sermon Preached before Lord La Warre, Lord Governour and Captain General of Virginea*, 1610, s/p, y *Good Newes from Virginia*, 1613.
- Daborn, Robert, *A Christian turn'd Turke: or, the Tragicall liues and deaths of the two famous pyrates, Ward and Danseker*, Londres, William Berrenger, 1612.
- Daniel, Norman, *Islam and the West: the Making of an Image*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1960.
- Daniel, Samuel, *History of England*, 1612.
- Davies, John, *A Discovery of the True Causes why Ireland was never Entirely subdued, nor brought under obedience of the Crowne of England until the beginning of the happy reign of King James*, en Henry Morley (ed.), *The Carisbrooke Library*, x, Londres, 1890.
- Delison Hebb, David, *Piracy and the English Government, 1616-1642*, Aldershot, Scholar Press, 1994.
- Diller, Hans, "Die Hellenen-Barbaren-Antithese im Zeitalter der Perserkriege", Fondation Hardt, *Entretiens VIII*, 1962, pp. 37-68.
- Eden, Richard, "Preface" y trad. de Petrus Martyr Anglerius, *The Decades of the newe worlde or West India*, Londres, 1555.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1939], México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Erasmus, "De bello Turcico" [1530], Weiler ed., *Opera omnia*, Amsterdam, North-Holland, 1986.
- Everhardts Cloppenburg, Jean, *Le miroir de la cruelle, & horrible tyrannie Espagnole perpetre au Pays Bas, par le tyran Duc de Albe, & aultres comandeurs de par le Roy Philippe le deuxiesme On a adjoinct la deuxiesme partie de les tyrannies commises aux Indes Occidentales par les Espagnols. On verra icy la cruaute plus que inhumaine, comise par les Espagnols, aussi la description de ces terres, peuples et leur nature. Mise en lumiere par un Evesque Bartholome de las Casas, de l'Ordre de S. Dominic.* Tot Amsterdam Ghedruckt by Ian Ever'tss Cloppenburg, op't Water tegen over de Koor Beurs in vergulden Bijbel, 1620.
- Ferreira de Almeida, Maria Cândida, *Tornar-se outro: O "topos" canibal na literatura brasileira*, San Pablo, Anablume, 2002.
- Fleming, Juliet, "The Renaissance Tattoo", *Anthropology and Aesthetics*, n° 31, The Abject, 1997, pp. 34-52.
- Hartog, François, *Le miroir d'Hérodote: Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, 1980.
- Frey, Herbert, "La mirada de Europa y el 'otro' indoamericano", *Revista Mexicana de Sociología*, 58:2, 1996.
- Gaudio, Michael, "The Truth in Clothing: The Costume Studies of John White and Lucas de Heere", en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.
- , *Engraving the Savage. The New World and Techniques of Civilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008, p. 12.
- Goffart, Walter, "Rome, Constantinople, and the Barbarians", *The American Historical Review*, vol. 86, n° 2, abril de 1981, pp. 275-306.
- Greve, Anna, *Die Konstruktion Amerikas. Bilderpolitik in den Grands Voyages aus der Werkstatt de Bry*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau, 2004.

- Hadfield, Andrew, "Briton and Scythian: Tudor Representations of Irish Origins", *Irish Historical Studies*, vol. 28, n° 112, 1993, pp. 390-408.
- Hale, Jhon, *The civilization of Europe in the Renaissance*, Nueva York, Scribner, 1994.
- Harriot, Thomas, *A briefe and true report of the new found land of Virginia, directed to the investors, farmers and wellwishers of the project of colonizing and planting there*, Londres, 1588.
- Hay, Denys, *Europe: the Emergence of an Idea*, Nueva York, Harper Torchbooks, 1966.
- Herodoto, *Historias*.
- Heylyn, Peter, *Cosmographie*, Londres, 1657.
- Hill, Christopher, *Liberty against the Law*, Londres, Penguin, 1996.
- Holinshed, Raphael, *Chronicles of England, Scotland and Ireland*, 1585.
- Hooker, John, "The chronicles of Ireland", en Raphael Holinshed, *Holinshed's chronicles of England, Scotland and Ireland* [1587], 1808.
- Hulton, Paul (ed.), *The Work of Jacques Le Moyne de Morgues, a Huguenot Artist in France, Florida, and England*, Londres, British Museum Publications Ltd. n° 148, Londres, British Museum, 1977.
- Hulton, Paul y David Beers Quinn, *The American Drawings of John White 1577-1590. With drawings of European and Oriental Subjects*, Londres, the trustees of the British Museum/Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina Press, 1964.
- Jones, W. R., "The Image of the Barbarian in Medieval Europe", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 13, n° 4, 1971, pp. 376-407.
- Las Casas, Bartolomé de, *Apologética historia sumaria*, México, UNAM, 1967.
- Lazius, Wolfgang, *Chorographia Austriae*, Viena, 1561.
- Le Challeux, *Discours de l'histoire de la Floride, contenant la trahison des Espagnols, contre les subiets du Roy*, Dieppe, 1566.
- Léry, Jean de, *Histoire d'un voyage fait en la terre du Brésil*, La Rochelle, Antoine Chuppin, 1578.
- MacLean, Gerald, "Ottomanism before Orientalism? Bishop King Praises Henry Blount, Passenger in the Levant", en Ivo Kamps y Jyotsna G. Singh (eds.), *Travel Knowledge: European Discoveries in the Early Modern Period*, Nueva York, Palgrave, 2001.
- Matar, Nabil, *Turks, Moors, and Englishmen in the Age of Discovery*, Nueva York, Columbia University Press, 1999.
- Mazzarino, Santo, *The End of the Ancient World*, Nueva York, Faber & Faber, 1966.
- Miziolek, Jerzy, *Mity, legendy, exempla*, Varsovia, Universidad de Varsovia, Instituto de Arqueología, 2003.
- Mohd Ramli, Aimilia, "'Licentious Barbarians': Representations of North African Muslims in Britain", *Intellectual Discourse*, vol. 17, n° 1, 2009, pp. 43-63.
- Momigliano, Arnaldo, *The Classical Foundations of Modern Historiography*, Sather Classical Lectures 1961-1962, vol. 54, Oakland (CA), University of California Press, 1990.
- Montaigne, Michel de, *Essais*, París, Éditions Fernand Roches, 1931.
- Munster, Sebastian, *Cosmographie*, 1552.
- Myscofski, Carole, "Imagining Cannibals: European Encounters with Native Brazilian Women", *History of Religions*, vol. 47, n° 2/3, 2007-2008, pp. 142-155.
- Nashe, Thomas, *Christ's Tears over Jerusalem* [1593], en *The Unfortunate Traveller and other Works*, Londres, Penguin, 1972.
- Nóbrega, Manuel da, *Cartas do Brasil e mais escritos*, ed. de Serafim Leite, Coimbra, Universidade da Coimbra, 1955.
- O'Hara, David, *English Newsbooks and Irish Rebellion, 1641-1649*, Dublin, Four Courts Press, 2006, p. 16.
- Osborne, Francis, *Advice to a Son*, 1656, en *Miscellaneous Works*, 1722.

- Pagden, Anthony, *European Encounters with the New World*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1993.
- Parker, Kenneth, "Reading 'Barbary' in Early Modern England, 1550-1685", *Seventeenth Century*, 19, 2004, pp. 87-116.
- Parker, W. H., "Europe: How Far?", *The Geographical Journal*, vol. 126, n° 3, septiembre de 1960, pp. 278-297.
- Pedro Mártir de Anglería, *De Orbe Novo*, 1530.
- Pertusi, Agostino (ed.), *La caduta di Constantinopoli*, Milán, Mondadori, s.f.
- Peter Burke, "Images as Evidence in Seventeenth-Century Europe", *Journal of the History of Ideas*, vol. 64, n° 2, 2003, pp. 273-296.
- Phillips, John, *The Tears of the Indians: Being an Historical and true Account of the Cruel Massacres and Slaughters of above Twenty Millions of innocent People; Committed by the Spaniards, Londres, ed. de J. C. for Nath. Brook, at the Angel en Cornhill, 1656.*
- Pío II (Enea Silvio Piccolomini), *Lettera a Maometto II*, ed. de Giuseppe Toffanin, Nápoles, Pironti, s.f.
- Playfair, Robert Lambert, *The Scourge of Christendom: Annals of British Relations with Algiers Prior to the French Conquest*, Londres, Smith Elder, 1884.
- Postel, Guillaume, *De la République des Turcs et là où l'occasion s'offrera des meurs et louy de tous Muhamedistes*, Poitiers, Enguilbert de Marnef, 1560.
- Purchas, Samuel, *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes*, 20 vols., Glasgow, James MacLehose, 1905.
- Puttenham, George, *The Arte of English Poesie* [1589], ed. de Edward Arber, Londres, Alex Murray and Son, 1869.
- Quinn, D. B., "New Geographical Horizons: Literature", en F. Chiappelli (ed.), *First images of America*, Los Ángeles, University of California Press, 1974.
- Rich, Barnabe, *A New Description of Ireland*, 1616.
- Rubiés, Joan-Pau, "New Worlds and Renaissance Ethnology", *History and Anthropology* iv, 1993, 157-197.
- , "Texts, Images, and the Perception of 'Savages' in Early Modern Europe: What We Can Learn from White and Harriot", en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.
- Salutati, Coluccio, *Il trattato "De Tyranno" e lettere scelte*, ed. de Francesco Ercole, Bologna, Zanichelli, 1942, pp. 261-271.
- Santihurst, Richard, *The Chronicle of Ireland*, en Holinshed, *Chronicles of England, Scotland and Ireland*, 1585.
- Schnapp, Alain, "Les Antiquités entre la France et l'Allemagne au XVIII^e siècle", *Revue germanique internationale*, n° 13, 2001.
- Schwoebel, Robert, *The Shadow of the Crescent: The Renaissance Image of the Turk*, Nueva York, St. Martin's Press, 1967.
- Sepúlveda, Juan Ginés de, *Tratado sobre las Justas Causas de la Guerra contra los Indios*, trad. de Marcelino Méndez y Pelayo y Manuel García-Pelayo, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- Shaskan Bumas, E., "The Cannibal Butcher Shop: Protestant Uses of las Casas's *Brevísima relación* in Europe and the American Colonies", *Early American Literature*, vol. 35, n° 2, 2000, pp. 107-136.
- Sículo, Diodoro, *The library of history*, ed. y trad. de C. H. Oldfather *et al.*, 12 vols., Londres, 1933-1957.
- Siochrú, Michéal, "Atrocity, codes of conduct and the Irish in the British civil Wars 1641-1653", *Past and Present*, n° 195, mayo de 2007, pp. 55-86.
- , "Propaganda, rumour and myth: Oliver Cromwell and the massacre at Drogheda", en David Edwards, Padraig Lenihan y Clodagh Tait (eds.), *Age of Atrocity. Violence and Political Conflict in Early Modern Ireland*, Dublin, Four Courts Press, 2007.
- Smiles, Sam, "John White and British Antiquity: Savage Origins in the Context of Tudor Historiography", en Kim Sloan (ed.), *European Visions: American Voices*, British Museum Research Publication n° 172, Londres, British Museum, 2009.
- Smith, Ian, "Barbarian Errors: Performing Race in Early Modern England", *Shakespeare Quarterly*, vol. 49, n° 2, 1998, pp. 168-186.

Smith, Jonathan Z., "What a Difference a Difference Makes", en *Relating Religion: Essays in the Study of Religion*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

Southern, Richard, *The making of the Middle Ages*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1953.

Speed, John, *The Historie of Great Britaine* [1611], 1627.

—, *The theatre of the empire of Great Britain*, Londres, 1625.

Spenser, Edmund, *A Veue of the present state of Irelande* [1596], ed. de R. S. Bear a partir del texto que se encuentra en Grosart, 1894, University of Oregon, 1997.

Staden, Hans, *Warhaftige Historia und beschreibung eyner Landschafft der Wilden Nacketen, Grimmigen Menschfresser-Leuthen in der Newenwelt America gelegen* [La verdadera historia y descripción de un país de pueblos salvajes, desnudos, nefastos, comehombres en el Nuevo Mundo], 1557, reproducido en *America*, vol. III, 1593.

Hampton, Timothy, "'Turkish Dogs': Rabelais, Erasmus, and the Rhetoric of Alterity", *Representations*, n° 41, 1993, pp. 58-82.

Temple, sir John, *The Irish rebellion*, Londres, 1646.

Thevet, André, *Les Singularités de la France antarctique*, París, 1558.

—, *The new found worlde, or Antarticke*, trad. de T. Hacket, Londres, 1568.

Van Groesen, Michiel, *The Representations of the Overseas World in the De Bry Collection of Voyages, 1590-1634*, Leiden-Boston, Brill, 2008.

Vico, Giambattista, *La Scienza Nuova*, ed. de Paolo Rossi (ed.), Milán, Rizzoli, 1977.

Virgilio, P., *Anglica Historia* [1534], Britannia, W. Camden, 1586.

Whatley, Janet, Introducción a su edición del texto de Jean de Léry, *History of a Voyage to the Land of Brazil*, Los Ángeles, University of California Press, 1992.

Williams, Raymond, *Palabras Clave* [1976], Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

Resumen / Abstract

Representaciones de la barbarie europea y americana durante los siglos XVI y XVII

El artículo propone un estudio de las representaciones visuales y textuales de la barbarie en la temprana modernidad, en busca de indicios de los recursos utilizados por los europeos de entonces para construir su propia identidad en relación, muchas veces conflictiva, con sus concepciones de los *otros* del Viejo y el Nuevo Mundo. De allí que se consideren especialmente los casos en que el vínculo con esos *otros* implicó reflexiones de diverso tipo sobre la propia existencia en el presente y en el pasado. Se estudia también el uso del término bárbaro en las relaciones entre ingleses e irlandeses a mediados del siglo XVII, cuando el uso de los conceptos "bárbaro" y "barbarie" estuvo entre los condicionamientos de la imposibilidad de toda empatía, la negación de la humanidad del adversario y, finalmente, una serie de matanzas y deportaciones descomunales.

Palabras clave: Bárbaros - Representaciones - Temprana modernidad europea - Identidades

Representations of European and American barbarity during the XVI and XVII Centuries

The article studies visual and textual representations of barbarity in Early Modern Europe, in an attempt to trace the ways in which identity was constructed as a part of a conflictive relationship with *others* from the Old and New Worlds. Hence, the cases in which encounters with *others* triggered reflections by Europeans about their own existence in present and past times. The uses of the term "barbarian" in the relationships between the English and the Irish during the seventeenth century are also studied. In this case, the notion implied a denial of empathy and a dehumanization of the adversary that conditioned a series of mass killings and deportations.

Keywords: Barbarian - Representations - Early Modern Europe - Identities

*Entre la moral y la razón: la sociología histórica de Barrington Moore Jr.**

Diogo Ramada Curto, Nuno Domingos, Miguel Bandeira Jerónimo

Universidade Nova de Lisboa / Universidade de Lisboa / Universidade de Lisboa

Hijo del abogado privado del magnate J. P. Morgan, Barrington Moore Jr. (1913-2005) estudió entre 1932 y 1936 en el conocido Williams College (de Williamstown, Massachusetts), donde se licenció en cultura clásica. Además de estudiar las odas, las sátiras y las epístolas de Horacio, los poemas de Homero y la *Apología* de Platón, Moore Jr. se familiarizó con la historia de las civilizaciones griega y romana a partir de la lectura de los textos originales, y se dedicó a la comparación entre sus estructuras políticas, económicas y sociales. En el último año de la licenciatura asistió a un curso sobre civilizaciones medievales, dictado por Richard Ager Newhall, en el que se veía el desarrollo histórico de Europa y del Mediterráneo, desde la decadencia del Imperio Romano hasta el Renacimiento, y desde la consolidación del papado hasta el feudalismo y la expansión del Islam. Si a esto se suman los cursos sobre literatura francesa, biología, física, retórica, arte antiguo –desde el Egipto preclásico hasta el Renacimiento italiano–, se puede comprender mejor el modo en que se desarrolló la erudición profunda y el tipo de humanismo que caracterizarían al pensamiento de Moore Jr.¹

Fue también en el Williams College donde comenzó a interesarse por las obras de William Graham Sumner (1840-1910), autor del clásico *Folkways* (1906),² y de Albert Galloway Keller (1874-1956). Sociólogo y antropólogo, Keller fue asistente de Sumner,³ con quien escribió uno

* Traducción de Ada Solari.

¹ Robert Jackall, “The Education of Barrington Moore, Jr.”, *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 14, n° 4, 2001, pp. 675-681. Este número de la revista está enteramente dedicado al autor y contiene también dos ensayos de Moore Jr.: “Ethnic and Religious Hostilities in Early Modern Port Cities” (pp. 687-727); y “Cruel and Unusual Punishment in the Roman Empire and Dynastic China” (pp. 729-772), precedidos por un comentario de Donald A. Nielsen (pp. 683-685). Para la única apreciación general sobre la vida y la obra de Moore, véase Dennis Smith, *Barrington Moore Jr.: Violence, Morality, and Political Change*, Armonk/Londres, Macmillan, 1983, obra que fue objeto de una reseña crítica, poco entusiasta, de Barry M. Katz, *American Historical Review*, vol. 89, n° 2, 1984, p. 403.

² William G. Sumner, *Folkways: a Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals*, Boston, Ginn and Co., 1906.

³ Keller editó varias colecciones de artículos de Sumner: *Earth-hunger and other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1913; *The Challenge of Facts and other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1914; *The Forgotten Man and Other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1918, y *War and Other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1919; (con Maurice R. Davie), *Selected Essays of William Graham Sumner*, New Haven, Yale University Press, 1934; *The Forgotten Man's Almanac Rations of Common Sense from William Graham Sumner*, New Haven, Yale University Press, 1943.

de los clásicos de la sociología norteamericana, *The Science of Society*,⁴ y se interesó por la comparación histórica de los procesos coloniales, incluida la colonización portuguesa en el Brasil.⁵ El mismo Moore Jr. dijo que las principales influencias que tuvo al comienzo de su carrera habían sido *La cité Antique* (1864), de Fustel de Coulanges, y los cuatro volúmenes de *The Science of Society y Folkways*, de Sumner.⁶ El carácter notoriamente multidisciplinario y la diversidad de los problemas analizados por Sumner y Keller fueron determinantes en la configuración de las inquietudes de Moore Jr. en relación con el problema del ejercicio y la legitimidad de la autoridad, la producción y reproducción sociohistórica de la desigualdad social, las causas y las consecuencias del fanatismo religioso y de la miseria humana, la gestación y los resultados de los movimientos revolucionarios, las fuentes y los mecanismos sociales de la obediencia, la formación y el desarrollo histórico de la organización política de las sociedades, y, por último, el papel de la moral en la elección individual y colectiva.⁷

Debe advertirse, no obstante, que Moore Jr. no siguió a sus maestros en lo que concierne a la articulación entre el *darwinismo social* y el *laissez-faire* de raíz spenceriana que caracterizó a la obra de Sumner, ni tampoco respecto del declarado evolucionismo institucional de Keller.⁸ La obra de este se insertaba en un paradigma de ciencias sociales, dominante en especial en la antropología, que se basaba en un método comparativo de matriz evolucionista, en el que la identificación de configuraciones institucionales propias de cada sociedad establecía un *continuum* de desarrollo humano y social.⁹ Este paradigma proporcionó un marco para la institucionalización académica, en 1949, de un programa llamado “Human Relations Area Files”, de la Universidad de Yale, dirigido por George Peter Murdock. Director del departamento de Antropología de 1938 a 1960, Murdock fue el gran responsable de la llamada “cross-cultural

⁴ William G. Sumner y Albert Keller, *The Science of Society*, 4 vols., New Haven, Yale University Press, 1927.

⁵ Sobre Keller historiador del colonialismo europeo, véase, por ejemplo, “The Beginnings of German Colonization”, *Yale Review*, 1901; “The Colonial Policy of the Germans”, *Yale Review*, 1902; “Notes on the Danish West Indies”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 22, n° 1, 1903; “Portuguese Colonization in Brazil”, *Yale Review*, 1906; *Colonization: A Study of the Founding of New Societies*, Boston, Ginn & Co., 1908.

⁶ Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2007, capítulo titulado “Barrington Moore Jr. ‘The Critical Spirit and Comparative Historical Analysis’”, pp. 86-112, en especial pp. 89-90. Robert Jackall, “The Education of Barrington Moore, Jr.”, *op. cit.*, p. 677.

⁷ Barrington Moore, Jr., *Moral Aspects of Economic Growth and Other Essays*, Ithaca, Cornell University Press, 1998, p. ix: “All of these essays have to do with issues of authority, inequality and justice, issues that have preoccupied me since my days as a graduate student at Yale University before the Second World War”.

⁸ Richard Hofstadter, “William Graham Sumner, Social Darwinist”, *The New England Quarterly*, vol. 14, n° 3, 1941, pp. 457-477, artículo reimpresso en *Social Darwinism in American Thought, 1860-1915* [1944], Boston, Beacon Press, 1955, pp. 51-56; Robert C. Bannister Jr., “William Graham Sumner’s Social Darwinism: a Reconsideration”, *History of Political Economy*, vol. 5, n° 1, 1973, pp. 89-109; Mike Hawkins, *Social Darwinism in European and American Thought, 1860-1945: Nature as Model and Nature as Threat*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 109-121. Para dos síntesis recientes que analizan tanto el evolucionismo de Sumner como su inmensa deuda con Herbert Spencer, véase Craig Calhoun, “Sociology in America: An Introduction”, y Daniel Breslau, “The American Spencerians: Theorizing a New Science”, ambos ensayos en Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 1-38 y 39-62, respectivamente.

⁹ Para el evolucionismo de Keller véase su *Societal Evolution: a Study of the Evolutionary Basis of the Science of Society*, Nueva York, Macmillan, 1915, que tuvo varias ediciones y formó a generaciones de sociólogos norteamericanos. Sobre el método comparativo en el campo antropológico, desde su creación con Edward B. Tylor en 1889, véase la síntesis de E. A. Hammel, “The Comparative Method in Anthropological Perspective”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, n° 2, 1980, pp. 145-155. El ensayo fundador de Edward Tylor se titula “On a Method of Investigating the Development of Institutions: Applied to Laws of Marriage and Descent”, *Journal of Royal Anthropological Institute*, vol. 18, 1889, pp. 245-269.

research”, básicamente el resultado de una articulación de los métodos estadísticos con la práctica etnográfica.¹⁰ Fue asimismo un solícito informante de J. Edgar Hoover y un dedicado colaborador del Ministerio de la Marina de los Estados Unidos.¹¹ Keller y Murdock, que formaban parte de la tradición evolucionista representada en Yale por Sumner (bien distinta de la idea del particularismo histórico de las culturas que Franz Boas introdujo en la Universidad de Columbia), fueron profesores de Moore Jr. en su programa de doctorado en Yale.

Guerra, seguridad y ciencias sociales

El contexto histórico al que nos hemos referido pone de manifiesto una enorme proximidad –para no decir promiscuidad– entre el campo científico y el campo político, militar y económico. Las principales universidades norteamericanas de la *Ivy League*, con las universidades de Yale, Harvard y Stanford a la cabeza, participaron desde un comienzo en el esfuerzo de la Guerra de 1939 a 1945.¹² Y, en un segundo momento, es decir, durante la Guerra Fría, se transformaron en un poderoso instrumento de la consolidación geopolítica de los Estados Unidos de América.¹³ En este sentido, las ciencias sociales sacaron provecho de las circunstancias

¹⁰ De una extensa lista de publicaciones de Murdock, destacamos el “Atlas Etnográfico”, publicado en la revista *Ethnology* (fundada por él mismo) desde 1962, basado en los datos de seiscientas sociedades recogidos por Murdock y otros colegas de Yale, desde 1930. Estos datos constituían lo que Murdock llamaba “World Ethnographic Sample”, el núcleo de *Cross-Cultural System*, que más tarde se convirtió en la *Human Relations Area Files*, que reunía hechos etnográficos de trescientas culturas (organizados en setecientas entradas culturales distintas). Para comprender mejor el marco analítico propuesto por Murdock, basado en el concepto de *universales culturales*, véase su texto “The Common Denominator of Cultures”, incluido en Ralph Linton (ed.), *The Science of Man in the World Crisis*, Nueva York, Columbia, 1945, pp. 123-142; y la producción contemporánea de la *Human Relations Area Files*, en particular su *Encyclopedia of World Cultures*, 10 vols., Nueva York, Macmillan/Gale, 1996. Véase, además, Marvin Harris, *The Rise of Anthropological Theory: a History of Theories of Culture* [1968], Walnut Creek, CA, AltaMira Press, 2001, cap. XXI: “Statistical Survey and the Nomothetical Revival”, pp. 605-643.

¹¹ Sobre la *Human Relations Area Files*, que aún no ha tenido un tratamiento extensivo, véase Marvin Harris, *The Rise of Anthropological Theory*, op. cit., pp. 158-159, 450-452 y 612-615; Eric B. Ross, “Peasants on Our Minds: Anthropology, the Cold War, and the Myth of Peasant Conservatism”, en Dustin M. Wax (ed.), *Anthropology at the Dawn of the Cold War. The Influence of Foundations, McCarthyism, and the CIA*, Londres, Pluto Press, 2008, pp. 108-132, en especial pp. 112, 114; Ward H. Murdock Goodenough, “Bridge: From Sumner to HRAF to SCCR”, *Cross-Cultural Research*, vol. 30, 1996, pp. 275-280; Joseph Tobin, “HRAF as Radical Text?”, *Cultural Anthropology*, vol. 5, 1990, pp. 473-487. Sobre Murdock y Hoover y el *macartismo* véase David H. Price, *Threatening Anthropology: McCarthyism and the FBI's Surveillance of Activist Anthropologists*, Duke University Press, 2004, cap. IV: “Hoover's informer”, pp. 70-89. Véase, además, John W. M. Whiting, “George Peter Murdock (1897-1985)”, *American Anthropologist*, vol. 88, n° 3, 1986, pp. 682-686.

¹² Véase el caso de Margaret Mead en Carleton Mabee, “Margaret Mead and behavioral scientists in World War II: problems in responsibility, truth, and effectiveness”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 23, 1987, pp. 3-13.

¹³ Para la relación especial entre la Universidad de Yale y la de Stanford y las instancias gubernamentales norteamericanas, véanse Robin Winks, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War, 1939-1961* [1987], New Haven, Yale University Press, 1996; Rebecca S. Lowen, *Creating the Cold War University: The Transformation of Stanford*, Berkeley, University of California Press, 1997. Para un conjunto de estudios sobre el asunto véase Christopher Simpson (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, Nueva York, The New Press, 1998. Para un conjunto de testimonios críticos de figuras científicas muy relevantes en la época –de Immanuel Wallerstein a Noam Chomsky y Howard Zinn– acerca de la relación entre las universidades norteamericanas y el gobierno en la posguerra, véase Noam Chomsky et al. (eds.), *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, Nueva York, The New Press, 1997. Para una lectura menos asertiva de la subordinación de la academia a la política y crítica respecto de la excepcionalidad del período comparado con

históricas y políticas, determinadas sobre todo por las guerras y las cuestiones de seguridad, para justificar su expansión dentro de las universidades, la mayor influencia de las propuestas cuantitativas –alimentando la presunción homotética de los diversos paradigmas de raíz positivista– y la creciente valoración pública del conocimiento y de su respectiva utilidad social. La afirmación de un *complejo militar-industrial-intelectual*¹⁴ configuró el desarrollo de una serie de disciplinas, siempre que fueran instrumentales para la obtención de sus objetivos.¹⁵ Así se dio, por ejemplo, con la antropología, en cuyo caso el “Human Ecology Fund” (1955-1965) y la figura de Clyde Kluckhohn de Harvard revisten una enorme importancia, paralelamente a la ya mencionada “Human Relations Area Files”.¹⁶ En la ciencia política, los conceptos de *cultura política* y de *cultura cívica* de Gabriel Almond fueron particularmente importantes para los designios de la Seguridad Nacional, mientras que las llamadas teorías de la *nation-building*, aún vigentes, definieron en parte la política externa.¹⁷ La economía se centró en las cuestiones de la *modernización* nacional y de la exportación de sus modelos.¹⁸ La psicología ejerció influencia sobre los procesos de toma de decisión a nivel gubernamental, y su estatus aumentó de manera significativa yendo de la propaganda a la *guerra psicológica* y a la política de conquista de *hearts and minds*.¹⁹ Y en la sociología se puso el acento en la cuestión de los *equilibrios* sistémicos y del *orden social* interior, sobre la base de las teorías propuestas en particular por el funcionalismo estructural –cuya mayor preocupación eran los mecanismos de integración– en alianza con las teorías de la modernización.²⁰

momentos anteriores, véase Ellen W. Schrecker, *No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

¹⁴ Stuart W. Leslie, *The Cold War and American Science: The Military-Industrial-Academic Complex at MIT and Stanford*, Nueva York, Columbia University Press, 1993; Ron Robin, *Making the Cold War Enemy: Culture and Politics in the Military-Intellectual Complex*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001.

¹⁵ Michael Lacey y Mary Furner (eds.), *The State and Social Investigation in Britain and the United State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

¹⁶ David H. Price, “Cold War Anthropology: Collaborators and Victims of the National Security State”, *Identities*, vol. 4, n° 3-4, 1998, pp. 389-430; “Subtle Means and Enticing Carrots: the impact of funding on American Cold War anthropology”, *Critique of Anthropology*, vol. 23, 2003, pp. 373-401; Laura Nader, “The Phantom Factor: Impact of the Cold War on Anthropology”, en Noam Chomsky et al. (eds.), *The Cold War and the University...*, op. cit., pp. 107-146; Herbert S. Lewis, “Anthropology, the Cold War, and Intellectual History”, en Regna Darnell y Frederic W. Gleach (eds.), *Histories of Anthropology Annual*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005, vol. 1, pp. 99-113.

¹⁷ K. J. Holsti, “Scholarship in an Era of Anxiety: the study of international politics during the Cold War”, *Review of International Studies*, vol. 24, 1998, pp. 17-46; Jessica Wang, *American Science in an Age of Anxiety: Scientists, Anticommunism, and the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999; Ido Oren, “Is Culture Independent of National Security? How America’s National Security Concerns Shaped ‘Political Culture’ Research”, *European Journal of International Relations*, vol. 6, n° 4, 2000, pp. 543-573; “The Enduring Relationship between the American (National Security) State and the State of the Discipline”, *PS: Political Science and Politics*, n° 34, 2004, pp. 51-55.

¹⁸ Mary Furner y Barry Supple (eds.), *The State and Economic Knowledge: The American and British Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Michael A. Bernstein, *Perilous Progress: Economists and Public Purpose in Twentieth-Century America*, Princeton, Princeton University Press, 2001; Michael E. Latham, *Modernization as Ideology: American Social Science and “Nation Building” in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000; David C. Engerman et al. (eds.), *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst/Boston, University of Massachusetts Press, 2003.

¹⁹ Ellen Herman, “The Career of Cold War Psychology”, *Radical History Review*, n° 63, 1995, pp. 53-85; *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, CA, University of California Press, 1995.

²⁰ Andrew Abbott y James T. Sparrow, “Hot War, Cold War: The Structures of Sociological Action, 1940-1955”, en Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: A History*, op. cit., pp. 281-313; Edward Shils, “Tradition, Ecology, and

El famoso proyecto Camelot tradujo bien el contexto, los principios y las ambiciones de la articulación –que contaba con antecedentes históricos relevantes– entre la política de la Guerra Fría, el apoyo militar y las ciencias sociales de carácter behaviorista, cuyos comienzos se encuentran sobre todo en los trabajos de Harold Lasswell. Orientado hacia el estudio de las revoluciones y de la *contrarrevolución*, pero con una utilización pasible de ser extendida a otros ámbitos, el proyecto Camelot constituyó también un marco para la afirmación de las ciencias sociales en el espacio público, dentro de un proceso marcado por la promoción de su cientificidad, objetividad y carácter práctico en detrimento de las tradiciones humanista e interpretativa.²¹ Exponente mayor de la reducción del conocimiento científico a su utilidad social, en sentido amplio, y a su utilidad política, el behaviorismo se tornó dominante en las universidades, de Harvard a Yale o Chicago. De modo que, tanto en el Departamento de Relaciones Sociales de Talcott Parsons como en el *Institute of Human Relations* de Yale –antecesor de la *Human Relations Area Files*–, el paradigma interdisciplinario behaviorista se institucionalizó, siempre en estrecha vinculación con los medios gubernamentales y privados, que eran los financiadores de la investigación científica, y al mismo tiempo configuró las famosas teorías de la modernización.²²

La comprensión de los contextos históricos y sociales de las relaciones entre el Estado norteamericano, sus instituciones políticas y militares (como la *Central Intelligence Agency* [CIA]) y de promoción de la ciencia (como la *National Science Foundation* o el *Social Science Research Council*), las fundaciones filantrópicas (como la Rockefeller, la Ford o la Carnegie Corporation) y el desarrollo de las ciencias sociales y humanas²³ es crucial para llevar adelante un análisis crítico e informado de la historia de estas ciencias que no se limite a entender el conocimiento científico producido en la posguerra como un epifenómeno de las exigencias y las directrices instrumentales de la política interna y externa norteamericana, ni tampoco omita las continuidades históricas (y los paralelismos europeos) de los procesos en análisis.²⁴

Institution in the History of Sociology”, en *The Calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, pp. 165-256.

²¹ Ellen Herman, “Project Camelot and the Career of Cold War Psychology”, en Simpson (ed.), *op. cit.*, pp. 97-133; Ron Robin, *Making the Cold War Enemy*, *op. cit.*, cap. xx: “Paradigm Lost: The Project Camelot Affair”, pp. 206-225; Mark Solovey, “Project Camelot and the 1960s epistemological revolution: rethinking the politics-patronage-social science nexus”, *Social Studies of Science*, vol. 31, 2001, pp. 171-206.

²² Mark C. Smith, *Social Science in the Crucible: The American Debate over Objectivity and Purpose, 1918-1941*, Durham, NC, Duke University Press, 1994, pp. 212-252; Dorothy Ross, *The Origins of American Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, cap. “Scientism”, pp. 390-470. Sobre el behaviourismo en la academia norteamericana y las teorías de la modernización, véase Nils Gilman, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003, cap. “The Harvard Department of Social Relations and the Intellectual Origins of Modernization Theory”, pp. 72-112; Ron Robin, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War*, *op. cit.*, cap. “Inventing the Behavioral Science”, pp. 19-37. Sobre las ciencias sociales en Harvard y sobre el departamento de Relaciones Sociales, véase Morton Keller y Phyllis Keller, *Making Harvard Modern: The Rise of America's University*, Nueva York, Oxford University Press, 2001, pp. 79-95 y 217-221.

²³ Roger Geiger, “American Foundations and Academic Social Science, 1945-1960”, *Minerva*, vol. 26, 1988, pp. 315-341; Donald Fisher, *Fundamental Development of the Social Sciences: Rockefeller, Philanthropy, and the United States Social Science Research Council*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1993; Daniel Kleinman y Mark Solovey, “Hot Science/Cold War: The National Science Foundation After WWII”, *Radical History Review*, vol. 63, 1995, pp. 110-139; Mark Solovey, “Project Camelot and the 1960s epistemological revolution: rethinking the politics-patronage-social science nexus”, *op. cit.*; Hunter Crowther-Heyck, “Patrons of the Revolution: Ideals and Institutions in Postwar Behavioral Science”, *Isis*, vol. 97, n° 3, 2006, pp. 420-446.

²⁴ Lamentablemente y por el momento, no existen estudios de esta naturaleza sobre Portugal. Para una lectura crítica de la llamada “Cold War Social Science” (en vez de “Social Science in the Cold War”) y del complejo militar-indus-

Entre muchos aspectos cruciales, el surgimiento de los *area studies* —o, como se los solía apodar, *estudio de los enemigos*, de los países del bloque soviético a Vietnam—, patrocinado por la Carnegie Corporation, fue concomitante con los objetivos de consolidación de la ascendencia norteamericana desde un punto de vista geopolítico a través del aumento y la profundización del conocimiento local, regional y global (siempre como resultado de proyectos multidisciplinarios).²⁵ A su vez, el desarrollo de los *Soviet Studies* —desde un comienzo, el foco principal de los programas de *estudios de área* financiados por la Rockefeller Foundation y por la Carnegie Corporation— es, por obvias razones, el ejemplo más elocuente del *complejo militar-industrial-intelectual* de la posguerra, aunque es fundamental reconocer los límites de su existencia.²⁶

Este modelo de organización multidisciplinario centrado en la producción de conocimiento global —que preservaba el carácter instrumental de los principios orientadores de la geopolítica imperial de fines del siglo XIX, de Halford Mackinder a Friedrich Ratzel— desarrollaba los patrones diseñados durante la Segunda Guerra Mundial en el *Office of Strategic Services* (OSS), departamento creado por Roosevelt en 1942, que precedió a la CIA, cuyas divisiones de investigación y análisis reunían a diversos especialistas provenientes de todas las ciencias sociales (historiadores, politólogos, economistas y sociólogos) con el objetivo de evaluar las capacidades y los obstáculos del esfuerzo militar norteamericano a escala global. De hecho, el carácter multidisciplinario tenía una relevancia incuestionable como recurso político. Y la idea de una “ciencia social en un país”, astuta formulación de Barry Katz para describir la concentración y la diversidad de *expertise* científica en las investigaciones sobre la Unión Soviética, replicaba los proyectos de departamentos de ciencias sociales en boga en la primera mitad del siglo en los Estados Unidos, orientados a los estudios multidisciplinarios y a la unificación de los conocimientos. Se registraba así una compatibilidad organizacional e instru-

trial-intelectual, proponiendo una lectura más matizada y contextualizada, véase David C. Engerman, “Rethinking Cold War Universities: Some Recent Histories”, *Journal of Cold War Studies*, vol. 5, n° 3, 2003, pp. 80-95; “Social Science in the Cold War”, *Isis*, vol. 101, 2010, pp. 393-400; Mark Solovey, “Introduction: Science and the State during the Cold War: Blurred Boundaries and a Contested Legacy”, *Social Studies of Science*, vol. 31, n° 2, 2001, pp. 165-170; Joel Isaac, “The Human Sciences in Cold War America”, *Historical Journal*, vol. 50, n° 3, 2007, pp. 725-746. Para abordajes que revelan la existencia de fenómenos similares desde fines del siglo XIX, véanse John M. Jordan, *Machine-Age Ideology: Social Engineering and American Liberalism, 1911-1939*, Chapel Hill, University North Carolina Press, 1994; Dorothy Ross, “The Development of the Social Sciences in America, 1860-1920”, en Alexandra Oleson y John Voss (eds.), *The Organization of Knowledge in Modern America, 1860-1920*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, pp. 107-138.

²⁵ Bruce Cumings, “Boundary Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War”, en Christopher Simpson (ed.), *Universities and Empire*, *op. cit.*, pp. 159-188; “Boundary Displacement: The State, the Foundations, and Area Studies during and after the Cold War”, en Masao Miyoshi y Harry D. Harootunian (eds.), *Learning Places: The Afterlives of Area Studies*, Durham, NC, Duke University Press, 2002, pp. 261-302; Immanuel Wallerstein, “The Unintended Consequences of Cold War Area Studies”, en Chomsky *et al.* (eds.), *The Cold War and the University...*, *op. cit.*, pp. 195-232; Vincente Rafael, “The Cultures of Area Studies in the United States”, *Social Text*, vol. 41, n° 1, 1994, pp. 91-111. Para la importancia de la Carnegie Corporation y el surgimiento y la consolidación de los *estudios de área*, véase Roger Geiger, “American Foundations and Academic Social Science, 1945-1960”, *op. cit.*, pp. 318-323. Para una reflexión sobre el mismo problema, véase además el clásico de Edward Said, *Orientalism* [1978], Nueva York, Pantheon, 1989.

²⁶ David C. Engerman, *Know Your Enemy: The Rise and Fall of America's Soviet Experts*, Oxford, Oxford University Press, 2009. Para el caso paralelo de la política cultural norteamericana en Europa, con la participación de la Ford Foundation y de la CIA, véase Volker R. Berghahn, *America and the Intellectual Cold Wars in Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2002.

mental entre las instancias gubernamentales de producción de un conocimiento políticamente utilizable y las estructuras departamentales en el universo académico.²⁷

Frente a la bipolarización creciente de las relaciones internacionales, no causa sorpresa el hecho de que la división que se ocupaba centralmente de la constelación política y militar polarizada en torno de la Unión Soviética fuese una de las que más atención y recursos obtenía de parte de las instancias superiores del OSS. Esta misma institución empleó a ocho futuros presidentes de la *American Historical Association* y a cinco futuros presidentes de la *American Economics Association*. Figuras como Paul Baran, H. Stuart Hughes, Alex Inkeles, Paul Sweezy, Walt W. Rostow, fueron algunos de sus más distinguidos colaboradores. Y también lo fueron Herbert Marcuse (y otros de la Escuela de Frankfurt, como Franz Neumann) y su gran amigo Barrington Moore Jr., que participó en los dos programas característicos de la articulación entre conocimiento “científico” y las decisiones políticas de diverso orden que marcaron la relación entre las instancias gubernamentales y la academia: el programa del *conocimiento del enemigo* y el del *conocimiento del mundo*, en una relación estrecha sostenida por los nacientes *estudios de área*. Como sintetizó David C. Engerman, el estudio multidisciplinario de varias regiones mundiales pasó a ser uno de los principales objetos del financiamiento privado, tendencia que se acentuó a partir de 1957, inmediatamente después del lanzamiento del *Sputnik*. Y al año siguiente de este acontecimiento el gobierno norteamericano aprobó un programa de financiamiento para los *estudios de área* y para los *estudios internacionales* llamado *Title VI of the National Defense Education Act* (NDEA), en el que al estudio de las lenguas y las culturas locales se sumaba el interés por asuntos relativos a la defensa nacional y por evidentes cálculos geopolíticos, que incluían la necesidad de rehacer la política exterior en un contexto de descolonización y de surgimiento del Tercer Mundo. En este proceso fue bien significativa la contribución de las ciencias sociales. La lógica de la autodeterminación dio lugar a una multiplicación de los socios en el sistema internacional, lo que aumentó a la par los focos de interés de la política exterior norteamericana. Los *estudios de área* fueron, en parte, un producto de estos fenómenos, al mismo tiempo que constituyeron un desarrollo de los objetivos y de los métodos del OSS y un poderoso complemento de la acción de la CIA. Esta última reclutó a muchos estudiantes salidos de tales programas y financió de manera directa el *Center for International Studies* del MIT (también llamado CENIS), que patrocinó diferentes tipos de conocimiento instrumental. Entre estos se cuenta el famoso libro de W. W. Rostow, *The Dynamics of Soviet Society* (1953), cuya primera versión tuvo la forma de un informe confidencial interno, enteramente pagado por la CIA, sobre las probables consecuencias de la muerte de Stalin en el sistema soviético, realizado por un autor para nada especializado en soviología.²⁸

²⁷ Para el *Office of Strategic Services*, véase Barry M. Katz, *Foreign Intelligence: Research and Analysis in the Office of Strategic Services, 1942-4*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1989, cap. v: “Social Science in One Country: The USSR Division”; Richard Harris Smith, *oss: The Secret History of America's First Central Intelligence Agency* [1972], Nueva York, The Lyons Press, 2005. Para la vinculación de Yale, véase Robin Winks, *Cloak and Gown*, *op. cit.* Acerca del predominio de una idea unificada de ciencias sociales, véase Dorothy Ross, “Changing Contours of the Social Science Disciplines”, en Theodor M. Porter y Dorothy Ross (eds.), *The Cambridge History of Science*, vol. 7: *The Modern Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 205-237.

²⁸ David C. Engerman, *Social Science in the Cold War*, *op. cit.*, pp. 396-397. Para la historia del “Title VI”, véase <<http://www2.ed.gov/about/offices/list/ope/iegps/history.html>>; Patrick O'Meara, Howard D. Mehlinger y Roxana Ma Newman (eds.), *Changing Perspectives on International Education*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2001, primera parte: “Title VI and International Studies in the United States: An Overview”, pp. 1-48. Para el papel de la CIA y su relación con los *estudios de área* y los *estudios internacionales*, véase Bruce Cumings, “Boundary

Una carrera académica en sus comienzos

Una vez concluido su doctorado en Sociología en Yale bajo la orientación de Keller, con una tesis titulada *Social Stratification: A Study in Cultural Sociology* (1941), Barrington Moore ingresó en el Departamento de Justicia norteamericano, donde conoció a Morris Janowitz y trabajó bajo la responsabilidad del ya mencionado Harold Lasswell.²⁹ El primero renovó, junto con Samuel Huntington y Michael Howard, el estudio de los fenómenos militares en el desarrollo político de las sociedades contemporáneas; mientras que Lasswell fue, a la par del famoso historiador diplomático William Langer, uno de los mayores reclutadores del ya mencionado departamento. Moore Jr. entró de inmediato en el OSS, donde conoció a un notable grupo de emigrados alemanes, entre los que se encontraban Herbert Marcuse (según Moore Jr., uno de sus mejores amigos, y en el organigrama de la organización su superior directo), Franz Neumann y Otto Kirchheimer. Todos ellos habían sido miembros del *Institut für Sozialforschung*, institución de referencia para las ciencias sociales alemanas y europeas. Fue con estos intelectuales que Moore Jr. aprendió a “disolver el marxismo y a usarlo en lo que escribía”, para decirlo con sus propias palabras. Durante la estadía en el OSS, siempre según el autor, comenzó a tomar forma el proyecto de investigación más tarde publicado en la obra, cuya traducción al portugués ahora se reedita, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*. La recolección de información sobre sociedades particulares, como la austríaca, sobre la cual escribió un informe, o las investigaciones sobre temas concretos, como la que realizó sobre las formas históricas del comunismo alemán, por cierto influyeron en el modo en que desarrolló sus investigaciones futuras.³⁰ En este mismo contexto, publicó “The Communist Party of the USA: An Analysis of a Social Movement”, en la *American Political Science Review* (1945), e inició una serie de trabajos sobre la sociedad soviética, contribuyendo así a la industria naciente de estudios sobre el *enemigo*.³¹ Tras una muy breve estadía en la Universidad de Chicago (1945-1947), su primer puesto académico, donde compartió una experiencia de enseñanza con David Riesman, autor del famoso estudio *The Lonely Crowd* (1953), Moore Jr. entró en Harvard en 1947. Talcott Parsons era allí el jefe indiscutido del Departamento de Relaciones Sociales. Como el mismo Moore Jr.

Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War”. Acerca de la participación de Rostow, contada por él mismo, véase su *Concept and Controversy: Sixty Years of Taking Ideas to Market*, Austin, University of Texas Press, 2003, cap. IV: “The Death of Stalin, 1953: The Timing May Have Been Off”, pp. 96-136, en especial pp. 97, 112-117. Sobre las ciencias sociales y el Tercer Mundo, véase el clásico de Irene Gendzier, *Managing Political Change: Social Scientists and the Third World*, Boulder, CO, Westview Press, 1985.

²⁹ De su tesis de doctorado surgió su primera publicación, “The Relation between Social Stratification and Social Control”, *Sociometry*, vol. 5, n° 3, 1942, pp. 230-250, que según Moore Jr. se trataba de un intento por emular los trabajos de George Peter Murdock.

³⁰ Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, op. cit., pp. 90-92, en especial p. 91. De Janowitz, véase sobre todo *Military Institutions and Coercion in the Developing Nations: The Military in the Political Development of New Nations*, Chicago, Chicago University Press, Midway Reprint, 1988 [versión ampliada de *The Military in the Political Development of New Nations*, de 1964]. Sobre el grupo de la Escuela de Frankfurt, véase Barry M. Katz, “The Criticism of Arms: The Frankfurt School Goes to War”, *Journal of Modern History*, vol. 59, 1987, pp. 439-478 (con las respectivas bibliografías), así como los clásicos estudios de Martin Jay, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950* [1973], Londres, Heinemann Educational Books, 1976, y *Permanent Exiles: Essays on the Intellectual Migration from Germany to America*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, pp. 28-61.

³¹ Barrington Moore Jr., “The Communist Party of the USA: An Analysis of a Social Movement”, *American Political Science Review*, vol. 39, n° 1, 1945, pp. 31-41.

afirmó, a pesar de haber mantenido una buena relación con Parsons, “no soportaba sus ideas”, a las que veía como un “*nonsense*, un *nonsense* pretencioso”, y consideraba como el producto de una “nueva escolástica”, algo que Moore Jr. denunció en diversas ocasiones. Por ejemplo, en *Political Power and Social Theory*, libro de ensayos publicado originalmente en 1958 y en una edición revisada y ampliada en 1962, incluyó un examen crítico de las nuevas corrientes formalistas, por entonces dominantes en las ciencias sociales y, en particular, en la sociología y en la ciencia política, precisamente titulado “The New Scholasticism and the Study of Politics”. Este ensayo representa, junto con “Strategy in Social Science” y “Sociological Theory and Contemporary Politics”, lo más importante de la contribución teórica, conceptual y metodológica de Moore Jr., claramente determinada por la defensa de un regreso a la historia, de una perspectiva crítica humanista y de la especificidad del conocimiento de las ciencias sociales, por entonces anulada en virtud del deseo de replicación de las ciencias físicas.

El ensayo circuló por el departamento de Relaciones Sociales y generó reacciones fogosas por parte de los discípulos del autor de *The Social System* (1951). Las críticas de Moore Jr. también apuntaban a otros trabajos emblemáticos del *Zeitgeist* disciplinado de los años '50, tales como *Power and Society*, de Harold D. Lasswell y Abraham Kaplan (1950), *The Structure of Society*, de Marion J. Levy (1952) y *System and Process in International Relations*, de Morton A. Kaplan (1957). Con respecto a la obra de Parsons, Moore Jr. afirmaba ser “sumamente escéptico”, muy en particular en relación con su “intento de clasificar todas las formas de acción humana como si necesariamente remitieran a uno de los cinco pares de formas alternativas”. El formalismo y la modelización abstracta dominantes en Harvard, al mismo tiempo causa y producto del cientificismo vigente en la academia y, de modo más evidente, en el ámbito de las ciencias sociales, atraían el interés político y gubernamental. Pero alejaban a pensadores como Moore Jr., quien pretendía resistir a la “degeneración técnica”, manifestada en y por las corrientes estrictamente cuantitativas, y a la “seudo certeza con respecto a los números”, que despertaba “una peligrosa fascinación” en la sociedad norteamericana. Para Moore Jr., lo que tales tendencias aumentaban en aparato técnico lo restaban en poder explicativo.³² Esta postura pesimista ante las grandiosas promesas explicativas de las ciencias sociales determinó la riqueza analítica y metodológica de la trayectoria científica de Moore Jr., más orientada por la confrontación empírica que por la aplicación acrítica de un recetario universal.³³ Del mismo modo en que llamaba la atención hacia la intolerancia de la *pureza moral* y hacia los costos de los grandes programas sociopolíticos, Moore Jr. rechazaba las formas equivalentes que abundaban en el

³² Barrington Moore Jr., “The New Scholasticism and the Study of Politics”, en *Political Power and Social Theory. Seven Studies* [1958], Nueva York, Harper & Row, 1962, pp. 89-110, aquí pp. 92, 93, 101; ensayo originalmente publicado en *World Politics*, vol. 6, n° 1, 1953, pp. 122-138; “Strategy in Social Science”, en *Political Power and Social Theory*, pp. 111-159; “Sociological Theory and Contemporary Politics”, *American Journal of Sociology*, vol. 61, n° 2, 1955, pp. 107-115. Para críticas más tardías, pero también más profundas, a los mismos procesos de excesiva determinación y formalización paradigmática de las ciencias sociales, véase Alvin Ward Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1970; Albert Hirschman, “The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding”, en Paul Rabinow y William M. Sullivan (eds.), *Interpretative Social Science: A Second Look*, Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 177-194.

³³ Dennis Smith, “Discovering Facts and Values: The Historical Sociology of Barrington Moore”, en T. Skocpol (ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Nueva York, Cambridge University Press, 1984, pp. 313-355, en especial pp. 313 y ss. Más recientemente, Dietrich Rueschemeyer, *Usable Theory: Analytical Tools for Social and Political Research*, Princeton, Princeton University Press, 2009, p. 13, considera que la obra de Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, era un buen ejemplo de un marco teórico que permanecía en gran medida implícito.

mundo científico. Para él, era fundamental recuperar la “crítica racional” centrada en el pensamiento social del siglo XIX y en el legado del iluminismo escocés y británico. Su objetivo era evitar que la “teología, el periodismo y la franja bohemia de la vida intelectual” se apoderasen de la interpretación social y que la ciencia social (repárese en el singular) se “ahogase en un océano de jerga técnica [verbiage] cubierto por pedazos de datos que boyan sin sentido”. La actualidad de esta apreciación es digna de nota, incluso en contextos de gran pobreza analítica y reflexiva, como el que corresponde a la reedición de esta traducción al portugués.³⁴ En el mismo sentido, Moore Jr. escribía, en “Tolerance and the Scientific Outlook”, que “lo esencial de la ciencia es simplemente el rechazo a creer sobre la base de la esperanza”.³⁵ Fueron estos algunos de los principios que orientaron a Moore Jr., años más tarde, cuando cuestionó al presidente John F. Kennedy, en 1961, a raíz de la frustrada invasión a Cuba, y también cuando elaboró duras críticas a la política de la *New Frontier*, que había sido diseñada con la colaboración del *Academic Advisory Group* (un conjunto de académicos del área de Boston).³⁶

En el plano del mercado académico de ideas y de servicios prestados a los centros políticos de toma de decisión, ¿podrían las duras críticas de Moore Jr. contra el formalismo de las teorías funcionalistas de Parsons ser interpretadas como señales de una disputa en el interior del mismo campo? A primera vista, es posible sostener que las teorías de la integración, de los valores culturales y de la acción, tan caras al funcionalismo estructural de Parsons, también se presentaban como una crítica –en nombre de valores modernos, democráticos y liberales– a los modelos sociales del totalitarismo, del fascismo y del comunismo. Como ya fue señalado, “el funcionalismo estructural proporcionaba un marco intelectual para celebrar las virtudes de la sociedad norteamericana en su lucha contra el totalitarismo: fascismo y comunismo”.³⁷ Y es en este mismo territorio –sobre todo en el de la discusión sobre el totalitarismo– que en buena medida se insertan muchos de los estudios reunidos en *Political Power and Social Theory*. Para Moore Jr., precisamente, no se trataba de definir de entrada y de manera exhaustiva qué era el totalitarismo, porque no creía –para utilizar sus palabras– que fuera “posible definir un asunto hasta no saber con precisión qué es lo que se va a tratar, y solo sabemos de qué hablamos cuando examinamos ese mismo asunto en profundidad. O sea, las ideas claras, lejos de

³⁴ Barrington Moore Jr., “The New Scholasticism and the Study of Politics”, *op. cit.*, p. 110. Para la calificación de Moore como heredero del Iluminismo escocés y británico, véase James Sheehan, “Barrington Moore Jr. on Obedience and Revolt”, *Theory and Society*, vol. 9, n° 5, 1980, pp. 723-734, en especial p. 733.

³⁵ Barrington Moore Jr., “Tolerance and the Scientific Outlook”, en Robert Paul Wolff, Barrington Moore Jr. y Herbert Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1965, p. 55.

³⁶ Sobre Bahía de Cochinos, véanse Arthur Schlesinger Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Boston, Houghton Mifflin, 1965, pp. 285-286; Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, pp. 123-245. Sobre la concretización política de la doctrina, véase también Irving Bernstein, *Promises Kept: John F. Kennedy's New Frontier*, Nueva York, Oxford University Press, 1991. Sobre el *Academic Advisory Group*, el *think-tank* liderado por el famoso Archibald Cox, creado a semejanza del *Brains Trust* de F. D. Roosevelt (con sede en la Universidad de Columbia y responsable del *New Deal*), aún antes de presentar su candidatura por el Partido Demócrata, véase el trabajo de Panagiotis Hatzis, *The Academic Origins of John F. Kennedy's New Frontier*, Montreal, Concordia University, UMI, 1996. Sobre la historia de las relaciones entre el mundo académico y la política norteamericana antes de Kennedy, especialmente centrada en el papel desempeñado por el *Brains Trust* en la formulación del *New Deal*, véase Elliot A. Rosen, *Hoover, Roosevelt, and The Brains Trust: From Depression to New Deal*, Nueva York, Columbia University Press, 1977.

³⁷ Michael Burawoy, “Introduction: The Resurgence of Marxism in American Sociology”, en Michael Burawoy y Theda Skocpol (eds.), *Marxist Inquiries. Studies of Labor, Class and States*, suplemento de *American Journal of Sociology*, vol. 88, 1982, pp. 1-30, en especial p. 1.

poder ser consideradas como instrumentos preliminares de análisis, deberían ser siempre el resultado de investigaciones científicas”.³⁸ En la construcción de tales investigaciones era necesario, por un lado, plantear las investigaciones anteriores sobre el mismo asunto y, por otro lado, intentar verificarlas históricamente. Se entienden, así, las críticas al trabajo del sinólogo Wittfogel sobre el despotismo oriental, en la medida en que este no explicaba por qué razón el control centralizado del agua y de los recursos eran resultado de algún tipo de condición moderna.³⁹ Sería asimismo un error –como lo daba a entender Herbert Marcuse, siguiendo una tendencia de la Escuela de Frankfurt– considerar que las formas de esclavización de la sociedad moderna eran producto del industrialismo y del desarrollo técnico, cuando se sabía de su existencia en épocas anteriores; lo que estaba en cuestión, por lo tanto, era saber de qué modo la moderna sociedad industrial produjo nuevas formas de represión y modificó las anteriores.⁴⁰ De hecho, las características de modelización, regularidad y uniformidad, presentes en cualquier proceso de burocratización, existieron en la burocracia de la antigua China imperial, junto con formas totalitarias de espionaje interno y de denuncia mutua.⁴¹ Históricamente, el totalitarismo no podría ser considerado como el producto de un gobierno centralizado; más aun, podría ser concebido incluso sin su presencia: por ejemplo, en el ámbito de sociedades iletradas y en un clima de miedo y sospecha, que favorece las prácticas de brujería, podrían difundirse formas de conformismo ante tipos de comportamiento represivo e irracional; en este mismo sentido, la represión descentralizada no podría ser considerada como algo nuevo o asociado al industrialismo moderno.⁴² Un último ejemplo, tomado del vasto arsenal de casos comparativos que presenta Moore Jr., se hallaba en el desarrollo histórico del calvinismo en Ginebra: por un lado, este se correspondía precisamente con la transformación de la democracia en un régimen totalitario; por otro, el principal impacto de la dictadura de Calvino se situaba más en el nivel de las costumbres y las representaciones de la población, en sus ritmos cotidianos, que en el de la estructura política de la ciudad. Esta constatación demostraba que el conformismo social en relación con la represión, por lo común considerado como una de las consecuencias totalitarias del industrialismo, también podría existir en estados con una estructura formal democrática.⁴³

Ahora bien, considerando el calvinismo como una de las modalidades del protestantismo, se podría plantear una cuestión: a través de la evocación de este caso, ¿no habría pretendido Moore Jr. remover las certezas de todos los que se inspiraban en la tesis de Weber acerca de la

³⁸ Barrington Moore Jr., *Political Power and Social Theory*, op. cit., pp. 30-31. Como dijo en *Privacy: Studies in Social and Cultural History*, Armonk, NY, M. E. Sharpe, Inc., 1984, pp. ix-x: “No es la definición de privacidad y de derechos privados del investigador lo que está en discusión aquí; es lo que los miembros de otras sociedades sintieron acerca de estos asuntos y lo que hicieron en ese sentido, si es que alguna vez se interesaron por eso. Solo podemos aprehender sus concepciones por medio de un examen paciente de fuentes que a menudo son limitadas y fragmentarias. La producción de definiciones más detalladas solo es posible una vez que el investigador ha adquirido una gran familiaridad con las fuentes. A esa altura, por otro lado, las definiciones precisas probablemente serán superfluas” (las cursivas son nuestras). O, en otra formulación, en *Authority and Inequality Under Capitalism and Socialism*, Oxford, Clarendon Press, 1987, p. 2: “Ser un purista de la coherencia conceptual puede convertirse en fin en sí mismo que impide un pensamiento claro acerca del mundo real. En todo caso, la clarividencia conceptual solo es posible después de haber aprendido algo acerca de alguna cosa”.

³⁹ Barrington Moore Jr., *Political Power and Social Theory*, op. cit., pp. 223-224.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 33.

⁴¹ *Ibid.*, p. 44.

⁴² *Ibid.*, pp. 36-37, 81.

⁴³ *Ibid.*, pp. 59-60.

ética protestante para justificar los procesos europeos y norteamericanos, muy en especial en Nueva Inglaterra, de modernización capitalista y burguesa? De hecho, parece que era eso mismo lo que Moore Jr. daba a entender en su crítica a las concepciones de la familia propuestas por Parsons y por sus colaboradores. Para estos, la familia en la era industrial no había decaído, sino que solo había abandonado algunas de sus funciones económicas, a la vez que se había especializado en otra cantidad de funciones, tales como la socialización de los niños y la estabilización de la personalidad de los adultos. Ahora bien, para Moore Jr. —que afirmaba haberse inspirado en un artículo pionero de Wright Mills— un argumento de esa naturaleza, más allá de lo elaborado de las teorías y del aparato técnico en que se basaba, era apenas el resultado de una proyección de los valores, las expectativas o los preconceptos de la clase media y nada tenía que ver con la realidad.⁴⁴

Cuando le preguntaron a Moore Jr. acerca de las razones que lo habían llevado a dejar el prestigioso departamento de Relaciones Sociales, respondió con claridad: “no me interesaba la atmósfera intelectual”. En efecto, ni la presencia de George Homans, cuya obra *The Human Group* (1950) Moore Jr. consideraba como una de las pocas “conquistas permanentes de la ciencia social”, ni tampoco la de Albert O. Hirschman, en el mismo departamento de Harvard, impidieron la salida de Moore Jr., después de obtener un contrato permanente (*tenure*).⁴⁵ En el mismo año en que Homans publicó su mayor obra, Barrington Moore Jr. editó su primer gran libro, *Soviet Politics: The Dilemma of Power. The Role of Ideas in Social Change*, al que siguió, cuatro años después, *Terror and Progress USSR: Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship*. Con estas obras, Moore Jr. ampliaba el grupo de intelectuales norteamericanos (o que trabajaban en sus universidades y departamentos de Estado) dedicados al estudio del surgimiento, el funcionamiento y la dirección del régimen soviético de entonces.⁴⁶

Soviet Politics, según Moore Jr. una obra bastante influida por Sumner, planteaba una cuestión sumamente importante para el estudio de las revoluciones: ¿qué pasó con el programa revolucionario, y con los respectivos compromisos ideológicos, cuando los que lo habían establecido asumieron el control del poder? Primer ejercicio de comprensión de las causas, del *modus operandi* y de las consecuencias de los procesos revolucionarios, *Soviet Politics* reflexionó sobre el papel de las ideas y de los ideales, así como de las expectativas, en los procesos políticos y en el cambio social en sentido amplio, no solo en cuanto catalizadores de acciones individuales y colectivas, sino también en cuanto recursos simbólicos y políticos que se confrontan con condicionalidades estructurales e históricas de diverso orden; todo esto, en una “combinación de constricciones ideológicas, imperativos funcionales y relaciones internacionales”, situados en un contexto de intensa transformación determinado por el proceso de industrialización, como escribió Dennis Smith. La reconstrucción histórica (casi secuencial y *événementielle*) de estas condicionalidades pasó a ser un imperativo de las estrategias analíticas de

⁴⁴ Barrington Moore Jr., *Political Power and Social Theory*, op. cit., cap. 5: “Thoughts on the Future of the Family”, p. 160. Véase Charles Wright Mills, “Professional Ideology of Social Pathologists”, *American Journal of Sociology*, vol. 49, n° 2, septiembre de 1943, pp. 165-180.

⁴⁵ Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, op. cit., pp. 93-94.

⁴⁶ Barrington Moore Jr., *Soviet Politics: The Dilemma of Power. The Role of Ideas in Social Change*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1950; *Terror and Progress USSR: Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1954.

Moore Jr., ya formulado en “Strategy in Social Science”, donde se puede leer que una de las tareas esenciales del científico social consiste en “analizar las tendencias históricas” que limitan el “margen de maniobra de la humanidad” en un determinado momento, con el objetivo, nunca abandonado por el autor, de “ampliar las posibilidades de elección”.⁴⁷

En el prefacio a *Soviet Politics*, el ya mencionado Clyde Kluckhohn puso de relieve la capacidad de Moore Jr. para conjugar una inspiración marxista, atenta por lo tanto a las estructuras materiales, con los abordajes del tipo “cultura y personalidad” que practicaban antropólogos tales como Edward Sapir, Margaret Mead y él mismo. Y en un pasaje en el que presiente claramente el dardo dirigido contra Talcott Parsons, Kluckhohn añadió: “Moore no aspira a ningún tipo de integración de las ciencias sociales. Evita de forma deliberada la síntesis prematura, la abstracción innecesaria y los grandes marcos esquemáticos con simetrías que son solo lógicas (o seudológicas). Pero establece un significativo patrón, en el que explicita sus premisas y el conjunto de su modesta estructura teórica, lo que permite someterlo a una crítica racional”.⁴⁸

En *Terror and Progress* (título que sintetiza con maestría los intereses del autor a lo largo de medio siglo), Moore Jr. intentó comprender el proceso de desarrollo político de la Unión Soviética con el propósito, probablemente apreciado en sectores gubernamentales, de discernir posibles escenarios de evolución del régimen y de comprender sus consecuencias. El propio autor reconocía este aspecto cuando afirmaba que “intentar prever y prever [la evolución del régimen soviético] era una obligación de todos los que se dedicaban a la Unión Soviética después de la Guerra”. Otra obligación, la de la especialización en una sociedad, en una región, en un área geográfica con relevancia geopolítica evidente para los Estados Unidos, comenzaba sin embargo a incomodarlo. Los costos del confinamiento, de la especialización geográfica, temática y en una disciplina, la desconfianza hacia las interpretaciones sobre el enemigo soviético o la poca estimación que recibían, y el surgimiento de un conjunto de intereses mucho más amplios –“las raíces del totalitarismo, del liberalismo y de la revolución radical”, en suma, de los *orígenes sociales* de los regímenes democráticos y dictatoriales– condujeron a Moore Jr. hacia otro tipo de abordaje, en el que el método comparativo terminó desempeñando un papel fundamental. En este punto, no hay que olvidarse de la inspiración que le había brindado el modelo de Sumner en *Folkways*.⁴⁹ Del mismo modo, los preceptos analíticos afirmados en “Strategy in Social Science” hicieron que Moore Jr. concentrara sus esfuerzos en el estudio histórico de las relaciones entre los procesos de transformación política y social y su impacto en las posibilidades de acción individual y colectiva libre. Los diez años que demoró en terminar *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* tuvieron como guía este programa. Como sintetizan George Ross, Theda Skocpol, Tony Smith y Judith Eisenberg Vich-

⁴⁷ Barrington Moore Jr., “Strategy in Social Science”, en *Political Power and Social Theory*, *op. cit.*, p. 159. Dennis Smith, “Discovering Facts and Values”, *op. cit.*, p. 322.

⁴⁸ Clyde Kluckhohn, “Preface”, en Moore Jr., *Soviet Politics*, *op. cit.*, pp. x-xi: “El Dr. Moore no pretende alcanzar con su trabajo una integración completa de las ciencias sociales. Evita conscientemente la elaboración de síntesis prematuras, de abstracciones innecesarias, de grandes esquematizaciones que presentan simetrías que solo son lógicas (o seudo lógicas). Pero obtiene un admirable logro cuando explicita sus premisas y su modesta estructura teórica en su totalidad y, de este modo, las hace pasibles de ser sometidas a una crítica racional”.

⁴⁹ Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, *op. cit.*, pp. 95-96. Acerca de la importancia del método comparativo para Moore Jr., véase Dennis Smith, “Discovering Facts and Values”, *op. cit.*, pp. 317-320.

niac, el centro de las inquietudes analíticas de Moore Jr. siempre fue la necesidad de comprensión de los “fundamentos sociales de la libertad y de la opresión”.⁵⁰

Funcionalismo y marxismo

La cuestión de saber si las críticas de Barrington Moore Jr. a Talcott Parsons se debían a una divergencia en el interior del mismo campo o a una oposición, de hecho, entre modos diferentes de analizar lo social no parece ser de fácil respuesta. Se podría incluso pensar que, más que una oposición entre dos sociólogos que coexistieron en la misma institución, se trató de un cambio en buena medida determinado por una diferencia generacional. De todos modos, la carrera de Moore Jr. parecería ser demasiado solitaria e independiente –quizá debido a la seguridad de unas bases sociales y económicas tan distintas como las que disponía este heredero de una enorme fortuna y apasionado navegante– como para poder compararla con el modelo más escolástico de Parsons y sus discípulos, por lo menos en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Así, es sabido que en torno de Parsons y de su funcionalismo estructural florecieron importantes estudios de sociología histórica y comparada, tales como los de Neil Smelser, Robert Bellah y Reinhard Bendix, aun cuando este último se haya opuesto al sistema de análisis de Parsons. Seymour Martin Lipset desempeñó un papel activo en la autonomización de la sociología política, basándose en Tocqueville, Weber, Michels y Marx. Robert Merton y, a su vez, sus discípulos –Peter Blau, Alvin Gouldner (ya citado en la nota 32, que reveló ser un crítico filoso de la escuela que lo había formado, sin por ello dejar de sacar provecho de los aspectos más voluntaristas de la acción de esa misma teoría) y Philip Selznick– destacaron las consecuencias de la teoría weberiana de la burocracia, construyendo a partir de ella las bases para una sociología de las organizaciones. Otro de los estudiantes de Parsons, Harold Garfinkel, se inspiró en los trabajos de Alfred Schutz para desarrollar la etnometodología. Este breve inventario de nombres y orientaciones, muy rápido y forzosamente incompleto, ilustra bien el modelo de escuela, debidamente institucionalizada a través de posiciones académicas, en que un denominador común dio lugar a diferentes alternativas.⁵¹

A partir de la década de 1960, se produjo un cambio en los temas y en los objetos de la sociología norteamericana, y podríamos incluso arriesgarnos a hablar de una alteración del paradigma dominante. La oposición al estatus dominante de Parsons adquirió una nueva dimensión, sobre todo porque se constató la incapacidad del funcionalismo estructural para dar cuenta de los nuevos procesos sociales en marcha. En primer lugar, las nuevas naciones del Tercer Mundo, así como los modelos de modernización y de desarrollo concebidos como una alternativa a Occidente entraron, con pleno derecho, en los marcos de la imaginación sociológica. En este sentido, directamente asociado a los procesos de descolonización, se debe recor-

⁵⁰ George Ross, Theda Skocpol, Tony Smith y Judith Eisenberg Vichniac, “Barrington Moore’s *Social Origins* and Beyond: Historical Social Analysis since the 1960s”, en Theda Skocpol (ed.), *Democracy, Revolution, and History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998, pp. 1-21, cita en p. 1.

⁵¹ Para un examen crítico del funcionalismo estructural, véase Rueschemeyer, *Usable Theory: Analytical Tools for Social and Political Research*, op. cit., pp. 36-37. Sobre la variante del funcionalismo estructural sugerida por Edward Shils, colaborador de Parsons, véase Diogo Ramada Curto, *As múltiplas faces da história*, Lisboa, Livros Horizonte, 2008, *sub voce*.

dar que ya en 1955 Moore Jr. había considerado que los temas más importantes de investigación sociológica eran “la transformación del orden capitalista, el surgimiento del totalitarismo y la revolución colonial”.⁵² Después, fue el momento de considerar que las abstracciones escolásticas de las teorías funcionalistas, con sus proyecciones burguesas o de clase media respecto del consenso y la integración, no respondían en absoluto a los movimientos sociales contestatarios ni a los marcos de una sociología de los conflictos directamente relacionados con el movimiento de los derechos civiles, los movimientos pacifistas y los de protesta estudiantil, resultado de la explosión de una educación universitaria masificada y de una impugnación generalizada a los modelos capitalistas de consumo de masas. Todos estos procesos y movimientos de manifiesta naturaleza conflictual explican, según Michael Burawoy, el resurgimiento del marxismo en la sociología norteamericana.⁵³

Es claro que el resurgimiento del marxismo, en los Estados Unidos y en Europa (en particular en Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia), fue más el resultado del trabajo de intelectuales, académicos e investigadores aislados que el producto de un movimiento organizado, de una “escuela”, con características dominantes. Fue Jacques Revel el que mejor advirtió el modo limitado en que se procesó ese resurgimiento del marxismo, sobre todo desde la década de 1960, a través de agentes aislados que intentaron reaproximar la historia y las ciencias sociales.⁵⁴ Entre esos límites se encontraban una generalizada sospecha en Occidente, y muy en especial en los Estados Unidos, con relación a los planteos del marxismo; su contrapartida en los países de Europa del Este, es decir, una idéntica desconfianza con respecto a las ciencias sociales “burguesas”, y, por último, la tendencia de muchos intelectuales marxistas a concentrarse en la especulación teórica y filosófica en detrimento de la práctica analítica propiamente dicha.⁵⁵

Con todas esas limitaciones, las investigaciones sociológicas e históricas fueron llevadas adelante por investigadores aislados o marginales, tales como Pierre Vilar en Francia o Witold Kula en Polonia. En Inglaterra floreció un grupo más amplio, cuyos principales exponentes fueron E. P. Thompson con su proyecto de una historia hecha desde abajo, E. J. Hobsbawm y Perry Anderson —a los que se podrían sumar Christopher Hill, entre los marxistas de Oxford, y Anthony Giddens, que, según D. Smith, en *The Class Structure of the Advanced Societies* (1973) incorporó parte del argumento de Barrington Moore Jr.—,⁵⁶ además de las publicaciones en las que todos estos autores colaboraron, como *Past and Present* y la *New Left Review*. En Italia, el conjunto complejo de corrientes inspiradas en Gramsci ejerció influencia sobre historiadores de diferentes generaciones, lo que produjo resultados muy creativos en las investigaciones históricas acerca de corrientes heterodoxas de pensamiento y en los estudios sobre la cultura popular. En Alemania, se asistió a un redescubrimiento que tuvo un alto impacto en el exterior: el de los estudios de la Escuela de Frankfurt, particularmente fértiles en lo concerniente a la cultura de masas; allí, el llamado grupo de Bielefeld relanzó los estudios de historia

⁵² Barrington Moore Jr., “Sociological Theory and Contemporary Politics”, *American Journal of Sociology*, vol. 61, n° 2, 1955, p. 107.

⁵³ Michael Burawoy, “Introduction: The Resurgence of Marxism in American Sociology”, en *Marxist Inquiries. Studies of Labor, Class and States*, op. cit., pp. 1, 4.

⁵⁴ Jacques Revel, “History and the Social Sciences”, en Theodor M. Porter y Dorothy Ross (eds.), *The Cambridge History of Science*, vol. 7: *The Modern Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 391-404. Sobre Moore Jr. como un sociólogo solitario (“loner”), véase Dennis Smith, *Barrington Moore Jr.*, op. cit., p. 4.

⁵⁵ Jacques Revel, “History and the Social Sciences”, op. cit., p. 401.

⁵⁶ Dennis Smith, *Barrington Moore Jr.*, op. cit., pp. 6 y 165.

social, articulando Marx y Max Weber. Por último, hay que considerar los trabajos de Barrington Moore Jr. y de Immanuel Wallerstein, en los Estados Unidos, a los que D. Smith sumó, como una secuencia del interés manifestado por el primero en relación con las sociedades agrarias y las masas campesinas, los libros de Eric Wolf, *Pesant Wars of the Twentieth Century*, y de Theodor Shanin, *Peasants and Peasant Societies* (ambos de 1971).⁵⁷ Es en este mismo contexto de ejercicios de análisis de lo social, llevados a cabo por investigadores aislados o marginales, que pueden leerse las propuestas de análisis crítico de las instituciones formuladas por Erving Goffman y Michel Foucault, en las que la inspiración marxista se muestra quizá más diluida que en los ejemplos anteriores, pero no es menos radical.⁵⁸

Un último señalamiento a propósito de la relación de Moore Jr. con el marxismo concierne a los límites y a la distancia que él mismo planteó respecto de la coherencia de las ideologías inspiradas en Marx. Fue precisamente en un ensayo dedicado a su maestro y amigo Herbert Marcuse, escrito en 1967, donde mejor explicitó, más que dudas respecto del carácter utópico de las ideologías revolucionarias de raíz marxista, una denuncia acerca de su carácter absurdo.⁵⁹ Ahora bien, la misma distancia que planteaba en relación con el marxismo debía ser tomada respecto del liberalismo, pues, en su opinión, ambas ideologías “habían dejado en buena medida de proporcionar explicaciones acerca del mundo”. Y concluía, en una nota de realismo pesimista, que tanto las ideas marxistas como las liberales “habían dejado de ser suficientes para explicar por qué razón era imposible crear una sociedad decente”.⁶⁰

Los caminos del mundo moderno: “No Bourgeoisie, No Democracy”?⁶¹

¿Qué sentido atribuir a la obra cuya traducción ahora se reedita, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: El señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (1966)? ¿Dependerá la determinación de este sentido sobre todo de las intenciones apuntadas por el autor? ¿Será posible determinarlo mejor en función del contexto? Y en ese caso, ¿cuál sería el contexto más pertinente? ¿O hay que reconstituir dicho sentido tomando en considera-

⁵⁷ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁸ Jacques Revel, “History and the Social Sciences”, *op. cit.*, pp. 401-402.

⁵⁹ Barrington Moore, Jr., “The Society Nobody Wants: A Look Beyond Marxism and Liberalism”, en Kurt H. Wolff y Barrington Moore, Jr. (eds.), *The Critical Spirit. Essays in Honor of Herbert Marcuse*, Boston, Beacon Press, 1967, pp. 401-418, en especial p. 401.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 418.

⁶¹ Para algunos de los principales análisis críticos sobre el libro de Moore Jr. véanse J. H. Plumb, “How It Happened”, *New York Times Book Review*, n° 171, 9 de octubre de 1966, p. 11; Gabriel Almond, reseña de *Social Origins*, *American Political Science Review*, vol. n° 61, n° 3, 1967, pp. 768-770; R. Bendix, reseña de *Social Origins*, *Political Science Quarterly*, vol. 32, n° 4, 1967, pp. 625-627; E. J. Hobsbawm, reseña de *Social Origins*, *American Sociological Review*, vol. 32, n° 5, 1967, pp. 821-822; A. L. Stinchcombe, reseña de *Social Origins*, *Harvard Educational Review*, vol. 37, n° 2, 1967, pp. 290-293; Steven J. Rosenthal, reseña de *Social Origins*, *Monthly Review*, vol. 18, n° 4, 1967, pp. 30-36; Lawrence Stone, “News from Everywhere”, *New York Review of Books*, 9, 24 de agosto de 1967, pp. 31-35; H. D. Harootunian, reseña de *Social Origins*, *Journal of Asian Studies*, vol. 27, n° 2, 1968, pp. 372-374; Gianfranco Poggi, review en el *British Journal of Sociology*, vol. 19, n° 2, 1968, pp. 215-217; Ronald P. Dore, “Making Sense of History”, *Archives Europeennes de Sociologie*, x, 1969, pp. 295-305; S. Rothman, “Barrington Moore and the dialectics of revolution: an essay review”, *American Political Science Review*, vol. 64, n° 1, 1970, pp. 61-83; Theda Skocpol, “A Critical Review of Barrington Moore’s Social Origins of Dictatorship and Democracy”, *Politics Society*, vol. 4, n° 1, 1973, pp. 1-34; Jonathan Wiener, “Review of Reviews”, *History and Theory*, vol. 15, n° 2, 1976, pp. 146-175. Véase además la coletánea de ensayos críticos en Theda Skocpol (ed.), *Democracy, Revolution, and History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.

ción la recepción, las lecturas y los usos de los que la obra ha sido objeto? La formulación de todas estas cuestiones señala elementos sin duda importantes, pero a los cuales no se podrá atribuir la misma relevancia. Veamos.

En conjunto, la obra trata del proceso de modernización; y, desde una perspectiva que supera la visión eurocéntrica, propone la idea de diferentes modernidades. El proceso de modernización permite situar el estudio de diferentes países en tres trayectorias políticas: democrática, fascista y comunista. El primer camino hacia la modernidad caracteriza, con especificidades importantes, la historia de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos. Moore dedica un capítulo a cada uno de estos casos. Esta vía se define por el papel de transformación social que tuvieron las revoluciones burguesas que dieron origen a regímenes democráticos: la Guerra Civil inglesa, la Revolución Francesa y la Guerra Civil norteamericana. Los resultados elementales de este proceso fueron la imposición al mundo rural de las lógicas capitalistas de una agricultura comercial y la declinación de las relaciones de producción dominantes. La mercantilización de la agricultura y la progresiva imposición del trabajo asalariado representaban la derrota de una sociedad aldeana, de sus valores y vínculos, y de las clases hegemónicas: el campesinado y la aristocracia rural, que, o bien desaparecían, o se adaptaban a las nuevas reglas de juego. La democracia parlamentaria fue el mecanismo político formal que resultó de estos cambios.

La segunda vía hacia la modernidad la ilustran los casos de Japón y de Alemania. La burguesía, que en los casos anteriores había vencido o incorporado los intereses conservadores de las aristocracias rurales, se ve en estos contextos obligada a negociar, muchas veces en la posición más débil. El campesinado, sujeto a un conjunto de lazos y vínculos sociales, contratos de arrendamiento, imposiciones fiscales, no logra convertirse en la base de una acción política estructurada, pero su posición social, aun cuando se encuentre en una situación de gran desigualdad, se mantiene fuerte. Frente al juego de fuerzas entre aristocracias rurales y tendencias burguesas, la modernización se impone desde arriba, a la fuerza, lo que tendrá consecuencias en el sistema político, dando origen a regímenes de tipo fascista. Moore dedica un capítulo al Japón, y explica la forma en que, a pesar de un conjunto de impulsos modernizadores, en particular después de la restauración Meiji, persistieron en el país las lógicas de un sistema feudal y una poderosa clase terrateniente. Sus valores inspirarían una modernización conservadora. El caso alemán, que en su esencia comparte condiciones elementales con el japonés, a pesar de haber constituido un fascismo de tipo diferente, opera a lo largo del libro como base de comparación sistemática.

Las revoluciones comunistas constituyen el tercer camino hacia la modernidad. Su fuerza motriz es el campesinado. La burguesía es en estos casos aun más débil que en el patrón anterior. Las severas condiciones de desigualdad y la debilidad de los vínculos entre dominantes y dominados impulsan el surgimiento de revoluciones campesinas, que terminan siendo el agente destructor de la sociedad del antiguo régimen. Paradójicamente, son los campesinos los que proporcionan una modernización que será hecha en contra de ellos, y abre así el camino para la imposición de un sistema centralizado liderado por partidos comunistas que gobiernan por intermedio del aparato estatal. El autor describe de manera pormenorizada todo el proceso chino, en particular las postrimerías de la sociedad del antiguo régimen asentada en la alianza de la máquina burocrática imperial con la aristocracia rural, el surgimiento de una alternativa conservadora, profascista, encarnada por el Kuomintang de Chiang Kai-Shek, y, por último, el modo en que la desesperación del campesinado hizo posible, instigado por el contexto de la invasión japonesa en la Segunda Guerra, la marcha final del Partido Comunista. El análisis de Barrington Moore Jr.

acerca de los contextos históricos en los que las acciones políticas de los campesinos tuvieron éxito abrió un largo debate sobre las condiciones sociales de las revoluciones campesinas. Moore no escribió ningún capítulo sobre Rusia, y utilizó el caso, como lo había hecho en el de Alemania, para establecer interpretaciones a lo largo de las páginas restantes. Como sería de esperar, sin embargo, al atribuir a la Revolución Rusa de 1917 un carácter campesino, Moore suscitó discusiones sobre aquella que, según la narrativa comunista, fue una revolución proletaria.⁶²

Por último, el caso indio. En la India, una sociedad sumamente tradicional y desigual, se instaurará una democracia formal sin la existencia de una revolución burguesa. No había tenido lugar, tampoco, ni una modernización impuesta desde arriba ni una revolución campesina que pudiesen justificar otras vías de entrada al mundo moderno. Para Moore, el caso indio planteaba un desafío a su obra, pues permitía pensar en un cuarto patrón de modernización. Solo el futuro, no obstante, daría muestras de la capacidad de la democracia india para superar la fuerza estructural del mundo rural, espacios sociales donde en realidad la democracia estaba lejos de llegar.

Una interpretación posible de *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* sería considerar que, a pesar de las diferencias que tienen entre sí, los Estados Unidos, Alemania y China solo representan modalidades diferentes del Estado-nación. Los regímenes burgueses, fascista y comunista serían, entonces, todos ellos formas de una sociedad moderna, que habrían encontrado en el Estado-nación su denominador común. Por cierto, puede pensarse que se trata de una lectura sumamente nacionalista de la obra, al punto de que se considera que el Estado-nación es el momento final de la modernidad, realidad reificada por la propia construcción metodológica, que se basa en la nación como unidad de análisis y término del ejercicio comparativo.⁶³ En el análisis macrocausal de Barrington Moore, no obstante, la interpretación de las lógicas de causalidad que definen los procesos sociales deriva de la comparación entre estructuras sociales.⁶⁴ El autor evita cualquier tipo de retórica culturalista e identitaria, y opta por situar en el centro de la comparación la configuración dinámica de las relaciones de poder y las luchas entre grupos y clases sociales, pero también la acción de un poder estatal progresivamente centralizado. En el curso de los estudios de caso, a semejanza de lo que podemos encontrar en las descripciones de Marx sobre las revoluciones en Francia y en Alemania, las categorías sociales uniformes dan origen a un análisis que identifica incontables grupos en cooperación y conflicto permanentes.⁶⁵ Los intereses de grupo son interpretados a partir de sus

⁶² En su larga reseña de las reseñas de *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Jonhatan Wiener, tras hacer una defensa acérrima de la obra de Moore, señala precisamente que el principal problema del libro es el no reconocimiento del papel de los obreros en la Revolución Rusa. Jonathan Wiener, "Review of Reviews", *History and Theory*, vol. 15, n° 2, 1976, pp. 146-175.

⁶³ Daniel Chernillo, *A Social Theory of the Nation-State. The political forms of modernity beyond methodological nationalism*, Londres/Nueva York, Routledge, 2007, pp. 104-105.

⁶⁴ Margaret Somers y Theda Skocpol afirman que la obra de Moore es uno de los marcos de aquello que llaman "historia comparativa como análisis macrocausal". Theda Skocpol y Margareth Somers, "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, n° 2, abril de 1980, pp.174-197. Otros ejemplos de esta perspectiva eran, en la época de la publicación del artículo, Theda Skocpol, *Estados e revoluções sociais: análise comparativa da França, Rússia e China* [1979], Lisboa, Presença, 1985; Frances V. Moulder, *Japan, China and the Modern World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; Robert Brenner, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe", *Past & Present*, n° 70, 1976, pp. 30-75, y "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe", *Past & Present*, vol. 97, n° 1, 1982, pp. 16-113, y Gary G. Hamilton, "Chinese Consumption of Foreign Commodities: A Comparative Perspective", *American Sociological Review*, 1977, vol. 43, pp. 877-891.

⁶⁵ Respectivamente *El 18 brumario de Luis Bonaparte y Revolución y contrarrevolución en Alemania*.

posiciones y condiciones económicas, sociales y morales, en un contexto de transformación permanente, sujeto a múltiples alianzas de naturaleza política.

Si nos proponemos reconstituir las intenciones del autor en relación con los argumentos desarrollados en *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, explicitadas pocos años después de la publicación de la obra, el primer aspecto que es importante destacar se relaciona con uno de los debates por entonces en curso. Las reacciones a la Guerra de Vietnam, sobre todo en el ámbito de un pensamiento radical de raíz marxista, como a Moore Jr. le agradaba definirlo, apuntaban hacia la denuncia del imperialismo capitalista de Occidente. Traducido en un lenguaje que no era el del autor: Occidente, a través del imperialismo y del colonialismo, impuso sus formas de dominación a una escala global, explotando y dejando en el subdesarrollo al resto del mundo. Para desafiar esta denuncia, considerada una exageración por atribuir las responsabilidades principales sobre todo a un factor externo, Moore Jr. demostró en *Los orígenes sociales...* que las causas del bloqueo de las sociedades que no se modernizaron eran más internas que externas; en este ámbito, era fundamental comprender las relaciones entre señores y campesinos, propias de las sociedades agrarias en proceso (o no) de modernización. En la India, en China e incluso en África, sobre la cual Moore Jr. asume su falta de competencia, la variedad de obstáculos a la modernización pasaba, ante todo, por el hecho de ser sociedades agrarias; solo tal vez en Medio Oriente y en América Latina la política externa norteamericana tenía responsabilidades en el apoyo dado a oligarquías corruptas y opresoras de los países de esas regiones; en este sentido, podrían atribuirse responsabilidades generales a los Estados Unidos por contribuir a la miseria existente en el resto del mundo; sin embargo, no se podrían hacer generalizaciones acerca del modo en que esa contribución se basaba en la explotación del trabajo en las zonas más atrasadas.⁶⁶

Una segunda intención del autor se vincula con su voluntad de participar en otro tipo de debate. ¿Cuáles son las posibilidades de cambio disponibles en cualquier tipo de sociedad? Para Moore Jr., salvadas las diferencias históricas, sería factible considerar estas posibilidades en términos de elecciones; a saber: reaccionaria, reformista y revolucionaria. Hay que sumar, además, a estas tres modalidades el caos derivado del colapso de una autoridad nacional, en cuyo caso se propaga la guerra de todos contra todos, a la vez que existen algunos islotes de orden y de ley bajo el control de hombres fuertes, que están en permanente litigio contra otros de la misma especie. Según el autor, esto es lo que ocurrió en Europa después del Imperio romano, así como en gran parte en China a lo largo del siglo xx.⁶⁷ En cuanto a los cambios determinados por reformas, el problema que plantea el autor –y sobre el cual insiste muchas veces en el curso de los análisis históricos concretos presentados en *Los orígenes sociales...*– es que no existen los cambios determinados por reformas completamente pacíficas, por lo menos en las mayores democracias industriales. Esto es, “como mínimo, la violencia sirvió para crear cierto espacio para la moderación. Atenuando o removiendo una variedad de obstáculos, la violencia revolucionaria y las guerras civiles desempeñaron su papel en la creación de instituciones democráticas que, a su vez, hicieron posibles las reformas necesarias”.⁶⁸

⁶⁶ Barrington Moore Jr., *Reflections on the Causes of Human Misery and upon Certain Proposals to Eliminate Them*, Boston, Beacon Press, 1972, pp. 115-116: “As I tried to show in my *Social Origins*”.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 150.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 154.

El caso inglés, por lo demás, es ejemplar respecto de las posibilidades de una reforma gradual precedida por la violencia: en este caso, la violencia perpetrada por la revolución puritana, y esa otra forma particular de violencia impuesta desde arriba que fue el extenso movimiento de apropiación de los bienes comunales de los campesinos por parte de los señores (*enclosures*). De hecho, desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XX, se asistió en Inglaterra a la transformación de una economía agraria en una industrial, así como a la integración en el orden social y político, mediante la ampliación de las viejas elites, de una nueva clase de capitalistas del comercio y de la industria o de una más amplia clase media burguesa, lo que fue notorio en la crisis que concluyó con la llamada Reform Bill de 1832; y, más tarde, se establecieron los derechos de organización y de huelga de la clase obrera y trabajadora. Si, por un lado, todas estas reformas, introducidas de manera gradual, estuvieron precedidas por cambios violentos, por otro lado, también hay que situarlas en relación con una serie de reacciones de naturaleza conservadora, en las que no se puede excluir el ejercicio de la violencia. Porque en buena medida como respuesta a la Revolución Francesa, a las Guerras Napoleónicas y al proceso de difusión de la democracia parlamentaria, Inglaterra suspendió muchas libertades –valiéndose para ello de la autoridad y de la fuerza legal impuesta por el Parlamento– y desarrolló formas de oligarquía, en las que sus elites agrarias, por lo menos hasta 1830, podrían haber estado en el origen de un régimen dictatorial. Pero si ello no ocurrió fue, precisamente, debido a los cambios introducidos por las reformas graduales.⁶⁹

Uno de los argumentos de Moore Jr., en *Los orígenes sociales...*, es el del papel central atribuido a las relaciones entre señores y campesinos –tanto en Occidente como en las sociedades asiáticas– como factor explicativo de las instituciones y los regímenes políticos que surgieron durante la modernización. Otras explicaciones del proceso de modernización, tal vez más habituales, parecían privilegiar de modo exclusivo el surgimiento de nuevas clases capitalistas, o de nuevas instituciones racionalizadoras, de control o de aparato cortesano. Ahora bien, al poner el acento en las relaciones existentes en las sociedades agrarias que precedieron al proceso de modernización y de industrialización, Moore Jr. reflexiona sobre el cambio en sus raíces de larga duración, comenzando por las fuerzas de producción y las relaciones sociales que de entrada no estaban envueltas en ese mismo proceso de cambio. Así, partiendo de la misma base, es decir, de sociedades agrarias cuyo eje lo constituyen las relaciones entre señores y campesinos, se produjo una variedad de cambios y, por lo tanto, de procesos de modernización. En primer lugar, las revoluciones burguesas condujeron a la versión democrática de ese mismo proceso, haciendo desarrollar a un grupo social con una base económica autónoma y capaz de poner en cuestión la reproducción de viejos privilegios, los cuales, en caso contrario, se habrían convertido en obstáculos para la democracia. Fue lo que ocurrió en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, con sus democracias liberales. Una segunda vía hacia la modernidad podría ser también considerada capitalista, pero en lugar de ser democrática o liberal era reaccionaria, es decir, los cambios políticos y económicos requeridos en la formación de una sociedad industrial moderna nunca estuvieron fuera del control de una aristocracia agraria dominante. En este caso, la burguesía urbana permaneció siempre en una posición de debilidad política, más allá de la rapidez con que se procesó el desarrollo industrial. Los regímenes políticos que resultaron de este tipo de cambio fueron tanto regímenes semiparlamentarios dominados por aristócratas reformistas, como gobiernos democráticos

⁶⁹ Barrington Moore Jr., *Reflections on the Causes of Human Misery...*, *op. cit.*, pp. 155-156.

inestables e, incluso, regímenes fascistas, como ocurrió en Alemania y en el Japón. En una tercera alternativa, las burocracias asociadas a los estados agrarios inhibieron los impulsos comerciales e industriales, dejando en una posición de gran debilidad no solo a la burguesía industrial, sino también a las tradicionales masas de campesinos; en este caso, las presiones modernizadoras acabaron dando lugar a revoluciones, tanto en China como en Rusia, donde los campesinos expropiaron a la burocracia agraria e instauraron regímenes comunistas. Un cuarto y último modelo era el representado por la India, que mostraba algunos de los requisitos de las democracias occidentales, a pesar de la debilidad del impulso hacia la modernización económica.

En la estructura de las sociedades agrarias, Moore Jr. encuentra algunas variaciones. La primera concierne a las relaciones de la nobleza agraria con la monarquía: si uno de los dos lados pasase a estar en una posición dominante, se creaban condiciones menos favorables para la democracia, al punto de que las relaciones feudales –con sus nociones de contrato, inmunidad legal y derecho de resistencia entre gobernantes y gobernados– llegan a ser consideradas favorables para la democracia. Después, había que considerar el estatus del campesinado. Este último podría estar separado de la propiedad, como ocurrió en Inglaterra, creando así condiciones para el desarrollo de la democracia, pues la aristocracia, al no tener que ejercer un fuerte control sobre las masas campesinas, puede crear lazos fuertes con las elites urbanas. El campesinado podía todavía estar sujeto a la renta feudal, como sucedió en Francia, o, peor aun, a la explotación basada en la esclavitud, como sucedió en los Estados Unidos; en estos casos, estaban creadas las condiciones para la rebelión campesina en contra de la aristocracia agraria, o la lucha contra la esclavitud en las plantaciones, como fue el caso de la Guerra Civil norteamericana. Por último, el campesinado podría haber sido reducido a la servidumbre, como ocurrió en los territorios del este de Alemania o en Prusia, donde la agricultura estaba destinada al mercado. La revolución desde arriba y el fascismo surgieron en situaciones de explotación de la renta agrícola y de servidumbre, porque estas habían exigido un refuerzo del aparato político de extracción capaz de mantener la fuerza laboral en una relación de dependencia. El Estado prusiano, con su dilema acerca de cómo modernizar sin cambiar las estructuras, ilustra bien la tendencia hacia la manutención de sistemas represivos de trabajo, la dependencia de la aristocracia en relación con el Estado y la preservación de una ética militar entre la nobleza. La tercera variante estaba constituida por la relación entre la aristocracia agraria y la burguesía urbana, a la que Moore Jr. atribuía un papel principal. Para él, una sociedad liberal y democrática se veía favorecida cuando los dos grupos se aliaban en una oposición a la corona; lo mismo sucedía cuando las clases comercial e industrial se volvían dominantes, al mismo tiempo que la aristocracia agraria se aburguesaba, en particular a través de su participación en las actividades mercantiles. En este sentido, la Guerra Civil inglesa, la Revolución Francesa y la Guerra Civil norteamericana eran consideradas como momentos del desarrollo de una revolución democrática burguesa. Una última variante se refería a los lazos que unían al campesinado con las clases altas: en este caso, el modelo indio de una sociedad fuertemente segmentada, con el complejo sistema de sanciones en el que se basaba la explotación del campesinado, mostró ser comparativamente más capaz de escapar a la revolución campesina que un sistema de autoridad burocrática centralizada. Entre los dos sistemas, el de la segmentación de las castas y el de la centralización burocrática, se encontraba el feudalismo.

Todos estos análisis y comparaciones de *Los orígenes sociales...* implican: el tratamiento de grandes unidades (que, como vimos, privilegian a los estados, pero también a los imperios, partiendo de una base constituida por las sociedades agrarias); las relaciones entre dominantes y dominados, cuya reproducción supone el uso de la fuerza y de la coerción; el modo de explotación

de la mayoría a través de la concentración de los recursos en manos de una minoría; y, sobre todo, el modo en que se llevó adelante, según diferentes modalidades, el pasaje hacia la modernidad, comercial o industrial. En este sentido, la orientación histórica y sociológica de Barrington Moore Jr. se inscribe en una línea del pensamiento social europeo que se remonta a Montesquieu, Adam Ferguson, Adam Smith, Jeremy Bentham, Hegel, Alexis de Tocqueville, Marx y Weber. Cuando la obra fue publicada en 1966, aún era posible integrarla al debate acerca del pasaje del feudalismo al capitalismo, en que se discutieron diferentes versiones del legado marxista. En ese mismo nivel, más precisamente en el mismo año de publicación, Gerhard Lenski recuperó, con su *Power and Privilege*, los mismos temas de una sociología histórica recurriendo al esquema evolucionista de los tipos de sociedad de cazadores y recolectores, sociedades orientadas a la horticultura y sociedades agraria e industrial. La apropiación de los excedentes de producción por parte de una minoría volvía a ser un tema recurrente del desarrollo moderno, contrabalanceado por los valores de la ciudadanía y de la igualdad, a lo que se sumaba el papel central atribuido a las innovaciones tecnológicas. Sin embargo, sobre todo en comparación con *Los orígenes sociales...*, el libro de Lenski resulta mucho más deductivo y estático, y menos analítico y perceptivo de las dinámicas del cambio. En suma, Moore Jr. es capaz de ser a un mismo tiempo analítico y reflexivo en su modo de pensar sobre las condiciones que hicieron posibles la libertad, la justicia y la reducción de la miseria de la humanidad, y a qué costo (en particular el de la violencia) fue posible el progreso. Ahora bien, son estas inquietudes analíticas, comparativas y morales las que nos conducen a las raíces iluministas del proyecto desarrollado en *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*.

Casos y comparaciones: la sociología de Moore Jr. después de *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*

Cualquier propuesta de lectura de la obra de Barrington Moore Jr. deberá comenzar por reconocer el lugar central que tuvo *Los orígenes sociales...* El libro fue publicado cuando el autor tenía ya más de 50 años, y había sido precedido por dos grandes libros, que eran la afirmación de un conocimiento especializado, sobre la Unión Soviética: los ya mencionados *Soviet Politics* (1950) y *Terror and Progress USSR* (1954). En conjunto, estas tres obras revelan tanto el interés por el estudio de casos con un perfil monográfico, como por el diseño de grandes marcos comparativos, cuyas unidades de análisis eran los estados nacionales o imperiales. Alternando con esta orientación, Moore Jr. publicó volúmenes de ensayos breves o antologías de estudios más fragmentarios, en los que las inquietudes teóricas y morales prevalecían sobre los ejercicios analíticos propiamente dichos. Fue el caso del ya citado volumen *Political Power and Social Theory* (1958) y de las siguientes obras: *Reflections on the Causes of Human Misery* (1972), *Authority and Inequality Under Capitalism and Socialism* (1987) y *Moral Aspects of Economic Growth, and Other Essays* (1998). Ahora, nos interesa detenernos en las tres obras que, publicadas después de *Los orígenes sociales...*, constituyen una prolongación de su proyecto analítico, centrado en estudios de caso y en comparaciones: *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt* (1978), *Privacy: Studies in Social and Cultural History* (1984) y *Moral Purity and Persecution in History* (2000). Estos tres libros, el último de los cuales fue publicado cuando el autor tenía 87 años, dan muestra del trabajo de alguien que nunca se cansó de buscar nuevos objetos de análisis.

En *Injustice*, Moore Jr. sentó las bases para una historia comparada de los movimientos obreros; el trabajo se centra en el caso alemán, al que analiza en su relación con el proceso

político que, a partir de mediados del siglo XIX, condujo al surgimiento del nazismo. Es por tanto imposible no pensar que esta obra se inserta, también, en el amplio cuadro comparativo de *Los orígenes sociales...*, en la medida en que se sigue tratando la cuestión de los orígenes sociales de la dictadura, con la diferencia de que ahora se parte de una sociedad industrializada y no agraria, de un movimiento obrero y urbano bien diferente del campesinado, y de que toma como unidad una sociedad en proceso de unificación política y que estaba en la base de la formación del régimen nazi. En cuanto contribución para una historia comparativa de los movimientos obreros, este libro explicita bien cuál es su objeto, que es preciso pero forzosamente limitado; por un lado, era necesario tomar distancia respecto de las investigaciones disponibles, que se ocupaban ante todo de los movimientos obreros organizados, los cuales solo comprendían a una minoría de trabajadores, o solo lo que los teóricos pensaban acerca de las masas, dejando de lado lo que las masas de trabajadores sentían y pensaban –algo que sí consideraban los estudios excepcionales de E. P. Thompson sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra y de Carl Schorske, en su libro *German Social Democracy 1905-1917*–; por otro lado, ante la falta de estudios profundos sobre esta temática en varios países, lo mejor sería concentrarse en un único caso, el alemán.⁷⁰ En este sentido, el objeto de estudio eran las vidas de los trabajadores comunes, que, desde la Revolución de 1848 hasta la llegada al poder de Hitler en 1933, habían vivido en un clima sumamente contestatario ante las fuerzas conservadoras, liberales y las que se caracterizaban por un tipo de radicalismo revolucionario. Ahora bien, era este interés por la vida de la gente común –las llamadas “formas espontáneas de reacciones populares a las experiencias de vida”– lo que diferenciaba a Moore Jr. de los trabajos de su colega John Rawls sobre la justicia, centrados exclusivamente en categorías filosóficas.⁷¹

Del mismo modo, en sus estudios sobre la vida privada esbozó un análisis comparativo con respecto a la naturaleza y el significado de la privacidad en diferentes sociedades. Pero puso el acento en el comportamiento, tratando de explicarlo en su contexto social y cultural, y no tanto a partir de las ideas acerca de la privacidad. Tomando como punto de partida el hecho de que eran pocas las sociedades que compartían con la nuestra, es decir, con Occidente, la misma concepción de privacidad, consideró su ejercicio comparativo como un modo de “desprovincialización”, que permitiría evitar proyecciones de nuestra definición de privacidad.⁷² Así, el libro aborda en primer lugar las sociedades sin escritura, valiéndose de la distancia creada por algunas investigaciones de carácter antropológico, en particular sobre los esquimales, para después entrar en la Antigüedad clásica griega y hebrea, y a continuación en la antigua civilización china. En sociedades sin escritura, la inexistencia de un espacio público nos debería hacer pen-

⁷⁰ Barrington Moore Jr., *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt*, White Plains, NY, M. E. Sharpe Inc., 1978, p. xiv.

⁷¹ *Ibid.*, p. xvii. Vale la pena señalar que, más recientemente, la toma de distancia con respecto a la obra de Rawls *A Theory of Justice* tampoco se hizo en nombre de concepciones filosóficas sino en relación con las experiencias de vida. Véase Amartya Sen, *The Idea of Justice* [2009], Londres, Penguin Books, 2010.

⁷² Barrington Moore Jr., *Privacy: Studies in Social and Cultural History*, *op. cit.*, p. 267. Con esta desprovincialización, Moore Jr. se distanciaba de las interpretaciones, que cita en la bibliografía, de Hannah Arendt: *The Human Condition*; “Privacy”, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 12, pp. 480-487; Barry Schwartz, “The Social Psychology of Privacy”, *American Journal of Sociology*, n° 73, 1968, pp. 741-752; E. Shils, “Privacy: Its Constitution and Vicissitudes”, *Law and Contemporary Problems*, n° 31, 1966, pp. 281-306. También acerca del concepto de *desprovincialización*, relanzado por Dipesh Chakrabarty, véase su *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

sar que la privacidad era siempre producto de una evolución o de un desarrollo social.⁷³ A su vez, en las sociedades modernas de Occidente, tanto en el régimen capitalista como en el socialista, los principales obstáculos a la privacidad eran: las grandes máquinas burocráticas con su capacidad de control (frente a las cuales, no sin ironía, muchos individuos desarrollan capacidades de evasión concentrándose en pequeños nichos), las comunidades y la movilización política. Ciertamente, estas últimas son “intentos por producir entre los individuos una adhesión emocional e intelectual a una causa”, al punto de que los individuos tienen que prescindir de su autonomía e identidad, y quien no lo hace corre el riesgo de convertirse en “objeto de sospecha”.⁷⁴ En su último libro publicado en vida, *Moral Purity and Persecution in History* (2000), Moore Jr. realizó una comparación histórica de los modos de persecución –incluidos los que llevaban a la tortura y a la muerte– de todos aquellos que por sus ideas religiosas, políticas o económicas eran considerados una fuente amenazadora de contaminación o de impureza. Para explicar la contaminación o la impureza, era importante percibir las construcciones históricas de la pureza a partir de una serie de casos: Antiguo Testamento, Guerras de Religión en Francia en la segunda mitad del siglo XVI, la Revolución Francesa, y por último, las relaciones entre pureza y contaminación en las civilizaciones asiáticas, sobre todo en la India. Es imposible desvincular esta investigación de tipo comparativo de los conflictos religiosos, en particular de aquellos que los occidentales atribuyeron al Islam, bajo la forma de un enfrentamiento entre civilizaciones. Ahora bien, en la sutil interrogación de Moore Jr., siempre que se encontraban proyectos históricos de afirmación de la pureza se descubría un fuerte componente de violencia. Esta vinculación de la pureza con la violencia, lejos de poder ser atribuida al Islam o a cualquier Oriente imaginado, podía hallarse en el Antiguo Testamento, precisamente en el momento de la invención del monoteísmo y de los conflictos sangrientos que su propagación implicó. De hecho, el monoteísmo “necesariamente implica un monopolio de la gracia y de la virtud, de modo de poder distinguir los que adhieren a él de las otras religiones que entran en competencia con él. Ahora bien, la competencia fue, y siguió siendo, aterrorizadora y cruel”.⁷⁵

La dimensión moral del conocimiento de la desigualdad y de la injusticia

El conjunto de cuestiones planteadas en la obra de Moore Jr. –en particular las que dejaban al descubierto el carácter necesario de la violencia en procesos de afirmación de la libertad o las que colocaban dimensiones morales en el centro del análisis y la evaluación de los procesos políticos, militares y económicos, subrayadas por James C. Scott y Edward Friedmann en el prefacio a la reedición de *Los orígenes sociales...*– continúan siendo válidas para la comprensión del mundo contemporáneo. Su relevancia trasciende por mucho los contextos de su producción y de su recepción, ambos muy marcados por los agitados momentos de la década de 1960, de la guerra de Vietnam a la escalada de la Guerra Fría y a la generalizada rebelión contra la discriminación racial, étnica, social y económica y, claro está, de género. La demostración del carácter inevitable de los costos sociales y humanos de los procesos de desarrollo económico,

⁷³ Barrington Moore Jr., *Privacy*, op. cit., p. 268.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 267, 288

⁷⁵ Barrington Moore, Jr., *Moral Purity and Persecution in History*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. ix-x.

político y social –del progreso y de los grandes esquemas de modernización y transformación social– fue uno de los grandes objetivos de Moore Jr. Al rechazar, por ejemplo, la celebración acrítica de los procesos de democratización (algo que se podía advertir desde el título del primer capítulo de *Los orígenes sociales...*, “Inglaterra y las contribuciones violentas al gradualismo”, y en el análisis del impacto de las *enclosures*), Moore Jr. trató de comprender el hecho incuestionable de la existencia de costos sociales y humanos en todos los procesos de surgimiento, consolidación y reproducción de regímenes y sistemas políticos.⁷⁶ El mismo tipo de razonamiento era utilizado para justificar la necesidad de comprender los costos del *status quo* dentro de determinada sociedad, contra la tendencia general a estimar las consecuencias de los procesos revolucionarios. Como dice Moore Jr., para “mantener y transmitir un sistema de valores a los seres humanos se los golpea, intimida, encarcela, confina en campos de concentración, engatusa, soborna, se los convierte en héroes, se los anima a leer periódicos, se los lleva al paredón y se los fusila, y a veces incluso se les enseña sociología”.⁷⁷

En tanto problema científico, pero también en tanto exigencia moral y cívica, sigue siendo imperioso comprender, desde el punto de vista de una sociología histórica, las causas, los mecanismos, los procesos y los acontecimientos (en el sentido formulado por Charles Tilly) políticos y económicos implicados en la producción de la desigualdad, de la obediencia y del conformismo social, de la violencia y de la explotación –concepto que Moore Jr. nunca abandonó, al contrario de todos aquellos que lo remitieron al plano de la mera subjetividad–.⁷⁸ Como sintetizan Friedmann y Scott en su breve prefacio, es forzoso comparar, en la *longue durée*, las “deshumanidades” que conllevan no solo los diversos procesos revolucionarios sino también los diversos órdenes políticos.⁷⁹ Más aun, la historia revela la precariedad de las organizaciones sociopolíticas y desafía las afirmaciones finalistas de su desarrollo, como demuestra la producción de Moore Jr., entre pocos más.⁸⁰ Desde *Los orígenes sociales...* hasta *Moral Aspects of Economic Growth, and Other Essays*, el problema del carácter moral de los regímenes políticos y económicos ocupó de manera recurrente el tenaz interés crítico de Moore Jr., dado el inequívoco predominio histórico de formas de violencia, odio, opresión y desigualdad dentro de las instituciones sociales características de cada uno de esos regímenes.⁸¹ Los títulos de los capítulos que componen *Reflections on the Causes of Human Misery* (1972) –“Of War, Cruelty,

⁷⁶ Edward Friedmann y James. C. Scott, “Foreword” a Barrington Moore Jr., *Social Origins* (edición de 1996), pp. ix-xvi. Para un abordaje distinto y más reciente sobre los costos de los procesos de democratización, que curiosamente no menciona el trabajo de Moore Jr., véase Michael Mann, *The Dark Side of Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

⁷⁷ *As Orígenes Sociais...*, *op. cit.*, p. 374.

⁷⁸ Barrington Moore Jr., *Reflections on the Causes of Human Misery and upon Certain Proposals to Eliminate Them*, *op. cit.*, pp. 53 y ss.; Edward Friedmann y James C. Scott, “Foreword”, *op. cit.*, pp. x-xi. La comparación entre su perspectiva y la de Edward P. Thompson sería sin duda de gran utilidad. Cf. Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Classics, 1963, cap. 6: “Exploitation”, pp. 189-212. Sobre mecanismos, procesos y acontecimientos, véase Charles Tilly, “Mechanisms in Political Processes”, *Annual Review of Political Science*, vol. 4, 2001, pp. 21-41.

⁷⁹ Edward Friedmann y James. C. Scott, “Foreword”, *op. cit.*, p. xii.

⁸⁰ Remitimos aquí al universo de cuestiones y debates suscitados por el libro de Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1972.

⁸¹ Barrington Moore Jr., *Moral Aspects of Economic Growth, and Other Essays*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1998. Para un examen crítico de los estudios sobre las dimensiones morales del cambio político, incluido el impacto de la obra de Moore Jr., véase Richard W. Wilson, “Moral Development and Political Change”, *World Politics*, vol. 36, n° 1, 1983, pp. 53-75.

and General Human Nastiness”, o bien “Of Hunger, Toil, Injustice, and Opression”– son elocuentes respecto de sus inquietudes.⁸² Y tal vez por eso mismo haya considerado, más tarde, el estudio de la cultura popular en sus variadas manifestaciones –“un conocimiento que no merecía ser conocido”– y desconfiase tanto de sus especialistas, como afirmó en la *Walter Edge Lecture* dictada en Princeton el 12 de abril de 1989.⁸³

La cuestión moral de la denuncia de las formas recurrentes de miseria humana, seguida de la obligación, que recaía sobre los investigadores, de proponer modos de eliminarla merece un examen profundo. En primer lugar, Moore Jr. explicita el lugar a partir del cual hace sus denuncias y elabora sus propuestas; bien concretamente, se trataba de una posición de crítica a las instituciones liberales de Occidente muy semejante a la asumida por los disidentes del régimen soviético socialista.⁸⁴ Una posición de esta naturaleza tenía particular importancia en el contexto de la Guerra Fría, ya que estaba dirigida en contra del propio Occidente y revelaba que también aquí había disidentes. Más aun, según él, las formas de miseria humana que habían afectado a la historia de la humanidad durante tan largo período de tiempo –destrucciones causadas por la guerra, pobreza, hambre y epidemias, injusticia y opresión, e incluso persecución de los disidentes– estaban más generalizadas en las sociedades europeas que en las asiáticas.⁸⁵ Antes de las revoluciones científica, industrial y democrática de los últimos cuatro siglos, difícilmente se les hubiese ocurrido a las víctimas de cualquier orden social que las sociedades humanas pudiesen adoptar una forma diferente; es decir, un diagnóstico secularizado y el señalamiento de remedios estaban por completo fuera de cuestión, excepto para algunos filósofos que practicaban ejercicios intelectuales. Las masas tenían que darse por satisfechas con la religión, el ascetismo y las ceremonias, sin que ello implicase un cuadro dramáticamente negro, dada la “extraordinaria capacidad de los seres humanos para sentirse felices bajo circunstancias opresivas”.⁸⁶

Con las revoluciones modernas, en particular con las ocurridas en el plano industrial y científico, ¿se habían modificado drásticamente las dimensiones de la práctica de la guerra, la crueldad y la opresión? Este es uno de los interrogantes a los que Moore Jr. buscó dar respuesta; es decir, en qué medida la modernidad había cambiado las formas de la miseria humana. Una tradición de pensamiento inspirada en Marx sugería, en su opinión, que las tecnologías modernas habían reducido la cuestión de la escasez de recursos, y esta misma visión optimista podía extenderse incluso a la idea de la reducción de las más diversas formas de opresión o de miseria. Sin embargo, en este punto, como en muchos otros, el escepticismo de Moore Jr. lo inclinaba más hacia un lado pesimista y, en una línea de pensamiento que no estaba lejos de las interpretaciones de la Escuela de Frankfurt, consideraba que “en las zonas más avanzadas, tenemos una tecnología que se usa para destruir a otras personas”.⁸⁷ Más precisamente, era en

⁸² Véase Barrington Moore Jr., *Reflections on the Causes of Human Misery and upon Certain Proposals to Eliminate Them*, *op. cit.*

⁸³ Véase su “What is not worth knowing”, en *Moral Aspects of Economic Growth*, *op. cit.*, pp. 158-168.

⁸⁴ Barrington Moore Jr., *Reflections on the Causes of Human Misery and upon Certain Proposals to Eliminate Them*, *op. cit.*, p. xvi.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 2. Además, con respecto a la cuestión de las relaciones con Asia, Moore Jr. se mostraba igualmente crítico de las políticas occidentales que solo adoptaban un punto de vista liberal y, por incompetencia, eran incapaces de tomar en consideración las relaciones de las sociedades agrarias (*ibid.*, p. 58).

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 40.

uno de sus amigos y mentores, Herbert Marcuse, exponente máximo de lo que él calificaba como pensamiento radical, en quien encontraba la salida de este pesimismo: la necesidad de prohibir “el uso de nuestro enorme poder científico y técnico para fines destructivos en el plano interno y externo”.⁸⁸

Que la tolerancia propia del radicalismo de Marcuse implicaba formas de represión era una conclusión que Moore Jr. consideraba brillante.⁸⁹ Tal constatación se insertaba, a su vez, en un más generalizado pesimismo realista, que lo llevaba a sostener que “ninguna sociedad puede autorizar todas las formas de comportamiento humano. Pues, si lo hiciese, dejaría de ser una sociedad”.⁹⁰ En este mismo sentido, se deberán entender las críticas al pensamiento radical, cuando este atribuía la principal responsabilidad por la miseria y las privaciones de las zonas más atrasadas del mundo al imperialismo de los Estados Unidos. Moore Jr. consideraba que tal idea era reveladora de un enorme provincianismo, como ya lo hemos señalado. La prueba de que un argumento de esa naturaleza estaba equivocado se encontraba en el análisis de la propia realidad histórica y sociológica. Por ejemplo, no se podría considerar que los Estados Unidos hubiesen contribuido a crear la miseria en la India; y lo mismo se aplicaba a China, puesto que la influencia norteamericana en este territorio había sido mínima durante el siglo XIX.⁹¹ Es claro que sería más evidente establecer relaciones causales entre el imperialismo del capitalismo occidental, en su conjunto, y la miseria existente en las partes no industrializadas. Era lo que proponían –exageración que ya hemos mencionado y que Moore Jr. rechazaba– muchos de los discursos marxistas y nacionalistas de los países descolonizados, en lugar de analizar los obstáculos a la modernización de sociedades como las de la India y de China.⁹²

Como contrapartida de las críticas al pensamiento radical, marxista y nacionalista, proveniente de los países descolonizados, Moore Jr. también denunció toda una serie de posturas liberales. En primer lugar, había que cuestionar el desarrollo de “una política externa contrarrevolucionaria basada en una enorme máquina militar de aterrorizar, que era vista como algo esencial para mantener el llamado ‘liberalismo corporativo’, según la expresión radical peyorativa”.⁹³ Después, era necesario dejar de considerar que para mantener los privilegios de una clase de liberales bien educados, era forzoso que otros se ocupasen de los trabajos sucios, entre los cuales estaban los bombardeos con napalm lanzados sobre los niños vietnamitas. Y, por último, ¿era la “explotación colonial y neocolonial la base real de riqueza capaz de proporcionar a los críticos liberales la seguridad económica y la educación que les permitía aprehender el ‘problema’ de forma distanciada, pero solo como ‘problema’, y no como una enfermedad mortal del liberalismo democrático?”⁹⁴

Todas estas notas de lectura de la obra de Barrington Moore Jr., al distinguir algunas de sus ideas más generales y por naturaleza abstractas, corren el riesgo de falsear su pensamiento,

⁸⁸ *Ibid.*, p. 81. Según Moore Jr., una de las características del pensamiento radical, en la versión de Herbert Marcuse en *One-Dimensional Man* (1964), era que el imperialismo norteamericano concentraba en sí mismo las tendencias a la dominación y a la destrucción, las cuales eran, a su vez, un aspecto de la propia racionalidad científica de Occidente (*ibid.*, pp. 118 y 134-149).

⁸⁹ *Ibid.*, p. 82.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 81.

⁹¹ *Ibid.*, p. 114.

⁹² *Ibid.*, p. 115.

⁹³ *Ibid.*, p. 117.

⁹⁴ *Ibid.*

en realidad orientado hacia análisis bien concretos. Una orientación que se imponía, según la opinión del autor, puesto que era necesario pasar de la simple práctica analítica a la elaboración de juicios morales. En este sentido, el modo más habitual de acceder a lo concreto, histórico y sociológico, era por medio de la comparación. Como se explicita en *Authority and Inequality Under Capitalism and Socialism* (1987), para conocer el modo en que operaban la autoridad y la desigualdad bajo regímenes capitalistas y socialistas, Moore Jr. comenzó por examinar la burocracia, dado que se trataba de un aspecto que compartían sociedades con regímenes diferentes, como los Estados Unidos, la Unión Soviética y China. Desde su perspectiva, las distinciones conceptuales muy rebuscadas entre autoridad y poder coercitivo eran poco relevantes, aun cuando podía considerarse que a la primera se le atribuía una capacidad de obediencia voluntaria por parte de los individuos, que reconocían estar dentro de un orden moral, sin el cual solo existirían la fuerza y el fraude. Es que efectivamente, en la práctica, era muy difícil trazar la frontera entre la autoridad y el puro poder.⁹⁵ Más importante sería reconocer, como lo hacía Moore Jr., que “el nivel de la desigualdad es esencialmente el mismo bajo el socialismo y bajo el capitalismo liberal”.⁹⁶ Esta constatación tiene un valor analítico conclusivo y, además, revela el pesimismo realista observado en otras notas de lectura de la obra de Barrington Moore. Solo hubo señales de cierto optimismo, según el autor, cuando en las décadas de 1970 y 1980 se asistió a un renacimiento de la democracia parlamentaria (incluidos los casos de España y Portugal).⁹⁷

El mismo pesimismo realista (u optimismo mitigado) se encuentra en el final de uno de los últimos libros del autor, cuando se pronuncia sobre las perspectivas relativas al siglo XXI. Las guerras mundiales y las revoluciones que en gran medida habían caracterizado al siglo XX –dos grandes guerras y revoluciones de dimensiones como las de Rusia y China–, habían dejado de ser posibles, o al menos previsibles, en el escenario del nuevo siglo. A través de esta constatación, se vislumbraba el fin de cierta modernidad, lo que implicaba percibir la especificidad histórica, las limitaciones y los resultados alcanzados por una onda revolucionaria de larga duración. Esta había comenzado en el siglo XVI en Holanda, pasó después por la Inglaterra puritana, donde llevó a la ejecución de Carlos I, y siguió más adelante con la Revolución Francesa, la Guerra Civil norteamericana, la Revolución Rusa de 1917 y la Revolución comunista en China.⁹⁸ Según Moore Jr.,

cada revolución realizó ciertos objetivos generales de liberación humana –con grandes costos humanos– y llevó a cabo algo para alcanzarlos: el fin de la opresión religiosa y extranjera, la abolición del derecho divino de los reyes y de las desigualdades de la dominación aristocrática, el fin de la esclavitud en las plantaciones, la igualdad ante la ley, la posibilidad de establecer un gobierno por y para los hombres libres (y, más tarde, para las mujeres libres), y la abolición de muchos aspectos de la sociedad capitalista (en particular los ciclos económicos de superproducción y el desempleo masivo).⁹⁹

⁹⁵ Barrington Moore Jr., *Authority and Inequality under Capitalism and Socialism*, Oxford, Clarendon Press, 1987, p. 2.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 118.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 123.

⁹⁸ Barrington Moore Jr., *Moral Aspects of Economic Growth and Other Essays*, op. cit., p. 170.

⁹⁹ *Ibid.*

Barrington Moore Jr. en portugués

La publicación de *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* en traducción portuguesa, ahora revisada por los responsables de la colección “História e Sociedade”, ampliada con la inclusión del prefacio de James C. Scott y Edward Friedmann a la última edición inglesa y de esta introducción, no habría sido posible sin la primera traducción al portugués. Publicada en 1975 en la colección “Coordenadas” de la editorial Cosmos, formaba parte de un vasto plan cuyo propósito era “pensar históricamente las ciencias sociales”, para tomar una expresión tantas veces utilizada en escritos y seminarios por Vítorino Magalhães Godinho, director de la misma serie. Junto a la traducción del sociólogo norteamericano, formaban parte de la colección *La vocación actual de la sociología*, de Georges Gurvitch, el *Tratado de historia de las religiones*, de Mircea Eliade, dos coloquios entonces recientes, llevados a cabo en Francia, sobre cuestiones históricas de estratificación social y de la relación entre niveles de cultura y grupos sociales, en una cuidada traducción de Joaquim Romero Magalhães. En fin, se trataba de poner en diálogo a la historia, la sociología, la reflexión sobre los mitos religiosos –esta última solo a primera vista podía ser considerada sorprendente, pues desempeñaba un papel estratégico en el desarrollo de una forma de pensar con aspiraciones globalizantes–. No era la primera vez que Magalhães Godinho intentaba llevar a cabo el proyecto de traer a Portugal un modo informado y crítico de pensar las ciencias sociales y humanas en su conjunto y, claro está, privilegiando la historia.

En la década de 1960, en condiciones dramáticas, en el Portugal *pidesco** de Salazar y de la guerra colonial, después de haber sido dimitido por segunda vez de la academia portuguesa, Godinho había intentado arduamente junto a editoriales, tales como Cosmos y Sá da Costa, desarrollar proyectos del mismo tenor. Fue entonces, gracias a las traducciones realizadas con esmero –en especial por Maria Antonieta Magalhães Godinho–, que tuvimos la colección “A Marcha da Humanidade” y la enciclopedia *Focus*. La inspiración de Lucien Febvre, Braudel, Morazé y tantos otros de los *Annales* era evidente, y Godinho la compartía de manera integral, pero sin adoptar ningún tipo de postura sumisa. Ahora bien, a fines de los años ‘70 y comienzos de la década de 1980, después de la Revolución de Abril, la colección “Coordenadas” fue concebida en paralelo con otro proyecto, tal vez el primero con base institucional que Godinho lograba llevar adelante en Portugal, tras tantas décadas de lucha tenaz. Nos referimos al proyecto de creación de una Facultad de Ciencias Sociales y Humanas en la Universidad Nova de Lisboa. Su idea era defender e institucionalizar una concepción abierta –crítica, informada y verdaderamente internacional– de las ciencias sociales y las humanidades. Ahora, al reeditar esta traducción de Barrington Moore Jr., queremos no solo recordar el momento en que fue pensado ese mismo proyecto y a quien lo había concebido, sino también sugerir, de manera frontal, que valdría la pena, hoy, retomarlo para darle una nueva vida. □

* Término despreciativo para “persecutorio” originado en el nombre de la PIDE (Policía Internacional y de Defensa del Estado), policía política del régimen conocido como *Estado Novo* en Portugal, liderado durante su mayor parte por António de Oliveira Salazar. [N. de la T.]

Bibliografía

- Abbott, Andrew y James T. Sparrow, "Hot War, Cold War: The Structures of Sociological Action, 1940-1955", en Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 281-313.
- Almond, Gabriel, reseña de *Social Origins*, *American Political Science Review*, vol. 61, n° 3, 1967, pp. 768-770.
- Bannister, Robert C. Jr., "William Graham Sumner's Social Darwinism: a Reconsideration", *History of Political Economy*, vol. 5, n° 1, 1973, pp. 89-109.
- Bendix, R., reseña de *Social Origins*, *Political Science Quarterly*, vol. 32, n° 4, 1967, pp. 625-627.
- Berghahn, Volker R., *America and the Intellectual Cold Wars in Europe*, Princeton, Princeton University Press, 2002.
- Bernstein, Irving, *Promises Kept: John F. Kennedy's New Frontier*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.
- Bernstein, Michael A., *Perilous Progress: Economists and Public Purpose in Twentieth-Century America*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- Burawoy, Michael, "Introduction: The Resurgence of Marxism in American Sociology", en Michael Burawoy y Theda Skocpol (eds.), *Marxist Inquiries. Studies of Labor, Class and States*, suplemento del *American Journal of Sociology*, vol. 88, 1982, pp. 1-30.
- Brenner, Robert, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe", *Past & Present*, n° 70, 1976.
- Breslau, Daniel, "The American Spencerians: Theorizing a New Science", Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 39-62.
- Calhoun, Craig, "Sociology in America: An Introduction", Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: A History*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 1-38.
- Chakrabarty, Dipesh, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2007.
- Chernillo, Daniel, *A Social Theory of the Nation-State. The political forms of modernity beyond methodological nationalism*, Londres/Nueva York, Routledge, 2007.
- Chomsky, Noam, et al. (eds.), *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, Nueva York, The New Press, 1997.
- Crowther-Heyck, Hunter, "Patrons of the Revolution: Ideals and Institutions in Postwar Behavioral Science", *Isis*, vol. 97, n° 3, 2006, pp. 420-446.
- Cummings, Bruce, "Boundary Displacement: Area Studies and International Studies during and after the Cold War", en Christopher Simpson (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, Nueva York, The New Press, 1998, pp. 159-188.
- , "Boundary Displacement: The State, the Foundations, and Area Studies during and after the Cold War", en Masao Miyoshi y Harry D. Harootunian (eds.), *Learning Places: The Afterlives of Area Studies*, Durham, NC, Duke University Press, 2002, pp. 261-302.
- Dore, Ronald P., "Making Sense of History", *Archives Europeennes de Sociologie*, x, 1969, pp. 295-305.
- Engerman, David C., "Rethinking Cold War Universities: Some Recent Histories", *Journal of Cold War Studies*, vol. 5, n° 3, 2003, pp. 80-95.
- , "Social Science in the Cold War", *Isis*, vol. 101, 2010, pp. 393-400.
- , *Know Your Enemy: The Rise and Fall of America's Soviet Experts*, Oxford, Oxford University Press, 2009.
- Engerman, David C. et al. (eds.), *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst/Boston, University of Massachusetts Press, 2003.
- Fisher, Donald, *Fundamental Development of the Social Sciences: Rockefeller, Philanthropy, and the United States Social Science Research Council*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1993.
- Freedman, Lawrence, *Kennedy's Wars Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

- Friedmann, Edward y James. C. Scott, "Foreword" a Barrington Moore Jr., *Social Origins* (edición de 1996).
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
- Furner, Mary y Barry Supple (eds.), *The State and Economic Knowledge: The American and British Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Geiger, Roger, "American Foundations and Academic Social Science, 1945-1960", *Minerva*, vol. 26, 1988, pp. 315-341.
- Gendzier, Irene, *Managing Political Change: Social Scientists and the Third World*, Boulder, CO, Westview Press, 1985.
- Gilman, Nils, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2003.
- Gouldner, Alvin Ward, *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1970.
- Hamilton, Gary G., "Chinese Consumption of Foreign Commodities: A Comparative Perspective", *American Sociological Review*, 1977, vol. 43, pp. 877-891.
- Hammel, E. A., "The Comparative Method in Anthropological Perspective", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, n° 2, 1980, pp. 145-155.
- Harootunian, H. D., reseña de *Social Origins*, *Journal of Asian Studies*, vol. 27, n° 2, 1968, pp. 372-374.
- Harris, Marvin, *The Rise of Anthropological Theory: a History of Theories of Culture* [1968], Walnut Creek, CA, Alta Mira Press, 2001, cap. XXI: "Statistical Survey and the Nomothetical Revival", pp. 605-643.
- Hatzis, Panagiotis, *The Academic Origins of John F. Kennedy's New Frontier*, Montreal, Concordia University, UMI, 1996.
- Hawkins, Mike, *Social Darwinism in European and American Thought, 1860-1945: Nature as Model and Nature as Threat*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Herman, Ellen, "The Career of Cold War Psychology", *Radical History Review*, n° 63, 1995, pp. 53-85.
- , *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, CA, University of California Press, 1995.
- , "Project Camelot and the Career of Cold War Psychology", en Christopher Simpson (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, Nueva York, The New Press, 1998, pp. 97-133.
- Hirschman, Albert, "The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding", en Paul Rabinow y William M. Sullivan (eds.), *Interpretative Social Science: A Second Look*, Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 177-194.
- Hobsbawm, E. J., reseña de *Social Origins*, *American Sociological Review*, vol. 32, n° 5, 1967, pp. 821-822.
- Hofstadter, Richard, "William Graham Sumner, Social Darwinist", *The New England Quarterly*, vol. 14, n° 3, 1941, pp. 457-477.
- Holsti, K. J., "Scholarship in an Era of Anxiety: the study of international politics during the Cold War", *Review of International Studies*, vol. 24, 1998, pp. 17-46.
- Isaac, Joel, "The Human Sciences in Cold War America", *Historical Journal*, vol. 50, n° 3, 2007, pp. 725-746.
- Jackall, Robert, "The Education of Barrington Moore, Jr.", *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 14, n° 4, 2001.
- Jay, Martin, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Londres, Heinemann Educational Books, 1976 [1973].
- , *Permanent Exiles: Essays on the Intellectual Migration from Germany to America*, Nueva York, Columbia University Press, 1985, pp. 28-61.
- Jordan, John M., *Machine-Age Ideology: Social Engineering and American Liberalism, 1911-1939*, Chapel Hill, University North Carolina Press, 1994.
- Katz, Barry M., "Reviews the book 'Barrington Moore, Jr.: A Critical Appraisal'", *American Historical Review*, vol. 89, n° 2, 1984, p., 403.

- , “The Criticism of Arms: The Frankfurt School Goes to War”, *Journal of Modern History*, vol. 59, 1987, pp. 439-478.
- , *Foreign Intelligence: Research and Analysis in the Office of Strategic Services, 1942-4*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1989.
- Keller, Albert G., “The Beginnings of German Colonization”, *Yale Review*, 1901.
- , “The Colonial Policy of the Germans”, *Yale Review*, 1902.
- , “Notes on the Danish West Indies”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 22, n° 1, 1903.
- , “Portuguese Colonization in Brazil”, *Yale Review*, 1906.
- , *Colonization: A Study of the Founding of New Societies*, Boston, Ginn & Co., 1908.
- Keller, Albert, *Societal Evolution: a Study of the Evolutionary Basis of the Science of Society*, Nueva York, Macmillan, 1915.
- Keller, Albert y Maurice R. Davie, *Selected Essays of William Graham Sumner*, New Haven, Yale University Press, 1934.
- Keller, Morton y Phyllis Keller, *Making Harvard Modern: The Rise of America's University*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.
- Kleinman, Daniel y Mark Solovey, “Hot Science/Cold War: The National Science Foundation After WWII”, *Radical History Review*, vol. 63, 1995, pp. 110-139.
- Lacey, Michael y Mary Furner (eds.), *The State and Social Investigation in Britain and the United State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- Latham, Michael E., *Modernization as Ideology: American Social Science and “Nation Building” in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2000.
- Leslie, Stuart W., *The Cold War and American Science: The Military-Industrial-Academic Complex at MIT and Stanford*, Nueva York, Columbia University Press, 1993.
- Lewis, Herbert S., “Anthropology, the Cold War, and Intellectual History”, en Regna Darnell y Frederic W. Gleach (eds.), *Histories of Anthropology Annual*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005, vol. 1, pp. 99-113.
- Lowen, Rebecca S., *Creating the Cold War University: The Transformation of Stanford*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- Mabee, Carleton, “Margaret Mead and behavioral scientists in World War II: problems in responsibility, truth, and effectiveness”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 23, 1987, pp. 3-13.
- Mann, Michael, *The Dark Side of Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Moore Jr., Barrington, “The Relation between Social Stratification and Social Control”, *Sociometry*, vol. 5, n° 3, 1942, pp. 230-250.
- , “The Communist Party of the USA: An Analysis of a Social Movement”, *American Political Science Review*, vol. 39, n° 1, 1945, pp. 31-41.
- , *Soviet Politics: The Dilemma of Power: The Role of Ideas in Social Change*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1950.
- , *Terror and Progress USSR: Some Sources of Change and Stability in the Soviet Dictatorship*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1954.
- , “Sociological Theory and Contemporary Politics”, *American Journal of Sociology*, vol. 61, n° 2, 1955, pp. 107-115.
- , “The New Scholasticism and the Study of Politics”, en *Political Power and Social Theory. Seven Studies* [1958], Nueva York, Harper & Row, 1962, pp. 89-110.
- , “Tolerance and the Scientific Outlook”, en Robert Paul Wolff, Barrington Moore Jr. y Herbert Marcuse, *A Critique of Pure Tolerance*, Boston, Beacon Press, 1965.
- , *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston,

- Boston Press, 1966 [trad. esp.: *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia: Señor y campesino en la formación del mundo moderno*, trad. Jaume Costa y Gabrielle Woith, Barcelona, Edicions 62, 1973].
- , “The Society Nobody Wants: A Look Beyond Marxism and Liberalism”, en Kurt H. Wolff y Barrington Moore Jr. (eds.), *The Critical Spirit. Essays in Honor of Herbert Marcuse*, Boston, Beacon Press, 1967, pp. 401-418.
- , *Reflections on the Causes of Human Misery and upon Certain Proposals to Eliminate them*, Boston, Beacon Press, 1972.
- , *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt*, White Plains, NY, M. E. Sharpe Inc., 1978, p. xiv.
- , *Privacy: Studies in Social and Cultural History*, Armonk, NY, M. E. Sharpe Inc., 1984.
- , *Authority and Inequality Under Capitalism and Socialism*, Oxford, Clarendon Press, 1987.
- , *Moral Aspects of Economic Growth and Other Essays*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1998.
- , *Moral Purity and Persecution in History*, Princeton, Princeton University Press, 2000, pp. ix-x.
- , “Ethnic and Religious Hostilities in Early Modern Port Cities” y “Cruel and Unusual Punishment in the Roman Empire and Dynastic China”, *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 14, n° 4, 2001, pp. 687-727 y 729-772, respectivamente.
- , “Strategy in Social Science”, en *Political Power and Social Theory*, Cambridge, Harvard University Press, 1958, pp. 111-159.
- Moulder, Frances V., *Japan, China and the Modern World Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- Munck, Gerardo L. y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2007.
- Murdock Goodenough, Ward H., “Bridge: From Sumner to HRAF to SCCR”, *Cross-Cultural Research*, vol. 30, 1996, pp. 275-280.
- Murdock, George P., “The Common Denominator of Cultures”, Ralph Linton (ed.), *The Science of Man in the World Crisis*, Nueva York, Columbia, 1945, pp. 123-142.
- , *Encyclopedia of World Cultures*, 10 vols., Nueva York, Macmillan/Gale, 1996.
- Nader, Laura, “The Phantom Factor: Impact of the Cold War on Anthropology”, en Noam Chomsky *et al.* (eds.), *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, Nueva York, The New Press, 1997, pp. 107-146.
- O’Meara, Patrick, Howard D. Mehlinger y Roxana Ma Newman (eds.), *Changing Perspectives on International Education*, Bloomington, IN, Indiana University Press, 2001, Parte I: “Title VI and International Studies in the United States: An Overview”, pp. 1-48.
- Oren, Ido, “Is Culture Independent of National Security? How America’s National Security Concerns Shaped ‘Political Culture’ Research”, *European Journal of International Relations*, vol. 6, n° 4, 2000, pp. 543-573.
- , “The Enduring Relationship between the American (National Security) State and the State of the Discipline”, *PS: Political Science and Politics*, n° 34, 2004, pp. 51-55.
- Plumb, J. H., “How It Happened”, *New York Times Book Review*, n° 171, 9 de octubre de 1966, p. 11.
- Poggi, Gianfranco, review en el *British Journal of Sociology*, vol. 19, n° 2, 1968, pp. 215-217.
- Price, David H., “Cold War Anthropology: Collaborators and Victims of the National Security State”, *Identities*, vol. 4, n° 3-4, 1998, pp. 389-430.
- , “Subtle Means and Enticing Carrots: the impact of funding on American Cold War anthropology”, *Critique of Anthropology*, vol. 23, 2003, pp. 373-401.
- , *Threatening Anthropology: McCarthyism and the FBI’s Surveillance of Activist Anthropologists*, Duke University Press, 2004.
- Rafael, Vicente L., “The Cultures of Area Studies in the United States”, *Social Text*, vol. 41, n° 1, 1994, pp. 91-111.
- Ramada Curto, Diogo, *As múltiplas faces da história*, Lisboa, Livros Horizonte, 2008.

- Revel, Jacques, "History and the Social Sciences", en Theodor M. Porter y Dorothy Ross (eds.), *The Cambridge History of Science*, vol. 7: *The Modern Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 391-404.
- Robin, Ron, *Making the Cold War Enemy: Culture and Politics in the Military-Intellectual Complex*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2001.
- Rosen, Elliot A., *Hoover, Roosevelt, and The Brains Trust: From Depression to New Deal*, Nueva York, Columbia University Press, 1977.
- Rosenthal, Steven J., reseña de *Social Origins*, *Monthly Review*, vol. 18, nº 4, 1967, pp. 30-36.
- Ross, Dorothy, "The Development of the Social Sciences in America, 1860-1920", en Alexandra Oleson y John Voss (eds.), *The Organization of Knowledge in Modern America, 1860-1920*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, pp. 107-138.
- , *The Origins of American Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- , "Changing Contours of the Social Science Disciplines", en Theodor M. Porter y Dorothy Ross (eds.), *The Cambridge History of Science*, vol. 7: *The Modern Social Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 205-237.
- Ross, Eric B., "Peasants on Our Minds: Anthropology, the Cold War, and the Myth of Peasant Conservatism", en Dustin M. Wax (ed.), *Anthropology at the Dawn of the Cold War: The Influence of Foundations, McCarthyism, and the CIA*, Londres, Pluto Press, 2008.
- Ross, George, Theda Skocpol, Tony Smith y Judith Eisenberg Vichniac, "Barrington Moore's *Social Origins* and Beyond: Historical Social Analysis since the 1960s", en Theda Skocpol (ed.), *Democracy, Revolution, and History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998, pp. 1-21.
- Rostow, Walt W., *Concept and Controversy: Sixty Years of Taking Ideas to Market*, Austin, University of Texas Press, 2003, cap. iv: "The Death of Stalin, 1953: The Timing May Have Been Off", pp. 96-136.
- Rothman, S., "Barrington Moore and the dialectics of revolution: an essay review", *American Political Science Review*, vol. 64, nº 1, 1970, pp. 61-83.
- Rueschemeyer, Dietrich, *Usable Theory: Analytical Tools for Social and Political Research*, Princeton, Princeton University Press, 2009.
- Said, Edward, *Orientalism*, Nueva York, Pantheon, 1989.
- Schlesinger, Arthur Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Boston, Houghton Mifflin, 1965.
- Schrecker, Ellen W., *No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- Schwartz, Barry, "The Social Psychology of Privacy", *American Journal of Sociology*, nº 73, 1968, pp. 741-752.
- Sen, Amartya, *The Idea of Justice* [2009], Londres, Penguin Books, 2010.
- Sheehan, James, "Barrington Moore Jr. on Obedience and Revolt", *Theory and Society*, vol. 9, nº 5, 1980, pp. 723-734.
- Shils, Edward, "Privacy: Its Constitution and Vicissitudes", *Law and Contemporary Problems*, nº 31, 1966, pp. 281-306.
- , "Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology", en *The Calling of Sociology and Other Essays on the Pursuit of Learning*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, pp. 165-256.
- Simpson, Christopher (ed.), *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, Nueva York, The New Press, 1998.
- Skocpol, Theda, "A Critical Review of Barrington Moore's *Social Origins of Dictatorship and Democracy*", *Politics Society*, vol. 4, nº 1, 1973, pp. 1-34.
- , *Estados e revoluções sociais: análise comparativa da França, Rússia e China* [1979], Lisboa, Presença, 1985.
- (ed.), *Democracy, Revolution, and History*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.
- Skocpol, Theda y Margareth Somers, "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, nº 2, abril de 1980, pp. 174-197.
- Smith, Dennis, *Barrington Moore Jr.: Violence, Morality, and Political Change*, Armonk, Londres, Macmillan, 1983.

- , “Discovering Facts and Values: The Historical Sociology of Barrington Moore”, en Theda Skocpol (ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Nueva York, Cambridge University Press, 1984, pp. 313-355.
- Smith, Mark C., *Social Science in the Crucible: The American Debate over Objectivity and Purpose, 1918-1941*, Durham, NC, Duke University Press, 1994, pp. 212-252.
- Smith, Richard Harris, *oss: The Secret History of America's First Central Intelligence Agency* [1972], Nueva York, The Lyons Press, 2005.
- Solovey, Mark, “Introduction: Science and the State during the Cold War: Blurred Boundaries and a Contested Legacy”, *Social Studies of Science*, vol. 31, n° 2, 2001, pp. 165-170.
- , “Project Camelot and the 1960s epistemological revolution: rethinking the politics-patronage-social science nexus”, *Social Studies of Science*, vol. 31, 2001, pp. 171-206.
- Stinchcombe, A. L., reseña de *Social Origins*, *Harvard Educational Review*, vol. 37, n° 2, 1967, pp. 290-293.
- Stone, Lawrence, “News from Everywhere”, *New York Review of Books*, n° 9, 24 de agosto de 1967, pp. 31-35.
- Sumner, William G., “The Beginnings of German Colonization”, *Yale Review*, 1901.
- , “The Colonial Policy of the Germans”, *Yale Review*, 1902.
- , “Notes on the Danish West Indies”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 22, n° 1, 1903.
- , “Portuguese Colonization in Brazil”, *Yale Review*, 1906.
- , *Folkways: a Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals*, Boston, Ginn and Co., 1906.
- , *Earth-hunger and other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1913.
- , *The Challenge of Facts and other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1914.
- , *The Forgotten Man and Other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1918.
- , *War and Other Essays*, New Haven, Yale University Press, 1919.
- , *The Forgotten Man's Almanac Rations of Common Sense from William Graham Sumner*, New Haven, Yale University Press, 1943.
- Sumner, William G. y Albert Keller, *The Science of Society*, 4 vols., New Haven, Yale University Press, 1927.
- Thompson, Edward P., *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Classics, 1963.
- Tilly, Charles, “Mechanisms in Political Processes”, *Annual Review of Political Science*, vol. 4, 2001, pp. 21-41.
- Tobin, Joseph, “HRAF as Radical Text?”, *Cultural Anthropology*, vol. 5, 1990, pp. 473-487.
- Tylor, Edward, “On a Method of Investigating the Development of Institutions: Applied to Laws of Marriage and Descent”, *Journal of Royal Anthropological Institute*, vol. 18, 1889, pp. 245-269.
- Wallerstein, Immanuel, “The Unintended Consequences of Cold War Area Studies”, en Chomsky *et al.* (eds.), *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, Nueva York, The New Press, 1997, pp. 195-232.
- Wang, Jessica, *American Science in an Age of Anxiety: Scientists, Anticommunism, and the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
- Whiting, John W. M., “George Peter Murdock, (1897-1985)”, *American Anthropologist*, vol. 88, n° 3, 1986.
- Wiener, Jonathan, “Review of Reviews”, *History and Theory*, vol. 15, n° 2, 1976, pp. 146-175.
- Wilson, Richard W., “Moral Development and Political Change”, *World Politics*, vol. 36, n° 1, 1983, pp. 53-75.
- Winks, Robin, *Cloak and Gown: Scholars in the Secret War, 1939-1961*, New Haven, Yale University Press, 1996 (1ª ed.: 1987).
- Wright Mills, Charles, “Professional Ideology of Social Pathologists”, *American Journal of Sociology*, vol. 49, n° 2, septiembre de 1943, pp. 165-180.

Resumen / Abstract

Entre la moral y la razón: la sociología histórica de Barrington Moore Jr.

En este texto sobre la obra del sociólogo norteamericano Barrington Moore Jr. se analiza su programa de investigación, en especial el uso ejemplar que hizo del método comparativo para comprender fenómenos de larga duración. En su obra seminal, *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia: Señor y campesino en la formación del mundo moderno* (1966) este proyecto se realizó de modo más significativo, revelando la diversidad de caminos que conducen a la modernidad. Pero este artículo también procura, a partir de este caso individual, un análisis más amplio del campo académico internacional y, sobre todo, de las relaciones entre la universidad y el campo político. Autor original por la forma como consiguió mantener una perspectiva singular sobre el proceso histórico, Moore Jr. creció en un medio académico norteamericano donde la investigación estaba condicionada por opciones políticas: en un contexto de guerra fría, conocer al enemigo se volvió un recurso crucial para los gobiernos. La interpretación de estos autores, más allá de un análisis interno de la obra, da indicaciones importantes sobre el contexto histórico de su producción y sobre el modo como modelos de análisis, métodos, conceptos y objetos específicos se impusieron en un campo científico, dejando un rastro todavía hoy muy presente.

Palabras clave: Barrington Moore Jr. - Ciencias sociales - Guerra Fría

Between Morality and Reason: the Historical Sociology of Barrington Moore Jr.

In this text about the work of Historical Sociologist Barrington Moore Jr., his research program is analyzed, especially the way in which he proficiently mobilized the comparative method to understand *longue durée* historical processes. This program reached its full completion in his seminal work *The Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (1966), in which Moore Jr. illuminates the diversity of trajectories that lead to modernity. This text also delivers an ampler assessment of the international academic field and, more specifically, of the relationships between the university and the political sphere. Provider of a marked originality in his historical reasoning, Moore Jr was born in an academic background powerfully characterized by the political constraint of research projects: in a context of cold war, knowing the enemy became a crucial resource for governments. Moving beyond a mere analysis of its content, the interpretation of his work offers significant indications of the historical context of its production and of the ways in which specific analytical frameworks, methods, concepts and subject-matters became scientifically relevant, and still persist today.

Keywords: Barrington Moore Jr. - Social Sciences - Cold War

Radiografía del laberinto

Christopher Domínguez Michael

El Colegio de México

La interrogación nacional da la impresión, para quien se ejercita en ella, de ser menos un “peregrino en su patria” que un turista en su propio solar. Así veía Heine en madame de Staël a la mujer apasionada y un tanto ridícula cuyo ímpetu se agotaba recorriendo la pacífica Alemania. La señora buscaba endulzar sus caprichos probando Kant como si fuese helado de vainilla o Fichte helado de pistache, decía Heine, el judío intruso.¹

Ese enervamiento del gusto, esa afectación por lo propio hace que los relatos de fundación y su comentario parezcan castillos en el aire. A fuerza de habitar en las nubes se escribieron libros como *En torno al casticismo*, *Radiografía de la pampa* o *El laberinto de la soledad*, palacios de la memoria histórica por los que logró transitarse con más certeza que en la mediocre vida misma, quimeras intelectuales derivadas de una “psicología de los pueblos” justamente tenida por sospechosa, que se transformaron, al fin, en *De Alemania*, es decir, en historia universal.

Pero la explicación del carácter nacional, como lo vio bien Gaos, invitaba a la acción, lo cual, vista la historia de los intelectuales durante el siglo xx, no era necesariamente una buena idea ni una filantropía digna de aplauso. El caso es que tras escribir *El laberinto de la soledad* y en el curso de los años sesenta y setenta, Paz fue de los que tuvieron que decidirse. A esa decisión se la ha llamado de diversas maneras: responsabilidad socrática del educador, compromiso, negativa a darle el brazo a torcer a la traición de los clérigos. Hubo de decidir Paz si se quedaba en el hospital unamunesco descrito por Ortega, donde convalecían el español africanizándose o el propio Martínez Estrada que se enfermó de la piel mientras gobernó Perón o el acomplexado o relajiento mexicano, atacado de complejos graves de inferioridad neurótica. Se quiso quedar Paz, en el hospital, a curar a los enfermos, sin saber bien si se quedaba de guardia, de enfermero, de médico en jefe, de radiólogo. Pero se quedó y decidió hacerlo porque confiaba en los poderes curativos manifiestos en *El laberinto de la soledad*. Había, además, que continuar con la narrativa del héroe y el mito, transformadas, en el tiempo de Freud, en una terapéutica.

¹ Heinrich Heine, *De l’Allemagne*, ed. de Pierre Grapin, París, Gallimard, 1998, p. 428. Este artículo anticipa algunos de los temas desarrollados en Christopher Domínguez Michael, *Octavio Paz en su siglo*, México, Aguilar, actualmente en prensa.

Entrados los años sesenta, la Revolución Cubana sustituyó a la Revolución Mexicana como acontecimiento de redención. Con la fiebre generacional que tendría su clímax en 1968, la filosofía de lo mexicano y *El laberinto de la soledad*, como su conclusión o réplica, entraron en un estado de latencia. Pero sería justamente la generación del 68 –incluyendo en ella a un Paz que se relea y se ponía al día con *Postdata*– la que colocaría *El laberinto de la soledad* como el libro de cabecera. Parafraseando lo que se decía del psicoanálisis, la interrogación nacional, como género literario y filosófico, es ella misma la enfermedad que se propone curar.

No fue necesario que Paz se propusiese “mexicanizar” el mundo ni “mexicanizar” Europa porque apareció en un momento más o menos dichoso en que una parte del pensamiento europeo, desde Lawrence y su *Serpiente emplumada*, ansiaban esa mexicanización. Y la escuela internacional a la que Paz perteneció –*grosso modo*, el surrealismo– se mexicanizó en su madurez, antes de la Segunda Guerra, cuando llegaron a México Artaud y Breton y quienes los siguieron, una estela de pintores y artistas de todo tipo: Leonora Carrington, Péret... Ello mientras Paz, joven poeta, publicaba sus primeras averiguaciones sobre lo mexicano en *El Nacional*. No es que México fuese entonces “un país surrealista”, como se dijo y se sostuvo hasta el cansancio, a partir de un dicho bretoniano, sino que el surrealismo acabó por ser mexicanista. Ese doble movimiento –el surrealismo mexicanizándose y Paz volviéndose surrealista como consecuencia natural de esa mexicanización– colocó al poeta mexicano en una situación de privilegio que ya no abandonaría durante el resto de su vida. A la vez interlocutor y traductor, mitólogo y mito él mismo, mucho de ello se lo debía Octavio Paz a *El laberinto de la soledad*.

Viaje a la pampa

En los años treinta del siglo xx aparecen, ocupados en la patología de una nación que empezó a desfallecer de improviso cuando había alcanzado una precoz madurez decimonónica, los médicos y los curanderos argentinos, a quienes también he querido leer en paralelo con *El laberinto de la soledad*. Estos taumaturgos recuperan su historia clínica comenzada por Domingo Faustino Sarmiento y convierten un poema ingenuo, el *Martín Fierro* (1872), no solo en una epopeya nacional sino en un surtidero de problemas ontológicos. Cuando Ortega y Gasset visita por primera vez la Argentina, en 1916, lo hace con la conciencia emocionada de ir al país que, en el sur, es el contrapeso de los Estados Unidos. Su obra, dirá al regresar de Buenos Aires, será desde ese momento tanto argentina como española. Los argentinos también siguen de cerca (aunque algunos no lo confiesen) las *Meditaciones sudamericanas* (1930) de un conde báltico, Joseph Keyserling, a las que seguirá la aparición de un clásico, la *Radiografía de la pampa* (1933), de Ezequiel Martínez Estrada.

Paz, ocupado en el globo supra-ecuatorial (los Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética, la India) nunca miró con demasiado detenimiento a América del Sur. Fue a Buenos Aires, la ciudad que competía con la de México por la capitanía cultural latinoamericana, solo una vez, hacia el final de su vida, en 1985. Iba, debe decirse, con la mejor de las intenciones, la de fundar una edición sudamericana de *Vuelta* que retribuyese lo que *Sur* había sido para él en su juventud: la revista que difundió sus poemas desde 1938 en el continente, en la que colaboró con frecuencia hasta los años sesenta, donde Cortázar reseñó *Libertad bajo palabra* en 1949, la tribuna desde la cual dio a conocer, en 1951, el artículo donde divulgaba el caso Rousset, que

no quiso proponerle ni a *México en la cultura*, de Fernando Benítez, o a *Cuadernos americanos*, de Jesús Silva Herzog, publicaciones temerosas del “qué dirán” los estalinistas.

“Llegas tarde, Octavio”, le dijo en 1985 su queridísimo Bianco, secretario de redacción de *Sur* durante años y el único verdadero amigo común que tuvieron, en el medio siglo, Paz y Garro. Bianco murió meses después y *Vuelta Sudamericana*, tras un puñado de números dirigidos por Danubio Torres Fierro y Enrique Pezzoni, desapareció, sin pena ni gloria.

Pero volvamos a los libros argentinos. En mi opinión, para lo que yo necesito decir de Paz, el *Facundo* es ejemplar. No solo es el libro más importante que se escribió en América Latina durante el siglo XIX sino el primero de nuestros modernos relatos de origen que deviene, al natural, en un ensayo de interrogación nacional: registra un momento histórico y lo transforma en mito.

Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga (1845), de Sarmiento, es un tratado sobre la tiranía digno de un historiador de la antigüedad. No hago sino repetir un tópico que resalta el refinamiento, la sensualidad y el primitivismo de una “biografía novelada” que, como lo notó Borges, acierta desde el principio, al elegir Sarmiento no al tirano Rosas como protagonista, sino a un caudillo menor. La vida de Facundo, ese “gaucho malo”, se convertirá, desde entonces, en un modelo de todos los caudillos hispano-americanos, a quienes Sarmiento les da un aire árabe, él que creía que en la pampa resistía, aberrante y anacrónico, el espíritu de los antiguos musulmanes, invasores de la península en 711. Para Sarmiento, que visitó Argel (capital de la nueva nación elegida como propia más de un siglo después por Fanon) en 1846, España es africana (por árabe) y a la vez América viene a ser la Arabia de España. Y cuando se descubrió internacionalmente célebre, Sarmiento supo también que la pampa de Facundo era una experiencia romántica (y aquí léase romántico como sinónimo de moderno) equiparable a la suscitada por Walter Scott.

Épica nueva que exalta por contraste negativo el nacimiento de una nación que fracasó al querer ser tan inmaculadamente moderna como los Estados Unidos, el *Facundo* supera la disyuntiva didáctica de la que se sirvió Sarmiento, aquello de la civilización de las ciudades resistiendo a la barbarie de los campos. Se colige en Sarmiento (y después que en él, en Ricardo Rojas con la *Eurindia* de 1926) que civilización y barbarie son una esencia bipolar surgida de la independencia de América.

De mis notas rescato tres puntos que me permitirán regresar, mejor armado, a *El laberinto de la soledad*. Tan pronto como empieza el *Facundo*, al presentar la soledad del argentino en la pampa, Sarmiento precisa que

esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino, cierta resignación estoica ante la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquier otra, y puede, quizá, explicar en parte, la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.²

Paz dice casi lo mismo en *El laberinto de la soledad* sobre la indiferencia de los mexicanos (y, sobre todo, la de los forjados por la Revolución) ante la muerte, que “es la otra cara de nuestra

² Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Emecé, 1999, p. 40.

indiferencia ante la vida. Matamos porque la vida, la nuestra y la ajena, carece de valor”.³ Pero mientras que Sarmiento atribuye ese estoicismo al fatalismo geográfico, en Paz impera otro fatalismo que a la vez es histórico y sistémico: se remonta al azteca, a quien no le pertenecían ni su vida ni su muerte. Desamparado, el azteca se convertirá en un melancólico al impactar con el cristianismo; el mismo desamparo hará del argentino, según dice el *Facundo*, un arrogante atrevido. Al mexicano lo forja un exceso de civilización (un barroquismo, quizá) y al argentino, un exceso de barbarie. Pero el resultado es el mismo: una teoría de la violencia explicando la eterna historia de nuestra inseguridad.

Entre el *Facundo* y *El laberinto de la soledad* hay cien años de distancia en que se impone la lección probatoria de que el mundo histórico es una amalgama indisociable de civilización y de barbarie. Ante esa conclusión Paz, un optimista en 1950, nunca se resignó ante el relativismo: el péndulo debía mover inexorablemente a un país como México a compartir la evolución occidental a través de la Reforma, la Ilustración, la modernidad, y no a renegar de ella. Pero antes había sido Ezequiel Martínez Estrada quien subrayó, en las líneas finales de *Radiografía de la pampa*, que a Sarmiento le faltaba el siglo xx para saber que “civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio”.⁴

Lo que le está negado al gaucho, en el grado en que lo observa Sarmiento, es lo que define al mexicano forjado durante la Revolución Mexicana: el autoconocimiento civilizatorio derivado de la catarsis que permite hacer verdaderamente propias y transformarlas a esas “ideas europeas” estáticas y contaminantes, del todo externas, que, según Sarmiento, habían fecundado a América hacia 1800.

Un segundo punto tiene que ver con la sociología de Sarmiento, la de un lector de la Revolución Francesa que ya no la ve como una escuela de la virtud republicana, del extravío terrorista o de la tentación cesárea, sino en tanto transformación brutal de la sociedad que no siempre es progresiva, como se lo enseñaron Guizot y Tocqueville al argentino. En la pampa que asuela Facundo, como en las llanuras del Norte de México azotadas por Pancho Villa, imperan otras leyes que no son “accidentes vulgares”. A través de la *mazorca* y de la *montonera*, de la conspiración para asesinar y de la tropa insurrecta de jinetes, Sarmiento descubre a la masa como dueña momentánea del mundo merced a esa pavorosa democracia que impera durante aquello calificado como “una guerra social”.

A la guerra social como estado de naturaleza (deducida por Sarmiento de Victor Cousin), estado en que los caudillos si pudieran (dice el *Facundo*) la harían de Mahomas fundando nuevas religiones, se adhiere un tercer elemento que proviene del estatuto literario del *Facundo*. Para Sarmiento, su libro es un “libro sin asunto”, una novela histórica “fruto de la inspiración del momento”, “estado y revelación por sí mismo de sus propias ideas”, y “un mito a la manera del héroe”. Panfletario en su origen y artístico en su resultado, el *Facundo* solo tiene una relación oblicua, propiamente ensayística con la verdad histórica. Como *El laberinto de la soledad*, se nutre de ella, pero la abandona pues quiere para sí el estatuto mítico del relato de origen.

Los mexicanos no solemos leer a Sarmiento. Paz le reservó un lugar discreto pero escogido: en su libro sobre Lévi-Strauss lo destaca como un despoblador, exterminador de indios, y

³ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. v: *El peregrino en su patria. Historia y política de México*, México, Galaxia Gutenberg, 2000, p. 96.

⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, edición crítica de Leo Pollmann, México, Colección Archivos UNESCO/CNCA, 1993, p. 256.

en *Los hijos del limo* lo aplaude por haber reconocido, al visitar España en 1846, que los españoles como los hispanoamericanos, políticamente “ejecutores testamentarios” de Felipe II, solo traducíamos a los europeos.⁵

El *Facundo* lo leyeron Reyes y Vasconcelos, hombres ligados al norte de México y a sus desiertos, a sus pequeñas y asediadas ciudades fronterizas y menos ajenos al mito y a la geografía de la pampa que Paz o que cualquier otro escritor del Altiplano. Vasconcelos, tan argentino a veces, admiró el caudal civilizatorio del Río de la Plata y encontró en Sarmiento a un ejemplo de educador y político. Más aun: puede decirse que Vasconcelos es un Sarmiento fallido y *La raza cósmica* un *Facundo* donde ningún antihéroe está a la altura del arte. Si Sarmiento aparece poco en la obra de Paz, tampoco le da importancia al conde Joseph de Keyserling, a quien Martínez Estrada, pese a conocer la traducción francesa (1931) de las *Meditaciones sudamericanas*, le costaba reconocer como a su estricto contemporáneo.⁶

Me he llevado algunas sorpresas al leer *Meditaciones sudamericanas*, el libro maldito entre los ensayos de interrogación nacional, un eslabón perdido en la historia intelectual latinoamericana cuyas intuiciones, insensateces y groserías no son menores en el fondo que las firmadas por algunos de nuestros clásicos en español. Creyente en el mito de la Atlántida, fábula en aquellos años candidateada un día y otro también a ser evidencia histórica gracias a la entonces bollante arqueología de las civilizaciones perdidas, Keyserling tomó mucho de Freud (quien naturalmente no lo citaba) y al combinar el culto a lo irracional con el vitalismo bergsonianiano y el evolucionismo de Ernst Haeckel, fue un *maître à penser* que puso al continente americano en el centro de atención mundial como el laboratorio donde la historia y la naturaleza (sobre todo esta) habían realizado sus interesantes experimentos, mismos cuyas evidencias saltaban a la vista del vagólatra conde.

Keyserling considera a Sudamérica (en la que expresamente incluye a México, país que no visitó) como “la levadura de la Creación” y describe emocionado las visiones asociadas a “los estratos más bajos” de la vida, a la pesadilla primordial de la serpiente y al resto de los reptiles, que sufrió al visitar la Pampa: “Hay concretada allí en la naturaleza más fantasía genital que en ningún otro lugar del mundo”.⁷

Me ha sido imposible, tan pronto como he leído las *Meditaciones sudamericanas*, no encontrar antecedentes inconfesados de estilos, obsesiones e ideas que aparecerán en muchos escritores latinoamericanos formados entre las dos guerras mundiales. Ese “mundo reptilíneo” que describe el conde, por ejemplo, debió alimentar las fantasías prehistóricas de José Revueltas en *Los muros de agua* (1940), esa primera novela en que las Islas Marías, colonia penitenciaria donde van a dar, acompañados de delincuentes, los presos políticos comunistas, se parece mucho a la pampa keyserlingniana. O que la definición del sudamericano –según Keyserling, “el hombre absoluta y totalmente telúrico”– haya sido percibida por el Neruda que trabajaba desde 1925 en la *Residencia en la tierra*.

⁵ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. VI: *Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Usos y símbolos*, México, Galaxia Gutenberg, 2003, p. 1314 n; véase también vol. I: *La casa de la presencia*, México, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 488 y 496.

⁶ Para la relación entre Vasconcelos, “un mexicano”, y Sarmiento, véase Enrique Krauze, *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, México, Debate, 2011, pp. 90-91.

⁷ Joseph, conde de Keyserling, *Meditaciones sudamericanas*, traducción de Luis López de Ballesteros y de Torres, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, p. 31.

Influido, sin duda, por la lectura del *Facundo*, que casi no cita tampoco, Keyserling sube el tono de su reportaje prehistórico de la pampa cuando ve brotar en ella “rojas fuentes de cálida sangre”, debido a que para los gauchos que la habitan degollar es un oficio dulcísimo. No encuentra (como tampoco lo ve Sarmiento) mayor conciencia moral, ni arbitrio entre el bien y el mal en el gaucho, ser para quien el homicidio cotidiano es una tarea más cercana a los oficios elementales del pastoreo y la ganadería.

Pues “en el mundo abisal”, dice Keyserling, “falta todo límite preciso entre el hecho de matar y morir. Tal frontera sólo se concreta y precisa cada vez que de la noche de la Creación surge el Día de la creación...”.⁸ El primitivo, asume el conde, no mata, se inmola. Esta idea está detrás de las teorías de la guerra civil y de la revolución que escribirán, en la Argentina Martínez Estrada, y en México, Paz.

Como Lawrence, cuya *Serpiente emplumada* (1925) también leyó con provecho el mexicano Paz, el matadero atestiguado por Keyserling es una proyección fácilmente identificable del horror que esa generación vio salir de la Gran Guerra. No atreviéndose el conde a asociar ese holocausto con la civilización europea, lo desplazaba a los confines del orbe. En un pensamiento apocalíptico que también aparecerá en Revueltas y otros escritores escatológicos, Keyserling confiesa que “en la Argentina volví a soñar varias veces un viejo sueño mío en el que había llegado a ser el último habitante de la tierra, de nuevo convertida en un astro lívido y reía de gozo por verme al fin solo”.⁹

En ese punto el conde se separa del racismo más desagradable y exhibe su mestizofilia pues al carácter destructivo de toda guerra y conquista solo lo redime la mezcla de razas, la asimilación que convierte al conquistador y al conquistado en paisanos de un mismo terruño, como ocurrió, leemos en las *Meditaciones sudamericanas*, con el primer hijo de Cortés y la princesa india con la que se ayuntó. Elogia Keyserling a Vasconcelos por haber profetizado a la Raza Cósmica, teoría cuya “posibilidad” de realización le parece viable. La “tristeza del sudamericano –agregará– entraña más valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna”.¹⁰

En otros ensayos he detallado las locuras y las virtudes de Keyserling. Aquí quisiera subrayar que sus opiniones sobre México lo convierten en uno de los primeros comentaristas internacionales del zapatismo, en los mismos años en que el zapatista Paz Solórzano escribía aquellos artículos mecanografiados por su hijo Octavio. Decía el conde: “Cuando el principio de *la tierra a quien la trabaja* no es ya aceptado, no sólo se despueblan los campos, sino que degenera la sangre. Una vez degenerada la sangre, el espíritu no encuentra cuerpo alguno conforme a la tierra. Entonces el desarraigado llega a ser el prototipo de lo espiritual. Pero el desarraigado ha de querer destruir para que la tierra le sea patria”.¹¹

Se ocupa Keyserling del culto de los indígenas mexicanos por la muerte, en términos empáticos con los de Lawrence y, antibolchevique, adelanta una visión negra que a su vez pintará Orozco en el palacio de gobierno de Guadalajara en 1937: los sacrificios humanos realizados por los antiguos mexicanos prefiguran la esclavitud del totalitarismo, asociación a la que recurrió Paz en algunas ocasiones.¹²

⁸ Joseph Keyserling, *Meditaciones sudamericanas*, op. cit., pp. 66-67.

⁹ *Ibid.*, p. 89.

¹⁰ *Ibid.*, p. 302.

¹¹ *Ibid.*, p. 118.

¹² Octavio Paz, *Obras completas*, vol. iv: *Los privilegios de la vista*, México, Galaxia Gutenberg, 2002, p. 795.

Finalmente, el conde escribe un párrafo del cual podría haberse desprendido toda la filosofía de lo mexicano y su crítica, incluido *El laberinto de la soledad*: “Es posible que mis ojos hayan visto en Sudamérica más tristeza y dolor de los que en realidad existen. Pero ¿qué son todos los hechos del mundo frente a la imagen simbólica que despierta a la vida a nuestro más íntimo fondo personal?” En América Latina, concluye Keyserling, rotundo, “sólo en un lugar se ha llegado a la codeterminación por una conciencia verdaderamente metafísica: en México. Por consiguiente, la tristeza mexicana es la única que tiene como componente el sentimiento trágico de la vida”.¹³

Acto seguido, el conde dice que lo contrario del “sudamericano” es el hindú, lo que nos podría llevar a *Vislumbres de la India* (1995), el último libro en prosa publicado en vida por Paz... Pero el párrafo de Keyserling es de 1930, no se olvide, y no es del todo peyorativo. Especulaba el conde con “una futura mexicanización de América del Norte” que le daría a la amenazante civilización mecánica esa espiritualidad filosófica que el conde, predeciblemente, extrañaba en los Estados Unidos. Reyes, que recibía las visitas de Keyserling cuando se hospedaba en el Hotel Plaza de Buenos Aires, le preguntó al conde por qué no había llegado hasta México cuando visitaba los Estados Unidos: “—Me fue imposible... —repuso—. Pero me acerqué hasta la frontera y, como soy zahorí, adiviné a México al respirar el aura que llegaba del otro lado”. En San Antonio, Texas, hartó el conde de la exaltación febril de los estadounidenses, descansó la vista en los mexicanos, hombres que consumían “todo el día en los bancos, bajo los árboles, charlando y discutiendo” y que a Keyserling le parecían los herederos de los filósofos atenienses, “de los paseantes del Iliso y de la Academia, de los peripatéticos del Liceo”.¹⁴

Encontró Keyserling en los mexicanos, según interpretaba Reyes, predisposición filosófica al reposo, la serenidad y el esparcimiento. La violencia y el desarraigo, según el conde, le daban contenido metafísico a la tristeza mexicana. No es necesario tomarse demasiado en serio a Keyserling para advertir su influencia, directa o indirecta, en Paz. Pero lo que importa es que estaba en el espíritu del tiempo esa tipología sagrada del carácter nacional, de su singularidad prehistórica, la averiguación genética —como síntoma de todo un malestar de la civilización— en el temperamento del español, del gaucho o del mexicano: nuestra inhumanidad —entendida como un déficit de civilización— ofrecía un diagnóstico de toda la humanidad.

Pero si Sarmiento y Keyserling no aparecen entre los antecedentes más comentados de *El laberinto de la soledad*, en el caso de Martínez Estrada, en “Vuelta a *El laberinto de la soledad*” (1975), es el poeta quien le confiesa a Fell que cuando escribió *El laberinto de la soledad* no conocía *Radiografía de la pampa*, el siguiente y último avatar de la mitología argentina que me interesa comentar.¹⁵

El contraste entre *El laberinto de la soledad* y *Radiografía de la pampa* es el más exigente y el más fértil de los que pueden establecerse, porque Martínez Estrada fue autor de una prosa ensayística cuya belleza y eficacia solo son comparables con las de Ortega y las de Paz. Además, el ideal terapéutico de *Radiografía de la pampa*, libro de historia e indagación “psi-

¹³ Joseph Keyserling, *Meditaciones sudamericanas*, op. cit., pp. 320-321.

¹⁴ Alfonso Reyes, “Keyserling y México”, en *Marginalia. Tercera serie [1940-1959]*, *Obras completas*, México, FCE, 1989, pp. 570-571.

¹⁵ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. VIII: *Miscelánea. Primeros escritos y entrevistas*, México, Galaxia Gutenberg, 2005, p. 702.

coanalítica”, es similar al que Paz se confió: revelar el misterio de una nación y prepararla para su curación mediante el análisis y la crítica.

La Conquista de la Argentina narrada por Martínez Estrada no puede ser más distinta, en su determinismo geográfico tan fiel a Taine, de la que leemos en *El laberinto de la soledad*. En *Radiografía de la pampa* los conquistadores aparecen como unos desencantados que “venían solos y de paso”.¹⁶ Y la España de la que se desprenden esos conquistadores carece de las virtudes renacentistas que Paz le concede de muy buen grado. Tan decadente es la península que Martínez Estrada considera imposible compararla con “los pueblos germanos, galos, itálicos, sajones”. Calamidad entre las calamidades: España es un pueblo tan “esclerosado, pétreo; rupestre” que anticipa, desde el siglo xv, el aspecto de ¡“un pueblo americano”!¹⁷

Ese “fatidismo” no proviene de Keyserling, como lo creyeron algunos de los críticos de Martínez Estrada, sino que se hunde, lo mismo en Unamuno que en Sarmiento, en la atmósfera de hospital que cubrió a toda la especulación filosófica en español. Pero lo que en Paz (o en los muralistas mexicanos) adquiere una dimensión cosmogónica, como es el caso de la violación de la india por el conquistador, en Martínez Estrada es “casual” y el mestizo que resulta de esa casualidad aventurera es poco menos que un extraterrestre y un angustiado, más parecido a los antihéroes existencialistas o a los africanos colonizados descritos por Fanon en *Los condenados de la tierra*, unos y otros, antiguos o modernos, verdaderos zombies. Sin embargo, esta idea de la conquista española de la Argentina no es histórica ni se desprende de una apreciación de la barbarie pampera en contraste con las civilizaciones indígenas de México o del Perú. Para Martínez Estrada, como para el viejo Vasconcelos, el indio, tras la Conquista, es una ruina étnica y biológica: “las ruinas del imperio azteca e inca, como las de Guatemala o Colombia, nos dicen menos que el más modesto cementerio de campaña y mucho menos que el tejido manual de la lana”.¹⁸

Las diferencias entre *Radiografía de la pampa* y *El laberinto de la soledad* son muy pronunciadas porque se basan en la negación y en el elogio, sucesivamente, de la calidad civilizatoria del mundo del emperador Carlos frente al de Moctezuma II. Pero ello no obsta para no encontrar coincidencias significativas entre Martínez Estrada y Paz. Viniendo del *Facundo*, lo hemos visto, la idea que el argentino tiene de las guerras civiles, desde la Independencia hasta la época de Rosas, no es distinta a la de Paz. “Ley universal” (la llamará Martínez Estrada) o “gasto ritual” (dirá Paz aludiendo a Georges Bataille y a Roger Caillois), la revolución deviene en fiesta. Más lírica en *El laberinto de la soledad* y casi nihilista en *Radiografía de la pampa*, esa fiesta es tan parecida en ambos libros que se impone ratificar el hallazgo de un arquetipo que hace del carnaval la única expansión para el hispanoamericano, condenado por sus teóricos al “destierro de los hospitales”, del que hablará, refiriéndose estrictamente a sí mismo como enfermo de neurodermatitis, Martínez Estrada.

Leemos en *Radiografía de la pampa*:

La alegría que se desata en ocasiones tan diversas es cruel, desesperada, hostil. No tiene el carnaval cortesía ni canciones; requiere la calle, la multitud, la ebriedad de las vendimias urbanas;

¹⁶ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, *op. cit.*, p. 53.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 85.

porque el resto del año es triste y servil. Concentrada la orgánica necesidad de reír y gozar una existencia enclaustrada en problemas demasiado serios para nuestro verdadero estado social, entristecida por un peso de fórmulas que no podemos llevar sobre los hombros, se inflama en una represalia bulliciosa contra la seriedad contranatural de la vida cotidiana. La tristeza argentina, que desde los filósofos hasta los botarates han descrito, rodea al hombre. La alegría argentina, ésa es la que hay que estudiar, porque guarda la clave del humor sombrío, con sus corsos, sus festivales patrióticos, políticos y deportivos, sus picnis, y su teatro de agresión despiadada y sin ternura. El carnaval, como fiesta de la impersonalidad y del anonimato, de oprimidos y descontentos, es el estado alotrópico de la tristeza, su contracara, su antifaz.¹⁹

Y se dice en un fragmento, ya clásico, de *El laberinto de la soledad* sobre los días de fiesta:

Durante esos días, el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma. Y su grito, como los cohetes que tanto nos gustan, sube hasta el cielo, estalla en una explosión verde, roja, azul y blanca y cae vertiginoso dejando una cauda de chispas doradas. Esa noche los amigos, que durante meses no proporcionaron más palabras que las prescritas por la indispensable cortesía, se emborrachan juntos, se hacen confidencias, lloran las mismas penas, se descubren hermanos y, a veces, para probarse, se matan entre sí.²⁰

“En ocasiones, es cierto, la alegría acaba mal: hay riñas, injurias, balazos, cuchilladas”, acota, quizá pensando, como lo supone Krauze en *Redentores*, en el destino de su padre. Pero “también” –concede Paz–

eso forma parte de la fiesta. Porque el mexicano no se divierte: quiere sobrepasarse, saltar el muro de soledad que el resto del año lo incomunica. Todos están poseídos por la violencia y el frenesí. Las almas estallan como los colores, las voces, los sentimientos. ¿Se olvidan de sí mismos, muestran su verdadero rostro? Nadie lo sabe. Lo importante es salir, abrirse paso, embriagarse de ruido, de gente, de color. México está de fiesta. Y esa Fiesta, cruzada de relámpagos y delirios, es como el revés brillante de nuestro silencio y apatía, de nuestra reserva y hosquedad.²¹

A esa gana carnavalesca se suma una similar desconfianza ante los héroes republicanos que son “inauténticos” y no están a la altura del original temperamento popular. A Martínez Estrada le choca la imitación servil que hicieron los liberales argentinos, esos “creadores de ficciones”, de la Constitución de los Estados Unidos, en 1853, tal como Paz lamenta la “imitación extralógica” emprendida, partiendo del mismo modelo, con las Leyes de Reforma en México. El nieto Ireneo Paz no hubiera llamado “seres diabólicos” a Juárez y a Lerdo, como lo hizo Martínez Estrada con Sarmiento y Rivadavia; no sé si hubiera aprobado la agria observación del ensayista argentino de que los héroes de su patria, muy lejos de la Santa Elena de Napoleón, terminan por redactar sus memorias en un asilo.²²

¹⁹ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, op. cit., p. 165.

²⁰ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. v, op. cit., pp. 87-88.

²¹ *Ibid.*

²² Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, op. cit., p. 64.

El nombre de Ezequiel, me figuro, es judío y el de Octavio es pagano, lo cual tiene sentido si comparamos sus inmediatas posteridades. Como mexicano no alcanzo a leer en *Radiografía de la pampa* una frase de esperanza y restitución como aquella de Paz al reconocer a los mexicanos como contemporáneos de todos los hombres. Al legado entero de Martínez Estrada lo ensombreció la naturaleza pesimista de *Radiografía de la pampa*, su carácter freudiano y negativo de psicoanálisis interminable de una nación falsa, hechiza, la argentina; a Paz, pasados los sofocos y las calumnias, se lo acabó por reconocer públicamente como un sanador, el poeta taumaturgo de la democracia mexicana. En su poesía, acaso sea “El cántaro roto” (1955) el poema donde el verso obedece a la prosa de *El laberinto de la soledad* y el poeta le propone a los mexicanos:

hay que soñar en voz alta, hay que cantar hasta que el
canto eche raíces, tronco, ramas, pájaros, astros
cantar hasta que el sueño engendre y brote del costado
del dormido la espiga roja de la resurrección.²³

“La soledad –concluye Martínez Estrada– es la falta de historia.”²⁴ Y si en la Argentina no hubo historia, es ilusorio esperar una sociedad, concluye *Radiografía de la pampa*. Nada más contrario a la profusión de historia que alimenta *El laberinto de la soledad* pues la Revolución Mexicana y el surrealismo le dan a Paz una confianza hipnótica en el pasado de la cual el apocalíptico Ezequiel, aferrado al mito regenerador del guevarismo, carecía, y terminó su vida ligado a esa Revolución Cubana que Paz recibió con tibieza y acabó por rechazar. A mayor pasado, menos confianza en el futuro: cuando se lee en paralelo a Martínez Estrada y a Paz, la Argentina aparece como un pueblo sin historia y México como la nación más vieja del mundo. □

Bibliografía

Heine, Heinrich, *De l’Allemagne*, ed. de Pierre Grapin, París, Gallimard, 1998.

Keyserling, Joseph, conde de, *Meditaciones sudamericanas*, traducción de Luis López de Ballesteros y de Torres, Madrid, Espasa-Calpe, 1933.

Krauze, Enrique, *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, México, Debate, 2011.

Martínez Estrada, Ezequiel, *Radiografía de la pampa*, edición crítica de Leo Pollmann, México, Colección Archivos UNESCO/CNCA, 1993

Paz, Octavio *Obras completas*, vol. I: *La casa de la presencia*, México, Galaxia Gutenberg, 1999.

—, vol. IV: *Los privilegios de la vista*, México, Galaxia Gutenberg, 2002.

—, vol. V: *El peregrino en su patria. Historia y política de México*, México, Galaxia Gutenberg, 2000.

—, vol. VI: *Ideas y costumbres. La letra y el cetro. Usos y símbolos*, México, Galaxia Gutenberg, 2003.

—, vol. VII: *Obra poética (1935–1998)*, México, Galaxia Gutenberg, 2004.

—, vol. VIII: *Miscelánea. Primeros escritos y entrevistas*, México, Galaxia Gutenberg, 2005.

²³ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. VII: *Obra poética (1935–1998)*, México, Galaxia Gutenberg, 2004, p. 263.

²⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, *op. cit.*, p. 86.

Reyes, Alfonso, “Keyserling y México”, en *Marginalia. Tercera serie [1940-1959]*, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, vol. XIII.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, prólogo de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Resumen / Abstract

Radiografía del laberinto

Este trabajo estudia la “estación argentina” de Octavio Paz. En él se lee en paralelo *El laberinto de la soledad* con la tradición ensayística nacional argentina, en la trayectoria que arranca con *Facundo*, de Sarmiento, y culmina con *Radiografía de la pampa*, de Martínez Estrada, rastreando en ella la serie de motivos de la que la obra de Paz se nutrió. En dicho recorrido, el texto destaca la centralidad del problema de la violencia y las profundas afinidades de los tratamientos de la misma en los autores en cuestión.

Palabras clave: Octavio Paz - poesía - ensayo - identidad latinoamericana

X-Ray of the Labyrinth

This work analyses the “argentine station” of Octavio Paz. It reads *The Labyrinth of Solitude* in parallel with the Argentine tradition of national essay, in the line which begins with Sarmiento’s *Facundo* and ends with Martínez Estrada’s *X-Ray of the Pampa*, searching on this tradition the series of motifs in which the work of Paz has been nourished. In this itinerary, the text underlines the importance of the problem of violence and the deep similarities in the way the different authors deal with it.

Keywords: Octavio Paz - poetry - essay - Latin American identity

Onofroff en Buenos Aires (1895)

Apogeo y caída de un ilusionista

Mauro Sebastián Vallejo

CONICET / Universidad de Buenos Aires

A comienzos de marzo de 1895, llega a la ciudad de Buenos Aires un hombre que rápidamente se convierte en la máxima atracción de los teatros porteños. Durante tres meses su nombre habrá de aparecer con insistencia en los principales diarios de la capital. Sus acciones y sus experiencias devienen sin demora el tópico excluyente de conversación en los salones más reputados y en los círculos científicos más escépticos. Se trata del taumaturgo e hipnotizador Onofroff, cuyas concurridas funciones en los teatros Odeón y La Zarzuela fueron sin lugar a dudas uno de los hechos más significativos de la vida cultural porteña de ese año.

Basta leer la gran cantidad de artículos dedicados a Onofroff en los periódicos locales para comprender que este episodio desborda con creces el terreno de la historia de los teatros de Buenos Aires.¹ La presencia del prestidigitador en suelo argentino desencadenó una serie de debates y reacciones que ofrecen aportes muy valiosos para una historia cultural de ese momento. Las demostraciones de sus enigmáticos poderes constituyeron una incógnita que los distintos actores afrontaron de modos divergentes. Aquellas fueron asimismo la oportunidad ideal para dar nuevos bríos a discusiones que, como la referida al espiritismo, ya habían inquietado a los medios cultos de la capital; pero también aportaron el terreno para dar verdadera visibilidad a fenómenos como el hipnotismo, que hasta ese entonces no habían figurado en la primera plana de la prensa general. Más allá de esos dos ejemplos que luego comentaremos en detalle, lo cierto es que los hechos protagonizados por Onofroff fueron un fiel sismógrafo de creencias enraizadas tanto en los círculos eruditos como en las capas populares. En tal sentido, una lectura cuidadosa del modo en que los periódicos cubrieron las peripecias locales del hipnotizador puede brindar elementos muy ricos para una mejor intelección de ese instante de la cultura argentina, al tiempo que ofrece datos que corroboran o complementan líneas de investigación llevadas a cabo recientemente por otros historiadores de la escena local.

Por lo antedicho, el objetivo de este ensayo es, primero, ofrecer una reconstrucción fáctica de las actividades llevadas a cabo por Onofroff en Buenos Aires. Segundo, analizar las respuestas y las controversias generadas por aquellas, con el fin sobre todo de poner en eviden-

¹ Hasta el presente, uno de los relatos más detallados sobre la visita de Onofroff a Buenos Aires se halla en Alfredo Taullard, *Historia de nuestros viejos teatros*, Buenos Aires, Imprenta López, 1923, pp. 430-434.

cia los supuestos, las creencias y los hábitos intelectuales que fueron claramente convocados por la presencia del prestidigitador.

I. Un ilusionista en los salones de Mitre y en las oficinas de Ramos Mejía

Poco era lo que se sabía sobre Onofroff cuando este sujeto pisa suelo argentino. Es cierto que algunos diarios, preparando su llegada, hablan de él antes de su arribo. *El Tiempo*, el 1 de marzo de 1895, refiere que el “célebre hipnotizador Enrique Onofroff” se había presentado hacía poco ante la Academia de Medicina de Madrid, cuando supo que se pretendía prohibir sus actos de hipnotización.² *La Prensa*, el 3 de marzo, anticipa que ese día desembarcaría en La Plata “Henry Onofroff”.³ Sea como fuere, de allí en más los periódicos se referirán a Onofroff solamente por su apellido. Algunos dirán que es de origen ruso; otros, por el contrario, dirán que es italiano. Aún hoy es difícil reconstruir su biografía. No existe ningún estudio detallado sobre su vida y su obra. Al parecer, nació en Italia, pero se crió en Toulouse, donde comenzó la carrera de medicina.⁴ Sus espectáculos lo hicieron recorrer el mundo. Una mirada apresurada a las fuentes disponibles lo muestra dando sus shows en 1890 en Londres –donde Oscar Wilde habría quedado deslumbrado por sus poderes–. Acabó sus días en España, donde publicó sus dos textos más conocidos.⁵ Un joven Salvador Dalí habría disfrutado en 1920 de sus shows en Figueres.⁶ Tampoco contamos con investigaciones que hayan reconstruido sus viajes a lo largo y a lo ancho de América Latina.

Los primeros días de Onofroff en Buenos Aires están marcados por el éxito de sus representaciones y por los cálidos recibimientos que le prodigan las redacciones de los diarios, algunos médicos y sobre todo el público general. Tal como dijimos, antes de que se produjeran las primeras funciones abiertas al público expectante, los matutinos se encargaron de difundir las capacidades del ilusionista. Más aun, poniendo en acto una estrategia de propaganda tan antigua como el periodismo secular, Onofroff visitará las redacciones y ciertas instituciones de las elites antes del estreno de sus shows. Así, el 10 de marzo, en las páginas de *La Nación*, con motivo de saludar calurosamente la llegada del prestidigitador, se recuerdan las maravillas que él había realizado un año atrás ante los responsables de una publicación madrileña. Había hecho entonces los actos que unos días después despertarían la sorpresa de los porteños: adivinación del pensamiento, fascinación y sugestión.⁷ Al día siguiente, por la noche, Onofroff estuvo

² *El Tiempo* (en adelante *ET*), 1 de marzo de 1895. Dado que todos los recortes de prensa pertenecen al año 1895, indicaremos solamente día y mes. Al citar las notas de los periódicos, incluiremos el título de los artículos solamente cuando estos lleven firma, o cuando sea importante indicarlos.

³ *La Prensa* (en adelante *LP*), 3 de marzo.

⁴ Esos pocos datos biográficos figuran en la entrevista que le habría realizado José María Carretera Novillo, incluida en el volumen II de la obra *Lo que sé por mí*, publicada en 10 tomos entre 1916 y 1921 en Madrid. Esa obra, aparecida con el seudónimo “El caballero audaz”, recogía entrevistas realizadas a distintas personalidades de la época.

⁵ Onofroff, *Para no envejecer. El hombre no muere... Se mata! Método práctico autosugestivo para conservar el vigor y el aspecto de la juventud*, Barcelona, J. Horta y Cia., s/f; *Aprendan a hipnotizar. Tratado práctico por correspondencia. Resultado infalible en diez lecciones*, Barcelona, s/f. Existe un tercer trabajo del autor, escrito en francés, en el cual brinda detalles sobre su método de hipnotización: Onofroff, *L'hypnotisme à la portée de toutes les intelligences*, Quebec, S.-A. Demers, 1902.

⁶ Javier Pérez Andriújar, *Salvador Dalí: a la conquista de lo irracional*, Madrid, Algaba, 2003, p. 75.

⁷ *La Nación* (en adelante *LN*), 10 de marzo.

en la redacción de *La Prensa*, donde mostró sus habilidades.⁸ Los asistentes pudieron comprobar los poderes de este sujeto, sobre todo su capacidad para ejecutar, sin contacto físico y con los ojos vendados, las órdenes que un voluntario le envía solo con el pensamiento.

El martes 12 se produce uno de los encuentros más resonados de esta historia. Esa noche, Onofroff estuvo en los salones de Bartolomé Mitre, ante la presencia del ex presidente, miembros de *La Nación*, “señoras, niñas, caballeros distinguidos, hombres de ciencia y curiosos observadores”.⁹ El adivinador fue conducido a un cuarto aldeaño, mientras los presentes tramaban un crimen ficticio –el asesino era un hermano de Mitre, la víctima, su hija; el objeto robado fue escondido en el bolsillo de Luis Drago–. “Onofroff entró con los ojos vendados, seguido *a la distancia*, sin tocarlo, por una persona que conocía la trama y estaba obligada a pensar intensamente en lo que él debía descubrir.”¹⁰ El visitante, siempre vendado y sin entrar en contacto con su guía, descubrió al asesino, el arma y el objeto robado, desencadenando el aplauso entusiasta de los participantes. Según se desprende de una crónica aparecida unos meses después, el ex presidente debía ser quien diera las órdenes mentales, pero el ilusionista afirmó que aquel carecía de la fuerza psíquica necesaria, y por ese motivo su hijo Emilio tomó ese rol.¹¹ Onofroff ejecutó otras órdenes mentales, con igual éxito. El balance general realizado por el diario de Mitre no podía ser más positivo: “Ninguno de los adivinadores que ha venido aquí ha podido presentar fenómenos semejantes de sensibilidad a la transmisión del pensamiento. La impresión que nos ha dejado es interesante, y creemos que los espectáculos que ofrece al público el señor Onofroff, serán muy concurridos”.¹²

Ese mismo día, el martes 12, en las páginas de *El Tiempo* se afirmaba que Onofroff era ya “uno de los hombres que más da que hablar hoy en Buenos Aires”.¹³ También en *La Prensa* del día 13 leemos que las capacidades de Onofroff habían comenzado a despertar ya ciertas fantasías e interpretaciones, incluso antes de que el público conociera directamente sus actos. La gente, según este último diario, creía que el visitante era una suerte de oráculo, capaz de adivinar cualquier hecho acaecido e incluso el porvenir. En tal sentido, *La Prensa* había recibido ya una carta en la que su autor condenaba las acciones de Onofroff debido a que ellas atentaban contra la religión. El diario se encargaba de rechazar esa acusación, y agregaba que las habilidades del hipnotizador tenían que ver simplemente con hechos que la neurología o la psicología algún día explicarían. A renglón seguido, se informaba que habían recibido la demanda de una señora que, convencida de que Onofroff podía adivinar cualquier hecho, preguntaba si el ilusionista sería capaz de averiguar quién había robado ciertos objetos de una amiga suya.¹⁴

Tal era el clima previo a la primera función, programada para el viernes 15 de marzo. Pero aún ocurriría un hecho que, a la luz de los debates posteriores, resulta altamente significativo. En los diarios del jueves 14 se informa que ese día, a las 15:00, Onofroff debía presentarse ante el Departamento Nacional de Higiene, pues se le quería recordar que una norma vigente prohibía expresamente las sesiones públicas de hipnotismo.¹⁵ Al día siguiente, las columnas de *La*

⁸ *LP*, 12 de marzo.

⁹ *LN*, 13 de marzo.

¹⁰ *Ibid.*, 13 de marzo, cursivas en el original. Véase también *ET*, 13 de marzo.

¹¹ Florencio Madero, “Madero versus Onofroff”, *ET*, 13 de junio.

¹² *LN*, 13 de marzo. Véase *El Argentino*, 13 de marzo.

¹³ *ET*, 12 de marzo.

¹⁴ *LP*, 13 de marzo.

¹⁵ *LN*, 14 de marzo; *LP*, 14 de marzo.

Nación informaban que el ilusionista había aclarado, ante las autoridades de ese Departamento, que sus shows incluían solamente experiencias de adivinación, mas no de hipnosis. Por otro lado, había hecho demostraciones de sus habilidades ante esas autoridades, a resultas de lo cual el Departamento dio la correspondiente autorización para que los shows tuviesen lugar.¹⁶ He allí el segundo gran encuentro entre Onofroff y una figura destacada de las élites locales. De hecho, quien recibió al ilusionista fue José María Ramos Mejía, que por ese entonces dirigía la oficina de higiene. *La Prensa* dio algunos detalles sobre ese encuentro, y allí leemos que “El Dr. Ramos Mejía no ocultaba, como los demás médicos que presenciaron la experiencia, la favorable impresión que ésta les había producido”.¹⁷ Esa misma noche, prosigue ese diario, Onofroff había asistido al Círculo de Armas, donde se ganó los “merecidos aplausos” gracias a sus demostraciones.¹⁸

II. Primeros éxitos y primeros cuestionamientos

Ese fue el contexto que marcó la antesala del debut teatral de Onofroff. Los diarios del 16 de marzo dedicaron largas columnas al éxito obtenido por el ilusionista el día anterior a partir de las 20:00 horas en la sala del Odeón. *El Tiempo* puso el énfasis en la calidad del público que había gozado de las experiencias; en efecto, en esa primera función, los sujetos implicados en las actuaciones de Onofroff eran conocidos personajes de la cultura y la política local: Benjamín Roqué, el joven Montes de Oca y nada menos que Carlos Pellegrini. En esa misma dirección, el periódico recupera lo que, al parecer, había sido el gran éxito de la función: el momento en que el jefe de policía, general Campos, había desalojado de su palco al administrador de *La Nación*, Agustín de Vedia, pensando que lo hacía por voluntad propia; en verdad su acto respondía a una sugestión a distancia efectuada por el prestidigitador.¹⁹ *La Prensa*, por su parte, puso el acento en la gran cantidad de público que había asistido, y sobre todo en las expectativas ciertamente desmedidas que Onofroff había despertado entre los porteños. Además de la demostración de adivinación del pensamiento, el ilusionista había llevado a cabo sus fenómenos de fascinación, por medio de los cuales colocaba a ciertos sujetos en un estado de total obediencia, incluso de insensibilidad, tal y como mostró al atravesar con una aguja el músculo de uno de ellos, que no exteriorizó ningún signo de dolor.²⁰ En *La Nación* del 16 de marzo, por último, hubo dos largos artículos sobre Onofroff. El primero de ellos simulaba un diálogo entre dos personajes ficticios, Alfa y Omega, que habían visto las habilidades del ilusionista. Ese texto era firmado por “Misterium”. Y en esas columnas encontramos ya una dimensión que será cada vez más notoria en la discusión sobre nuestro personaje. En efecto, los hechos producidos en el teatro abren la puerta inmediatamente a una discusión sobre la existencia de fuerzas ocultas u objetos suprasensibles. Alfa se muestra escéptico, pues sospecha que el prestidigitador en verdad hace uso de algún truco para “adivinar” el pensamiento. Omega era más

¹⁶ *LN*, 15 de marzo. Onofroff sería citado nuevamente por el Departamento el día 20, ocasión en la que una vez más se le advirtió que le estaba vedado el uso de la hipnosis (*LP*, 21 de marzo; *LN*, 20 de marzo).

¹⁷ *LP*, 15 de marzo.

¹⁸ *LN*, 15 de marzo.

¹⁹ *ET*, 16 de marzo.

²⁰ *LP*, 16 de marzo.

conciliador. Por supuesto que no es concebible una transmisión de pensamiento, pero sería innegable que Onofroff posee una “fuerza oculta”.

El segundo artículo aparecido en la *La Nación* el día 16 contenía una reseña de la primera función del día anterior. Tal y como sus colegas, este diario ponía el acento en las cualidades personales del ilusionista, “que le recomiendan y hacen simpático no bien se presenta y dirige sus explicaciones al público, pues lo hace con tal sencillez, claridad y abstención de todo aparato teatral”.²¹

Luego del inicio de los espectáculos de Onofroff, hallamos en la prensa diaria los indicios de dos fenómenos o procesos divergentes acerca de los hechos en discusión. Por una parte, y en sintonía con la continua mención de los éxitos que ese personaje cosecha noche a noche en el Odeón, vemos aparecer la emergencia de ilusiones y esperanzas ligadas a los poderes que serían atributo del hipnotizador. Por otra parte, se desencadena una suerte de debate teórico o científico sobre la naturaleza de los hechos observados; ese debate estará referido a dos tipos de materias, o circulará por dos carriles relativamente autónomos. El primero de ellos estará referido al espiritismo y a las ciencias ocultas. El segundo, en cambio, se corresponde con una consideración del hipnotismo desde el punto de vista de la neurología.

El primer grupo de reacciones incluye fenómenos que pertenecen quizás a registros disímiles. Algunos de ellos son una continuación de las expectativas desmedidas que habían quedado de manifiesto, por ejemplo, en aquel pedido de una mujer para que Onofroff adivinara quién había robado dinero a su amiga. Otros, por el contrario, parecen inscribirse en el terreno de las fantasías seculares a las que se podía entregar un discurso especulativo o literario a partir del registro de fenómenos como los del ilusionista. Pues bien, veamos ejemplos de este primer gran grupo. El más elocuente tiene que ver con una noticia policial aparecida en *La Prensa* el 19 de marzo acerca de un doble asesinato cometido en Adrogué. La policía había detenido a un sospechoso, de apellido Núñez; a ese respecto leemos: “La policía local de Adrogué tomará hoy en consideración una indicación que recibió anoche de persona respetable, médico, solicitase hoy el concurso del hipnotizador para que Sr. Onofroff, que ha manifestado por otra parte deseos de auxiliar a la justicia o la autoridad en general en cualquiera averiguación de esa índole. Núñez sería, en tal caso, hipnotizado según la indicación del médico aludido, y en tal estado, sometido a un examen”.²²

En el mismo periódico, el día 25 de ese mes encontramos otra nota que refleja con igual elocuencia la génesis de una demanda dirigida a las capacidades de Onofroff, por fuera de sus *performances* teatrales. *La Prensa* refiere que había recibido la visita de un español residente en Colonia Ancalú, de la provincia de Santa Fe. Este hombre había realizado el trayecto de 80 leguas con el solo objetivo de conocer a Onofroff, a los fines de pedirle que, mediante hipnosis, le curara la sordera que padecía desde hacía muchos años.²³

En las páginas de *La Nación* del 18 de marzo hallamos una puesta al extremo, entre burlesca y ficticia, de este impacto de Onofroff sobre la imaginación de los porteños. Si bien se trata de un texto que se aproxima a la especulación fantástica, aun así, cuando su contenido es visto a la luz de las evidencias que acabamos de citar, sería una equivocación desestimar sus

²¹ Misterium, “La Esfinge. Diálogo”, *LN*, 16 de marzo.

²² *LP*, 19 de marzo.

²³ *LP*, 25 de marzo.

enunciados en función de que tal vez no posean un referente “real”. Por el contrario, tales fantasías pertenecen al mismo terreno que las abrigadas por esos actores que vimos aparecer en las últimas dos crónicas de *La Prensa*. El redactor anónimo del diario de Mitre dice conocer personas “que han prometido formalmente no salir de su casa, hasta que lo haga Onofroff de la ciudad, pues no es cosa de andarse por las calles expuesto a ver descubiertos íntimos y quizá secretos pensamientos”.²⁴ El autor prosigue su elucubración, enunciando la sospecha de que si muchos individuos tuviesen los poderes del hipnotizador, el mundo sería muy distinto, las palabras carecerían de sentido y nadie sabría cuándo obra por sí mismo o por efecto de una sugestión ajena.²⁵

Simultáneamente con la construcción de esas nuevas demandas y fantasías, se produjeron una serie de debates más bien teóricos. La presencia de Onofroff en Buenos Aires tuvo no solamente el poder de despertar esas expectativas inusitadas, sino sobre todo la capacidad de dar visibilidad a objetos teóricos novedosos, así como de reflatar controversias que parecían caducas.

III. Espiritismo y ciencias ocultas

Gracias a una lograda investigación llevada a cabo hace poco tiempo, es posible conocer con mucho detalle la historia de los círculos espiritistas que se desarrollan en Buenos Aires desde la década de 1870, así como el modo en que aquellas ideas –y las provenientes de la teosofía– podían habitar una cultura científica que reconocía la legitimidad de fenómenos y explicaciones aparentemente sobrenaturales.²⁶ De hecho, Soledad Quereilhac ha mostrado muy bien que, por ejemplo, muchos de los argumentos de las fantasías científicas desplegados en ese entonces por escritores como Eduardo Holmberg no eran meras ficciones imaginativas, sino que retomaban a su manera los resortes de una cultura en la cual –en parte debido a la proliferación de avances que mostraban la existencia de fuerzas maravillosa (rayos X, fonógrafo, etc.)– amplios sectores de “lo científico” eran capaces de reconocer el poder de fuerzas extrañas.²⁷

Ahora bien, algo que no había sido notado hasta hoy es que la visita de Onofroff de alguna manera reactualizó el interés por esas materias conflictivas. Dado que el hipnotizador parecía poner en acto habilidades incomprensibles y extraordinarias, fue natural que rápidamente su nombre hubiera quedado emparentado con la causa de las disciplinas ocultas. Así, en el transcurso de los tres meses en que el prestidigitador permaneció en Buenos Aires, el espiritismo o la teosofía volvieron a aparecer en los diarios más prestigiosos de la capital, muchas veces en artículos en los que tangencialmente se tocaba el tema de las experiencias del visitante.

²⁴ *LN*, 18 de marzo.

²⁵ Unas semanas después, el 1 de abril, en ese mismo matutino reaparecen fantasías del mismo calibre. En un texto que califica las demostraciones de Onofroff como “hechos misteriosamente positivos”, se especula con un escenario posible en que los reyes y los gobernantes tuviesen las capacidades del ilusionista de reducir completamente la voluntad ajena y diluir toda revuelta sin el uso de la fuerza. El texto se cierra mediante un sugestivo giro que va en dirección de lo que señalamos más arriba: “Entre tanto, debemos irnos habituando a la vida de novela y aceptando como ciertos los más caprichosos milagros de la imaginación”, “A vuela pluma”, *LN*, 1 de abril.

²⁶ Soledad Quereilhac, “La imaginación científica: ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entre siglos (1875-1910)”, tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2010.

²⁷ Véase también Sandra Gasparini, *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012.

Ese solapamiento entre Onofroff y el espiritismo se produjo sobre todo en las páginas de *La Nación* y de *El Tiempo*. Hemos hecho alusión al artículo del 16 de marzo firmado por “Misterium”, en el que el diálogo sobre la adivinación del pensamiento del célebre visitante daba pie a consideraciones sobre las ciencias ocultas, dentro de las cuales se incluía la teosofía. Acerca de ella, se emitían enunciados muy negativos. Pues bien, ese artículo desencadenó un encendido debate, del cual participó nada menos que Rubén Darío, quien por esos años se hallaba en la ciudad. El 20 del mismo mes, en un artículo titulado “Onofroffismo” y firmado por Raoul de Morlais, se criticaba la ligereza con que “Misterium” se había referido a la teosofía días atrás.²⁸ El día 22 de marzo aparece, en ese mismo medio, un artículo de Rubén Darío en defensa de la posición de “Misterium”. Una vez más, con la excusa de hablar de Onofroff, se pone en discusión la credibilidad de la corriente teosófica; el escritor nicaragüense refiere que en realidad “Misterium” se había esforzado por conocer en profundidad los fundamentos de la corriente lanzada por Blavatsky, y resume las principales críticas que aquella había recibido por parte de autores como Sedwig o Hodgson. En un cierre cargado de ironía, Rubén Darío se dirigía de esta manera a Raoul de Morlais: “Ah, es doloroso tener que convencerse de que madame Blavatsky no haya podido prolongar su vida quinientos años [...] y que Onofroff, el grande y culto Onofroff, tenga que sufrir muy pronto la misma suerte, el mismo triste olvido que la serpentina, el hombre descuartizado y *La Verbena de la Paloma*”.²⁹ Unas semanas más tarde, el día 8 de abril, Raoul de Morlais entra en escena nuevamente, por un lado para lamentar que alguien tan poco informado como Rubén Darío haya decidido participar del debate, y, por otro, para reiterar la seriedad de los enunciados teosóficos.³⁰

Por esos mismos días, y también en las páginas de *La Nación*, el nombre de Onofroff vuelve a ser utilizado para una consideración sobre fenómenos ligados a las disciplinas ocultas. De hecho, durante cuatro días consecutivos, entre el 28 y el 31 de marzo, aparecen en ese periódico artículos sobre los poderes sobrenaturales de una mujer de 17 años, vecina de Baradero. El texto, que por primera vez da noticias sobre los hechos, porta un largo título: “Un caso de fakirismo. ¡Enfonce Onofroff! La Señora V. de Jeanmaire en el Baradero. Floreros que bailan, saltan y vuelan”. En esa columna se refieren los hechos que habían conmocionado a los vecinos de esa localidad, en la cual una joven mostraba “facultades de atracción magnética superiores tal vez a las que han hecho de Onofroff la celebridad del día”.³¹ Cada vez que esta joven entraba a una habitación, los floreros comenzaban a moverse, y se escuchaban extraños ruidos en las paredes. Hacia el final de la nota se informa que el mismo Onofroff había tomado conocimiento de estos accidentes, y había prometido ir hacia Baradero para verlos en persona. Al día siguiente aparece una segunda nota, que recoge las averiguaciones de un corresponsal enviado expresamente por el diario. Este último se había entrevistado con el padre de la joven, quien había confirmado los hechos, y había referido dos ocasiones en que su hija lo había hipnotizado.³² El día 30 el periódico publica, junto con un retrato de la joven Lydia Visca de Jeanmaire, un segundo informe del enviado especial, cuyo comienzo reza: “Regreso de tener una entrevista con

²⁸ Raoul de Morlais, “Onofroffismo. Misterium y la Sociedad Teosófica”, *LN*, 20 de marzo.

²⁹ Rubén Darío, “Onofroffismo. La comedia psíquica. Respuesta de Misterium al señor de Morlais”, *LN*, 22 de marzo, cursivas en el original.

³⁰ Raoul de Morlais, “Un poco de teosofía. Madame Blawatsky (sic)”, *ibid.*, 8 de abril.

³¹ *Ibid.*, 28 de marzo.

³² *Ibid.*, 29 de marzo.

la señora [...], y habiéndola visto verificar varios de los extraordinarios fenómenos que produce, debo afirmar que, mediante el poder desconocido de que está dotada, hace cambiar de sitio, a la distancia, por el solo esfuerzo de su voluntad, los objetos que le son más familiares”.³³ En efecto, allí leemos diversas experiencias exitosas (movimiento de objetos, imantación, etc.) que la joven había realizado en presencia del periodista. Como cierre de la nota, se informa que el señor Jeanmaire tenía deseos de presentar a su esposa a Onofroff, para que este “la tranquilice y le dé instrucciones prácticas sobre el modo de emplear sus facultades de un modo racional”.

Esta olvidada noticia sobre Baradero devela, en primera instancia, el modo en que la presencia de Onofroff volvió a abrir el espacio para debatir, en la prensa cotidiana, sobre problemas que por esos años aparecían mayormente en las páginas de las revistas espiritistas de la capital.³⁴ Pero en segunda instancia, muestra que la curiosidad despertada por los shows del teatro Odeón era en realidad solamente un segmento de una conciencia que estaba siempre dispuesta a dar credibilidad a experiencias que unas décadas más tarde serían cada vez más desterradas de las publicaciones eruditas.

Es momento de ocuparnos de un segundo tipo de debate construido alrededor de la presencia de Onofroff. Las experiencias del ilusionista llamaron rápidamente la atención de los médicos porteños, y alrededor de ellas se puso a prueba un renovado lenguaje neurológico y se debatió en profundidad sobre el problema de la hipnosis. Se trata esta vez de numerosos artículos que los profesionales egresados de la escuela de medicina publicaron en los medios locales. De todas maneras, hay que hablar también de una voz distinta. Habremos de comenzar con ella no solo porque no pertenece al gremio galénico, sino porque esos textos se ubican a medio camino entre la anterior discusión sobre las ciencias ocultas y el afán de utilizar el vocabulario de la neurología para enunciar el secreto de los actos en cuestión. Nos referimos al extenso reportaje realizado por el diario *El Tiempo* a un tal “Doctor Mc Kliner”, aparecido en trece entregas entre el 23 de marzo y el 25 de abril de aquel año. No sería demasiado arriesgado sostener que se trata claramente de una entrevista que jamás existió; diversos elementos de esas entregas parecen indicar la naturaleza ficcional del “reportaje”. El presunto doctor sería un científico escocés que desde hacía años se había refugiado, en casi absoluta soledad, en una pequeña casa en La Plata. No hay indicios que permitan establecer certeramente la autoría de esas columnas. Pero lo cierto es que en esas páginas se da cuenta de un acabado conocimiento de una vasta literatura científica, médica y neurológica, en la cual aparecen los nombres de Richet, Janet, Luys y Lieubault. De hecho, algunos de los pasajes de esas entregas se adelantaban a lo que por esos mismos días los médicos de Buenos Aires podían escribir sobre psicopatología.

Al igual que en el debate sobre teosofía, aquí también es explícito que la presencia de Onofroff es lo que sirve de puntapié inicial para una discusión que rápidamente tomará carriles variados. Así, en la presentación de Mc Kliner leemos: “Díjosenos que ha consagrado muchos

³³ LN, 30 de marzo.

³⁴ Unas semanas más tarde, un médico de la capital establecía un nexo causal más firme entre la presencia de Onofroff y los hechos de Baradero. Según Benjamín Larroque, la atención prestada al ilusionista podía provocar una epidemia de histerismo, tal y como se comprobaría en el caso de Jeanmaire. Véase Benjamín Larroque, “Peligros del hipnotismo”, *ET*, 3 de abril. Cabe recordar que un año atrás aquel profesional había publicado un breve texto sobre un abogado de 28 años que se creía víctima de hipnosis constantes; el médico hacía el siguiente comentario sobre el contenido de ese delirio: “Es hipnotizado. Esta palabra tan esparcida en la época actual, parece haberlo impresionado y se ha amparado de ella”. Véase Benjamín Larroque, “Perseguido por el hipnotismo”, *Anales del Círculo Médico Argentino*, n° 17, 1894, p. 284.

desvelos a inquirir los llamados fenómenos del ocultismo; y creímos que quizá pudiera él explicarnos los que produce en estos momentos Onofroff”.³⁵ La meta del entrevistado será mostrar que diversos fenómenos, incluidos los que se ven todas las noches en el Odeón, obedecen en realidad a leyes físicas.³⁶ Por ejemplo, muchos de los hechos espiritistas (movimientos de mesas y ruidos en las paredes) han de ser explicados por la intervención de un fluido o una fuerza (llamada “neuroecténica”) proveniente del sistema nervioso del hombre, y capaz de irradiarse sobre los objetos y producir modificaciones en ellos.³⁷ El presunto médico se detendrá especialmente en lo que por esos años se conoce como la escritura automática o inconsciente; se trata de las entregas 5, 6 y 7 del reportaje, que llevan por subtítulo la leyenda “¡Abajo el espiritismo!”.³⁸ En efecto, la tesis de este personaje es que los espiritistas se dejaron confundir por fenómenos que hallan una explicación en el terreno de la neurología.³⁹ Para mostrarlo, Mc Kliner ofrece muchos detalles de experiencias propias de escritura automática, en las cuales su mano escribía frases y diálogos que pertenecían a sujetos distintos a su persona –entre ellos, Rivadavia–. Cada uno de esos sujetos, agrega Mc Kliner, es un producto de ciertas células cerebrales, o lo que también llama “lo Inconsciente”. Según su parecer, tales comportamientos muestran un “desdoblamiento de la personalidad psicológica; y la coexistencia de funcionamientos cerebrales independientes”.⁴⁰ Respecto de los actos de telepatía como los que Onofroff solía realizar, Mc Kliner esbozaba una explicación que dejaba de lado la sospecha de alguna trampa. De hecho, en la persona que daba las órdenes se efectuaban leves exteriorizaciones, que el ilusionista, sumido en una suerte de autosugestión que le permitía acentuar sus umbrales de sensibilidad, era capaz de captar.⁴¹ Más aun, a partir de los avances de la física en materia de rayos, Mc Kliner se permitía preguntar acerca de si la naturaleza, como tantas veces, no sería capaz de producir esos mismos fenómenos. Si fuera así, cabía la esperanza de augurar que la facultad de adivinar los pensamientos ajenos, que por ese entonces era atributo exclusivo de unos pocos seres, por medio de la evolución de la especie terminara transformándose en un nuevo sentido asequible a todos los individuos.⁴²

IV. Onofroff y los médicos porteños

Si bien lo discutido hasta aquí formó parte esencial de los debates generados por Onofroff, la controversia más resonante tuvo que ver con dos aspectos aún no revisados. El primero de ellos, ligado al hipnotismo y sus peligros, tuvo como protagonistas principales a importantes médicos de la ciudad. El segundo, en cambio, estuvo marcado por el descubrimiento de que las presuntas capacidades del visitante descansaban en la puesta en práctica de una serie de trucos escénicos.

³⁵ “Lo Maravilloso. Fenómenos extraordinarios. Reportaje al Doctor Mc Kliner. Un sabio oculto”, *ET*, 23 de marzo.

³⁶ *Ibid.*, 26 de marzo.

³⁷ *Ibid.*, 29 de marzo.

³⁸ *Ibid.*, 2, 4 y 8 de abril.

³⁹ Incluso en la quinta entrega Mc Kliner se permite pedir una ley que ordene la clausura de las sociedades espiritistas, por el mal que producen en los hombres. En esas mismas columnas, este sujeto compelió a los médicos a interesarse seriamente por la escritura automática y demás fenómenos inconscientes; véase *ibid.*, 2 de abril.

⁴⁰ *Ibid.*, 4 de abril.

⁴¹ *ET*, 13 de abril.

⁴² *Ibid.*, 20 de abril.

Al revisar las posturas asumidas por los médicos locales en relación con Onofroff, es interesante comprobar hasta qué punto las mismas fueron divergentes entre sí. El puntapié inicial fue dado por Antonio Piñero en las páginas de *La Nación* del 17 de marzo.⁴³ Para descontento de sus colegas, Piñero comenzará asumiendo una posición ciertamente positiva hacia las actividades del ilusionista; según su parecer, “Estos fenómenos son reales y las condiciones experimentales en que se producen son de tal manera sencillas e inequívocas, que hacen del todo improcedente cualquier medida de precaución contra posibles supercherías”. Resulta evidente que el médico asume que está en juego una capacidad telepática real, que la ciencia no puede aún explicar con certeza. Según las palabras del médico, los fenómenos realizados por Onofroff “implican la intervención de fuerzas desconocidas, de agentes distintos de los que la ciencia ha descubierto”. En tal sentido, Piñero dice que Onofroff, en sus sesiones de adivinación del pensamiento, se comporta como un “eco fonográfico del guía”. Por otro lado, el profesional se muestra convencido de que si la experiencia falla, la culpa es del guía; en algunos casos, las señales transmitidas por el guía son demasiado débiles, y Onofroff puede ejecutar la orden mental recién cuando el guía es reemplazado por otro.

En las páginas de *El Tiempo*, por su lado, veremos aparecer voces médicas levemente distintas. Tal y como comprobaremos en lo que sigue, en ese periódico aparecerán las críticas más abiertas dirigidas contra Onofroff, tanto en lo que atañe al debate médico como en lo que respecta a la credibilidad general de los shows. El primer signo de suspicacia aflora en una nota con un título muy sugestivo.⁴⁴ La misma no lleva firma, pero es evidente que su autor es Román Pacheco, pues en los días subsiguientes aparecerán artículos con su firma en ese mismo medio. El médico lamenta del modo más firme que se permita a Onofroff hacer uso de la hipnosis en shows públicos cuyo destino es el lucro. Según el parecer del autor, usar la hipnosis de ese modo es como usar la morfina en circunstancias similares; en efecto, el ilusionista se aprovecha de la curiosidad de sujetos nerviosos y enfermos, que aceptan someterse a sus experimentos, pero que desconocen las consecuencias. En muchos casos, prosigue el profesional, tales ensayos hipnóticos desencadenan enfermedades nerviosas irreversibles. Advertidos de esos efectos, en la mayoría de los países europeos se han prohibido las demostraciones públicas de hipnosis. En síntesis, la nota concluye que “de seguir este ‘mago’ con sus funciones de teatro, pronto tendremos una epidemia de histerismo”.⁴⁵ Al día siguiente, Pacheco prosigue su campaña, centrándose esta vez en el texto de Antonio Piñero aparecido en *La Nación*. Descarta, amparándose en la opinión de autoridades como Gilles de la Tourette, que para explicar los fenómenos de presunta telepatía haya que hablar de “fuerzas desconocidas para la ciencia”, tal y como pretendía Piñero. La supuesta capacidad de adivinar el pensamiento se basa en un sencillo juego de salón: estableciendo esporádicos contactos físicos con su guía, Onofroff, debido a su estado morbo de autosugestión, se encuentra en una condición de hiperestesia, y es capaz de percibir signos inconscientes, pistas involuntarias que su guía le administra.⁴⁶ El peligro social al que alude el título residiría no solamente en las derivaciones más o menos mediatas de las hipnotizaciones de Onofroff, sino en el hecho de que los asistentes, muchas

⁴³ Antonio Piñero, “Onofroff. Los fenómenos que realiza. Algunas observaciones al respecto”, *LN*, 17 de marzo.

⁴⁴ “El ‘fascinador’ Onofroff y sus representaciones teatrales. ¿Deben éstas tolerarse? ¿Estará ‘hipnotizado’ el Departamento de Higiene?”, *ET*, 19 de marzo.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Román Pacheco, “Un peligro social. Onofroff y sus representaciones”, *ibid.*, 20 de marzo.

veces neurópatas o degenerados, intentarían repetir esas adivinaciones en sus casas, y esos ensayos arruinarán su salud. El 21 de marzo, Pacheco publica el tercer texto sobre los peligros de las demostraciones públicas de hipnotismo.⁴⁷ Para abonar su reclamo de que el Departamento de Higiene prohíba de una vez los shows de Onofroff, el médico cita el parecer de diversos autores europeos que ya habían señalado los perjuicios provocados por las experiencias de los magnetizadores de feria.⁴⁸

El mismo día 21 Piñero publica un segundo texto, cuyo cometido es rastrear las experiencias que hacen las veces de antecedentes de los actos de Onofroff.⁴⁹ Al desarrollar su argumento, se percibe que en realidad Piñero comparte varios supuestos con Pacheco. Al fin y al cabo, también para el primero todo se resume en la capacidad del ilusionista de “leer” ciertos signos físicos imperceptibles de su guía, simulando así una capacidad de lectura del pensamiento. Su conjetura es que el hipnotizador, gracias a una especial capacidad sensorial, sería capaz de sentir “a distancia las modificaciones respiratorias y demás fenómenos que presenta el guía como efecto de la contención mental”.

Unos días más tarde, Piñero publica en esas mismas páginas una carta abierta a Pacheco, en la cual objeta a su colega que él se niegue a creer los fenómenos que no puede explicar.⁵⁰ Piñero insiste en que él ha visto con sus propios ojos los experimentos en que Onofroff, sin contacto con su guía, ejecuta las órdenes mentales. Y reprende a su destinatario por querer desconocer la realidad de tales hechos comprobados: “Negar lo que no se concibe equivale a la ilusión del avestruz que cree evitar el peligro metiendo la cabeza en la arena”. Por último, lo más valioso de la carta es que Piñero recuerda que fue él quien redactó unos años atrás, cuando pertenecía al Departamento de Higiene, la reglamentación vigente sobre hipnotismo. De hecho, la carta va acompañada por el texto de esa reglamentación, en la que leemos que se prohibía expresamente toda representación pública de hipnosis. Al día siguiente, como era de esperar, aparece la respuesta de Pacheco, en la cual se muestra complacido de que, al fin y al cabo, coincidan en diversos puntos, sobre todo en lo que respecta a la peligrosidad de las representaciones públicas. Por otro lado, no pierde oportunidad de señalarle la contradicción

⁴⁷ Román Pacheco, “Un peligro social. Onofroff y sus representaciones (Conclusión)”, *ET*, 21 de marzo. Pacheco sería secundado poco después por Benjamín Larroque, quien en una columna aparecida el 3 de abril pedía que se prohibiera el espectáculo de Onofroff; Benjamín Larroque, “Peligros del hipnotismo”, *op. cit.* En ese artículo, Larroque recordaba que él ya había manifestado su opinión contraria al uso terapéutico de la hipnosis durante una sesión de la Société Médico-Psychologique de París en febrero de 1887. En efecto, su intervención fue recogida en el volumen de los *Annales Médico-psychologiques* correspondiente a ese año (pp. 475-480). Un mes más tarde, el 9 de mayo, apareció una traducción de esa discusión en las páginas de *ET*.

⁴⁸ Pacheco –que muestra por cierto una florida erudición en la materia– señala incluso que en el *Congreso Internacional de Hipnotismo* celebrado en París en 1889 se había tomado una resolución en contra de los shows públicos de hipnosis. Lo que Pacheco no advirtió es que precisamente las experiencias de Onofroff estuvieron presentes en la discusión de 1889 sobre la necesidad de prohibir tal tipo de shows. En efecto, en la comunicación que abrió tal debate, redactada por el doctor Ladame (de Ginebra), leemos: “Recientemente, para concluir, hemos sostenido una polémica en la prensa luego de las sesiones públicas de otro magnetizador famoso, el señor Onofroff, cuyas representaciones fueron prohibidas cuando él dio a sus individuos sugerencias poshipnóticas proclives a alterar el orden público, al enviarlos a la hora del mediodía a ejecutar diversas pantomimas en una de las plazas más frecuentadas de la ciudad”. Véase Ladame, “La nécessité d’interdire les séances publiques d’hypnotisme - Intervention des pouvoirs publics dans la réglementation de l’hypnotisme”, en Edgar Bérillon (ed.), *Comptes rendus du Premier Congrès International de l’Hypnotisme*, París, Octave Doin, 1889, pp. 28-44. Vale recordar que tanto en ese congreso como en otras publicaciones Delboeuf demostró ser un férreo opositor a la proscripción del uso público de la hipnosis.

⁴⁹ Antonio Piñero, “Cumberland - Onofroff”, *LN*, 21 de marzo.

⁵⁰ Antonio Piñero, “Onofroffismo. Carta Abierta”, *ibid.*, 26 de marzo.

existente entre el primer texto –en el que se apelaba a fuerzas ocultas para fundamentar los fenómenos– y los dos siguientes, en los cuales Piñero daba una explicación absolutamente racional de los actos de Onofroff.

A nuestro entender, esta controversia entre Piñero y Pacheco nos acerca una intelección muy valiosa del modo en que la corporación médica de entonces se posicionaba respecto de un problema como la hipnosis. La vacilación mostrada por Piñero –que Pacheco supo captar inmediatamente– constituye un síntoma locuaz de las dificultades a las que se exponía una ciencia que, enfrentada al cúmulo de los novedosos fenómenos ligados a la hipnosis y el funcionamiento nervioso inconsciente, tomaba conciencia de las limitaciones de un saber recibido y aceptado. Ante el descubrimiento de las hiperestesias de los hipnotizados –y el ejemplo extremo, citado por los médicos que se ocupan por ese entonces de Onofroff, está dado por los ensayos de Luys en París para mostrar que los hipnotizados eran capaces de sufrir los efectos de medicamentos colocados a distancia–, las grillas interpretativas podían mostrarse demasiado simplificadas, incapaces de traducir la riqueza de los hechos. Había dos alternativas: o bien se aceptaba la realidad de todos los hechos, haciendo lo posible por construir nuevos lenguajes pero reconociendo al mismo tiempo que había “fuerzas” o “fluidos” que la ciencia aún no podía explicar; o bien la búsqueda de los nuevos conceptos era complementada por una partición entre los hechos reales y los ficticios –definidos estos últimos, según el caso, por la acusación de simulación, superchería, etcétera–.

A los fines de remarcar el posicionamiento paradójico de la medicina oficial respecto de los espectáculos de Onofroff, vale abrir aquí un pequeño paréntesis para ensayar un rápido bosquejo de la historia de la relación entre los galenos locales y el hipnotismo –historia que, por razones obvias, no podemos desarrollar aquí en su debida extensión–. Esa historia trata, en gran medida, del modo en que la corporación profesional se apropió de una práctica que ya tenía su tradición en la trama social, pues el hipnotismo era ejercido por profanos y estaba ligado a experiencias que no respondían a los lineamientos de la academia. Para ilustrarlo, vale introducir aquí unas anécdotas sobre Ramos Mejía. Para el momento en que Onofroff está en Buenos Aires, este médico dirigía el Departamento de Higiene que, con una vacilación que despertó las quejas de otros colegas, recordaba al visitante la prohibición de representaciones públicas con hipnosis. Los rastros que han quedado del encuentro entre las autoridades y Onofroff develan el trasfondo de esa vacilación: ¿qué tipo de autoridad podía ejercer una institución cuyos miembros habían quedado maravillados por las demostraciones que el ilusionista hizo en su presencia? Ahora bien, la recuperación de otros episodios nos ayuda a reconstruir esa historia. Si confiamos en la memoria de Cosme Mariño, para 1881 el futuro autor de *Rosas y su tiempo* descreía llanamente de la existencia del hipnotismo. Habría manifestado su incredulidad en el contexto de una conferencia dada por un defensor del movimiento espiritista.⁵¹ Unos siete años más tarde, en el seno del servicio de neurología que él dirigía en el Hospital San Roque, uno de sus discípulos emprendía las primeras curas por sugestión realizadas sobre casos de histeria por un médico porteño.⁵² Entre una fecha y otra se ha producido la lenta apropiación por parte de la medicina académica de todo lo relativo a la hipnosis. De allí en

⁵¹ Cosme Mariño, *El espiritismo en Argentina*, Buenos Aires, Constancia, 1931, p. 48.

⁵² Esas curaciones son el núcleo de la tesis de grado de Salustiano Arévalo, *Apuntes sobre la influencia de los medios morales en el tratamiento de la histeria*, Buenos Aires, L'Italia, 1888.

adelante esa ciencia se arrogaría el derecho de difundir el único saber válido acerca de los fenómenos de sonambulismo magnético, y se encargaría por supuesto de prohibir el ejercicio de la hipnosis a todo actor que no proviniera de las aulas de la Facultad de Medicina. Se trató obviamente de una batalla que no pudo ser ganada de inmediato. Durante algún tiempo seguiría habiendo sanadores o “curanderos” que utilizarían el sueño hipnótico; en el transcurso de esos años otros discursos, sobre todo el espiritista, intentarían ofrecer una explicación alternativa de esos hechos. Esa peligrosa proximidad entre el campo del hipnotismo y tradiciones ajenas a la ciencia oficial sería la causante de las actitudes por momentos vacilantes o contradictorias de la ciencia médica. Por ejemplo, los médicos que en 1895 impugnaban con desprecio la posibilidad de que Onofroff pudiera realmente “adivinar” el pensamiento de los sujetos de sus shows habían leído quizá hacía poco con absoluta aprobación la tesis médica de Gregorio Rebas; en esa tesis –que hasta la aparición, en 1904, del trabajo de José Ingenieros *Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas*, sería el tratado más completo sobre sugestión elaborado por un médico de la capital–, el autor imputaba a sus pacientes hipnotizados la capacidad de conocer, en virtud de alguna extraña capacidad hiperestésica, los pensamientos del sugestionador.⁵³ Por otro lado, en su lucha contra los ejercicios profanos de la hipnosis, la medicina establecerá reglamentaciones que ni siquiera ella era capaz de obedecer. Así, en la ordenanza de comienzos de la década de 1890 tendiente a prohibir los shows públicos de hipnosis se imponen exigencias que ni Rebas ni ningún otro médico que haya dejado rastros de curas hipnóticas estaban en condiciones de respetar; por caso, la exigencia de no proceder a “la hipnotización del enfermo sin su consentimiento y sin la intervención al acto de parientes del enfermo”.⁵⁴

V. Manuel García y la “muerte” de Onofroff

Estos debates médicos –y algunos otros, que analizaremos en el siguiente apartado– fueron la antesala inmediata del rápido declive del prestigio de Onofroff. Los periódicos comenzaron a dar lugar a críticas muy severas sobre las acciones del visitante, y la discusión erudita sobre la ciencia oculta y la hipnosis fue reemplazada por una denuncia frontal de los subterfugios profanos con los que el hipnotizador habría engañado a los porteños desde su llegada a la ciudad.

Ya el 30 de marzo, *El Tiempo* publica una carta escrita por Rafael Nicolari, director de “La Lotería”.⁵⁵ Dos días antes este sujeto había ido al show de Onofroff, y se había ofrecido como voluntario para los ejercicios de fascinación. Pero el ilusionista operó solamente sobre quienes precedían a Nicolari, mas no sobre él, quien ya estaba en el escenario. Según relata el autor de la carta, se desencadenó una discusión entre él y Onofroff en presencia del público cuyo resultado fue que el hipnotizador lo expulsara de la escena. Debido a que un altercado similar ya se había producido cuando el hijo de un diputado se había ofrecido a ser fascinado, Nicolari se permitía hacer un grave comentario sobre el espectáculo: “diré también que todos los que acuden á su llamado para ser fascinados, son siempre, en la mayoría, los mismos, lo

⁵³ Gregorio Rebas, *La sugestión en terapéutica*, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1892.

⁵⁴ “Ordenanza reglamentando las prácticas hipnóticas”, *LN*, 26 de marzo.

⁵⁵ Rafael Nicolari, “El director de ‘La Lotería’ y el fascinador Onofroff”, *ET*, 30 de marzo.

cual comprueba que son pagos”. De todas maneras, hay que remarcar que esa denuncia no tuvo eco por el momento, y habría que esperar hasta fines de abril para que se produjera la definitiva condena sobre Onofroff.

De hecho, durante todo el mes de abril, las noticias sobre el prestidigitador fueron escasas. El día 31 de marzo habían terminado las funciones en el Odeón, y el 17 de abril volvería a los escenarios de La Zarzuela. Según se infiere de una nota de *La Prensa*, el proyecto original del ilusionista era partir hacia Montevideo luego de sus shows en aquel primer teatro, pero debió permanecer en Buenos debido a que una cuarentena que afectaba la capital de Uruguay hacía imposible su viaje.⁵⁶ Onofroff llegó incluso a realizar, el día 6 de abril, una comida de despedida: “Anoche, y como muestra de la gratitud que siente por las deferencias de que ha sido objeto por parte del público y de la prensa de Buenos Aires, Onofroff obsequió con una comida íntima a varios amigos y representantes de los principales diarios”.⁵⁷ ¡Cuán distinto habría sido el destino de Onofroff en la memoria de Buenos Aires si esa cuarentena jamás hubiese existido! En efecto, recién luego de comenzados sus espectáculos en La Zarzuela se produce el descubrimiento que termina definitivamente con el prestigio del ilusionista.

Es interesante señalar que incluso en las páginas de *El Tiempo* –y a pesar de que a comienzos de abril aparecía la nota de Larroque junto con la noticia de que el Departamento de Higiene había ordenado a la policía que suspendiera los experimentos de Onofroff–⁵⁸ seguirían figurando breves noticias más o menos positivas sobre el adivinador. Así, el día 13 de abril se informaba que esa noche ofrecería en el Teatro El Nacional una función a beneficio de la viuda del fallecido doctor Francisco Silveyra, durante la cual prometía descubrir el nombre del nuevo ministro de Guerra y Marina que el presidente aún no había anunciado.⁵⁹ Casi como si se tratase de la reduplicación de las vacilaciones de la corporación médica, tampoco este diario pudo asumir una postura inequívoca respecto de las experiencias. También aquí vemos aparecer una suerte de paradoja, por la cual en las mismas páginas en que se escribían las peores diatribas contra Onofroff, había también espacio para la celebración de sus facultades. Así, el día 16 aparece un extenso artículo con una entrevista a Dupuy de Lome, secretario de la Legación de España en Buenos Aires.⁶⁰ Este ilustre sujeto había participado activamente en la función del 31 de marzo en el Odeón, y Onofroff había sido capaz de ejecutar con impecable precisión todas las órdenes mentales que aquel le dio en esa oportunidad: “He podido darme cuenta [...] que Onofroff se convierte en un espejo, un espejo admirable del cerebro ajeno”. Dos días más tarde, el matutino informaba que las funciones en La Zarzuela habían comenzado a sala llena, y que Onofroff había sido muy aplaudido.⁶¹

De todas formas, ese presunto estado de calma llega a su fin el 30 de abril. Ese día se publica en *La Nación* una nota sobre la visita a la redacción de quien habrá de convertirse en el seguro verdugo de Onofroff. Un estudiante de derecho de 19 años llamado Manuel García, oriundo del Uruguay, se había presentado diciendo que podía realizar todas las experiencias de Onofroff;

⁵⁶ *LP*, 18 de abril.

⁵⁷ *Ibid.*, 7 de abril.

⁵⁸ “Los experimentos de Onofroff y el Departamento de Higiene”, *ET*, 3 de abril.

⁵⁹ *Ibid.*, 13 de abril. Al respecto véase también *La Nación*, 11 de abril de 1895. El día 14 este diario afirmaba que Onofroff había obtenido muchos aplausos en su velada benéfica.

⁶⁰ “El secretario de la legación española y Onofroff. ¿No adivina el pensamiento? Reportaje interesante”, *ET*, 16 de abril.

⁶¹ *ET*, 18 de abril.

más aun, anunciaba que en realidad cualquier persona podía repetirlos.⁶² En efecto, durante la sesión con los periodistas del diario de Mitre, llevó a cabo con total éxito actos de órdenes mentales, al estilo de Onofroff. Dos semanas más tarde, el joven visita la redacción de *El Tiempo*.⁶³ Y en los días que siguen, ese matutino imprime una larga serie de artículos –incluso más de uno por día, en sus ediciones segunda y tercera– destinados a condenar las experiencias del ilusionista, sobre todo mediante la revelación de los trucos de los que aquel se servía para efectuar sus presuntas adivinaciones. En uno de los textos más tempranos de esa campaña de desprestigio leemos que ese descubrimiento era en verdad una vergonzosa advertencia hacia los médicos y los intelectuales que se habían dejado fascinar por las supuestas capacidades del visitante: “¡Perdóneme Onofroff, el onofroffidicio! ¡Perdóneme el respetable público bonaerense que me ría a carcajadas por su increíble candidez! ¡Perdónenme las honorables corporaciones médico-científicas europeas y argentinas que me apriete los ijares al verlas en la más desairada situación que se puede concebir!”⁶⁴

En los días subsiguientes, Manuel García se encarga de sembrar el desprestigio de su oponente. El 27 de mayo se presentó en una fiesta de beneficencia en el Pabellón Argentino y mostró una vez más que él podía repetir con éxito los milagros de Onofroff. Mientras que al comienzo García no revelaba dónde residía el secreto, en sus recientes apariciones mostraba que en verdad el supuesto mago veía, pues las sacudidas y los saltos que aquel daba constantemente, debidos presuntamente a su estado nervioso particular, no tenían otro fin que permitirle ver a pesar de la venda. De esa manera veía los movimientos de su guía, quien sin darse cuenta le iba indicando a dónde dirigirse.⁶⁵

El 29 de mayo aparece una carta de Onofroff dirigida al director de *La Prensa*, en la cual el ilusionista se defendía de los ataques recibidos, y ofrecía dar un show en la redacción del diario, ante periodistas y científicos, que podrían comprobar que no había engaño en juego.⁶⁶ El director del diario le recomendaba más bien que realizara su demostración en alguna institución de médicos, pues serían ellos los mejores capacitados para juzgar.⁶⁷ Siguiendo ese consejo, el día 3 de junio Onofroff se presentó espontáneamente ante Ramos Mejía en el Departamento de Higiene, solicitándole que designara una comisión de médicos para que evalúen sus experimentos, que realizaría allí mismo. Esa fue, a todas luces, la última aparición del ilusionista. Para lamentación suya, la jornada resultó un relativo fracaso. Los médicos allí presentes se encargaron de poner a Onofroff una ajustada venda, colocando antes unos taponés de algodón sobre los

⁶² “Onofroff superado. Una sesión curiosa. Cosas admirables, traviesas e inteligentes”, *LN*, 30 de abril.

⁶³ “La última palabra sobre onofroffismo”, *ET*, 18 de mayo.

⁶⁴ “La muerte de Onofroff. El onofroffismo, la más inicua farsa imaginable. Revelación del sistema. Tremenda audacia e incalificable hecho. ¡Que nos devuelvan la plata!”, *ibid.*, 24 de mayo, segunda edición. Ese mismo día, en la tercera edición, aparece otra pequeña nota titulada “La muerte de Onofroff. A los que porfían aún”. Véase también “La muerte de Onofroff. Absoluta confirmación de las revelaciones de *ET*. Onofroff descubierto emprende la retirada”, *ibid.*, 27 de mayo.

⁶⁵ *LN*, 27 de mayo. Véase también “Cosas del día. El caso extraño del sr. Onofroff. Reportaje a Manuel García. En donde todo queda explicado”, *ibid.*, 1 de junio de 1895. Este último reportaje es comentado ese mismo día en *ET*, que para ese entonces batalla por que se reconozca que ese diario fue en verdad el primero en denunciar los engaños de Onofroff; “Entierro de Onofroff. R.I.P. Confirmación categórica de lo dicho por *El Tiempo*. Una palabra oportuna”, *ET*, 1 de junio.

⁶⁶ Onofroff, “Carta de Onofroff. Una demostración práctica”, *LP*, 29 de mayo.

⁶⁷ Desde *ET* saludaron esa respuesta del director del periódico contrincante, con un breve artículo: “Últimos momentos de Onofroff. Esfuerzo supremo por una resurrección imposible. ¡Basta ya de comedias y con la música a otra parte!”, *ET*, 29 de mayo.

párpados. A resultas de ello, el adivinador no pudo cumplir las primeras tres órdenes mentales que se le dieron. En el cuarto intento pudo realizar a medias lo solicitado, y recién en los últimos dos actos logró su cometido. Tanto *La Prensa* como *La Nación* afirmaron que, dados esos resultados, la sesión no había colaborado demasiado ni para la defensa de Onofroff ni para su condena.⁶⁸ Por el contrario, según *El Tiempo*, el resultado había sido “un completo fiasco”, y lo que debía hacer “el milagrero es marcharse cuanto antes y no fastidiarnos más con sus ridiculeces”.⁶⁹

El ilusionista había prometido presentarse al día siguiente, el 4 de junio, para ser sometido una vez más a las pruebas. Pero ese día los médicos del Departamento de Higiene lo esperaron en vano. Onofroff no cumplió con su palabra, y esa descortesía significó el final de su credibilidad, al menos para la mayoría de los médicos y periodistas. *El Tiempo* habló de esa ausencia en un encendido artículo que desde su título aludía a un “Onofroff pulverizado”.⁷⁰ Quien sí se hizo presente fue Manuel García; luego de ser vendado tal y como el adivinador lo había sido el día anterior, pudo cumplir con éxito todas las órdenes mentales. Según explicó en una carta que hizo publicar el 5 de junio en *La Nación*, simulando movimientos convulsivos y golpeándose la cabeza, había logrado aflojar las vendas y así ver a su guía —ese truco, proseguía García, era el que le había permitido a su contrincante tener éxito en dos de las seis pruebas del día 3—. ⁷¹

VI. A modo de cierre: Domingo Cabred y su defensa de Onofroff

Los acontecimientos narrados en el apartado anterior acabaron, a los ojos de un sector importante del público porteño, con la credibilidad de Onofroff. Diarios como *La Nación* se permitieron publicar, por esos mismos días, contadas cartas de lectores que se proclamaban defensores de la buena fe del adivinador.⁷² De todas formas, en las primeras semanas de junio aparecen las últimas notas referidas al visitante. Cabe mencionar las dos más relevantes. La primera de ellas se imprimió en *El Tiempo* el día 13. Se trataba de un extenso artículo, que ocupaba las primeras dos páginas del matutino, escrito por Florencio Madero bajo la forma de una carta a Ramos Mejía.⁷³ En él se resumía, en un tono muy crítico, toda la compleja historia de Onofroff en Buenos Aires.

La segunda nota merece un comentario más detenido. Se trata de la compilación de las entrevistas realizadas a seis importantes médicos que habían tenido oportunidad de observar las pruebas de Onofroff: Ramos Mejía, Ireneo Fulco, Fernando Álvarez, Silverio Domínguez, Domingo Cabred y Vicente López Cabanillas.⁷⁴ Los tres primeros comparten una postura similar, al recalcar que a fin de cuentas en las experiencias de Onofroff se trataba meramente de

⁶⁸ “Onofroff en el Departamento de Higiene”, *LP*, 4 de junio; “Onofroff en el Departamento de Higiene. Las experiencias de ayer”, *LN*, 4 de junio.

⁶⁹ “La gallina ciega o el cuento de nunca acabar. ¡Basta, por Dios, de comedias!” , *ET*, 4 de junio.

⁷⁰ “Epílogo de la comedia ‘La gallina ciega’. La sesión de ayer en el Departamento de Higiene. Onofroff pulverizado”, *ET*, 5 de junio.

⁷¹ Manuel García, “Onofroff. Los momentos de prueba. Carta del señor Manuel García”, *LN*, 5 de junio.

⁷² “Onofroff. Creyentes y detractores. Carta de un creyente”, *ibid.*, 28 de mayo; “Onofroff. Opiniones de un creyente”, *ibid.*, 2 de junio.

⁷³ Florencio Madero, “Madero versus Onofroff”, *ET*, 13 de junio.

⁷⁴ “El Tema del día. Fenómenos reales o fenómenos teatrales. Onofroff y García. Reportaje monstruo-medical. Lo que piensan los médicos”, *LN*, 7 de junio.

recursos teatrales. Haciendo eco de los señalamientos y las denuncias que Manuel García había realizado en los días previos, estos profesionales señalan que no estaba en juego la transmisión de pensamiento o de órdenes mentales, sino que desde el comienzo el ilusionista no había hecho más que ejecutar con extrema pericia algunos trucos de salón.

Ahora bien, una vez más se puede establecer una línea de partición entre las opiniones de los profesionales, y esa demarcación refleja hasta qué punto los fenómenos encarnados o difundidos por Onofroff tocaban un punto sensible del discurso galénico, acerca del cual la academia era incapaz de enarbolar una posición unívoca. En efecto, los últimos tres médicos entrevistados, incluso al margen de la buena o mala opinión que tuvieran sobre el prestidigitador, de una forma u otra confesaron su creencia en fuerzas o poderes presuntamente sobrenaturales, difícilmente reductibles a la observación inmediata. Así, Silverio Domínguez se muestra convencido de la existencia de la “transmisión del pensamiento”, que define como “un fenómeno natural que exige el cumplimiento doble de vibraciones que yo llamaría simpáticas”. Algo similar ocurre en el caso de López Cabanillas, quien advierte que de todas formas la ciencia aún no ha podido establecer cómo se produce esa comunicación a distancia.

En ese mismo grupo cabe colocar a Domingo Cabred, célebre alienista que por ese entonces dirigía el Hospicio de la Merced. A decir verdad, no fue esa entrevista la primera ocasión en que el nombre de este médico apareció en el *affaire* Onofroff. A fines de marzo, cuando se suscitaban los primeros debates de los médicos acerca de los poderes del hipnotizador, Cabred había invitado a Onofroff al manicomio para que este hiciera allí sus experiencias, ante la presencia de “una comisión de veinte y cinco médicos de nombre” que se encargarían de constatar la veracidad de sus facultades.⁷⁵ Onofroff había aceptado la invitación, y los diarios informaron que haría “algunos experimentos de importancia con algunos de los enfermos, que por la índole de su dolencia, se presten a ser hipnotizados sin peligro”.⁷⁶ En una columna de una semana más tarde, se comunicaba que Onofroff había desarrollado con éxito algunos experimentos en el Hospicio, lo cual había impulsado a Cabred a organizar una ulterior sesión de carácter científico a la cual asistirían médicos y periodistas.⁷⁷ No sabemos si esa última reunión se llevó a cabo, pero lo que sí es cierto es que ya desde entonces Cabred pertenecía a ese sector (quizá minoritario) del gremio médico que miraba con interés las actuaciones de Onofroff, y que se comportaba bajo el supuesto de que en esas demostraciones había cosas que aprender, y no tanto que condenar.⁷⁸

Pues bien, en la entrevista aparecida el 7 de junio, la voz de Cabred vuelve a cobrar protagonismo. En primer lugar, para exculpar a Onofroff. El alienista había sido uno de los médicos presentes el día 3 de junio en el Departamento de Higiene. Según Cabred, no había que prestar excesiva importancia al hecho de que en esa jornada el ilusionista hubiera fallado en varias ocasiones. El médico consideraba que había que atender a los argumentos que él había escuchado de boca de Onofroff: el lugar físico era estrecho, había demasiada gente presente,

⁷⁵ “Onofroff en el manicomio”, *LN*, 23 de marzo.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ *Ibid.*, 1 de abril. Véase también *LP*, 26 de marzo.

⁷⁸ Tal y como había pregonado anticipadamente Osvaldo Saavedra –bajo el seudónimo de “Barón de Arriba”– el 22 de marzo: “Onofroff”, *LN*, 22 de marzo. En esas columnas, ese autor retomaba en nuestro medio la consigna defendida con firmeza por Delboeuf en los países de habla francesa: la ciencia, antes que prohibir estas experiencias, debía estudiarlas de cerca. En palabras del periodista: “La ciencia para enseñar empieza por aprender, aprender de la naturaleza. Onofroff es un hermoso pedazo de naturaleza para investigar verdades no esclarecidas”.

etc. A los ojos de Cabred, Onofroff era “un hombre sensible a las impulsaciones que se le comuniquen, aunque bien pueda adornarlas de la teatralidad que se quiera”. Más aun, respondía con un enfático no a la pregunta de si, por haber fallado el visitante en una ocasión, había que negar entonces que aquel poseyera “la sensibilidad suficiente para recibir las impulsiones ajenas”. Ahora bien, todos esos comentarios sobre Onofroff no vienen sino a complementar el segundo elemento de la respuesta de Cabred. Ante una pregunta del periodista, el director del asilo deja en claro que él cree fervientemente que “el pensamiento se transmite a la distancia”, tal y como es posible comprobar cotidianamente, por ejemplo, cuando uno, tras mirar con insistencia a una persona en un teatro, consigue que esa persona se dé vuelta. La actividad cerebral, responsable del pensamiento, no solamente se manifiesta por fenómenos como el aumento del calor o pequeños temblores, sino también por vibraciones que se comunican. Algunos sujetos con hiperestesia sensorial son capaces de “sentir” tales emanaciones.

El punto de vista de Cabred –exculpación de Onofroff incluida– será retomado y ampliado poco después en el único artículo aparecido en una publicación médica local sobre el asunto Onofroff. Se trata del texto escrito por José Picado, con fecha 15 de junio.⁷⁹ Según el autor, en el asunto de la transmisión del pensamiento no hay ninguna farsa ni superchería. Al decir de Picado, hechos de ese tenor están suficientemente comprobados por la ciencia, y aún es necesario hallar la explicación más adecuada sobre ellos. Es el caso de la acción a distancia de los medicamentos. Más afinidad con las experiencias de Onofroff tiene otro ejemplo, que había sido reseñado hacía poco por un diario de Buenos Aires, y que Picado cita en apoyo a su argumentación. Se trataba de un niño de 7 años que era capaz de resolver complejos problemas matemáticos, pero que tenía esa facultad solamente en presencia de su madre; si se colocaba a esta última detrás de un biombo, el experimento fallaba, lo cual mostraba que la transmisión del pensamiento se hacía por emanación de vibraciones.⁸⁰

En el cierre de su trabajo, Picado coloca un enunciado que sirve a su modo para poner punto final a este recorrido: “Más tarde quizá llegue una explicación científica y razonada de hechos que por hoy parecen sobrenaturales y que sólo el espiritista convencido se da cuenta”.⁸¹ La presencia de Onofroff en suelo argentino puso de relieve rasgos y tensiones del escenario cultural y científico que podrían ser pasados por alto para miradas demasiado abarcativas o simplificadoras. A lo largo de este artículo, hemos intentado iluminar las distintas reacciones generadas por la visita de un ilusionista que inquietó a actores sociales ubicados en distintas zonas del tablado cultural de fines de siglo. Sus demostraciones se ganaron el inmediato aplauso de un público anónimo que tenía mucha curiosidad por observar los alcances de fuerzas ocultas, y que siempre se sentiría atraído por las últimas novedades de lo inexplicado. De todas maneras, las fuentes consultadas en nuestra investigación nos dicen mucho más sobre otro tipo de público, aquel que tenía acceso a las redacciones de los diarios o a los foros científicos. Ese público no se mostró insensible a la oferta de Onofroff. Los salones más reputados, las redacciones de los

⁷⁹ José Picado, “Hipnotismo y fascinación. Transmisión de la voluntad (A propósito de polémicas recientes)”, *Anales del Círculo Médico Argentino*, n° 18, 1895, pp. 306-313.

⁸⁰ “La lectura del pensamiento”, *LP*, 15 de mayo. En el párrafo introductorio de esa extensa nota se advertía que científicos franceses se habían ocupado del “extraño fenómeno de comunicación cerebral de que hemos visto un ejemplo palpable en los ejercicios de sugestión dados por Onofroff”.

⁸¹ José Picado, “Hipnotismo...”, *op. cit.*, p. 313.

periódicos, los centros científicos invitaron a ese ilustre visitante. También estos observadores experimentaron una invencible atracción por los actos que ponían en juego capacidades que iban más allá de la comprensión habitual. En todos esos vértices del cuadrante cultural porteño, los indicios de lo sobrenatural despertaron reacciones que hemos intentado reseñar. Así, hemos podido verificar que la presencia de Onofroff volvió a llevar a las páginas de los matutinos la discusión sobre fenómenos “extraños” que por ese entonces no retenían la atención más que de los espiritistas. Lo que es más importante aun, la visita del ilusionista produjo un claro impacto en el terreno de los problemas médicos. Por una parte, dio a los fenómenos del hipnotismo una visibilidad que nunca antes habían alcanzado. En tal sentido, se podría aventurar que los shows de Onofroff cumplieron en Buenos Aires la misma función que las míticas demostraciones de Charcot en París.⁸² Por otra parte, en un momento en que, tanto en las revistas como en las tesis del gremio médico porteño, esos asuntos no eran casi desarrollados, la presencia del hipnotizador forzó a los galenos a hacer uso de nuevos lenguajes y conceptos, ligados a los fenómenos del automatismo y el funcionamiento inconsciente.

En síntesis, el estudio del *affaire* Onofroff nos ha permitido resaltar hasta qué punto tanto en un imaginario más o menos popular, como en los hábitos de pensamiento de algunos sectores de la medicina oficial, había espacio para discutir la existencia de fenómenos extraños, e incluso “sobrenaturales”, para cuya descripción era menester apelar a la operatoria de partículas, fuerzas y vibraciones que por el momento escapaban a las lentes de la ciencia. Se puede agregar asimismo que lo sucedido con Onofroff en Buenos Aires convalida investigaciones recientes que señalan de qué manera los “charlatanes”, o ciertos personajes que habitan los bordes de las prácticas aceptadas por las academias, son protagonistas esenciales en los procesos de difusión y recepción de conocimientos y técnicas.⁸³ □

Bibliografía

Arévalo, Salustiano, *Apuntes sobre la influencia de los medios morales en el tratamiento de la histeria*, Buenos Aires, L'Italia, 1888.

Darío, Rubén, “Onofroffismo. La comedia psíquica. Respuesta de Misterium al señor de Morlais”, *La Nación*, 22 de marzo de 1895.

Gasparini, Sandra, *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2012.

Ladame, M., “La nécessité d’interdire les séances publiques d’hypnotisme - Intervention des pouvoirs publics dans la réglementation de l’hypnotisme”, en E. Bérrillon, *Comptes rendus du Premier Congrès International de l’Hypnotisme*, París, Octave Doin, 1889, pp. 28-44.

Larroque, Benjamín, “Perseguido por el hipnotismo”, *Anales del Círculo Médico Argentino*, n° 17, 1894, pp. 282-285.

—, “Peligros del hipnotismo”, *El Tiempo*, 3 de abril de 1895.

Madero, Florencio, “Madero versus Onofroff”, *El Tiempo*, 13 de junio de 1895.

⁸² “Todas las preocupaciones han estado y están fijadas sobre el maravilloso fascinador, que sin quererlo ni saberlo ha llevado a cabo entre nosotros una sonada revolución, poniendo al alcance de medio mundo los experimentos de hipnotismo y sugestión”, *LN*, 18 de marzo.

⁸³ Irina Podgorny, *Charlatanes. Crónicas de remedios incurables*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012.

- Mariño, Cosme, *El espiritismo en Argentina*, Buenos Aires, Constancia, 1931.
- Morlais, Raoul de, “Onofroffismo. Misterium y la Sociedad Teosófica”, *La Nación*, 20 de marzo de 1895.
- , “Un poco de teosofía. Madame Blawatsky”, *La Nación*, 8 de abril de 1895.
- Nicolari, Rafael, “El director de ‘La Lotería’ y el fascinador Onofroff”, *El Tiempo*, 30 de marzo de 1895.
- Onofroff, “Carta de Onofroff. Una demostración práctica”, *La Prensa*, 29 de mayo de 1895.
- , *Para no envejecer. El hombre no muere... Se mata! Método práctico autosugestivo para conservar el vigor y el aspecto de la juventud*, Barcelona, J. Horta y Cia., s/f.
- , *Aprendan a hipnotizar. Tratado práctico por correspondencia. Resultado infalible en diez lecciones*, Barcelona, s/f.
- , *L'hypnotisme à la portée de toutes les intelligences*, Quebec, S.-A. Demers, 1902.
- Pacheco, Román, “El ‘fascinador’ Onofroff y sus representaciones teatrales. ¿Deben éstas tolerarse? ¿Estará ‘hipnotizado’ el Departamento de Higiene?”, *El Tiempo*, 19 de marzo de 1895.
- , “Un peligro social. Onofroff y sus representaciones”, *El Tiempo*, 20 de marzo de 1895.
- , “Un peligro social. Onofroff y sus representaciones (Conclusión)”, *El Tiempo*, 21 de marzo de 1895.
- , “Todavía Onofroff!”, *El Tiempo*, 27 de marzo de 1895.
- Pérez Andrüjar, Javier, *Salvador Dalí: a la conquista de lo irracional*, Madrid, Algaba, 2003.
- Picado, José, “Hipnotismo y fascinación. Transmisión de la voluntad (A propósito de polémicas recientes)”, *Anales del Círculo Médico Argentino*, n° 18, 1895, pp. 306-313.
- Piñero, Antonio, “Onofroff. Los fenómenos que realiza. Algunas observaciones al respecto”, *La Nación*, 17 de marzo de 1895.
- , “Cumberland - Onofroff”, *La Nación*, 21 de marzo de 1895.
- , “Onofroffismo. Carta Abierta”, *La Nación*, 26 de marzo de 1895.
- Podgorny, Irina, *Charlatanes. Crónicas de remedios incurables*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012.
- Quereilhac, Soledad, “La imaginación científica: ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entre siglos (1875-1910)”, tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2007.
- Rebasa, Gregorio, *La sugestión en terapéutica*, Buenos Aires, Imprenta Europea, 1892.
- Saavedra, Osvaldo (Barón de Arriba), “Onofroff”, *La Nación*, 22 de marzo de 1895.
- Taullard, Alfredo, *Historia de nuestros viejos teatros*, Buenos Aires, Imprenta López, 1923.

Resumen / Abstract

Onofroff en Buenos Aires (1895). Apogeo y caída de un ilusionista

El objetivo de este trabajo es reconstruir la visita realizada por el ilusionista Onofroff a Buenos Aires entre marzo y junio de 1895. Durante esos meses, en los principales diarios de la ciudad aparecieron numerosos artículos y notas que reflejan claramente el impacto ejercido por el visitante en distintos actores de la escena cultural y científica. Los shows brindados por Onofroff en dos teatros de la ciudad no solamente despertaron el interés de un público anónimo y curioso, sino que desencadenaron distintas reacciones por parte de la comunidad científica y de la elite intelectual. El análisis de esas reacciones aporta elementos que permiten comprender de un modo más acabado distintas dimensiones de la historia cultural de fines del siglo XIX. En tal sentido, a lo largo de este artículo habremos de mostrar de qué manera las discusiones referidas a los poderes del ilusionista dieron pie tanto a una recuperación de debates referidos al campo de lo sobrenatural, como a una renovación del lenguaje médico sobre fenómenos como el hipnotismo. De tal forma, y en continuidad con otras investigaciones recientes, pondremos de relieve el modo en que los hechos “sobrenaturales” podían ser alojados en los diálogos de los académicos.

Palabras clave: Onofroff - Hipnosis - Sobrenatural - Teatro

Onofroff in Buenos Aires (1895). Rise and fall of an illusionist

The purpose of this paper is to reconstruct the visit to Buenos Aires made by the illusionist Onofroff from March to June 1895. During those months, in the most important newspapers of the city appeared numerous articles and notes that clearly reflect the impact made by the visitor on different members of the cultural and scientific scene. The shows made by Onofroff in two theaters of the city not only attracted the interest of an anonymous and curious public, but also triggered different reactions from the scientific community and the intellectual elite. The analysis of these reactions provides elements that allow us to have a better understanding of different dimensions of the cultural history of the late nineteenth century. On that sense, throughout this article we will show how the discussions concerning the illusionist's powers gave rise both to a recovery of some debates relation to the field of the supernatural, and to a renewal of the medical language about phenomena like hypnotism. Thus, and in continuity with other recent researches, we will highlight how the “supernatural” facts could be accepted in the academics' dialogues.

Keywords: Onofroff - Hypnosis - Supernatural - Theater

Francisco Barroetaveña: un caso de liberalismo ortodoxo

Nahuel Ojeda Silva, Ezequiel Gallo

Universidad Torcuato Di Tella / Universidad de San Andrés / Universidad Torcuato Di Tella

La misión de la sociedad política consiste en garantizar a cada individuo el más amplio desarrollo de sus derechos, y en favorecer el desenvolvimiento de las mismas facultades siempre que la necesidad del medio en que viva el hombre, exija un auxilio del Estado. Pero su principal deber lo llevará siempre a dejar libertado al individuo de las ligaduras que antiguamente lo mantenían en perpetuo tutelaje.¹

La juventud presente no sabe quién es Barroetaveña...

—*Un Abogado, ¡Ah, sí!*

—*No se ocupe de mí —exclama jovialmente—. Soy un fósil*

—*¿Fósil? Es usted una lección de civismo, mi querido doctor.*²

No cabe duda de que una de las instituciones relevantes en la Argentina de fin de siglo XIX fue la Unión Cívica Radical y tampoco de que dentro de ese grupo político la figura sobresaliente fue la de su fundador, Leandro N. Alem. Se ha dicho en relación con la agrupación y con su figura dominante que ambas estaban imbuidas de los principios atribuidos al liberalismo clásico. Una de las formas de acercarse a la elucidación del tema es estudiar las ideas de los actores más cercanos al líder radical. En este sentido, la figura que aparece con las vinculaciones más fuertes es la de quien fue para su época final su correligionario más cercano e influyente. Nos referimos aquí a Francisco Barroetaveña,³ que ya apareció en un papel destacado en los años de la fundación de la Unión Cívica (fue el único presidente de la Unión Cívica de la Juventud en su breve lapso de existencia) y luego fue la mano derecha de Alem dentro del naciente partido radical.

A la muerte del viejo líder en el año 1896, Barroetaveña encabezó distintos movimientos que procuraron mantener las enseñanzas de Alem. En efecto, se debe a su pluma lo que muchos

¹ Francisco Barroetaveña, *El matrimonio civil*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1884, pp. 7-8.

² Juan José de Soiza Reilly, "Viaje alrededor de los criollos ilustres. El doctor Francisco de Barroetaveña, uno de los fundadores del hoy partido radical", en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 17 de mayo de 1930, p. 5

³ Nacido en Gualeguay, Entre Ríos, el 20 de julio de 1856. Falleció en Buenos Aires el 27 de noviembre de 1932.

consideraron el manifiesto fundador de la nueva agrupación, su conocido “¡Tu Quoque juventud! En tropel del éxito”, de agosto de 1889. En este artículo aparecido en el diario *La Nación* Barroetaveña sentó su opinión sobre la administración de Juárez Celman, la cual no consistió en una crítica personal sino más bien en una referencia a lo que consideró como el accionar corrupto de los grupos cercanos al presidente que estaban provocando consecuencias graves para el estado político y económico del país. Su objeción concluía que el gobierno nacional había desembocado en un desgobierno que promovía la arbitrariedad y el abuso. Si dicha situación no se corregía terminaría afectando la elección del futuro candidato presidencial. En este sentido, era un escrito en el que se convocaba a las jóvenes generaciones a no dejarse arrastrar por las prácticas del oficialismo. El efecto que produjo, como indicó Paula Alonso, fue unir a la juventud opositora en la Unión Cívica de la Juventud, cuya primera actividad fue la realización del acto en el Jardín Florida en septiembre de 1889.⁴ En realidad, no fue este el primero ni el más interesante de sus escritos, ni mucho menos sería el último ya que fueron reiteradas las apelaciones a la fuerte raigambre liberal de su pensamiento político que aparecen en sus escritos posteriores. A algunos de estos estarán dedicadas las principales reflexiones de este artículo. El ensayo, sin embargo, no se centrará especialmente en sus ideas económicas sino en el plano político-institucional.⁵ Al considerar la intensidad, la claridad y la diversidad de sus argumentos en este terreno se advierte que se está en presencia de uno de los casos más tajantes del pensamiento liberal clásico en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.⁶

Este doctor en jurisprudencia de origen entrerriano fue electo diputado nacional en 1894 por la UCR y reelecto en 1900.⁷ Durante sus dos períodos en el Congreso Nacional se advierte de manera notoria su amplia labor legislativa a partir de los diversos proyectos de ley que elaboró, así como por su participación constante en los debates más importantes de su época. Sin duda, Barroetaveña fue durante la década de 1890 y en los primeros años de 1900 el radical que más sobresalió en la tribuna parlamentaria. Esta faceta se complementó con su frecuente presencia en la prensa, de la hay que destacar su participación en *El Argentino* y posteriormente en *El Tiempo*, desde los cuales defendió el accionar de la Unión Cívica Radical. En estas actividades, sumada a su intensa participación en los congresos de librepensamiento, fue donde Barroetaveña desplegó sus contundentes ideas liberales.⁸

⁴ Véase Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*, Buenos Aires, Sudamericana-San Andrés, 1994, p. 79.

⁵ Lo cual no quiere decir que el autor no haya hecho contribuciones importantes y variadas dentro del terreno económico. Por ejemplo, para un examen más específico de su crítica al proteccionismo véase *ibid.*, pp. 236-240. Simplemente por razones de espacio no las hemos incluido en el cuerpo del artículo. Formarán parte de la conclusión del ensayo.

⁶ La definición de liberalismo clásico que se emplea en este artículo fue presentada por uno de los autores en anteriores trabajos. Principalmente se sostiene que “Para un liberal clásico es bueno todo lo que posibilita una mayor extensión del ámbito de la interacción espontánea de los individuos. Es malo todo lo que interfiere con su libre desarrollo”, véase Ezequiel Gallo, *Vida, libertad, propiedad. Reflexiones sobre el liberalismo clásico y la historia*, Caseros, pcia. de Buenos Aires, Eduntref, 2008, p. 19.

⁷ En 1900 obtuvo su banca, en representación del radicalismo, dentro de una lista mixta originada a partir del acuerdo con el Partido Autonomista bonaerense. Véase “El radicalismo de la Provincia”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 5 de enero de 1900.

⁸ A lo largo de su carrera pública, Barroetaveña participó asiduamente de asambleas de fuerte contenido liberal. Varios de sus escritos son resultado de estas intervenciones, por ejemplo, *El clericalismo y el divorcio*, de 1912, fue una conferencia dictada en el salón Operaio Italiani. En el caso específico de los congresos de librepensamiento se puede señalar la participación de destacados políticos de su época, como lo fueron Del Valle Iberlucea, Holmberg, Balestra, Dickman, Gouchon, entre otros. En la composición de esta asamblea se advierte “la cooperación entre liberales y

Las próximas páginas del ensayo estarán destinadas a presentar las reflexiones realizadas por Francisco Barroetaveña a lo largo de su carrera, es decir, durante su período parlamentario, como se advertirá en sus discursos sobre la ley de residencia, de pena muerte, de idioma y de aduana; también a través de sus publicaciones, desde su tesis doctoral hasta sus trabajos sobre divorcio, educación, naturalización de extranjeros, pacifismo, etc.⁹ Se ha dividido el artículo en tres secciones. En primer término, se hará lugar a su importante actividad en la Unión Cívica Radical, su estrecha relación con Leandro Alem y Bernardo de Irigoyen y su distanciamiento de Hipólito Yrigoyen. En segundo término, se indicará el rechazo de nuestro autor respecto de la intervención de la Iglesia Católica en instituciones como el matrimonio, la escuela, entre otras. Además, se incluye su reflexión sobre el rol de la mujer en la sociedad que en Barroetaveña se concibió como un argumento anexo a su postura favorable al divorcio. En la tercera parte, se expondrán sus ideas sobre aquellos fenómenos que fueron consecuencia del boom inmigratorio de la segunda mitad del siglo XIX, como la cuestión obrera y el nacionalismo.

1. “El partido radical no debe ser súbdito de ningún caudillo.”¹⁰

La trayectoria de Barroetaveña en la Unión Cívica Radical

Antes de iniciar las reflexiones sobre el pensamiento liberal de Barroetaveña consideramos importante hacer mención de su larga militancia en el radicalismo. En realidad, para ser más precisos, si se indaga en su carrera en el partido también se advierte el fecundo carácter liberal que profesó nuestro autor. Trayectoria que tuvo aristas muy especiales marcadas por la singular naturaleza de la relación que lo unió a Leandro Alem desde los orígenes mismos de la agrupación.¹¹ Este vínculo quedó claramente expresado en la nota con la cual el caudillo radical se despidió de Barroetaveña en el momento de su muerte. Carta que por sus características nos es útil reproducir plenamente:

socialistas que contrarrestaran la influencia clerical”. Véase Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-San Andrés, 1994, p. 59.

⁹ En 1912, cuando creyó conveniente dividir el sistema de partidos en la Argentina en dos bandos claramente definidos, por un lado el partido Conservador y por el otro la agrupación con la cual se veía identificado, el Progresismo, Barroetaveña definió de la siguiente manera su ideario político: “Entre los progresistas irían todos los liberales, los avanzados, los reformistas hacia delante, los partidarios de la naturalización de extranjeros por sólo ministerio de la ley, los librecambistas, los sostenedores de la autonomía comunal bajo un alto control de Estado como Inglaterra, los partidarios de la supremacía del estado laico sobre las iglesias, los defensores del divorcio, y del programa mínimo socialista, los sostenedores de las autonomías provinciales, sin menoscabar las atribuciones concurrentes de la Nación [...] los abolicionistas de la pena de muerte y de las penas excesivas; todos los que auspiciaran cualquier reforma, idea o doctrina novedosa y conveniente al país”, véase Francisco Barroetaveña, *Política contemporánea. Sáenz ante el País. Malestar Sud-Americano. Imperfección de sus instituciones*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912, p. 47.

¹⁰ La frase continuaba de la siguiente manera: “Su deber es ‘consumar la gran obra’, como lo mandaba Alem en su última clarinada, casi de ultratumba”, véase Francisco Barroetaveña, *El gobierno del Dr. Alvear: post nubila phoebus*, Buenos Aires, Otero, 1923, p. 121.

¹¹ La importancia de este vínculo fue señalada por Martín Torino en una entrevista del año de 1939: “El doctor Torino es uno de aquellos seis caballeros cruzados que fueron los amigos íntimos del doctor Alem. Es uno de los Seis Predilectos que lo acompañaron, fielmente, en las peripecias de su vida cívica; los seis que nunca lo negaron ni cuando el gallo bístico les cantó tres veces: –Oscar Lilliedal, Adolfo Saldías, Francisco Barroetaveña, Joaquín Castellanos, Enrique de Madrid, Martín M. Torino”. Véase “¿Por qué Irigoyen odiaba al doctor Alem? Leandro Alem e Hipólito Irigoyen juzga- dos por el eminente ciudadano doctor Martín Torino”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 17 de junio de 1939, p. 3.

Doctor Francisco Barroetaveña:

Adiós, mi estimado amigo.

Créame que me voy muy agradecido a todas sus finas atenciones. Las causas de mi resolución las encontrará usted en un pequeño pliego que dejo para que se publique. El coronel Yrigoyen se la entregará.

¿Qué quiere mi amigo?

Después de haber luchado tanto, siempre con buenos propósitos y buenas tendencias, después de una vida tan laboriosa y agitada, sin manchas y sin sombras, es demasiado duro, a mi edad y en la posición adquirida con tantos esfuerzos y sacrificios, tener que inclinar la frente en la batalla; vivir inútil y deprimido.

Para todo he tenido fuerzas, menos para esto. Sí, es mejor que se rompa y no se doble.

Yo no sé cómo se juzgará mi resolución, pero solamente Dios y yo sabemos la lucha amarga y desesperada que, en todo sentido, vengo sosteniendo en estos últimos tiempos. Y ya le he dicho, para todo he tenido fuerza, menos para vivir inútil y deprimido. Todo me ha fracasado, y ya mis fuerzas están agotadas.

El último pedido.

Hable con los doctores Irigoyen, Liliedal, Saldías, De Madrid, Torino, Domingo Demaría...

Es la única recompensa que pido por todos mis esfuerzos y sacrificios, no solamente a causas políticas, sino también a mi país en el concepto general.

¿Le parece a usted que será feo esto? ¿Qué pensarán los otros amigos? Yo lo he pensado mucho, y después de mucho meditarlo, con la mano sobre mi conciencia, como generalmente se dice, he concluido por creer que no era feo ni deprimente, y que yo al separarme para siempre, tenía el sagrado deber de formular este pedido basado en aquellos antecedentes.

Adiós, pues, otra vez; que sea feliz.¹²

La clara reflexión de Alem, sus motivos para llevar adelante su dramática resolución se contrapusieron de alguna manera al impacto que su muerte causó en el propio Barroetaveña, que recibió la noticia con un dejo de sorpresa y desencanto:

¡Alem *inútil* y *estéril*! ¿Cómo pudo decir semejantes palabras él, cuya sola presencia, adornada de nobles virtudes, era el ejemplo más *útil* y *fecundo* para enseñanza del pueblo; el que aun encerrado en sus cóleras y fulminaciones en su mísera tienda, habría sido *el* juez más soberbio y el maestro más elocuente de su nación [...] ¿Por qué se mató Alem? Yo no encuentro una excusa razonable, si es que se puede excusar con esta palabra, la siniestra resolución en los más insoportables momentos de la vida.¹³

Es importante señalar que Barroetaveña fue un tenaz seguidor de las posiciones de Leandro Alem. En este sentido, se advierte una estrecha cercanía a buena parte del pensamiento liberal expuesto por el líder radical, lo que se advierte en temas como el anticlericalismo, el federalismo, la tradición, etc. En términos similares se encontraba su propia posición dentro del partido, donde encabezó junto a Bernardo de Irigoyen, Oscar Liliedal, Joaquín Castellanos,

¹² *Leandro Alem. Mensaje y destino*, Buenos Aires, Raigal, 1956, vol. 1, pp. 268-269.

¹³ "Discurso del Dr. Barroetaveña", *El Tiempo*, Buenos Aires, 9 de julio de 1896.

Adolfo Saldías, entre otros, la línea más próxima a lo trazado por Alem, conocida bajo el nombre de Unión Cívica Radical coalicionista en el período de “Las Paralelas”.

Otro político que mereció la cálida admiración y simpatía de Barroetaveña fue el doctor Bernardo de Irigoyen, quien hacia mediados de los noventa se convirtió en un importante dirigente radical, partido que en 1898 lo llevó a la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires.¹⁴ En el cumplimiento de este cargo Irigoyen fue duramente criticado por sus rivales políticos, ocasión en la que fue tajantemente defendido por Barroetaveña. Al respecto fueron muy claras las palabras con las cuales este respaldó la gestión de don Bernardo:

Entonces se decía por los diarios adversos en la Capital Federal, que la administración Irigoyen era un gran fracaso, debiendo felicitarse el país por no haberle confiado la presidencia. En las columnas del “Tiempo”, nos cupo el honor de refutar tamaña injusticia y mistificación, en la época en que se la propagaba como un evangelio para liquidar una personalidad. La República no comulgaba, naturalmente, con esa pérfida excomunión; y el buen nombre del Dr. Irigoyen, como su fama de estadista, no se afectaron en lo mínimo con ese manoseo de círculos y gacetilleros despechados.¹⁵

Esta cercanía tanto a Alem como a Irigoyen se percibe en la tradición ideológica sobre el pasado argentino que estos líderes expusieron en varios de sus escritos. Como sintetizó Paula Alonso, en su primera década de existencia el radicalismo concibió la Constitución de 1853 como el origen del sistema federal y de las limitaciones de los tres poderes de gobierno, en clara diferencia con el análisis histórico de los líderes del Partido Autonomista nacional.¹⁶ A pesar de ciertas alusiones en la época previa, la sanción de la Constitución Nacional debe considerarse como la fecha inicial de la influencia del liberalismo clásico en el país. Del mismo modo indicó Barroetaveña este momento como el punto de partida de las nociones liberales en la Argentina:

incorporó a la ley fundamental de la República las declaraciones más liberales y progresistas que conocía el derecho político de la época, consagrando la libertad religiosa, industrial, económica y eleccionaria, bajo la forma federativa, que deslinda científicamente las esferas del gobierno nacional, de provincia y municipal; que, al descentralizar el poder, coloca en las manos del pueblo el manejo de sus intereses: el gobierno propio.¹⁷

¹⁴ Cabe señalar que en esta ocasión el radicalismo obtuvo el triunfo luego de celebrar una alianza con los autonomistas liderados por Carlos Pellegrini. Para la estrategia política de “Las paralelas” que derivó en la elección de Irigoyen a la gobernación véase Ezequiel Gallo, *Carlos Pellegrini*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 64-65.

¹⁵ Francisco Barroetaveña, *Don Bernardo de Irigoyen. Perfiles biográficos*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma e hijo, 1909, pp. 32-33. No es difícil encontrar opiniones elogiosas de Barroetaveña sobre Bernardo de Irigoyen, como: “El doctor Irigoyen era un prócer civil. Ninguno de sus triunfos cuesta a su país ni a la América una gota de sangre; los laureles que orlan su frente de vencedor en las contiendas diplomáticas, parlamentarias y políticas, no están empañados por el infortunio, el exterminio ni la desolación, con que se amasan las victorias de los guerreros y de los caudillos violentos. En su biografía todo resplandece con luz apacible, y cuanto relumbra es oro de buena ley, son laureles conquistados con las armas de la verdad, de la justicia, del talento, de la honestidad política y de la soberana elocuencia escrita y hablada”, *ibid.*, p. 28.

¹⁶ Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas*, *op. cit.*, p. 150.

¹⁷ Francisco Barroetaveña, “El programa de la emancipación”, en Francisco Barroetaveña, J. Alfredo Ferreira y José Benjamín Zubiaur, *Escuela libre de dogmas*, Buenos Aires, Liga Argentina de Cultura Laica, 1972, p. 7.

Dentro de las filas radicales Barroetaveña siempre estuvo alejado de aquellas tendencias afines a Hipólito Yrigoyen, político sobre el cual expresó una escasa simpatía, actitud que se hizo visible cuando el partido bajo el liderazgo de Yrigoyen fue dejando de lado los principios políticos trazados por Alem, como lo eran la limitación del poder central y la consagración del federalismo. En relación con aquel, nuestro autor se expresó de manera crítica sobre su liderazgo partidario:

manejado en la última década discrecionalmente por don Hipólito Yrigoyen, fue convenciendo al país que no se aplicaban con honesta fidelidad las promesas ni las garantías del programa respetable del radicalismo de Alem (me serviré de este nombre simbólico), sino que se observaban concupiscencias, discordias, ambiciones de mando; ausencia de moralidad para escalar el poder y para administrar la cosa pública; violencias de expresión y de fuerza, aun contra propios correligionarios que discrepaban en política.¹⁸

Esta posición contraria a la figura de Hipólito Yrigoyen se advierte, una vez más, en su comentario sobre el generoso uso de la intervención federal:

Las doctrinas constitucionales del doctor Alem sobre intervenciones, constituyen una réplica elocuentísima a los atentados intervencionistas contra las provincias por el presidente Yrigoyen; y me parece que hay un deber moral ineludible en armonizar la conducta política de los radicales del día, en especial de los congresales, con el credo liberal del ilustre suicida, en lugar de afanarse para la erección de su estatua, merecida, pero que debe levantarse mientras el civismo varonil del pueblo, que él amó tanto, no barra, con brazo vigoroso, todos los escombros constitucionales y administrativos producidos por la torpeza e inmoralidades de quienes se dicen correligionarios, todavía sin el condigno escarmiento.¹⁹

La limitación del poder central fue uno de los puntales del pensamiento político de Barroetaveña, como se observará en su reflexión sobre la autonomía municipal y en su rechazo a la aplicación de la ley de residencia en 1902. Esta posición en relación con la práctica intervencionista del gobierno radical en el período 1916-1922 fue una de las pruebas más claras del legado de las ideas de Alem en nuestro autor. Basta indicar el argumento del primer líder radical sobre este tema para evidenciar la estrecha cercanía de ideas:

Mientras el organismo nacional, mientras las leyes nacionales, mientras la economía del sistema no estén afectados de ninguna manera por las perturbaciones, por los conflictos, por las violaciones que se cometen en los Estados, solamente en el fuero provincial y respecto a los poderes provinciales, la Nación no tiene absolutamente nada que ver, porque sus fines están asegurados y porque no peligran en nada la organización nacional, ni el sistema que nos hemos dado.²⁰

¹⁸ Francisco Barroetaveña, *El gobierno del Dr. Alvear, op. cit.*, pp. 110-111.

¹⁹ *Ibid.*, p. 146.

²⁰ Párrafo de Alem de su discurso en la Cámara de Diputados contra la intervención a la Rioja en el año 1895, empleado por Barroetaveña para criticar las intervenciones realizadas por Yrigoyen. Véase Francisco Barroetaveña, *El gobierno del Dr. Alvear, op. cit.*, pp. 141-142.

Esta opinión estaba aún presente en Barroetaveña en tiempos de la presidencia de Marcelo T. Alvear (1922-1928). Es interesante señalar que en 1921 nuestro autor no votó a favor de la candidatura de Alvear, sugerida por Hipólito Yrigoyen, pero que después se convirtió en un claro defensor de sus políticas. El ya citado libro sobre la presidencia Alvear en realidad se caracterizó por una fuerte crítica al liderazgo ejercido por Yrigoyen como figura central de la Unión Cívica Radical. De ahí que nuestro autor prontamente se uniera a las filas del Radicalismo Antipersonalista. Tal adhesión puede advertirse en el siguiente comentario que realizó Barroetaveña en referencia a la UCR yrigoyenista: “El partido radical no es propiedad ni clientela política de ningún personaje de sus filas, por más alto que haya sido encumbrado, sino una fuerza colectiva para practicar la democracia, apoyar gobiernos y parlamentos constitucionales, llevar al triunfo sus candidatos, contralorearlos y apoyar toda obra de bienestar general”.²¹

La distancia que desplegó frente al liderazgo de Yrigoyen cobra visibilidad al apreciar el progresivo alejamiento de Barroetaveña de la plana central de la Unión Cívica Radical.²² En los años posteriores a la desaparición de Alem, nuestro autor participó en la dirección de varios intentos de reorganizar el partido con el objetivo de mantener consolidada a la agrupación, concurrir a los comicios y aportarle una base sólida al gobierno de Bernardo de Irigoyen. Como consecuencia de este accionar, Barroetaveña renovó su banca en la Cámara de Diputados en marzo de 1900. A pesar de este logro personal, a nivel partidario estas tentativas desembocaron en sucesivos fracasos, producto de los constantes obstáculos interpuestos por la UCR bonaerense dirigida por Hipólito Yrigoyen. Cuando esta fracción se convirtió en el centro del partido, en vísperas de los sucesos revolucionarios de febrero de 1905, Barroetaveña ya no formaba parte de la línea dirigencial.²³ A partir de esa época, nuestro autor se mantuvo alejado de los cargos políticos, rehusando puestos ofrecidos por los gobiernos de Figueroa Alcorta y Roque Sáenz Peña, dedicado al estudio y a la actividad vinícola.²⁴

Más allá del distanciamiento, Barroetaveña mantuvo durante toda su vida la filiación radical, destacando siempre que la UCR debía seguir una tradición principista antes que ampararse en cualquier forma de personalismo. Su identificación con el Antipersonalismo le valió en sus últimos años dos candidaturas. La primera en marzo de 1928, cuando compitió sin éxito para el cargo de senador nacional por la Capital Federal.²⁵ Finalmente, en noviembre de 1931

²¹ *Ibid.*, pp. 120-121.

²² Alejamiento que también se advierte en la crítica que realizó nuestro autor sobre la política partidaria orquestada por Hipólito Yrigoyen, que también apartó a personajes cercanos a Barroetaveña: “Entre esa gente de valimiento radical, hostilizada por el personalismo de Irigoyen, un grupo de hombres resueltos, avergonzados con los atentados y desmoralización del gobierno tendieron líneas de combate claras y vigorosas, enarbolando los principios conculcados del partido: allí estaban hombres de talento, experiencia y largos servicios, como los doctores Joaquín Castellanos, Miguel Laurencena y Carlos Melo, prestigiosos desde los tiempos de Alem y de don Bernardo”, en *ibid.*, p. 114.

²³ Por ejemplo, en el año 1903, en plena reorganización llevada a cabo por el sector yrigoyenista, este grupo desconoció la entidad de una junta provisoria de filiación radical que contaba con la participación de Barroetaveña y era presidida por Justo González. Véase “Partido Radical”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 14 de octubre de 1903.

²⁴ Véase Francisco Barroetaveña, *El gobierno del Dr. Alvear*, op. cit., p. 12. También en *Caras y Caretas* se menciona su actividad como viticultor. Véase “La fiesta de la vendimia”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 22 de febrero de 1908.

²⁵ Según la crónica publicada en el diario *La Nación*, en la presentación de su candidatura Barroetaveña “abogó por la formación de un gran frente único en esta capital para derrotar al personalismo [...] la unión de los grandes núcleos Antipersonalistas de los comités independientes y de los socialistas, traería fatalmente como consecuencia, la derrota del adversario común de esas tendencias políticas”. Véase “Habló anoche en la sección 16 el candidato a presidente, Dr. Melo. El doctor Barroetaveña”, en *La Nación*, 2 de marzo de 1928. Véase “Los cuatro candidatos a senador hablan al electorado por medio de ‘Caras y Caretas’”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1928.

Barroetaveña fue elegido candidato a presidente de la Nación por la UCR entrerriana, de tendencia antipersonalista, desligándose de la decisión nacional de este grupo radical de apoyar las pretensiones de Agustín P. Justo.²⁶ En estas últimas elecciones, a meses de su fallecimiento, hay que destacar que la fórmula que lideraba nuestro autor, junto a José Nicolás Matienzo, obtuvo en Entre Ríos el primer lugar por sobre la Alianza Demócrata-Socialista (De la Torre-Repetto) y el Partido Demócrata Nacional (Justo-Roca).²⁷ Este fue el final de la carrera política de Barroetaveña. Desde sus comienzos esta trayectoria se caracterizó por los vaivenes y las tensiones que ofrecían tanto el clima político nacional como las divisiones del radicalismo. A pesar de estas oscilaciones, lo que no se modificó con el correr de su carrera fue el fuerte contenido liberal en su discurso, a lo cual dedicaremos los próximos apartados.

2. “El ateo es un hombre con los mismos derechos que el monje más creyente.”²⁸ Reflexiones sobre la intervención de la Iglesia en asuntos civiles

Las ideas de Barroetaveña ofrecen una muestra clara, sin fisuras, del pensamiento liberal de su época. Esta característica se expresó notoriamente en sus opiniones sobre la influencia del clericalismo en el país y de la participación de la Iglesia católica en determinadas políticas e instituciones nacionales. Argumentos en los cuales es posible advertir la influencia de ideas expresadas con anterioridad por Alem, quien postuló limitar la relación del Estado con las iglesias con el fin de evitar el enriquecimiento de las mismas: “La religión se practica en cualquier parte, porque es un sentimiento íntimo del hombre que se mantiene entre él y Dios”.²⁹ Volviendo al propio Barroetaveña, en el mismo sentido elaboró una postura reticente sobre la intervención estatal en lo religioso, que consideraba un tema excluyente de la esfera privada. En su opinión, su crítica al clericalismo no debía confundirse con una ofensiva al sentimiento religioso de los católicos, pues concebía por encima de todo “la libertad de culto garantida como derecho individual precioso a los habitantes de un país, no es lo mismo que asegurar una omnipotencia sin límites para gobernarse autónomicamente a una Iglesia determinada”.³⁰

Es en este sentido que se advierte en nuestro autor uno de los puntos centrales del liberalismo clásico, que consagraba a la libertad religiosa como uno de los grandes temas de su ideario.³¹ Se debía evitar la influencia de una determinada iglesia en los asuntos generales de la sociedad, y al mismo tiempo garantizar la no intervención estatal en las creencias individuales como en las cuestiones internas de las distintas religiones. Por ejemplo, en relación con el

²⁶ *La Nación* del 5 de noviembre de 1931 destacaba: “Tal estado de ánimo, a la vez que el deseo de rechazar toda vinculación con las fuerzas conservadoras, llevó más tarde a la convención provincial a retirar su apoyo a la candidatura Justo, proclamando la fórmula Barroetaveña-Matienzo”, en “Entre Ríos tendrá una elección que será un ejemplo”, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de noviembre de 1931.

²⁷ El escrutinio publicado el 29 de noviembre de 1931 en *La Nación* indicaba: “Entre Ríos: Barroetaveña-Matienzo, 41.248; Justo-Roca, 31.865; De la Torre-Repetto, 16.973”. Véase “La marcha de los escrutinios”, *La Nación*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1931.

²⁸ Francisco Barroetaveña, *El matrimonio civil, op. cit.*, p. 19.

²⁹ Leandro Alem. *Mensaje y destino, op. cit.*, vol. I, p. 277.

³⁰ Francisco Barroetaveña, *El matrimonio civil, op. cit.*, p. 16.

³¹ Lord Acton, por ejemplo, indicaba que “la idea de que la libertad religiosa es el principio generador de la libertad civil y que ésta es la condición necesaria de la religiosa”, véase Lord Acton, *Essays in the liberal interpretation of history*, Chicago, William McNeill, 1976, p. 292.

posible castigo por la violación del celibato por parte de la justicia civil a eclesiásticos, comentó: “El Estado no puede prestar auxilio a las religiones, sin salir de su esfera de acción, y entraría en el camino más errado y funesto, si calificara de crimen la retracción de compromisos morales contraídos en momentos de ofuscación y de paroxismos de la fe. El pecado no es un delito sino en las naciones barbarizadas por la teocracia”.³²

Esta línea anticlerical puede llegar a ser reiterativa en varios de sus artículos. La significativa influencia del clericalismo en el país era para Barroetaveña un constante peligro para la libertad de conciencia y la de culto, ambas establecidas en la Constitución Nacional. Además, en su defensa de un Estado separado y libre de la intromisión religiosa planteaba que dicha condición era necesaria para favorecer el desarrollo de las formas de civilización moderna, imprescindibles en instituciones como la escuela: “El Estado moderno no debe consentir bajo forma alguna que la instrucción moral, científica e industrial de la escuela, sea envenenada o neutralizada por dogmas, por absurdos y por supersticiones sobrenaturales, que dan orientación intelectual falsa al niño; lo confunden o lo conducen al menosprecio de la ciencia y de la observación, contrarias a la enseñanza ‘sagrada’”.³³

Un tema muy cercano se manifestó en sus opiniones sobre la supremacía del matrimonio civil frente a los arreglos conyugales religiosos. La condición de célibe en todo el clero católico constituía para nuestro autor una incoherencia moral en relación con la institución matrimonial. De esta manera, en forma muy temprana, en su tesis doctoral del año 1884, Barroetaveña se expresaba en los siguientes términos:

El matrimonio moral y en perfecto acuerdo con todas las indicaciones saludables de los conocimientos humanos, es el ideal de la humanidad, no la virginidad como lo predicán algunas religiones. Si los pueblos cumplieran semejantes lecciones, pronto el género humano estaría en el camino de la muerte. Si se nos presenta a los célibes como seres superiores y selectos de la especie, la consecuencia lógica de tal enseñanza, caso de aceptarla, sería convertir a la tierra en un inmenso cementerio vivo con dos departamentos incomunicables, esperando el fin del mundo en aquella oscuridad tenebrosa.³⁴

No es de extrañar entonces, opinará, que el matrimonio civil sea una institución crucial para el desarrollo material y moral del país. Una de las herramientas empleadas frecuentemente por nuestro autor fue el uso del método comparativo, en este caso sobre los países que habían aceptado este tipo de legislación, como Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Suiza y los Estados Unidos, entre otros.³⁵ Además, su argumento también reposaba en las líneas trazadas por Al-

³² Francisco Barroetaveña, *El matrimonio civil, op. cit.*, p. 63. Nuestro autor puntualizaba la presencia de la Iglesia católica dentro del gobierno nacional de la siguiente manera: “El clericalismo argentino anda en auge oficial, especialmente en los ministerios del Interior y de Instrucción Pública; y se siente su actuación en muchas partes”, en Francisco Barroetaveña, *El clericalismo y el divorcio. Emancipación italiana*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912, p. 18.

³³ Francisco Barroetaveña, “El Clericalismo contra la civilización. ¡Voz de alarma!”, en *Escuela libre de dogmas, op. cit.*, p. 12.

³⁴ Francisco Barroetaveña, *El matrimonio civil, op. cit.*, p. 67.

³⁵ Método comparativo que también se observa en otros textos y/o discursos de Barroetaveña en temáticas tan variadas como el divorcio, la autonomía municipal, la naturalización de extranjeros y la diversidad de lenguas en torno al debate del idioma nacional.

berdi y Sarmiento con respecto a la imperiosa necesidad de poblar el territorio nacional, dejando de lado “el desierto” y el lento crecimiento demográfico.³⁶ Bajo este enfoque Barroetaveña consideraba que: “De las doctrinas expuestas, se deduce lógicamente la necesidad de reformar con prontitud la legislación, estableciendo el matrimonio civil, atrayendo así a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo, sin imponerles las leyes de una Iglesia opresora”.³⁷ Esta necesidad de modificar la legislación se basaba en su fuerte crítica al Código Civil elaborado por el doctor Vélez Sarsfield. Nuestro autor señaló que en la legislación del momento se otorgaba demasiada injerencia a la Iglesia católica, condición que afectaba a la propia consolidación del matrimonio como una institución perteneciente a los asuntos civiles.

Complementariamente a sus reflexiones sobre el matrimonio, Barroetaveña expresó sus opiniones sobre el divorcio. Durante su experiencia parlamentaria como diputado nacional respaldó en 1902 el proyecto de ley favorable hacia esta práctica. Se evidencia en este apoyo que las reformas defendidas por nuestro personaje tenían como objetivo ampliar el ámbito de las interacciones privadas sin que se viesan perjudicadas otras libertades individuales (en este caso la de culto), lo que se estableció como uno de los propósitos centrales del liberalismo clásico. De este modo, consideraba el divorcio compatible con los procedimientos de la religión oficial, como quedaba demostrado por la experiencia de países divorcistas y muy católicos, como Bélgica, Austria y Francia.³⁸ Esta compatibilidad se basaba en su valorización de considerar al divorcio como una institución “humana, civil, exclusivamente laica, que responde a necesidades ineludibles de la vida social; que constituye el único tratamiento eficaz de las causas gravísimas de desunión conyugal en todas las sociedades”.³⁹ De este modo enfatizaba el derecho inalienable del hombre a separarse, favoreciendo la consolidación del “matrimonio verdadero” para resguardar la unidad familiar de tensiones permanentes. Además, en su argumento estableció una respuesta a aquellas opiniones que consideraban esta práctica como un peligroso daño para la sociedad, que su aceptación legal produciría múltiples rupturas que desembocarían en la disolución masiva de los hogares. Ante este tipo de razonamiento replicó con un giro, un tanto irónico, afirmando: “¡Con el divorcio, sucede como con los salvavidas de los paquetes de navegación: nadie se los coloca y se arrojar mar, sino en el caso de naufragio!”⁴⁰

Dentro de esta postura favorable al divorcio se advierte un nítido argumento a favor de un rol más independiente de la mujer.⁴¹ La posibilidad de la anulación del matrimonio constituía para Barroetaveña una herramienta indispensable para evitar aquellas situaciones en que el hombre sometía a su esposa. Soslayar el escenario matrimonial se relacionaba con su concepto sobre el papel esencial que cumplía el género femenino en la sociedad moderna. Exaltaba por un lado su imprescindible autonomía y por el otro sus facultades en la familia, tanto respecto de la educación como de la salud de sus miembros. Como resultado del heroico acto de la reina de Italia, Elena de Montenegro, quien se interpuso frente a la bala destinada a su esposo, el rey Víctor

³⁶ De manera categórica tituló la sección de su tesis donde se presentan estas ideas: “Nuestro país está desierto: No llegará a sus grandes destinos sino cuando se haya poblado y cuando sus masas se instruyan. El Matrimonio civil será un poderoso estímulo para atraer la buena inmigración”, véase Barroetaveña, *El matrimonio civil, op. cit.*, pp. 107-114.

³⁷ *Ibid.*, p. 114.

³⁸ Francisco Barroetaveña, *El clericalismo y el divorcio, op. cit.*, p. 8.

³⁹ *Ibid.*, p. 26.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 33.

⁴¹ En este argumento, Barroetaveña citó los discursos de la militante italiana Rutín en defensa del divorcio.

Manuel III, en ocasión de un atentado anarquista en 1912,⁴² nuestro autor proclamó de manera contundente su valorización sobre la mujer: “¡Bravo por ese feminismo de buena ley, que sirve a los pueblos, difunde el bien e impulsa el progreso!... ¡Hasta nos reconcilia o disculpa las barbasadas de las sufragistas londinenses!”⁴³ Aquí señalaba la necesidad de distinguir a aquellas mujeres británicas que en forma violenta reclamaban la ampliación del voto. En el denominado “feminismo de buena ley” incluía la propensión de la mujer hacia actividades solidarias, como lo ejemplificó la propia Elena de Montenegro con su trabajo en contra del analfabetismo.⁴⁴ Esta valoración realizada por Barroetaveña iba más allá de la valentía y la solidaridad de la reina de Italia, tal como se observa en la siguiente enumeración de mujeres que constituyen la demostración más visible de su postura favorable al feminismo:

La duquesa de Aosta dirigiendo un hospital de sangre en la Tripolitania; madame Curie a la cabeza de los progresos químicos; la congresal sueca, dictando leyes; el dilatado y benéfico reinado de Victoria en Inglaterra; nuestra Dolores Lavalle, ¿por qué no decirlo? Consagrando abnegadamente medio siglo de su vida fecunda a la beneficencia pública, a la caridad, y a la preparación industrial de la mujer; administrando millones de pesos con economía y probidad; nuestra doctora Elvira Rawson de Dellepiane, que, exponiendo su vida, prestó eficaces servicios médicos en el hospital revolucionario del Parque en 1890, que ejerce su profesión humanitaria, y promueve un instinto para moralizar y ofrecer medios de trabajo honesto a las madres seducidas y abandonadas por el hombre; y la brillante foja de Elena de Montenegro, hablan muy alto sobre lo que podrá hacer la mujer emancipada, instruida y ejercitada en tantas manifestaciones del esfuerzo humano, propias para ella y hoy monopolizadas por el sexo fuerte.⁴⁵

3. “Dar al Estado moderno firmes bases humanas para el bienestar de los hombres.”⁴⁶ Reflexiones sobre la cuestión social y la inmigración

El contexto en que Barroetaveña desarrolló su cuerpo de ideas fue la transición del 1800 al siglo xx, período marcado por las grandes modificaciones que experimentó la sociedad argentina tanto en su composición como en su tamaño. Fue en esta época cuando surgieron en el país una serie de reflexiones sobre las nuevas condiciones de vida de la población argentina, englobadas en lo que se denomina la “cuestión social”. Como indicó Zimmermann, “Este término describe –y describía durante el período– el conjunto de consecuencias sociales del proceso de inmigración masiva, urbanización e industrialización que transformó al país...”⁴⁷ Ante este

⁴² En el mismo escrito puede advertirse el rechazo de Barroetaveña al anarquismo: “delirio anarquista, que con el mismo furor mata al justo y al tirano”. Véase Francisco Barroetaveña, *Elena de Montenegro. Pensamiento, humanidad y valor*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912, p. 15.

⁴³ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁴ En el año 1913 Barroetaveña publicó *Sociedad de Beneficencia* en homenaje a los noventa años del surgimiento de aquella institución. Aquí destacó, una vez más, el papel de las mujeres en temas solidarios a partir del rol que tuvieron las damas de beneficencia en la protección de escuelas, asilos y hospitales. Véase Francisco Barroetaveña, *Sociedad de Beneficencia. Misión trascendental dada por su fundador*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1913, capítulo iv: “Psicología de las Damas de Beneficencia”.

⁴⁵ Francisco Barroetaveña, *Elena de Montenegro, op. cit.*, pp. 13-14.

⁴⁶ Francisco Barroetaveña, “Congresos del librepensamiento”, en Francisco Barroetaveña, y José Benjamín Zubiaur, *Propaganda Liberal*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1913, p. 46.

⁴⁷ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas, op. cit.*, p. 11.

fenómeno, Barroetaveña exhibió una serie de reflexiones sobre la protesta obrera, el crimen, la naturalización de extranjeros, el nacionalismo, entre otras cuestiones, en las cuales sostendrá una solución de tinte liberal a los problemas sociales de su época.

A nuestro autor no se le escapaban los problemas que afectaban a la clase trabajadora. Sus argumentos buscaron promover una respuesta definitiva al constante malestar de este sector. Barroetaveña presentaba dicha solución en los siguientes términos: “Es de esperar que un mejoramiento general de las clases obreras, bajo el punto de vista económico y por la instrucción pública, saneándose el medio ambiente, contenga las explosiones del odio, que quizás deriven de la miseria, de la ignorancia, de las injusticias, del desequilibrio mental, y de la propaganda que incita al crimen”.⁴⁸ A su vez objetaba las alternativas que él consideraba extremas, como la del socialismo y el anarquismo. Más bien postuló como, en otras ocasiones, que era el individualismo anglogermánico, del cual provenía la libertad civil moderna, la respuesta más equitativa y conveniente a los problemas de las clases trabajadoras.

Ante el malestar de los obreros, nuestro autor establecía que era el Estado el actor fundamental para solucionar el grave problema de las constantes huelgas de comienzos del siglo xx. Su papel debía ser el de mediador, con una suficiente capacidad para otorgarles beneficios concretos a los trabajadores (mejoras salariales, amparo contra la vejez, accidentes, etc.) y no el de ejecutor del impedimento de la protesta obrera mediante dictámenes represivos. Una vez más, Barroetaveña postuló su argumento incluyendo el elemento liberal, que dentro de esta temática era el derecho a huelga: “se trata de la libertad perfectamente constitucional de suspender el trabajo, ordenadamente, hasta que las grandes empresas afectadas por la paralización de sus faenas, satisfagan lo que haya de justo en las exigencias del proletariado: y en los movimientos huelguistas de todas partes, eso es lo lícito, ese es su derecho, esa es su libertad”.⁴⁹

Forma parte de las cuestiones sociales de la época el aumento de la criminalidad y sus consecuentes castigos. Dentro de esta temática, Barroetaveña exhibió una preocupación sobre lo que él mismo denominó como “la inviolabilidad de la vida”. A partir de las reformas del Código Penal del año 1900, nuestro autor, como diputado nacional, adhirió tenazmente a la supresión de la pena de muerte. Consideraba que los efectos de esta condena, que era retrógrada, no reducían la criminalidad.⁵⁰ La eliminación de este castigo era vista como un paso obligado para profundizar el progreso moral del país. Apoyó su argumento en dos obras de legistas de su época, el juez federal de Córdoba, el doctor Moyano Gacitúa, y el jurisconsulto español Groizar. Vale la mención para corroborar una de las prácticas más habituales en sus intervenciones parlamentarias, es decir, su generoso empleo de escritos de expertos, característica visible cuando se advierte la prolongada duración de sus discursos. En el manejo de estas obras teóricas la intención de Barroetaveña era corroborar que la abolición de la pena capital era una tendencia del derecho penal del momento y, por lo tanto, era un tema trascen-

⁴⁸ Francisco Barroetaveña, “Congresos del librepensamiento”, *op. cit.*, p. 48.

⁴⁹ Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1902, Sesión Prórroga, vol. II.

⁵⁰ Barroetaveña apoyaba la condena a reclusión perpetua ante los crímenes más severos: “Estoy convencido de que el presidio perpetuo obrará con mucha mayor eficacia sobre la sociedad en general, sobre los hombres inclinados al crimen, que la ejecución capital”, véase Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 3 de septiembre de 1900, Sesión Ordinaria, vol. I, p. 1003.

dental a tratar en el debate de la reforma del Código. Luego de un extenso discurso que ocupó tres sesiones completas en la Cámara, nuestro diputado concluyó su argumento sobre la relación entre el crimen y la condena a muerte en el contexto nacional con los siguientes términos: “En todos los países del mundo, la ignorancia y la miseria, son las causas principales, los primeros factores de la criminalidad; y un país que cuenta medio millón de niños analfabetos, creo que debe llevar con más previsión y energía su obra regeneradora, a batir esa ignorancia, y a desalojar del santuario de la justicia, el patíbulo, que realmente es afrentoso para nuestra legislación”.⁵¹

Un tema central para Barroetaveña fue la naturalización de los extranjeros. El autor señaló la generosidad con la cual había encarado el tema la Constitución de 1853, generosidad que se vio menguada por trabas en la ley reglamentaria de 1869.⁵² Sobre este obstáculo afirmó: “Llama la atención que en un país con leyes tan liberales para atraer al extranjero, a quien con solo dos años de residencia la Constitución le acuerda la ciudadanía, se conserve un sistema reglamentario que conspira decididamente contra la letra y el espíritu de la legislación fundamental, cuyo propósito evidente fue atraer y asimilar por la naturalización al extranjero con la masa nativa”.⁵³ Defendió la nacionalización por solo mandato de la ley, sin esperar ni la renuncia de la ciudadanía originaria ni un forzado juramento hacia la patria. La naturalización inmediata debía ser aprobada por el Congreso dejando de lado argumentos nacionalistas, que en nombre de un supuesto patriotismo obstaculizaban una reforma que beneficiaría el progreso del país en todos sus sentidos.

Obstaculizando la concesión de la ciudadanía por ministerio de la ley a los extranjeros se conspiraba contra el poblamiento del país, la limpieza de las prácticas políticas y el afianzamiento de las inversiones extranjeras. Además, Barroetaveña advirtió que la existencia de trabas reglamentarias no había jugado un papel negativo en la naturalización de los inmigrantes en los Estados Unidos a partir de la atracción provocada por la fuerte tradición liberal en el país del norte, por su buen gobierno y por sus honestas prácticas electorales. En contraste, la Argentina mantenía una norma restrictiva pero no contaba con el factor atrayente de los bondadosos hábitos estadounidenses. Para nuestro autor, el retraso de las instituciones nacionales se solucionaría con el ingreso irrestricto de inmigrantes que evitaría el drenaje de capitales, activaría a la población local en el cumplimiento de sus deberes cívicos, y, como producto de la experiencia política de la masa extranjera, generaría la formación de partidos de principios “sin los inconvenientes del caudillo, futuro dictador, que enardece las pasiones en la lucha, deprime la dignidad cívica de los electores, y elimina el control cuando triunfa. Es cosa bien diversa luchar por un programa de reformas, que por el triunfo de un candidato, por más ilustre y meritorio que sea”.⁵⁴ La naturalización de los extranjeros era, para Barroetaveña, la solución primordial para resolver los problemas (electorales, obreros, etc.) que afectaban a la república como consecuencia del boom inmigratorio iniciado a fines del siglo XIX.

⁵¹ *Ibid.*, 3 de septiembre de 1902, Sesión Ordinaria, vol. I, p. 1005.

⁵² La ley reglamentaria de 1869 establecía que todo extranjero que se encontrase en condiciones de naturalización, es decir, cumpliendo con los cinco años de residencia en el país, debía solicitar su ciudadanía a través de la justicia. En su proyecto de ley, presentado en la cámara de Diputados en septiembre de 1894, Barroetaveña consideró dicho procedimiento como engorroso, y que desalentaba a los extranjeros a pedir su nacionalización. Véase el proyecto de ley en “La naturalización de los extranjeros”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1902.

⁵³ Francisco Barroetaveña, *La naturalización de extranjeros*, Buenos Aires, Biedma, 1909, pp. 8-9.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 28.

A comienzos del siglo xx, la cuestión inmigratoria y su conexión con los conflictos obreros (evidenciada en la creciente presencia del anarquismo) desembocó en intensos debates, tanto en el Parlamento como en la prensa, con el fin de encontrar una solución para tal problema. La resolución más significativa que se elaboró en dicho contexto fue la Ley de Residencia de 1902, atribuida a Miguel Cané.⁵⁵ No llama la atención que Barroetaveña haya tenido una actitud negativa hacia este conocido dictamen. Sus argumentos fueron similares a los que Zimmermann advirtió en las objeciones de los diputados Lacasa, Carlés, Roldán, Leguizamón, Varela Ortiz, Gouchón, Balestra.⁵⁶ Sostenía que los poderes nacionales tenían los recursos necesarios para hacer frente a los posibles desórdenes, con lo cual al acentuarlos se corría el riesgo de recaer en una situación más grave, tal como lo expresó en la Cámara: “es inconstitucional, porque saca a cientos de miles de habitantes del país de sus jueces naturales y porque, se podría agregar, inviste al poder ejecutivo de facultades judiciales, que le niega terminantemente la Constitución: cuando un millón de habitantes de nuestro país, que son los extranjeros, han quedado a discreción del poder ejecutivo para juzgar de su expulsión”.⁵⁷

No es de extrañar que dada la actitud esgrimida frente a la presencia de los extranjeros, Barroetaveña exprese claramente que en su opinión la diversidad de lenguas, lejos de ser un factor de debilidad nacional, lo sería por el contrario de fortalecimiento de sentimientos patrios. Para él, en realidad, la nacionalidad no era el “desiderátum de los pueblos” sino un elemento para consolidar las obras fecundas del país. Esto fue expresado en su rechazo en la Cámara de Diputados en 1896 a la obligatoriedad del idioma nacional en las escuelas:

Si este proyecto llegara a convertirse en ley sería un paso peligroso; sería una vanguardia oscurantista, reaccionaria en nuestra legislación; porque tras de la unidad del idioma se pediría la unidad de fe, la unidad de raza, se pedirían otras unidades centralistas que además de conspirar contra la Carta fundamental, y las libertades que ella garante, conspirarían contra la prosperidad y civilización de la República.⁵⁸

El nacionalismo no era un tema central para nuestro autor. La concepción de una identidad homogeneizadora no constituía el elemento primordial para que el país desarrollara las mejores instituciones. Más bien, como se percibe en la cita anterior, era un obstáculo, tal como se evidenció en aquel patriotismo que rechazaba la naturalización de extranjeros. De este modo, para Barroetaveña la educación en el país debía respetar la diversidad de lenguas ya que con el establecimiento de esta condición se respetaría la propia identidad de los indivi-

⁵⁵ Cané siempre señaló que la ley no era para ser aplicada a huelgas sino estrictamente referida a actos terroristas: “una ley concebida y sancionada contra el crimen y no contra el derecho”, palabras citadas por Alfredo Palacios para apoyar la derogación de la misma ley en 1904. Véase Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, op. cit., p. 174.

⁵⁶ Las objeciones señaladas fueron: “1) se estaba legislando ‘de apuro’, sin considerar las causas más profundas del problema; 2) la expulsión era una medida penal, y el Poder Ejecutivo no podía atribuirse facultades judiciales; 3) se ordenaba una discriminación entre extranjeros y argentinos de carácter anticonstitucional...” Véase en Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas*, op. cit., p. 155.

⁵⁷ Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 24 de noviembre de 1902, Sesión Prórroga, vol. II, p. 24.

⁵⁸ Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1996, p. 379.

duos y de las familias, que se encontraba por encima de aquellas unidades artificiales construidas desde arriba.⁵⁹

Barroetaveña siempre se mantuvo muy atento a los episodios más relevantes de su época, lo que se advierte en sus numerosas publicaciones en la prensa en el momento del estallido de la Primera Guerra Mundial. De la nutrida serie de breves ensayos publicados en *El Diario* resultó su libro *Alemania contra el Mundo*. Esta compilación fue una severa crítica a los aprestos bélicos que estaban teniendo lugar en Europa, que fueron juzgados como la principal causa de la crisis de civilización y justicia que atravesaba aquel período. Como una considerable parte de la opinión pública nacional del momento, nuestro autor defendió la neutralidad del país a partir de los fuertes vínculos cosmopolitas (comerciales y sociales, ambos influidos por el boom inmigratorio) que tenía la Argentina con la mayoría de las naciones involucradas en el conflicto. Ligada a esta postura, presentó una fuerte crítica centrada en la figura del Kaiser alemán, Guillermo II. A pesar de las obras realizadas a favor del progreso por este monarca, nuestro autor advirtió que su actitud bélica llevaría a la catástrofe a la civilización germánica y provocaría la ruina de otros países europeos que no merecían ser víctimas de los impulsos de este gobernante. A su vez, Barroetaveña exhibió una simpática posición hacia Gran Bretaña y Francia, países que percibió como generadores de instituciones que defendían la libertad y los derechos del hombre.⁶⁰ Más allá de sus adhesiones y rechazos, las ideas centrales que se destacan en su libro fueron la indispensable reducción de los ejércitos y una mayor preferencia por el uso de los arbitrajes con el fin de lograr la paz en todo el mundo, considerando que el derecho de los individuos a vivir en armonía no debía disolverse por los caprichos de sus gobernantes.

Conclusiones

Hasta aquí hemos recorrido distintos aspectos del pensamiento de Barroetaveña. Para completar dicho cuerpo de ideas es preciso mencionar un rasgo central de su ideario político: nos re-

⁵⁹ De manera similar Barroetaveña hizo referencia al tema de la tradición. Compartía con Alem (como se advierte en su famoso discurso contra la federalización de Buenos Aires) el rechazo a concebir esta noción como la guía para las reformas institucionales del país. Se manifestó así una aversión, un tanto irónica, al culto de lo que él mismo denominó como “el imperio de la doctrina fósil”. Consideraba que esta lógica obstaculizaba el progreso, y era un hábito nocivo que promovía el atraso y la superstición. Quizás el mejor ejemplo (y el más extremo) para evidenciar su postura con respecto a la “tradición idolátrica” sea su opinión en relación con el Cabildo de Buenos Aires: “se quiere conservar, con gastos crecidísimos, el trozo de aquel *vizcacheral* que se llamó Cabildo, del peor gusto arquitectónico y en plena ruina [...] conservar mamarrachos, adesios artísticos, como representativos de acontecimientos memorables, es rebajar la estética, la conmemoración y la cultura artística de las nuevas generaciones. ¿Qué se diría de un hombre que guardara los andrajos de su ropa usada, y que los venerase como homenaje o recuerdo piadoso de su actuación memorable? Probablemente se le consideraría candidato a manicomio; y bien mirado, la rutina de conservar cosas viejas, feas y ruinosas, no anda muy distante”, véase Francisco Barroetaveña, “¡La tradición!”, en Francisco Barroetaveña y José Benjamín Zubiaur, *Propaganda liberal*, op. cit., p. 81.

⁶⁰ Principalmente, Barroetaveña manifestaba simpatía hacia Gran Bretaña ya que consideraba a este país como el más preparado, por sus instituciones y sus leyes, para imponer las condiciones de paz ante el avance alemán. Propensión que se advierte en la enumeración de figuras que se destacaron en diversos campos realizada por nuestro autor: “Bacon, Shakespeare, Milton, Newton, Hobbes, Cook, Halley, Herschell, Watt, Locke, Reid, Cavendish, Harvey, Dryden, Addison, Pope, Wolf, Davy, Faraday, Darwin, Spencer, Nelson, Macaulay, Pitt, Sheridan, Burke, Fox, Wellington, Canning, Byron [...] Malthus, Bentham, Ricardo, Stuart Mill, Hume, Gibbon, Robertson, Carlyle, Alison, Freeman, Brughan, Gladstone, Walter Scott, Tomas Morre [sic], Disraeli, Dickens y otros”, véase Francisco Barroetaveña, *Alemania contra el mundo*, Buenos Aires, Otero, 1915, pp. 103-104.

ferimos a su valorización de la autonomía municipal. La presencia de este concepto se advierte en la mayoría de sus escritos pese a su diversidad, por lo que consideramos que este argumento constituye un buen resumen del ideario liberal elaborado por nuestro autor. Combinaba en esta temática la consagración del federalismo y el rechazo a la injerencia del poder central o de otras instituciones como la Iglesia en los asuntos cotidianos de la ciudadanía. A su vez, se hace presente en su postura favorable a la naturalización de extranjeros que, como señaló Botana para el caso de Alberdi,⁶¹ consideraba a la comuna como el lugar ideal para que los inmigrantes aportaran su experiencia en la administración diaria.

La condición autónoma de los municipios era un argumento que Barroetaveña señalaba como uno de los puntales que el país debía consagrar para la consolidación de un Estado moderno, democrático y eficaz, ya que promoviendo la autonomía se fortalecerían las libertades individuales a partir de la participación directa del propio pueblo en sus cuestiones más inmediatas. Sin embargo, su diagnóstico sugería que hasta el momento el régimen municipal inscripto en la Constitución nacional no se había afianzado en ninguna de las provincias argentinas; más bien se trataba de una simulación por parte de los gobernadores de su época que solo tenían como objetivo su permanencia en el poder sin consagrar ningún beneficio para los ciudadanos.⁶² Para exponer su propio argumento, elogió a figuras notables del país, entre las que se destacaron Alberdi, Sarmiento, Avellaneda, Vicente. F. López, Echeverría, Alem, Bernardo de Irigoyen, en una recopilación de discursos favorables a la independencia del gobierno local. De esta manera, nuestro autor insistió en que la autonomía municipal debía ser “el sistema primario, celular, indispensable del buen gobierno de las sociedades; y como la piedra angular de nuestro federalismo constitucional, que satisface todas las necesidades locales del gobierno propio, y sirve de escuela democrática para enseñar a los hombres el ejercicio de la libertad, y el manejo de la administración pública en todo su variado mecanismo”.⁶³

Si en la defensa de su argumento acudió a la palabra de los principales políticos y pensadores de la Argentina de mediados del siglo XIX, coronó su postura con el respaldo que encontró en los dichos de los más celebres parlamentarios europeos del momento: Mirabeau en el caso francés y el estadista británico Gladstone. A partir de este último, celebre político, es donde se percibe la síntesis más evidente de la idea de autonomía municipal que Barroetaveña elaboró: “Mientras más años se acumulaban sobre mi cabeza, más importancia atribuyo a las instituciones municipales; ellas son las que más dan el tino, la práctica, las que más dan la inteligencia en la administración, son ellas las que nos vuelven aptos para la vida de la libertad; sin ellas no habríamos podido conservar las instituciones centrales”.⁶⁴

⁶¹ En el Post Scriptum de 1994 del *Orden Conservador*, Botana advirtió que “El municipio circunscribe, pues, un ámbito más receptivo para el interés individual y corporativo de los inmigrantes (en territorio, dicho sea de paso, donde Alberdi había instalado la participación política del extranjero)”, Natalio Botana, *El Orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 286.

⁶² Este diagnóstico, aunque era frecuente en la mayoría de sus escritos, fue especialmente subrayado en una conferencia realizada en Gualeguay en 1912. Su anhelo era que su provincia, Entre Ríos, y su ciudad, Gualeguay, fueran las iniciadoras de una segunda gloria de los municipios nacionales, como había sucedido en el pronunciamiento de mayo de 1851. Aquí se desprenden una serie de artículos que Barroetaveña centró en el caso entrerriano: “Inconstitucionalidad de una ley de Entre Ríos” (1883) y “La gloria de Caseros” (1923).

⁶³ Francisco Barroetaveña, *Autonomía municipal. Evolución argentina fecunda: iniciativa de Gualeguay*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912, p. 31.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 30-31

Para nuestro autor estas instituciones deberían expresarse junto con otras afines al campo económico. En esta dimensión su posición es tan clara como en los otros temas. Nos pareció necesario mencionar su postura en esta temática porque consideramos que ella completa su ideario liberal clásico, lo cual manifiesta un cuerpo de nociones coherentemente entrelazadas. Fue durante el debate en torno de la Ley de aduana del año 1894 cuando sostuvo esta postura en favor del sistema de libre cambio en el país:

Estudiando la Constitución y los principios económicos expuestos en la Constituyente al sancionar nuestra Carta, leyendo la obra fundamental del doctor Alberdi, llego a esta conclusión: que la República Argentina debe fundar su sistema arancelario, su sistema de leyes rentísticas en los principios de la libertad industrial, en el libre cambio, en la libertad comercial, que se encuentra ofrecida y garantida en más de uno de los artículos de la Carta fundamental, y que se presenta como el *desiderátum* para el engrandecimiento económico de nuestro país.⁶⁵

En este discurso parlamentario Barroetaveña consagró la defensa que el primer radicalismo hizo del liberalismo económico. Como advirtió Alonso, existió por bastante tiempo el supuesto que estableció la postura librecambista, más ligada al discurso del oficialismo que al elaborado por la UCR, y erróneamente caracterizada como proteccionista. Nuestro autor recurrió, una vez más, al pensamiento de Alberdi para argumentar que la tradición económica del país era liberal, que favorecía al progreso de las actividades pero sobre todo del bienestar general de los individuos. De este modo concluye Alonso: “Defendiendo al librecambio Barroetaveña sostenía que el proteccionismo desviaba a la economía de su curso natural, alimentaba la creación de una industria artificial, encarecía innecesariamente los bienes de consumo penalizando en especial a la clase trabajadora...”⁶⁶

En las líneas que anteceden hemos intentado ofrecer un bosquejo de los argumentos que guiaron la ideología política de Francisco Barroetaveña. Pensamiento que dentro de las prácticas de la época ofrece la originalidad de presentar un tinte ortodoxo del liberalismo clásico. Si bien hemos señalado la muy estrecha relación entre nuestro autor y Leandro Alem, consideramos sin embargo que en esta relación el tono más decididamente liberal, presente en los dos, apareció con más fuerza aun en Barroetaveña.⁶⁷ Hemos utilizado el término “ortodoxo” porque consideramos que en sus lineamientos casi no se advierten contradicciones, situación común en el liberalismo argentino decimonónico a partir de la supervivencia de ciertos preceptos de la época colonial, de la combinación con el conservadurismo en el caso del Autonomismo nacional⁶⁸ y de la influencia de otras tradiciones del pensamiento político del período.⁶⁹ Además, de manera complementaria, sostenemos que sus propuestas no se vieron modificadas con el correr de su trayectoria pública. Desde su tesis doctoral hasta el comentario sobre el go-

⁶⁵ Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera*, op. cit., p. 416.

⁶⁶ Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas*, op. cit., p. 239.

⁶⁷ En este ensayo hemos limitado el número de comparaciones con otros actores de la época, pues la mayoría de ellas no nos parecen pertinentes para analizar las ideas de Barroetaveña.

⁶⁸ “Los grupos dirigentes, escépticos y conservadores en el campo político, fueron liberales y progresistas ante la sociedad que se ponía en movimiento”, véase Natalio Botana, *El Orden conservador*, op. cit., p. 18.

⁶⁹ Entre ellas podemos destacar la influencia de nuevas corrientes ideológicas de la segunda mitad del siglo XIX, como es el caso del socialismo y el nacionalismo.

bierno de Alvear en plena década de 1920 sostuvo el mismo cuerpo de ideas, que hemos presentado en este ensayo.

Nada mejor, sin embargo, que cerrar este análisis con un texto del propio Barroetaveña, que en contundente cita expuso los postulados que guiaron su carrera política:

la máxima difusión de la instrucción pública, laica y científica en manos del Estado, para darla por sí mismo o exigirla con severo control de los particulares; el divorcio absoluto, para terminar la secularización del matrimonio; la dignificación legal de la mujer; la supresión del juramento religioso, como exigencia legal; la laicización de todos los establecimientos y servicios públicos contaminados con ceremonias religiosas o explotados por cofradías o congregaciones; la separación de la Iglesia del Estado; la dignificación del obrero por la moderación del trabajo, por la mejora de su salario, por la instrucción gratuita, y por el amparo del Estado contra la vejez, los accidentes y las enfermedades; el trato pacífico y humanitario con los indios, para incorporarlos a nuestra civilización, por medio de misiones laicas, cortando los abusos de las misiones religiosas y las arbitrariedades de las guarniciones militares; el impuesto proporcional y progresivo sobre la renta, en lugar de las injusticias tributarias reinantes y de las extorsiones del proteccionismo a favor de gremios privilegiados, en contra del pueblo consumidor y del bienestar general; la disminución de los ejércitos y armamentos, y la propaganda eficaz por la paz y el arbitraje; suprimir los conventos y las órdenes religiosas; fomentar la difusión del saber por la enseñanza provechosa y aumentar las bibliotecas públicas; afirmar la inviolabilidad de la vida humana [...] propender, en fin, por todos los medios de propaganda, a la extirpación de las supersticiones religiosas, de las costumbres y de las leyes, difundiendo la enseñanza laica, que vigoriza la moral humana, y asegura el reinado de la justicia y de la libertad, esto es de las firmes columnas del Estado moderno.⁷⁰ □

Bibliografía

“Discurso del Dr. Barroetaveña”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 9 de julio de 1896.

“El radicalismo de la Provincia”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 5 de enero de 1900.

“La naturalización de los extranjeros”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1902.

“Partido Radical”, *El Tiempo*, Buenos Aires, 14 de octubre de 1903.

“La fiesta de la vendimia”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 22 de febrero de 1908.

“Habló anoche en la sección 16 el candidato a presidente, Dr. Melo. El doctor Barroetaveña”, en *La Nación*, Buenos Aires, 2 de marzo de 1928.

“Los cuatro candidatos a senador hablan al electorado por medio de ‘Caras y Caretas’”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1928.

“Entre Ríos tendrá una elección que será un ejemplo”, en *La Nación*, Buenos Aires, 5 de noviembre de 1931.

“La marcha de los escrutinios”, en *La Nación*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1931.

“Doctor Francisco A. Barroetaveña”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1932.

⁷⁰ Francisco Barroetaveña, “Congresos del librepensamiento”, *op. cit.*, pp. 44-45.

“¿Por qué Irigoyen odiaba al doctor Alem? Leandro Alem e Hipólito Irigoyen juzgados por el eminente ciudadano doctor Martín Torino”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 17 de junio de 1939.

Alonso, Paula, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*, Buenos Aires, Sudamericana/San Andrés, 1994.

Barroetaveña, Francisco, *El matrimonio civil*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1884.

—, *Don Bernardo de Irigoyen. Perfiles biográficos*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma e hijo, 1909.

—, *La naturalización de extranjeros*, Buenos Aires, Biedma, 1909.

—, *El clericalismo y el divorcio. Emancipación italiana*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912.

—, *Autonomía municipal. Evolución argentina fecunda: iniciativa de Gualeguay*, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1912.

—, *Política contemporánea. Sáenz ante el País. Malestar Sud-Americano. Imperfección de sus instituciones*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912.

—, *Elena de Montenegro. Pensamiento, humanidad y valor*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1912.

—, *Sociedad de Beneficencia. Misión trascendental dada por su fundador*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1913.

—, “Congresos del librepensamiento”, en Francisco Barroetaveña y José Benjamín Zubiaur, *Propaganda liberal*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1913.

—, *Alemania contra el mundo*, Buenos Aires, Otero, 1915.

—, *El gobierno del Dr. Alvear: post nubila phoebus*, Buenos Aires, Otero, 1923.

—, *Leandro Alem. Mensaje y destino*, Buenos Aires, Raigal, 1956.

Barroetaveña, Francisco, J. Alfredo Ferreira y José Benjamín Zubiaur, *Escuela libre de dogmas*, Buenos Aires, Liga Argentina de Cultura Laica, 1972.

Botana, Natalio y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

Botana, Natalio, *El Orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 22 y 24 de noviembre de 1902, Sesión Prórroga, vol. II; 3 de septiembre de 1900, Sesión Ordinaria, vol. I.

De Soiza Reilly, Juan José, “Viaje alrededor de los criollos ilustres. El doctor Francisco de Barroetaveña, uno de los fundadores del hoy partido radical”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 17 de mayo de 1930.

Gallo, Ezequiel, *Carlos Pellegrini*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

—, *Vida, libertad, propiedad. Reflexiones sobre el liberalismo clásico y la historia*, Caseros, provincia de Buenos Aires, Eduntref, 2008.

Lord Acton, *Essays in the liberal interpretation of history*, Chicago, William McNeill, 1976.

Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana/San Andrés, 1994.

Resumen / Abstract

Francisco Barroetaveña: un caso de liberalismo ortodoxo

En este trabajo se examina el pensamiento de Francisco Barroetaveña. Se considera a este político como uno de los referentes más íntegros de la tradición liberal en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. A su vez, se destaca su participación en los orígenes y consolidación de la Unión Cívica Radical como también su estrecha cercanía con el líder de esta agrupación, Leandro N. Alem. A lo largo de este artículo se realiza un recorrido por la trayectoria de Barroetaveña través de sus intervenciones en el Parlamento y en la prensa. Se analizan sus reflexiones de marcado tinte liberal sobre temas como la relación entre la Iglesia católica y el Estado, el fenómeno de la inmigración masiva, la cuestión social, el federalismo, la protección en la economía, entre otros tópicos. Por otra parte, se describe su intervención en la UCR luego del fallecimiento de Alem, estableciéndose como uno de los referentes de la facción opositora al liderazgo de Hipólito Yrigoyen y su estilo de conducción partidaria.

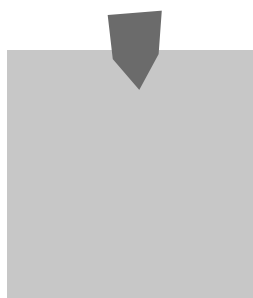
Palabras clave: Liberalismo - Anticlericalismo - Unión Cívica Radical - Federalismo - Antipersonalismo

Francisco Barroetaveña: A Case of Orthodox Liberalism

This article analyzed the thoughts of Francisco Barroetaveña. This politician is considered to be one of the most representative referents to Argentinian classical liberal tradition between the late XIX century and beginnings of the XX. His also renowned for his participation at the foundation and consolidation of the Radical Party as well as his close relationship with Leandro N. Alem. This article makes its way through the path of this character with in his interventions in the Parliament and the press. Barroetaveña's liberal reflections about topics such as the relationship between the Catholic Church and the State, the phenomenon of Mass Migration, Social Question, Federalism and economic protectionism are examined. On other hand his interventions of the UCR after the passing of Alem are described as establishing as one of the referents of the opposition to the leadership of the Hipólito Yrigoyen and his party style conduction.

Keywords: Liberalism - Anti-clericalism - Unión Cívica Radical - Federalism - Anti-"personalism"

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

El historiador en traje de fiscal

*La noción de responsabilidad moral/jurídica en la historia**

Marc Angenot**

El derecho y la historiografía comparten algunos paradigmas fundamentales: el de la búsqueda de la verdad respecto de los hechos del pasado, el de la investigación, la presentación de pruebas materiales, el testimonio y su evaluación (según el tipo de jurisprudencia que solemos llamar “crítica histórica”) y, por último, el de la regla de la “prueba”. Pero también está generalmente aceptado que “los principios jurídicos no pueden transferirse de modo directo a la investigación histórica”, que las exigencias, sobre todo en materia de prueba, no son de la misma naturaleza en esta última disciplina y que el historiador no está obligado, al cabo de su reconstrucción de los hechos –por “incriminantes” que sean–, a hacer un juicio ni a formular una acusación (o una defensa) contra los hombres del pasado, sus convicciones y sus accionares.¹

Stéphane Courtois, historiador conocido por haber formado parte del debate sobre “los crímenes del comunismo”, señala:

Recordemos que las dos primeras fases de la operación historiográfica y de la acción judicial son comunes: la búsqueda de la prueba documental y la explicación-comprensión de los hechos. Luego, divergen. Por un lado, el historiador es llamado –en una fase de “representación”– a establecer un relato científico, y por ende modificable a medida que se acumula nuevo conocimiento. El juez, a la inversa, debe pronunciar un juicio jurídicamente definitivo. Por otro lado, cuando el historiador define los crímenes del comunismo a través de categorías jurídicas –definidas en este caso por el tribunal de Núremberg– no tiene como función “formular un juicio y un veredicto”, sino caracterizar actos criminales del modo más preciso posible.²

* Publicación original: “L’historien en robe de procureur: la notion de responsabilité morale/juridique chez les historiens”, en Thomas Berns y Julie Allard (eds.), *Pensées du droit, lois de la philosophie. En l’honneur de Guy Haarscher*, Bruselas, Université de Bruxelles, 2012, pp. 123-144. [Traducción de Gabriela Villalba.]

** Cátedra James-McGill de Investigación del Discurso Social, Universidad McGill (Montreal); Cátedra Perelman de Teoría de la Argumentación e Historia de las Ideas de la Universidad Libre de Bruselas (2011-2012).

¹ Paul Peeters, “Les aphorismes du droit dans la critique historique”, *Académie royale de Belgique. Bulletin de la Classe des Lettres et des Sciences Morales et Politiques*, 5ª serie, 1946, pp. 81-116 [“Les aphorismes du droit dans la critique historique”, 5ª serie, 1946, erratum, p. 279]. Comentado por Carlo Ginzburg en *Un seul témoin*, París, Bayard, 2007, p. 29.

² Stéphane Courtois et al., *Du passé faisons table rase! Histoire et mémoire du communisme en Europe*, París, Laffont, 2002 [Pocket, 2009, p. 238].

Aunque el historiador no es un fiscal ni un juez, no por ello no deja de cumplir perfectamente su papel y su “deber de estado” –según Stéphane Courtois– de aplicar categorías jurídicas a los actos del pasado –en particular las de responsabilidad criminal y, en lo que respecta a la historia de las ideas, las de incitación y complicidad antes y después del hecho– y de juzgar, no en el sentido preciso del verbo –el primer sentido del diccionario, el de decir el derecho en calidad de juez–, sino, más allá de la descripción fáctica, en el sentido de emitir una opinión evaluativa, de “decidir sobre el mérito” de los actos y los actores del pasado, de condenar o aprobar recurriendo a categorías *tomadas* del derecho, no menos que de la ética, dado que las categorías del derecho permiten un rigor técnico en el “juicio” y una comparación jurisprudencial.

Otros historiadores, por el contrario –no es de sorprender que en el presente contexto sean los adversarios políticos de esta historia liberal de los “crímenes del comunismo”–, sostienen que las categorías jurídicas, cualesquiera sean, no pueden aplicarse a acontecimientos históricos y que, en cierto modo, el historiador en traje de fiscal* abusa de su posición. La pregunta de este ensayo apunta a discernir si le corresponde al historiador hacer comprender o condenar, si cuando viste el traje de fiscal no se equivoca de papel. A esta compleja controversia, que trata sobre un reto problematológico y metodológico fundamental, dedicaré las siguientes páginas.

Una motivación extendida: el trabajo del historiador inspirado por un *ajuste de cuentas*

Los historiadores de las ideas –a quienes me referiré principalmente en estas breves páginas– son investigadores cuyos trabajos suelen regirse, a la vez, por la razón de vivir y el ajuste de cuentas. Aunque más no sea por la elección de sus objetos: aparición primera del prefacismo en Francia, Ilusiones del progreso, Poder psiquiátrico e ideas académicas que sirven para controlar los cuerpos y *normar* a los humanos, Orígenes gnósticos rusos del leninismo (es fácil para el lector agregar *nombres* a esta pequeña enumeración...). Sin lugar a dudas, a los intelectuales que ajustan cuentas se aplica a menudo la parábola de la paja y la viga. Pero si bien ayudan a ver la paja en la ideología o en la seudociencia que objetivan, genealogizan, periodizan y detestan, de todos modos uno puede confiar, dentro de todo, en su hostil perspicacia.

Otras “vocaciones” de historiador de las ideas no parecen menos alejadas, en sus motivaciones primeras, de la serenidad recomendada al académico. Es el caso de los historiadores que tuvieron cuentas que ajustar con “los suyos” y consigo mismos, como sucede, en particular, con los historiadores alemanes frente al nazismo, consagrados a una penosa voluntad de reconstruir la “genealogía” del mal, indisociable, si se quiere, de una amplia dosis de vergüenza colectiva, estoica y sublimada.

Así, la historia de las ideas forma un género híbrido que combina el aparato del saber –historización, tipologías y conceptualizaciones que operan sobre el producto de extensas investigaciones archivísticas–, pero que conlleva, de un modo no menos visible en la mayoría de los casos, una intención polémica unida a un compromiso personal, a una presencia de un sujeto que

* Angenot apela aquí a una metáfora más explícita para el lector francófono que para el lector latinoamericano, dado que tanto en Canadá como en Europa los magistrados visten togas características, según su cargo y jerarquía (fiscales, jueces, etc.). [N. de la T.]

juzga e interpela a sus contemporáneos *por interpósito pasado*. El historiador de las ideas incluso a veces confiesa partir de lo que, en la actualidad y en su “vivencia”, estimula y orienta su trabajo de reinterpretación del pasado. Nadie lo ha expresado con mayor claridad que François Furet en las primeras páginas de su trabajo sobre la historiografía de la Revolución Francesa del siglo XIX, trabajo que para él era indisoluble de su repudio al totalitarismo soviético: “El Gulag lleva hoy a repensar el Terror [de 1793] en virtud de una identidad en el proyecto”.³

La imputación de responsabilidad cuasi penal de algunas ideas, basada en su aplicación

Todos los grandes historiadores de las ideas en el siglo XX parten del horror, de un hecho histórico horrible, *a priori* inexplicable en su propio horror e inhumanidad—las guerras mundiales, el Terror estalinista, el Gulag, la Shoah, etc.—, para preguntarse qué ideas los “llevaban en germen”, qué ideas y qué propagadores de ideas desempeñaron un papel de incitador e instigador—de justificador, de aprobador— de los grandes crímenes del siglo XX. Se toman como un deber el perseguir *en su origen* la génesis de la Idea, con los riesgos de moralización anacrónica *ex post facto* y de imputación abusiva de complicidades antes del hecho que este enfoque conlleva. En efecto, la categoría, laxa y no siempre explícita, que guía sus análisis del papel de las ideas en la historia es la categoría de complicidad. En síntesis, ¿era previsible el horror, con solo descifrar los “ideales” que motivaron a los perpetradores? “Can it ever be anticipated that the pursuit of attractive ideals or ends will lead to mass murder and widespread suffering?”, se pregunta—quizás “ingenuamente”— un historiador estadounidense.⁴ Es aquí, sin embargo, donde se inscriben las grandes problemáticas que atraviesan la historia de las ideas, problemáticas siempre actuales y clásicas, siempre discutidas, también, y controvertidas, las de los “Orígenes intelectuales” de los grandes acontecimientos de la historia moderna: Orígenes de la Revolución Francesa, de la Revolución Bolchevique, del totalitarismo, del nazismo, del antisemitismo genocida, del fascismo italiano (y/o del fascismo genérico), etc. Hay en muchos historiadores una sospecha moral que da inicio a sus empresas: la de que algunas ideas de antes—no solamente las ideas expresamente odiosas sino también otras ideas, programas, doctrinas con su falaz apariencia de inocencia y benevolencia humanitaria— eran intrínsecamente peligrosas y de que su nocividad—indisoluble de cierto grado de absurdo y de irrealismo— tendrían que haber sido perceptibles “en germen” mucho antes de que alguien se hubiera percatado de encontrarles una “aplicación”.

Contra la vieja hipótesis, o el viejo sofisma—aplicado por los historiadores progresistas primero a la Revolución de 1789—, de las “Circunstancias imprevisibles” que desvían y perverten lamentablemente ideas que *en sí* eran generosas y excelentes y que se quiere preservar de todo cuestionamiento—hipótesis que sirvió a lo largo de todo el siglo XIX para exonerar las ideas jacobinas, inspiradas por la Ilustración, de los crímenes revolucionarios y el Terror de 1793—, el historiador actual, que se ha vuelto suspicaz, tiende a someter a análisis las propias

³ François Furet, *Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1978, p. 26 [trad. esp.: *Pensar la Revolución Francesa*, trad. de Arturo Firpo y Claudio Ingerflom, Barcelona, Petrel, 1980].

⁴ Paul Hollander, *The End of Commitment. Intellectuals, Revolutionaries, and Political Morality*, Chicago, Dee, 2006, p. 4 [“¿Pudo haberse anticipado que la búsqueda de ideales o fines atrayentes llevaría al asesinato masivo y a grandes sufrimientos?”, n/eds.].

ideas que animan a los actores históricos y –de pasada– a los “grandes pensadores” que los inspiraron. Esos son la hipótesis y el enfoque de François Furet ante el Terror revolucionario: no fueron lo penoso de las circunstancias ni la agresión externa los que provocaron 1793, sino que la fuente primera del Terror fue la “falsedad de las ideas” de los jacobinos.

No obstante, de este tipo de cuestionamiento se deduce un enfoque o un procedimiento metodológicamente riesgosos para el historiador de las ideas –de hecho, está bien documentado y no se priva de hacerlo, pues en muchos casos ha emprendido su trabajo solo para llegar a esta suerte de acusación–, que consiste en pasar de comprobar, de modo más o menos convincente, la influencia, más o menos mediada, que ejercieron determinadas ideas sobre acciones y accionares reprensibles posteriores que las adoptaron, a imputar la “responsabilidad” de esas ideas y a culpar moral o cuasi jurídicamente a quienes las alimentaron y propagaron (y esto, generalmente, mucho antes de dicho paso al acto y cualesquiera sean los “factores materiales” posteriores o las coyunturas que lo hicieron posible). Ahora bien, siguiendo este enfoque y al cabo de una serie de análisis descriptivos, el historiador elige subrepticamente funcionar con una lógica *jurídica*, una lógica de fiscal que acusa, por ejemplo, a un individuo de “imprudencia criminal”, descartando los factores ciegos y mecánicos que, por sus consecuencias concretas, convirtieron la alegada imprudencia en un “crimen”.

Antes de continuar, se impone a la reflexión una pregunta “prejudicial”: ¿puede haber una calificación jurídica o moral de las ideas? Aparentemente sí en derecho: para verificar que algunas ideas, al menos ideas expresadas y difundidas, puedan ser reprensibles en sí mismas, o que “simples discursos” puedan caer bajo el golpe de la ley, basta con remitirse al Código Penal, que establece, junto a los delitos de “difamación” e “incitación al odio”, los de “apología del delito”, “instigación” e “incitación” al delito, lo cual –dirán algunos espíritus atrabilia-rios– podría extender las iras de la ley a casi todas las ideologías extremas de derecha e izquierda de los dos siglos modernos.

De todos modos, en términos de moral común y corriente, nos encontramos ante una aporía. ¿Se puede concebir una ética de las creencias, las convicciones y las argumentaciones? ¿Está *mal* creer en la Conspiración de los Sabios de Sion, en la Superioridad de la raza aria o en las Leyes de la Historia y en los Mañanas que cantan? ¿Existen convicciones criminales y formas de razonamiento moralmente culpables? La pregunta casi no se formula y se la suele apartar con el reverso de la mano. Abre a demasiadas *dificultades*. Cuando se la formula, es solo frente a las ideologías que, como todo el mundo, tengo razones para odiar de antemano. Se pueden concebir razonamientos estúpidos, pero “convicciones malvadas”, no, eso sería como “ideas verdes”: una imposibilidad semántica. Solamente ese rechazo conduce directo a una aporía: ¿cómo es que razonamientos y concepciones que serían esencialmente inocentes, o esencialmente ajenos al bien y al mal, de pronto serían útiles para justificar actos inhumanos? ¿Cómo es que creencias que vuelven inocentes, e incluso recomendables, actos inhumanos no serían culpables por sí mismas? Masacrar a armenios, judíos, gitanos o kulaks está mal, pero los razonamientos que condujeron a presentar esas masacres como necesarias, heroicas y virtuosas, en cambio, estarían más allá del bien y del mal. Como mucho, estarían bien o mal fundadas (o solo podrían ser consideradas mal fundadas por una lógica diferente a la que las recomienda como excelentes). Si para un individuo (y para su familia ideológica) sus actos están plenamente justificados por sus convicciones y considero dichos actos como monstruosos, ¿cómo no considerarlo culpable de alimentar tales convicciones? Porque censuramos el ultranacionalismo serbio, el antisemita, el estalinista, el Jemer rojo y el islamofascista por ac-

tos que, desde su punto de vista, no fueron ni serán censurables de ninguna manera, puesto que su lógica y su “conciencia” los aconsejan y los aprueban, e incluso los exaltan.

Orígenes del fascismo y del nazismo en Ideas

En la historiografía contemporánea se observa una marcada tendencia: la de destacar, mucho más que en otras épocas, el papel de las ideas y su “responsabilidad” en los crímenes totalitarios del siglo pasado, en particular –y esto en contra de la tradición historiadora en el tema– en los movimientos y regímenes fascistas. El estudio del fascismo italiano fue demorado durante mucho tiempo por un prejuicio de los historiadores antifascistas, según el cual que “no había ideología” o era demasiado sumaria y absurda como para que mereciera ser estudiada. El fascismo eran bandas de truhanes al servicio del Gran Capital, bandas cuyos discursos demagógicos carecían de interés. Emilio Gentile fue el primero en tomar esa ideología en serio y en intentar reconstituir sus orígenes con la publicación, en 1975, de *Le origini dell'ideologia fascista*.⁵ Todos los historiadores recientes del o los fascismos destacan la *preeminencia* de las ideas en su génesis y el atractivo que ejercían los movimientos totalitarios: “Ideas and beliefs were primary ingredients in the process that brought fascism into being”.⁶ Si bien el fascismo en sus comienzos no tuvo la complejidad del marxismo-leninismo, el material de donde se nutre –crítica contrarrevolucionaria de la democracia parlamentaria, socialdarwinismo, nacionalismo integral, corporativismo– es abundante y diverso y remonta hacia atrás en el siglo XIX. El fascismo, mezcla sincrética devenida en sistema totalitario, forjó “una auténtica ideología y un proyecto coherente de formateo de los individuos y la sociedad”, una ideología que se presentaba como una tercera vía entre el liberalismo democrático, impotente y desconsiderado, y el socialismo, antipatriótico y bárbaro.⁷ Aunque en la práctica, en su desarrollo concreto, el fascismo italiano fue un “totalitarismo imperfecto”, en el centro de la ideología se enunciaba un “ideal” totalitario, una racionalización del Estado total al que debía subordinarse toda la vida pública y privada. El fascismo italiano es una ideología inseparable de una instalación de cultos y liturgias, el *Culto del Littorio*, uno de cuyos temas recurrentes, por lo demás, era que sobre todo no era “un dogma” fijo, sino una “fe” activa, que siempre tenía que avanzar, adaptarse a la “Vida”, etcétera.⁸

El fascismo (que en la definición de fascismo genérico de Roger Griffin y otros historiadores anglófonos incluye al nazismo) presenta una ideología propia que lo define y que desempeñó un gran papel en su éxito trans-clases.⁹ Es de esta ideología y de su “núcleo mítico” (*mythical core*) de donde desembocan los rasgos que todos conocemos de los fascismos: culto del jefe,

⁵ Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*, Roma/Bari, Laterza, 1975 [trad. ingl.: *The Origins of Fascist Ideology 1918-1925*, Nueva York, Enigma, 2005].

⁶ Trygve T. Tholfsen, *Ideology and Revolution in Modern Europe: An Essay on the Role of Ideas in History*, Nueva York, Columbia University Press, 1984, p. 105. [“Ideas y creencias fueron ingredientes primarios en el proceso que le dio existencia al fascismo”, n/eds.]

⁷ Pierre Milza, “Le totalitarisme fasciste, illusion ou expérience interrompue?”, *Vingtième Siècle*, n° 100, 2008/4, pp. 63-67.

⁸ Véase especialmente Pier Giorgio Zunino, *L'ideologia del fascismo. Mito, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bolonia, Il Mulino, 1985.

⁹ Emilio Gentile, *Qu'est-ce que le fascisme? Histoire et interprétation*, París, Gallimard, 2004.

corporativismo, estatismo y estadolatría, escalada expansionista, estetización de la política, militarización de la vida social en tiempos de paz, enrolamiento de la juventud, clima de malestar permanente e impulso de amplios proyectos sucesivos. Podemos suponer que también se deduce de ello el manotazo de ahogado militarista y belicista, pues la guerra es una receta infalible de “regeneración nacional”. Lo que distingue los fascismos de las dictaduras “comunes” es, precisamente, el papel determinante de la ideología y el atractivo que ejerce. El análisis en términos exclusivos de política o de economía no alcanza para comprender su naturaleza.¹⁰

Lo mismo sucede con los historiadores del nazismo y la cada vez mayor importancia que conceden a la ideología y a su singularidad malvada. James Rhodes estudia *The Hitler Movement* como *A Modern Millenarian Revolution*:¹¹

In the tradition of Eric Voegelin and Norman Cohn –escribe–, I think that the National Socialist ideology should be seen as a more or less coherent millenarian and gnostic world view that must be taken seriously if the Nazis are to be understood. [...] [T]he Nazis believed that their reality was dominated by fiendish powers and they experienced revelations or acquired pseudo-scientific knowledge about their historical situation that made them want to fight a modern battle of Armageddon for a worldly New Jerusalem.¹²

Basado en un sentimiento de “catástrofe ontológica”, James Rhodes convierte el milenarismo en la motivación principal de los nazis y en la explicación fundamental de su cada vez mayor criminalidad, descartando las causas tradicionalmente propuestas, a las que considera contingentes y reductoras –crisis económica, etc.– y señalando la importancia de observar de modo central la concepción de que los propios nazis tenían sentido de su accionar:

In all its manifestations and especially in the NS case, millenialism appears to begin with an experience of confusion and a strong fear of annihilation which can be called the “disaster syndrome”.

This study [...] concludes that the millenialism hypothesis gives the best answer to the perplexing questions about this specific group of revolutionaries. [...] By stressing the primacy of apocalyptic motives in the National Socialists, it does not deny the existence or significance of ideological, economic, psychological and other passions.¹³

¹⁰ La definición de fascismo genérico en torno a la que aparentemente se ha establecido cierto “consenso” en el mundo anglosajón actual es la del historiador británico Roger Griffin, líder de la *Fascist Studies School*. Esta aspira a extraer un “núcleo” mítico constante omitiendo intencionalmente, con fines heurísticos, las variables reivindicaciones “nacionales” y las variables racionalizaciones científicas e historicistas que lo revisten: “Fascism is a genus of political ideology whose mythic core... is a palingenetic form of populist ultra-nationalism” [“El fascismo es un género de ideología política cuyo núcleo mítico [...] es una forma de ultranacionalismo populista”, n/eds.]; Roger Griffin y Matthew Feldman (eds.), *Fascism: Critical Concepts in Political Science*. Londres, Routledge, 2004, vol. 1, p. 272. Definición completa en *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993, p. 44.

¹¹ James Rhodes, *The Hitler Movement: A Modern Millenarian Revolution*, Stanford, CA, Hoover Institution Press, 1980.

¹² *Ibid.*, pp. 1 y 18. [“En la tradición de Eric Voegelin y Norman Cohn, creo que la ideología nacional-socialista debería ser vista como una más o menos coherente visión del mundo milenarista y gnóstica, que debe ser tomada seriamente para comprender a los nazis. [...] [Ellos] creían que su realidad estaba dominada por poderes diabólicos y experimentaban revelaciones o adquirirían conocimiento pseudo-científico acerca de su situación histórica que los llevaba a querer pelear una moderna batalla de Armageddon para una Nueva Jerusalem en este mundo”, n/eds.]

¹³ *Ibid.*, p. 19. [“En todas sus manifestaciones y especialmente en el caso del nacionalsocialismo, el milenarismo parece empezar con una experiencia de confusión y un fuerte temor a la aniquilación que puede ser llamado ‘síndrome

El caso aparentemente complementario pero mucho más controvertido de los marxismos y los marxistas

La publicación del *Livre noir du communisme*¹⁴ en 1997 reactivó en Francia una polémica de larga data sobre el balance negativo del comunismo en el siglo xx, en un sobresalto tardío pero excepcionalmente violento que movilizó a toda la prensa y a los ensayistas más destacados y que todavía no está ni cerca de haberse aplacado. *Un pavé dans l'histoire*, de Pierre Rigoulot e Ilios Yannakakis,¹⁵ da cuenta de los primeros meses de esta polémica en Francia en torno a la “memoria del comunismo” –desde el punto de vista acusador de los colaboradores del libro–, mientras que poco tiempo después el volumen colectivo *Du passé faisons table rase*¹⁶ dio a conocer la diferente recepción de las traducciones del libro en todos los países de Europa, muy favorable en el este y reticente en el oeste. Como siempre, la Francia intelectual conforma una excepción y contrasta con la muy favorable recepción del libro en los países que conocieron el “socialismo real”, a pesar de las reticencias y las negaciones –también allá– de una retaguardia de *aparatchiki* reciclados que no quieren que se “saquen a relucir los trapos sucios” del pasado.

No es cierto, como se lee a veces, que los colaboradores de aquel acontecimiento editorial hayan reclamado “un Núremberg del comunismo”, cosa que sería impracticable, pues los regímenes comunistas no fueron vencidos militarmente, y políticamente inoportuno (a pesar de algunos juicios a responsables policiales de la represión en la República Checa, por ejemplo). Pero sí afirmaron en voz alta que la tarea del historiador del comunismo –al igual que la que sin dificultad se le reconoce al historiador del nazismo o del fascismo (comparación accesoria que por sí sola generó escándalo)– es no limitarse a describir, enumerar, explicar y situar en el tiempo de la historia, sino también, cuando es preciso, *formular una acusación*. Al menos en el discurso historiador y no en el orden jurídico, formular una acusación contra los crímenes cometidos en otras épocas, contra sus autores, sus instigadores y sus promotores. Lo determinante es no poner en duda los “crímenes” –a pesar de las incesantes polémicas sobre su extensión y su *cifrado*–, sino establecer, respecto de tales crímenes, la responsabilidad de la ideología (y en consecuencia queda más o menos en claro fue la responsabilidad de aquellos que, en Occidente, “confesaron” esa ideología y militaron por ella, manteniéndose –por la fuerza de las cosas y el azar del nacimiento– ajenos a la “aplicación” que hizo de ella el Socialismo Real).

¿Es criminal el comunismo? La pregunta puede parecer ociosa, casi nada provocadora. ¿Y los millones de muertos posteriores a la revolución soviética? ¿Y la masacre de los marinos de Cronstadt a manos de Trotski en 1921? ¿Y la hambruna organizada para reducir la resistencia de buena parte de los ucranianos a la soviétización en 1932-1933? [etc., etc.] ¿Cómo atreverse entonces a cuestionar esta criminalidad? A decir verdad, ya no se cuestiona el hecho de que una espantosa hecatombe humana esté vinculada con la historia del comunismo, sino la natu-

del desastre’. Este estudio [...] concluye que la hipótesis milenarista da la mejor respuesta a las cuestiones perplejas sobre este específico grupo de revolucionarios. [...] Subrayar la primacía de los motivos apocalípticos en el Nacional Socialismo, no supone negar la existencia de otras pasiones ideológicas, económicas o psicológicas”, n/eds.]

¹⁴ Stéphane Courtois et al., *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, París, Laffont, 1997 [trad. esp.: *El libro negro del comunismo*, trad. de César Vidal, Barcelona, Espasa, 1998 y Barcelona, Ediciones B, 2010].

¹⁵ Pierre Rigoulot e Ilios Yannakakis, *Un pavé dans l'histoire*, París, Laffont, 1998.

¹⁶ Stéphane Courtois et al., *Du passé faisons table rase!*, op. cit.

raleza del vínculo entre el comunismo y esa hecatombe: ¿es responsable el comunismo? [...] Resta saber qué lugar asignar a esos “crímenes horribles, masivos y sistemáticos”. Desde la óptica del *Libro negro*, el comunismo es responsable de ellos. Desde la de sus detractores, el comunismo está manchado de sangre, pero contra su voluntad.¹⁷

Los elementos centrales del debate están bien resumidos. ¿Acaso un régimen basado en una ideología determinada debe ser juzgado por sus obras, y su ideología con él *ipso facto*?, ¿acaso los resultados, siempre horrorosamente similares, de los regímenes *ideocráticos* juzgan las convicciones de los actores y cuestionan el “ideal” de sus seguidores? El problema de la ambigua interfaz histórico-ético-jurídica no es el de algunas ideas del pasado que llamaban –literalmente y sin mayor esfuerzo hermenéutico– a la represión, al odio por el Otro, a la persecución, no es el de las doctrinas expresamente racistas, antisemitas, genocidas y de la censura que llevan en ellas de modo unánime. Se lamenta o no (se puede ver allí una vana invitación/invite a meditar confusamente sobre las buenas intenciones con las que fue recubierto el infierno del siglo xx, para desembocar laxamente en una invocación del *principio de precaución* en vista de los arrebatos irreflexivos de ayer), la cuestión del mal político e ideológico se encuentra en el centro de la historia de las ideas modernas con la forma específica de *la mutación del bien en mal*, de los buenos en villanos, de la idea generosa en legitimación de lo inhumano, del “vuelco del humanista en fanático, del perseguido en policía”, vuelco central en la reflexión de alguien como Régis Debray (que sin embargo no ofrece una explicación muy clara del carácter fatal de dicho vuelco ni propone conclusiones *prácticas* para deducir de su afirmación).¹⁸

Partiré de lo que plantea Aleksandr Solzhenitsyn al comienzo de *Archipiélago Gulag*: “Fue la ideología la que valió al siglo xx experimentar la perversidad a escala de millones”.¹⁹ Lenin y el bolcheviquismo sin duda están cuestionados, pero la acusación de Solzhenitsyn es más englobadora. El novelista ruso razona a partir de un contraste: los malos de Shakespeare se satisfarían con media docena de cadáveres, pero para acumular millones de muertos se necesita otra forma de crueldad e inhumanidad argumentadas, y es esta cosa moderna, desconocida por el dramaturgo inglés e impensable en su siglo, lo que el escritor ruso designa con el nombre de “Ideología”. La cuestión planteada es la del *cambio de escala* de lo inhumano en el siglo xx, cambio surgido del encuentro de medios técnicos y delirios escatológicos disfrazados de doctrinas “científicas”. Todas las ideologías totales del siglo, ya sean de izquierda o de derecha, terminaron creando “vidas inútiles”, legitimaron el asesinato de pobres de a miles y millones, concibieron y justificaron el terror de masas, diezmaron con convicción a poblaciones enteras. La cuestión espinosa que se deriva en este paradigma de la *mutación del bien en mal* –y sobre la que existe una biblioteca cada vez mayor de reconstituciones divergentes de datos, de encadenamientos y argumentaciones contradictorias– es la de la “responsabilidad” de las ideas revolucionarias, la de las utopías socialistas e igualitarias surgidas de la Ilustración, la de Marx –o de los marxismos que aparentemente habrían “traicionado” su pensamiento– o Lenin y los bolcheviques en la Tragedia soviética.²⁰ La ideología racista de los nazis condujo a Auschwitz,

¹⁷ Stéphane Courtois et al., *Du passé faisons table rase!*, op. cit., pp. 13-14.

¹⁸ Régis Debray, *Critique de la raison politique*, París, Gallimard, 1987, p. 361.

¹⁹ Alexandre Soljénitsyne [Solzhenitsyn, Aleksandr Isaevich], *L'Archipel du Goulag*, París, Seuil, 1974, vol. I, p. 132.

²⁰ Martin E. Malia, *The Soviet Tragedy. A History of Socialism in Russia*, Nueva York, Free Press/Toronto, Maxwell Macmillan, 1994.

eso es atroz pero *lógico*, pero, ¿qué es lo que, en términos de ideas, conducía al terror bolchevique, al Gulag, a los exterminios estalinistas, a las masacres repetidas y a gran escala de pobres diablos devenidos en opositores?

¿Metamorfosis inopinada?

En la década de 1930, el filósofo católico Waldemar Gurian –de más está decir que era anticomunista– también hablaba de la “metamorfosis” de una idea intrínsecamente buena, la del socialismo, en un régimen atroz: “la doctrina se transformó, convirtiéndose, no en una utopía de futuro, sino en justificación del terrorismo y de la privación de cualquier derecho del individuo frente al Estado de partido”.²¹ Pero esta “metamorfosis” inopinada seguía siendo, en cuanto tal, inexplicable. La pregunta puede parecer ingenua pero vuelve en nuestros días. “¿Por qué el comunismo moderno, que apareció en 1917, se erigió casi de inmediato en dictadura sangrienta y luego en régimen criminal?”²² Evidentemente, a esta buena pregunta sin respuesta los pensadores de derecha pueden oponer la hipótesis de una consecución lógica o de un “potencial” perjudicial perfectamente detectable en los proyectos iniciales y en las ideas (y quizá también, ampliando el horizonte, en toda la modernidad política secular). A la cabeza del Estado soviético se encontraba un grupo de “ideócratas” animados por una doctrina específica y un proyecto global que causó inmensos sufrimientos: parece de buen método sondear esa doctrina y cuestionar su carácter, ostentatorio pero quizá engañoso, “de utopía de futuro” dedicada al bienestar de la humanidad.

La capacidad y la voluntad de control “total” de la sociedad por parte del Estado-partido bolchevique, la intensidad del terror y la represión variaron mucho de Lenin a Stalin, a Brezhnev, a Gorbachov, por lo que resulta discutible aplicar a todo el período 1917-1991 el controvertido concepto de “totalitarismo”. Pero el hecho de que la *razón de ser* del Estado soviético fuera realizar a cualquier precio un proyecto específico de transformación de la sociedad, un proyecto basado en “ideas”, es inherente a su historia entre 1917 y 1991. El término “ideocracia”, propuesto por Martin Malia, adquiere aquí todo su sentido. En todos los lugares donde se estableció un régimen comunista, las mismas teorías desembocaron en el mismo tipo de liquidaciones, deportaciones, masacres, opresión policial y terror. ¿Cuál es la “responsabilidad” –se preguntan algunos historiadores “de derecha”– que tiene Karl Marx en el carácter sangriento y represivo de todos esos regímenes de todos los continentes que se inspiraron en él? ¿Hasta qué punto los resultados “imprevistos” de un proyecto supuestamente emancipador no tienen alguna relación con determinados elementos de este pensamiento? “Is original Marxism to any degree accountable for the despotic character of the Marxist-Leninist party regimes in the various parts of today’s world?”²³

²¹ Waldemar Gurian, *Der Bolschewismus: Einführung in Geschichte und Lehre*, Friburgo de Brisgovia, Herder, 1931 [trad. ingl.: *Bolshevism: An Introduction to Soviet Communism*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1952; trad. fr.: *Le bolchevisme. Introduction historique et doctrinale*, París, Beauchesne, 1933, p. 229; trad. esp.: *Bolchevismo. Introducción al comunismo soviético*, Madrid, Rialp, 1956].

²² Stéphane Courtois et al., *Le livre noir du communisme*, op. cit., p. 853.

²³ Carl Linden, *The Soviet Party-State. The Politics of Ideocratic Despotism*, Nueva York, Praeger, 1983, p. 1. [“¿Es el Marxismo original completamente responsable por el carácter despótico de los regímenes de partido Marxista-Leninista en varias partes del mundo actual?”, n/eds.] Véase, entre las decenas de libros que plantean este tipo de pregun-

Como tal, este tipo de pregunta directa, bipolar y simplista (y la respuesta “virtual” que trae aparejada) es evidentemente sofístico. Vienen a la mente al menos varias objeciones. La ideología llamada marxista era hegemónica y oficial en la URSS, pero las instituciones y los valores sociales, ¿estaban “inspirados” por algo que proviniera de Marx (aunque más no fuera en el más superficial de los sentidos)? Y además, la principal fuente del despotismo soviético, ¿es rusa o marxista?, ¿o es el resultado de la fatal convergencia de ambas (esta es la versión de Alain Besançon)? El supuesto marxismo soviético, ¿es algo así como el “encuentro inesperado” entre una doctrina racional occidental y una mentalidad irracional rusa? Es lo que parece decir un historiador ruso, Michel Heller, en *La machine et les rouages*,²⁴ cuando habla de “la increíble receptividad de los soviéticos a lo irracional apenas adopta cierta apariencia científica”. Por lo demás, ¿cómo afirmar a la vez la nefasta omnipotencia de la idea marxista-leninista en la URSS junto con la hipótesis –sostenida por Leszek Kolakowski y todos los demás historiadores de hoy– de que, al menos a partir de Kruschev, ya nadie creía en ella, ni entre las masas ni en el Aparato (“By the end no one believed any longer that Marxism-Leninism could be used to mobilize the population”).²⁵

No obstante, hay una réplica a estas primeras objeciones. Se impone una distinción. Los burócratas soviéticos no tenían por qué “creer” en el verbalismo humanitario del supuesto “marxismo”, en la “sociedad sin clases” o en la “dictadura del proletariado”, pero parece evidente que sin embargo *creyeron* en algo, desde Lenin hasta Gorbachov, y siguieron creyendo, a pesar de los constantes desmentidos, en aquello que estaba en el corazón ideológico de la ideocracia: la superioridad, no moral sino *productivista*, del modo de producción colectivista, basado en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción e intercambio y en la economía dirigida. Fue precisamente cuando la duda radical respecto de su practicabilidad y su eficacia comenzó a socavar, entre las clases del propio Aparato, ese dogma-razón de ser constitutivo de la URSS, que el sistema realmente vaciló.

El cuestionamiento sobre el “papel” de Marx y el marxismo (que en realidad conforman dos temas diferentes) todavía se encuentra, en buena medida, en la etapa de la confusión de los problemas. El topos de Marx-retorciéndose-en-la-tumba es un lugar común de los investigadores que, sin dejar de condenar las “aplicaciones”, quieren proteger al autor de *El capital*: “Karl Marx would have found very little in the political culture and political institutions of Cuba, China or Russia that he could identify as Marxist”, etc., etc.²⁶ ¿Sin ninguna duda! Leszek Kolakowski, el gran historiador polaco del marxismo, fue el único que hizo el esfuerzo por plantear la cuestión en términos pasibles de recibir una respuesta que no fuera la mera confusión sofística de la cronología, la duración o los niveles. El sistema estalinista, ¿tiene su fuente en

tas, David W. Lovell, *From Marx to Lenin: An Evaluation of Marx's Responsibility for Soviet Authoritarianism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984. Hay también una versión más ingenua del mismo cuestionamiento: “Was Stalin really a Communist?”, se pregunta Robert Vincent Daniel en *The Rise and Fall of Communism in Russia*, New Haven, CT, Yale University Press, 2007, cap. 23, pp. 266-272. (O... ¿era Torquemada un buen católico?)

²⁴ Michel Heller, *La machine et les rouages, la formation de l'Homme soviétique*, Paris, Calmann-Lévy, 1985 [París, Gallimard, 1994, p. 73].

²⁵ David D. Roberts, *The Totalitarian Experiment in 20th Century Europe: Understanding The Poverty of Great Politics*, Nueva York/Londres, Routledge, 2006, p. 268. [“Al final nadie volvió a creer que el Marxismo-Leninismo pudiera ser usado para movilizar al pueblo”, n/eds.]

²⁶ Anthony J. Gregor, *The Fascist Persuasion in Radical Politics*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1974, p. 395. [“Karl Marx habría encontrado muy poco en la cultura política y en las instituciones políticas de Cuba, China o Rusia que hubiera podido identificar como Marxista”, n/eds.]

Marx o en algún aspecto de su pensamiento?, *¿o bien*, por el contrario, podemos encontrar en Marx (y se lo puede encontrar fácilmente) el repudio anticipado del estalinismo, del totalitarismo? En efecto, Marx, *¿se habría “revuelto en la tumba”?* Son todas formulaciones que no tienen ningún interés porque no tienen respuesta posible. Para Leszek Kolakowski la única pregunta bien formulada es la siguiente, que se refiere a la *aplicabilidad* (y adelanta su propia respuesta): “Was every attempt to implement all basic values of Marxian socialism likely to generate a political organization that would bear marks unmistakably analogous to Stalinism? I will argue for the affirmative answer”.²⁷

El juicio a las utopías

El 1º de enero de 1800, Robert Owen abrió en New Lanark, Escocia, una manufactura “humanitaria” donde el vil dinero iba a ser reemplazado por *Labour Notes*, bonos de trabajo.²⁸ El 25 de diciembre de 1991, Mijaíl Gorbachov ratificaba la disolución de la URSS. Entre ambas fechas, entre aquel Año Nuevo y esta Navidad, dos siglos de Grandes Esperanzas movilizaron a enormes masas en los cinco continentes. Estas animaron una abundancia de reflexiones filosóficas y de ideologías de masa en torno a *ideas* surgidas en el Siglo de las Luces, con las ideas de *progreso y revolución* a la cabeza, y en torno a un proyecto o a una promesa *utópicas*. De la confluencia narrativa que acabo de resumir se deriva una extensa pregunta. Esta pregunta, a su vez, no deja de frecuentar la reflexión contemporánea. Estas Grandes Esperanzas –nos preguntamos–, justamente por su carácter *utópico*, por su promesa de “cambio a vista”^{*} y de remedio global al alcance de la mano para todos los males sociales, a través del determinismo histórico que las había ido edificando desde los tiempos lejanos de los Saint-Simon, Fourier, Leroux, Colins y otros socialistas románticos, a través del espíritu de creencia ciega y negadora que inspiraron, *¿acaso no es evidente que desempeñaron un papel, un papel decisivo y nefasto, en los males de aquel tiempo?, ¿no derivaron acaso en los horrores de un siglo xx que habría pasado al acto al erigir –inspirado en sus vanos blueprints y sus falaces “leyes de la historia”– ideocracias sanguinarias?*²⁹

De la Revolución de 1917 no surgió un régimen que formara un “estadio superior” a las democracias burguesas y las economías de mercado, ni siquiera una alternativa racional, sino –como plantea Martin Malia– una “ideocracia”, un régimen (para descrédito de la representación marxista de la base y la superestructura), basado en un programa irrealista, en una “utopía” (en el sentido negativo, quimérico, de la palabra) articulada con una forma de

²⁷ Leszek Kolakowski, “Marxist Roots of Stalinism”, en Robert C. Tucker *et al.*, *Stalinism: Essays in Historical Interpretation* [1977], Nueva York, Norton, 1999, p. 283. [“¿Cada intento de implementar los valores básicos del socialismo Marxista estuvo cerca de generar una organización política que llevara las inconfundibles marcas del Stalinismo? Mi argumentación sostiene una respuesta afirmativa”, n/eds.]

²⁸ Etiquetados como “One hour” y sus sucedáneos (pues una hora de trabajo cualquiera vale como cualquier otra). Véanse Robert Owen, *Courte exposition d’un système social rationnel*, París, Marc-Aurel, 1848, y *Dialogue entre la France, le monde et Robert Owen, sur la nécessité d’un changement total dans nos systèmes d’éducation et de gouvernement*, París, Chaix, 1848.

^{*} Dentro de la terminología teatral, se denomina “cambio a vista” al cambio de escenografía que se efectúa a oscuras durante una obra, ante el público y con el telón levantado. [N. de la T.]

²⁹ De este modo, se habría pasado del “*siècle-charnière*” [siglo bisagra], el xix, que las concibió, al *siècle-charnier* [siglo fosa común] que las testearon. Es una expresión amargamente espiritual de Philippe Muray.

creencia “gnóstica” maquillada de saber supuestamente “científico”, sistema dedicado a realizar un proyecto intrínsecamente inviable: “Of all the reasons for the collapse of communism, the most basic was that it was an intrinsically nonviable, indeed impossible project from the beginning”.³⁰ Sistema que intentó –a través del terror y dentro de una penuria constante, de la miseria material y moral de tres generaciones– hacer que funcionara una imposibilidad práctica, incluso hasta la ruina. Dicho de otro modo, la alegada responsabilidad de la “idea” sería inseparable del carácter irrealista, quimérico y libresco de buena parte de la modernidad surgida del Iluminismo.

Formulación aun más moralmente inquietante: “Librennos del mal”

La aplastante paradoja de toda la modernidad se reduciría entonces a encontrar la fuente primera del infortunio del siglo xx, no solo en ideas supuestamente racionales, benevolentes y emancipadoras, sino en el *propio proyecto de librar al mundo del Mal*. Porque todo se remonta a esta “voluntad”, que, a comienzos del siglo xix, era una “idea nueva en Europa”. Al principio –hacia 1830– el socialismo se definió como el Remedio, finalmente descubierto, que iba a librar a los hombres, definitivamente y de una sola vez, del mal social:

PREGUNTA. ¿Qué entiende usted por Socialismo?

RESPUESTA. La doctrina [...] que busca, mediante la puesta en práctica de la ley humanitaria, hacer que desaparezcan de la sociedad los males que la desgarran.³¹

Con posterioridad a 1789, nace una “religión de la Revolución”, no como una voluntad de reformar o aliviar determinados males sociales sino –como plantea el historiador israelí Jacob L. Talmon– como una “insurrección contra el propio Mal”, una insurrección que no terminaría hasta que no fuera erradicado el mal, no se completara la regeneración y no se estableciera la justicia inmutable en la Tierra. De hecho, este parece ser el principal elemento psicagógico que nutrió largamente el pensamiento militante y que, en el caso de las mentes conservadoras, alimentó impiadosamente sus perversiones: la voluntad de librarse íntegra y rápidamente del mal social.³² Ya en 1830 el militante se erige –con una pose moral impávida– ante una sociedad que debe ser destruida por completo, de la que hay que arrancar todos los males que lleva dentro. En tiempos de Louis-Philippe, un socialista es alguien que “entrevé” un futuro luminoso

³⁰ Lee Edwards (ed.), *The Collapse of Communism*, Stanford, CA, Hoover Institution Press, 2000. [“Entre todas las razones para el colapso del comunismo, la más básica fue que se trató de un proyecto intrínsecamente inviable, en verdad imposible, desde el comienzo”, n/eds.]

³¹ El Ciudadano Greppo, Representante del Pueblo, *Catéchisme social, ou exposé succinct de la doctrine de la solidarité*, París, Gustave Sandré/Au Bureau du Peuple, 1848, p. 5. Disponible en <gallica.bnf.fr>.

³² Es que, en efecto, y esto caracteriza a *contrario* el pensamiento moderno, el mal no social, el mal “natural”, hoy ya no es percibido como un verdadero mal en el sentido de que ya *no indigna* ni ocupa a los pensadores. Todo ha cambiado desde Voltaire: el terremoto de Lisboa ya no da que meditar escépticamente sobre la Providencia, sino que lo que indigna son la explotación y la miseria. No solamente el mal es social, sino que finalmente no hay mal *que no sea social*. La propiedad, la familia, la ciudad –escribe expresamente Pierre Leroux–: “por fuera de los males que nos llegan a través de estas tres fuentes, no hay mal para nosotros, porque no hay mal realmente humano por fuera de estas tres fuentes”. Pierre Leroux, *Malthus et les économistes ou Y aura-t-il toujours des pauvres*, Boussac, Pierre Leroux, 1849, p. 291. Disponible en <gallica.bnf.fr>.

imbuido de la certeza de que “el mal está condenado a desaparecer completamente del mundo un día”.³³ El mal no viene de la naturaleza (“de Dios”, se escribía por aquella época), viene de la sociedad y la sociedad podría estar organizada de otra manera. Por escandaloso que sea el mal social, la concepción que uno se hace de él libera a la mente de un escándalo más desolador, irremediable: el de que el mal estaría en el corazón del hombre y sería indisoluble de este mundo terráqueo. El mal social es, por el contrario, un doble mal, porque ahora existe un “remedio” global, “descubierto” por un hombre de genio. Lo importante —escribe el fourierista Victor Considerant— es “conocer el mal, para encontrar el remedio”, pero más importante es conocer el “remedio” para demostrar que el mal es mucho más criminal desde el momento en que solo se debe a una mala organización de la sociedad, a una organización que solo hace felices a los malos y que simplemente hay que abolir. De la omnipresencia del mal, el razonamiento militante saca la conclusión de que la sociedad está mal hecha, llega al correlato de que podría reconstruirse por completo sobre “otras bases” y de ahí, sin más, establece la necesidad moral, unida a la fatalidad “histórica”, del advenimiento del bien. A su vez, el sindicalista-revolucionario de la Belle Époque trae lo que se ha convertido en un axioma rígido en el corazón de su doctrina, que él considera “revolucionaria”: toda reforma de la sociedad burguesa es vana, todo espíritu de reforma es vil, hay que hacer tabla rasa y reconstruir todo desde cero. “No se puede esperar ninguna mejora de la sociedad actual, hay que transformarla. Es defectuosa. Hay que destruirla. Sus bases y sus principios son malos y todos los intentos por remendarla y recomponerla están condenados a la impotencia.”³⁴

Que la sola voluntad de hacer felices a los hombres y de llegar de una sola vez al fin del mal social es la fuente de los peores infortunios, que nada es más temible ni más de huir que un hombre poseído por ese tipo de mandato, es la hipótesis recurrente de los pensadores pesimistas, desde Gustave Le Bon hacia 1900 hasta Émile Cioran. Cioran con su máxima abúlica de que “todo lo que emprende el hombre se vuelve contra él” y Gustave Le Bon, con su famosa tesis de que en “las masas” se perpetuaban creencias irracionales peligrosas. Escribe: “Torquemada, Bossuet, Marat, Robespierre se veían a sí mismos como dulces filántropos que solo soñaban con la felicidad de la humanidad”.³⁵ Teman de quienes deseen su felicidad, ¡son capaces de cualquier cosa!

Durante todo el siglo XIX, el diálogo de sordos entre el innovador y el conservador respecto de la belleza de las Ideas Democráticas se cierra con la supuesta prueba de su nocividad por parte de los crímenes de la Revolución. Así, en un diálogo saint-simoniano, vemos discutir al Innovador y al Conservador:

El innovador: —¿Conoce usted los *Derechos del Hombre y el Ciudadano* proclamados por los demócratas de 1789?

El conservador: —Conozco los excesos de 1793 y con eso me basta.³⁶

³³ Louis de Tourreil, *Religion fusionienne, ou doctrine de l'universalisation réalisant le vrai catholicisme*, Tours/París, Juliot, 1879, p. 216. Una edición posterior (París, A. Charles, 1902) se encuentra disponible en <gallica.bnf.fr>.

³⁴ André Lorulot y Georges Yvetot, *Le syndicalisme et la transformation sociale*, París, Librairie Internationaliste, 1909, p. 11.

³⁵ Gustave Le Bon, *Psychologie du socialisme*, París, Alcan, 1898, p. 104 [París, Les Amis de Gustave Le Bon, 1984, disponible en <gallica.bnf.fr>].

³⁶ Jean Terson, *Dialogues populaires sur la politique, la religion et la morale*, París, Prévot, 1840, p. 70 (disponible en <books.google.com>).

Los publicistas liberales y antisocialistas del siglo XIX vieron de inmediato y denunciaron –dando con ello a los espíritus humanitarios pruebas irrefutables de su maldad innata– el paralogismo que deduce el remedio de la constatación del mal y de la atribución de múltiples males a una supuesta Causa única fácil de eliminar: con la propiedad individual hay pobreza y desigualdad, *por lo tanto* hay que suprimirla y reemplazarla por su contrario. Hay gente que no tiene trabajo, *por lo tanto* el Estado puede y debe dar trabajo a todos... La sociedad es imperfecta, por lo tanto es reformable. Es mala de punta a cabo, por lo tanto debe sufrir una reforma total deducida de principios contrarios a los que la rigen.

Los adversarios de los Grandes Relatos Progresistas, por diversos que sean –desde los católicos hasta los darwinistas sociales y los nietzscheanos–, parten de una premisa de lo *irremediable* para descartar los remedios sociales radicales como quiméricos, es decir que ellos también se basan en un presupuesto, en una visión pesimista de la “naturaleza humana”. Herbert Spencer, el sociólogo liberal que denunció el “estatismo”, decía: “Lo que es imperfecto es el hombre. El Estado no puede mejorarlo por decreto”.³⁷ Los pensadores liberales no reprochaban a los socialistas el querer una sociedad buena, o más bien, sí, se lo reprochaban, pero acusándolos de preparar inevitablemente una sociedad peor, aunque fuera a estar revestida de buenas intenciones. En cierto modo, el mismo horror que les inspiraban los proyectos colectivistas, anarquistas, etc., los consolaba de vivir en una sociedad llena de miserias, pero que tenía sus lados buenos –para ellos– y donde no todo estaba perdido...

Sobre los historiadores como fiscales

Como señalé al comenzar: la historia de las ideas modernas muy pocas veces es una empresa serena nacida únicamente del interés histórico. El historiador de las ideas políticas, sobre todo, ajusta cuentas –y no lo oculta– con el presente a través del pasado, un pasado que evidentemente no queda atrás. El historiador que describe y analiza tendencias ideológicas de la década de 1930 –o de 1830– ajusta cuentas de hecho con sus lejanos pero persistentes descendientes actuales. Por lo tanto, se erige expresamente como fiscal, acusa e interpela, coloca a las ideologías del pasado ante sus “responsabilidades”, una palabra que vuelve regularmente en el historiador israelí Zeev Sternhell, quien somete a prueba en el tribunal de la historia los escritos de los “prefascistas” de 1880-1914 y de las ligas fascistoides de la década de 1930, cuyas doctrinas son puestas bajo acusación. Invita expresamente a los lectores presentes, y muy especialmente a sus adversarios –que se niegan a reconocer la extensión de “la impregnación fascista” en la Francia de antes de 1940–, a un “examen de conciencia” al que se niegan. Movido por fuertes convicciones, Sternhell, al analizar la impregnación fascista extendida de una Francia de los años treinta que prepara la vergüenza y el deshonor de los cuarenta, remueve aquel pasado solo porque considera, a pesar de las negaciones de sus adversarios, que aún subsisten sus secuelas y algunas cenizas calientes que podrían reavivarse.

Otros historiadores de las ideas, con los famosos y eruditos adversarios del “historicismo” de los tiempos de la Guerra Fría a la cabeza –Karl Popper, Isaiah Berlin, Jacob Talmon, Karl Löwith, Eric Voegelin, etc.–, cuyos trabajos siguen siendo –con las debidas críticas– grandes

³⁷ Citado por Paul Boilley, *Les trois socialismes*, París, Alcan, 1895, p. 52.

modelos heurísticos, habían entendido su tarea como una lucha –académica, es verdad, pero a menudo brutal y capaz de ganarles irreconciliables enemigos– contra ideas “totalitarias” amenazadoras, cuya *historización* era capaz, en su opinión, de minar su autoridad y sus pretensiones. Para Isaiah Berlin, por ejemplo, Lenin y Stalin son los herederos directos de Rousseau, encuentro histórico que censura Sternhell en su reciente *Les anti-Lumières, du 18^e siècle à la guerre froide*. Sternhell habla, para ese contexto de la Guerra Fría, de “campana contra el comunismo, Ilustración francesa mediante”.³⁸

No menos convencido de realizar un trabajo intelectual riguroso *a la vez que* una tarea cívica de higiene intelectual, de denuncia de determinadas “imposturas” que están en boga, tarea en que hay golpes que enfrentar, alguien como Pierre-André Taguieff arremete hoy contra la “ilusión populista”³⁹ y contra la tendencia de una parte de la izquierda francesa a pervertirse en antirracismos y antifascismos que, según demuestra, son instrumentalizados y falaces.⁴⁰ El historiador de las ideas modernas no es alguien instalado en su proverbial “torre de marfil”, un cura por encima de la pelea (de allí deriva el carácter híbrido de empresas que se encuentran entre las más apreciables, perspicaces e innovadoras del sector, empresas en las que, sin embargo, el esfuerzo de objetivación académica está en lucha con la posición –subjetiva y comprometida en un combate intelectual difícil– del panfletario, posición discursiva que en otra parte describí como de la verdad solitaria y valiente frente a la impostura triunfante).

Un enfoque a descartar como mal método

A fin de cuentas, creo que hay que rechazar de plano la tendencia, irresistible en algunos historiadores –y no los menos ni los menos apreciables– a discutir a pensadores e ideas pasadas en términos de *complicidad antes del hecho*. Hay que combatir la tendencia complementaria a transformar los encadenamientos tortuosos de las genealogías intelectuales en un determinismo de “pendientes fatales”, vistas *a posteriori*, y criticar la propensión a reprender imprudencias y complicidades *by hindsight*, es decir, que no lo parecen sino retrospectivamente.⁴¹ Por ende, también hay que combatir la tendencia a pasar subrepticamente de la descripción de una genealogía histórica del surgimiento y la anexión de ideas dispersas dentro de un mismo “sistema” –y desde allí a la catástrofe que este engendrará– a un juicio político-moral *retrodictivo* articulado con diversos paralogismos *ex post facto*. Es decir, hay que combatir, en suma, la tendencia a combinar, en enunciados equívocos y “solapados”, anacronismo, finalismo y moralismo.

Todo ello lleva a un gran *caveat* de método, que consiste en recordar al historiador de las ideas que las entidades que él sintetiza se construyen y desconstruyen en el largo plazo a través de etapas imprevisibles, en función de cambios no menos imprevistos en el mundo real, con umbrales cualitativos, “metamorfosis” o “mutaciones” que hay que relevar y muchas veces

³⁸ Zeev Sternhell, *Les anti-Lumières*, París, Fayard, 2006, p. 495.

³⁹ Pierre-André Taguieff, *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique*, París, Berg, 2002 [París, Flammarion, 2007].

⁴⁰ Véase, por ejemplo, Pierre-André Taguieff, *Les contre-réactionnaires. Le progressisme entre illusion et imposture*, París, Denoël, 2007.

⁴¹ Y a transformar las contigüidades y vecinazgos en complicidades.

generando variantes polarizadas que se convertirán en antagonistas (lo que equivale a decir que no son entelequias que poseerían *ab ovo* el potencial de su despliegue). Los análisis que van en contra de este principio son a la vez moralmente “farisaicos”, arrogantes y metodológicamente falaces, porque son necesariamente anacrónicos. Parecería que para muchos buenos espíritus el estudio de las ideas y de su papel en la historia desemboca en una teleología (que evidentemente están imposibilitados de asumir teóricamente), en la idea de que, para ser *juzgadas*, las ideas deben esperar a su “aplicación” o a una aplicación por parte de quienes las adoptaron.

Jean-Jacques Rousseau ha sido especial objeto de este *juicio de intención* desde hace medio siglo (acusación repetida, proveniente del mundo anglosajón, que merecería ser estudiada). Como se ha repetido en diversos lugares, Jean-Jacques “should be given special responsibility for the emergence of totalitarianism”.⁴² Pienso sobre todo en la obra de Jacob L. Talmon, cuyo primer libro, *The Origins of Totalitarian Democracy*,⁴³ partía de Jean-Jacques Rousseau para llegar a Babeuf y a los Iguales y desembocar en los Totalitarismos del siglo xx y sus horrores. Talmon buscaba demostrar que en las ideas, los conceptos y los encadenamientos de razonamientos del autor del *Contrato social* estaba la matriz original de todas las ideologías posteriores, que agrupa bajo la denominación de “democracia totalitaria”.⁴⁴ Hay un sofisma inherente a este encadenamiento invocado. François Furet, por el contrario, exonera a Jean-Jacques y matiza periodizando: “Rousseau no tiene ninguna responsabilidad en la Revolución Francesa, pero es verdad que sin saberlo construyó los materiales culturales de la conciencia y la práctica revolucionarias”.⁴⁵

Creo que, por “humana, demasiado humana” que sea la actitud de fiscal-historiador, indignado por los crímenes cometidos en nombre de algunas Ideas, es una postura que se relaciona con la mezcla de géneros y es indefendible en el plano historiográfico. El historiador debe resistir la tentación de convertirse en fiscal, y muy especialmente en la coyuntura “mentalitaria” de hoy en Occidente, que invita desde todas partes y en nombre de una democracia desencantada, a una judicialización de la historia moderna.⁴⁶ Debe resistir porque la historia es incierta, porque los encadenamientos de ideas y acciones, de “pasos al acto”, son tortuosos y oscuros y porque los pensadores-actores simplemente nunca tuvieron manera de sospechar cómo se sucederían las consecuencias de sus pensamientos.⁴⁷

La tendencia a convertir la historia de las ideas en una requisitoria implica, a mi entender, una arrogancia que tiene que ver con el “presentismo”: supongamos que las teorías médicas y

⁴² John W. Chapman, *Rousseau totalitarian or liberal?*, Nueva York, Columbia University Press, 1956, p. vii. [“debería habersele atribuido especial responsabilidad por la emergencia del totalitarismo”, n/eds.]

⁴³ Jacob L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Londres, Secker & Warburg, 1952.

⁴⁴ En *Political Messianism: The Romantic Phase*, Talmon analiza, partiendo de Saint-Simon, los socialismos llamados “utópicos”. Los sistemas sociales que proliferan entre 1815 y 1848 son presentados como la etapa de un desarrollo de ideas radicales de las que saldrá la Revolución bolchevique. La expectativa de una regeneración universal, la convicción de que la historia humana responde a un plan y a un objetivo último, el sentimiento de inminencia apocalíptica generado por la experiencia de la Revolución Francesa, no menos que por las conmociones de la revolución industrial, todo ello contribuye a formar, para Talmon, “una fe mesiánica establecida sobre la roca de la bondad natural del hombre”.

⁴⁵ François Furet, *Penser la révolution, op. cit.*, p. 51.

⁴⁶ Enzo Traverso señala con razón este punto en su libro *L'histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du 20^e siècle*, París, La Découverte, 2011 [trad. esp.: *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo xx*, trad. de Laura Fóllica, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012].

⁴⁷ Véase Enzo Traverso, *Le passé mode d'emploi*, París, La Fabrique, 2005, pp. 74 y ss. [trad. esp.: *El pasado, instrucciones de uso*, trad. de Almudena González de Cuenca, Madrid/Barcelona, Marcial Pons, 2007].

psiquiátricas del siglo XIX sobre las mujeres, la histeria o los “pederastas”, a pesar de su aplomo positivista y su aparataje experimental, eran malintencionadas y absurdas y que estaban atravesadas por mitos y fantasmas, *pero* mis convicciones feministas e igualitarias de hoy, que me autorizan a calificar despectivamente de “machistas” y “homofóbicos” a los académicos de *pince-nez* del pasado, sí, serían íntegramente racionales e irreversiblemente aceptadas... Así y todo, el presente y sus ideas, particularmente sus ideas recibidas, no pueden ser el Tribunal del mundo. El historiador no es un árbitro ni un *Time Traveller* que puede descender en una nube para decir a los hombres del pasado que tal discurso era fundado y sagaz y tal otro no. Y que tal idea, con su apariencia de buena fe y buena voluntad, era reprobable, peligrosa, temeraria... Ahora bien, resulta cada vez más frecuente que, en un ritual de exorcismo seudojudicial, la *doxa* contemporánea convoque al pasado ante el Tribunal del Presente, de donde salen condenados y cubiertos de oprobio un Platón esclavista y muy poco demócrata, un Jefferson sexista y nuevamente esclavista, un Freud supuestamente homofóbico y nada menos que feminista, etc. Casi no cabe duda de que todos los “crímenes” contra el presente de los grandes muertos y sus vagos valores pasarán por allí. Otra actitud, aceptablemente megalómana esta vez, es la del historiador que, luego de demostrar debidamente la historicidad contingente, las variaciones históricas de las nociones de “libertad”, “democracia”, etc., llega con su propia definición (que supuestamente sí es atemporal y neutra). Historizar es descartar la idea de que nosotros podríamos salir del curso de la historia para producir una definición “trascendental” de un concepto. Es lo que Quentin Skinner objetaba a la teoría política de Isaiah Berlin: elaborar, a fin de cuentas, como pretende hacer este, una definición neutra y atemporal de la Libertad es una “ilusión”.

Al término de su *Sartre et Aron*,⁴⁸ biografía comparada de dos grandes intelectuales del siglo XX, Jean-François Sirinelli escribe, preocupado por disociarse de los enemigos póstumos de un Jean-Paul Sartre “que siempre se equivocó”: “No debemos aquí llevar el análisis final al registro de la culpa, porque [...] el historiador no instruye un caso para inculpar o exculpar”. Para estudiar su pensamiento, sus tomas de posición políticas y medir su inmensa influencia, no hay ninguna necesidad de “quemar a Sartre para exorcizar un pasado hoy deshonrado”.⁴⁹ Por su parte, y a semejanza de Enzo Traverso, Jacques Julliard invita al historiador a no ceder ante lo que en su opinión se relaciona con el “espíritu del tiempo” en estos comienzos del siglo XXI, “época en la que hay una tendencia a instituirse en un tribunal permanente de sí misma, pero también de todas las que la antecedieron”.⁵⁰ El pasado es cada vez más intimado a pedir disculpas al presente, por lo tanto hay que encontrar a alguien dispuesto a expresar ante los medios un “arrepentimiento” póstumo por un pasado criminal: la Francia republicana del año 2000 se golpeó el pecho en nombre de los crímenes de Vichy. El historiador, concluye también Carlo Ginzburg, no debe erigirse en juez, no puede dejarse llevar a emitir sentencias. Su verdad, resultado de su investigación, no tiene un carácter normativo: sigue siendo parcial y provisoria, nunca definitiva. La historiografía nunca es fija, porque, en cada época, nuestra mirada sobre el pasado –interrogado a partir de cuestionamientos nuevos, explorado con categorías de análisis diferentes– se modifica.⁵¹ El historiador puede inducir en

⁴⁸ Jean-François Sirinelli, *Sartre et Aron, deux intellectuels dans le siècle*, París, Fayard, 1995.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 375-376.

⁵⁰ Jacques Julliard, en el número “Histoire des mentalités” de la revista *1900*, nº 18, 2000, p. 5.

⁵¹ Enzo Traverso, *Le passé, mode d'emploi, op. cit.*, p. 77. Véase también, de Carlo Ginzburg, *Un seul témoin, op. cit.*

su lector un juicio moral, pero dejando “hablar a los hechos”, que se habrá limitado a establecer rigurosamente. Esa es su tarea. Ni la acusación o alegato ni la pronunciación del veredicto le incumben ni son su papel.

Quizá lo que exaspera e indispone no sea tanto el historiador vestido con la toga del fiscal o del juez que pronuncia un veredicto, como la tendencia –inherente a cualquiera que acusa o defiende– a conservar únicamente lo que defiende su causa y a “mentir por una buena causa”, ya sea de derecha o de izquierda, aunque sea mentir por omisión o por subvalorar datos que debilitarían su defensa o su acusación. Sigue siendo el conflicto entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad. Se debería poder exigir al menos que el historiador-defensor no tenga dos unidades de medida: que no tome por una parte al pie de la letra, sin suspicacia, lo que los bolcheviques decían que hacían con el “apoyo indefectible de la clase obrera” y en su provecho, mientras que por otra parte analiza el discurso de los fascistas –“marionetas del gran capital”– como baja demagogia.

En suma, se encuentran dos sofísticas complementarias que favorecen una historia concebida como acusación:

1. La sofística de la sospecha transferida al origen

En su *The Origins of Totalitarian Democracy*, de 1952 –libro de profunda influencia entre los historiadores de las ideas de lengua inglesa en tiempos de la Guerra Fría–, Jacob L. Talmon remonta desde Stalin hasta Rousseau, pasando por los socialistas románticos, en una operación de encadenamiento retrospectivo odiosa para los progresistas (y también para los rousseauianos). Para Talmon, los principales ingredientes del bolcheviquismo y el estalinismo ya estaban presentes en la doctrina de un Saint-Simon⁵² –a quien tiene en la mira–, no menos que en Rousseau.⁵³ Los historiadores de la escuela de Talmon, que hacen remontar el “totalitarismo” a algunas ideas de Rousseau, a algunos proyectos estatistas y autoritarios de Saint-Simon y a la “idolización” romántica de la Historia (al “mesianismo revolucionario”), nunca dicen, por supuesto, en una somera polémica, “Rousseau = Gulag”. Pero el tipo ideal transhistórico de “totalitarismo” pretende establecer poco a poco un origen y *transfiere la sospecha* al origen.⁵⁴ En efecto, la tópica del encadenamiento sirve para *construir un concepto* en la historia, es decir, hasta cierto punto, para *deshistorizar*. Los historiadores deben negarse a estas acusaciones que resultan de encadenamientos a grandes zancadas que imputan moralmente de complicidad antes del hecho a pensamientos originados *varias generaciones* atrás. Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy lo dicen muy bien y mejor de lo que podría decirlo yo: “El nazismo no está más en Kant, Fichte, Hölderlin o Nietzsche (todos ellos pensadores reivindicados por el nazismo) –ni tampoco, en última instancia, está más en el músico Wagner– de lo que el Gulag está en Hegel o en Marx, o el Terror lisa y llanamente en Rousseau”.⁵⁵

⁵² Sobre Saint-Simon como padre del totalitarismo, también vale mencionar: Georg Iggers, *The Cult of Authority. The Political Philosophy of the Saint-Simonians. A Chapter in the Intellectual History of Totalitarianism*, La Haya, Nijhoff, 1958.

⁵³ Véase, sin embargo, el elogio de Marcel Gauchet a Talmon en *La condition historique. Entretiens avec François Azouvi et Sylvain Piron*, París, Stock, 2003, pp. 336-337.

⁵⁴ Ejemplo de este enfoque: Jan Marejko, *Jean-Jacques Rousseau et la dérive totalitaire*, Lausana, L'âge d'homme, 1984.

⁵⁵ Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy, *Le mythe nazi* [1991], La-Tour-d'Aigues, L'Aube, 2005, p. 28.

El régimen de Mussolini y el de Hitler no están *en* Maurice Barrès, aedo de la Tierra y los muertos. Si por un instante nos permitimos entretenernos haciendo un razonamiento por ficción, no cabe ninguna duda de que el nazismo habría horrorizado a aquel “espíritu delicado”... y eminentemente germanófilo (no nos ocupamos de esto *aquí*, lo cual debería ser evidente). Sin dudas, una comprobación de este tipo no prohíbe en nada al historiador de las ideas remontarse poco a poco a los *orígenes* y seguir encadenamientos de influencias, reinscripciones y apropiaciones –es lo que se espera de él–, cuando no se trata ni de terminar de saldar un juicio moral retroactivo, ni sobre todo de insinuar, en un platonismo más que superfluo, que la culminación “final” estaba *en el huevo*, en la Idea, el nazismo en Fichte y el gulag en Marx. La fatal pérdida-alteración que se produce en el camino es el tipo de objeción que se puede oponer a toda genealogía de ideas que proceda a grandes zancadas y haga *remontar poco a poco la sospecha* al origen (ya sea que pretenda ir de Herder y Nietzsche a *Mein Kampf* o de Saint-Simon, Hegel y Marx a *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, de Joseph Stalin, pasando por el paupérrimo corpus del “marxismo-leninismo”, él mismo surgido de la machaconería doctrinaria y quisquillosa de Vladimir Ilich. En su *Cours de médiologie générale*, Régis Debray enuncia una regla escéptica: *toda transmisión es traición*,⁵⁶ todo pensamiento que desemboca en la esfera pública, que es absorbido en las luchas políticas, que “se apropia” de las masas se convierte rápidamente en un contrasentido generalizado. *Es así* y es en vano querer vengar el pensamiento “traicionado”, no hay lugar para lamentarse ante lo inevitable. Platón, platonismo y neoplatonismos. Rousseau, rousseauismo y jacobinismo. Marx, marxismos de todo tipo. Son todas historias de malentendidos, reducciones, contrasentidos y “teléfonos descompuestos”, de modo que las ideas, es verdad, “desempeñan un papel en la historia”, como se suele decir, pero las ideas que “desempeñan un papel” en la historia nunca son la idea de partida. ¿Son avatares? Reducciones diría más bien (todo empieza en místico y termina en político, todo empieza en pensamiento sutil y termina en simplificaciones y eslóganes).

Para acrecentar la confusión, a esto se agrega una famosa paradoja, proveniente justamente de Karl Marx: los hombres que hacen la historia no saben la historia que hacen y sin embargo la idea que se hacen de lo que hay que hacer y de lo que están haciendo, sus objetivos, sus mitos y sus quimeras tienen consecuencias decisivas en la historia “real”.

2. La sofística de la pendiente fatal, *Slippery Slope*

En mi ensayo “L’immunité de la France envers le fascisme: un demi-siècle de polémiques historiennes”⁵⁷ expongo los argumentos convergentes de los historiadores franceses contra las hipótesis sobre el origen francés del fascismo de Zeev Sternhell. Al remontarse a la década de 1880, Sternhell parece pensar en términos de “pendiente fatal”: supongamos que la crítica a las costumbres democráticas y parlamentarias podía ser parcialmente justificada, pero, poco a poco, la “revuelta” de aquellos pensadores disímiles estaba “dirigida contra el conjunto de los valores legados por la Ilustración y la Revolución Francesa”.⁵⁸ Resultado de ello es que “todos los pensadores que sometieron a un estudio crítico la ‘religión del progreso’ o el universalismo

⁵⁶ Régis Debray, *Cours de médiologie générale*, París, Gallimard, 1991.

⁵⁷ *Études françaises*, vol. 47, n° 1, 2011, pp. 15-42.

⁵⁸ Zeev Sternhell, *La droite révolutionnaire: 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, París, Seuil, 1978, p. 23.

abstracto”⁵⁹ –confirma protestando Pierre-André Taguieff– son lanzados sin miramientos por el israelí al abismo prefascista. Corro el riesgo de explicitar aquí lo que básicamente exaspera a los críticos de Sternhell: ven en él en el fondo una tendencia a los *paralogismos estalinistas*, juicios que proceden por amalgama, por anacronismos retrospectivos y “culpas objetivas”. Esto equivale a instalar un tribunal del pensamiento –como le reprocha Taguieff–, un tribunal destinado a juzgar retrospectivamente a los pensadores del pasado. Flagrante pecado de anacronismo.⁶⁰ Pierre-André Taguieff agrega que en su último libro, *Les Anti-Lumières*, “Sternhell ilustra de manera caricaturesca una historia polémica de las ideas políticas sometidas sin matices a la mirada del juez ideológico supremo que es el historiador militante. De este modo, la historia del pensamiento político es reducida a un juego de masacre”. A este respecto, es toda la empresa sternhelliana la que a veces es declarada insostenible en su concepto central: “Por teleológica, la noción de *prefascismo* es, en sí misma, absurda”, zanja Pascal Ory.⁶¹ La noción implica que las ideas antiliberales y nacionalistas de 1880 *no podían sino* conducir al fascismo de 1930. Si no, no son etiquetables como “prefascistas” sino mediante un paralogismo anacrónico.

Un historiador de las ideas que retrocede ante la historización (y la consecuente relativización) de los valores supuestamente intangibles de su tiempo y su entorno, que creería en algo así como una verdad por fin alcanzada dentro de los saberes sobre el hombre y la sociedad, en una *normalidad* contemporánea, que pensara que, como por casualidad, el mundo finalmente adhirió a los verdaderos valores y decisivamente progresó en verdad y en razón respecto de su época, lo que le permitiría juzgar con una distancia condescendiente sobre los errores, las quimeras y los mitos del pasado con la vara de un saber mejor establecido, ese historiador debería cambiar de oficio. Solo se necesita un pirronismo bien considerado y cierto respeto, al menos observar sin arrogancia el “error humano” de otros tiempos. Como escepticismo no es nihilismo, no es cuestión de terminar concluyendo que todas las ideas son iguales, que todas tienen su tiempo antes de devaluarse, que todas mistifican y conducen a catástrofes. Pero hay que hacer historia de las ideas sin estar *al servicio* de la exaltación, la aprobación y la legitimación de la idea estudiada ni, si a uno definitivamente no le gusta la ideología que estudia, estar al servicio, no menos vano, de su demonización o demostración *ex post facto* de sus “peligros”.

La actitud escéptica no se reduce a una duda abúlica ni a un relativismo fatigado y hastiado, sino que confiere al historiador de las ideas un papel cívico honorable y “saludable”: el de animar a sus contemporáneos a mirar el curso del mundo con una mirada sobria (“mit nüchternen Augen”),⁶² a no ceder a las ilusiones y a las quimeras de los grandes sistemas ni dejar de resistir a la doxa del momento, al “pensamiento único”, a esforzarse por “pensar por sí mismo”, aun cuando su trabajo de historiador demuestra hasta qué punto un esfuerzo de ese tipo es problemático y nunca definitivo. □

⁵⁹ Pierre-André Taguieff, *Les contre-réactionnaires...*, *op. cit.*, p. 322.

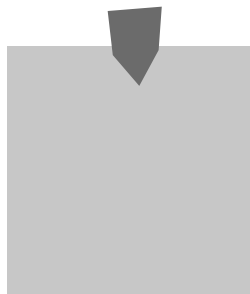
⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Pascal Ory, *Du fascisme*, París, Perrin, 2003, p. 48.

⁶² “Alles Ständische und Stehende verdampft, alles Heilige wird entweiht, und die Menschen sind endlich gezwungen ihre Lebensstellung, ihre gegenseitigen Beziehungen mit nüchternen Augen anzusehen”, *Manifest der kommunistischen Partei*, s. l., s. e., 1848. [“Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”, *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por la Editorial de Literatura Política de Estado, Moscú, 1955, varias ediciones –nótese que la expresión que destaca Angenot, “con una mirada sobria”, es una traducción literal del alemán que en la versión en castellano del *Manifiesto* se ha interpretado como “considerar serenamente”–, n/eds.]

Dossier

50 años de Pasado y Presente. Historia, perspectivas y legados



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

Los días 28 y 29 de noviembre de 2013 se realizó, en el Centro Cultural de la Cooperación, en Buenos Aires, el encuentro “50 años de *Pasado y Presente. 50 años de cultura y política en Argentina y América Latina*”, organizado por Jimena Montaña, Adriana Petra, Martín Cortés, José Casco y Ricardo Martínez Mazzola, con el apoyo de las siguientes instituciones: Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires. La reunión, que contó con los comentarios de Horacio Crespo y Alberto Filippi, fue el disparador de este *dossier*, organizado por Jimena Montaña y Ricardo Martínez Mazzola, para el cual ellos encargaron a una buena parte de los participantes una reelaboración de sus ponencias.

Presentación

María Jimena Montaña y Ricardo Martínez Mazzola

UNQ-CONICET / CONICET-UNSAM-UBA

A mediados de 1963 un conjunto de jóvenes comunistas publicó en la ciudad de Córdoba el primer número de la revista *Pasado y Presente*. El resultado inmediato, ya fuera buscado o imprevisto, fue su expulsión del Partido Comunista. Los jóvenes siguieron publicando la revista hasta septiembre de 1965, año en que vio la luz el número 9, último de esta primera etapa. Sin embargo, ese no será el final de *Pasado y Presente*: en marzo de 1968 se publicó el primero de los *Cuadernos de Pasado y Presente* y en 1973 la revista volvió a editarse. La segunda época sería breve, al primer número solo lo sucederá el N° 2-3 fechado entre los meses de julio y diciembre y ya no habría una tercera vuelta. Aun así, el nombre *Pasado y Presente* no dejaría de resonar. Con él se aludía tanto a la labor de los miembros del grupo fundador que en el exilio mexicano plantearon una dura revisión de su bagaje intelectual y militante, como a las apuestas que algunos de ellos desplegaron a su regreso a la Argentina de los años '80. Con el paso de los años varias de esas figuras fundadoras fallecieron y otras siguieron sus propios caminos, sin embargo el nombre *Pasado y Presente* conservó su potencia.

Lo que el brevísimo relato esbozado en el párrafo anterior deja entrever es que cuando se habla de *Pasado y Presente* no se nombra solo una revista sino también a un

grupo.¹ Pero la referencia al grupo *Pasado y Presente* plantea una continuidad que no deja de ser problemática, así como también lo es la identificación de las iniciativas de algunos de quienes formaron parte de la revista, con el grupo en su conjunto. Es posible que el relato continuista y la indistinción entre las trayectorias de sus miembros deba mucho a la "ilusión biográfica". O bien que surja de la mirada de protagonistas y contemporáneos, como en el caso de José Aricó y su autobiográfico *La cola del diablo*, o los trabajos de Oscar Terán y Horacio Crespo, quienes hasta hace poco tiempo habían sido las principales voces sobre el tema.

Solo recientemente *Pasado y Presente* ha comenzado a ser objeto de indagación por parte de nuevas generaciones de investigadores. En 2004 Raúl Burgos publica *Los gramscianos argentinos*, un trabajo que aunque pretende presentar un panorama general del recorrido del grupo, se centra fundamental-

¹ Inicialmente, la revista fue expresión de un grupo preexistente, ya que la misma fue editada por un núcleo de jóvenes militantes del Partido Comunista cordobés, entre los que puede mencionarse a José Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler y Samuel Kieczkovsky. Sin embargo, al poco tiempo la revista reforzará el vínculo con otros intelectuales que quedaran fuertemente asociados con el nombre *Pasado y Presente*: Juan Carlos Portantiero (quien escribe desde el número inicial) y Juan Carlos Torre.

mente en las trayectorias de Aricó y Portantiero colocando en un segundo plano algunas intervenciones clave que permitirían poner en evidencia la complejidad que entraña pensar una supuesta trayectoria colectiva. Y es precisamente esa complejidad, la que va emergiendo del conjunto de intervenciones producidas por aquellos jóvenes investigadores que en los últimos años han ido encontrándose para releer, discutir y problematizar la experiencia de *Pasado y Presente*.

Los 12 artículos que integran este dossier procuran inscribirse en esta nueva línea de indagaciones. Producidos en el marco del “Encuentro 50 años de *Pasado y Presente*. Historia, perspectivas y legados” realizado en noviembre de 2013 en el Centro Cultural de la Cooperación, estos breves textos se proponen revisar y debatir distintos aspectos del “legado” de *Pasado y Presente* apostando a la reflexión y discusión no solo de las problemáticas que abre el objeto, sino también de los posibles enfoques y modos de abordaje desde diferentes disciplinas. Lejos de los homenajes y las conmemoraciones, el aniversario de los cincuenta años desde la publicación de su primer número funcionó principalmente como una invitación al debate con el convencimiento de que este singular emprendimiento cultural había dejado una marca perdurable en las formas de intervención de la izquierda argentina y latinoamericana.

En este sentido, la propuesta se inscribió en la senda abierta por las “Jornadas Internacionales José María Aricó”, realizadas en la ciudad de Córdoba en el año 2011, y los encuentros regulares del Seminario Permanente “Cultura, política y nueva izquierda en Argentina y América Latina” con sede en la Universidad Nacional de San Martín. En todos estos casos, la apuesta se centró en la construcción de lugares de encuentro entre jóvenes investigadores con la expectativa de contribuir a enriquecer el diálogo y el debate sobre el campo de estudios de la cultura, las organizaciones y las tradiciones de las izquierdas latinoamericanas entendidas en un sentido amplio que –sin excluirlas– no las redujera a sus expresiones partidarias.

Más allá de su heterogeneidad, las intervenciones aquí reunidas comparten el presupuesto de que *Pasado y Presente* constituye un punto de observación privilegiado para analizar el funcionamiento de la vida intelectual y cultural argentina. De modo tal que estudiar la revista es también un modo de abordar tanto debates y proyectos intelectuales, tradiciones políticas o modos de intervenir en la coyuntura, como una serie de problemas que estuvieron en el centro de las preocupaciones del mundo político y cultural de las izquierdas (y no solo de ellas), en la segunda mitad del siglo XX. □

Provincianos

Adriana Petra

CEDINCI / UNSAM

Con motivo de los 50 años de la creación de la *New Left Review*, Stefan Collini publicó un artículo que, bajo el título “A life in politics”, repasaba la experiencia, rica pero contradictoria y en muchos sentidos única, de una revista que, habiendo nacido con la intención de expresar y animar los movimientos populares de una izquierda que repudiaba tanto el reformismo laborista como la ortodoxia estalinista, en el cambio de siglo se asumía como una publicación de ideas, de izquierda pero distante de cualquier proyecto político presente o futuro. En cinco décadas, la revista intentó responder a cambios dramáticos, en el mundo y en su propia experiencia político-intelectual, en que no faltaron las contradicciones y los desaciertos políticos, pero su mérito, dice Collini, aquello que la convierte en admirable, es otro: su extenuante esfuerzo por comprender, por analizar, por teorizar: “So, no balloons, and definitely no party lines. No cheap consolation, either. But hey, respect: no question”.¹

Pasado y Presente fue creada por un grupo de jóvenes intelectuales cordobeses, algunos provenientes del Partido Comunista Argentino

(PCA), en su mayor parte universitarios, tres años después de que la *NLR* publicara su primer número y apenas unos meses luego de que Perry Anderson asumiera su dirección, en 1962. En ese momento, decididos a convertirse en una usina teórica para la revolución, Anderson y sus colegas de empresa estaban convencidos de que para salir de la “larga noche de teoría” en la que se encontraba la izquierda británica, incapaz de comprender el mundo contemporáneo por carecer de recursos intelectuales adecuados, era necesario “internacionalizarla”, tanto política como intelectualmente. El marxismo occidental, el descubrimiento de los escritos de juventud de Marx, Sartre primero, Gramsci apenas más tarde, el Partido Comunista Italiano (PCI) como “contraste codificado” con el laborismo británico, el advenimiento del Tercer Mundo como variante revolucionaria, aportaron los elementos iniciales para lo que ahora es reconocido como uno de los servicios fundamentales que la revista prestó a la cultura británica: la importación y la difusión de las ideas europeas, especialmente la rica tradición del hegelianismo marxista, pero también de otros estilos de trabajo, como la sociología y el psicoanálisis.² El gramscismo

¹ Stefan Collini, “A life in politics: New Left Review at 50”, *The Guardian*, 13 de febrero de 2010, disponible en <<http://www.theguardian.com/books/2010/feb/13/new-left-review-stefan-collini>>.

² *Ibid.*

de esos años fue operativo con este programa internacionalista. Al proponerse producir una teoría marxista de la historia y la sociedad británicas, Perry Anderson y el “italianizante” Tom Nairn apelaron, con resultados polémicos, a las categorías gramscianas para emprender un “análisis concreto” de la formación social inglesa.³ Lamentando la “orfandad intelectual” de su generación, repudiando el “conformismo cultural” que los rodeaba y la “negligencia teórica” de la izquierda realmente existente, Anderson afirmaba que solo una comprensión adecuada del pasado permitiría interpretar las contradicciones del presente y elaborar una estrategia socialista para el futuro.⁴

En esos mismos años, otras revistas del “marxismo herético” surgían también en Italia, a la que tanto los cordobeses como los británicos se hallaban unidos por el descubrimiento de Antonio Gramsci y la admiración por la excepcional trayectoria del comunismo italiano de posguerra, entre ellas *Quaderni Rossi* y, más tarde, *Classe Operaia*.⁵ Otros muchos ejemplos podrían citarse y los aniversarios variarían en pocos años o meses. La “nueva izquierda” fue un fenómeno global, aunque no homogéneo, y su cartografía, que comienza a realizarse, es imprescindible para comprender su significación histórica y su verdadera especificidad. Semejante ejercicio haría menos “insólita”, o tal vez no, la emergencia de *Pasado y Presente* y seguramente aquella “experiencia marginal, inclasificable e incómoda” podría ser colocada en un nuevo mapa, menos “triplemente provinciano” que lo que rememoraba José María Aricó cuando

tuvo que definir la empresa de la que fue mucho más que un integrante, pero también eso.⁶

El 50 aniversario de *Pasado y Presente* no fue objeto de grandes recordaciones y la tarea de rescatar la fecha fue obra de un reducido número de jóvenes interesados por una constelación que se dilata desde los años sesenta hasta la experiencia alfonsinista. No es sorprendente, pues lejos de durar 50 años la revista sacó apenas 12 números, en 8 volúmenes, durante tres años con un intervalo de ocho entre la primera y la segunda etapa. Es cierto que desde entonces toda una serie de proyectos intelectuales y políticos pueden ser remitidos al origen de la revista de los “gramscianos argentinos”, y ello sin necesidad de postular una continuidad o un espíritu unificador que sostenga una coherencia no siempre verificable. Pero, en concreto, se trató de una experiencia breve, aunque no efímera. Al fin y al cabo, casi todas las revistas de izquierda en la Argentina han sido experimentos cronológicamente acotados, económicamente modestos y, hasta hace un poco más de tres décadas, acosados por la censura, el autoritarismo y la inestabilidad tanto política como intelectual. A nadie extraña el lugar asignado a *Contorno* en la formación de la primera nueva izquierda y en la renovación de la crítica literaria local, a pesar de sus escasos 10 números. *Pasado y Presente* la tomó como referente, junto a ejemplos más longevos como *Nosotros*, *Sur* y *Claridad*, del mismo modo que antes lo habían hecho otras revistas del mundo comunista, entre ellas *Gaceta Literaria*, la primera en asumir la experiencia italiana como un prisma para pensar sus propios dramas políticos y estéticos. *Pasado y Presente* fue, entonces, un eslabón, el más elaborado y consistente en su apropiación de

³ Véase Gregory Elliot, *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia*, Valencia, PUV, 2004, pp. 25-80, y David Forgacs, “Gramsci and Marxism in Britain”, *New Left Review*, n° 176, julio/agosto de 1989, pp. 70-88.

⁴ Perry Anderson, “Origins of the present crisis”, *New Left Review*, n° 23, enero/febrero de 1964, pp. 26-53.

⁵ Véase Antonio Negri, *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid, Akal, 2004, p. 250.

⁶ José M. Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 88-108.

la cultura marxista peninsular, de un momento de italianidad de la cultura argentina, que desde fines de los años cuarenta incluyó una constelación de traductores, revistas y editoriales que conformaron un verdadero suelo de posibilidad para la difusión de la obra de Gramsci en general, y para el gramscismo pasadopresentista en particular.⁷

Estos ejercicios de contextualización no tienen el objetivo de minimizar la significación que la revista tuvo en la cultura argentina contemporánea diluyéndola en un clima de época que excedió las fronteras nacionales, ni tampoco sugerir que su recuperación es un mero ejercicio de canonización retrospectiva, útil para trazar genealogías que, por otro lado, forman parte de cualquier tradición intelectual que se precie de tal. *Pasado y Presente* fue una revista importante en su tiempo. Su aparición en el panorama de las izquierdas estuvo lejos de pasar desapercibida, su primer número se agotó en pocas semanas y el segundo alcanzó una tirada de 3.000 ejemplares (Victoria Ocampo, por la misma época, se enorgullecía de que *Sur* tirara 5.000 ejemplares, lo mismo que la *Partisan Review*, pero con una población 90 veces menor que la de los Estados Unidos).⁸ Para ese momento, sus editores ya habían adquirido el estatus de “conocidos renegados” que les asignó Rodolfo Ghioldi y la publicación más importante del comunismo, *Cuadernos de Cultura*, les había dedicado un número entero a refutarlos. Esta notoriedad no puede explicarse por la escasez de publicaciones, incluso muy similares, que

proliferaron en esos años. A pesar de la “dolorosa ausencia” de revistas de envergadura nacional, de la “pobreza” de las páginas literarias y de la “falta de órganos de expresión” que vincularan la indigente cultura argentina con conocimientos y problemáticas “nuevas”, como afirmaba Aricó en el editorial del primer número, cuando este apareció, solo en Capital y Gran Buenos Aires, existían aproximadamente 90 revistas culturales (tres de las cuales estaban estrechamente vinculadas con el PCA), 26 publicaciones político-partidarias o militantes y una revista de humor político. De ese total de 117 publicaciones, 28 fueron creadas en el mismo año de 1963.

En el último capítulo de *Nuestros años sesenta*, Oscar Terán le dedicaba varias páginas a *Pasado y Presente* y a la revista comandada por Eliseo Verón, *Cuestiones de Filosofía*, que publicó tres números en dos volúmenes en 1962. Desarrollando lo que será una de sus hipótesis más discutidas, afirmaba que estas dos publicaciones, cada una a su modo, constituían un ejemplo de aquello que pudo haber sido si el golpe de 1966 no hubiera abierto las puertas a la violencia y el autoritarismo. No sin algo de melancolía, observaba que allí estaba contenido un programa que luego ya no fue posible: el de conjuntar política y cultura sin renunciar, e incluso abominar, de la legitimidad del saber y de la práctica intelectual.⁹

Nos interesa menos el “carácter inexorablemente retrospectivo” de la mirada sobre el pasado que llevó a Terán a recorrer los años sesenta colocando a *Pasado y Presente* en el lugar del más notable intento de una práctica intelectual politizada, sino preguntarnos cuáles fueron los elementos que contribuyeron a que esta experiencia, una entre otras, tenga una significación histórica que hoy muchos

⁷ Véase Adriana Petra, “El momento peninsular. La cultura italiana de posguerra y los intelectuales comunistas argentinos”, *Izquierdas. Una mirada desde América Latina*, n° 8, Universidad de Santiago de Chile, 2010, disponible en <<http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/izquierdas/article/view/922>>.

⁸ Véase *Pasado y Presente*, “A los lectores y amigos”, formulario de suscripción adjunto al número 2/3, julio-diciembre de 1963, y Victoria Ocampo, “A los lectores de ‘Sur’”, *Sur*, n° 268, enero/febrero de 1961, p. 5.

⁹ Oscar Terán, *Nuestros años sesenta. La formación de la izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 213-241.

reconocemos, aun cuando los balances no sean los mismos.¹⁰ Puesto que la convocatoria que motivó esta intervención interpelaba a pensar la relación de *Pasado y Presente* con lo que llamamos “campo intelectual”, operando por una necesidad organizativa a una separación entre política y cultura que la propia revista aspiraba a superar, diremos que, en esta perspectiva, *Pasado y Presente* fue una revista moderna y un experimento de modernización que, valiéndose de ciertas marcas generacionales comunes a otras formaciones emergentes en el mismo período, fue capaz de introducir un nuevo orden de temas y problemas en la cultura argentina porque estableció una relación no provinciana con el marxismo.

La voluntad de internacionalización del pensamiento socialista, un postura que ahora definiríamos como cosmopolita respecto de tradiciones marxistas nacionales que se juzgaban envejecidas y dogmáticas, teóricamente insulsas y políticamente ineficaces, fue, en sí mismo, un gesto de absoluta contemporaneidad que, como vimos al evocar los primeros años de la *New Left Review* –cuya localización londinense no la eximía de la condición periférica que entonces tenía el marxismo británico– era visto como la única alternativa para renovarse en un mundo que había cambiado totalmente. Poner al día la teoría era una exigencia derivada de una realidad nueva que, si en la Argentina contaba con la variable del peronismo, cuya dramática centralidad se hará más perceptible con los años, en muchos otros aspectos conectaba con experiencias alejadas en el espacio pero pronto articuladas por esa vocación de intercambio tan propia de las revistas, aunque también por nuevos circuitos culturales, ya no las redes internacionales del frentismo comunista, sino las estadías de investigación, los posgrados y las

¹⁰ Hubo Vezzetti, “Estudio preliminar”, Oscar Terán, *op. cit.*, p. 11.

becas, estructuras propias de una nueva figura de intelectual que emerge en esos años.¹¹

“Hoy en día –afirmaba Aricó– si se quiere eludir el provincianismo creciente de nuestra cultura es preciso suscribirse a revistas extranjeras.” Este gesto, que bien podía horrorizar a los nacionalismos y a los populismos en boga como a los propios comunistas, desde fines de la década del cuarenta embarcados en la condena a un “cosmopolitismo” donde cabían desde Victoria Ocampo hasta Roberto Arlt, Frank Kafka o Cesare Pavese, era diferente, continuaba, del puro modernismo, de la mera necesidad de estar a la moda, otra forma de provincianismo. La articulación correcta entre las “más valiosas conquistas del pensamiento extranjero” y la “realidad nacional” dependía de una correcta “mediación”, de una capacidad analítica no dogmática, sino inteligente y profunda y, precisamente por ello, “abierta permanentemente a lo nuevo”.¹² No hace falta remitir a las reacciones conocidas del PCA para sopesar el modo en que este programa fue recibido en aquellos años, cuando el sincero reconocimiento al esfuerzo por difundir los planteos del marxismo internacional se acompañaba de la desconfianza por un “exceso” de traducciones y un “peligroso” acento en cuestiones teóricas y de método.¹³

Si en el terreno específico de la cultura, la contribución de una revista podía ser evaluada por su capacidad de introducir nuevos gustos, sentidos y tendencias, como pensaba Aricó, y si el formato de revista de “política cultural” era siempre el emergente de un “proceso de

¹¹ Para un mayor desarrollo de estas y otras sugerencias véase “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (dirs.), *Culturas Interiores. Córdoba en la Geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.

¹² José M. Aricó, “Pasado y Presente”, *Pasado y Presente*, n° 1, abril/junio de 1963, p. 15.

¹³ Véase “Revista de revistas”, *Cuadernos de Crítica*, n° 1, junio de 1965, pp. 62-63.

modernización y complejización de la sociedad”, *Pasado y Presente* podía proclamarse, además, sumergida físicamente en la novedad. Puesto que lo “nuevo” que caracterizaba el desarrollo de las fuerzas productivas del país era el crecimiento de la clase obrera, su concentración en grandes empresas y su correlativo aumento de la conciencia política, el hecho de ser una revista editada en Córdoba, ciudad en proceso de convertirse en un moderno centro industrial, no hacía sino confirmar la virtualidad de un descentramiento que no tenía nada que ver con el provincianismo o la marginalidad.¹⁴ Esta localización geocultural facilitó también un segundo momento peninsular en la breve historia de la revista, pues la conectó con aquellas terminales de la nueva izquierda que en Italia, curiosamente, se alejaban del Gramsci canonizado por el PCI y, por la vía de una matriz fundamentalmente sociológica, emprendían una radical revisión de la estrategia del movimiento obrero y, en consecuencia, de las caracterizaciones teórico-políticas del partido liderado por Palmiro Togliatti. El último número de la primera etapa de *Pasado y Presente* refleja de manera evidente la afinidad que la revista había tejido con el primer “operaismo” italiano.

Pasado y Presente tuvo también la particularidad, ya lo adelantamos, de ser la manifestación local de un fenómeno que atravesó todo el campo intelectual y también el mundo comunista: la emergencia de un nuevo tipo de intelectual que desplazó a la figura del escritor, central en todos los modelos del compromiso intelectual vigente, desde el liberalismo hasta el nacionalismo y el sartrismo. Las discusiones en sede literaria, aunque en muchos casos fueron vehículos de discrepancias políticas, casi nunca suponían un cuestionamiento al núcleo de la doctrina marxista que defendían los comunistas. Esta tipología intelectual

comienza a modificarse a medida que surgen nuevas promociones provenientes de las capas medias formadas en los claustros de la universidad reformista, particularmente en el área de las humanidades y las ciencias sociales. De este modo, si apenas pocos años antes los dirigentes comunistas se lamentaban del poco interés que sus intelectuales le prestaban a la literatura marxista, ahora el problema era el contrario y los jóvenes sociólogos, historiadores y críticos literarios no solo conocían esa literatura sino que pretendían discutirla sobre la base de un saber erudito y específico. La emergencia, junto al intelectual *de* partido, de una nueva especie, el intelectual *en el* partido, dispuesto a reclamar un rol específico en la elaboración de la estrategia teórica y política de la organización, fue una situación novedosa y preñada de consecuencias.¹⁵

¿Era *Pasado y Presente* una revista de universitarios? Afirmar que sí es excesivo, aunque, con la excepción de Aricó, todos los integrantes del comité editor en su primera etapa tenían formación universitaria y, algo excepcional para la época, no pocos habían cursado estudios de posgrado en el exterior, algunos completando estudios doctorales antes de cumplir los 35 años. Esta característica es fundamental para comprender las razones por las cuales la revista se vinculó, a través de la dinámica de contactos y circuitos culturales que deja ver su grupo de colaboradores y que distan de ser “del todo ocasionales”, a tres áreas fundamentales de la modernización de la universidad posperonista: la crítica literaria, la historia y la sociología.¹⁶ También en este sentido, *Pasado y Presente* fue una revista moderna porque fue provinciana, puesto que por

¹⁴ José M. Aricó, “Pasado y Presente”, *op. cit.*, p. 11.

¹⁵ Véase Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique, 1967-1980*, París, La Découverte, 2005.

¹⁶ La mención a las “historias personales” y las “razones ocasionales” en José M. Aricó, *La cola del diablo, op. cit.*, p. 90.

razones que han sido explicadas con precisión para el caso de la crítica literaria, fue en las universidades del interior, entre ellas Córdoba, y no en Buenos Aires, donde se consolidaron ciertas regiones teóricas y disciplinares centrales en la renovación de las humanidades y las ciencias sociales en la década del sesenta.¹⁷

En su examen sobre *Pasado y Presente*, Aricó insistió en el carácter insólito de la empresa que animó junto, principalmente, a Héctor Schmucler y Oscar del Barco, a la que también reputó de marginal e inclasificable. Los 50 años que nos separan de aquel otoño de 1963, cuando, también en sus palabras, coincidieron en em-

prender la “aventura” de editarla, permiten relativizar esos adjetivos. *Pasado y Presente* no cumple 50 años y, aun así, apuntamos su aniversario. No es curioso que muchas de las contradicciones que afrontó y no pudo resolver, e incluso sus rotundos fracasos, nos sigan interpellando en un escenario distinto pero no siempre original. Es una persistencia que acompaña lo que debe definirse como un legado intelectual, perceptible en la resonancia que en otros grupos y proyectos culturales continuaron teniendo las intuiciones y las regiones del conocimiento que la revista contribuyó a iluminar, convencida de que la práctica intelectual es siempre política cuando se conduce con espíritu crítico y que el eclecticismo es el precio que a veces se paga por salir del desconcierto, que nunca es peor que la burocracia y el dogma. Sin globos ni complacencia. □

¹⁷ Alejandro Blanco y Luis C. Jackson, “Intersecciones: crítica literaria y sociología en la Argentina y el Brasil”, *Prismas*, n° 15, 2011, pp. 31-51.

El Partido Comunista argentino y la ruptura con los “muchachos” de la revista Pasado y Presente

Laura Prado Acosta

UNQ / UNAJ / CONICET

José María Aricó ingresó a la Federación Juvenil Comunista en 1947, a los 16 años, la misma edad en que lo hizo Héctor Agosti, solo que con veinte años de diferencia, en 1927. Ambos provenían de familias modestas y mostraron tempranamente un profundo interés en la imbricación entre cultura y política. En el año 1956 iniciaron un intercambio epistolar, precedido por la decisión de Agosti de publicar el artículo del joven Aricó “¿Marxismo versus Leninismo?” en la revista *Cuadernos de Cultura* (CC), en ese entonces la más prestigiosa de las publicaciones culturales comunistas. Agradecido por la publicación, Aricó le escribió a Agosti expresando su identificación con el itinerario intelectual del entonces responsable de la revista y de la Comisión de Cultura del Partido Comunista Argentino (PCA), y remarcando su interés en el estudio de la obra de Antonio Gramsci.¹

Comenzó así un intercambio de ideas y proyectos en torno a la difusión de la obra del marxista italiano: su traducción al español, la preparación de un curso sobre su obra, etc. A partir de estas coincidencias y de una valora-

ción positiva por parte de Agosti de las curiosidades intelectuales de Aricó fue creciendo progresivamente la confianza entre ambos. Aricó trataba a Agosti de “querido amigo” y se entusiasmaba con sus obras publicadas en el año 1959;² sin embargo, como contrapartida el porteño le reclamaba al grupo cordobés, que incluía a Héctor Schmucler y a Oscar del Barco, un mayor compromiso en la entrega de artículos para la revista CC, y les cuestionaba su intención de crear una revista de cultura propiamente cordobesa.

Las desavenencias se desencadenaron en 1963 con la publicación de la mentada revista *Pasado y presente*. Sin embargo, esa ruptura solo puede ser inteligible en un contexto más amplio y complejo, que si bien estuvo marcado por diferencias en la interpretación de Gramsci, tal como lo reconstruyó el propio Aricó en los años ochenta en *La cola del diablo*, también se sumerge en cuestiones específicamente políticas y en cambios en el entendimiento intergeneracional.³

¹ Las cartas, de las que se conservan solo aquellas escritas por Aricó, se reproducen en Adriana Petra y Horacio Tarcus, “Descubriendo a Gramsci en Córdoba. Contribución a un epistolario de José María Aricó (1956-1963)”, *Políticas de la memoria*, n° 13, 2012/13.

² Héctor Agosti, *El mito liberal*, Buenos Aires, Procyon, 1959, y *Nación y cultura*, Buenos Aires, Procyon, 1959.

³ Una versión más extendida de esta problemática en Laura Prado Acosta, “Sobre lo ‘viejo’ y lo ‘nuevo’: el Partido Comunista argentino y su conflicto con la Nueva Izquierda de los años sesenta”, *A Contracorriente*, vol. 11, n° 1, 2013, pp. 63-85, disponible en <<http://acontra->

Desde inicios de la década, Agosti recogió el malestar de las juventudes respecto del accionar de su partido. En 1961, en la revista de nueva izquierda *Che*,⁴ reconoció que el PC contaba entre sus filas con camaradas “dogmáticos aprisionados de esquemas”, pero también advertía contra las actitudes “aventureras”, en tanto que estas evidenciaban un “desdén por el pueblo” al que se lo trataba como a un sujeto de minoridad manejable por órdenes remotas.⁵ Frente a esta disyuntiva, proponía la búsqueda de soluciones “verdadamente democráticas”. Agosti pedía paciencia a los jóvenes: “No estamos para empezar de nuevo sino para proseguir por el camino de la unidad popular. Hay que aventar los recelos y las discrepancias parciales. Hay que mirar hacia lo fundamental, hacia lo que puede congregarnos, limpiamente. Estoy seguro que el *camino largo* se hará, así, cada vez más corto”.⁶

En 1962, el PCA anunció su “giro a la izquierda”, plasmado en el informe de Victorio Codovilla “El significado del giro a la izquierda del peronismo”, y decidió apoyar la candidatura del sindicalista peronista Andrés Framini. Se revisaban así las posiciones comunistas sobre dos temas centrales de la época: por un lado, la relación con el “peronismo sin Perón”, es decir, la corriente política que se mantuvo activa y en conflicto mientras su líder estaba en el exilio; y por otro, la caracterización de la Revolución Cubana que, ese año, se declaraba marxista leninista, y entablaba un vínculo con la URSS de Nikita Kruschev.

corriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/716/1280#.U0g7YKh5MYE>.

⁴ Sobre la revista *Che* véase María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

⁵ Héctor Agosti en revista *Che*, año 1, n° 9, 9 de marzo de 1961.

⁶ *Ibid.*, p. 4, cursivas de la autora.

Desde ya que el comunismo no fue el único espacio político de izquierdas que buscó acercarse al peronismo ahora “disponible”. Fue en torno a esta misma esperanza que nació la “nueva izquierda”, formada por diversos sectores ligados al pensamiento de izquierdas no comunista. En una coyuntura en la que la definición del *tipo de revolución* que llevaría al socialismo era el centro de las preocupaciones políticas e intelectuales, el PCA seguía considerando que la *revolución democrático-burguesa*, antiimperialista y antioligárquica era la más apropiada por las características socioeconómicas locales. Esta definición política fue fuertemente cuestionada desde otros sectores de izquierda marxista, que estimaban, en cambio, que las condiciones eran propicias para incitar a la revolución sin preámbulos, siguiendo el modelo cubano. La presión se profundizó a raíz de los episodios que anularon las elecciones del 18 de marzo de 1962 y el posterior encarcelamiento del presidente Arturo Frondizi. Se incrementó entonces la urgencia de quienes consideraron que aquella era una “situación revolucionaria”.

Así, aun cuando el informe de Codovilla buscó *aggiornar* las posiciones de los comunistas respecto a los temas candentes de la hora, subyacía una discrepancia vinculada a dos conceptos centrales de la época: “revolución” y “democracia”. Esta diferencia fue horadando la relación con sectores del propio partido. A pesar de sus esfuerzos, Agosti no pudo mantener a los “muchachos” de la nueva generación en sintonía con la posición política del PCA. Sobre esa situación escribió años después:

Me preocupa una sensación de ruptura con los jóvenes, una fractura entre “ellos” y “nosotros” (aludo naturalmente a los jóvenes comunistas). Se me dice que es característica de los jóvenes esta negación de los mayores. Es cierto, pero a medias. También

nosotros, en nuestro tiempo, repudiamos a los mayores. Pero era un rechazo de los mayores “del otro lado”, mientras había un acatamiento a veces excesivo a los mayores de nuestra corriente. Es, justamente, lo que ahora no veo. Ahora nos repudian en bloque; casi sin quererlo me lo confirma Sarita Jorge: los muchachos –dice– creen que no nos deben nada. Yo diría que es peor: dan la impresión de que los hemos defraudado. ¿Será que ellos también se sienten, frente a nosotros, una generación traicionada? Dado que tanto Paso como Cecilia Makovich me han hecho reflexiones parecidas, siento entonces que el problema verdaderamente existe y que quizá lo mío no sea sino un caso particular dentro de lo general. Pero con eso no se aminora el problema, no se achica. *Valdría la pena examinarlo en sus proyecciones últimas, porque se trata de un grupo de muchachos inteligentes, que es necesario alentar porque constituyen la única posibilidad real, perceptible, de nuestro relevo.*⁷

Si bien la generación que formó la “nueva izquierda” reconoció en Agosti a un maestro, al que distinguió del “dogmatismo-sectario” para ellos reinante en el resto del partido, a lo largo de los años sesenta las discrepancias sobre temas coyunturales se combinaron con un creciente desconocimiento de los “viejos” como interlocutores válidos, y de la forma partido como espacio pertinente para encauzar la acción política. De este modo, se fue abriendo progresivamente una brecha.

Luego de la ruptura con el grupo Pasado y Presente, Agosti pasó a integrar formalmente el Comité Central del PCA. En 1964 dictó un curso en el aula magna de la Facultad de Filo-

⁷ Héctor P. Agosti, en Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti. Creación y milicia*, Buenos Aires, Grupo de amigos de Héctor P. Agosti, 1994, p. 71 (cursivas de la autora).

sofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el que afrontó la tarea de defender la validez del marxismo comunista.⁸ A partir de una interpretación optimista del mito de Tántalo, afirmaba que los mitos referidos al cambio ya habían sido reemplazados por un hecho real: “comprobamos que la Utopía ya tiene su lugar concreto sobre la tierra liberada”, es decir, la Unión Soviética. De acuerdo con Agosti, allí *ya* se construyó el “humanismo real”. Inmerso en la tensión entre lo “nuevo” y lo “viejo”, en especial luego de la expulsión de otro de sus discípulos, Juan Carlos Portantiero,⁹ Agosti buscaba desmentir el envejecimiento de su doctrina, transmitir optimismo y evitaba ceder terreno en el ámbito del conocimiento.¹⁰

Asimismo, Agosti se distanció de lo que consideraba “el lenguaje y los hechos de ciertos tardíos discípulos de Blanqui que imaginan una revolución perfecta a cargo de algunas minorías audaces, prescindiendo del pensamiento, el sentimiento y la acción de las masas”.¹¹ Por oposición, la imagen de revolución que transmitía Agosti complejizaba el uso de la violencia: se planteaba distinguir “violencia” de “fuerza”:

El empleo de la violencia revolucionaria, si se prefiere, debe apoyarse en acciones de masas del pueblo y no en una conjura de pequeños núcleos por mejor intencionados que estén. La violencia, tal como la concibe el marxismo, no implica necesariamente el estallido armado, aunque tampoco lo excluya.

⁸ Héctor P. Agosti, *Tántalo recobrado. Condiciones actuales del humanismo*, Buenos Aires, Lautaro, 1964.

⁹ Sobre esta expulsión véase la entrevista de Edgardo Mocca, *Juan Carlos Portantiero: itinerario político intelectual*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012, pp. 62-72.

¹⁰ Héctor P. Agosti, *Tántalo recobrado*, op. cit., p. 38.

¹¹ *Ibid.*, p. 70. Louis Auguste Blanqui (1805-1881), revolucionario francés, organizador del movimiento estudiantil parisino, defensor de la lucha armada.

El marxismo-leninismo nunca ha absolutizado la lucha armada como única forma de la lucha violenta [...] lo que el marxismo ha proclamado es la inevitabilidad de la coerción revolucionaria, entendida como el ejercicio de la democracia socialista por las grandes masas, en el proceso destinado a destruir los obstáculos sociales que se oponen a la plena expansión del hombre.¹²

Estas palabras de Agosti en una conferencia del 10 de junio de 1964 no pueden haber sido ajenas a los acontecimientos en torno al fracaso del foco guerrillero liderado por Jorge Masetti,¹³ que en un primer momento fue apoyado por José María Aricó y Juan Carlos Portantiero. El PCA disintió de la iniciativa guerrillera al considerar que la elección del nuevo presidente de la Unión Cívica Radical del Pueblo, Arturo Illia, quitaba legitimidad a las acciones armadas. Masetti, en cambio, acusó a Illia de ser un político fraudulento, que había caído en “la trampa del chantaje de las Fuerzas Armadas” y decidió emprender, de todas maneras, la lucha en la selva de Orán, Salta.¹⁴

Para entonces, la operación “Sombra” ya había sido duramente reprimida por Gendarmería Nacional. Algunos de sus integrantes fueron abatidos y otros se perdieron en la selva y nunca regresaron. Agosti reforzó así su rechazo a los grupos defensores de la lucha armada, a cambio de lo cual propuso la búsqueda de una revolución en el territorio común de “nuestra América”, que no se zanjaría inevitablemente con las armas en la mano. Para él, la disputa debía entenderse en términos de siste-

mas sociales de distinto signo, y debía tenerse en cuenta que, debido a la escala apocalíptica de destrucción atómica, era inevitable la incorporación a la órbita soviética.¹⁵

La disputa sobre la definición del modo en que se llevaría a cabo la revolución marcó a fuego la diferenciación entre “nueva” y “vieja” izquierda. Pero esta ruptura además fue expresión de un quiebre más profundo y, por eso, extendido geográficamente a casi todos los partidos comunistas occidentales: el fin de un “pacto” de *cointeligibilidad* en torno al marxismo comunista. Se trató de un desencuentro definitorio: un quiebre en lo que Marc Angenot ha llamado la *aceptabilidad* de un discurso.¹⁶ La creencia de que el PC encarnaba al marxismo se basaba en la *aceptación* de un tipo de argumentación, contrastado con pruebas históricas (el triunfo soviético). Por largo tiempo el PC había utilizado “esquemas persuasivos” que le permitieron marcar una agenda de temas, el vocabulario con el que discutía sobre esos temas y, también, los horizontes de acción y del sentido de esa acción. Pero en aquellos años sesenta, la estructura institucional y el *idioma* comunista fueron dejando de ser aceptables para buena parte de la nueva generación. Los veinte años que separaban los natalicios y las respectivas afiliaciones de Agosti y Aricó comenzaron a ser una barrera. La manera en que los “muchachos” se imaginaban a la revolución fue dejando de estar atada a las rutinas de la vida de militancia comunista o al “camino largo” del que hablaba Agosti: aparecía en el horizonte otro modelo más heroico, vinculado a la lucha armada. □

¹² Héctor P. Agosti, *Tántalo recobrado*, op. cit., pp. 178-179.

¹³ Al respecto véase *La palabra empeñada*, documental guionado y dirigido por Juan Pablo Ruiz y Martín Masetti.

¹⁴ Jorge Masetti, “Carta al presidente Illia”, en Jorge Ricardo Masetti, *Los que luchan y los que lloran*, Buenos Aires, Nuestra América, 2012, pp. 259-264.

¹⁵ Héctor P. Agosti, *Tántalo recobrado*, op. cit., p. 181.

¹⁶ Marc Angenot, *El discurso social, los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

Marx siempre contemporáneo

Las operaciones de lectura de Pasado y Presente

Martín Cortés

UBA / Centro Cultural de la Cooperación

Para enfrentarse con el conservadurismo peruano de su época, José Carlos Mariátegui propone una “tesis revolucionaria de la tradición”: esta no sería herencia muerta y fija, sino legado vivo y móvil. Los revolucionarios hacen de la tradición, siempre heterogénea y contradictoria, objeto de su lucha. Aparece aquí una preeminencia del presente, ya que es desde la disputa actual como se leen las largas querellas que descansan en toda historia cultural: a la manera benjaminiana, hablar del pasado no es reconstruirlo “tal como fue”, sino apoderarse de un recuerdo “tal como este relumbre en un instante de peligro”. De este modo, la “heterodoxia” defendida por Mariátegui permite torcer el punto de partida de los debates acerca de las tradiciones, ya que ellas pasan de ser ordenadas piezas de museo a desplegarse en objetos múltiples que pueden ser apropiados por distintas (y eventualmente contrapuestas) voluntades político-culturales.

En esta lógica podría inscribirse la pelea que se propone *Pasado y Presente* (PyP) desde sus inicios. Al principio, la disputa sobre cómo tratar la tradición (marxista) es contra cierta ortodoxia comunista que la congela en la versión legada por la socialdemocracia alemana y devenida luego ideología de Estado con el DIAMAT soviético (todo lo cual estaría concentrado en el auténtico objeto de la crítica de los jóvenes de PyP: el Partido Comu-

nista Argentino –PCA–). El argumento inicial de la revista no es tanto la defensa pluralista de una multiplicidad de marxismos existentes, sino la *omnipotencia* de la tradición: esto es, su capacidad de totalizar, en su seno, todos los problemas políticos y culturales de una época. De este modo, es desde la potencia para pensar la *actualidad* que el marxismo prueba su capacidad crítica.

La revista nace al calor de una confrontación con la cultura comunista en torno de esta cuestión. El editorial del primer número reclama:

[...] no dejar de lado por consideraciones políticas del momento a diversos aspectos del conocimiento humano (psicología, sociopsicología, antropología social y cultural, sociología, psicoanálisis, etc.), abandonando a la ideología burguesa contemporánea campos que ya el marxismo en 1844 reclamaba como suyos.¹

Aquí puede leerse no solo una posición antidoctrinaria, sino fundamentalmente una idea de autenticidad o fidelidad al espíritu de la empresa de Marx desde sus más tempranos textos (¿por qué no tomar como propios los campos

¹ José M. Aricó, “Pasado y Presente”, *Pasado y Presente*, n° 1, abril-junio de 1963, p. 17.

de saber que ya Marx invadía en sus manuscritos parisinos de 1844?). Es así como emerge la confianza en la omnipotencia del marxismo:

Comprometemos desde ya el máximo empeño en esta dirección, inspirada no en meras razones tácticas, circunstanciales, extracientíficas en el fondo, sino nacida de la convicción profunda de que la autonomía y la originalidad absoluta del marxismo se expresa también en su capacidad de comprender las exigencias a las que responden las otras concepciones del mundo. No es abroquelándose en la defensa de las posiciones preconstituidas como se avanza en la búsqueda de la verdad, sino partiendo del criterio dialéctico que las posiciones adversarias, cuando no son meras construcciones gratuitas, derivan de la realidad, forman parte de ella y deben ser englobadas por una teoría que las totalice [...] Es así como el marxismo deviene fuerza hegemónica, se convierte en la cultura, *la filosofía* del mundo moderno, colocándose en el centro dialéctico del movimiento actual de las ideas y universalizándose.²

Se debía avanzar sobre otros saberes, y sobre las más diversas realidades, porque ese era el modo en que el marxismo mostraba su capacidad de universalizarse. Una vez más, en el primer momento este ejercicio aparece como una contraposición con lo que sucedía a nivel general en el PCA:

Porque intuíamos la profunda verdad del marxismo, habíamos hecho lo que nunca se atrevieron a hacer quienes nos lo pretendían enseñar a través de textos adoctrinados: estudiarlo en sus fuentes, conocerlo a través de sus máximos representantes.³

La confianza en el marxismo descansa en su “profunda verdad”, capaz por ello de librar todos los combates teóricos necesarios, y de ese modo universalizarse. Y así también se establece el camino a seguir: estudiar al marxismo en sus fuentes y, al mismo tiempo, ponerlo en diálogo con todas las expresiones de la cultura moderna.

Ahora bien, insistimos en la prioridad del *presente*. Hay una doble urgencia en el modo de “ejercer” el marxismo de la revista y los Cuadernos de Pasado y Presente, ponerse a la altura de los debates teóricos de las múltiples y cada vez más entremezcladas ciencias humanas, y confrontarse con las más diversas realidades históricas y políticas. La revista da cuenta de ambas cuestiones: en el primer caso aloja diversos debates teóricos interiores y exteriores al marxismo, desde los debates italianos del primer número (que en cierto sentido constituían una continuación del debate en torno de la objetividad entre Oscar del Barco y la dirección cultural del partido, que se venía desarrollando en *Cuadernos de Cultura*) hasta textos de crítica literaria, psicoanálisis, antropología, economía. En el segundo, acompaña con algunos textos las dinámicas decisiones políticas que el grupo iba tomando: la relación con el Ejército Guerrillero del Pueblo aparece acompañada por textos sobre “dualismo” en la estructura social argentina, así como textos de Debray y sobre las revoluciones coloniales; los textos “consejistas” del número 9 coinciden con vínculos con los conflictos de la FIAT en Córdoba. En cierto sentido, esto se continúa en el primer número de la segunda etapa, donde los textos parecen mostrar la importancia del debate en torno de la relación clase-partido o acción económica-acción política de la clase obrera.

Los Cuadernos aparecen en 1968, y pueden ser leídos también como una forma de intervenir en los debates marxistas. Allí se articula una fuerte relectura de la obra de Marx –en lo que constituye quizás el más importante

² José M. Aricó, “Pasado y Presente”, *op. cit.*, p. 15

³ José M. Aricó, “Examen de conciencia”, *Pasado y Presente*, N°4, enero-marzo de 1964, p. 1.

proyecto “marxológico” en idioma castellano— con importantes contribuciones a la historia de las izquierdas (de América Latina y del mundo) y un importante trabajo sobre diversos dilemas de la teoría y la práctica política. Temas como la organización, la transición, la nación y el Estado, entre otros, se despliegan en los Cuadernos, interrogados a través de un fino trabajo de revisión de la historia del marxismo que intenta actualizar debates a la luz de los problemas del presente. Los prólogos y las advertencias que encabezan muchos de los Cuadernos muestran en significativos textos de una o dos páginas —que aún esperan un análisis minucioso— la preeminencia de una preocupación teórico-política por sobre la voluntad reconstructiva o filológica.

Se configura de ese modo un tipo de intervención marxista que es característica de *PyP*: la recuperación de debates —del pasado o del presente— para componer heterogéneas propuestas de lectura que contribuyan a atender cuestiones contemporáneas. Decimos que se trata de una *intervención* porque allí opera una hipótesis acerca de los modos posibles de leer a Marx. La tradición marxista es considerada un vasto y complejo campo de ideas que pueden ser articuladas de diversas maneras, de forma tal que la operación de *PyP* no es otra que la de producir interferencias en los modos consolidados de leer determinados problemas, invitando a la subversión y a la discontinuidad. Se interponen allí otras formas de lectura posibles, desarmando una filiación y proponiendo otra, descomponiendo y recomponiendo los pensamientos a fin de producir nuevos sentidos. Pero todo ello sucede dentro del marxismo. O, dicho de un modo más preciso, expandiendo los bordes de aquello que constituye el marxismo. Así, es posible encontrar, especialmente en los Cuadernos, una manifiesta opción por los rincones menos audibles de los debates marxistas, que acuden al presente para pensar nuevos problemas a la luz de viejas posibilidades no exploradas.

Todo esto será especialmente visible a medida que la actividad editorial se consolida por sobre la plataforma de intervención que supone una revista (aun si ella es de carácter teórico). El momento del exilio en México, a partir de 1976, será esencial para este tipo de trabajo. Allí, los Cuadernos confluyen con la Editorial Siglo XXI, en la que Aricó dirigía la “Biblioteca del Pensamiento Socialista”. En ese contexto, emerge el interés en el “Marx tardío” y su pasión por Irlanda y Rusia, casos que permitían eludir una narración positivista del marxismo y, al mismo tiempo, atender la urgente *cuestión nacional*, evitando recaer en los prejuicios que el internacionalismo abstracto había producido en el movimiento socialista. También surgirá con fuerza el nombre de Mariátegui, leído en la búsqueda por producir una lectura latinoamericana del legado de Marx. Junto a todo esto, la revisión de distintos tópicos de teoría política marxista que dialogaban con la crisis en la que la propia tradición se encontraba a nivel general, pero sin salir de ella.

En *Marx y América Latina*, quizás el texto más relevante de José Aricó, podía encontrarse aún esa expectativa por los caminos menos explorados de Marx como respuestas posibles a los dilemas de su época. La “omnipotencia” aparece entonces en sordina, ya no con la voluptuosidad de los años sesenta, pero sí manifestando que, aunque haya que hacer todo tipo de revisiones, no se puede pensar sin Marx:

[...] me parece que con Marx se clausura la tentativa de la razón occidental de englobar como método y teoría la diversidad de lo real. Pero la consumación de las categorías definitorias de “totalidad”, “progreso” y “centralidad”, presupuestas en dicha razón y que Marx —aunque no sólo él— arrastra a su punto de disolución, ¿lo instala sólo en el pasado? Resultaría ilusorio negar que el debate actual sobre el problema del Estado

y de lo político obliga a examinar críticamente toda la cultura de izquierda, ¿pero cómo abrirse a una renovada y más poderosa tensión proyectual sin medirse necesariamente con Marx? Si el pasado continúa operando sobre el presente cronológico y tiende a proyectarse al futuro, ¿cómo pensar la transición sin todo aquello que nos dio Marx para entender el pasado y el presente?⁴

¿Cuál es, entonces, el “marxismo” de *PyP*? Si en sus orígenes la intervención marxista se proponía totalizar el mundo en su seno, en los años de la crisis parece más bien destinada a descomponer un racionalismo mecánico del cual el mismo marxismo fue víctima. Aun con esa evidente diferencia, podríamos seguir apostando por cierto espíritu de unidad entre ambos momentos. A propósito del final de la experiencia, en el momento de retornar a la Argentina, afirmaba Aricó:

Los *Cuadernos* ayudaron a que mucho de lo silenciado pudiera emerger, pero no pueden modificar por sí mismos una tendencia irrefrenable a la reconstitución de un discurso ideológico, y por tanto reduccionista de la realidad. Y no es meramente con buenos libros como pueden superarse visiones que emanan del propio movimiento social. Pero la propuesta de los *Cuadernos* me parece hoy insuficiente por una razón adicional. Debido a causas que no fueron originadas solamente por la censura y la represión, la tradición marxista es hoy mucho más débil en la Argentina. Advertio la presencia de una suerte de ruptura de tradiciones que, de estar en lo cierto, debería llevarnos a analizar con más cuidado la fastidiosa reproducción en las

jóvenes generaciones de los viejos discursos. Es como si el olvido o el opacamiento de esa tradición, transformara a los viejos discursos en palabra muerta, en un redoble de tambores que impide al lenguaje ser un medio de comunicar ideas.⁵

Los “buenos libros” no servían por sí solos como pieza de la historia del pensamiento, si no en la medida en que constituyeran un insumo para la reflexión acerca del presente. Si la experiencia de *PyP* concluye es porque el marxismo está opacado y las palabras que antes se ligaban a esa tradición sonaban ya anacrónicas. Por eso *PyP* es marxista: lo es en un sentido infinito, pero que reconoce un límite exterior en la capacidad de hacer algo con la tradición en pos del debate teórico-político. Su final no podía sino tener un semblante relativamente trágico: termina porque ni siquiera con un enorme ejercicio de amplitud es posible hacer hablar al marxismo en los ochenta argentinos. Ese marxismo es “infinito” no tanto porque contenga una voluntad expansiva exitosa, sino porque implica una disposición a encontrar dentro del horizonte de la tradición, a condición de realizar un trabajo activo allí dentro, modos de pensar cualquier alternativa del presente. Pero el presente también debe reclamarlo, y ello es lo que deja de suceder en el momento en que se opera una profunda transformación en el lenguaje teórico y político que todavía hoy no dejó de revelar sus consecuencias. Resulta difícil definir positivamente qué tipo de marxismo era el de *PyP*, pero, a la luz de su ocaso, sí es posible decir que por fuera del marxismo y su capacidad de interpelar los dilemas de una época, la experiencia misma perdía sentido. □

⁴ José M. Aricó, *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1982, pp. 209-210.

⁵ José M. Aricó, “La necesidad de una autocrítica en el marxismo”, entrevista de Carlos N. Suárez, 1984, en José Aricó, *Entrevistas 1974-1981*, Córdoba, CEA, 1999, p. 33.

El maoísmo en las iniciativas político-editoriales del grupo pasadopresentista (1963-1976)

Adrián Celentano

CISH-IdIHCS-UNLP

Hacia comienzos de la década del sesenta, la ruptura entre el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y el de China instalaba un nuevo escenario en el comunismo internacional. Los grupos argentinos que emprendían la renovación del pensamiento teórico y político comunista no podían dejar de pronunciarse sobre ese nuevo escenario. Es así que el maoísmo formó parte, junto a la experiencia cubana, el debate teórico de los comunistas italianos y los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, del horizonte de reflexión de la nueva izquierda argentina.¹

Las páginas de la revista *Pasado y Presente* (PyP) y las iniciativas editoriales vinculadas a ella conformaron uno de los primeros agrupamientos intelectuales que reflexionaron sobre la ruptura entre los dos grandes partidos comunistas, pero además se preocuparon por poner en circulación materiales que permitieran conocer los planteos político-ideológicos que introducía el maoísmo así como las peculiaridades del comunismo que se estaba construyendo en China. En el presente artículo, recorreremos los proyectos del grupo pasado-

presentista para analizar el tipo de recepción del maoísmo emprendido.

La primera época de *Pasado y Presente*: la vía revolucionaria china

En junio de 1963 aparecía en Córdoba el primer número de *PyP*. La revista cordobesa se proponía renovar la discusión del marxismo en el interior del Partido Comunista Argentino, pero pocas semanas después sus jóvenes editores, al igual que lo serán los porteños de *La Rosa Blindada*, eran expulsados de ese partido.² De las seis entregas que componen los nueve números de la primera época de *PyP*, tres se ocupan de la situación del movimiento

² También el grupo editor de *La Rosa Blindada* emprenderá la discusión y difusión del maoísmo, e incluso a fines de los sesenta dispone la edición del *Libro Rojo*, de los *Escritos militares* y las *Obras Escogidas* de Mao Tse Tung. Véase Adrián Celentano, "El maoísmo argentino entre 1963 y 1976. Libros, revistas y periódicos para una práctica política", *Políticas de la memoria*, n° 14, verano de 2014. Sobre el grupo pasadopresentista véase Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, y Adriana Petra, "Pasado y Presente: marxismo y modernización cultural en la Argentina postperonista", *Historia y Espacio*, n° 41, agosto-diciembre de 2013, pp. 105-131.

¹ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

comunista internacional y de la polémica chino-soviética que lo recorría. El número 2-3 dedica su sección “Mundo Contemporáneo” al análisis de la crisis del movimiento comunista, vista a través del lente del Partido Comunista Italiano (PCI): junto a la crítica de José Aricó a la burocratización del movimiento comunista producida por el estalinismo, tres artículos provenientes de intelectuales comunistas de Italia señalan el dogmatismo que generaba en ese país el estalinismo. Específicamente, uno de esos artículos se compone de pasajes seleccionados y traducidos por PyP de una nota extensa de Palmiro Togliatti. Allí el secretario general del PCI critica la pretensión del PCUS de subordinar a todos los partidos a su órbita, pero también señala el esquematismo y el izquierdismo de los comunistas albaneses y chinos.³

Si bien esta sección permite advertir una significativa afinidad del grupo cordobés con el partido italiano, en el siguiente número esa afinidad es matizada: la sección “Mundo Contemporáneo” es dedicada al maoísmo y solo uno de sus cinco artículos sostiene las tesis del PCI. La serie comienza con una introducción de Héctor Schmucler, que coloca la crisis del comunismo en el centro de las inquietudes del grupo, y juzga que la polémica chino-soviética toca el núcleo de la acción militante, esto es, “¿para qué hacer la revolución?”.⁴ El siguiente artículo, de André Gorsz, es tomado de la revista *Les Temps Modernes* (LTM). El francés analiza la polémica desde la perspectiva del movimiento obrero europeo y simpatiza con la política de transición pacífica al socialismo en Europa propuesta por el líder del PCUS Nikita Kruschev. Esa simpatía contrasta abiertamente con los otros textos de la serie.

³ Palmiro Togliatti, “Sobre el xxii Congreso del PCUS”, en *Pasado y Presente*, n° 2-3, julio-diciembre de 1963, pp. 207-208.

⁴ Héctor Schmucler, “Problemas del tercer mundo”, en *Pasado y Presente*, n° 4, enero-marzo de 1964, p. 291.

En efecto, el siguiente texto, perteneciente a Claude Cadart, adhiere a las críticas maoístas a los soviéticos y reconoce el carácter revolucionario de las luchas en el Tercer Mundo. A pesar de adherir a esas críticas, Cadart, al igual que Gorsz y Schmucler, encuentra muy poca renovación en el comunismo chino, especialmente por su defensa del dogmatismo teórico de Stalin. Bajo el seudónimo de Asiaticus, el comunista Ettore Di Robbio plantea que si bien el movimiento comunista debe reconocer el ascenso de la violencia insurreccional en el Tercer Mundo, no debe plantear la lucha armada como vía para la revolución en todo tiempo y lugar. Una línea analítica similar se reconoce en el siguiente artículo, “La revolución colonial”, de Michel Figurelli y Franco Petrone. Si bien estos autores comparten el cuestionamiento a la política exterior soviética que realizan los chinos, rechazan la centralidad asignada por los maoístas al Tercer Mundo en la lucha internacional.

Estos artículos sugieren el frágil equilibrio en el que buscaba colocarse la interpretación que proponía PyP de la polémica chino-soviética. Si por esos años todo aquel que se reconociera revolucionario debía definirse ante el conflicto entre los dos grandes partidos comunistas, la revista cordobesa optaba por exponer balances que reivindicaban la vía revolucionaria criticada por los soviéticos, pero esos balances no acordaban en asignarle el mismo peso a la vía armada en la escena internacional. Con ello seguramente PyP tendía a equilibrar las distintas simpatías políticas de los miembros del grupo editor, y también a manifestar su afinidad con los lineamientos que entonces alentaban los dirigentes cubanos, quienes sin asociarse con los maoístas procuraban distanciarse de las posiciones soviéticas y obtener cierta autonomía en América Latina.

El grupo cordobés reformula ese equilibrio entre las distintas tendencias de la nueva izquierda durante los años en que edita los Cua-

ernos de Pasado y Presente. Este proyecto editorial, que fue uno de los más productivos de la nueva izquierda, dedica algunos Cuadernos al maoísmo, en los que ofrece no solo argumentos para criticar las políticas soviéticas, sino también información sobre un peculiar proceso de construcción del comunismo, que comenzaba a señalarse como una importante referencia política. Y ello en un momento en que Aricó y otros miembros del grupo establecían vínculos con el partido maoísta argentino más numeroso, el Partido Comunista Revolucionario (PCR).

Los Cuadernos maoístas de *Pasado y Presente*: bajo el signo de la revolución cultural

Desde fines de los sesenta, el grupo cordobés emprende un conjunto de proyectos editoriales que aúnan la rigurosidad analítica sobre la cultura de izquierdas con la difusión entre un público masivo. Los proyectos más importantes fueron: los Cuadernos de Pasado y Presente, la editorial Siglo XXI Argentina, la revista *Los Libros (LL)* y la segunda época de la revista *PyP*.⁵

El número de noviembre de 1971 de *LL* está dedicado a la situación universitaria. Allí se sugiere cierta coyuntura común entre la revolución cultural china y las experiencias pedagógicas que tenían lugar en las universidades argentinas bajo la conducción de grupos estudiantiles y docentes maoístas. Cinco meses antes, el grupo pasadopresentista había dedicado su Cuaderno 23 a la revolución cultural. La “Advertencia” anónima –probablemente redactada por Aricó– subrayaba la pro-

fundidad de la discusión impulsada por el maoísmo: al enfatizar la movilización de las masas, el comunismo chino habría puesto en cuestión el control burocrático de la construcción del socialismo y el modelo de partido leninista. Junto con otros dos aparecidos en esos años, este Cuaderno se inscribe en una serie que arroja una mirada integral sobre el maoísmo: en 1971 el Cuaderno 26 se dedica a la universidad y el 23 a la revolución cultural proletaria, mientras que en 1976 el Cuaderno 65 se ocupa de la construcción económica de China y de la URSS.

A esa difusión del maoísmo se agrega en 1973 el tercero de los tres volúmenes que componen el Cuaderno 38, dedicado a la teoría marxista del partido político. En su análisis de la experiencia obrerista italiana, el tercer volumen se apoya en argumentos maoístas. También en los primeros setenta, los intelectuales ligados al PCR Carlos Altamirano, Santiago Funes, Carlos Echagüe, Oscar Landi y Horacio Cifardini traducen materiales publicados en varios de los Cuadernos.

Revisemos entonces quiénes son los autores, los grupos y las revistas intelectuales y los documentos chinos seleccionados en los Cuadernos para registrar los elementos que componen el maoísmo producido en este período por el grupo pasadopresentista. Para abordar la revolución cultural el Cuaderno 23 publica artículos de intelectuales franceses e italianos, tomados de *LTM* y de *Il Manifesto (IM)*, que analizan el fenómeno desde distintas posiciones, junto a un texto de Mao y tres documentos del Partido Comunista chino.

La “advertencia” que abre el Cuaderno es afín a los artículos del libro en tanto todos enfatizan que el maoísmo y la revolución cultural ponen en crisis la pretensión de los partidos comunistas de ser los representantes de la clase obrera. El primer texto pertenece a Enrica Collotti Pischel, una historiadora italiana dedicada a China que sostiene que los maoístas intentaban evitar la involución de la revo-

⁵ Sobre el proyecto editorial de los Cuadernos de Pasado y Presente, véase Horacio Crespo: “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente. 1968-1983”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, pp. 169-195.

lución comunista que se estaba produciendo en la URSS. Al igual que otros articulistas de ese Cuaderno, Collotti Pischel reivindica las comunas populares y otros organismos de masas creados durante la revolución cultural. Específicamente, el artículo refrenda la posición entonces sostenida por Mao: a través de la movilización de las masas, la revolución cultural estaría logrando frenar tanto la degeneración burocrática del partido chino como los privilegios en el sistema educativo.

A ese artículo le sucede un reportaje al economista maoísta Charles Bettelheim, de quien la revista *PyP* había publicado en 1964 su discusión con el Che Guevara sobre la planificación económica cubana. Bettelheim coincide con Mao en la permanencia de la lucha de clases bajo el socialismo. De ahí que reivindique la decisión china de alejarse del modelo de industrialización forzada seguido por la URSS, para priorizar el apoyo campesino y la participación activa de las masas en el debate político para el desarrollo productivo. El interés de los cuadernos cordobeses en estas tesis se advierte en la decisión de publicar en el mismo Cuaderno el texto de Mao citado por Bettelheim, “Sobre las diez grandes relaciones”.

En tercer lugar, el artículo del sociólogo Marco Maccio afirma que había surgido en las fábricas chinas, como antes en las soviéticas, una burguesía que defendía sus privilegios mediante la división del trabajo, la justificación ideológica de la “eficiencia” productiva y la aplicación de incentivos materiales. Los seguidores de Mao incentivaban una rebelión obrera para enfrentar a los sindicalistas, los técnicos y los gestores fabriles, y según Maccio el partido debía extender esa rebelión hasta alcanzar relaciones de cooperación, igualdad y ayuda recíproca entre la base obrera y la gestión productiva.

En línea con esta argumentación aparece un artículo firmado por el grupo italiano *Classe e Stato*. Allí se destaca que el modelo

de partido como “vanguardia de masas” propuesta por el maoísmo supera los límites que encontró el modelo del revolucionario profesional promovido por el *¿Qué hacer?* de Lenin. En cambio, según el trabajo de Rossana Rossanda, no hay un nuevo modelo de partido. Más bien, Mao sería un continuador del marxismo y la novedad del maoísmo radicaría en la posibilidad de aplicar la revolución cultural a la política de la izquierda europea.

Contra todas estas posturas entusiastas sobre la revolución cultural, el Cuaderno incluye un reportaje a Deutscher en el que se fustiga al maoísmo y a la revolución cultural como un movimiento “ultraizquierdista” desatado contra la intelectualidad y la dirección comunista china. La revolución cultural debería ser enfrentada sobre todo porque la lucha contra el imperialismo norteamericano necesitaría, aunque más no fuera tácticamente, al comunismo soviético y el chino unificados.

En definitiva, no todos los artículos del Cuaderno *La revolución cultural china* promueven la adopción de las tesis maoístas para organizar la política mundial y local, pero, excepto el reportaje a Deutscher, todos sugieren que la construcción china del comunismo, y sobre todo su intensa movilización de masas, muestran la posibilidad de otras vías que eviten la burocratización soviética.

En septiembre de 1971 el grupo pasadepresentista dedica otro Cuaderno al maoísmo: *China: revolución en la universidad* se compone de tres estudios sobre la protesta en la Universidad de Pekín, epicentro de la primera fase de la revolución cultural. Los estudios provienen de tres discípulos norteamericanos de Ezra Vogel, de quien la editorial argentina Paidós había publicado en 1967 *La revolución cultural china*. Victor Nee, Don Laymann y John Collier identifican la protesta china como la continuación del movimiento iniciado en 1958 con la campaña “Las cien flores”. Si bien este Cuaderno circuló entre los lectores de la izquierda argentina, no tuvo

la repercusión alcanzada por el dedicado a la revolución cultural, quizá porque los autores norteamericanos eran menos reconocidos que los compilados en el Cuaderno 23.

La segunda época de *Pasado y Presente*: los usos locales del maoísmo

En junio de 1973 reaparece la revista *PyP*. Los tres números de esta nueva época tienen a Aricó como editor responsable. Allí el grupo declara su apoyo a las organizaciones armadas peronistas y al FREJULI al tiempo que propagandiza el control obrero en las fábricas. Junto a la fuerte presencia de Gramsci y de los intelectuales *operaistas*, se advierte el uso de argumentos maoístas.

El primer número acompaña su apoyo al peronismo con un artículo sobre la dialéctica de Mao, escrito por Bettelheim al calor del debate sobre el maoísmo que tuvo lugar en las revistas *IM* y *LTM*, y dos notas sobre la coyuntura argentina que se apoyan en algunas tesis maoístas: “La larga marcha hacia el socialismo en Argentina”, firmada por el colectivo editor, y “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, de Juan Carlos Portantiero. Por entonces Aricó y otros miembros del grupo se alejan del PCR y su vanguardismo clasista enfrentado al peronismo, y para ello no solo utilizan el análisis gramsciano sobre la autoorganización de las masas y el ejercicio de la democracia obrera, sino también la concepción maoísta de la contradicción y la revolución cultural como prueba de la crisis de las experiencias comunistas. Otras apelaciones a las tesis maoístas se advierten en “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Antonio Gramsci”, un artículo teórico de Aricó aparecido en el mismo número de *PyP*.

En el número siguiente, la revista publica varios artículos que refieren al maoísmo. Además de las citas de Mao que aparecen en

“Control obrero y organización”, de José Nun, uno de los documentos sobre el control obrero en las empresas estatales argentinas tiene un apartado sobre la autogestión en los países socialistas en el que se reivindica la revolución cultural china por haber permitido “que la clase obrera se librara de la dictadura de cuadros, dirigentes, especialistas y expertos que mantenían relaciones de autoridad abusivas con los trabajadores”.⁶

Además, en 1973 aparecía el fascículo “Mao Tse Tung” en la colección popular “Los hombres”, del CEAL; su redactor era José Aricó. Retomando la figura del líder construida por la revolución cultural, el director de *PyP* proponía una reivindicación biográfica de Mao y el maoísmo que alcanzó una amplia circulación en nuestro país al ser incluido, en 1974, en las colecciones “Transformaciones en el Tercer mundo” y “Hechos y hombres del Tercer Mundo”. La difusión del maoísmo alentada por el grupo pasadopresentista se cierra con la edición del último Cuaderno publicado en la Argentina. En enero de 1976 aparecía el Cuaderno 65, en el que bajo el título *La construcción del socialismo en la URSS y en China* se compilaban artículos de Stalin y de Mao.

A modo de conclusión

El recorrido que realizamos sugiere que en la renovación de la cultura de izquierdas que emprendían los distintos proyectos del grupo pasadopresentista el maoísmo se inscribía, más allá de la productividad analítica que se le reconociera, como un importante acontecimiento. Esta circulación argentina del maoísmo movilizó a destacados intelectuales y a grupos

⁶ “Dos documentos sobre control obrero en las empresas”, *Pasado y Presente*, n° 2-3, julio-diciembre de 1973, pp. 264-265.

editores europeos y norteamericanos produciendo un doble efecto: las últimas discusiones de la izquierda internacional no solo se volvían accesibles al público argentino, sino que aparecían vinculadas a uno de los grupos de la nueva izquierda intelectual local. Y en este grupo, sobre todo a comienzos de los sesenta, el maoísmo gravitaba como una expe-

riencia que probaba la posibilidad de una construcción socialista alternativa a la soviética: en lo que respecta a los partidos y los estados comunistas, señalaba la crisis de representación política del proletariado; en cuanto a la coyuntura argentina, legitimaba el tramado de nexos entre el marxismo y la izquierda peronista. □

Más allá del principio de exclusión: Gramsci y Althusser en Pasado y Presente

Marcelo Starcenbaum

UNLP-IdIHCS/CONICET

La delimitación del lugar ocupado por el althusserianismo en el proceso de relectura del corpus marxista llevado a cabo por el colectivo de *Pasado y Presente* ha estado en gran medida condicionada por una variable interpretativa que postula una necesaria incompatibilidad y exclusión entre las tradiciones gramsciana y althusseriana. Las intervenciones producidas en las décadas de 1980 y 1990 en pos de reconstruir los itinerarios del gramscianismo en América Latina establecieron un sentido común en torno a la relación entre la circulación de la obra de Gramsci y la de Althusser en la izquierda latinoamericana: el auge del althusserianismo durante la segunda mitad de la década de 1960 habría bloqueado la difusión de la obra gramsciana y le habría otorgado a esta la marca del prejuicio althusseriano; al mismo tiempo el gramscianismo habría comenzado a ser hegemónico a medida que el althusserianismo perdía su interés a mediados de la década de 1970.¹

Los elementos característicos del sentido común en torno a la incompatibilidad entre las tradiciones gramsciana y althusseriana se estructuraron en un momento en el que la izquierda latinoamericana llevaba a cabo un proceso de deconstrucción del marxismo posclásico y formulación de un corpus marxista adecuado a los nuevos tiempos. Este proceso, que implicó tanto una revisión de la experiencia de las formaciones de la nueva izquierda latinoamericana como de las corrientes marxistas que se articularon con ellas, redundó en una historización de la tradición marxista caracterizada por el otorgamiento de valoracio-

¹ Arnaldo Córdova señalaba lo lamentable del hecho de que la figura de Gramsci fuera conocida a través de las críticas althusserianas, en "Gramsci y la izquierda mexicana", *La Ciudad Futura*, n° 6, agosto de 1987, p. 15; Marco Aurélio Nogueira afirmaba que la obra de Gramsci se topó con una intelectualidad inundada de *estructuralismo* y del *efecto Althusser*, en "Gramsci, a questão democrática e a esquerda no Brasil", en Carlos Nelson Coutinho y Marco Aurélio Nogueira (orgs.), *Gramsci e a*

América Latina, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1988, pp. 130-152; el propio José Aricó afirmaba que la manera predominante de acercamiento a Gramsci era a través de las obras de Althusser y que de este modo se interiorizaba un Gramsci ligado a la tradición idealista italiana, en *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 154; Carlos Nelson Coutinho señalaba que el privilegio alcanzado por la obra althusseriana relegó los libros de Gramsci a los estantes de ofertas, en "Brasil y Gramsci: variadas lecturas de un pensamiento", *Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina*, n° 115, septiembre/octubre de 1991, pp. 104-113; Jaime Massardo le adjudicaba a la legitimidad alcanzada por el althusserianismo una postergación de la recepción de Gramsci que impidió una valoración del historicismo gramsciano, en "Gramsci in America Latina. Questioni di ordine teorico e político", en Alberto Burgio y Antonio Santucci (eds.), *Gramsci e la rivoluzione in Occidente*, Roma, Riuniti, 1999, pp. 324-355.

nes positivas a las corrientes que podían ser traducidas a la nueva gramática teórica de la década de 1980 y la hostilidad frente a aquellas que se presentaban como intraducibles a ese presente. Así, la articulación entre la relectura de Gramsci y la deriva democrática de la izquierda latinoamericana estuvo acompañada por una revisión del corpus marxista explícitamente reactiva al althusserianismo, lo que se manifestó en una historización que absolutizaba las diferencias entre las tradiciones gramsciana y althusseriana, silenciaba la especificidad de sus diferencias y obturaba la visibilización de las relaciones de compatibilidad e intercambio entre ellas.²

Resulta innegable que los elementos fundamentales del marxismo sustentado por la experiencia pasadopresentista a partir de su escisión del comunismo partidario constituyen instancias potencialmente reactivas al althusserianismo. Si bien el proyecto de *Pasado y Presente* comparte con la corriente althusseriana el gesto radicalizador del comunismo postestalinista, el impulso renovador de la política comunista generado por la revista está vehiculizado por un marxismo de matriz gramsciana que, a simple vista, aparece como impermeable a una re-lectura antihumanista y antihistoricista de Marx como la propiciada por Althusser. Como afirmaba Aricó en aquel primer editorial, la iniciativa estaba animada por una definición del marxismo como filosofía de la praxis, una crítica de los posicionamientos dogmáticos del co-

munismo argentino, un abordaje de la situación de la clase obrera mediado por el problema de la alienación, y un direccionamiento de la lectura de Marx en un sentido antropológico y humanista.³ En este mismo sentido, la revista recibió calurosamente la traducción al castellano de los *Manuscritos económico-filosóficos*,⁴ valoró los desarrollos teóricos del marxismo fenomenológico⁵ y difundió textos marxistas que priorizaban el problema de la alienación y enfatizaban las dimensiones humanistas de la doctrina marxista.⁶

El establecimiento de un horizonte marxista marcadamente gramsciano no implicaba, sin embargo, la irradiación opresiva de la matriz humanista e historicista hacia todas las dimensiones de la intervención pasadopresentista. El mencionado manifiesto de Aricó daba cuenta de una apuesta por constituir un marxismo que escapara a las trampas del dogmatismo y que estuviera dotado de una predisposición a la apertura teórica. De este modo, la revista se proponía como un espacio abierto a corrientes marxistas que, aun sin converger con las líneas de la revista, abordaran los mismos núcleos problemáticos que movilizaban la intervención del colectivo editorial. En este marco, la revista publicó los textos pertenecientes al debate generado en el marxismo italiano a partir de la obra de Galvano Della Volpe, la cual auspiciaba precisamente un marxismo científico y

² Si bien configurado en las décadas de 1980 y 1990, este sentido común se prolongó hacia estudios más recientes sobre la experiencia de *Pasado y Presente*. Véanse las caracterizaciones del althusserianismo como *contingencia* y *contaminación* en Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 189-191, y Horacio Crespo, “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 193.

³ José M. Aricó, “Pasado y Presente”, en *Pasado y Presente. Revista trimestral de ideología y cultura*, n° 1, abril-junio de 1963, pp. 1-19.

⁴ Oscar Del Barco, “Carlos Marx y los *Manuscritos económico-filosóficos*”, en *Pasado y Presente*, n° 1, *op. cit.*, pp. 101-106.

⁵ Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, pero también Tran Duc Thao y Enzo Paci, especialmente en intervenciones de Oscar del Barco.

⁶ Véanse, por ejemplo, “Verdad y libertad”, del italiano Cesare Luporini, en *Pasado y Presente*, n° 1; “Trabajo, símbolo y evolución humana”, del cordobés Enrique Revol, en *ibid.*, n° 2-3, y “Marxismo, técnica y alienación”, del brasileño Arthur Gianotti, en *ibid.*, n° 5-6.

anti-hegeliano.⁷ También tuvieron lugar en las páginas de la revista discusiones acerca de las relaciones entre el marxismo y otras corrientes intelectuales contemporáneas. En este caso, deben ser destacadas las ricas lecturas de Lévi-Strauss realizadas por Del Barco⁸ y la publicación de textos de intelectuales argentinos inscriptos en el incipiente paradigma estructural.⁹

Será la convergencia entre el establecimiento de un marxismo de matriz humanista e historicista y la apertura a la modernización de los saberes contemporáneos la que delineará las primeras lecturas de Althusser realizadas por *Pasado y Presente*. A modo de introducción de los dos Cuadernos dedicados al marxismo althusseriano, *La filosofía como arma de la revolución* y *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Aricó establecía una lectura cautelosa de la figura de Althusser y de las proyecciones políticas de su obra. Recortada a un intento de constitución de la filosofía marxista, el proyecto althusseriano era caracterizado como un trabajo de tipo epistemológico que proponía una lectura rupturista de Marx. Si bien Aricó cifraba la politicidad del althusserianismo en una clave leninista antiespontaneísta, anunciaba que las consecuencias políticas de la relectura de Marx que proponía Althusser aún debían ser exploradas. Por otro lado, si bien se valoraba el esfuerzo de lectura realizado

por Althusser, se objetaban los términos en los que se desarrollaba la crítica a Gramsci. Al referir al debate entre Althusser y los filósofos italianos que reproducía el segundo Cuaderno, Aricó explicitaba el carácter problemático del vínculo entre Gramsci y Althusser debido a la *parcialidad* con la que el francés estudiaba al italiano.¹⁰

Sin embargo, la publicación del Cuaderno n° 19, *Gramsci y las ciencias sociales*, evidenciará la importancia de la lectura althusseriana de Gramsci en la configuración de una aproximación moderna a la obra del filósofo italiano. El núcleo duro de aquel cuaderno lo constituían los textos de los italianos Luciano Gallino y Alessandro Pizzorno, quienes precisamente daban cuenta de la justeza de las objeciones althusserianas al historicismo gramsciano y anunciaban un movimiento de relevo en las interpretaciones de la tradición gramsciana. En este sentido, afirmaban que si bien las lecturas anteriores de Gramsci habían permitido resistir la ortodoxia partidaria, reivindicar un rol específico para los intelectuales y estimular la investigación de la realidad italiana, habían obstaculizado el alejamiento definitivo de la tradición croceana y la vinculación con una metodología rigurosa de las ciencias sociales. En la advertencia al Cuaderno, y en clara sintonía con las afirmaciones de los sociólogos italianos, Aricó presentaba la lectura de Althusser como un parteaguas en la historia de las interpretaciones de la obra gramsciana y concebía la postulación althusseriana del historicismo gramsciano como un operación de disolución de la teoría en la praxis y bloqueo de sus posibilidades científicas como una advertencia

⁷ Véase el dossier “A propósito del carácter del historicismo marxista”, en *Pasado y Presente*, n° 1. Sobre la recepción del dellavolpismo en la Argentina, véase Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010, pp. 213-239.

⁸ Véase “Metodología histórica y concepción del mundo (acerca del problema de la larga duración)”, *Pasado y Presente*, n° 2-3, y la nota bibliográfica sobre *El pensamiento salvaje*, en *ibid.*, n° 7-8.

⁹ Véase “Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social”, de Eliseo Verón, *ibid.*, n° 7-8.

¹⁰ “Advertencia”, en Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba, Pasado y Presente, 1968, pp. 7-9; “Advertencia”, en Louis Althusser y Alain Badiou, *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969, pp. 7-9.

que habilitaba una aproximación contemporánea a Gramsci.¹¹

El rol de la lectura althusseriana como elemento correctivo y modernizador de la tradición gramsciana es también evidente en otros dos cuadernos editados por el colectivo de *Pasado y Presente*, tan poco atendidos como *Gramsci y las ciencias sociales*. El primero de ellos, la compilación *El concepto de "formación económico-social"*, publicado en 1973. Este cuaderno reproducía el debate mantenido entre marxistas italianos y franceses en las revistas *Crítica marxista* y *La Pensée* a propósito de la reactivación del concepto de formación económico-social propiciada por el althusserianismo. De este modo, se presentaba una posición que coincidía con Althusser y Balibar en la necesidad de contar con un concepto abstracto que reemplazara la noción ideológica de "sociedad" y que designara la totalidad de instancias articuladas sobre la base de un modo de producción determinado. Por otro lado, se reproducían impugnaciones a dicha conceptualización, en las que se destacaba la oposición al otorgamiento de un rol subordinado al momento histórico-genético frente al momento genético-formal. Sin embargo, también tenían lugar otros posicionamientos, como el de Christine Glucksmann, en el que se articulaban formulaciones gramscianas y althusserianas. Glucksmann matizaba la oposición entre Gramsci y Althusser, clarificaba la distinción entre niveles de abstracción teórica de las formulaciones althusserianas y enfatizaba la importancia de la diferenciación entre conceptos teóricos y conceptos empíricos con el fin de poder precisar la relación entre modo de producción y formación económico-social. Lo más significativo del Cuaderno lo constituye, sin embargo, el modo en el que Aricó presen-

taba los términos del debate reproducido. A su entender, la reactivación del concepto de formación económico-social se presentaba como una oportunidad para restituirle al marxismo el potencial revolucionario perdido por el rol predominante del concepto de modo de producción y por las consecuentes posiciones políticas etapistas. En sintonía con aquellos que, como Glucksmann, tendían a articular esquemas provenientes del gramscianismo y el althusserianismo, Aricó lamentaba que los problemas nodales de la política revolucionaria contemporánea se presentaran "como términos escindidos y excluyentes en la antinomia protagonizada por la polémica entre las interpretaciones historicistas y estructuralistas del marxismo".¹²

También debe mencionarse el Cuaderno *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, editado en 1973, que compilaba los textos tempranos de Nicos Poulantzas. Este Cuaderno incluía un prefacio escrito especialmente por el propio Poulantzas para los lectores latinoamericanos en el que se contextualizaba la escritura de los artículos compilados y se realizaba un recorrido por los itinerarios teóricos y políticos del propio autor. En ambas dimensiones atendidas en estas notas introductorias, el althusserianismo tenía un lugar destacado. Poulantzas remarcaba que los artículos no poseían una unidad de *problemática teórica*; aclaraba, en consecuencia, que presentaban una unidad en lo relativo a su objeto, que estaba vinculado con la investigación sobre el Estado y el derecho en la teoría marxista. Asimismo, ofrecía un repaso sobre el lugar del análisis de la superestructura jurídico-política y de lo político en los textos marxistas en el cual se destacaba la postulación de la ausencia de un nivel de *sistematici-*

¹¹ "Advertencia", Alessandro Pizzorno, Luciano Gallino y Antonio Gramsci, *Gramsci y las ciencias sociales*, Córdoba, Pasado y Presente, 1970, pp. 5-6.

¹² "Advertencia", en Cesare Luporini y Emilio Sereni, *El concepto de "formación económico-social"*, Córdoba, Pasado y Presente, 1973, p. 8.

dad teórica; las obras políticas del marxismo aparecían como poseedoras de conocimiento en estado práctico, en tanto su elaboración había estado tradicionalmente sometida a la necesidad de guiar la acción política o intervenir en la lucha ideológica. Por otra parte, Poulantzas destacaba el modo a través del cual la renovación de la teoría marxista propiciada por Althusser había operado a modo de correctivo de sus tempranas posiciones humanistas e historicistas. En primer lugar, describía sus primeras búsquedas teóricas en el marxismo como un camino transitado junto a formulaciones gramscianas y sartreanas. Luego, reconstruía un momento de crisis teórica en el que convergían tanto la consolidación del marxismo althusseriano como una advertencia sobre las limitaciones de las inflexiones humanistas e historicistas del marxismo. Lo más relevante del prefacio de Poulantzas y de la disposición cronológica de los textos reside en el hecho de que la consolidación del aparato conceptual althusseriano no implicaba necesariamente el abandono de la tradición gramsciana. Por el contrario, el progresivo desplazamiento entre ambas tradiciones estaba acompañado por una reinterpretación de las tesis gramscianas, a través de las cuales estas eran disociadas de aproximaciones sub-

jetivistas y voluntaristas, y traccionadas hacia una lectura estructural.¹³

Creemos que frente a los argumentos estructurados sobre la base del sentido común de la necesaria incompatibilidad y la exclusión entre Gramsci y Althusser, corresponde realizar un trabajo que permita restituir las relaciones de solidaridad establecidas entre las tradiciones gramsciana y althusseriana en el seno de la intervención marxista de *Pasado y Presente*. El otorgamiento de un carácter positivo a la articulación entre ambas tradiciones nos permite advertir que si bien algunas dimensiones del althusserianismo serán objeto de impugnación, otras serán integradas en el trabajo de apertura y reformulación de la cultura marxista. Una relectura *desprejuiciada* de los “Cuadernos althusserianos” habilita la comprensión de los efectos de la difusión del concepto de formación económico-social y de las formulaciones anti-humanistas y anti-historicistas en el trabajo de corrección y modernización de la lectura de Gramsci y en la configuración de modos específicos de intervención político-intelectual en el interior de la izquierda argentina. □

¹³ Nicos Poulantzas, *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Córdoba, Pasado y Presente, 1973.

De Pasado y Presente a Comunicación y cultura. Variaciones en torno a la cuestión intelectual

Mariano Zarowsky

UBA / CONICET

Es posible leer en el artículo de José Aricó que abría el número 1 de *Pasado y Presente* una declaración de los principios que pretendían modelar este proyecto editorial. Luego de desplegar en una clave explícitamente gramsciana una lectura de la trama que anudaba la historia de las revistas nacionales a la vida política y cultural del país, Aricó subrayaba al final de su escrito que, a diferencia de sus predecesoras, la tarea que se proponía la nueva publicación no podía ser cumplida por el pequeño número de personas que la dirigían. Al interpelar a todos aquellos que al leer sus páginas pudieran comprender que animaba “a quienes las escriben el profundo deseo de *facilitar* el proceso de *asunción de una conciencia* más profunda y certera de nuestro tiempo”, Aricó enunciaba una aspiración que era, sin duda, todo un programa para la emergente publicación: puesto que “una revista no es en el fondo nada más que un mundo de lectores vinculados entre sí por sus páginas, del *mundo de lectores* que seamos capaces de *crear y estimular* depende nuestra suerte y nuestro porvenir”.¹ De este modo, proponiendo una traducción de las definiciones que había esbozado Antonio Gramsci en sus

cuadernos de la cárcel sobre el estatuto y la función de las revistas culturales,² Aricó auspiciaba una inequívoca función político-ideológica para *Pasado y Presente* (paradójicamente, recurría a un procedimiento similar al que solían utilizar las vanguardias estéticas para irrumpir en la escena de su tiempo: dirigiéndose a un lector que aún no existía, o, de otro modo, anunciando un vacío en la cultura de una época que ellas mismas se proponían llenar). Si el lector debía ser *creado y estimulado* por la publicación era porque se pretendía “facilitar” en aquel una conciencia “más profunda y verdadera” de su época, esto es, una conciencia que no esquivara analizar los motivos del desencuentro entre “conciencia revolucionaria” y “acción proletaria” –según los términos de Aricó– o, para explicitar lo que en el texto apenas se velaba: entre los intelectuales del partido marxista y las masas peronistas.

¹ *Pasado y Presente*, n° 1, abril-junio de 1963, p. 17 (excepto que se indique lo contrario, de aquí en adelante todas las cursivas son mías).

² Siguiendo explícitamente las ideas de Antonio Gramsci, Aricó definía las revistas culturales como “una ‘institución cultural’ de primer orden”, en tanto centro “de elaboración y difusión ideológica, y de vinculación orgánica de extensos núcleos de intelectuales”. Las revistas cumplían esta verdadera acción de *organización de la cultura* –semejante al del Estado o los partidos políticos– solo en cuanto devenían “centros de elaboración y homogeneización de la ideología de un bloque histórico en el que la vinculación entre *elite* y masa sea orgánica y raigal”. *Ibid.*, p. 9 (cursivas en el original).

Si se nos permite dejar a un lado por un instante las implicaciones de la disyunción aquí planteada (por una parte la conciencia revolucionaria, por otra la actividad de las masas), quisiéramos servirnos de estos supuestos para instalar los interrogantes que organizan nuestra intervención. A saber: ¿qué tipo de revista, o, de otro modo, qué modelo de intelectual imaginado se puede leer en esta declaración de principios? ¿Hubo matices internos y variaciones en el itinerario de *Pasado y Presente* a la hora de autodefinir un tipo de intervención intelectual, una función para la publicación? Y por último, ¿cómo irradió esta impronta en los proyectos editoriales que emprendieron integrantes o amigos del grupo?

Dos años más tarde, en el que sería el último número de la primera época de la publicación, al presentar un dossier dedicado a la condición obrera Aricó volvía sobre la cuestión. En un temprano balance de la experiencia, entre las razones que habían dado nacimiento a *Pasado y Presente* recordaba el anhelo del grupo por lograr una mayor incidencia política que la que entonces les permitía su condición de militantes del Partido Comunista. De allí que —enunciaba Aricó— *Pasado y Presente* aspirara ahora a “crear los puentes” que le permitieran establecer una comunicación con el mundo proletario pero sin dejar de afirmar su “condición de intelectuales” (aquella que el PC les habría negado). Los obreros de las grandes fábricas eran el sector donde proyectaba tener una incidencia y el análisis de las características que tomaba el nuevo mundo industrial fabril “el campo de acción” que reservaba para la publicación. *Pasado y Presente* se proponía entonces “contribuir a *modelar teóricamente*” “la ‘economía del trabajo’ que *los trabajadores edifican prácticamente* en su cotidiano enfrentamiento a las fuerzas del capital”, escribía.³

³ *Pasado y Presente*, n° 9, abril-septiembre de 1965, p. 48.

Ahora bien, si Aricó no dejaba de constatar una escisión entre intelectuales y mundo obrero y reservaba una función específica para el trabajo teórico y de esclarecimiento por parte del núcleo intelectual, al mismo tiempo —y esto suponía un matiz respecto a sus enunciados del primer número— reconocía que esta no dejaba de ser una relación problemática que demandaba nuevas vías de resolución. Cerrado el camino del partido único como vía de aproximación a la clase: “¿cómo se plantea en el momento actual la *creación por parte del proletariado de una capa de intelectuales* que contribuya a otorgarle una plena autonomía ideológica, política y organizativa?”. Como se puede leer en el modo de formular el interrogante, la resolución de la tensión escapaba aquí a los esfuerzos y a la voluntad del núcleo que emprendía el trabajo teórico por crear un nuevo lector y una nueva conciencia; por el contrario, ahora la cuestión parecía plantearse en sentido inverso: era la capa de intelectuales la que debía ser creada por parte del proletariado. La revista aspiraba entonces a buscar nuevas formas de relación entre intelectuales y clase obrera, pero las formas y los caminos que llevarían a esta “fusión” —la palabra es de Aricó— eran aún inciertos.

Diez años después de la aparición de su número inicial, en el primer número de la segunda época de *Pasado y Presente* su núcleo impulsor volvía a recurrir a Gramsci para figurar el tipo de intervención que imaginaba para la publicación. En “La larga marcha del socialismo en la Argentina” el colectivo editor desplegaba una caracterización de la coyuntura política argentina y, en estrecha relación con las tensiones que visualizaba, explicitaba un programa para *Pasado y Presente* en su nueva etapa. Las luchas obreras y las movilizaciones populares desplegadas desde 1969 y el triunfo electoral de Héctor Cámpora en marzo de 1973 mostraban un auge en la lucha de masas que habilitaba nuevas expectativas sobre el decurso histórico y, en especial, so-

bre la situación de las masas en relación con su conciencia socialista y su capacidad de poner en marcha instituciones de democracia revolucionaria.⁴ Las palabras de Aricó que introducían la selección de textos del “Gramsci consejista” que se publicaban en este número (“Espontaneidad y dirección consciente en el pensamiento de Antonio Gramsci”) permiten leer un cambio de posición en relación con el tipo de intervención intelectual que se pretendía ejercer. Reflexionar sobre la “experiencia soviética en general y la de Gramsci en particular” tenía –escribía Aricó– “un enorme interés teórico y práctico” puesto que permitiría desplegar una serie de temas relevantes en la coyuntura actual: la emergencia y el estatuto de la conciencia socialista, el papel de la espontaneidad, del partido y de los intelectuales, la relación entre vanguardia y masas, entre otros; abrir esta discusión suponía –nos informaba– “una decisión por parte de la revista acerca de cuál debe ser su punto de partida”.⁵

En efecto, en la reivindicación que hacía Aricó a través de Gramsci del elemento espontáneo como base para la emergencia de una conciencia socialista y una práctica autónoma (donde no se disimulaba una crítica a la concepción de la vanguardia como depositaria de una verdad exterior a la experiencia de la clase) se puede leer una síntesis de los principios sobre los que se pretendía desplegar la nueva intervención. En esta línea, en “La larga marcha al socialismo” el colectivo editor afirmaba que *Pasado y Presente* no pretendía “transformarse en un sustituto de la práctica política ni colocarse por encima de ella”; reivindicaba para sí, en cambio, un rol más “ideológico-político que político a secas: el de la discusión, abierta a sus protagonistas ac-

tivos, de las iniciativas socialistas en el movimiento de masas, de los problemas que, en la ‘larga marcha’, plantea cotidianamente la revolución”.⁶ Este programa implicaba entonces una nueva modulación del proyecto editorial. El rol que se reservaba la revista parecía ahora un poco más modesto que en sus inicios: se trataba apenas de abrir una discusión sobre las implicaciones teórico-políticas que subyacían en las iniciativas que tomaba el movimiento de masas; no se pretendía modelar estas iniciativas, ni mucho menos crearlas.⁷

Para tomar nota del sentido y el alcance de esos desplazamientos es útil contrastar estas definiciones con la apelación a Gramsci que en su primer número –también de junio de 1973– hacía *Comunicación y Cultura*, una publicación cercana al entorno de los “gramscianos argentinos”.⁸ Luego de animar la salida de la revista *Los Libros* entre 1969 y 1972, Héctor Schmucler, secretario de redacción de *Pasado y Presente* desde su segundo número (en su primera época) promovió, bajo el auspicio de editorial Galerna, la aparición junto a Armand Mattelart (en Chile) y Hugo Assmann (en Brasil) de la revista de alcance continental *Comunicación y Cultura* (1973-1985). En el editorial del número inicial los editores se apoyaban en Antonio Gramsci y –en sus palabras– su “amplia denominación de revista cultural” para ubicar su iniciativa: “Gramsci advertía que si una revista de este tipo no se vincula con un ‘movimiento disciplinado de base’, tiende inevitablemente a convertirse en

⁶ *Ibid.*, pp. 28-29.

⁷ Esta lectura del contenido enunciado debería confrontarse con un análisis de las modalidades de enunciación del texto, donde, a primera vista, persiste una posición de autoridad por parte del enunciador.

⁸ Véase la publicidad en *Pasado y Presente* (nº 2-3, segunda serie, diciembre de 1973, p. 204) que anuncia la salida del primer número de *Comunicación y Cultura* y la publicidad en esta (nº 2, marzo de 1974) que anuncia la salida del nº 2-3 de aquella.

⁴ *Pasado y Presente*, nº 1 (segunda época), abril-junio de 1973, p. 1.

⁵ *Ibid.*, p. 2.

expresión de un conventillo de ‘profetas desarmados’”. “Y, por supuesto –subrayaban– una revista *no crea* este movimiento: sólo puede aspirar a *acompañarlo*”.⁹

El recurso a Antonio Gramsci como inspiración intelectual para enmarcar el nuevo proyecto editorial puede leerse en relación con aquella también inaugural y programática traducción que hacía Aricó en el número 1 de *Pasado y Presente* sobre el carácter y la función de una revista cultural. Esta relación indica una línea de continuidad entre ambas iniciativas editoriales, en que la figura de Héctor Schmucler oficia como eslabón.¹⁰ Sin embargo, una mirada atenta a esta declaración de principios de *Comunicación y Cultura* habilita a leer también algunos desplazamientos con respecto al plan que trazaba Aricó para su revista. Ahora, más que *crear* un movimiento, un *mundo de lectores*, *Comunicación y cultura* subrayaba que una revista de su tipo solo podía pretender *acompañarlo*. Sus editores imaginaban que su función sería entonces la de “establecerse como *órgano de vinculación* y de *expresión*” de las diversas experiencias que se estaban gestando en los países latinoamericanos en el campo de la comunicación masiva que favorecieran a los procesos de “liberación total”.¹¹ Se subrayaba entonces que

el “objetivo propuesto no emanaba de la *buena intención* de los editores o de un comité editorial”: si la revista pretendía posicionarse como un “instrumento de vinculación”, era porque le preexistían en diferentes lugares de América Latina “una multitud de respuestas” que los sectores dominados ofrecían en su práctica cotidiana de resistencia. En torno a esta “lucha multifacética” debían nuclearse, en consecuencia, los distintos intereses y las diversas investigaciones que abordaría la revista.¹² *Comunicación y Cultura*, a diferencia de *Pasado y Presente*, ponía aquí menos énfasis en la necesidad de desplegar un trabajo teórico específico y más en la de asumir una tarea de organización colectiva.¹³

En estas modulaciones pueden leerse –sobre una cartografía en la que se diseminan los diversos usos de Antonio Gramsci en la Argentina– el modo en que, entre 1963 y 1973, una franja de intelectuales vinculados con la llamada nueva izquierda se ubicó en un proceso político-cultural vertiginoso. Las notas que hemos presentado apenas pretenden poner de relieve un esbozo de los matices –y por momentos los modos heterogéneos– con los que *Pasado y Presente* y luego una revista cercana a su entorno, *Comunicación y Cultura*, pensaron un espacio posible para su intervención intelectual. Detrás de apelaciones generalizantes tales como “gramscianos”, “orgánicos” o “comprometidos”, encontramos variantes y flexiones en los usos que Gramsci habilitaba a la hora de imaginar una revista político-cultural. □

⁹ *Comunicación y Cultura*, n° 1, 1973, p. 4.

¹⁰ Deliberadamente dejamos aquí de lado cualquier mención al contexto chileno y a los avatares del acercamiento de Armand Mattelart a Gramsci y los “gramscianos argentinos”. Al respecto, me permito remitir a Mariano Zarusky, *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*, Buenos Aires, Biblos, 2013. Para reponer la discusión sobre la cuestión intelectual en *Los Libros*, véase José Luis de Diego, *Quién de nosotros escribirá el Facundo. Intelectuales y escritores en Argentina (1979-1986)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2001.

¹¹ *Comunicación y Cultura*, n° 1, 1973, pp. 3-4.

¹² Esto motivará una dura polémica entre Héctor Schmucler y Eliseo Verón, director de la revista *Lenguajes*, de la Asociación Argentina de Semiótica.

¹³ *Ibid.*, p. 3.

¿De la ilustración a la revolución?

Apuntes sobre la actividad editorial de *Pasado y Presente* en los sesenta

Diego García

Universidad Nacional de Córdoba

Para Olga

1 A principios de 1968 Ediciones Garfio publicó un librito titulado *Sade. Filósofo de la perversión*. El pie de imprenta informaba que se había terminado de imprimir “en los talleres propios de la editorial el 21 de febrero de 1968”, en Montevideo; también que “los trabajos incluidos en el volumen [habían sido] publicados por la revista *Tel quel* (1966) y traducidos del original francés por Rodolfo Bracco”.¹ Los escritos, en efecto, pertenecen a tres de las más reconocidas figuras de la vanguardia crítica francesa identificada con aquella publicación: Roland Barthes, Philippe Sollers y Pierre Klosowsky. Todos los demás, como sabemos gracias a las reconstrucciones de Raúl Burgos y de Ignacio Barbeito, son nombres de fantasía que ocultan la verdadera identidad de los involucrados en la publicación: el traductor (Bracco) no es más que un anagrama poco elaborado de Oscar del Barco, Ediciones Garfio –que señala sin rodeos la ilegalidad de la operación– está en lugar de Ediciones Nagelkop, y Montevideo, por último, ocupa el lugar de Cór-

doba.² La práctica de publicar libros sin pagar los derechos correspondientes no era extraña en esos años (en Córdoba, pero también en Buenos Aires, Montevideo, Lima o Caracas), pero esta publicación genera un conflicto con la editorial Paidós que había adquirido los derechos de edición y estaba preparando la impresión de un libro que contenía esos ensayos; tras la denuncia, unos cuantos ejemplares son ocultados y se salvan de la guillotina. Tampoco era una práctica inusual para los involucrados en el libro en cuestión: Oscar del Barco, José Aricó y Bernardo Nagelkop,³ aunque en realidad los cómplices de Ediciones Garfio participaban fundamentalmente de emprendimientos editoriales encuadrados en el marco de la ley. A pesar del episodio, la actividad editorial clandestina convivía pacíficamente con la producción legal de libros. No constituía, por lo dicho,

¹ Roland Barthes, Philippe Sollers y Pierre Klosowsky, *Sade. Filósofo de la perversión*, Montevideo, Ediciones Garfio, 1968, p. 6.

² Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 153-154; Ignacio Barbeito, “Aportes para una historia del circuito editorial en la Córdoba de los ‘60 y primeros ‘70s”, *Políticas de la Memoria*, n° 10/11/12, verano de 2011-2012, pp. 144-145.

³ Ya en 1966 habían publicado una *Antología de Sade* y, poco después del incidente con Paidós, *La filosofía del tocador*, bajo el sello La novela filosófica, otro producto de la imaginación editorial.

un mundo aparte o paralelo. Todo lo contrario: dado un amplio abanico de prácticas más o menos sospechosas de uso frecuente, lo complementaba y se integraba plenamente a él.⁴

El incidente, a la vez clandestino y público, puede ser un buen punto de partida para ingresar a la serie de experiencias editoriales que animaron en Córdoba durante los años '60 a aquellos que habían participado, de diverso modo, en la publicación de la revista *Pasado y presente* entre 1963 y 1965. Emprendimientos simultáneos y muchas veces indiferenciados, en ocasiones eran solo un nombre que escondía mal la imperiosa necesidad de dar a imprenta algunos títulos. En otras, por el contrario, suponían organizaciones más estables –aunque siempre reducidas– con un catálogo que expresaba la existencia de un proyecto editorial de pretensiones más amplias. Esa condición habilitaba, asimismo, la multiplicación y combinación de iniciativas: librerías que ampliaban sus actividades a la producción de libros; editoriales universitarias, privadas, clandestinas; colecciones con un definido perfil que se destacaban sobre el fondo de sellos editoriales ya conformados.⁵

2 La deriva de los títulos anunciados y publicados puede darnos una imagen de la coexistencia y la simultaneidad de los emprendimientos editoriales que mencionamos. Veamos

un par de casos.⁶ En la última página del primer número de la revista *Pasado y Presente* se anuncia que “Ediciones de Pasado y Presente” tiene ya en prensa tres libros y “en preparación trabajos” de Sartre, Banfi, Merleau Ponty, Della Volpe, Lefort, entre otros autores franceses e italianos.⁷ En el siguiente número se precisa el título de uno de esos “trabajos”: *Merleau-Ponty viviente*, de J. P. Sartre, aunque ahora en la publicidad de Ediciones Paidéia, librería devenida editorial propiedad de B. Nagelkopen en la que, además, Aricó trabajaba. Si bien en el número 4 de la revista, de 1964, se nos informa que el libro ya está en prensa, en el 7-8 nos enteramos de que finalmente se publicó, pero con otro título y bajo otro sello: *Historia de una amistad (Merleau-Ponty vivo)*, de Ediciones Nagelkop.⁸ Dos títulos y tres editoriales para el mismo texto en un lapso de no más de dos años; aunque siempre los mismos alentando su publicación.

En la misma contratapa del número 7-8, justo arriba del aviso recién mencionado encontramos otro de Ediciones Pasado y Presente que anuncia seis próximos libros organizados en dos colecciones: “Ensayos” y “Breves tratados marxistas”. En la primera aparece *Moral y sociedad*, una compilación que incluye a Sartre y varios más, entre otros títulos de Lucio Colletti, Giulio Pietranera y Galvano Della Volpe; en la segunda, dos textos inéditos

⁴ La distinción en el ámbito editorial entre legal e ilegal era flexible y dejaba un espacio fronterizo bastante amplio: no pagar los derechos era una opción de una serie que incluía pagarlos mal, parcialmente o tarde. Otra práctica común era la “sinonimia”: modificar palabras aquí y allá de una traducción ya existente para presentarla como nueva.

⁵ Nos referimos a Ediciones Nagelkop, Eudecor, Ediciones Garfio, Ediciones La Novela Filosófica, Cuadernos de Pasado y Presente, Ediciones Pasado y Presente, la colección “El hombre y su mundo”, dirigida por Oscar del Barco en la editorial Calden. Podríamos agregar a comienzos de los '70 Ediciones Signos y Siglo XXI Argentina.

⁶ Para las referencias utilizaremos la paginación de la reciente edición facsimilar de la revista [*Revista Pasado y Presente. Tomo I. Primera época (1965-1963)*], Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2014] porque consideramos que la consulta es más simple y porque en varias ocasiones mencionamos las páginas de los avisos publicitarios, en general no numeradas en la edición original.

⁷ *Pasado y Presente*, n° 1, abril-junio de 1963, p. 160. De esos tres libros “en prensa” solo será publicado *Arte y partidismo*, un folleto con contribuciones de Rossana Rossanda y Vittorio Strada –y prólogo de Héctor Schmucler– que discutían el discurso que Nikita Jruschev dedicó a los artistas soviéticos.

⁸ *Pasado y Presente*, n° 2-3, julio-diciembre de 1963, p. 292; n° 4, enero-marzo de 1964, p. 407; n° 7-8, octubre de 1964-marzo de 1965, p. 660.

de Marx: la *Introducción a la crítica de la economía política y Formaciones económicas precapitalistas*. Este es comentado por Oscar del Barco en un lúcido e informado ensayo en el noveno número de la revista, que también señala que “la edición de Pasado y Presente es la primera publicación de este texto en castellano” y va acompañada “de una importante introducción de Hobsbawm”.⁹ En la última página de ese número un nuevo aviso de Ediciones de PyP, aunque ahora solo con los dos textos de Marx ya anunciados en una nueva colección “Clásicos del marxismo”.¹⁰ *Formaciones* recién se publicará a mediados de 1966 dentro de un libro titulado *El modo de producción asiático*, por Eudecor (Editorial Universitaria de Córdoba) como el primer título de la “Biblioteca del pensamiento moderno” dirigida por Aricó. El segundo libro de esa colección aparece un año más tarde: el ya comentado *Moral y sociedad*. La *Introducción a la crítica*, por último, recién será publicada en 1968, como el primer número de los Cuadernos de Pasado y Presente, colección en la que, finalmente, en 1971 y como el cuaderno número 20, se publican las *Formaciones* de Marx con el prólogo de Hobsbawm.¹¹

Podríamos considerar otros títulos, pero el recorrido editorial sería igualmente sinuoso.

⁹ Oscar del Barco, “Las formaciones económicas precapitalistas de Karl Marx”, *PyP*, n° 9, abril-septiembre de 1965, p. 746.

¹⁰ *Ibid.*, p. 767.

¹¹ Maurice Godelier, Karl Marx y Friedrich Engels, *El modo de producción asiático*, Córdoba, Eudecor, 1966; Jean-Paul Sartre, Adam Schaff, Talcott Parsons *et. al.*, *Moral y sociedad*, Córdoba, Eudecor, 1967; Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Cuadernos de PyP, n° 1, Córdoba, 1968; Karl Marx y Eric Hobsbawm, *Formaciones económicas precapitalistas*, Cuadernos de PyP, n° 20, Córdoba, 1971. En 1965 la editorial Platina publicó *Formaciones*, lo que muy probablemente haya provocado la decisión de no sacar el libro como estaba previsto y de incluir el texto en un compendio junto con el ensayo de Godelier y con una serie de textos de Marx y Engels donde hacían referencia al modo de producción asiático, como en efecto apareció en Eudecor.

Muy probablemente sea un índice de la inexperiencia de los jóvenes *pasadopresentistas* en el mundo de la producción de libros. Mundo que, no lo olvidemos, tiene un ritmo específico y ciertas reglas que le son propias –comenzando por la necesidad de financiamiento–. Eudecor parece ser un principio de solución a esas dificultades; exige por eso otra dedicación al trabajo editorial y abre la posibilidad de imaginar un catálogo.

3 Eudecor comenzó a funcionar a mediados de 1966 en un local de la galería Cine-rama, en el centro comercial de la ciudad de Córdoba. Además de *El modo de producción asiático*, ese mismo año publicó dos títulos más que dan una primera imagen de su proyecto: *La bella y la bestia. Ensayo sobre lo feo*, de Herbert Read, traducido por Enrique Revol, y *El sabio y la política*, de Max Weber, preparado y prologado por Juan Carlos Torre.

La editorial había tomado su nombre de Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires), la exitosa empresa que bajo la dirección de Boris Spivacow había modificado las reglas del mundo editorial tras la caída del peronismo. Conformada casi al mismo tiempo en el que Spivacow se apartaba de la dirección de Eudeba tras el golpe de Estado encabezado por Juan Carlos Onganía, Eudecor parecía compartir con su modelo porteño un grupo de trabajo caracterizado por la colaboración entre viejos referentes del reformismo y jóvenes de lo que se comenzó a conocer –por defecto y ante la ausencia de una identidad más definida– como la “nueva izquierda”. La impresión descansa en una mirada rápida sobre aquellos que participaban de la iniciativa: Gregorio Bermann como director de la editorial, Aricó como gerente –un paso marcado hacia su profesionalización en esas tareas–, Juan Carlos Portantiero y Carlos R. Giordano como directores de colección, además de Revol, Oscar del Barco, Juan Carlos Torre, Alfredo Paiva,

Ofelia Castillo, María Teresa Poyrazián –entre otros– colaborando en diversas funciones (traducción, prólogos, revisión, etc.). Y entre los que no aparecían en los libros, dos nombres decisivos: Gustavo Roca, hijo de Deodoro, y Natalio Kejner, titular de la constructora Maccentor, principal soporte financiero del sello editorial luego de una brevísima etapa en la que la editorial estuvo vinculada a la Federación Universitaria de Córdoba y a la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Mirando las cosas más de cerca, sin embargo, son las diferencias las que prevalecen. En primer lugar porque Eudeba era en efecto una editorial universitaria que contaba para su proyecto innovador con fondos públicos estables. Su lema “Libros para todos” suponía, más que satisfacer la solicitud de las cátedras, generar una demanda que avanzara más allá de los límites de la universidad, y esto lo hizo combinando diversas estrategias: publicando títulos clásicos y de divulgación, imprimiendo una gran cantidad de ejemplares que ofrecía a bajo precio y, especialmente, renovando el sistema de distribución con sus kioscos desparramados por todo el país. Eudecor no podía materialmente replicar aquel proyecto, pero a su vez el catálogo indica que no era su intención hacerlo. En efecto, y más allá de la heterogeneidad que probablemente exprese las diferencias en el grupo que conformaba la empresa, los títulos –además de un perfil más o menos académico– se ubicaban en general en el ámbito de la renovación de las ciencias sociales y de la vanguardia crítica. Junto a clásicos y nombres establecidos como Marx, Weber, Read o Sartre encontramos a Lévi-Strauss, Ricoeur, Adorno, M. de Michelis, G. Genette y hasta a G. Deleuze. Y en la colección de literatura una novela como *Memoria de la aventura metafísica*, de Oscar del Barco, de marcado espíritu de ruptura y experimentación. Por otro lado, y para seguir con las diferencias, la figura de Bermann no parece haber tenido demasiado peso en las decisiones editoriales –su rol de director parece ser un

cargo meramente simbólico– al contrario de la de Aricó, que hacía, en efecto, las veces de editor, –coordinando, negociando, dirigiendo, traduciendo o corrigiendo–.

4 En un ensayo reciente, Régis Debray sostuvo la tesis de que el ciclo de vida del socialismo –en un sentido amplio, es decir, como construcción ideológica, programa político y ámbito de sociabilidad– había llegado a su fin.¹² La escasa originalidad del pronóstico se combinaba, sin embargo, con la novedad del argumento. No hay que buscar el fracaso del socialismo –sostiene Debray– en la inadecuación de sus ideas o en el contenido de sus variados programas, tampoco en las fallidas y penosas experiencias del “socialismo real” o en la incapacidad crítica de su discurso, sino en la desaparición progresiva del hábitat mediático que enmarcó y promovió su aparición y difusión: el de la palabra impresa, cuya hegemonía en el mundo de la política y la comunicación se extendió desde el siglo XIX hasta los años ‘60 del siglo XX. Más que en dos afirmaciones de carácter apocalíptico (el fin del socialismo, el fin del libro) repetidas aquí y allá, el acierto de la operación de Debray consiste en postular su íntima vinculación y, de ese modo, volver sobre una serie de problemas clásicos tanto para la historiografía como para la política; problemas que pueden resumirse en el célebre título de uno de los libros de Robert Darnton: *edición y subversión*. ¿Cuál es el vínculo entre la publicación de libros (o revistas, periódicos, panfletos) y la práctica política? ¿De qué modo sopesar los efectos políticos de la palabra impresa? ¿Bajo qué condiciones los libros se convierten en instrumentos privilegiados de disputa política?

Una de las vías para ingresar al puñado de problemas comprendidos en la relación entre

¹² Régis Debray, “El socialismo y la imprenta: un ciclo vital”, *New Left Review*, n° 46, septiembre-octubre de 2007.

edición y política es considerar la serie de experiencias editoriales a las que nos referimos brevemente y, en especial, los títulos que publicaron, tradujeron y difundieron. Raúl Burgos, a quien debemos una primera e importante reconstrucción (si bien parcial) de esas iniciativas editoriales, ha interpretado la relación del siguiente modo: el trabajo editorial como una de las formas de intervención política.¹³ Es posible inscribir su perspectiva en uno de los modelos más transitados para pensar y encarar el problema que nos ocupa, que opera según una lógica más o menos lineal: las ideas se expresan en textos, que adquieren la forma de libros (o de impresos en general: revistas, panfletos) que a su vez afectan las representaciones de los lectores y de esa manera guían su acción. Así, para Burgos, el Cordobazo fue en parte influido por la publicación de los primeros números de los Cuadernos de Pasado y Presente, la colección que Aricó comenzó a dirigir en 1968, cuando la experiencia de Eudecor ya estaba en su declive.¹⁴ El razonamiento supone la subordinación de una práctica –la editorial– a otra –la política–. Así, la operación analítica conjuga una sobrevaloración del papel político de los libros (y de las ideas que parecen transmitir sin dificultades o mediaciones) con un abordaje historiográfico que disuelve la lógica editorial, y cultural en general, en su sentido político y, en definitiva, en la práctica política.¹⁵

¹³ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos, op. cit.*, pp. 125-165.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 137-138.

¹⁵ Escritos recientes siguen en apariencia el camino trazado por Burgos, así J. S. Malecki, “Difundir, traducir, producir. Aricó y la difusión del marxismo como problemática”, *Nombres*, n° 27, noviembre de 2013, y Diego Sztulwark, “*Pasado y Presente: la (re)invención de Marx*”, en *Revista Pasado y Presente, op. cit.*, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2014. Sin embargo, mirando las cosas con más atención esa proximidad se desvanece. Malecki, preocupado por el rol en la “difusión y traducción” y la “modernización” del marxismo confunde varios de los libros organizados y traducidos por Oscar del

Reconocer la especificidad de las lógicas que dominan cada uno de esos espacios no implica desconocer que esas iniciativas editoriales estuvieron marcadas por intenciones e intereses políticos. Ni, tampoco, que su existencia fue afectada por los agitados acontecimientos de la década (¿o el golpe del '66 no había cerrado apenas abierta la posibilidad de hacer andar una editorial universitaria y obligado a reformular el proyecto de Eudecor?). Pero esta constatación –las motivaciones y las posibles interpretaciones y demandas políticas que enmarcaban la producción de libros– aún debe ser precisada. En primer lugar, considerando la dificultad para promover una lectura que subordinara esa variedad de títulos al dominio de la política. En segundo lugar, intentando identificar el *uso* de esos objetos, y no solo sus contenidos.

Vamos al primer punto. ¿Qué enseñanza o impacto se espera obtener de la publicación simultánea –para tomar solo 1968– de Lévi-Strauss, Bataille, inéditos de Marx, Genette, Baran, Sade, Althusser y una novela como *Memoria de la aventura metafísica*? Sin olvidar, por otro lado, que esa contigüidad muchas veces responde a motivos estrictamente editoriales, lo que dificulta la remisión inmediata a la coyuntura. Dicho esto, la renovación teórica entendida como “arma de la revolución” es una de las posibles y transitadas articulaciones entre política y edición. Por lo demás, Bataille o Sade, irreductibles a un uso ideológico directo, son sin embargo presentados para que sean leídos en un

Barco u otros y se los adjudica a Aricó (Bataille, Sade, Derrida, Mallarmé o Braudel); Sztulwark, por su parte, señala que “entre los antecedentes inmediatos” de los Cuadernos de PyP está “la experiencia de Educór” (¿?) que, nos aclara en nota al pie, “publicó una serie de folletos” (¿?), además de Adorno y Godelier. Estas imprecisiones indican, a diferencia de Burgos, una subestimación del rol político y cultural de los libros y la práctica editorial que se resuelve en una aproximación historiográfica donde son tomados como datos de color o meras ilustraciones de lo que se quiere decir.

sentido político amplio, aunque en un movimiento no exento de tensiones.¹⁶ En ocasiones, empero, la vanguardia parece ser más resistente a la política que al mercado: “la reiterada aparición de textos del Marqués de Sade entre nosotros no responde a una simple moda; parece más bien obedecer a una razón económica: la leyenda que lo rodea hace que sus libros *se vendan solos*”, dice un comentarista en la revista *Jerónimo* ante la multiplicación de publicaciones del Marqués.¹⁷ Probablemente aquí se encuentren los motivos de la denuncia poco común de Paidós que relatamos al comienzo, y que expresaría así la disputa por un nicho del mercado seguramente restringido. Muchos títulos, por otro lado, solo se comprenden cabalmente en el ciclo de renovación y actualización de las ciencias sociales y las humanidades —donde las traducciones cumplen un rol decisivo—. Otros (¿todos?) son objeto de lecturas en varios niveles;¹⁸ lo que nos conduce al siguiente punto.

¿Cómo identificar los *usos* de esos libros? Burgos sostiene que se pueden identificar rastros “del papel de *Pasado y Presente* en el movimiento que llevó al Cordobazo” en dos direcciones: en la actividad editorial —en especial la colección de los Cuadernos de PyP— y en “el grado de influencia directa que el grupo tuvo durante varios años en el movimiento universitario de la ciudad”. En realidad, Burgos privilegia el testimonio de uno de sus entrevistados, del que casi no se aleja: “la influencia de *Pasado y Presente* se expresa a través de un Cuaderno de *Pasado y Presente* sobre mayo del '68. Se discute muchísimo el artículo de André Gorz

[...]”.¹⁹ El mismo libro se menciona, significativamente, en el semanario *Jerónimo* poco después de los sucesos de mayo de 1969: “Preocupados intelectuales de izquierda, buscando coincidencias y proyecciones del agitado Cordobazo apelaban al estudio del ensayista europeo A. Gorz publicado en *Francia 1968*: *¿una revolución fallida?* que editó la editorial marxista cordobesa Pasado y Presente [...]”.²⁰ La coincidencia en el texto de Gorz a su vez indica otra: un modo de leer que es colectivo más que individual, y cuyos espacios y lugares son públicos: grupos de discusión, comisiones, asambleas... un uso que nos alerta sobre la separación apresurada de las formas de comunicación escritas de las orales. Y, sin embargo, esas semejanzas se encuentran sobre la superficie de una profunda divergencia, ya que designan operaciones de lectura exactamente inversas: en el primer caso se presenta la idea libresca de la acción política (que, a su vez, subordina la instancia oral de asamblea a la previa y más importante de discusión reducida que, por fin, remite a la lectura reveladora que indica qué curso de acción seguir); mientras que en la segunda la lectura llega después del acontecimiento, para intentar un juicio comprensivo. Lecturas compartidas y disímiles, pero más o menos públicas, rasgo que no deja de enfrentarlas al recuerdo de otra experiencia grupal pero clandestina, tal como evoca Oscar Terán la lectura del microfilm de *¿Revolución en la revolución?*, de Debray, proyectado sobre la pared blanca de un cuarto de Barracas en el verano de 1967.

5 La figura del editor pasa en general inadvertida como agente de la cultura o la política, y lo mismo sucede con el perfil editorial de una figura que es reconocida por otros atri-

¹⁶ Oscar del Barco, “El enigma Sade”, *Los Libros*, n° 1, julio de 1969, pp. 12-13. Traté parte del mismo tema en Diego García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, *Políticas de la Memoria*, n° 10-11-12, 2011-2012, p. 154.

¹⁷ *Jerónimo*, N° 5, 4 de febrero de 1969, p. 25 (cursivas en el original).

¹⁸ Así, para dar solo un ejemplo, las *Formaciones económicas precapitalistas* con las lecturas paralelas y concurrentes que sufrió en el ámbito de la historiografía, de la antropología o de la estrategia política.

¹⁹ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos*, op. cit., p. 137 (toda la cita es importante).

²⁰ *Jerónimo*, n° 11, junio de 1969, p. 14.

butos, sean intelectuales o políticos. Enfocar la mirada en esa faceta, en ese costado, y en las operaciones, contactos y espacios que abarca, permite pensar los libros, su circulación y lectura más allá (o más acá) del contenido tex-

tual. Habilita, por otro lado, la recuperación de la potencia de la política para promover los vínculos afectivos, intelectuales y, en no menor medida, profesionales que hicieron posibles aquellas iniciativas y sus derivas. □

Ser o no ser. Qué hacer con Perón y el peronismo

José M. Casco

UNLaM-UNSAM

Entre fines de los años sesenta y principios de los años setenta a los sectores de la llamada “nueva izquierda” se les presentó un dilema difícil de resolver, que, si bien venía desde antes, cobró fuerzas en una coyuntura política muy peculiar. Que podría ser traducido en la siguiente pregunta ¿Qué hacer con Perón y el peronismo? El predicamento del viejo caudillo sobre los sectores obreros y las masas populares los colocaba en una posición incómoda. De ahí que varios grupos de intelectuales, así como diferentes partidos se enfrentaron con ese dato que se volvió crucial. En efecto, estaban frente a un problema de difícil resolución porque si, por un lado, se lo combatía, se corría el riesgo de alejarse de las masas, que era el objetivo primordial para darle cauce a un programa socialista; por otro lado, hacer seguidismo de Perón y el peronismo suponía, en la lectura de muchos sectores, desnaturalizar el programa político y caer en las garras de un nacionalismo burgués que no cambiaría las bases de la sociedad. Así, las polémicas, no exentas de rupturas, vaivenes y ambigüedades, aparecieron como una marca de época de ese sector ideológico. Aquí recorreremos algunas de las posturas que sobre ese problema se planteó la revista *Pasado y Presente* en la ardiente coyuntura política de 1973, cuando el peronismo volvió al poder y derrotó a las Fuerzas Armadas que habían hecho lo imposible para borrarlo del

mapa político, y cuando las contradicciones dentro del movimiento se agudizaban de un modo dramático.

Pasado y Presente era una revista de una formación intelectual agrupada en el mundo ideológico de la “nueva izquierda” que tuvo una actuación saliente por esos años, sobre todo en el ambiente universitario. Sus integrantes habían ganado fama cuando a principios de los años ‘60 fueron expulsados del Partido Comunista por querer introducir innovaciones ideológicas en la orientación cultural del partido. La revista salió entre 1963 y 1965 editando 9 números, y en 1973, como parte de su segunda etapa, publicó 2 números más. En la primera época los temas teóricos tienen una importante resonancia en la publicación. En 1973, en cambio, la cuestión política va a ganar mucho espacio entre sus preocupaciones. Pero la forma en que *Pasado y Presente* va a enfocar la cuestión peronista ya estaba establecida en sus núcleos centrales en el final de su primera etapa. En efecto, como parte de un programa de renovación de la cultura de izquierda, que incluía una relectura del peronismo que contrariaba la que hacían sobre este los partidos tradicionales de ese espacio ideológico. En sus primeros números también se concentrará la atención en la organización política dentro de la fábrica desde una mirada socialista, y examinarán las con-

diciones de su potencial revolucionario. En esa dirección, la lectura de los nuevos “della-volpianos”, sobre todo los nucleados en la publicación *Quaderni Rossi*, va a torcer el rumbo de la mirada marxista tradicional acerca de las tareas que deben llevar a cabo la clase obrera y los intelectuales para una estrategia socialista. Así, se apartarán de la teoría leninista tradicional sobre la vanguardia obrera y, en cambio, harán foco en las premisas de los teóricos italianos sobre el control de fábrica bajo la modalidad de células. En ese sentido, el Gramsci que en los años ‘20 editaba el *Ordine Nuovo* retratando la experiencia de control obrero en las fábricas de Turín será una guía clave para la estrategia que, según *Pasado y Presente*, debían llevar adelante los grupos nucleados en la izquierda en la Argentina para afrontar una coyuntura que se leía como prerrevolucionaria, aun cuando esta lectura no dejaba de estar exenta de reparos. En efecto, desde 1969, según los pasadopresentistas, las luchas obreras se habían intensificado y las dictaduras militares habían llegado al fin de su ciclo político con el retorno del peronismo al poder. Así, estos intelectuales volvían a la carga y buscaban erigirse como un centro de irradiación ideológico político para una estrategia obrera y socialista.

En el número 1 de su segunda etapa, apoyados en ese diagnóstico, en un largo editorial afirmaban que el triunfo del camporismo el 11 de marzo abría la posibilidad para la instauración de un poder revolucionario socialista.¹ Pero no se podía dejar de estar alerta pues el peronismo contenía en su seno todas las contradicciones caras a un movimiento nacionalista ya que allí se alojaban tanto el ala derecha como el ala izquierda en la puja por el poder. Para los editorialistas, se trataba de crear las condiciones para la cons-

trucción de un poder obrero autónomo erigido sobre la base de un nuevo bloque histórico revolucionario donde convergieran todas las tendencias anticapitalistas. Pero las masas populares, y la clase obrera en particular, adherían al peronismo. *Pasado y Presente* partía de esa constatación reconociendo que allí la clase obrera había hecho su entrada al escenario político y había alcanzado sus reivindicaciones por tanto tiempo postergadas. Con ese diagnóstico, lo que postulaban era la construcción de una dialéctica política que diera como resultado una síntesis en una futura sociedad socialista que acompañara el curso mundial en esa dirección. *Pasado y Presente* venía a discutir en detalle las formas que debía cobrar esa dialéctica. Y esto en virtud de que el movimiento peronista era caracterizado desde una doble perspectiva. Por un lado, como el movimiento que durante su proscripción y desde su base de sustentación (los trabajadores) había sido el centro aglutinante de la resistencia al capital monopolista y al imperialismo que penetró con fuerza luego de 1955 en el país. Por otro lado, sosteniendo que la adhesión de la clase obrera al peronismo debía ser entendida como un momento de su desarrollo hacia la consolidación de su autoconciencia como alternativa política autónoma. Subordinada a los sectores hegemónicos del partido y a las negociaciones de la burocracia sindical durante “la resistencia”, ahora el triunfo del 11 de marzo abría las puertas para que “[l]a lucha de clases arranque de nuevos niveles, para que los sectores populares puedan lanzar en mejores condiciones, aprovechando el contraste que sufrió el enemigo, una etapa de ofensiva hacia la revolución socialista”.² Ese abre puertas no debía ser tomado como un triunfo sin más porque las fuerzas derro-

¹ “La larga marcha al socialismo”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 1, abril-junio de 1973.

² *Ibid.*, p. 22.

tadas, se señalaba, a pesar de su retroceso se reagruparían, incluso con sectores que habían participado de la coalición triunfante en las elecciones del 11 de marzo.

Esa prudencia, sin embargo, no empañó en nada el juicio que este largo editorial político sobre el que nos basamos nos deja advertir: que los tiempos se habían vuelto rápidos, hecho que la lectura de la revista muestra de modo elocuente por el optimismo que denota, y, por otro lado, que ese optimismo hacía creer que esa larga marcha hacia el socialismo, a pesar de sus retrocesos y contramarchas, era inexorable. Por eso el dilema debía resolverse de modo racional y científico, y ahí estaba el marxismo para ser la guía constructora, la fuerza política y social que debía transformarlo.

Hacia el final *Pasado y Presente* dará un paso más en el análisis que describimos. Sostendrá, por un lado, que el FREJULI, la coalición triunfante el 11 de marzo, encontrará un límite a sus ambiciones políticas por mantenerse dentro de los márgenes que los sectores dominantes y sus aliados le trazaron a la política nacional; pero, por otro, dirá también que sus núcleos más activos y combativos, en la búsqueda de profundizar la impugnación a los sectores imperialistas y monopolistas, avanzan tras la consigna de que gobernar es movilizar, buscando acentuar los contenidos socialistas que se venían desplegando desde 1966. Y este diagnóstico avanzaba en esa dirección debido a que, en lo que respecta a la izquierda (incluido el sindicalismo clasista que hacía su experiencia más fuerte en Córdoba), al no acompañar las opciones políticas que se daba la clase obrera en su lucha contra el capital monopolista arribaba al fracaso político de todas sus opciones. En efecto, en un largo análisis de la experiencia de Sitrac Sitram, así como la de los grupos de izquierda revolucionarios que se hallaban por fuera del peronismo, son sentenciados por sus estrategias vanguardistas y externas res-

pecto de los sectores obreros. De ahí que el peronismo debía ser la base por donde comenzar a construir la estrategia socialista, pues una política por fuera del movimiento liderado por Perón no tendía a otra cosa que no fuera al fracaso. Sostenían finalmente que no se podía ir contra las multitudes, que toda estrategia política que no acompañara las elecciones de ellas estaba destinada al suicidio político, como la táctica del voto en blanco que pusieron en marcha en las elecciones muchos grupos de izquierda y que no hizo otra cosa que aislarlos de las masas peronistas.

En el siguiente número doble, que abarcaba la segunda mitad del año, se registran los acontecimientos que van desde la asunción de Cámpora y su caída, hasta la vuelta de Perón a la presidencia y los acontecimientos del mes de diciembre de 1973. La primera afirmación contundente que se desliza en otro largo editorial es que la lucha de clases se ha desplazado al interior del peronismo. Tanto la renuncia de Cámpora como la “matanza de Ezeiza” mostraban, de acuerdo con los editores, cómo las contradicciones estallaban dentro del movimiento nacionalista y cómo el peronismo alojaba, por un lado a una derecha que pugnaba por renegociar los términos de la dependencia, y, por otro, a una izquierda con contenidos revolucionarios y socialistas. En ese sentido el papel de Perón era decisivo. Ya no podía sostenerse la hipótesis de que este era “usado” por la burocracia o estaba cercado por su entorno más íntimo. Para ello el editorial reproducía los discursos en que Perón revelaba, a su juicio, la coherencia de un programa de reconstrucción nacional, tanto político como económico. De ahí que Perón buscaba una salida intermedia que le arrancara concesiones a las clases dominantes, y por eso desmovilizaba a los sectores radicales más activos del movimiento que pugnaban por una salida socialista. Así, todo lo progresista y todo lo que se había ganado con el fin de romper la dependencia iba cediendo poco

a poco con el accionar del viejo caudillo. *Pasado y Presente* desenmascaraba (así) sin concesiones el rostro del líder del movimiento. Y no solo por esto se estaba frente a una difícil situación coyuntural, el golpe de Estado perpetrado poco antes en Chile ponía a las claras un adverso contexto regional donde los grupos de la derecha dominaban la escena política. Con todo, quedaba del otro lado una salvaguarda a esta situación de debacle, y por ello *Pasado y Presente* le otorgaba un papel central a los sectores revolucionarios del peronismo. Ahora estos debían evitar dilapidar el capital que habían acumulado, porque “los grupos revolucionarios del peronismo corren en la dirección de las masas, expresan los nuevos contenidos de su presencia en la sociedad”.³ Ese convencimiento iba a llevar al grupo a seguir apostando a ser la guía intelectual y moral del proceso revolucionario. Pero esos grupos revolucionarios no debían caer en el sectarismo ni en el “izquierdismo”, sino profundizar la identidad socialista de las masas obreras e imprimirle una dirección consciente. En ese sentido, los intelectuales de *Pasado y Presente* proponen construir un frente de masas donde la clase obrera sea la que hegemonice la dirección política y los grupos del peronismo revolucionario jueguen un papel central. De ahí la celebración de la unificación de FAR y Montoneros, formaciones consideradas el núcleo central de agregación de fuerzas revolucionarias y el principal coordinador de las luchas obreras a lo largo y ancho del país. Solo en esa orientación puede construirse una alternativa al reformismo que plantea el gobierno de Perón, consolidado en el pacto entre

la CGE y la CGT, y al izquierdismo alejado de las masas que promueven el ERP y los grupos revolucionarios por fuera del peronismo.

Anclados en las guías teóricas de Gramsci, que enfatizaban el carácter nacional popular de toda lucha revolucionaria, en diálogo con el Mao de la larga marcha al socialismo, los intelectuales nucleados en torno a la revista no renunciaban a apostar su estrategia socialista dentro del peronismo. De lo que se trataba era de crear un partido revolucionario, un bloque contra hegemónico –y aquí la guía es nuevamente Gramsci–, capaz de transformar los nudos anticapitalistas dispersos en todo el país en un movimiento socialista que requería de alianzas, pero donde la clase obrera debía ser el factor fundamental de dirección y de lucha. Así, *Pasado y Presente* planteaba qué debía hacerse con Perón y el peronismo. Sobre el primero lo único que cabía era desplazarlo. El viejo caudillo no expresaba otra cosa que un movimiento nacional reformista que acomodaba su proyecto político a los términos que proponía el capitalismo mundial. Sobre el peronismo, de lo que se trataba era de transformarlo, a través de sus núcleos revolucionarios, en el espacio que diera lugar a un movimiento político que pudiera conducir a subvertir el sistema. En la táctica del “entrismo” se jugaba la apuesta del futuro político y por eso esos años fueron los años peronistas de *Pasado y Presente* aun cuando estaban anclados en una mirada socialista irrenunciable que los conducía como grupo.

Mas allá de cuál haya sido el resultado de la apuesta, que en mucho excede a *Pasado y Presente*, el análisis de la revista muestra a un complejo grupo de izquierda con un verdadero programa alternativo. Quizás allí se encuentre parte del prestigio y el predicamento que estos obtuvieron en los grupos del pensamiento alternativo de los años setenta. □

³ “Temas”, *Pasado y Presente*, año IV, n° 2-3, julio-diciembre de 1973, p. 188.

Controversia como legado de *Pasado y Presente*: la resignificación de una biblioteca teórico-política

Matías Farías

UBA

La producción en el exilio de algunos integrantes de la revista *Pasado y Presente* (PyP) ha sido interpretada como un corte en sus itinerarios políticos e intelectuales. Sin desconocer el impacto del exilio, nos interesa sostener aquí que este “corte” debería entenderse no como un abrupto abandono de una biblioteca teórico-política, sino más bien como un trabajo de reelaboración conceptual de algunas de las categorías centrales que proveía dicha biblioteca, lo que resultó la condición de posibilidad para que se produjera un desplazamiento ulterior hacia nuevos clivajes teóricos y políticos. En este sentido, nos ocupamos aquí de apuntar algunos aspectos del proceso de resignificación y desplazamiento de la categoría de “hegemonía” en los escritos de Juan Carlos Portantiero que van desde la segunda etapa de *Pasado y Presente* hasta *Punto de Vista*, pasando por *Controversia*. Si nuestra argumentación es plausible, entonces podríamos pensar en revistas como *Controversia* como un espacio de reelaboración de un legado político e intelectual a partir de la reconceptualización de los lenguajes políticos disponibles.

1. Segunda etapa de *Pasado y Presente*: la revolución entre la “hegemonía” y el “doble poder”

La categoría de “hegemonía” tiene una larga historia en los escritos de Portantiero. Ya en el primer número de la primera etapa de PyP, el concepto aparece asociado con la tesis de la “crisis hegemónica” de las clases dominantes en la Argentina, lo que representaba un diagnóstico que habilitaba a revistas como PyP a explorar bajo qué condiciones específicas, ligadas a la coyuntura argentina, dicha “crisis hegemónica” se transformaría en una “crisis orgánica”, lo que también implicaba reflexionar sobre las condiciones por las cuales las clases subalternas serían capaces de instituirse en clases dirigentes.

Sin embargo, es en la segunda etapa de la revista, y en el caso de Portantiero en el artículo que titula “La crisis de julio y sus consecuencias políticas”, donde se explora a fondo la construcción de una alternativa contrahegemónica capaz de reorganizar radicalmente, en la situación histórica concreta de 1973, a la sociedad argentina. De modo que en “La crisis de julio y sus consecuencias políticas” la categoría de “hegemonía” cumple un rol fundamental, pues allí Portantiero identifica la producción de hegemonía con las tareas que demanda la revolución:

La revolución es hoy un proceso extenso y complicado de cuestionamiento de todas las instituciones, en el que se van conformando, sucesivamente, nuevas instituciones; es el crecimiento en el interior de la sociedad capitalista de un contrapoder de masas que se expresa como movimiento multifacético, que rechaza en sus raíces la organización productiva del capitalismo y la división social del trabajo sobre la que se basa, un movimiento que [...] tiende a cuestionar el sistema mismo, creando de ese modo un estado de crisis social que se expande junto con la expansión del movimiento [...].¹

Si por un lado la revolución era un largo, complicado y multifacético proceso de cuestionamiento al sistema, por otro lado dicha “guerra de “posiciones” debía especialmente librarse –este es uno de los núcleos del artículo– en el interior del peronismo. La hegemonía se ofrecía así como un tipo de construcción política revolucionaria alternativa a: (i) el “burocratismo sindical” y la “conducción” de Perón, que según Portantiero expresaban la búsqueda de un objetivo ya imposible, el de dotar al capitalismo dependiente argentino de mayores niveles de autonomía; (ii) el “vanguardismo” izquierdista identificado con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que profundizaba la fragmentación de las clases subalternas al desconocer al peronismo como su identidad definitoria.

Sin embargo, en este artículo la categoría de “hegemonía” cumplía otra función decisiva: la de delimitar, para aquel actor que era uno de los interlocutores privilegiados del texto, a saber, la organización guerrillera “Montoneros”, cuál debía ser el campo y la

índole de su intervención legítima. En este sentido, la categoría de “hegemonía” le permitía a Portantiero sostener la tesis de que las vanguardias revolucionarias son un momento determinado, y no determinante, del proceso revolucionario. En efecto, Portantiero se encarga de subrayar a lo largo de todo el artículo que el proceso mismo de la construcción del socialismo es el que produce al actor revolucionario –y no a la inversa–, en polémica con el modelo “bolchevique” que según Portantiero concibe el vínculo entre vanguardias y masas como una relación de “exterioridad”, jerarquizada y bajo una concepción causal de los procesos históricos de índole “mecanicista”. Todo ello le impedía a este modelo asegurar la identidad entre el sujeto revolucionario y la clase revolucionaria y, mucho menos, ya con el triunfo del socialismo, el “autogobierno de las masas”. Frente, pues, a la jerarquización que suponía la teoría del partido revolucionario leninista, la hegemonía permitía concebir un vínculo “orgánico” entre la clase y el sujeto revolucionario.

Sin embargo, el concepto “débil” de vanguardia como momento determinado y no determinante del proceso revolucionario convivía, en el artículo de Portantiero, con una concepción “fuerte” de las vanguardias. Ello acontecía allí cuando su autor asociaba la revolución con la tesis del “doble poder” planteada por Lenin en *El Estado y la revolución*. Así, el texto fluctuaba entre una concepción débil de la vanguardia como instancia de coordinación y articulación de un proceso multifacético de contrahegemonía, con una concepción fuerte de las vanguardias como aquel actor unificado que, como los soviets en la revolución bolchevique, debía acumular y concentrar el poder para así transformar la “crisis orgánica” en alternativa revolucionaria. En pocos pasajes como el que sigue se revela esta tensión:

¹ Juan Carlos Portantiero, “La crisis de julio y sus consecuencias políticas”, *Pasado y Presente* (segunda etapa), n° 2-3, julio-diciembre de 1973, p. 195.

El crecimiento de movimientos de esta naturaleza significa la aparición de un dualismo de poder destinado a crear en el cuerpo social una crisis social y política. [...] Si el movimiento debe abocarse desde un comienzo a tareas que son político-reivindicativas y militares a la vez, es preciso saber disponer de una organización político-militar que sea capaz de prepararse para asumir la crisis política que el movimiento genera, sin frenar al movimiento tras un acuerdo en la cúspide; [...] debe unificar al movimiento de masas, sin transformarlo en una mera correa de transmisión de sus decisiones políticas; debe facilitarle los medios para una preparación revolucionaria de masas, sin convertirlos en simple base de sustentación logística para sus formaciones de combate. Dicho de otro modo, debe concebirse a sí mismo no como una típica organización “bolchevique”, sino como una organización de nuevo tipo, cuyas formas organizativas propias no pueden ser copiadas de procesos revolucionarios de otros tiempos o países [...].²

Entre la hegemonía y el “doble poder”, la vanguardia es considerada al mismo tiempo como momento determinado del proceso revolucionario pero también como el actor que concentra el “contrapoder” proveniente del movimiento social –y, como tal, como un actor determinante–. Años más tarde, no serán pocos los artículos en *Controversia* en los que se atribuirá a “Montoneros” los rasgos de una organización del tipo bolchevique que en este artículo Portantiero confería con exclusividad a las vanguardias de la izquierda marxista. En esta misma revista, la categoría de “hegemonía”, despojada de connotaciones leninistas, será objeto de una honda resignificación en los escritos de Portantiero.

² *Ibid.*, p. 196.

2. La hegemonía “nacional-estatal” y la hegemonía “nacional-popular”

Cuatro años después, Portantiero publica en el exilio un artículo que dará nombre a un libro: *Los usos de Gramsci*. Si bien aquí Portantiero todavía sigue filiendo al socialismo con la revolución, las vanguardias son sometidas a una fuerte crítica al ser asociadas con el bolcheviquismo, el iluminismo, el militarismo y el jacobinismo, es decir, con una práctica política elitista y como tal escasamente compatible con el igualitarismo socialista. De este modo, pensar la revolución requiere ya no concentrarse en la teoría de la organización revolucionaria sino en dotarse de una estrategia política que retiene al pueblo como sujeto político y al proletariado como el sector que deberá ejercer la dirección del movimiento, pero que se diseña en un contexto donde la política propia de la “guerra de maniobras” debe ceder su lugar a la “guerra de posiciones”.

Sin embargo, lo novedoso que el lector encuentra en *Los usos de Gramsci* es la hipótesis de que en sociedades como las sudamericanas la “guerra de posiciones” debería asumir modalidades específicas, ya que se trata de casos que responden a lo que Gramsci conceptualizó como el “otro Occidente”, es decir, de sociedades que suponen una articulación entre la política y la sociedad que no es la del Occidente clásico, donde se verificaría una articulación orgánica entre Estado y sociedad, pero tampoco la del Oriente, donde el Estado (como creía el tercermundismo) ejerce la dominación del mismo modo que un Estado colonizador controla a sus colonias. Se trata de una *articulación inorgánica entre Estado y sociedad*, donde el constatable desarrollo de la sociedad está sobredeterminado por la configuración estatal. En términos de Portantiero:

Pero Gramsci permite pensar otro tipo de situación “occidental”, aquella en la que, a

diferencia de “Oriente”, puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica de los intereses de clase que rodean, como un anillo institucional, al Estado, pero en la cual la sociedad así conformada, aunque compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que en el modelo clásico. Sociedades, en fin, en las que la política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua.³

La ruptura conceptual que importa este pasaje es sumamente significativa, porque da lugar a una distinción (y a una tensión) en el interior del propio concepto de hegemonía: por un lado, la hegemonía “nacional-estatal”, en la que lo nacional se produce a partir de una relación jerárquica y asimétrica entre Estado y sociedad, una relación típica del “otro Occidente”, donde la primacía de la política es equivalente a la primacía del Estado; y, por otro lado, la hegemonía “nacional-popular”, cuyo carácter popular coincide con la desestigmatización de lo político para restituir la iniciativa a la sociedad civil. Ahora bien, si en *Los usos de Gramsci* se sigue concibiendo como parte de la construcción de una estrategia revolucionaria la asociación entre hegemonía y restitución de la iniciativa política de la sociedad civil, en los artículos que Portantiero publica en *Controversia*, y todavía más en sus intervenciones en los años ochenta, la premisa de articular la sociedad civil para confe-

rirle una representación capaz de ganar espacios de autonomía frente al Estado quedará asociada, sin embargo, a la producción de un orden democrático.

3. Democracia como “hegemonía pluralista”: *Controversia*

En línea con el propósito de restituir la iniciativa política de la sociedad civil en sociedades que históricamente se organizaron de “arriba hacia abajo”, en los escritos de Portantiero publicados en *Controversia* la categoría de “hegemonía” queda filiada con la de “democracia”. Esta novedosa filiación es anticipada en el número 1 de *Controversia*, en el artículo titulado “Proyecto democrático y movimiento popular”, donde Portantiero, tras desnaturalizar el vínculo entre liberalismo y democracia y señalar los rasgos “autoritarios” que anidan en los movimientos “nacionales y populares”, afirma:

[] el significado de la democracia se articula indisolublemente con el de la hegemonía, [por lo que la democracia] recupera su dimensión popular [...]. La lucha política de clases no es otra cosa que una lucha entre proyectos hegemónicos de grupos capaces de definir el sentido de la acumulación (la dirección del progreso histórico) y que buscan apropiarse, como núcleo de su dominación, del consenso de la mayoría. Ese consenso de la mayoría es, si se quiere llamar así, la democracia.⁴

El conjunto de “traducciones” que supone este pasaje es notable: construir hegemonía es equiparado a la producción de la política de-

³ Juan Carlos Portantiero, *Los usos de Gramsci* [1977], Buenos Aires, Grijalbo, 1999, p. 144.

⁴ Juan Carlos Portantiero, “Proyecto democrático y movimiento popular”, *Controversia*, n° 1, octubre de 1979, p. 6.

mocrática, la que a su vez queda definida como la creación de un orden basado en el consenso de la mayoría. La gramsciana “guerra de posiciones” deviene así en el desarrollo de una política capaz de mediatizar la lucha de clases sobre el sentido de la acumulación social y económica.

Sin embargo, en el mismo momento en que es resignificada de este modo, la categoría de hegemonía vuelve a tensionarse: si en *Los usos de Gramsci* la tensión se manifestaba entre aquella forma hegemónica que identificaba lo nacional con lo estatal frente a la forma hegemónica que dotaba a lo nacional de contenidos populares, en “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, texto que Portantiero escribe con Emilio de Ípola y publica en el último número de *Controversia*, el lector puede observar cómo aquella tensión se desplaza al seno mismo de la hegemonía “nacional y popular”, donde ahora es posible conceptualizar dos tipos bien diferenciados de construcción hegemónica: la hegemonía “organicista” y la hegemonía “pluralista”. Si aquella es propia del populismo y resulta incompatible en última instancia con la democracia, en la medida en que resuelve autoritariamente la mediación entre Estado y sociedad, esta última, en cambio, aparece como el terreno en que se puede reformular el vínculo histórico y conceptual entre socialismo y democracia. En términos de Portantiero y De Ípola:

Esta confrontación entre una concepción organicista y otra pluralista de la hegemonía aparece como de importancia decisiva para poder pensar las relaciones entre democracia [...] y el socialismo y/o populismo como alternativas políticas de demandas y tradiciones.

Nuestra convicción es que la fuerte presencia de una concepción organicista de la hegemonía caracteriza a los populismos

reales –como también, por cierto, en los socialismos *ad usum*, pero que en el caso de los populismos se trata de una relación congruente entre modelo ideológico y realidad que no puede ser, ni aun teóricamente, pensada como desviación. [...] Es esta concepción organicista [...] la que hace que los antagonismos populares contra la opresión en ella insertos se desvíen hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza frente a la diferencia, la unanimidad sobre el disenso.⁵

Ahora bien, esta cisura en el interior de la hegemonía “nacional-popular” termina siendo, a nuestro entender, una *tensión límite*. En efecto, lo propio de la categoría gramsciana de “hegemonía” es su carácter orgánico, pues dicho carácter permitía, por un lado, mantener la identidad entre sujeto revolucionario y clase revolucionaria –esa identidad organicista es la que permitía que no existiera un hiato y, por lo tanto, una relación de “exterioridad” entre los “núcleos de buen sentido” conservados en la cultura popular y la franja de la clase revolucionaria que ejerce la dirección política e ideológica del movimiento– y, por otro, la que impedía que se concibiera nuevamente de manera “mecanicista” la mediación entre “estructura” y superestructura”, ya que para la metáfora “organicista”, de clara raigambre hegeliana, una y otra son distintas determinaciones de una misma realidad histórica y social. En fin, que la distinción entre una hegemonía “organicista” y otra “pluralista” es una distinción límite lo prueba el propio Portantiero cuando, aun sin abandonar del todo esta distinción, sostiene en “Democracia y socialismo: una relación difícil” (pu-

⁵ Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Controversia*, nº 14, agosto de 1981, p. 12.

blicado en *Punto de Vista*) que la idea misma de “hegemonía”, lejos de resultar un armónico equivalente del concepto de “democracia”, puede adquirir en ciertos contextos connotaciones más autoritarias que el concepto mismo de “dictadura”:

“Hegemonía” tiene tantas (o más) potencialidades totalitarias que “dictadura”. Y habría que decir que esas potencialidades no son de ningún modo ajenas a algunas ambigüedades que aparecen en el propio Gramsci, quien a veces define al socialismo como sociedad autorregulada y otras parece exaltar la constitución de un bloque histórico en el que “estructuras” e “ideologías” se recompongan de manera orgánica “en un 100%”.⁶

En síntesis, si *Los usos de Gramsci* puede leerse como un notable y sumamente polémico trabajo de resignificación del concepto de hegemonía, *La producción de un orden* puede

⁶ Juan Carlos Portantiero, “Democracia y socialismo: una relación difícil”, *Punto de Vista*, n° 20, mayo de 1984.

leerse como el escrito donde se constata, en el itinerario teórico de Portantiero, el agotamiento de dicho concepto y el reemplazo por otros provenientes de matrices diversas, muchas de ellas clásicas, como la tradición iusnaturalista o Weber. Es el momento en que el concepto de “pacto” desplaza finalmente al de hegemonía, donde el socialismo parece identificarse con un fuerte societalismo y donde las tensiones que aún en el exilio se detectaban entre liberalismo y democracia e incluso entre liberalismo y socialismo parecen amortiguarse. Ahora bien, la nueva biblioteca teórica que se abre en esos años puede ser leída no a causa de un corte abrupto con el pasado, sino de un corte que es producto de un complejo proceso de resignificación operado a lo largo de años decisivos de la historia argentina, en los que el concepto de hegemonía, como el término medio de un silogismo, permitió articular sentidos decisivos entre elementos heterogéneos, para difumarse en la conclusión del proceso. Con la diferencia de que en el silogismo la conclusión siempre está implícita en las premisas, mientras que en el caso de Portantiero, el punto de llegada de ningún modo estaba anunciado en el punto de partida. □

La política como promesa, el Estado como amenaza

Ricardo Martínez Mazzola

CONICET-UNSAM-UBA

Los años del exilio ocupan, como se ha señalado frecuentemente, un lugar clave en la producción intelectual de Juan Carlos Portantiero y de José Aricó. Es entonces cuando publican *Los usos de Gramsci y Marx y América Latina*, textos clave en los que revisitan su herencia teórica, produciendo una relectura de la tradición marxista en la que acentúan la productividad de la política en la producción de sociedad. Es también en esos años que, en buena parte en debate con las tomas de posición política de su pasado reciente, plantean una dura requisitoria contra el estatalismo característico del populismo latinoamericano. En este artículo buscamos hacer foco en esas dos líneas argumentales para mostrar cómo se superponen y entran en tensión.

La primera línea, que subraya la importancia del Estado en la producción de la sociedad y señala las limitaciones de una tradición marxista excesivamente centrada en lo económico-social, abreva, es claro, en la relectura de Antonio Gramsci, pero también en los debates italianos abiertos por la propuesta althusseriana del “marxismo como teoría finita”,¹ y,

mucho especialmente, en los planteos de Giacomo Marramao.² Portantiero retoma estas propuestas en *Los usos de Gramsci* particularmente en el artículo “Estado y crisis en el debate de entreguerras”, en el que da cuenta de las limitaciones del socialismo para pensar el problema de la productividad política estatal, condición particularmente trágica en la entreguerra, cuando un Estado entrelazado con intereses burgueses monopólicos impulsa una profunda reestructuración social. Es a partir de esta perspectiva, y de la postulación de América Latina como un “segundo Occidente” en el que la política adquiere una capacidad de moldear la sociedad mayor que en el clásico, que en “Notas sobre crisis y acción hegemónica”³ Portantiero aborda los procesos que se abren en la región en los años treinta. La crisis acelera el desmantelamiento del Estado liberal y sus mecanismos de representación, “la me-

“El tiempo de la Política” dirigida por Aricó en Editorial Folios.

² En particular en el libro *Lo político y las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideologías de la crisis entre los años 20 y 30*; (Cuadernos de Pasado y Presente N° 95); México, Siglo XXI, 1982.

³ Juan Carlos Portantiero, “Notas sobre crisis y acción hegemónica”, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Folios, 1983. El texto fue presentado al Seminario “Hegemonía y Alternativas políticas en América Latina”, que tuvo lugar en Morelia, México, en febrero de 1980.

¹ Las intervenciones del debate fueron publicadas en 1982 bajo el título *Discutir el Estado* en la colección

diación parlamentaria se deteriora [...] y crecen las funciones del ejecutivo, que a través de un personal técnico, centraliza la contratación directa con las organizaciones de clase”.⁴ La dominación, explica, ya no se asienta sobre la desorganización de las masas sino sobre su presencia en el Estado. Estamos ante el “compromiso nacional-popular”, un compromiso que tradicionalmente ha sido leído desde el punto de vista de la determinación burguesa, pero que Portantiero mira desde el proceso de constitución de las clases populares para subrayar que no siguió el rumbo clásico, en el que se pasaba de las luchas sociales a las políticas, sino que las clases sociales ingresaron en el juego político antes de constituirse con perfiles claros de acción corporativa. Mientras las organizaciones de clase preexistentes fracasaron en procesar el paso de lo corporativo a lo hegemónico por concebir la hegemonía como la adición al espíritu corporativo de elementos de finalismo socialista, los populismos lograron recomponer la unidad política de los trabajadores. Es por ello, concluye Portantiero, con un argumento que recuerda el de los editoriales de la segunda época de la revista *Pasado y Presente*, que su memoria “arranca de su identificación inmediatamente política como clase”.⁵

Pero el punto más alto de esta línea de indagación “politicista” se halla en *Marx y América Latina*, libro en el que Aricó busca dar cuenta de las limitaciones de la mirada marxiana respecto de América Latina, y en el que, luego de descartar que aquellas derivaran de un simple europeísmo, explicaba que surgían de “un principio esencial de la teoría”, el que negaba la consideración del Estado como centro productor de la sociedad civil.⁶ Reto-

mando los argumentos de Marramao, Aricó argumentaba que mientras el planteo hegeliano de la producción de la nación y la sociedad civil por el Estado permitía dar cuenta de los complejos vínculos que relacionaban a los sujetos sociales con la esfera estatal, la proyección de la inmanencia de lo económico a la totalidad de las relaciones sociales había llevado a Marx a desestimar esta productividad del Estado y lo político como una falsa forma. Los “vicios de polemista en que recayó en su excesiva personalización del régimen de Napoleón III”⁷ se repetían:

la forma bonapartista y autoritaria del proyecto bolivariano no expresaba, como lo entendió Marx, las características personales de un individuo sino la debilidad de un grupo social avanzado que [...] sólo pudo proyectar la construcción de una nación moderna a partir de la presencia de un estado fuerte [...].⁸

Si Marx colocaba el foco en un “falso héroe” y no en el “movimiento real” era porque su antihegelianismo le impedía ver el “carácter esencialmente estatal” de las formaciones sociales latinoamericanas.⁹

Pero, y aquí llegamos a la segunda línea de intervenciones de Aricó y Portantiero, a la vez que destacaban la productividad del Estado y de la política, estos intelectuales planteaban una muy dura requisitoria contra la tradición populista latinoamericana, a la que cuestionaban su endiosamiento del Estado. El argumento llega a su punto máximo en el texto que Portantiero publica junto a de Emilio de Ípola en la revista *Controversia*, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. Aunque el punto de partida es, como en inter-

⁴ Juan Carlos Portantiero, *Lo político y las transformaciones*, op. cit., p. 162.

⁵ *Ibid.*, p. 166.

⁶ José Aricó, *Marx y América Latina*, Buenos Aires, Cáta logo, 1988, p. 105.

⁷ *Ibid.*, p. 120.

⁸ *Ibid.*, pp. 138-139.

⁹ *Ibid.*, p. 141.

venciones anteriores, “el proceso de constitución política de las clases como sujetos de acción histórica”, la tesis del artículo –que “ideológica y políticamente no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo”– llevará a una serie de nuevas puntualizaciones. La primera de ellas subraya que “El populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo deifican en el Estado”. Retomando el lenguaje gramsciano, los autores señalan que en la lucha política de clases bajo el capitalismo operan dos principios centrales de agregación: el “nacional-estatal” y el “nacional-popular”. En el primero los conflictos eran fragmentados de acuerdo a una lógica corporativa, para luego ser reconciliados ilusoriamente en el Estado, que operaba como articulador de lo “nacional”. Cuando el Estado no podía seguir corporativizando lo político y las masas intentaban recuperar para sí el sentido de lo nacional enajenado en el Estado, se asistía a un proceso de desagregación de lo “nacional-popular” en relación a lo “nacional-estatal”. Los “populismos realmente existentes” dirigían los elementos antagónicos presentes en los movimientos populares solo contra una expresión particularizada de la dominación, pero nunca contra su principio general, el Estado, al que fetichizaban. Por ello, señalaban Portantiero y De Ípola, la estadolatría y el autoritarismo no eran en los “populismos realmente existentes” una desviación, sino la realización consecuente de su concepción organicista de la hegemonía. Pasando al caso argentino, y en polémica con los intelectuales peronistas de *Controversia*, los autores reconocían que en el peronismo se había dado por primera vez “un principio de identidad a la identidad ‘pueblo’”. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedía en las “Notas...”, ese reconocimiento se veía acompañado del señalamiento de límites insuperables que, planteados en lenguaje althusseriano, remitían a una ineliminable fetichización del Estado:

las modalidades bajo las cuales el peronismo constituyó al sujeto político “pueblo” fueron tales que conllevaron necesariamente al sometimiento de éste al sistema político instituido [...] el peronismo constituyó a las masas populares en sujeto (el pueblo), en el mismo movimiento por el cual –en virtud de la estructura interpelatoria que le era inherente– sometía a ese mismo sujeto a un Sujeto Único, Absoluto y Central, a saber, el Estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe “carismático”.¹⁰

Como podemos ver, De Ípola y Portantiero retomaban muchos de los temas tratados en las “Notas...” pero los acentos eran muy distintos. Mientras en el texto incluido en *Los usos de Gramsci*¹¹ se valoraba al estado de compromiso nacional popular como una etapa decisiva en la constitución política de la clase obrera argentina, en el artículo publicado en *Controversia* no cesaba de advertirse acerca de la amenaza que implicaba la captura de lo nacional-popular por el Estado.

II Señalada la coexistencia de esos dos momentos –a) el cuestionamiento al excesivo societalismo del marxismo, frente al que se destaca, en vena gramsciana, la productividad de lo político; y b) el abandono del estatismo de las tradiciones populista y comunista, ante lo que se apuesta por una izquierda más societalista–, cabe preguntarse por la relación entre ambos.

¹⁰ Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, *Controversia*, n° 14, agosto de 1981, p. 12.

¹¹ Debe subrayarse que el texto solo está incluido en las primeras ediciones de *Los Usos de Gramsci*, en tanto en ediciones posteriores Portantiero, en una visible toma de distancia del último de sus textos de resonancia populista, lo reemplaza por “Gramsci y la crisis cultural del novecientos”.

Una posibilidad es que se trate de dos momentos compatibles. Es lo que parece argumentar Portantiero en el texto “Sociedad civil, Estado y sistema político”, en el que rechaza tanto la mirada sociocéntrica de la política, característica del marxismo, como la politicocéntrica, inversión de la anterior y fuerte en la teoría latinoamericana de los setenta. Pero el cuestionamiento a ambas no es simétrico, ya que Portantiero afirma que el marxismo, tradición en la que se sitúa, no puede renegar de una “visión sociocéntrica de la dinámica social”, ya sea que la tome como utopía o como interpretación científica de la historia. El desafío, explica, es “impedir que el socialismo devenga en economicismo y que el análisis político se transforme en una *aplicación* de una genérica teoría de las clases”.¹² Para ello propone el par gramsciano “sociedad civil”/“sociedad política” como un avance frente al sustancialismo de las instancias “estructura-superestructura”. Pero la novedad de su propuesta pasa fundamentalmente por la incorporación del concepto de “sistema político”. El propio Portantiero reconoce que el término no solo viene de fuera de la “tradición marxista” sino que, al proponer la imagen de “una asociación plural entre individuos que realizan valores”, asocia “política y mercado”.¹³ Frente a ello subraya que no se propone borrar el carácter coercitivo del Estado sino introducir un concepto capaz de superar la reificación de lo político en la máquina estatal y de abordar las relaciones entre lo político y lo económico. Menos consciente, en cambio, parece respecto de la despotenciación que sufre la política cuando se la piensa a partir de la lógica de sistemas. Pero no acaban aquí las novedades

de una intervención en la que Portantiero afirma “un sistema político –siempre, históricamente especificado para cada comunidad– sería el resultado de comportamientos de grupos bajo la forma de *pactos constitutivos* que cortan transversalmente el poder generado por las estructuras basadas en la ley”.¹⁴ Por el momento la argumentación se coloca bajo la advocación venerable del frankfurtiano Franz Neumann, pero pronto, y a través de la figura del “pacto”, adoptará un lenguaje en el que el vínculo entre Estado y sociedad remitirá menos a Gramsci y a Marramao que a Habermas y a Luhmann.

También Aricó parece sostener la compatibilidad de los dos “momentos”. Hacia el final de *Marx y América Latina* señala la progresiva fragmentación del pensamiento de izquierda, dividido entre una aceptación del autoritarismo “como costo ineludible de todo proceso de democratización de masas” y “un liberalismo aristocratizante como único resguardo posible de una sociedad futura”.¹⁵ Si el primer polo remite a los límites de una izquierda populista, el segundo lo hace a los del elitismo de la izquierda iluminista. De todos modos, debe subrayarse que la línea principal de *Marx y América Latina* da más letra a la primera, en nombre de las condiciones de la realidad latinoamericana, que a la segunda, a la que asocia con una “mala lectura”.

Sin embargo, en el largo epílogo que Aricó agrega a la segunda edición, el énfasis y los interlocutores teóricos son otros. El punto de mira principal es menos el socialismo que la democracia, a la que con Cornelius Castoriadis y Octavio Paz definen como “una verdadera creación política [...] una invención colectiva”, subrayando que para pensar su difícil realización en Latinoamérica el análisis debe concentrarse en dos dimensiones: los obstáculos que debió sortear la conformación de una corriente

¹² Juan Carlos Portantiero, “Sociedad civil, Estado y sistema político”, en Juan Enrique Vega (coord.), *Teoría Política en América Latina*, México, Textos del CIDE, 1984, p. 192. (El libro reúne el conjunto de ponencias presentadas al Taller “Política y Estado en América Latina” organizado por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) en abril de 1981.)

¹³ *Ibid.*, p. 200.

¹⁴ *Ibid.*, p. 201.

¹⁵ José Aricó, *Marx y...*, *op. cit.*, p. 141.

intelectual crítica y moderna y “la inercia y la pasividad, esa inmensa masa de opiniones, hábitos, creencias [...] que forman la tradición de los pueblos”. Para Aricó ambos elementos se encuentran directamente relacionados:

Sólo una profunda “reforma intelectual y moral” capaz de romper la inerte envoltura que mantenía a las masas populares en la pasividad, pero para ello se requería de la presencia de una elite transformadora cuya existencia estaba condicionada por la puesta en fusión de las mismas masas.¹⁶

La interpretación de los más imaginativos esbozos de reforma intelectual y moral –por parte de Juan B. Justo y de José Carlos Mariátegui– ocupará buena parte de la producción de Aricó en los años por venir. Debe destacarse que, en consonancia con el debilitamiento del voluntarismo y la consolidación de la mirada societalista, en las lecturas que Aricó hace de Justo en los años ochenta los límites de la apuesta estarán menos colocados en los rasgos de la “elite transformadora” que en la “inorganicidad” de las masas.¹⁷

III Los textos analizados, que concluyen en una profunda reformulación de los planteos y los supuestos teóricos de partida,

¹⁶ *Ibid.*, p. 227

¹⁷ El rescate de la figura de Justo llega a su punto máximo en una entrevista realizada por Waldo Ansaldi en 1986, en la que Aricó valora la tan cuestionada apuesta justista por la autonomía sindical frente al Estado y los partidos, a la que considera una lectura “respetuosa” de la situación de la clase obrera y el lugar que en ella ocupaba el sindicalismo. Si en otras intervenciones de Aricó el acento está puesto en las fallas de la propuesta de Justo, a mediados de los ochenta se preocupará por subrayar que rasgos tan fustigados como el rigorismo socialista o su incomprensión del radicalismo y el anarquismo solo pueden entenderse como intentos desesperados por “aferrar ese Proteo inaprensible que es la sociedad argentina”. José Aricó, *Entrevistas, 1974-1991*, Córdoba, Centro de Estudios, Universidad Nacional de Córdoba, 1999, p. 190.

evidencian las dificultades de compatibilizar el rescate de la centralidad de la política y la crítica al estatismo. Ello se relaciona, creemos, con que los dos tópicos, aunque presentes en textos prácticamente contemporáneos entre sí, obedecen a diferentes movimientos teóricos. El primero representa la culminación de la crítica que *Pasado y Presente*, y la “nueva izquierda” en general, dedicó al economicismo que había anquilosado tanto a la II como a la III Internacional, ante las que reivindicaba el papel creador de la voluntad política. En pocas palabras, la culminación de la herencia leninista-gramsciano-guevarista de *Pasado y Presente*. En cambio, la apuesta por la sociedad y la denuncia del estatismo se liga a una serie de discursos que a comienzos de los ochenta –ya fuera desde la socialdemocracia, el socialismo liberal y aun el eurocomunismo– destacaban la productividad de la “sociedad civil”.

En términos generales, la tensión entre ambas miradas se liga con su ubicación en dos horizontes distintos de la historia de la izquierda argentina. Hacia fines de los años cincuenta se produce una gran ruptura en la que la izquierda, luego de décadas de pensarse como el ala más radical de un espacio progresista que la ligaba al liberalismo, comienza a pensarse como el ala más avanzada de un espacio nacional, que comprendía al peronismo y aun al nacionalismo. A comienzos de los ochenta se produce una nueva ruptura en la tradición de izquierda y surge una nueva izquierda que se preocupará más por la cuestión de la democracia y de las libertades que por la “cuestión nacional” y que coloca el centro de su mirada no en el Estado sino en “la sociedad”. Quizá por su rechazo de los rasgos de la “izquierda nacional”, la nueva “izquierda democrática” de los ochenta es capaz de recuperar el legado societalista de Juan B. Justo y el “viejo” socialismo argentino, lo que le permite cumplir un papel clave en la revalorización de la tradición socialista argentina.

Podemos concluir este artículo, tan ocupado por marcar discontinuidades, dando cuenta de un rasgo duradero de los miembros del grupo de *Pasado y Presente*: la voluntad de contemporaneidad, que los lleva a introducir nuevas bibliotecas que renuevan la cultura y la política. Si *Nuestros años sesentas* y setenta no

pueden entenderse sin los textos que publicaron y *usaron* –Gramsci, Althusser y Mao, pero también Lévi Strauss, Lacan y Genette–, ni los ochenta sin su puesta en circulación de Bobbio, Luhmann y Rawls, tampoco nuestros días pueden ser comprendidos sin la recolocación, que fue una audaz reinención, de Juan B. Justo. □

Tras las huellas de Pasado y Presente en La Ciudad Futura

María Jimena Montaña

CHI-UNQ / CONICET

La Ciudad Futura, *Revista de Cultura Socialista* hizo su aparición en Buenos Aires en agosto de 1986. Dirigida por José María Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, publicó 49 números de manera continuada hasta la primavera de 1998. Tras una interrupción de tres años, su publicación fue retomada en la primavera de 2001 hasta el otoño de 2004, año en que la revista dejó de salir definitivamente.

Aunque conformada por integrantes que provenían de distintas experiencias políticas e intelectuales, sus directores¹ habían pertenecido al antiguo círculo que animara *Pasado y Presente* y habían editado durante su exilio mexicano la revista *Controversia*, en colaboración con un sector de la izquierda peronista. Sin embargo, la experiencia de *La Ciudad Futura* suele ser leída en clave de radical discontinuidad respecto de aquella primera publicación. La reflexión encarada fundamentalmente en el marco de *Controversia*, a su

vez, es señalada como la que habría operado el quiebre entre uno y otro momento. En esta clave de lectura, el retorno de la democracia y el regreso a Buenos Aires tras los largos años del exilio habrían puesto fin a la experiencia de *Pasado y Presente* como expresión destacada de la “nueva izquierda” revolucionaria surgida en la década de 1960, provocando un cambio de registro en las trayectorias personales y grupales.²

Indudablemente, la derrota política, la persecución, el exilio y la desmovilización, junto a una serie de procesos políticos y económicos de escala global (entre los que podemos señalar la crisis de los “socialismos reales”, el declive del Estado de Bienestar y los cambios en el modo de acumulación capitalista) provocaron que un número considerable de grupos políticos e intelectuales se abocaran durante parte de los años setenta y ochenta a

¹ De los tres directores de la revista, dos de ellos, José Aricó y Juan Carlos Portantiero, habían formado parte de la experiencia de *Pasado y Presente*, tanto en su primera época (1963-1965) como en su breve segunda época (de abril a diciembre de 1973), mientras que Jorge Tula se había sumado en la segunda etapa. Por su parte, Héctor Schmucler, quien fuera secretario de redacción de la segunda época de *Pasado y Presente*, acompañó la publicación desde los primeros números, pese a no figurar en el comité editorial de *La Ciudad Futura*.

² Horacio Crespo señala que el cambio de escenario, la irrupción de una nueva generación en la Argentina, la renovación sustantiva de la estrategia de intervención en los eventos públicos y el acontecer social y el cese definitivo de la actividad editorial de *Pasado y Presente* son los elementos decisivos para determinar esta periodización que fija el año 1984 como el fin del colectivo. Véase Horacio Crespo, “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente 1968-1983”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, p. 172.

reconsiderar sus tradiciones de pensamiento y sus prácticas políticas, lo que en muchos casos derivará en rupturas y resignificaciones. Para los intelectuales nucleados en torno a *La Ciudad Futura*, esto se tradujo en la profundización de un extenso debate político intelectual iniciado en el exilio, que acabó poniendo en cuestión algunos de los principios que habían dominado el imaginario de la izquierda.

Sin embargo, si pensamos los procesos autodefinitorios en tanto operados por una variable dialéctica que asume un rol mediador (conservando lo negado, es decir, los momentos anteriores) no es posible comprender la experiencia de *La Ciudad Futura* sin pensarla en el marco de un largo proceso de constitución y transformación de las identidades intelectuales de sus principales referentes.

Atendiendo al papel gravitante que *Pasado y Presente* ha tenido en las trayectorias intelectuales de sus integrantes, cobra sentido la pregunta por las marcas que esta experiencia pudiera haber dejado. ¿Es posible encontrar algún hilo conductor que, sin desatender las sustanciales diferencias entre una y otra revista, nos permita pensar algún tipo de legado o herencia *pasadopresentista* en *La Ciudad Futura*? En las breves páginas que siguen, quisiéramos hacer el ejercicio de atenuar el énfasis puesto en las transitadas rupturas, para trazar ciertas líneas de continuidad que –salvando las distancias– nos permitirán ligar ambas experiencias.

La tarea no es sencilla. ¿Qué nexo podría establecerse entre una revista que tal como la caracterizara Oscar Terán³ cedió al difundido antiliberalismo del período acusando a la tradición liberal de una tiranía de la que era preciso desmarcarse y que desconfió de la democracia por considerarla atrapada en un puro formalismo, y otra cuya propuesta consistió

en impulsar y acompañar la conformación de una identidad de izquierda en la Argentina que sobre la base de la plena aceptación de la democracia reinterrogase la relación entre liberalismo y socialismo?

El sentido que cada colectivo editorial le otorgó a los términos socialismo, liberalismo, democracia y peronismo, así como los modos en que cada uno intentó articularlos, parecieran dar cuenta de rupturas que son casi abismos. Los procesos sociales concretos y los contextos intelectuales precisos en los que ambas experiencias emergieron y se desarrollaron son, además, sustancialmente distintos. Mientras *Pasado y Presente* fue animada por una joven generación adscripta al marxismo en un período de radicalización política creciente y llevó adelante esta tarea de renovación y revisión bajo la “confianza en la cuasi infinita capacidad del marxismo para dialogar y devorar cuanto de nuevo y estimulante apareciera bajo el sol de la teoría”,⁴ *La Ciudad Futura* encontró a parte de esos mismos intelectuales, de entre 45 y 55 años, encarando el que sería su último proyecto político cultural en un contexto marcado por el agotamiento del comunismo como teoría y práctica política, lo que sumado al fracaso de los métodos de la izquierda revolucionaria en la Argentina y en gran parte de América Latina hacía necesario repensar el socialismo y las posibilidades de cambio social desvinculados del concepto de revolución.

Sin que ello suponga adentrarnos en la polémica⁵ respecto de la existencia o no de un

³ Oscar Terán, “Intelectuales y política en *Pasado y Presente*”, *La Ciudad Futura*, n° 27, febrero-marzo de 1991.

⁴ Oscar Terán, “Intelectuales y política...”, *op. cit.*, p. 30. “Es así como el marxismo deviene fuerza hegemónica, se convierte en la cultura, la filosofía del mundo moderno, colocándose en el centro dialéctico del movimiento actual de las ideas y universalizándose”. Véase también José Aricó, “Pasado y Presente”, *Revista Pasado y Presente*, n° 1, abril-junio de 1963, p. 17.

⁵ Para más datos respecto de esta polémica véase Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

“grupo” y de la mayor o menor proyección que habría tenido su actuación colectiva, quisiéramos señalar, sin embargo, que tanto la revista que editaran en su juventud como el grupo de sociabilidad más amplio al que pertenecieron los directores de *La Ciudad Futura* deben ser pensados como algo más que un punto de referencia en común. A lo largo de los años, se sostuvieron ciertas ideas y valores compartidos que aseguraron en muchos casos una larga amistad y contribuyeron a la formación de sucesivos emprendimientos político-culturales, que pese a no haber estado definidos programáticamente y a haber encarnado adscripciones políticas diversas, de algún modo retuvieron una identidad específica que los distinguió respecto de otros grupos intelectuales.⁶

Consideramos que esta impronta distintiva puede ser caracterizada como una *modalidad específica del trabajo intelectual*, que partiendo de la creencia en una radical interrelación entre cultura y política, se manifestó en un tipo de intervención intelectual de carácter colectivo encarnada en emprendimientos editoriales y en una actitud crítica frente a la teoría que les permitía poner a prueba el instrumental teórico y, abriéndose al diálogo con las más diversas tradiciones, “medirse con el mundo”.

He aquí lo que podríamos señalar como las marcas del legado intelectual “*pasadopresentista*”: una concepción gramsciana de las revistas,⁷ que las entiende como instituciones culturales de primer orden que por su acción integradora de las funciones intelectuales cum-

plen en la sociedad con la acción de organización de la cultura y una “apertura teórica y política” que se traduce en cierta *heterodoxia* entendida como la certeza de que una cultura de izquierda solo podría realizarse a través del debate, de la discusión y de la libre circulación de ideas. Legados que –a su vez– están interconectados, pues el trabajo en el marco de revistas implica una reflexión colectiva que supone asumir y aceptar la coexistencia de distintas posiciones y formaciones.

En su primer número, *La Ciudad Futura*⁸ se presenta como una de las formas de organización de una presencia cultural de izquierda que, rechazando las ideologías totalizantes, se propondrá transformar la sociedad “según valores de libertad, solidaridad y justicia”. Este programa de renovación y transformación de la cultura política de izquierda se asentaba, además, en la constitución de la revista como un terreno crítico de confrontación de las distintas voces que animaban un proyecto de reconstitución de la sociedad argentina sobre bases democráticas y socialistas. Partiendo del diagnóstico de que el ideal socialista y la cultura de izquierda se encontraban en crisis ya que no se podían “medir” con los problemas de las sociedades complejas, desde las páginas de *La Ciudad Futura* se planteaba la necesidad de abrirse a todas las contribuciones teóricas de alto nivel, incluso cuando estas probaban ser ajenas al pensamiento de izquierda de la época, como fue el caso de Weber y de Schmitt.

De acuerdo con la interpretación que estamos ensayando, esta compleja recomposición teórica y práctica, caracterizada por una “apertura intelectual” de la izquierda y un abandono o resignificación de la idea de revolución, podría ser pensada no solo como el resultado cruel y traumático de los golpes de

⁶ La perspectiva analítica que estoy ensayando encuentra su formulación más precisa en el trabajo de Raymond Williams. Una aproximación semejante puede encontrarse en el trabajo de Heloisa Pontes sobre el Grupo Clima. Véase Heloisa Pontes, *Destinos mistos. Os críticos de Grupo Clima em São Paulo 1940-1968*, San Pablo, Companhia das letras, 1998, y Raymond Williams, “The Bloomsbury fraction”, en *Problems in materialism and culture*, Londres, Verso, 1982.

⁷ Véase José Aricó, “Pasado y Presente”, op. cit., p. 9

⁸ “La Ciudad Futura”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p. 3.

Estado, como señalara Lechner,⁹ sino también como una actitud teórica que, más que ser nueva, estaba en sintonía con el que fuera uno de los puntos de partida del proyecto político formulado con el lanzamiento de *Pasado y Presente* en 1963: la apertura teórica y política de la izquierda que permitía la convivencia tensionada de matrices y apelaciones teóricas diversas.

Si en el caso de *Pasado y Presente* esto había implicado la confrontación del marxismo con las alternativas del pensamiento occidental desde fines del siglo XIX y la apertura a la influencia de otros filones de la cultura europea (desde la fenomenología de Husserl al psicoanálisis lacaniano, pasando por el estructuralismo de Lévi Strauss) fundada en la creencia de que el cruce de culturas produciría efectos fecundos,¹⁰ en el de *La Ciudad Futura*, la iniciativa se traducirá en la expansión de una “nueva izquierda” que, buscando superar tradiciones agotadas en su potencialidad teórica y práctica de transformación, intentará plantear soluciones alternativas a la explotación capitalista del mundo, apelando a pensadores nuevos o viejos no necesariamente marxistas e incorporándolos a las exigencias de la política de izquierda,¹¹

⁹ “De un modo cruel y muchas veces traumático, acontece una crisis de paradigma con un efecto benéfico empero: la ampliación del horizonte cultural y la confrontación con obras antes desdeñadas o ignoradas”, Norberto Lechner, “De la revolución a la democracia”, *La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, p. 34.

¹⁰ Véase José Aricó, *La cola del diablo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

¹¹ En el Suplemento/2, “Nuevas ideas para una política de los años 80” (*La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, p.18) Gianfranco Pasquino sugiere que esta tarea sea realizada con alguna “infidelidad creativa” al pensamiento de autores como Keynes, Weber, Kelsen o Rawls. El debate sobre la izquierda, que, inaugurado en el n° 6 de *La Ciudad Futura* se extendió hasta el n° 22, también da cuenta del examen crítico –en términos teóricos y prácticos– de posiciones, puntos de partida y objetivos que los intelectuales que participaban de la publicación encararon junto a otros sectores de la izquierda.

En ambos casos, las publicaciones procuraban realizar una doble intervención: en el plano teórico y en el plano político, de aquí que las operaciones de lectura, relectura y recepción eran a la vez fenómenos teóricos y políticos que en ocasiones tenían por finalidad abordar problemas y debates teóricos de las ciencias sociales y el marxismo europeo, y en otras respondían a una urgencia política. De tal modo, así como Gramsci (entre otros autores) había sido usado para renovar a Marx y superar el reduccionismo economicista en los sesenta, en los años ochenta los desplazamientos teóricos que permitieron la reflexión y la revisión del desempeño de las experiencias históricas del socialismo y de la teoría marxista que le daba sustento estuvieron impulsados por una *nueva* lectura de Gramsci,¹² pero también por autores tales como Dahl, Schumpeter, Rawls, Bobbio y Weber que al tiempo que permitían abandonar la estrategia revolucionaria y reivindicar la salida democrática como alternativa política, también permitían pensar en el papel del Estado y de la política, que en contacto con la democracia adquirían renovada importancia.

Este tipo de intervención intelectual despreciada, abierta, no dogmática y esencialmente “laica” era lo que les permitía ponerse a la altura de los debates teóricos y a la vez enfrentarse a cambiantes realidades históricas y políticas en el momento de encarar la renovación crítica de la cultura de izquierda. Que el sentido de esa “renovación” no haya sido necesariamente el mismo para ambas publicaciones no quita que el *modo* de intentar renovar la izquierda supusiera una práctica intelectual se-

¹² La relectura de Gramsci habría permitido la revalorización de la política frente a la economía y la recuperación del concepto de hegemonía en clave no revolucionaria. Considerada como proceso de constitución de los propios agentes sociales en su proceso de devenir Estado, o sea, fuerza hegemónica, se postulaba como una superación de la noción leninista de alianza de clases, aun si de algún modo la presuponía.

mejante. Y es allí donde detectamos una velada línea de continuidad, que así como no responde a la existencia de un proyecto teórico y político de transformación de la sociedad, que habría sido adoptado y compartido por el heterogéneo grupo de intelectuales que pueden ser vinculados de un modo u otro a ambas experiencias editoriales, tampoco puede ser atribuida a una identidad teórica compartida que funcionara como frontera. Las disímiles miradas e interpretaciones de los procesos histórico-políticos, las opciones políticas concretas y las apelaciones teóricas en el momento de encarar la reflexión, harían difícil verificar cualquier intento de postular una unidad o coherencia teórico-política (incluso en el interior de cada una de estas empresas político-culturales) sin reducir experiencias colectivas y marcadamente heterogéneas al devenir de un itinerario personal.

Sostenemos, entonces, que aquello que nos permitiría ligar ambas experiencias reside en un modo de intervención político-intelectual a través de publicaciones pensadas como centros de elaboración, que, apartándose de las versiones doctrinarias y abriéndose a lo nuevo, apostó a la productividad de las tensiones del diálogo, de la discusión franca y de la confrontación de opiniones¹³ bajo la creencia de que

¹³ “Esta es en el fondo la preocupación que anima a los redactores de *Pasado y Presente*. La de hacer una publicación que al afrontar los problemas históricos o los derivados de la investigación filosófica [...] incursione por todos los campos de la realidad, aún por aquellos poco frecuentados [...] a través de traducciones de cuanto viene escrito en el mundo y esté a nuestro alcance sobre la problemática del marxismo teórico y otros campos del

ello les permitiría dar sentido a los hechos de una realidad que cambiaba “sin hacer del pensar siempre lo mismo una extraña virtud”, como dirá Oscar Terán refiriéndose a Portantiero.

Tal vez haya sido el reconocimiento del valor del “eclecticismo como método”,¹⁴ la admisión de la actitud ecléctica como hábito laico y democrático del pensar que permitiría mantener abierta la mirada hacia lo nuevo y recomponer las tradiciones intelectuales en un gigantesco proceso de síntesis lo que, junto a la reflexión como un proceso colectivo, constituya aquello que la experiencia de *Pasado y Presente* les legara a sus integrantes, definiendo, casi sin querer, un modo singular y distintivo de encarar la tarea intelectual.

El ejercicio de intentar asir un legado intelectual que, pese a ser difuso, logró enhebrar proyectos culturales y políticos disímiles ha sido también un modo indirecto de reflexionar sobre la *especificidad* de estas experiencias; especificidad que solo puede emerger si se las inscribe en la tradición intelectual a la que pertenecen y se las despoja de ciertas aparentes singularidades históricas e ideológicas. □

conocimiento humano. Además, apelaremos a todos aquellos que desde diferentes puntos de vista se planteen las mismas exigencias, las mismas preocupaciones, puesto que no deseamos que la orientación marxista de la mayor parte de los colaboradores de *Pasado y Presente* excluya la participación de estudiosos de otras tendencias”, José Aricó, “Pasado y Presente”, *op. cit.*, p. 16.

¹⁴ José Aricó, “Debemos reinventar América Latina, pero... ¿Desde qué conceptos ‘pensar’ América?”, entrevista de Waldo Ansaldi, en José Aricó, *Entrevistas 1974-1981*, Córdoba, CEA, 1999, p. 182.

Releer Pasado y Presente: ¿por qué, desde dónde y para qué?

Omar Acha

UBA-CONICET- Centro de Investigaciones Filosóficas

Este comentario apenas esquematiza trazos de su tema. Sostiene que la autointerpretación elaborada por José Aricó de la revista *Pasado y Presente* (PyP) bajo el signo de los “gramscianos argentinos” se constituyó en el baremo hermenéutico de la significación historiográfica de esa revista para el plasma político-intelectual argentino de los años sesenta y setenta. La reinención de PyP por Aricó participó de un dispositivo lector de rasgos históricamente específicos. Las interrogaciones que predispusieron la imagen de PyP emergieron de una experiencia histórica intransferible: la de “nuestros años ochenta”. O más precisamente: del modo en que, desde una sensibilidad singular, los ochenta refiguraron los sesenta-setenta. De allí, ¿pueden ser las preguntas de Aricó a su memoria intelectual, y a la de su generación, todavía *las nuestras*? Las investigaciones recientes sobre la revista, ¿agregan matices y nuevas fuentes a los estudios conocidos? ¿O logran replantear las matrices fundacionales moldeadas por Aricó?

Aricó acrisoló con un *nombre*, sobre todo en *La cola del diablo*,¹ un incordio político y

teórico que desgarró con la fuerza del guevarismo una adhesión gramsciana que a pesar de constituir un gozne identitario, o quizá por eso mismo, atenazó andariveles fluidos donde se entrelazaron las opciones revolucionarias de la izquierda intelectual sesentista. La lectura de Aricó fue poco después consagrada por el asentimiento historiográfico y filosófico cincelado por Oscar Terán en *Nuestros años sesentas*.² La prosa teraniana al respecto se atuvo al molde, más sobre todo a la convicción historiográfico-política, de *La cola del diablo*. De allí que sus interpelaciones a PyP fueran también de cuño inequívocamente ochentista.

Hasta hace muy poco, las elucidaciones intentadas desde 1991 fueron estimuladas y a la vez quedaron presas de las vigas interpretativas fijadas por *La cola del diablo* y *Nuestros años sesentas*. Así las cosas, los trabajos ulteriores de Horacio Crespo encuentran allí su fuente de inspiración. Eso no es sorprendente pues las preocupaciones de Crespo no difieren de las que caracterizaron las miradas postrevolucionarias de Aricó y Terán. Pero donde en

¹ José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

² Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

lugar de morder el perro al hombre sucede lo contrario es cuando constatamos que a pesar de las divergencias políticas ostensibles y de las presunciones de originalidad académica, interpretaciones sucesivas permanezcan dentro del perímetro fijado por las lecturas inaugurales. Y postulo que en ello la aceptación del signifiante “los gramscianos argentinos” tiene relevancia como módulo referencial de la revista. Tanto el estudio de Raúl Burgos en *Los gramscianos argentinos*,³ como la intervención polémica de Néstor Kohan⁴ en la revista *Ñ*, testimonian su obediencia respecto de estudios aparentemente divergentes respecto de la reconstrucción *originaria*. Para Burgos y Kohan también Gramsci anuda la heterogeneidad teórica y política que desgarró a *PyP*. Ambos notan, como Aricó, la impronta guevarista, sin cuestionar el nombre gramsciano como luz de identidad. Mas si observamos más de cerca la trayectoria de Portantiero en esos años, es sencillo concluir que entonces era menos gramsciano que guevarista e incluso maoísta.

Repensar lo que sabemos sobre *PyP* entraña, por otra parte, una revisión de la tradición interpretativa que la construyó como una referencia liminar de la izquierda intelectual argentina. La denominación —es decir, su institución como objeto teórico— vela las entretelas marxistas del núcleo inicialmente cordobés, y sobre todo la intensidad estratégico-emocional del acontecimiento cubano (este, y no Gramsci, fue el vector “generacional” de su proyecto ideológico y su vocación política). Son numerosos los filones documentales que revelan la diversidad teórica que el velo de “Gramsci” unificó y distorsionó. Intérpretes como Burgos incluso se asoman a la ya mencionada

evidencia política decisiva de *PyP*: el guevarismo, ante el cual el lamentado tropiezo de los setenta está lejos de ser tal cosa. Sin embargo, la autointerpretación de Aricó en *La cola del diablo* se abatió como una pesadilla narrativa sobre el cerebro de los vivos al sobrepasar con Gramsci una trayectoria que, al menos hasta 1976, estuvo regida por la huella guevarista aderezada —es cierto— con la fertilidad imaginativa del sardo genial. Bajo este sol de lectura se puede percibir la heterogeneidad del marxismo de *PyP*. Creo que además habilita comprender sus opciones políticas concretas, con sus ribetes tácticos, los compromisos definitorios de sus filias con el Ejército Guerrillero del Pueblo, y luego con las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la Tendencia Revolucionaria del peronismo. El que Gramsci fuera un signo para la urgencia del activismo, y no tanto un programa de estudios consecuente, es lo que explica, por último, la ausencia de una investigación gramsciana del peronismo como formación político-cultural y la irresolución de la tensión constitutiva del marxismo entre la crítica lógica del capital y la positivización de la “lucha de clases”.⁵

Quiero destacar los efectos instituyentes del tercer capítulo de *La cola del diablo*, “La experiencia de Pasado y Presente”. Aricó destaca el nombre atribuido por vez primera desde las prensas de la Izquierda Nacional, en la misma época. De allí que la mención posea una estatura historiográfica o, mejor, “documental”. Sin desmedro de la diversidad de orientaciones, extravíos e inconsecuencias de un proyecto intelectual, el gramscismo de base es

³ Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de “Pasado y Presente”*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

⁴ Néstor Kohan, “José Aricó, ‘Pasado y Presente’ y los gramscianos argentinos”, en *Revista Ñ*, n° 71, 2005.

⁵ El libro “gramsciano” de la época, los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, reconstruye la arquitectura de intereses *racionales* de clases en alianza en los años treinta-cuarenta y no la “sociedad política” donde prosperó el peronismo como “reforma intelectual y moral” de la clase obrera. Sus dos ensayos expresan la recepción de Gramsci, en su interés y en las restricciones de sus usos.

fundamental para dos metas: 1) delimitar los puntos ciegos de una empresa que fue “parte activa de ese proceso incontrolado que condujo a la sociedad argentina a una increíble espiral de violencia”;⁶ 2) establecer la apertura de la novedad intelectual para habilitar los fines “modernizadores” de un discurso que desde el marxismo presentaba debate en el escenario entonces contemporáneo. Con esos dos rasgos *PyP* emerge como signo de unos “años sesenta” acrisolados por los fuegos de una modernización problemática, tanto por las limitaciones de la izquierda, de la cultura política peronista y de la violencia represiva. Me parece que esta imagen compuesta es esencial pues nutre el ajuste de cuentas hacia la deriva socialdemócrata con que se diseñan, décadas más tarde, las narraciones de Aricó y de Terán.

Me interesa subrayar aquí la presencia asignada por Aricó a su editorial fundacional de *PyP*, ya que la modulación que Aricó produce en su texto “juvenil” genera un efecto sinecdótico: a partir de ese movimiento el texto “Pasado y Presente” se torna la sombra perdurable de *Pasado y Presente*, la revista.

Nuestros años sesentas estilizó en prosa historiográfico-filosófica el lugar singular de “los gramscianos argentinos” en un parteaguas de su libro: el instante en que adviene una “nueva izquierda intelectual”. Hasta entonces Terán había mostrado “antecedentes”: *Contorno*, el nacional-populismo, la licuación de *Sur*. Con *PyP* adviene una concepción calada por la época, pero más allá de los “esquematismos” de la Vieja Izquierda. *PyP* tiene para Terán, prolongando puntillosamente a Aricó, una función decisiva. No me parece baladí que Terán citara en primer término el editorial de Aricó de 1963 para ajus-

tar el tenor del capítulo, en su primer párrafo,⁷ ni que fuera la índole de la revista la que dibujara el perfil de la nueva izquierda.

El nombre de Antonio Gramsci requiere una interrogación, pues su significación no es evidente. Su alcance en los años sesenta y setenta fue polisémico, y sobre todo fue un *uso*. Sus textos no prosperaron como doctrina apta para trazar una delimitación teórico-política. Por el contrario, las incumbencias del nombre fueron múltiples: figura señera, inspiración teórica, símbolo político, influencia cultural, rasgo de frontera intelectual. En lugar de una imaginaria identidad teórica quiero sugerir –como en la costura identificatoria lacaniana, o *point de capiton*– que la contracción imaginaria de “Gramsci” tolera la doble tensión de una constitución de sujeto (en este caso un núcleo intelectual marxista vinculado con una revista, con diversos grados de compromiso y actitudes ideológicas): por un lado el nombre como significante que habilita una identidad flexible y apta para coexistir con otros nombres, con otros significantes, y, por otro lado, el nombre como fijación imaginaria resistente en el tiempo. Al respecto, tanto una estrategia “deconstruccionista” que diluya el objeto en sus puntos ciegos y sus inconsistencias, como una reducción a trayectorias biográficas (Aricó, Del Barco, Portantiero, y otros), componen alternativas insatisfactorias. Proyecto político y teórico, *PyP* fue también un campo de fuerzas que parece difícil reducir a esa unidad funcional a las miradas de Aricó y Terán. Quizá valga la pena subrayar que no se trata tanto de cuestionar las directrices organizadas por tales miradas sino más bien de percibir los conos de luz que afirmaron, y sobre todo de inquirir popperianamente la eventualidad de otros focos iluminadores que podrían ser activados.

⁶ José Aricó, *La cola del diablo...*, op. cit., p. 67.

⁷ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas...*, op. cit., p. 97.

Me pregunto ahora si las investigaciones más recientes (pienso en textos de Martín Cortés,⁸ Sebastián Malecki,⁹ Adriana Petra,¹⁰ Guillermo Ricca¹¹ y Marcelo Starcenbaum)¹² están dispuestas a poner en vilo el asentimiento interpretativo asignado a la imagen diseñada por Aricó. Desde luego que los aportes monográficos son valiosos. Pero si se atienen

⁸ Martín Cortés, “La traducción como búsqueda de un marxismo latinoamericano: la trayectoria intelectual de José Aricó”, en Carlos Aguirre (ed.), *Militantes, revolucionarios e intelectuales. Ensayos sobre la historia del marxismo y la izquierda en América Latina*, Oregon, A Contracorriente, 2013.

⁹ Juan Sebastián Malecki, “Aricó, pensador de fronteras”, *Pterodáctilo*, n° 6, 2009.

¹⁰ Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.

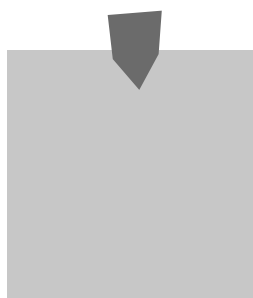
¹¹ Guillermo Ricca, “Marx después de Marx: eurocentrismo, crítica y política en José M. Aricó”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 18, n° 61, 2013.

¹² Marcelo Starcenbaum, “El marxismo incómodo: Althusser en la experiencia de *Pasado y Presente* (1965-1983)”, en *Izquierdas*, n° 11, 2011.

sin hesitaciones al canon a la vez rinden culto a la heteronomía de un cuestionario forjado con metas, como dije, intransferibles. Una alternativa a la enmienda particular propia del pensamiento monográfico consiste en razonar las cuestiones lanzadas al archivo de *PyP*. Si para Aricó y para Terán *PyP* fue un vector de “modernización” hacia la Nueva Izquierda, ¿podemos pensarla sin sustantivar el (contrariado) proceso modernizante? Si Gramsci permitía componer una ruptura con la Vieja Izquierda, ¿es viable investigar cuánto la cultura política de la juventud “gramsciana” compartía con la izquierda de la que comenzaba a desgajarse? Si para la interpretación canónica *PyP* contribuyó a la espiral de violencia y muerte guerrillera, ¿podemos reconsiderar la deriva “violentológica” para concebir otras salidas viables en la coyuntura de la época?

Pasado y Presente es todavía una cantera para nuevas lecturas, para preguntas sustentadas en una persuasión silenciada: que lo que *es* podría ser radicalmente diferente. Solo así no serán entonces solo *pasado*, sino también *presente y porvenir*. □

Lecturas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

El poder de la anomalía*

Perry Anderson

Carlo Ginzburg ganó fama como historiador debido a sus extraordinarios descubrimientos sobre las creencias populares y sobre lo que los cazadores de brujas llamaron “brujería” en la modernidad temprana. A *Los Benandanti* y *El queso y los gusanos*, dos estudios de caso localizados en el rincón noreste de Italia, le siguió *Historia nocturna*, con su síntesis de extensión euroasiática. Aunque sus trabajos más recientes no sean menos desafiantes, es correcto decir que se ha producido una alteración significativa en sus formas y en muchos de sus temas. A los libros que escribió en los primeros veinte años de su carrera les han seguido una serie de ensayos, que a esta altura suman más de cincuenta, y que cubren una asombrosa variedad de figuras y tópicos: Tucídides, Aristóteles, Luciano, Quintiliano, Orígenes, San Agustín, Dante, Boccaccio, Moro, Maquiavelo, Montaigne, Hobbes, Bayle, Voltaire, Sterne, Diderot, David, Stendhal, Flaubert, Tolstoi, Warburg, Proust, Kracauer y Picasso, entre muchos otros. Todos ellos despliegan su formidable variedad de saberes. Como ilustra cada página de *El hilo y las huellas*, su trabajo más recientemente traducido al inglés, ningún otro historiador se aproxima a la extensión de su erudición.

Ginzburg, que opone una resistencia nominalista a las etiquetas temporales de cualquier tipo, desearía ignorar el *dictum* de Frederic Jameson, según el cual “no podemos no periodizar”. Sin embargo, resulta imposible comprender su éxito sin recordar que el eje de su trabajo se encuentra en lo que, aunque bajo protesta, seguimos llamando “Renacimiento”. Ese anclaje torna posible la facilidad y la naturalidad con las que su escritura va y viene desde la Antigüedad clásica y los padres de la

iglesia hasta la Ilustración y el largo siglo XIX, y caracteriza a *El hilo y las huellas* y a las compilaciones que lo precedieron: *Mitos, emblemas e indicios*; *Ojazos de madera*; *Historia, retórica y demostración*, y *Ninguna isla es una isla*.

Es claro que los estudios del Renacimiento requieren, por definición, la trashumancia entre fuentes antiguas y modernas y el paso por lo que se encuentra en medio de ellas. El tipo de dominio filológico que estos estudios requieren también se puede apreciar en el trabajo del historiador Anthony Grafton, otro sorprendente cometa de erudición, con el cual se puede comparar a Ginzburg. Estos dos historiadores, ambos provenientes de familias judías con trasfondos políticos, uno en Turín y el otro en Manhattan, comparten el punto de partida común de las temporadas pasadas en el Instituto Warburg de Londres, y la influencia próxima de Arnaldo Momigliano. También existe entre ellos una ocasional superposición de intereses –Panofsky, los jesuitas, Bayle, los estudios judaicos– y tal vez una sensibilidad cívica similar. La más obvia diferencia se encuentra en el molde antropológico que informa los trabajos más conocidos de Ginzburg, quien prefiere explorar la cultura popular antes que la cultura de elite. En las últimas dos décadas, sin embargo, se ha producido una convergencia territorial, en la medida en que Ginzburg ha reenfocado su escritura hacia la historia intelectual, sobre la cual siempre ha trabajado Grafton.

Sin embargo, tales coincidencias también resaltan los contrastes. Los ensayos de Ginzburg, que se han tornado su instrumento preferido, son únicos. Son todos bastante cortos: muy pocos de ellos cuentan con más de treinta páginas, y la mayoría posee menos de veinte. En general se ordenan en forma de cascada, presentando una referencia intelectual detrás de la otra –autor o cita– que ruedan en procesión veloz y contundente (*en staccato*), para terminar en un final súbito. En un caso nos movemos de Paolo Sarpi a través de

* Versión especialmente preparada para *Prismas* del trabajo que Anderson había publicado en *London Review of Books* (vol. 34, n° 8, 26 de abril de 2012) como reseña a la traducción inglesa de *El hilo y las huellas*, de Carlo Ginzburg. Traducción de Eugenia Gay.

Agustín, Cicerón, Vasari, Winckelmann, Flaxman, Hegel, Heine, Baudelaire, Semper, Scott, Riegl, Feyerabend, Simone Weil y Adorno, y terminamos con Roberto Longhi.¹ En otro, de Viktor Shklovsky pasando por Tolstói, Marco Aurelio y los acertijos populares de tiempos romanos, Antonio de Guevara y la transmisión de cuentos medievales, a la época de Carlos V, Montaigne, La Bruyère, Madame de Sévigné, Voltaire, para terminar en Proust –todo en veinticinco páginas–.² En este procedimiento, que también podríamos llamar “montaje histórico”, el énfasis está siempre –para utilizar el contraste que le da título a la primera entrada de *El hilo y las huellas*– en la cita, más que en la descripción.³ La prosa frugal de Ginzburg encarna la máxima de Claudel según la cual “La crainte de l’adjectif –y en este caso también de los adverbios –est le commencement du style”.*

Al laconismo ático del lenguaje se une, hacia el final de sus ensayos, el dispositivo autoral de un viraje brusco de dirección –“la marca Ginzburg”–. La conclusión convencional de un artículo o ensayo puede tomar una de las siguientes formas. O –en la versión más extrema y lamentable de la ciencia social del Atlántico Norte– recapitula todo lo que se ha explicado antes, o –con más respeto por la inteligencia del lector– comporta la culminación lógica de un argumento. Cualquier escritor decente evitará la primera opción como a la peste. Lo que distingue los finales de Ginzburg es que rompen bruscamente también con esto último, ofreciendo no la conclusión de una idea o de un argumento, sino la insinuación subrepticia de otro nuevo, por arte de una tangente de lo que se ha dicho antes, que apunta en una nueva dirección con la cual se finaliza abruptamente.⁴ El gesto puede ser

¹ Carlo Ginzburg, “Stile. Inclusione ed esclusione”, en *Occhiacci di legno*, Milán, Feltrinelli, 1998 [trad. esp.: “Estilo. Inclusión y exclusión”, en *Ojazos de madera: nueve reflexiones sobre la distancia*, Madrid, Península, 2000].

² Carlo Ginzburg, “Straniamento. Preistoria di un procedimento letterario”, en *Occhiacci di legno, op. cit.* [trad. esp.: “Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario”, en *Ojazos de madera, op. cit.*]

³ Carlo Ginzburg, “Descrizione e citazione”, en *Il Filo e le tracce*, Milán, Feltrinelli, 2006 [trad. esp.: “Descripción y cita”, en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010].

* “El temor al adjetivo es el comienzo del estilo” [n/eds.].

⁴ Ejemplos: *Occhiacci di legno, op. cit.*, p. 129; *No Island is an Island*, Nueva York, Columbia University Press, 2000, p. 88 [trad. esp.: *Ninguna isla es una isla: cuatro visiones de*

tomado como símbolo de la inagotable fertilidad de su mente, su impaciencia incluso con lo que acaba de dar a conocer y su invitación a pensar oblicuamente lo que acaba de mostrar.

Pero si Ginzburg se distingue de otros historiadores por la forma de su escritura, también lo hace por sus temas. El abigarrado corpus de Grafton forma, en efecto, un único proyecto general, a saber, la demostración de que el humanismo renacentista, que durante mucho tiempo fuera menospreciado como un callejón sin salida –un laberinto de manías textuales y especulaciones cronológicas– en la progresión intelectual hacia la ciencia moderna representó, por el contrario, su –altamente productiva– condición de posibilidad.⁵ La unidad del trabajo de Ginzburg, igualmente evidente, descansa en un nivel más reflexivo. Su producción ha tenido desde un principio una carga altamente teórica, en una profesión muchas veces poco curiosa o torpe sobre tales asuntos. En su trabajo, las controversias epistemológicas y las cuestiones de método son más que simples preámbulos o “arrière-pensées”. Son lo que da forma a su recorrido. En el subtítulo de *El hilo y las huellas* se leen las palabras “verdadero”, “falso” y “ficticio”, y tal es el trío que ha comandado en buena parte la agenda de los escritos más recientes de Ginzburg. A través de sus sucesivos ensayos aparece una conspicua preocupación por la verdad histórica, que es abordada desde diferentes ángulos: la relación entre lo verídico y lo ficcional, entre el documento y la falsificación, entre mitos y narrativas, perspectivas y pruebas, entre las sentencias de los tribunales y los juicios de la cátedra. En su mayoría, estas intervenciones se oponen a lo que Ginzburg define como una forma moderna de escepticismo, que tiende a erosionar cualquier diferencia significativa entre el hecho y la invención, entre las pretensiones de la historia y las artimañas de la retórica. Un segundo tema principal en los ensayos de

la literatura inglesa desde una perspectiva mundial, México, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2002]; *Il Filo e le tracce, op. cit.*, pp. 136-137; “The Letter Kills”, en *History and Theory*, febrero de 2010, pp. 88-89.

⁵ Véase Anthony Grafton, *Defenders of the Text. The Traditions of Scholarship in an Age of Science, 1450-1800*, Cambridge, MA, 1991, pp. 2-5; y *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, especialmente cap. 2.

Ginzburg es el de la importancia de las anomalías para la investigación histórica, y el papel que juegan los indicios en su identificación. Estos, a su vez, apuntalan la argumentación de Ginzburg en favor de la microhistoria, que ahora aparece presentada de manera más sistemática que en las obras que hoy en día hemos llegado a considerar como sus más famosos ejemplos. Por último, abriendo nuevos caminos, en las dos últimas décadas, el trabajo de Ginzburg se ha referido a cuestiones de política contemporánea. Esta preocupación por el presente no está separada de su indagación del pasado, aun del pasado remoto. Corren, preocupación e indagación, en paralelo. Entre otras conexiones, ha habido un evidente giro hacia temas y problemas judíos, desde la época de Isaías hasta la de Wojtyła.

Cada una de estas hebras en la escritura de Ginzburg es una invitación a la reflexión. La primera pregunta que viene a la mente es la siguiente: ¿por qué motivo la epistemología aparece de manera tan destacada en la obra de un historiador que a menudo ha expresado su aversión a los sistemas intelectuales? Una posible respuesta podría ser: para rechazar el peligro de caer en un escepticismo que podría abrir el paso a la negación del judeocidio. Y esta afirmación debe tener algo de verdad. En *El hilo y las huellas*, Ginzburg resalta que demoró algún tiempo en realizar la conexión biográfica entre su trabajo sobre la brujería y la persecución de los judíos.⁶ Desde entonces, las preocupaciones judías se han repetido en muchos de sus ensayos. Pero el negacionismo de este genocidio en particular –los demás, como con razón saben bien los armenios, han tenido otra suerte– es un fenómeno tan insignificante en Occidente que no justificaría por sí mismo semejante inversión de

energía intelectual. Otra respuesta podría apuntar a la propagación del estructuralismo y del postestructuralismo como fuentes de un relativismo filosófico tardío que socava, cada uno a su manera, cualquier concepción estable de la verdad. Ciertamente, Ginzburg no ha ocultado su aversión por el legado de Derrida. Pero esto tampoco es del todo convincente, ya que nunca ha criticado los manejos de la verdad, apenas menos descuidados, de Claude Lévi-Strauss, y tampoco se ha involucrado de manera confrontativa él mismo con cualquiera de estas doctrinas. Por otra parte –y esto es lo que realmente importa– a diferencia de lo que sucede entre los antropólogos o entre los teóricos de la literatura, hay poca evidencia de que las doctrinas epistemológicas de estos pensadores, o incluso un escepticismo moderno más vagamente definido, hayan tenido alguna influencia real en la práctica de los historiadores. La inmensa mayoría de los practicantes de esta disciplina han permanecido ajenos a cualquiera de estas doctrinas. En vista de ello, parece haber una desproporción desconcertante entre la magnitud del fenómeno y la extensión y la pasión del ataque que ha recibido.

¿Cómo se podría explicar esto? Una respuesta algo más convincente se encuentra en las fuentes que alimentan la sensibilidad histórica de Ginzburg. Sus primeras ambiciones, nos ha dicho, eran literarias. También ha dicho que una vez que decidió dedicarse a la historia, su inspiración permanente pasó a ser el libro *Mimesis*, en el que Erich Auerbach –un estudioso de la literatura– reconstruye el camino hacia el realismo moderno, desde la *Odisea* hasta Virginia Woolf, a través de un recorrido que incluye a Ammiano, Gregorio de Tours, el duque de Saint-Simon, y a historiadores y memorialistas junto a poetas y novelistas.⁷ De esta manera, en el *cursus honorum* de Ginzburg la literatura precedió a la historia, y posteriormente permaneció pegada a su lado. Por supuesto que existe una larga tradición de la práctica histórica como rama de la literatura, pero esta asociación en general ha consistido en una estudiada elegancia (o

⁶ Carlo Ginzburg, “Streghe e sciamani”, en *Il Filo e le tracce*, op. cit., p. 285 [“Brujas y chamanes”, en *El hilo y las huellas*, op. cit.]. Para los temas judíos véase “Ecce”, “Stile” “Distanza e prospettiva” y “Un Lapsus di Papa Wojtyła”, en *Occhiacci di legno*, op. cit.; “La conversione dei ebrei di Minorca”, “Tolleranza e commercio”, “Sulle orme di Israel Bertuccio”, “Rappresentare il nemico”, “Unus testis”, “Streghe e sciamani”, en *Il Filo e le tracce*, op. cit.; la “Introduction” a *History, Rhetoric and Proof*, Hanover, NH, University Press of New England, 1999; y más recientemente “The Letter Kills” y “Provincializing the World”. Compárese el reciente trabajo de Grafton en coautoría con Joanna Weinberg sobre el significado de los estudios hebreos en la filología clásica de Casaubon: “I have always loved the Holy Tongue”, *Isaac Casaubon, The Jews and a Forgotten Chapter in Renaissance Scholarship*, Cambridge, Harvard University Press, 2011.

⁷ Carlo Ginzburg, “Latitude, Slaves and the Bible: An Experiment in Micro-History”, en A. Creager, E. Lunbeck, N. Wise (eds.), *Science Without Laws. Model Systems, Cases, Exemplary Narratives*, Durham y Londres, Duke University Press, 2007, p. 243.

extravagancia desenfadada) de estilo –Gibbon o Michelet– más cercana a la imaginación que al registro, o en la cuasi-reproducción de géneros literarios para la construcción de narrativas. Por razones obvias, se ha recurrido con más frecuencia a la épica y a la tragedia –Motley o Deutscher– que a la comedia o al romance.

Para Ginzburg, sin embargo, el interés que la literatura ofrece para la historia es de otro orden, y esta es una de sus marcas originales. En su obra, la literatura no se toma como una norma estilística ni como un repertorio de géneros, sino como una herramienta de conocimiento. Ensayo tras ensayo, Ginzburg ha insistido en que lo que los novelistas o los poetas pueden aportar a un estudio objetivo del pasado son instrumentos cognitivos: las técnicas de distanciamiento como crítica social en Tolstoi, el estilo libre directo como pasaje a una nueva interioridad en Stendhal, la elipsis como suspensor y acelerador del tiempo en Flaubert, y la visualización sin mediación como medio de acceso a una nueva perspectiva en Proust.⁸ Pero, de cualquier forma, estos son instrumentos que se encuentran en el interior de textos que no dejan de ser ficciones. Es, desde este punto de vista, muy específicamente de Ginzburg que aquel escepticismo moderno que pretende borrar completamente la frontera entre historia y ficción –aquí el blanco es Hayden White, quien ya había sido criticado por Momigliano⁹ se convierte en semejante fuente de irritación. No tanto porque ocupe un lugar preponderante en la disciplina, sino porque pone en peligro la integridad de una cierta conjugación entre la literatura y la historia, al aproximarla, falsamente, a otra conjugación, de características mucho más funestas.

Aquí encontramos una motivación individual que fomenta una actitud de combate más que de

indiferencia. No cabe ninguna duda acerca de la productividad intelectual a la que esta motivación ha dado lugar: a ella le debemos muchos de los ensayos más notables de Ginzburg. Pero se podría plantear una pregunta más sobre la pasión epistemológica que los habita. La fuerza de estas intervenciones reside en la defensa de la historia como una indagación capaz de alcanzar verdades, antes que de contar cuentos – y mucho menos de difundir falsedades– sobre el pasado. Sin embargo, ¿es esta defensa, a fin de cuentas, lo suficientemente robusta?

Otra de las colecciones de ensayos de Ginzburg se titula *Historia, Retórica, Prueba*. En ella, Ginzburg sostiene que para Aristóteles la retórica, lejos de ser una apelación a emociones que sustituyan las pruebas –como suele ser entendida aún hoy, a partir de los argumentos de Cicerón–, se basaba, al menos en su utilización en los tribunales de justicia, en la idea misma de *prueba*. Luego, pasa a mostrar que uno de los logros más emblemáticos del humanismo renacentista, a saber, la demostración realizada por Lorenzo Valla de que la llamada *Donación de Constantino* había sido una falsificación clerical, fue concebida por Valla como una declamación retórica.¹⁰ El ejemplo sirve para emblematizar, pues, la correcta relación entre retórica y prueba.

Sin embargo, tal vez el caso en sí mismo nos diga menos de lo que podemos inferir a partir de la forma en que Ginzburg lo utiliza. En las lenguas latinas se utiliza una sola palabra –*prova, preuve, prueba*– para designar lo que en lengua inglesa se distingue entre *prueba* y *evidencia* –*proof, evidence*–. La evidencia por sí sola no es necesariamente decisiva, de manera que se puede hablar tanto de “evidencia endeble”, como de “evidencia sólida”. La prueba, por otra parte, es algo bastante diferente: es una evidencia concluyente. La demostración de Valla de que la donación de Constantino era una falsificación se basó, de hecho, en una prueba en sentido estricto, a saber, en la presencia de anacronismos en el texto que no podrían haber sido escritos por ningún romano de la época de Constantino. Sin embargo, esta prueba era negativa, en la medida en que solo descartaba la autenticidad del documento. Faltaban pruebas

⁸ Carlo Ginzburg, *Occhiacci di legno, op. cit.*, pp. 16-17, 28-29, 30-34; *Il Filo e le tracce, op. cit.*, pp. 174-175, 184; *History, Rhetoric and Proof, op. cit.*, pp. 94-95, 102-103.
⁹ Originalmente “Just One Witness”, en S. Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Representation*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992, pp. 87-94 [trad. esp.: Saul Friedlander, *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007], ahora en *Il Filo e le tracce, op. cit.*, pp. 211-221, 308-309; *History, Rhetoric and Proof, op. cit.*, pp. 49-50. La crítica de Momigliano a White se remonta a 1981: “The Rhetoric of History and the History of Rhetoric: on Hayden White’s Tropes”, recopilado en Arnaldo Momigliano, *Settimo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1984, pp. 49-59.

¹⁰ Carlo Ginzburg, *History, Rhetoric and Proof, op. cit.*, pp. 56-57, 60-64. De hecho el argumento es una corrección de Momigliano, quien tratará a la retórica de manera más restricta.

positivas que acreditasen la identidad del falsificador o la fecha de la falsificación, aunque la lógica del *cui bono* indicase sin duda algún tipo de hombre de la iglesia y un período bastante posterior al quinto siglo. Cuando más tarde los historiadores comenzaron a discutir –aún lo hacen– sobre la datación y la procedencia del documento, solo contaban con la evidencia, no tenían ninguna prueba. En este sentido, se trataba de una situación habitual para cualquier historiador. La evidencia, que debe ser contrastada, constituye la materia convencional de la historia. Las pruebas –sobre todo a medida que retrocedemos en el tiempo y los trazos se hacen más delgados– por lo general son mucho menos frecuentes, y a menudo negativas. Es mucho más fácil refutar una conjetura acerca de un proceso controvertido o de un objeto –digamos, la caída de Roma o el tapiz de Bayeux– que probarla. Los problemas relacionados a estos procesos nunca han desaparecido, pues se basan en evidencias, no en pruebas.

Ginzburg tiende a elidir estas dos nociones. En parte, sin duda, por las razones de lenguaje que se han sugerido. Pero también por otro gradiente característico de su obra, pues si Ginzburg se desliza por una ladera hacia la literatura, por la otra se inclina hacia el derecho. La única vez que abandonó la forma del ensayo en las dos últimas décadas fue en ocasión de la escritura de *El juez y el historiador*, una apasionada defensa de su amigo Adriano Sofri, acusado de ordenar, en 1972, cuando era líder del grupo revolucionario *Lotta Continua*, el asesinato de Luigi Calabresi, un policía italiano bajo cuya guardia se había producido la sospechosa muerte del anarquista Pino Pinelli (muchos supusieron que había sido asesinado). El libro de Ginzburg desmantelaba el caso del fiscal, pero en vano. Sofri fue condenado a 22 años de prisión, de los que acaba de emerger. A través de diversos comentarios sobre la relación entre el juez y el historiador, Ginzburg señala que se diferencian principalmente en dos aspectos. Los jueces imponen condenas, y esas condenas se aplican individualmente, mientras que, por su parte, los historiadores se ocupan también de grupos o instituciones, pero no tienen autoridad penal sobre ellos.¹¹ En sintonía con el espíritu de *Annales*, Marc Bloch había rechazado la

intrusión de modelos judiciales en la historia, argumentando que estos no solo fomentaban la preocupación por personajes célebres desviando la atención de las estructuras colectivas, sino que también promovían tratamientos moralizantes. Ginzburg entiende que estas son objeciones contundentes. Sin embargo, insiste en que tales objeciones no deben oscurecer el imperativo fundamental que une al juez y al historiador, a saber, el compromiso de ambos con la idea de prueba.¹²

La argumentación de Ginzburg es extraordinariamente persuasiva, pero pasa por alto una diferencia crítica, puesta crudamente al descubierto por su propio estudio sobre el juicio de Sofri. Su destrucción de la causa contra Sofri y sus secuaces fue una refutación –es decir, una demostración negativa– de que la evidencia contra ellos no era suficiente. Esa evidencia esencialmente se reducía al testimonio de otro ex miembro de *Lotta Continua*, Leonardo Marino, quien había actuado como conductor del coche utilizado en el asesinato de Calabrese quince años antes, bajo las órdenes del grupo, y que se había arrepentido de su participación. Para entonces –1990– Marino tenía antecedentes de delitos menores, y su testimonio estaba, como supo demostrar Ginzburg, plagado de contradicciones. Esto era suficiente para que se diera un veredicto en el juicio. Legalmente, los jueces están obligados a absolver a un acusado si la evidencia en su contra es defectuosa o insuficiente. Pero para los historiadores el asunto se presenta de otra manera. Para ellos, las preguntas obvias en un caso como este serían: ¿qué fue lo que llevó a Marino a cometer falso testimonio contra sus antiguos camaradas quince años después del asesinato? Y si estos no fueron los autores del hecho, ¿entonces quiénes fueron? En otras palabras, la tarea histórica apropiada sería la de reconstruir de la manera más plausible, sobre la base de la evidencia que hubiere sobrevivido, lo que realmente ocurrió en 1972, a diferencia de la tarea judicial, que en este caso consiste en establecer lo que no pudo haber sucedido. Ginzburg rechaza expresamente

¹² Carlo Ginzburg, *Il Giudice e lo Storico*, Turín, Einaudi, 1991, pp. 10-12 [trad. esp.: *El juez y el historiador. Consideraciones al margen del proceso Sofri*, Madrid, Anaya y Muchnik, 1993].

¹¹ Carlo Ginzburg, *History, Rhetoric and Proof*, op. cit., p. 50.

cualquier tentativa en ese sentido.¹³ Para el propósito que lo ocupaba, el de salvar a un amigo de una sentencia injusta, hizo todo lo que había que hacer. Pero hizo todo lo que debía hacer un abogado, no un historiador. Por lo tanto, la diferencia entre un veredicto judicial y la investigación histórica no es solo cuestión de la necesaria individualidad del objeto y el carácter penal del primero, ausentes en la segunda. Tiene que ver con la *naturaleza* misma de la evidencia. De manera que si es pertinente preguntar hasta qué punto la conjugación que Ginzburg establece entre historia y literatura no corre el riesgo de debilitar involuntariamente la noción de verdad al sugerir una relación demasiado estrecha entre ficciones y hechos, lo mismo podría preguntarse respecto de su conjugación entre la historia y el derecho. ¿No podría, al apelar con tanta insistencia a la noción de *prueba*, que en realidad posee protocolos bastante estrechos y rígidos, estar debilitando involuntariamente el sentido de complejidad de la *evidencia* histórica, que raramente se presta a los simples veredictos de sí o no de un tribunal de justicia?

De cualquier manera, tal paradoja podría ser meramente una cuestión de principios sin ningún efecto práctico. Para evaluar hasta qué punto esto es verdad, podemos observar la forma distintiva que la obra de Ginzburg ha asumido en los últimos años: la forma de cascadas –esas genealogías rodantes de conceptos y tropos, dispositivos que destacan su obra como ensayista–. Cualquier lector familiarizado con su obra anterior, *Historia nocturna* –incomprensiblemente traducida [al inglés] como *Éxtasis*–, percibirá el parentesco entre el tratamiento de los mitos y los rituales en la primera obra, con el tratamiento de las ideas y las figuraciones en la segunda, en la medida en que la antropología va siendo sustituida por la historia intelectual. En ambos se invoca la misma autoridad para los procedimientos que se encuentran en funcionamiento: Wittgenstein, y su imagen de una cuerda que podría consistir en múltiples hilos superpuestos, ninguno de los cuales se extiende a través de toda su longitud, pero que aun así forman una sola cuerda.¹⁴ Más

técnicamente, se trata de la idea de una clasificación politética, en la que no existe ninguna necesidad de que todos los miembros de una determinada categoría posean las mismas características y que pueden estar, en cambio, unidos mediante una secuencia –abc/ bcd/ def– en la que la última unidad de la serie puede no compartir ningún rasgo en común con la primera.

La fragilidad de esta manera de analizar las formas sociales o culturales debería resultar evidente. Las relaciones que establece son esencialmente incontrolables: en el límite, son tan indeterminables que, por medio de los “eslabones intermedios”, como los describió Wittgenstein, en última instancia cualquier cosa puede ser conectada con cualquier cosa. El ejemplo que Wittgenstein –muy cándido en estos y otros asuntos, inexperto ya sea con respecto al interés histórico o al conocimiento de las ciencias sociales– ofreció para apoyar su pensamiento fue *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler. *Historia nocturna*, más allá del atractivo del libro en su conjunto, deja bastante claro que se trata de una base peligrosa para el análisis de los mitos.¹⁵

Este mismo procedimiento resulta más seguro cuando es transferido de los mitos en las sociedades sin escritura a los argumentos y las ideas –la mayoría de ellos altamente sofisticados– de las sociedades clásica, medieval y moderna. Los mitos son notoriamente maleables y, para comodidad de los intérpretes posteriores, ofrecen varias versiones. Como confesó una vez Lévi-Strauss, el intérprete de mitos por excelencia, cuya sombra se cierne sobre *Historia nocturna*, los mitos son encantadoramente manipulables. Esto es mucho menos cierto en el caso de los textos escritos, para los cuales tenemos a nuestra disposición toda clase de controles filológicos bien establecidos, destinados a identificar cualquier habilidosa maniobra. Por lo tanto, las cascadas de *Ojos de madera* o de *Hilos y huellas* no solo forman un bello espectáculo coronado con múltiples arco iris intelectuales, sino que tienen cimientos sólidos. Es difícil leerlos sin una especie de entusiasmo intelectual. Estos escritos se componen generalmente de una cadena de conexiones radicalmente inesperadas entre textos

¹³ Carlo Ginzburg, *Il Giudice e lo Storico*, op. cit., pp. 15 y 89.

¹⁴ Compárese *Storia Notturna*, Turín, Einaudi, 1989, p. XIX [trad. esp.: *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Barcelona, Muchnik, 1991] y *Il Filo e le tracce*, op. cit., p. 166.

¹⁵ Véase Perry Anderson, *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, pp. 211-216.

a menudo separados por siglos, o incluso milenios, que contienen, una y otra vez, descubrimientos asombrosos, fruto de la combinación entre una erudición extraordinaria y una intuición portentosa que ha sido un sello distintivo de la obra de Ginzburg desde el principio. Para mostrar el rango de estos hallazgos basta con mencionar solamente tres sorpresas recientes de ese tipo en la época moderna: la probable mediación de Édouard Drumont, autor de *La France Juive*, en la gestación de la falsificación rusa *Los Protocolos de los Sabios de Sion*; los vínculos ocultos entre el *Tristram Shandy*, de Sterne, y el *Dictionnaire Historique et Critique*, de Bayle; y la presencia de Georges Bataille en la composición y el carácter del *Guernica*, de Picasso.¹⁶

Dicho esto, todavía podemos preguntarnos de qué manera las cascadas de Ginzburg se relacionan con las aguas más profundas de la historia intelectual que se viene produciendo desde los años sesenta. Aquí nos encontramos nuevamente con el problema de la clasificación política. Aplicada a las ciencias humanas, esta estrategia nunca fue capaz de trazar una delimitación objetiva –es decir, no arbitraria– de las unidades que pretendía interconectar. Se trata de un problema insalvable en el estudio de los mitos, que por lo general carecen de fronteras claras, lo que permite su disección en segmentos de innumerables formas según la voluntad del antropólogo. Los textos ofrecen más resistencia. También se los puede cortar y rebanar, pero las distorsiones resultantes son más fácilmente discernibles. La historiografía de las ideas –sobre todo aquella de la Escuela de Cambridge– se desarrolló en buena medida a partir de una reacción en contra de estas distorsiones. En este sentido, cabe preguntar hasta qué punto el tipo de crítica levantada por la Escuela de Cambridge resulta relevante para las cascadas de Ginzburg.

Se podría decir que la crítica yerra el blanco ya que es inconmensurable con su objeto. Ginzburg nunca se ha dedicado a reconstruir la obra de un escritor o pensador como tal, ni siquiera en el género de epítomes en los que

Momigliano era experto. Su tratamiento de los textos no proviene de ninguna especie de *Ideengeschichte*, en cualquiera de sus modos, sino sobre todo de la *Stilistik* –heredada principalmente de Auerbach y Spitzer, para quienes la recuperación del detalle revelador correspondía a la llave para abrir cualquier totalidad literaria–. Ni el *Ansatzpunkt* de Auerbach, a menudo invocado por Ginzburg, ni el “click” de la intuición interpretativa de Spitzer, requieren la inspección exhaustiva de un escritor. Una segunda influencia en la escritura de Ginzburg proviene no del estudio de la literatura sino de las artes visuales, que forman un riquísimo escenario paralelo de su investigación. Allí se encuentra la noción warburgiana de *Pathosformeln* –aquellas expresiones figurativas de la emoción humana realizadas en piedra o pintura, que pueden ser transpuestas a través de los siglos en estilos y en obras de arte completamente inconmensurables– que desde el comienzo le llamó la atención. Aquí también, como en los grandes romanistas austro-alemanes, la operación es extractiva: se pregunta por lo que se puede tomar –positivamente– de un texto o una imagen, y no por lo que lo compone efectivamente.

El uso que Ginzburg hace de estos legados no es menos productivo. Pero su aplicación en forma condensada a la historia de las ideas puede conducir a resultados arbitrarios. Entre los ejemplos se podría citar su manejo de la tradición del “distanciamiento” como un dispositivo, y el ejemplo de un par de los autores literarios que más valora. En la larga cadena de autores identificados como practicantes del distanciamiento se siente la ausencia de aquel que fuera entre ellos el más importante históricamente. En el listado de Ginzburg no figuran las *Cartas persas* de Montesquieu, probablemente más radicales que cualquier cosa que Voltaire o Tolstoi pudieran haber ofrecido, y sin duda más influyentes. Pero también sufre la obra de los novelistas. Tolstoi y Flaubert se ofrecen como fuentes de inspiración para el historiador a partir de fragmentos de *La guerra y la paz* (la batalla de Borodino) y *La educación sentimental* (la revolución de 1848).¹⁷ Pero las estructuras y las ideologías de estas novelas

¹⁶ Carlo Ginzburg, *Il Filo e le tracce*, op. cit., pp. 199-202; *No Island is an Island*, op. cit., pp. 50-61; *Das Schwert und die Glühbirne*, Frankfurt, Suhrkamp, 1999, pp. 54-70 [trad. al inglés: “The Sword and the Lightbulb: A Reading of Guernica”, en M. Roth y C. Salas, *Disturbing Remains*, Los Angeles, Getty Research Institute, 2001, pp. 159-165].

¹⁷ Carlo Ginzburg, *Il Filo e le tracce*, op. cit., p. 257; *History, Rhetoric and Proof*, op. cit., pp. 95-97.

quedan sin discutir, a pesar de no ser nada irrelevantes para comprender los fragmentos ofrecidos como modelos para el historiador. Las escenas de batalla de Tolstoi –panoramas de lo accidental, la futilidad, la confusión– son ilustraciones calculadas de su larga diatriba final sobre la inutilidad de la historia en general: una advertencia que, sin embargo, no ha conmovido a muchos historiadores. Las escenas de la revolución presentadas por Flaubert presentan el caso contrario –en ninguna parte más sorprendentemente que en el episodio señalado por Ginzburg, en el que el inocente y leonino Dussardier es sacrificado por el tráfuga siniestro de Sénécál–. La previsibilidad de la narrativa de Flaubert, aquí como en todas partes (el futuro de villanía del profesor de matemáticas es tan claro desde su primera presentación fisionómica, como el resultado de la operación del pie zopo realizada por Charles Bovary una vez que el químico produce su *nostrum*), sigue permaneciendo tan distante de la construcción de cualquier historia sería como la insistencia de Tolstoi acerca de su ininteligibilidad. En el uso que Ginzburg hace de las novelas como ejemplos paradigmáticos, son extirpadas las características que no sirven al propósito de su argumento. Que el corte no puede ser limpio se torna evidente en los juicios subsiguientes, que acaban yendo por mal camino: ningún paternalismo social en Tolstoi; previsión de la KGB en Flaubert.¹⁸ Como después de todo se trata de novelas, en estos dos casos bien se podría argumentar que se aplica la etiqueta *de gustibus*, otorgándoles así menor peso relativo. Eso podría ser legítimo. Pero el principio de que los textos, sean discursivos o imaginativos, deben ser tratados como totalidades en lugar de ser desmembrados a voluntad sigue siendo fundamental para la historia intelectual como disciplina, y también quizá para sus adláteres. En el polo opuesto a las cataratas resplandecientes –que a veces encandilan– de Ginzburg, podríamos pensar en el majestuoso océano del estudio en curso de Pocock sobre Gibbon, *Barbarism and religion*, que está cerca de completar su quinto volumen.

Las cataratas caen verticalmente a través del tiempo. ¿Qué podemos decir, entonces, respecto a los movimientos horizontales en el trabajo de

Ginzburg? Aquí el término clave es el de *anomalía*, y un intercambio anecdótico puede servirnos como ilustración. Un día, Franco Moretti y Carlo Ginzburg fueron juntos al Museo Metropolitano de Nueva York. Al encontrarse con la pintura *Una doncella dormida*, de Vermeer, que representa a una criada dormitando en una mesa llena de frutas, un vaso de vino tumbado de lado, una pintura de Cupido en la pared sobre ella y una silla vacía medio girada hacia una puerta entreabierta, sugiriendo la reciente salida de un compañero masculino, Moretti –leyendo la imagen como una representación, en palabras de Hegel, de la “prosa de la vida cotidiana”– exclamó: “Este es el comienzo de la novela”. En otras palabras, a diferencia de la épica o la tragedia, se trataba de una narrativa de la gente común en un entorno familiar. En ese momento, Ginzburg se volvió hacia un retrato de Rembrandt en la pared opuesta, que representaba al pintor desfigurado Gérard de Lairesse, con su nariz deformada por la sífilis, y replicó: “No, *ese* es el comienzo de la novela”. En otras palabras, la anomalía, y no la regla. Aquí Ginzburg sin duda sostuvo el argumento más fuerte, como en efecto ya ha concedido Moretti, definiendo la aventura, antes que la existencia corriente, como el principio originario de la novela.

Pero la ficción es una cosa, la historia es otra, y las conexiones entre ellas son más delicadas de lo que Ginzburg tiende a sugerir. A menudo ha afirmado que en la investigación histórica la anomalía nos dice más que la regla, porque habla también de la norma, mientras que la regla solo habla de sí misma y, por lo tanto, la excepción es siempre epistemológicamente más rica que la norma.¹⁹ Sin embargo, esto no es así. Por definición, una anomalía solo es tal en relación a una regla, que la determina ontológicamente: de no existir una regla, no podría haber ninguna excepción. Pero lo contrario no se sostiene. Una regla no depende, para su existencia, de una excepción. Pues hay reglas que no admiten ninguna excepción, como las matemáticas en primer lugar, pero no solo ellas. ¿Importa esto? Después de todo, más de un programa fructífero de investigación se ha fundado sobre una interpretación errónea del método y ¿quién podría negar la productividad de la investigación

¹⁸ Carlo Ginzburg, *Occhiacci di legno*, op. cit., p. 29; *History, Rhetoric and Proof*, op. cit., p. 97.

¹⁹ Carlo Ginzburg et al., *Vivre le sens*, París, Seuil, 2008, p. 35.

de Ginzburg? Una estrategia posible para intentar evaluar esta productividad es la de observar el tipo de historia generado por la fascinación con las anomalías –es decir, la microhistoria, de la cual Ginzburg es el exponente mundialmente más famoso–. ¿Qué tipo de conocimiento inesperado nos da la microhistoria que parte de la anomalía?; ¿hay otros tipos de orientación más estadística que la diferencia de otras ramas de la disciplina?

Ginzburg definió tempranamente la microhistoria como “la ciencia de la vida real” –*la scienza del vissuto*– que investigaría “las estructuras invisibles en las que se articula la experiencia vivida”, para las cuales “los análisis en una escala macrohistórica” serían de “poca y a veces inexistente relevancia”.²⁰ A su debido tiempo, Ginzburg modificó la oposición más o menos absoluta entre las escalas macro y micro que se encuentra implícita en esta frase, y en formulaciones posteriores sostuvo que la microhistoria administraría un correctivo a las tentaciones de la teleología y del etnocentrismo, como un chequeo negativo.²¹ El valor positivo que Ginzburg le adjudica a la microhistoria se basa, sin embargo, en el poder de la anomalía, pues lo que la microhistoria es capaz de revelar, como se ilustra dramáticamente en *Los Benandanti* y en *El queso y los gusanos*, es la existencia de mundos impensables para las versiones convencionales del pasado, y que vienen a desafiar su aceptación irreflexiva. Aun así, la pregunta lógica persiste: la anomalía ¿altera la regla? Y el descubrimiento microhistórico ¿derrumba el lugar común-macrohistórico? Eso ya está menos claro. La fe en la fuerza iconoclasta de la anomalía podría fortalecerse sobre la base del punto de vista de la *Estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn, y su argumento según el cual esas revoluciones se producen cuando un paradigma científico dado se encuentra con una anomalía de observación que no puede explicar, y que eventualmente genera un nuevo paradigma capaz de dar cuenta de ella.

Pero la analogía es engañosa. La historiografía no posee leyes generalizables como las de las

ciencias naturales, ni codifica esas leyes en paradigmas. Es un tejido mucho más flojo, en el que es menos probable que el descubrimiento de un parche anómalo aquí o allí deshaga todo el paño, obligando a retejerlo con un punto diferente. La macrohistoria es el estudio de los cambios más abarcadores que experimentan las sociedades. Para que la microhistoria llegara a alterarlos –para que la anomalía produzca una nueva regla– sus objetos de estudio tendrían que ser, real o potencialmente, microcosmos de un mundo por venir. Pero eso es algo que la microhistoria, con toda modestia, en general no ha sostenido. Con una excepción. Aunque dando una vuelta de tuerca, esto sí se sostiene en la *Historia nocturna* de Ginzburg, en la medida en que el trabajo postula que las microprácticas de un chamanismo que era apenas visible revelan una macroestructura que nos abarca a todos. De todas maneras, dicha estructura es invariable, esto es, no implica ningún cambio.

La generación de Ginzburg fue la protagonista de una fuerte reacción en contra de lo que Lyotard bautizara y denunciara como *grandes narrativas*, y la microhistoria fue una de las primeras expresiones de esa reacción. Sin embargo, como lo demuestra la trayectoria del propio Lyotard, no resulta tan fácil escapar a las grandes narrativas.²² En *Historia nocturna* no encontramos una gran narrativa formulada como historia del cambio macroscópico en el tiempo, sino que, sencillamente, el viaje del chamán al mundo de los muertos se convierte en la narrativa maestra de cualquier otra historia que los seres humanos alguna vez se hubieran contado.²³ Micro y macro están ligados, pero no como niveles interconectados de una historia en movimiento, sino mucho más como expresiones comunes de una naturaleza humana inmutable. Con esto, salimos de una *Historia rerum gestarum* para entrar en otro tipo de indagación, perfectamente legítima pero algo diferente, que alguna vez habría sido denominada *antropología filosófica*.

Para una reflexión más profunda sobre este conjunto de cuestiones, no hay nada mejor que recurrir a una hermosa conferencia reciente de

²⁰ Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “The Name and the Game: Unequal Exchange and the Historiographic Marketplace”, en E. Muir y G. Ruggiero (eds.), *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991, pp. 8-9.

²¹ Carlo Ginzburg, *Il Filo e le tracce*, op. cit., p. 253.

²² Véase Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Londres, Verso, 1998 [trad. esp.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000].

²³ Carlo Ginzburg, *Storia Notturna*, op. cit., pp 288-289.

Ginzburg, “Nuestras palabras y las de ellos”, que toma como su *Ansatzpunkt* –traducido por él como “punto de conexión”– las reflexiones de Marc Bloch en su *Apologie pour l’histoire* sobre las brechas que pueden ocurrir entre palabras y significados en el vocabulario utilizado por la gente en el pasado, y entre este vocabulario y el que utilizan los historiadores al escribir sobre ellos. Adoptando términos acuñados por Kenneth Pike, Ginzburg recodifica esta problemática como una tensión entre las perspectivas *emic* y *etic*, y subraya que es posible que existan conflictos no solo entre ambas perspectivas, sino también hacia el interior de cada una de ellas.* Correctamente planteadas, argumenta Ginzburg, las preguntas de perspectiva *etic* generan respuestas de perspectiva *emic*, que sin embargo nunca absorben completamente las preguntas sin dejar residuos, sino que las modifican. Pero entonces, ¿qué tipo de pregunta será capaz de producir las respuestas más fructíferas? Ginzburg recomienda enfocarse en aquellos casos capaces de conducir a nuevas generalizaciones. Los más prometedores serán los casos anómalos: casos que no ejemplifican, sino que se desvían de las normas previstas o establecidas. La microhistoria, sostiene Ginzburg –entendida no como el escrutinio de eventos muy reducidos, sino más bien como el análisis exhaustivo de cualquier evento–, ha sido el dominio por excelencia del descubrimiento y el estudio de este tipo de anomalías, cuyo efecto característico es el de subvertir jerarquías preexistentes, tanto historiográficas como políticas.

El *Ansatzpunkt* de este programa para la microhistoria no fue elegido al azar. Junto a Auerbach, Warburg y Momigliano, Bloch es la otra piedra de toque para Ginzburg. Él mismo ha explicado que este historiador *Annaliste* fue el responsable de su transformación en historiador, cuando a la edad de 20 años leyó *Los reyes taumaturgos* –el estudio de Bloch sobre la creencia medieval, que en Inglaterra se mantuvo hasta la época de Jaime II, según la cual el rey

tenía la capacidad de curar la escrófula por imposición de manos sobre la víctima–, un hecho curioso desde cualquier retrospectiva moderna.²⁴ Hoy en día, pocos cuestionarían que Bloch haya sido el mayor historiador de su época, o que *Apologie pour l’histoire* sigue siendo insuperable como una reflexión sobre los desafíos y las tareas de la disciplina. Pero faltamos al respeto que le debemos a este manifiesto y a su autor cuando los recibimos de manera acrítica. La frase clave de la *Apologie* dice: “Un mot, pour tout dire, domine et illumine nos études: ‘comprendre’”.²⁵ A lo que podemos añadir estas otras dos: “Porque en última instancia, el objeto de la historia es la conciencia humana”, y “Los hechos históricos son, en esencia, hechos psicológicos”.²⁶ Estos pronunciamientos no son conclusiones tardías del pensamiento de Bloch, sino que fueron sus principios rectores desde el comienzo. En las primeras páginas de *Los reyes taumaturgos*, Bloch declara que su estudio pretende ser una contribución a “la connaissance de l’esprit humain”.²⁷

En la *Apologie*, la comprensión –de realidades que son de naturaleza fundamentalmente psicológica– se pone en contraste con el juicio, para ejemplificar, respectivamente, enfoques históricos o ahistóricos sobre el pasado. No hay duda sobre la fuerza de la convicción de Bloch acerca de este punto. Pero al destacar este

²⁴ Uno de los primeros ensayos que Ginzburg escribió fue sobre Bloch y, más tarde, un prefacio a la traducción italiana de *Los reyes taumaturgos*: “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch”, *Studi medievali*, 1965, pp. 335-353. Su prefacio a la edición italiana apareció en 1973.

²⁵ Marc Bloch, *Apologie pour l’Histoire, ou Méier d’Historien*, París, 1949, p. 72 [trad. esp.: “Para decirlo todo, una palabra es la que domina e ilumina nuestros estudios: ‘comprender’”, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 142].

²⁶ “Mais les difficultés de l’histoire sont encore d’une autre essence. Car pour matière, elle a précisément, en dernier ressort, des consciences humaines”; “Les faits historiques sont, par essence, des faits psychologiques”: Marc Bloch, *Apologie...*, *op. cit.*, pp. 76 y 101 [trad. esp.: “Pero las dificultades de la historia son de otra naturaleza, porque su materia precisamente es, en última instancia, las conciencias humanas”; “Los hechos históricos son, en esencia, hechos psicológicos”, *Apología...*, *op. cit.*, pp. 148 y 177, respectivamente].

²⁷ [“El conocimiento de la mente humana”, n/eds.], Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos*, París, Armand Colin, 1960, p. 22 [trad. esp.: *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, especialmente en Francia e Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004].

* La distinción *emic / etic* proviene de los términos en inglés que utilizó el lingüista Kenneth Pike (*phonemics* y *phonetics*), para señalar que la distinción entre el tipo de interpretación que los sujetos hacen de la lengua (como la que supone el fonema) y la realidad acústica del sonido (como la que analiza la fonética) era una distinción productiva para extender a la descripción de la conducta social: *emic* es lo que expresa el punto de vista del nativo, y *etic* el del extranjero. [n/eds.]

contraste se oculta otro mucho más significativo, que plantea si *comprensión* significa lo mismo que *explicación*. Una gran cantidad de literatura metodológica nos dice que no. Reconstruir la conciencia de un agente –esperanzas, recuerdos, intenciones, emociones– no es lo mismo que identificar las causas de una acción o de un evento. ¿Cuánto se le dedica a la causalidad en la descripción del oficio del historiador que realiza Bloch? La respuesta es: casi nada. Las últimas páginas de su texto comienzan a abordarla, pero luego el impulso se desvanece. Las causas en la *Apologie* son un poco como las clases en *El capital* de Marx, una palabra seguida de “...”. Esto podría deberse a que, escrito en condiciones muy difíciles durante la guerra, el texto quedó sin terminar. Pero hay razones para pensar que incluso si hubiese conseguido terminarlo, Bloch no habría alterado demasiado el énfasis de su trabajo.

Para saber por qué, podemos observar el texto que Bloch compuso un año antes, *L'Étrange défaite*, un apasionado relato sobre la derrota de Francia en 1940. Escrito al calor de la ira y la desesperación, Bloch planteaba la siguiente pregunta histórica: ¿por qué su país había sido derrotado? Lo sorprendente es que sus respuestas permanecen enteramente dentro de la óptica psicológica de su *Apologie*. El análisis consiste esencialmente en una enumeración de los estados mentales –capacidades, perspectivas y actitudes– de los actores de la tragedia, según él los veía. ¿Por qué el Tercer Reich había ganado la guerra? “El triunfo alemán fue –escribe–, esencialmente, un triunfo del intelecto.”²⁸ Es decir, el alto mando alemán había entendido, y los franceses no, que la velocidad –la *Blitzkrieg* de tanques y aviones– había pasado a ser la clave para la victoria en el campo de batalla. Pero no solo eso. Bloch suponía bastante creíble la idea de que “Hitler, antes de elaborar sus planes para la campaña, convocó a un grupo de psicólogos y les pidió su consejo”, con la consecuencia de que los subsiguientes bombardeos “en picada” de los alemanes apuntaban más a los nervios que a los órganos corporales.²⁹ En el lado francés, los

culpables de la derrota se encontraban en todos los sectores: generales cobardes e incompetentes, sindicatos de mente estrecha y egoísta, una burguesía amarga y temerosa, una izquierda pacifista y dogmática, una derecha inestable y cínica, una prensa demasiado provinciana, un parlamento caprichoso, y por último, pero no menos importante, un cuerpo de profesores universitarios en falta, entre el que se contaba a sí mismo, que con su cansancio y pereza había fracasado en educar a la juventud de la nación sobre sus deberes y desafíos. Tomado todo en su conjunto, y en simetría con las razones de la victoria del enemigo, “no fue solo en el campo de batalla que las causas intelectuales estuvieron en la raíz de nuestra derrota”.³⁰

Desde el punto de vista moral y estético, *L'Étrange défaite* es un documento impresionante, una acusación en pleno fervor, escrita por un patriota que no se eximió ni siquiera a sí mismo en el esfuerzo por entender en qué punto su país se había equivocado, y que actuó con consecuencia cuando se produjo el llamamiento final a los patriotas a arriesgar sus vidas en la lucha por deshacer el error, como lo hizo eminentemente Bloch dos años después, torturado y ejecutado por los nazis debido a su papel como organizador de la Resistencia. Pero como explicación histórica de la caída de Francia, el documento es claramente deficiente. Las razones para esta deficiencia son de dos clases. En parte se debe a la tendencia psicologista que tuvo la obra de Bloch desde el principio, y que en 1940 lo llevó a tratar como explicaciones lo que en realidad eran solo descripciones de las –a sus ojos– diversamente deplorables mentalidades de sus compatriotas, sin detenerse a preguntar acerca de qué podría haber dado lugar, en términos históricos, a una república tan uniformemente podrida como él entonces la percibía.³¹

Pero además de esta debilidad epistemológica, había también un punto ciego político. A la edad

²⁸ “En d’autres termes, le triomphe des Allemands fut, essentiellement, une victoire intellectuelle et c’est peut-être là ce qu’il y a eu en lui de plus grave”, Marc Bloch, *L'Étrange défaite*, París, Ed. Franc-Tireur, 1946, pp. 55-56.

²⁹ “On a raconté que Hitler, avant d’établir ses plans de combat, s’était entouré d’experts en psychologie”, *ibid.*, p. 73.

³⁰ “Ce n’est pas seulement sur le terrain militaire que notre défaite a eu ses causes intellectuelles”, *ibid.*, p. 162.

³¹ Hay una gran ironía en el hecho de que Bloch, quien dedicara tan vívidas páginas de su *Apologie* al problema de la falsificación, acabara siendo él mismo su víctima: en su relato de la derrota de Francia por lo menos tres veces cita como fuente las falsas conversaciones de Hermann Rauschning con Hitler, sin ponerlas en duda, véase *L'Étrange défaite, op. cit.*, pp. 163, 171, 191 (párrafo final del libro).

de 28 años, Bloch se había hundido con ardor en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Ascendido al rango de capitán, y atesorando cuatro condecoraciones, Bloch se regocijaba en la derrota final de los *boches*, como él mismo llamaba a los alemanes. Veintidós años más tarde, en su *Apologie*, todavía escribía líricamente: “Durante el verano y el otoño de 1918, antes de haber respirado la alegría de la victoria [...] ¿sabía yo realmente lo que encierra esa hermosa palabra?”.³² La masacre de siete millones de personas en la carnicería de la guerra entre las potencias imperialistas no parece haberle ocasionado ninguna reflexión crítica, ni en ese momento ni después. Aunque parezca increíble, en una fecha tan tardía como 1940, Bloch podía todavía describir ese descenso de la civilización liberal a la barbarie como una lucha por “la justicia y la civilización”. Tan poco habían incidido en él las realidades del conflicto que nunca le dedicó una mirada retrospectiva a su período de servicio en Argelia durante el apogeo de la guerra, cuando su regimiento fue enviado a ejecutar la represión colonial para ayudar a sofocar la resistencia al reclutamiento forzoso de campesinos en el Magreb para los mataderos de Flandes. ¿Qué patriota cuestionaría el derecho de Francia a poseer un imperio que se extendiera desde el Caribe y a través de África y hasta los mares del sur?

Bloch era un hombre humanitario, libre de la histeria chauvinista de un Durkheim o un Seignobos, y sus actitudes eran, por supuesto, ampliamente compartidas entre sus contemporáneos. El antropólogo Marcel Mauss, a quien Ginzburg ha dedicado otro ensayo laudatorio, fue un socialista internacionalista hasta que se convirtió, en el año de 1914 y de un día para el otro, en entusiasta nacionalista. Recién salido de las masacres de la guerra, Mauss pudo deplorar la violencia de los bolcheviques, y declarar tranquilamente en Rabat que “Marruecos no es y nunca ha sido un país árabe”.³³ Así que, ¿no se podría decir de Bloch, como atenuante, lo que él mismo decía de

Montaigne: que “en aquel entonces, las inteligencias más sólidas no escapaban al prejuicio común, ni podían hacerlo”?³⁴ Eso sería demasiado fácil. Remontándonos a la observación de Ginzburg de que siempre hay conflictos dentro de los giros idiomáticos *emic* y *etic*, constatamos que hubo otros –al principio, pocos, más tarde muchos– que vieron con perfecta claridad aquello frente a lo que Bloch cerró los ojos, en ese momento y después. Basta con pensar en Luxemburgo o en Lenin, o para el caso en Bertrand Russell o en Romain Rolland. Existía una palabra contemporánea que estaba inmediatamente disponible para entender la verdadera naturaleza del conflicto, pero Bloch nunca se atrevió a usarla. En lugar del término *imperialismo*, prefirió quedarse con los tropos del socialpatriotismo, llegando incluso, en la frase más desafortunada que jamás escribió, a descartar la idea según la cual “la guerra es un asunto de los ricos y de los poderosos, y los pobres no deberían tener nada que ver con ella”, con el siguiente comentario: “como si en una sociedad antigua, cimentada por siglos de cultura compartida, los humildes no estuvieran siempre, para bien o para mal, obligados a hacer causa común con los poderosos”.³⁵ ¿Siempre? Que lo digan las revoluciones de Febrero y Octubre.

Más sorprendente aun que la ceguera política de Bloch, sin embargo, es el vacío epistemológico en el que cayó. Sucede que, independientemente del centro existencial que significó para él, la Primera Guerra Mundial continuó representando un vacío explicativo. Bloch no parece haberse preguntado por las causas del conflicto en ningún momento de su vida. Su única reflexión histórica sobre la guerra fue un ensayo sobre la psicología colectiva de las noticias falsas –los rumores– en condiciones de guerra, una trivialidad dentro de la enormidad de la catástrofe que lo circundaba. Así que cuando llegó la Segunda Guerra Mundial, como secuela largamente pronosticada de la Primera, Bloch ni siquiera era capaz de ver que la derrota de

³² “Avant d’avoir moi-même, durant l’été et l’automne 1918, respiré l’allégresse de la victoire [...] savais-je vraiment ce qu’enferme ce beau mot ?”, *Apologie...*, *op. cit.*, p. 14 [*Apología...*, *op. cit.*, p. 71].

³³ “Le Maroc n’est pas, n’a jamais été un pays arabe”, Marcel Mauss, *Oeuvres*, París, PUF, 1969, vol. II, p. 563. Palabras pronunciadas en 1930.

³⁴ “Les plus fermes intelligences n’échappaient pas alors, elles ne pouvaient pas échapper au préjugé commun”, *Apologie...*, *op. cit.*, p. 65 [*Apología...*, *op. cit.*, p. 137].

³⁵ “Ils proclamaient que la guerre est affaire de riches ou de puissants à laquelle le pauvre n’a pas à se mêler. Comme si, dans une vieille collectivité, cimentée par des siècles de civilisation commune, le plus humble n’était pas toujours, bon gré mal gré, solidaire du plus fort”, *L’Étrange défaite*, *op. cit.*, p. 160.

Francia que tanto lo enristeció fue un efecto de la victoria acerca de la cual él antes se había regocijado, y que había dejado a su país con pérdidas proporcionalmente mayores a las de cualquiera de las grandes potencias, e incapaz de combatir por segunda vez de la misma manera, sin ningún aliado en el Oriente.

Nada de esto, por supuesto, afecta la estatura de Bloch como medievalista, que sigue siendo insuperable. Ningún historiador es omnícompetente. Lo que Bloch logró con su profundo compromiso con la comprensión es suficientemente extraordinario. En su ejercicio, una vez situado bien atrás en el pasado, a menudo podía proporcionar, junto con la interpretación, explicaciones mucho mejores que lo que su principio sociopsicologista podría sugerir. *Los Reyes taumaturgos* ilustra la forma en la que interpretación y explicación podían coexistir en su obra. Lo que interesaba principalmente a Bloch, y ocupó la mayor parte de su trabajo, era esencialmente la mística de la realeza sagrada y la perspectiva del enfermo suplicante. Comparativamente, su análisis de lo que desde otra perspectiva debe considerarse como el verdadero remate de su historia, a saber, el carácter esporádico de la escrófula como enfermedad cuya cura natural libraba a la imposición de manos del descrédito sistemático, es sorprendentemente breve. Más que el *–a priori* previsible– deseo de los gobernantes de aumentar su poder y de los enfermos de encontrar una cura, esta explicación materialista de lo milagroso constituye el golpe maestro *–aparentemente no buscado–* de Bloch.

La comprensión se preocupa por intenciones, y la explicación se pregunta por causas. Estas instancias serían indistinguibles si los eventos fueran siempre el resultado de las intenciones humanas, pero no lo son. Bloch estaba comprometido programáticamente con la prioridad de la comprensión, aunque, por supuesto, en sus grandes obras, *Los caracteres originales de la historia rural francesa* y *La sociedad feudal*, se ofrecen muchas explicaciones poderosas. La paradoja de *L'Étrange défaite* es que el objeto de su análisis requería, más obviamente que cualquier otro tema anterior que hubiera tratado, antes que nada una explicación objetiva. Sin embargo, a diferencia de cualquier estudio extenso realizado con anterioridad, su aproximación a este tema se basó exclusivamente en la comprensión subjetiva. El desajuste que se produce entre el objeto y el

método es tan marcado que probablemente solo su actitud frente a la Primera Guerra Mundial sea capaz de explicarlo.

Los reyes taumaturgos, que también era un favorito de Momigliano, es otro asunto. No es nada sorprendente que haya inspirado al joven Ginzburg para convertirse en historiador. Lo que Ginzburg desarrolló a partir del ejemplo de Bloch fue aquello que llamó el “caso”. En este contexto, la palabra no significa un “estudio de caso”, como utilizamos normalmente el término, sino algo más cercano a su opuesto *–en alemán, de donde proviene este uso, no Fall, sino Kasus–*. La referencia de Ginzburg es a una obra notable, *Einfache Formen (Formas simples)*, de André Jolles, el distinguido filólogo holandés que se convirtió al nazismo. Su argumento era el de que la literatura surge de ciertas formas elementales de la lengua, que aun no son en sí literarias. Para Jolles, estas formas eran la leyenda, la saga, el mito, el enigma, el dicho, la broma *–y el caso–*. Lo que quería decir con “caso” es lo que alguna vez fue explorado por la iglesia romana bajo la rúbrica de “casuística”, a saber, un acontecimiento, real o hipotético, que desafía la aplicación directa de una regla moral o lógica, y que requiere de un juicio delicado o un ingenio intelectual especial para su clasificación o resolución. Los ejemplos que Jolles aporta para este tipo de forma sencilla venían, sucesivamente, de los *faits divers* de la prensa del siglo xx, de los juglares medievales, de cuentos recurrentes narrados en Cachemira en el siglo xi y de la teología de fines del siglo xvi.³⁶ Todos ellos implican algún tipo de antinomia que perturba las normas establecidas.

Por lo tanto, los casos en el sentido propuesto por Ginzburg son anómalos antes que típicos, casi por definición. Como se sabe, se trata, en su obra, de los Nicodemistas de dos lenguas, los nocturnos Benandanti, el molinero friulano y los hombres lobo del Báltico. En sus estudios sobre ellos, siempre hay una reconstrucción del universo subjetivo del sujeto anómalo, que Bloch habría saludado como una hazaña de la comprensión considerada como el faro del historiador. Como dice Ginzburg, en cada caso la identificación de una anomalía subvierte una regla anterior, o la jerarquía historiográfica

³⁶ André Jolles, *Einfache Formen*, Halle, Niemeyer, 1930, pp. 171-193.

reinante, en la medida en que provoca una nueva generalización –la persistencia de las tradiciones milenarias del chamanismo, o la existencia de corrientes subterráneas del materialismo en las culturas populares de comienzos de la Europa moderna–. Estas conclusiones se basan en los descubrimientos del historiador. Sin embargo, cabe preguntarse si su generalización supone también una causalidad. Debido a la falta de pruebas, en casos de esta naturaleza eso ya es menos claro. ¿Por qué motivo persistió el chamanismo y qué fue lo que hizo que finalmente desapareciera? O, ¿de dónde provino el materialismo popular y a qué se debe su irregularidad? Las respuestas no están disponibles, o tal vez no existan. La revelación y la interpretación son las espadas y los corazones de este tipo de investigación; y la explicación, sus diamantes o tréboles.

¿Qué implica esto para la microhistoria practicada por Ginzburg? Recordando que la acuñación del término proviene del microscopio, Ginzburg observa que el prefijo hace referencia a la intensidad del escrutinio, y no a la magnitud de lo que se está analizando. Pero un microscopio, para ser de utilidad, debe estar enfocado en lo muy pequeño, pues de nada sirve utilizarlo para mirar al cielo. Para eso se necesitan otros instrumentos. La subversión de las jerarquías historiográficas, se podría añadir, tampoco es una capacidad específica del microscopio. A su manera, un derrocamiento no menos sorprendente se produjo durante el mismo período en el más macroscópico de los niveles, a través de la obra de Paul Schroeder, tal vez el mejor historiador estadounidense vivo, cuyo *Transformation of European Politics 1763-1848*, y otros ensayos relacionados, revolucionaron la historia diplomática, uno de los más desgraciados entre todos los campos de la disciplina, que por mucho tiempo estuvo muy cerca del fondo del escalafón del que habla Ginzburg, y contra el cual los *Annales* reaccionaron más radicalmente. Schroeder reescribió la lógica del arte de gobernar de los siglos XVIII y XIX a través de una nueva forma de historia internacional, que ahora se encuentra, conceptual y empíricamente, cerca de las alturas más desafiantes de la disciplina.³⁷ No

³⁷ Véase Paul Schroeder, *The Transformation of European Politics 1763-1848*, Oxford, Clarendon Press, 1994, y el volumen de debates dedicado a él: Peter Krüger y Paul

es casual que sea este historiador conservador, que observa el período previo a 1914 desde la perspectiva de Viena, en lugar de Berlín, París, Londres o San Petersburgo, quien haya ofrecido, por mucho, la mejor explicación de la Primera Guerra Mundial, elaborada a través de un conjunto sorprendente de argumentos contrafactuales.³⁸ Aquí rigen las causas, no los casos.

Sin embargo, no es necesario elegir entre estas dos aproximaciones. El oficio de historiador permite tantos tipos de investigación como la pintura admite estilos pictóricos. El tremendo crítico italiano de arte Roberto Longhi, otra referencia clave para Ginzburg, detestaba a Tiépolo, pues lo acusaba de haber abandonado el blanco y negro por un tencilor digno de Cecil B. de Mille, lo que mató a la pintura italiana durante un siglo. Pero incluso él, componiendo un diálogo entre Tiépolo y Caravaggio, uno de sus ídolos, le permitió a Tiépolo una réplica final.³⁹ Las tabernas de uno y los triunfos del otro no son incompatibles.

Finalmente, ¿cuál es la política de la obra de Ginzburg? A primera vista, la pregunta puede parecer fuera de lugar. La microhistoria se inspiró en buena medida en los *Annales* de los años de entreguerras, que polemizaban contra la historia política o militar, persiguiendo la excavación de estructuras más profundas de la sociedad. Entre estas, la más importante para la microhistoria fue la de las mentalidades populares, que serían estudiadas mediante la nueva operación de proximidad intensiva. También se podría pensar que el énfasis de la microhistoria de Ginzburg en lo que perdura durante mucho tiempo y es a menudo inconsciente –los componentes inmutables de la naturaleza humana según Warburg o Lévi-Strauss– debe acabar disminuyendo en gran medida la importancia de la política como ámbito del cambio consciente y activo por excelencia. Una mirada a los recientes ensayos de Ginzburg,

Schroeder (eds.), “*The Transformation of European Politics 1763-1848*”: *Episode or Model in Modern History?*, Münster y Nueva York, Lit Verlag/Palgrave Macmillan, 2002.

³⁸ “Embedded Counterfactuals and World War I as an Unavoidable War”, en Paul Schroeder, *Systems, Stability and Statecraft. Essays on the International History of Modern Europe*, Nueva York, Palgrave, 2004, pp. 157-191.

³⁹ Roberto Longhi, *Da Cimabue a Morandi*, Turín, Einaudi, 1974, pp. 1026-1034.

sin embargo, es suficiente para disipar la impresión de estar frente a un historiador apolítico. Sería extraño que no fuera así, en una sociedad tan politizada como la Italia de posguerra. Pero entonces, ¿cómo se debe definir esa política? La política de Ginzburg se mueve mediante insinuaciones y alusiones oblicuas, no mediante afirmaciones contundentes. Pero cada vez que se sugiere una posición, lo que a menudo sucede en los virajes autorales que se encuentran hacia el final de los textos, las implicaciones son claras. Las cuestiones a las que suele aludir Ginzburg incluyen: la *Shoah*, el ataque contra el *World Trade Center* y el Pentágono, la guerra contra Irak, el régimen de Berlusconi, la posibilidad de la aniquilación nuclear, la clonación y la destrucción del medio ambiente.⁴⁰ En algún sentido, la lista habla por sí misma. Es selectiva, al igual que cualquier política. No se incluyen temas relacionados con la *Nakba*, la guerra contra Yugoslavia, la ley en Italia, la oligarquía nuclear, el dominio de los mercados financieros o la civilización del capital. Lo que está claro, sin embargo, es que el impulso primario de la reacción de este historiador frente a eventos públicos en el mundo contemporáneo es un impulso ético.

Esa afirmación requiere una especificación inmediata. Ninguna postura es más ajena a Ginzburg que la del moralismo de cualquier clase. La expresión más extensa de su punto de vista político se puede encontrar en un diálogo con Vittorio Foa –un amigo de su padre, y el líder histórico de la izquierda italiana– publicado en 2003. En él, Ginzburg comenta que se siente atraído por la casuística porque no predica (*preacherly*).⁴¹ De hecho, la casuística fue perfeccionada por los jesuitas, y el gusto de Ginzburg por ella nos lleva a uno de los nodos de su posición política. Sin ser creyente él mismo, Ginzburg respeta las religiones y celebra su convivencia multicultural y su reinterpretación flexible –su “ajuste”, como él lo llama– a la luz de acontecimientos contemporáneos. Los jesuitas fueron grandes maestros de este arte, dignos de ser admirados como tales, más allá de la

exactitud bíblica o no de sus tratamientos de la escritura cristiana o de cualquier otra escritura sagrada. Pero la religión (en estado de ánimo nominalista, Ginzburg a veces duda de que el término posea significado constructivo alguno) es una cosa, y la Iglesia es otra. Ginzburg nunca ha ocultado su hostilidad hacia la institución responsable por la Inquisición, y hacia un Vaticano que continúa poseyendo un poder extensivo en Italia. La importancia de la Ilustración como referencia central para sus escritos más recientes proviene en buena parte de este hecho. Las campañas, hayan sido directas o indirectas, de Bayle, Voltaire, Diderot o Hume contra la persecución y la intolerancia aparecen a sus ojos como la herencia que aquellos que llegan a Europa desde otras orillas y confesiones tienen derecho a esperar de ella en nuestra propia época, y frente a la cual la Iglesia desde Montini a Ratzinger aún debe medirse: la Ilustración continúa siendo ejemplar para nosotros hasta hoy, por su valentía moral y por su imaginación.

El reconocimiento por parte de Ginzburg de la deuda que tenemos con las mentes de aquella época conforma una profunda corriente subterránea que atraviesa gran parte de su obra más reciente. Pero puede resultar significativo que –al menos hasta ahora– le haya dado poco lugar a dos pensadores, Montesquieu y Rousseau,⁴² que fueran los grandes teóricos políticos de la época. ¿Podría su relativa ausencia de la nómina ilustrada de Ginzburg sugerir cierta incomodidad ante ellos? La ausencia de las *Cartas persas* en la genealogía del extrañamiento es lo suficientemente evidente. ¿Y *El espíritu de las leyes*? ¿Será una obra demasiado sistemática, a los ojos de alguien que se resiste a los sistemas de pensamiento, como para ganarse la atención de Ginzburg?, ¿o simplemente demasiado centrada en las estructuras políticas de las que se apartaban los *Annalistas*? Rousseau, confinado a un pasaje ominoso de *Émile*, es quizá la omisión más significativa. ¿Demasiado sacerdotal? ¿Demasiado revolucionario? Habrá que esperar para ver.

⁴⁰ Carlo Ginzburg, *Il Filo e le tracce*, op. cit., pp. 220-224, 136-137; “Public Secrets”, en *Occhiacci di legno*, op. cit., pp. 69, 207.

⁴¹ Vittorio Foa y Carlo Ginzburg, *Un dialogo*, Milán, Feltrinelli, 2003, p. 81.

⁴² Montesquieu realiza una breve aparición en “Provincializing the World: Europeans, Indians, Jews” [1704], *Postcolonial Studies*, n° 2, 2011, pp. 141 y 146; Rousseau una un poco más extensa en “Lectures de Mauss”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 65-66, 2010, pp. 1308 y ss., donde aparece como una fuente para las ideas sobre el don de Mauss, elogiado por su sabia condena de la violencia bolchevique en 1923.

Entonces, ¿cómo se debe describir el lado político de este historiador? En una reseña, el eminente poeta y crítico italiano Franco Fortini, que conocía a Ginzburg, describió *Historia nocturna* como el trabajo de un conservador liberal. No usaba esos términos en su sentido americano, sino en su sentido europeo, que no implica ningún oxímoron. En aquella ocasión, la descripción pareció fuera de lugar.⁴³ Pero hay un sentido honorable de cada uno de esos términos que puede aceptarse como una indicación del lugar que Ginzburg ocupa hoy: liberal en lo que se refiere a la tolerancia y las libertades fundamentales, conservador en relación a la naturaleza y al medio ambiente. ¿Qué sucede entonces con el término “populista”, que hace veinte años parecía preferible a cualquiera de estos? Se trata de un término al que recurre el propio Ginzburg para describir el trasfondo de sus primeros escritos, y que Franco Venturi utiliza para su padre, a quien veía como el equivalente italiano de un *narodnik*.⁴⁴ Al igual que “liberal” y “conservador”, tiene alguna aplicación, en el sentido de que una fuerte simpatía y solidaridad con la vida popular informa toda la obra de Ginzburg, quien una vez describió la microhistoria como una “prosopografía desde abajo”.⁴⁵ Pero el populismo es también un término ambiguo, que tiene muchas otras connotaciones, demasiadas –la Liga del Norte es populista, pero para el *establishment* europeo también lo es cualquier revuelta contra su poder– como para que pueda servir como más que una descripción muy tentativa, aproximativa e inexacta, de su actitud.

Teniendo en cuenta que a Ginzburg no le gustan las etiquetas de ningún tipo, y que evade

ser capturado por cualquiera de ellas, ¿podría intentarse una definición más exacta de su política? Quizás esta. Si nos fijamos en lo que lo ha movilizado a hacer comentarios, directa o indirectamente, sobre las cuestiones del día, vemos que casi siempre se ha tratado de algún caso de amenaza para la vida o para la libertad. Es una política defensiva. En su diálogo con Foa, Ginzburg presionó a su amigo para que arrojara, como él dice, “las hojas muertas del radicalismo”.⁴⁶ El radicalismo –Rousseau fue una de sus personificaciones– tiene, sin embargo, la capacidad de hacer brotar hojas nuevas, por lo general un poco más brillantes que las hojas perennes de la moderación: sobre todo en Italia, desde que un árbol jacobino fuera plantado en Roma en el año VI de la Revolución. El radicalismo es un espíritu de ataque, no de defensa, y ambos tienen su lugar en una política más amplia. La defensa que Ginzburg hace de su amigo Sofri puede servir como muestra de su práctica política como un todo: evitar una injusticia, y no denunciar *esta* justicia –basada en la recompensa legal para la delación y la protección de los testigos comprados– como sistema que debería ser abolido. No se debe tener demasiadas esperanzas ni objetivos tan altos. En el final del que tal vez sea el más poderoso de todos sus ensayos, “Matar a un mandarín chino”, que habla sobre el embotamiento de nuestros sentimientos producido por la distancia, se lee: “Extender nuestra compasión a los seres humanos hartos distantes de nosotros sería, me temo, un acto de mera retórica. Nuestra habilidad para contaminar y destruir el presente, el pasado y el futuro es incomparablemente mayor que nuestra débil imaginación moral”.⁴⁷ □

⁴³ Perry Anderson, *A Zone of Engagement*, op. cit., pp. 227-228.

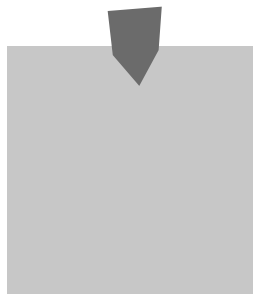
⁴⁴ Carlo Ginzburg, *Il Filo e le tracce*, op. cit., p. 283.

⁴⁵ E. Muir y G. Ruggiero (eds.), *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, op. cit., p. 7.

⁴⁶ Vittorio Foa y Carlo Ginzburg, *Un Dialogo*, op. cit., pp. 37 y ss., 93 y ss.

⁴⁷ Carlo Ginzburg, *Occhiacci di legno*, op. cit., p. 207.

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

José Emilio Burucúa,
El mito de Ulises en el mundo moderno,
Buenos Aires, Eudeba, 2013, 246 páginas

Un ánimo atento a las fórmulas expresivas que han moldeado los rasgos distintivos de la cultura en Occidente difícilmente podría desentenderse del rol que Odiseo, Ulises, el célebre soberano de la isla de Ítaca, tuvo en la configuración de algunos de los más ricos lugares comunes de la creación artística. El presente trabajo del profesor José Emilio Burucúa presenta un rico disparador heurístico al concentrarse en la recurrente presencia del héroe aqueo en las manifestaciones culturales del mundo moderno, aquel que empieza a vislumbrarse en la inventiva de Dante y se transforma definitivamente en la transición ilustrada hacia la geografía industrialmente determinada de nuestra contemporaneidad. El “mito de Ulises” significa, para el autor, “el conglomerado de relatos que la cultura greco-romana elaboró” sobre la figura de aquel, y el foco se dirige hacia el “problema cultural de la transmisión histórica de este mito”.

La obra reconoce el precedente del profesor W. B. Stanford, quien con *The Ulysses Theme* (1954) llevó a cabo una erudita *inquisitio* sobre la figura del itacense y supo ir más allá de las fronteras de la Antigüedad. Más recientemente, la Universidad de Michigan (que con la reedición en la década de 1960 el libro germinal de Stanford había demostrado su particular

interés en el tema) ha publicado otros dos trabajos sobre el héroe, el de T. Van Nortwick (2008) y aquel de S. Montiglio (2011). A este verdadero campo de estudios que gravita en torno de la figura del itacense deberían agregarse otras notables contribuciones, como las de M. Fubini (1966), F. Bromner (1983), B. Rubens y O. Taplin (1989), P. Boitani (1992), P. Citati (2002), O. Estiez, M. Jamain y P. Morantin (2006) y P. Ford (2007). Consideración aparte merecen el estudio colectivo *Odysseus/ Ulysses* (1991) y el más reciente *The Return of Ulysses. A Cultural History of Homer's Odyssey* (2008), de E. Hall, por su ambicioso –y eficaz– propósito diacrónico.

Burucúa parte desde los mismísimos orígenes, destacando las primeras representaciones conocidas del mito, en sendas *oinochoé* y *pithos* que datan del siglo VIII a.C., esto es, en el momento en que la obra homérica estaba siendo immortalizada mediante la evidencia escrita. Pero solo hacia los siglos V y IV este tipo de composiciones pictóricas ganarían en riqueza compositiva, en paralelo al florecimiento de las letras y la cultura clásica. Una novedad sería la aparición de retratos satíricos de Odiseo.

A partir de esto último, recuerda Burucúa que el Laertíada recibió por parte de los atenienses un trato

sensiblemente distinto del que pareciera desprenderse de la épica homérica. Píndaro abrió el camino reivindicando la figura de Áyax y Esquilo caracterizó al héroe como un descendiente del miserable Sísifo, pero los ejemplos más cabales provienen de Sófocles y Eurípides, quienes llegaron a presentar a Ulises como un líder artero, insensible y cruel. Sin embargo, el influyente Platón manifestó admiración por la modestia con que el itacense había elegido reencarnar en un hombre común, libre de las exigencias de la vida pública y la *hýbris* de los héroes. Más adelante, la escuela estoica se plegaría al campo apologético, pero más bien admirando su carácter cosmopolita y ávido de conocimiento.

Es preciso detenerse en esto último, porque Burucúa destaca que el regreso estelar de Ulises a la cultura occidental está ligado a aquel deseo irrefrenable de conocer. Se refiere a la *Commedia* de Dante, en cuyo canto XXVI del Infierno el héroe aparece castigado por su *sapere aude* –que Horacio le atribuyera oportunamente– y confiesa narrando aventuras posteriores a su reencuentro con su tierra, su mujer, su hijo, su padre, su reino, ninguno de los cuales pudo vencer su anhelo de “correr por doquier a la ventura, por conocer el mundo como experto, y al hombre con sus vicios y cultura”. Inaccesibles los poemas homéricos, Alighieri debió

recurrir a otras fuentes. Al rastrearlas, Burucúa reconstruye la trayectoria del héroe por fuera de Homero y Atenas, comenzando desde Roma, donde entre los siglos III y I el teatro de Ennio, Pacuvio, Accio y Plauto así como la *Eneida* de Virgilio presentaron una versión un tanto crítica, muy similar a la de los trágicos atenienses. Cicerón, en cambio, tal vez por la influencia de estoicos y platónicos, veía en Odiseo un ejemplo de virtud por su patriotismo, su constancia y su sed de contemplación de lo más elevado, tal como lo haría Séneca algunas generaciones más tarde. Pero la principal fuente romana para el imaginario medieval que estimuló la imaginación de Dante sería Ovidio, especialmente en sus *Metamorfosis*, donde el itacense destacaba por la fina oratoria que lo hizo merecedor de las codiciadas armas de Aquiles y, transitivamente, por su propensión a la concordia.

Burucúa señala que los medievales (entre los cuales habría que destacar a la *Roman de la Troie*, de Benoît de Saint-Maure) debieron construir una narrativa original sobre el ciclo troyano basándose en fuentes dispersas o bien poco confiables. Más allá del rico material provisto por Ovidio, el suministro principal estuvo en las enigmáticas crónicas *De excidio Troiae historia*, del incógnito Dares Frigio, y aquel *Ephemeridos belli Troiani* del tal Dictis Cretense. Aun con esta fundamentación medieval, Burucúa afirma que Dante participaba, al mismo tiempo, de la conflictiva y renacentista operación de lo que A. Warburg llamara “la vuelta a la vida de lo antiguo”, pues ponía de

relieve “una fuerza necesaria, la traída consigo por las formas y figuras que regresan a la plenitud de la vida histórica de los hombres e involucran tanto a la obra de nuestro intelecto cuanto a la de nuestras pasiones y afectos” (p. 67).

Ahora bien, la *Commedia* inauguró tanto como exhumó, pues la recuperación de la *Odisea* gracias al bizantino Leoncio Pilatos, en tanto traductor, y a Boccaccio, en tanto divulgador, limitó la difusión del Ulises dantesco y, con él, los retratos medievales. Burucúa agrega que la inmensa influencia de Boccaccio se complementaría poco después con un nuevo capítulo típicamente renacentista: la recuperación de la hermenéutica neoplatónica. En este caso, se trataba específicamente de la lectura mística y alegórica que hiciera Porfirio en *Antro de las ninfas*. Tal como lo harían después de él los hombres del Renacimiento, Boccaccio se sirvió también del trabajo de algunos padres cristianos (San Jerónimo y San Basilio, principalmente), que habían intentado en la transición tardoantigua reescribir la mitología pagana en clave moral y cristiana.

Burucúa observa que a lo largo del siglo XVI serían los humanistas, impulsados por las ambiciones propagandísticas de las monarquías, los encargados de “devolverlo a la vida”. La “alteridad y comicidad” que le otorgara Aldo Manuzio repercutiría en Erasmo y, transitivamente, en Rabelais, pero la consagración transalpina de Odiseo llegaría con la Pléyade, y más precisamente con Jean Dorat, el experto helenista que instruyó al

laureado Ronsard –autor de la truncada *Franciade*, mediante la cual se había propuesto suministrar a los Valois su propio linaje troyano–. Burucúa le atribuye a Dorat el haber contribuido a “transformar al personaje de la *Odisea* en un espejo mitológico de los reyes de Francia” alrededor de 1550 al destacar en el itacense las virtudes de la paciencia, la sabiduría, la piedad, la justicia y la moderación, características que permitieron a los Reyes Cristianísimos evitar la tentación de ceder a los encantos del protestantismo.

La recepción del mito durante la Edad Moderna podría resumirse, según Burucúa, en dos grandes esquemas argumentales asociados con el nombre de Ulises. Por una parte, verifica durante el *Cinquecento* dos complejos de oposición: uno moral, ligado a la prudencia y el engaño, y otro filosófico, que opone la sabiduría al conocimiento falso. Mientras que la literatura emblemática de Alciato y el *Quijote* de Cervantes recurrieron con frecuencia al Laertiada como ejemplo de discernimiento moral, serían ánimos escépticos (entre los cuales incluye a Montaigne y a Shakespeare) los que destacarían el ejemplo de discernimiento gnoseológico con que Odiseo supo reconocer la imposibilidad de acceder a los misterios del mundo.

Por otra parte, percibe durante la era barroca una divergencia entre representaciones fabulosas y burguesas del mito. Encuentra numerosos ejemplos de las primeras en el teatro del Siglo de Oro español, de acuerdo con una tendencia de mirar al mundo antiguo de forma “cada

vez más ilusoria, ficcional, risueña e irónica” (p. 129). La contraparte sería una reacción antihomérica ligada a la configuración de los valores burgueses que conllevaba el objetivo de desacralizar el mundo clásico, tal como lo expresara la pintura flamenca y la joven ópera (específicamente en la obra alusiva al retorno de Odiseo compuesta por Monteverdi y Badoaro). Basándose en esta premisa, Burucúa se inclina a otorgarle plausibilidad a la hipótesis de Adorno y Horkheimer respecto del rol central del héroe en el advenimiento de los valores culturales propiamente burgueses.

Tal vez destacar la crítica a la *naïveté* de los antiguos por parte de Pierre Bayle vaya en busca de complejizar esta última observación, pues el frondoso hombre de letras afirmaba que la obra homérica era a los ojos de su tiempo “demasiado burguesa y solo apta para la Comedia”. Tanto la risa de Bayle como la solemnidad de Madame Dacier y Fénelon y el materialismo de Vico son, a los ojos de Burucúa, los eslabones hacia la era romántica del mito, prevista por Goethe e inaugurada formalmente por el *ethos* de la Britania previctoriana. Desde el punto de vista romántico, Ulises expresaba “la vida como movimiento perpetuo, insatisfacción, desasosiego, vagabundeo en busca de una explicación inalcanzable” (p. 157). Y nuevamente la duplicidad: Odiseo desempeña un rol tanto a la hora de expresar los desequilibrios acarreados por la experiencia transatlántica de la civilización

occidental como en la desarticulación social producida por el capitalismo en el interior de las sociedades europeas. Entre A. Tennyson, S. Coleridge y el *Moby Dick* de Melville en las letras y J. W. Turner, H. Füssli y F. Preller en la pintura parecieran interpretarlo en tanto epítome de la entereza, en palabras de Nietzsche, “sorda frente a los señuelos de los viejos cazadores metafísicos” que intentaban desviarlo de su verdadera naturaleza.

Nuestra contemporaneidad demuestra, desde la perspectiva de Burucúa, que el *nostos* del itacense aún contiene variables originales. Desde el retrato de Duchamp (1913), pero sobre todo desde la significativa *Ulysses* (1922) de Joyce, el mito recuperaría su versión satírica. En el caso de este último, su impacto sobre la cultura occidental ha sido tan profundo que toda referencia sobre la jornada dublinese de Leopold Bloom aporta, en última instancia, una visión sobre la larga narración que le sirve de hipotexto. Burucúa destaca también el magnetismo que provocó el héroe aqueo en Chagall, y otorga un lugar de privilegio a N. Kazantzakis, quien con su propia *Odisea* (1938) pareció comprender mejor que nadie las pugnas existenciales del Ulises dantesco.

La investigación se cierra con algunos ejemplos rioplatenses e iberoamericanos de reapropiaciones del mito que incluyen al omnisciente Borges y al *Adán Buenosayres* de Marechal, entre los primeros, y a José Vasconcelos, Haroldo de Campos y la artista plástica Lenir de Miranda, entre los segundos. Pero es a la hora del apéndice donde cabe

preguntarse si el análisis de la reescritura de *Il ritorno d'Ulisse a la patria* por parte de Luigi Dallapiccola no es la oportunidad de condensar las preocupaciones que estructuraron este libro, pues en la sensibilidad de este último se percibe, concluye Burucúa, el nudo trágico que marcaría al mundo de posguerra.

Estamos ante una obra imprescindible a la hora de calibrar el itinerario expresivo de las representaciones del héroe en Occidente, y para comprender en todas sus dimensiones el valor de esta investigación sería conveniente ligar los mecanismos metodológicos puestos en juego aquí con una herramienta hermenéutica inmejorable utilizada anteriormente por el autor: el concepto de *Pathosformel*. Provisto por Warburg (1905), Burucúa se ha ocupado de definirlo (no ya en el presente libro, donde lo subyace implícitamente, sino en *Historia y ambivalencia*, de 2006, en el cual también anticipó algunas de sus hipótesis en torno de Odiseo) como un conjunto de formas históricamente determinado que “refuerza la comprensión del sentido de lo representado induciendo un campo afectivo donde se desenvuelven las emociones precisas y bipolares que una cultura subraya como experiencia básica de la vida social”, y el eco de estas palabras vertebrada de un modo original la travesía intelectual en que *El mito de Ulises en el mundo moderno* embarca al lector.

Santiago Francisco Peña
UBA-Université
de Paris-Sorbonne
(Paris IV)/ CONICET

Julián Verardi,
Tiempo histórico, capitalismo y modernidad,
Buenos Aires, Miño y Dávila, 2013, 336 páginas

No son muchos los historiadores argentinos que se han dedicado a la modernidad temprana, aunque existen ejemplos de gran calidad. El libro de Julián Verardi forma parte de esa selecta tradición y sus méritos la enriquecen: es una obra erudita e inteligente, sobre un conjunto de problemas pocas veces abordado en español de modo tan profundo. *Tiempo histórico, capitalismo y modernidad* postula que el proceso de transformación política y social de Inglaterra entre 1540 y 1640 dio lugar a una aceleración del tiempo histórico y a una mutación del hecho mismo del cambio. La emergencia de lo que conocemos como una “sensibilidad moderna”, sostiene Verardi, es producto de esos hechos. Se trata de una gran transformación, aunque temporal y espacialmente heterogénea. De acuerdo con la hipótesis del autor, la coexistencia de dos sistemas de producción y la dificultad de concebir el cambio volvió a los hombres de aquel tiempo conscientes de una profunda crisis cultural, que los llevó a la reflexión, pero también a la desesperación.

El primer capítulo del libro está consagrado al cambio y a un problema historiográfico siempre central, el de las continuidades y las rupturas que nos llevan a establecer una periodización determinada del pasado. El autor defiende una

interpretación tradicional, de raíz burckhardtiana, cuya genealogía remonta a William Camden y Francis Bacon, pero que podría extenderse también a Giorgio Vasari en un contexto más amplio.¹ En este marco, la Edad Media es concebida como una época de atraso que el Renacimiento habría renovado. Verardi reconoce que Burckhardt y los suyos exageran la oscuridad medieval, pero interpreta que procedían de ese modo para “enfatar el quiebre epocal que existía a través del Renacimiento entre la Edad Media y la Edad Moderna” (p. 25). La “rebelión de los medievalistas” (entre cuyos protagonistas el autor destaca a Etienne Gilson, Charles Haskins y Lynn Thorndike, pero que bien podría incluir a Gustave Cohen y las obras pioneras de Henry Thode y Émile Gebhart)² habría buscado corregir los abusos de esa historiografía, exagerando a su turno la originalidad y la

¹ Giorgio Vasari, *Le vite de' più eccellenti architetti, pittori, et scultori italiani...*, Florencia, 1550-1568, esp. el proemio de la tercera parte; véase también Pierluigi De Vecchi y Elda Cerchiarì, *I tempi dell'arte*, Milán, Bompiani, 1999, vol. 2, p. 144.

² Gustave Cohen, *La Grande Clarté du Moyen Âge*, Nueva York, Maison française d'édition, 1943; Henry Thode, *Franz von Assisi und die Anfänge der Kunst der Renaissance in Italien*, Berlín, G. Grote, 1885; Émile Gebhart, *L'Italie mystique: histoire de la Renaissance religieuse au Moyen Âge*, París, Hachette, 1906.

riqueza de la cultura medieval. Establecida la distinción entre ambos momentos, el resto del capítulo se ocupa del problema de las diferentes concepciones del tiempo y el cambio en el mundo medieval y moderno. Se discuten aquí las diversas articulaciones de espacios de experiencia y horizontes de expectativa y las ideas de tiempo cíclico y tiempo lineal. Especial consideración merece el teorema de la secularización planteado por Karl Löwith, según el cual el pensamiento moderno no consiste en la liberación de la razón y la emergencia de la confianza del hombre en sus propias capacidades, sino en una idea de progreso que no es más que la secularización de la escatología cristiana. Verardi se apoya aquí en la crítica de Hans Blumenberg a estas ideas, según la cual la Edad Moderna debe pensarse como una creación nueva, desligada del mundo precedente, cuya legitimidad se desprende de concepciones de la historia y del futuro por completo inmanentes, que no dependen de eventos extrahistóricos para su realización. Asimismo, a partir de la idea de que durante el medioevo nada alteraba el espacio de experiencia conocido y las expectativas de futuro se nutrían totalmente de las experiencias del pasado, propuesta por Reinhart Koselleck, Verardi busca probar que el lento ritmo del cambio y

el extremo localismo medieval explican ese fenómeno, y que la transformación de esas condiciones está detrás de la aceleración del tiempo histórico moderno. Pero junto con esa novedad, y antes de su consolidación, las transformaciones de 1540-1640 son vividas como signos de que el mundo se aproxima a su fin, y aparecen la condena del cambio como sinónimo de decadencia, la reafirmación de lo establecido y la profecía apocalíptica, siempre repetida y siempre decepcionada.

El segundo capítulo se ocupa de dos casos ingleses particulares, en los cuales el problema del cambio aparece como fundamental: el debate acerca de la antigua constitución inglesa y de la conquista normanda en el marco de la discusión política, y la concepción de la historia. Respecto de lo primero, el autor sigue el largo debate sobre las libertades del reino y las prerrogativas real y parlamentaria. J. G. A. Pocock ya había notado que los más notables descubrimientos en este campo, la introducción de la tenencia feudal y de principios fundamentales del derecho por parte de los normandos, obra de Henry Spelman, no fueron publicados de inmediato ni entraron en el debate público enseguida.³ Verardi sostiene que los Niveladores durante la Revolución encarnaron una gran novedad acerca de este

último punto, pues reconocieron el cambio en el pasado, lo propusieron para el futuro y no pretendieron justificar la libertad porque así habían vivido siempre los ingleses, sino por la convicción de que una nueva sociedad requería una nueva forma de gobierno, tal como propondría también James Harrington. En cuanto a la idea de historia, destaca que su concepción como *magistra vitae* se corresponde con un marco conceptual premoderno, en el cual todas las épocas son iguales entre sí. Fue justamente en el período analizado que historiadores como John Selden propusieron no solamente una historiografía veraz, sino que reconocieron también “la diferencia entre las épocas”. Verardi concluye que los orígenes de la conciencia moderna de la diferencia entre pasado y presente no surgen del pensamiento historiográfico, sino de un campo de juego inaugurado por la aceleración del tiempo histórico, por el cual la época contemporánea no podía ya reconocerse enteramente en el pasado. Comparto esa opinión,⁴ aunque el minucioso análisis de esta sección deja en claro que las expresiones historiográficas y metodológicas de tal cambio no son irrelevantes para la forma en que ese proceso se manifiesta.

El tercer capítulo está dedicado a las cambiantes relaciones entre autoridad, razón y experiencia. Según el autor, en tanto la verdad,

proveniente de Dios, estuviera anclada en un sentido fijado en la autoridad, cada vez que un contenido nuevo contradijera lo hasta entonces aceptado se produciría un conflicto importante, en general resuelto en favor de la autoridad. Sin embargo, los cambios que supuso la aceleración del tiempo histórico tuvieron como consecuencia que esos contenidos nuevos fueran más y más frecuentes. En consecuencia, sostiene Verardi, la fe debió o bien ser separada totalmente de la ciencia o bien equiparada a la razón en un modo igualmente completo y, en ambos casos, la perdedora de la ecuación sería la autoridad, lo que llevaría, a su turno, a un peso creciente de la experiencia sobre ella y a un inédito elogio de la novedad, incluso en el vocabulario que se crea para describir una realidad antes desconocida. El autor aborda estos problemas, entre otras cosas, a partir de la historia de los saberes prácticos y teóricos de “sabios, artesanos y navegantes”, lo cual destaca la gran novedad de la empresa baconiana que celebra “el verdadero y legítimo matrimonio entre la facultad empírica y la racional” (cit. en la p. 120), que luego se prolongaría en los objetivos de la *Royal Society*. El cuarto capítulo, que cierra la primera parte del libro, es un *excursus* copernicano en el que se estudian las precondiciones de la verdad a partir de las implicaciones de las observaciones astronómicas de Galileo con el telescopio (y de sus críticos) para la construcción de una idea nueva de verdad a partir de la observación, los sentidos y las

³ John Greville Agard Pocock, *The Ancient Constitution and the Feudal Law A Reissue with Retrospect*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 99-100.

⁴ Nicolás Kwiatkowski, *Historia, progreso y ciencia*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009, p. 164.

experiencias derivadas de ellos. Aunque la digresión pueda parecer en principio extemporánea, el papel de la verdad y la experiencia en la conformación de la sensibilidad moderna, objeto del libro, la justifica por completo. Tal vez sí podría observarse aquí que el caso de Galileo se vincula con las preocupaciones y las prácticas de arquitectos y artistas del Renacimiento italiano, de Brunelleschi a Leonardo da Vinci: perspectiva, óptica, experiencia, articulación de saber teórico y práctico son comunes a todos ellos y no son ajenas al dinamismo social y económico de las ciudades Estado italianas de la época.⁵ Un análisis de este tipo habría extendido mucho el *excursus*, pero podría haber provisto un apoyo continental a la prueba británica que sustenta la tesis general del libro.

La segunda parte se inicia con dos capítulos sobre la comunidad y el individuo en el mundo moderno y en el premoderno, que Verardi conecta minuciosamente con diferentes concepciones del espacio físico. Así, el lugar natural aristotélico implica una naturalidad del sitio del cuerpo en el espacio que se replica en la concepción de los lugares de distintas clases de hombres en la sociedad, lo que a su turno tiene implicaciones sobre las nociones de orden y caos en el mundo físico y en el mundo social. En ese sentido, la imagen de una comunidad

idílica bajo la protección patriarcal del rey “fue paulatinamente erosionada por el eclipse de la inscripción comunitaria de las personas en la sociedad” (p. 208).⁶ Del mismo modo, Verardi interpreta que la transición de la centralidad de la comunidad durante el medioevo a la del individuo en la modernidad proviene de relaciones sociales fundamentales radicalmente distintas en cada caso: “solamente una vez que la inscripción de las personas en la sociedad dejó de depender de su adscripción comunitaria fue posible afirmar la libertad universal de las personas en virtud de su humanidad y no de su pertenencia a una u otra comunidad, a una u otra corporación [...]. Esta igualdad y esta libertad propias a individuos disociados inauguran asimismo las condiciones de posibilidad para el desarrollo de la filosofía política del siglo xvii, que en la obra de Hobbes dejaría atrás los conceptos tradicionales de los lugares naturales y sus funciones asociadas” (pp. 235-236). Tal vez quepa preguntarse aquí acerca de la tensión entre la idea de comunidad como esencial para la vida feudal y el ideal medieval del anacoretismo.⁷ Esto podría debilitar el argumento de Verardi (cómo es

posible que en una sociedad donde no hay nada fuera de la comunidad ese sea un ideal de vida) o fortalecerlo (la comunidad se produce con Dios, la contrapartida de quien se aparta de la sociedad para ello en el mundo moderno es quien participa de la vida secular, fundamentalmente política, que solo puede pensarse en términos modernos en ciertas condiciones sociales).

El séptimo capítulo aborda los vínculos entre puritanismo, acción y progreso. Verardi tiene espacio allí para ocuparse de tesis centrales de la historiografía del siglo xx. Mencionemos apenas dos de ellas. Por un lado, el tema de la ciencia y el puritanismo, que suscitó grandes debates a partir de la tesis de Robert Merton. Correctamente, Verardi enfatiza las afinidades, centradas en las ideas de acción, transformación y trabajo, que no implican el carácter indispensable del puritanismo para el desarrollo de la ciencia. Por otro lado, el texto se ocupa de la reforma y el capitalismo: se insiste en las diferentes concepciones de la articulación entre economía y sociedad según se trate del mundo medieval o del mundo moderno (que, interpreta el autor, proceden de distintas relaciones sociales entre las personas).⁸ Cabe lo mismo respecto de los paralelos posibles entre la noción de que la naturaleza puede transformarse mediante un conocimiento orientado a la

⁵ Véase, por ejemplo, José Emilio Burucúa, *El libro de la naturaleza: Estudio acerca de las ideas de Galileo Galilei sobre las artes figurativas*, Buenos Aires, FFYL, 1984.

⁶ Nuevamente, el caso italiano, donde el imaginario de los tres órdenes fue puesto en jaque por la aparición de los *homines novi* durante el Renacimiento, podría haber provisto una interesante forma de control historiográfico de la hipótesis macro.

⁷ Por ejemplo, Tom Licence, *Hermits and Recluses in English Society, 950-1200*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

⁸ Para una visión diferente de las causas del mismo hecho, véase Otto Brunner, “La ‘casa grande’ y la ‘oconomica’ de la vieja Europa”, en *Prismas*, n° 14, 2010, pp. 117-136.

práctica y la idea de que la sociedad puede y debe transformarse a partir de la acción. Según la idea de Christopher Hill, que Verardi comparte, “los predicadores trataron de poner en términos espirituales lo que los hombres ya estaban haciendo” (p. 259).

El epílogo del libro, “Fuerzas productivas e imaginación social”, enfatiza las preocupaciones teóricas de Verardi, evidentes en toda la segunda parte y centradas en una relectura del pensamiento histórico de Karl Marx a partir

del caso estudiado. Reaparecen aquí problemas como el de las relaciones entre la base productiva de una sociedad y sus características culturales fundamentales: tendientes a la reproducción y sospechosas de la novedad en el medioevo, orientadas a la renovación permanente de las ideas y las representaciones en el capitalismo. El autor insiste en que “sólo cuando el futuro dejó de ser inmediatamente reconocible en el pasado, la ‘básicamente inmutable estructura profética medieval’

[...] que durante la Edad Media podía repetir indefinidamente su forma modificando contenidos pudo ser plenamente desacreditada”. *Tiempo histórico, capitalismo y modernidad es*, entonces, un libro que trata sobre todo de los límites de lo pensable, pero no rehúye analizar las audacias del pensamiento. Está bien que así sea.

Nicolás Kwiatkowski
UNSAM/CONICET

Franco Venturi,
Utopía y Reforma en la Ilustración,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, 240 páginas

La reciente edición de *Utopía y Reforma en la Ilustración*, clásico libro del historiador italiano Franco Venturi (1914-1994), constituye una inesperada pero enriquecedora novedad, acaso una hendija de luz en un panorama editorial nacional más bien nebuloso en relación a la presencia de historiadores extranjeros. Decimos edición inesperada ya que, en términos temporales, *Utopía y Reforma* dista de ser una primicia: editado originalmente en Inglaterra en 1971, el libro reúne las conferencias que dictó Venturi en el marco de las prestigiosas “George Macaulay Trevelyan Lectures” en la Universidad de Cambridge durante el año académico 1968-1969. Uno podría preguntarse, a simple vista, por qué debería ser relevante reseñar –siquiera publicar– una serie de charlas sobre la Ilustración europea que un historiador italiano realizó hace casi 45 años. Y, sin embargo, su edición por primera vez en español reviste radical importancia, no solo por la escasez de textos de Venturi en nuestro idioma, sino particularmente por la frescura de las hipótesis sugeridas por el historiador italiano, y cómo las mismas sembraron la semilla de una transformación en el campo de los estudios sobre la historia de las ideas y el pensamiento político, particularmente en la mente de J. G. A. Pocock y otros historiadores de Cambridge.

Antes de pasar a reseñar el contenido del libro, es fundamental detenernos en el estudio preliminar de Fernando Devoto, “Franco Venturi: historiador, intelectual, político”, quien estuvo, además, al cuidado de la presente edición, lo que puede observarse en la impecable traducción de Hugo Salas y en la selección de las imágenes que acompañan a cada capítulo y están en la cubierta del libro. Lejos de ser una mera cuestión estética, cada imagen anticipa y visualmente resume el contenido del capítulo, enriqueciendo su lectura. Quienes hemos cursado con el profesor sabemos de su interés por la historiografía italiana y, particularmente, por el libro de mayor renombre de Venturi, *El populismo ruso* (Alianza, 1981). En este estudio, Devoto reconstruye con la enorme erudición y precisión que lo caracteriza el devenir político, académico e ideológico de Venturi hasta el momento en que fue invitado a dar estas conferencias en Cambridge. Así, situando al historiador en el marco de las convulsiones políticas y culturales de la Europa de entreguerras y de la segunda posguerra, Devoto traza las líneas del evidente diálogo que estableció este historiador y militante socialista italiano con su presente. Nacido en Roma en 1914 en el seno de una familia de intelectuales académicos, a

los 17 años Franco Venturi tuvo que exiliarse en París debido a la persecución fascista, ya que su padre había sido uno de los pocos profesores universitarios que no juramentaron su fidelidad al régimen de Mussolini. En su exilio parisino, que duraría hasta 1940, combinó de manera complementaria sus inquietudes políticas, participó en los círculos antifascistas de Giustizia y Libertà, con sus incipientes pesquisas académicas, realizó sus estudios de grado y posgrado en la Sorbona y publicó sus primeras reseñas e investigaciones. Entre estas últimas sobresale *Jeunesse de Diderot*, libro que publicó cuando tenía tan solo 24 años y que cimentaba los primeros peldaños de una, en términos de Fernando Devoto, “historia política de las ideas que busca el momento creativo de estas, que es cuando se articulan en la práctica y en la acción política” (p. 22). Si bien, tras duros años de encarcelamiento –por la policía franquista primero y por el régimen fascista después– Venturi disminuirá su militancia política, y su curiosidad y erudición por el pensamiento radical ilustrado, las minorías activas y la búsqueda de manuscritos inéditos seguirán siendo los signos inequívocos de su labor como historiador académico.

Utopía y Reforma en la Ilustración se divide en un

apartado introductorio y cinco capítulos, que progresivamente van desarrollando una preocupación fundamental por comprender “el complejo pero productivo equilibrio entre utopía y reforma” (p. 57) de la Ilustración europea. Ya desde la Introducción, Venturi retoma una de las premisas fundamentales del pensamiento ilustrado, el rechazo por la construcción de sistemas filosóficos, para centrarse en el funcionamiento de las ideas políticas durante el siglo XVIII. Es decir, motiva su interés una genuina preocupación de historiador de oficio, una búsqueda por dar una visión realista y crítica del fenómeno, antes que la subordinación de su perspectiva bajo premisas ideológicas o filosóficas, sean cuales fueren. Dialoga en este punto con Peter Gay, que en su *The Enlightenment: An interpretation*, de 1967, había insuflado nuevos aires a los análisis sobre la Ilustración, aunque desde la otra orilla, buscando los orígenes de las ideas ilustradas en un remotísimo pasado de acentos griegos, hebreos y romanos, en lo que socarronamente Venturi denomina “el círculo mágico de la tradición de la *Aufklärung* alemana” (p. 61). También se opone a la que denomina “historia social de la Ilustración”, de impronta esencialmente marxista, y que ve en las ideas ilustradas una mera etapa en la conformación y la evolución de la ideología burguesa, o que incluso estudia las ideas cuando se han convertido en “estructuras mentales” ya forjadas y definidas. Por el contrario, Venturi propone abordar el pensamiento político ilustrado

desde la perspectiva de la creación activa, para lo cual focaliza en los contextos específicos de la praxis de las minorías intelectuales. A partir de estas premisas y posicionamientos, Venturi aborda tres problemas aparentemente diferentes, pero que el historiador italiano aún en una historia política de la Ilustración: los vínculos entre la tradición republicana y las ideas ilustradas (temática política que desarrolla en los primeros tres capítulos), el derecho a castigar (tema moral, en el cuarto apartado) y un intento de mapear geográficamente y cronológicamente la “evolución” de la Ilustración (el quinto capítulo, acaso el más interesante y polémico de todos).

El primero de los problemas que aborda Venturi es, como decíamos, la vinculación entre el republicanismo y la Ilustración en términos políticos. Se plantea aquí una primera cuestión a señalar, que igualmente desarrollaremos más adelante. Cuando nuestro autor piensa en el republicanismo, no lo hace en los términos en que unos años más tarde lo harán J. G. A. Pocock y Quentin Skinner, es decir como una tradición o lenguaje político de dimensiones atlánticas que será uno de los pilares de los debates políticos de la modernidad temprana y que se retrotrae a textos heredados de la antigüedad clásica. Muy por el contrario, Venturi es un “pre-Cambridgeano”: el pensamiento republicano del siglo XVIII se derivaría de la experiencia directa y del devenir de las ciudades italianas, flamencas y alemanas, así como de

Holanda, Suiza, Inglaterra y Polonia, que revivieron el ideal republicano en tiempos signados por el absolutismo. Así, el primer capítulo, “Reyes y repúblicas en los siglos XVII y XVIII”, rastrea con certeza las experiencias de estas unidades políticas y la manera en que se constituyeron en modelos alternativos a los estados absolutos, pero dando cuenta también de los problemas internos que las acosaban constantemente, tales como la irrefrenable tendencia a la inestabilidad y los conflictos internos, el conservadurismo inherente a su estructura social, o el permanente avasallamiento por parte de las monarquías universales. Esta contraposición entre monarquía y república en tanto que experiencias políticas concretas también tuvo su correlato en los debates políticos, particularmente en Inglaterra.

Precisamente, en el segundo capítulo, “Los republicanos ingleses”, Venturi aborda una serie de autores – Shaftesbury, Molesworth, John Toland, Anthony Collins, George Stepney, entre otros– que entre 1685 y 1715 fundamentaron un arreglo en este debate, y definieron al régimen de gobierno inglés resaltando su estabilidad como su elemento novedoso y característico. Con una extraordinaria habilidad, Venturi guía al lector por los laberintos de las ideas políticas inglesas desde la *Oceana* de Harrington hasta los albores de la era walpoleana, viendo cómo las formulaciones iniciales de la virtud republicana heredada del humanismo cívico se ven inmersas en un torbellino signado por el deísmo, el libre pensamiento, la exaltación de la

libertad y el radicalismo religioso. Resalta en este escenario la figura de John Toland, “quien más se acerca a la figura del filósofo ya ilustrado” (p. 117), al reconfigurar la tradición republicana a partir de su cultura casi enciclopédica, la promoción de la vida libre y activa, la difusión de sus ideas entre el pueblo, la lucha contra el despotismo y la reformulación del ideal de libertad civil con el comercio y la industria.

Venturi sitúa entonces el inicio de la Ilustración en una transformación de las ideas republicanas, al calor de las luchas políticas y el nacimiento del libre pensamiento. El carácter libertario del republicanismo inglés será, precisamente, el que se contagiará al continente, cuyo devenir es abordado en el tercer apartado, “De Montesquieu a la revolución”. Así como las antiguas repúblicas de Holanda, Lucca, Venecia o Génova entraban en una irreversible decadencia, “también en el plano ideológico las concepciones republicanas parecían haber perdido su ascendente político” (p. 133). Sin embargo, la voluntad de independencia, la moral virtuosa y la ética cívica de la tradición republicana atrajo a los *philosophes*: Deleyre, D’Alembert, Voltaire, D’Argenson, Diderot, Rousseau, entre otros, expresan una recepción moral –y no política– de las ideas inglesas. Venturi rastrea estas ideas hasta los albores de la Revolución Francesa, para marcar la paradoja de cómo, a la vez que las repúblicas arcaicas dejaban de constituir un modelo político

alternativo en el concierto internacional europeo, las ideas republicanas mostraban todo su vigor bajo una reformulación ilustrada de sus principios más radicales: “la herencia del pasado se había mezclado con la riqueza del presente” (p. 161).

El segundo problema de la historia política de la Ilustración es analizado en el cuarto apartado, “El derecho a castigar”. La pregunta que guía el capítulo ha sido analizada por Venturi en otros trabajos –particularmente en su monumental *Settecento Riformatore*–; nos referimos a la relación entre utopía y reforma, entre el ensueño de una sociedad humana ideal y la voluntad concreta de modificar solo algún aspecto de la realidad. El historiador italiano analiza esta tensión a partir de la recepción europea de *Dei delitti e delle pene* de Beccaria, para abordar así los principios políticos y los problemas concretos en torno a las polémicas ilustradas sobre el derecho a castigar. La definitiva separación entre el pecado y el delito, con la consecuente definición de una esfera de acción eclesiástica y otra estatal, el establecimiento del parámetro de la utilidad como el único criterio para medir las acciones humanas, la restauración de la armonía perdida, la primacía de la razón y del cálculo, todos estos elementos darían cuenta de un programa de reforma, opuesto al carácter libertario y revoltoso de las propuestas utópicas.

El quinto capítulo, “Cronología y geografía de la Ilustración”, es probablemente el más influyente del libro. Sin

ir más lejos, J. G. A. Pocock se ha referido al mismo en numerosos artículos, y ha reconocido su deuda para con este apartado en su monumental *Barbarism and Religion* (cuyo primer tomo, de hecho, está dedicado a la memoria de Venturi). La pesquisa del historiador se centra ahora en procurar captar el ritmo y demarcar las fronteras de la Ilustración, desafío que luego será retomado por otros historiadores, como Roy Porter o Jonathan Israel. Venturi define claramente a París como el centro irradiador de la Ilustración, que desde fines de la década de 1740 se convertirá en un mundo vivaz donde los jóvenes *philosophes* encuentran un suelo fértil para desarrollar sus propias ideas. La difusión de la Enciclopedia por Europa estará acompañada por un ritmo diferencial, y el autor rastrea su temprana recepción en Italia, Viena, Lombardía, Alemania, Prusia, Inglaterra, Polonia y Rusia. Será recién la decisiva década de 1760 el “momento en que los hombres de la Ilustración parecen trabajar al unísono” (p. 197), cuando las reformas ilustradas y los debates políticos florecerán en toda Europa.

El libro finaliza abruptamente; es evidente que el carácter coloquial del cronograma de conferencias no le permitió a Venturi realizar una conclusión apropiada de sus exposiciones. En este somero panorama de una historia política de la Ilustración, quedan muchos interrogantes que es preciso responder: ¿por qué tratar estos tres problemas y no otros?, ¿antes que una sola Ilustración, no podría hablarse

de “Ilustraciones” nacionales?, ¿no es acaso demasiado breve y somero el tratamiento de la cuestión utópica por el autor?, ¿cómo conceptualizar los programas ilustrados en las décadas de 1780 y 1790? En

torno a estos interrogantes, entre otros, es que se han debatido los estudiosos de la Ilustración en los últimos cuarenta años. Sirva entonces la publicación de este excelente libro pionero para comprender

los fundamentos de esas preguntas.

Martín P. González
UBA / CONICET

Pablo Ortemberg,
Rituels du pouvoir à Lima. De la monarchie à la république (1735-1828),
París, Éditions de l'EHES, 2012, 285 páginas

La Ciudad de los Reyes, Lima, se convierte en *Rituels du pouvoir à Lima*, de Pablo Ortemberg, en el actor central de una trama histórico-antropológica que tiene como engranaje medular los rituales de sacralización del poder desde fines del período colonial hasta los primeros años de vida independiente en el Perú. La elección de un marco cronológico tan amplio permite al autor comparar las continuidades y las transformaciones que experimentaron dichos rituales, así como estudiar otros elementos simbólicos asociados a los mismos en los procesos de construcción o mantenimiento de la autoridad. De tal manera, el análisis de ceremoniales –como juramentaciones, recibimientos de gobernantes, la organización de festividades y el establecimiento de días feriados– se conjuga con el estudio de variaciones más precisas de la autoridad representada, sobre todo en forma de arquitectura efímera, representaciones conmemorativas, lugares de memoria y la simbología patriótico-nacionalista. Ello lo hace con lujo de detalles gracias al impresionante corpus documental que maneja y a la riqueza de las fuentes que usa para estudiar el caso peruano en general, y limeño en particular. Otro elemento que vale la pena destacar son los afortunados paralelismos que con frecuencia establece con España, otras

regiones europeas y de la América Española, lo que permite establecer claramente la especificidad limeña en el contexto atlántico del cual forma parte, y en particular en lo que se refiere al imaginario y a las representaciones de la majestad del poder. Estos paralelismos están acompañados por un afortunado diálogo historiográfico, sobre todo con la historiografía de la Revolución Francesa, lo cual enriquece enormemente el alcance de las afirmaciones que se hacen a lo largo del trabajo.

La obra sigue un claro esquema cronológico que va desde de tiempo de los virreyes, pasando por el período de la crisis monárquica en la metrópoli y el liberalismo gaditano, para seguir con la llegada de los libertadores, José de San Martín y Simón Bolívar, y terminar con el movimiento antibolivariano que estallara en 1827.

El capítulo 1, “La réception des vice-rois à Lima: un modèle à décomposer”, trata sobre la recepción de los virreyes en Lima en el siglo XVIII, como representación de la renovación de la fidelidad al monarca. De aquí toda la solemnidad, la complejidad protocolar, el alto grado de ostentación, y el gran empeño que en general, tanto las autoridades locales como la población (sobre todo las elites criollas desde el Cabildo), depositaron en el conjunto de aspectos que conformaban este

complejo ritual de sucesión de mando. Se trataba de una verdadera puesta en escena de fuerte carga barroca que duraba varios días. La misma comenzaba fuera de la ciudad con la entrega del bastón de mando. Luego seguía con el desfile por las calles de Lima y el entonamiento de un *Te Deum* en la Catedral. Esto era seguido por la visita a las sedes de diversas corporaciones, incluyendo la universidad, donde era leído el tradicional “elogio” a las virtudes del nuevo virrey. Todo ello era acompañado por fuegos artificiales, concursos de poesía y diversas festividades entre las que destacaban las corridas de toros. En esta parte del trabajo también se estudian brevemente las primeras modificaciones a este ritual, que se dieron a partir de los años 1780, cuando, siguiendo los principios austeros de las reformas borbónicas, se simplificaron los ceremoniales principalmente para reducir costes.

En el capítulo 2, “Sens et usages des proclamations royales dans la Cité des rois”, se abordan los rituales que acompañaban las proclamaciones asociadas a asuntos de elevado interés colectivo, como el coronamiento o la muerte del monarca. Para el estudio particular de estas proclamaciones, el autor escoge primeramente un caso si se quiere atípico: la

ceremonias de proclamación de Fernando VI en 1747, que tuvieron lugar poco después de haberse producido un violento terremoto que destruyó la mayor parte de la ciudad y diezmó a su población. El texto ceremonial ordenado por el virrey en esa ocasión muestra claramente cómo, en el marco de esa catástrofe, el ceremonial de continuidad cambiaba ligeramente para asociar la renovación de la fidelidad monárquica a la reconstrucción de la propia ciudad y además a la necesidad de mantener el orden social ante la amenaza de la plebe. El autor también analiza en profundidad ceremonias de proclamación posteriores que se realizaron siguiendo los cánones vigentes en la época, aunque mostrando ligeros cambios. Entre estos destaca la militarización de los actos ceremoniales y el aumento de la sensibilidad patriótico-religiosa de la población (expresada principalmente en la forma de donaciones y plegarias colectivas) hacia la suerte de las armas españolas en las guerras europeas de mediados de siglo. Cabe igualmente destacar en este capítulo el análisis del autor del desarrollo de una retórica incaica (evidencia de una suerte de nacionalismo precoz), así como la participación en los ceremoniales de sectores subalternos (no solo indios sino también negros libres organizados por nación).

A partir de 1808, la *vacatio regis* suscitada tras las abdicaciones de Bayona en 1808, y la promulgación de la constitución gaditana de 1812, introducirán cambios más profundos en los rituales de

continuidad del poder, estudiados en el capítulo 3 de la obra: “Des fêtes absolutistes à fêtes constitutionnalistes: développement des rituels guerriers”. El mismo comienza con el estudio de la proclama de Fernando VII, que se diferencia de las anteriores porque este se encuentra en estado de cautividad. Este vacío propicia una exacerbación del fervor patriótico-religioso en todos los sectores de la sociedad, y genera un ambiente de politización realista auspiciado por el propio virrey. Como parte de este ambiente, se produce una saturación iconográfica de la persona del monarca cautivo en el espacio ritual limeño. Los miembros del Cabildo debieron jurar colectivamente lealtad no solo al monarca proclamado, sino también a la Junta Central de gobierno instalada en Sevilla. También se estableció un nuevo calendario de feriados entre los cuales destacan la fecha de instalación de dicha junta y las fiestas de San Fernando o Fernandistas. Más tarde, en 1812, la proclamación y jura a la constitución de Cádiz fue recibida con gran entusiasmo por todos los sectores de la población que creían ver satisfechas en esa carta magna muchas de sus aspiraciones políticas. Entre estos, llama la atención la actitud de los pardos, quienes ordenaron una misa de acción de gracias creyendo, erróneamente, que habían sido incorporados al cuerpo de la nación española. La proclamación de la nueva constitución tuvo un impacto tremendo sobre las celebraciones, que se tornaron más populares, e incluso llegaron a participar en ellas los esclavos. Algunos cambios

importantes introducidos en esta época tuvieron una fuerte vocación liberal, como la sustitución del juramento colectivo por el individual, la eliminación del caballo por considerarlo demasiado aristocrático y la supresión en el desfile del pendón real porque reflejaba los tiempos de la conquista. En este mismo capítulo se estudia el surgimiento de un imaginario bélico tras el inicio de las pugnas autonomistas y, luego, independentistas, que incidió sobre los rituales existentes exacerbando el culto al héroe y dando mayor importancia al honor asociado a algunos elementos de las tradiciones militares hispano-europeas, como era el caso de los estandartes de los batallones. Es particularmente interesante la forma en que ambos bandos sacralizaron sus respectivas causas, lo que se reflejó en el uso militar del culto mariano, como en el caso de las Vírgenes Generales. La explicación de la transición de una simbología político-militar incaica a una más tradicional católica en el campo patriota es uno de los aspectos más atractivos de esta parte de la obra.

El capítulo 4, “Refondation symbolique du cérémonial indépendantiste”, está dedicado a los rituales y los simbolismos del poder introducidos, o alterados, luego de la llegada de San Martín en 1821. Dichos rituales, si bien ya no reflejaban continuidad sino ruptura, conservaron mucho de los ceremoniales del antiguo régimen, incluyendo las variaciones liberales introducidas en la década anterior. De aquí que el ceremonial de recepción que se

diera al general rioplatense se asemejase al que se le daba anteriormente a los virreyes, mientras que el de declaración de independencia se pareciese al de proclamación de la constitución de Cádiz. Los circuitos del desfile, los tres días de fiestas, el *Te Deum*, los fuegos artificiales y otros aspectos del programa habitual mantuvieron su vigencia, pero en un decorado nuevo lleno de motivos y colores independentistas. Una vez establecido el Protectorado, se llevó a cabo una sustitución sistemática de la simbología y la pedagogía del poder; entre otras iniciativas, se rebautizaron espacios con nombres inspirados en el incaísmo revolucionario rioplatense, o, usando el léxico revolucionario de la época, se establecieron nuevos lugares de memoria y se procuró infundir el patriotismo en las escuelas. Se procuró igualmente eliminar, por razones ilustradas, aunque también porque se asociaba a la “barbarie” española, algunas diversiones como las corridas, los carnavales y las peleas de gallos. Es interesante el papel que jugó en el planeamiento de esta política de sustitución de imaginarios el revolucionario tucumano Bernardo de Monteagudo, así como el conflicto que la misma tuvo con las creencias religiosas, lo que contribuyó a la expulsión de Monteagudo del Perú. Finalmente, es en este capítulo, en el análisis de esta situación nueva o, como indica el autor, “inérita”, de cambio de régimen donde quizá encontramos las mejores líneas de la obra.

El capítulo 5, titulado “Le ceremonial sous la République”, estudia

principalmente los rituales luego de declarada la independencia. La instalación del congreso constituyente en 1822 y la promulgación de la constitución en 1823 reproducen una vez más los esquemas de rituales anteriores, y en particular los establecidos tras la proclamación de la constitución de Cádiz. De manera similar, cuando llega Bolívar a Lima en 1823, como se hiciera previamente con San Martín, se le da un recibimiento de virrey. Bolívar se muestra más indulgente que el rioplatense con las costumbres españolas, y más bien contribuye a reinstaurar los rituales de majestad, incluyendo la adulación del jefe supremo, práctica que, dicho sea de paso, había sido prohibida por Monteagudo poco tiempo antes. Esa actitud indulgente permite la instauración del Culto a Bolívar, expresado no solo en elementos ceremoniales, sino también en la instauración de un nuevo calendario de fiestas bolivariano y en una nueva saturación del espacio público, esta vez con representaciones del “Padre y Salvador del Perú”. El autor sigue en detalle el recorrido andino seguido por Bolívar, desde Cuzco hasta Potosí, analizando en cada etapa las ceremonias, los rituales y las prácticas distributivas de poder a nivel local. El capítulo termina con el estudio de la reacción antibolivariana que estallara luego de aprobada la constitución vitalicia de 1826, la cual dio inicio a un proceso nacionalista de peruanización de los símbolos, la memoria y los rituales del poder. En lo sucesivo, los jefes de gobierno siguieron organizando los

rituales respetando en gran medida las pautas del antiguo régimen. Este último capítulo toca además un tema central para el estudio de las ideas políticas de las independencias hispanoamericanas: el republicanismo católico. En tal sentido, hace importantes contribuciones para comprender la particularidad peruana mostrando la continuidad de elementos católicos en los ceremoniales. Así, las plegarias que en otra época eran dedicadas a reyes, ahora se dedicaban a los grandes jefes libertadores, mientras que el culto a las vírgenes y los santos se mantiene, e incluso se exalta, y como patrono del Perú queda oficialmente establecido San José. El autor concluye afirmando que cada inflexión política por la que pasara la ciudad de Lima conllevó una sustitución de emblemas, mas no una alteración de la puesta en escena de los rituales de poder. En efecto, si algo resalta a lo largo de cerca de un siglo de rituales de poder en la “Ciudad de los Reyes” es su continuidad protocolar, festiva y hasta discursiva. De tal manera, la construcción de la autoridad continuó realizándose en forma parecida, con variaciones pero manteniendo los códigos conocidos por todos, tanto en el contexto colonial como independentista, e incluso luego de una catástrofe natural. De aquí que el autor describa la historia de los rituales políticos como de “inmovilismos engañosos” (p. 260).

Por otro lado, esta obra hace aportes importantes a temáticas poco tratadas por la historiografía de las independencias, de las

revoluciones en el Mundo Atlántico y del surgimiento de los estado-naciones en Hispanoamérica. Entre estos aportes cabe destacar la participación política de las mujeres y los sectores subalternos, las consecuencias sociopolíticas del temor a estos últimos por parte de las elites, la impresionante adaptabilidad de las elites a los cambios políticos, la militarización de la política en el siglo XIX, el culto a los héroes (en particular a Bolívar), la inspiración clásica de la simbología republicana y el surgimiento de las identidades nacionales. Pero quizá su contribución más importante sea la de *traer a tierra* el estudio de la majestad del poder en la transición de la colonia a la independencia. Este

es un tema que ha sido abordado con frecuencia por historiadores de las ideas (en particular de la escuela de François-Xavier Guerra), pero raramente con el enfoque antropológico que aplica Ortemberg en su trabajo.

Finalmente, desde un punto de vista estrictamente científico, solo extrañamos un diálogo más íntimo con esa historia de las ideas de las independencias, así como una mayor atención al simbolismo masónico más allá de las breves referencias a la “máscara incaísta” y a la Logia Lautaro. La obra incluye además una iconografía en extremo atractiva, en muchos casos inédita, analizada en distintas partes de la obra. Incluye igualmente mapas, en los que están señalados los

recorridos y los elementos ceremoniales, lo que permite una mejor comprensión del espacio ritual. Cabe decir finalmente que no se trata de una obra destinada al público en general, sino más bien a lectores doctos o, al menos, conocedores de la temática. Pese a ello, el lector neófito amante de la historia encontrará en sus páginas ricas descripciones que lo harán viajar a un pasado fascinante en el que virreyes y libertadores desfilaban ostentadamente por las calles de la “Ciudad de los Reyes”.

Alejandro E. Gómez
Université Lille 3-Charles
de Gaulle

Clément Thibaud, Gabriel Entin, Alejandro Gómez & Federica Morelli (dirs.),
L'Atlantique révolutionnaire. Une perspective ibéro-américaine,
Bécherel, Les Perséides Editions, 2013, 527 páginas

El período de los bicentenarios de los cambios iniciados en 1808 en el mundo ibérico dio lugar a una producción historiográfica nutrida, tanto en los países que lo integran como en la historiografía latinoamericanista de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El resultado fue una convergencia no muy habitual: numerosos investigadores se volcaron a explorar lo ocurrido entonces, abordando problemáticas antes ignoradas o revisando viejas interpretaciones sobre cuestiones centrales, no pocas veces a través de un diálogo fluido con investigadores de otros países.

Las conexiones fueron permitidas en buena medida por la consolidación de un paradigma historiográfico en el mundo ibérico y en Francia, basado en el consenso extendido acerca de que para entender lo ocurrido en esos años decisivos es necesario pensar la crisis del imperio o la monarquía española como una sola, y no focalizar aisladamente en los casos nacionales surgidos del proceso al que esa crisis dio comienzo. Aunque tenía precedentes, esa propuesta proviene en parte de la obra de Tulio Halperin Donghi *Reforma y disolución de los imperios ibéricos* (1985), y del muy influyente libro de François-Xavier Guerra *Modernidad e independencias* (1992). Desde los años noventa

se publicaron diversas compilaciones con trabajos de y sobre distintos países, que progresivamente pasaron de ser aproximaciones a temas similares en espacios diferentes para ir construyendo perspectivas más interconectadas, donde lo ocurrido en los “vecinos” se convirtió también en un factor explicativo de peso para el propio caso y no solo en objeto de una posible comparación.

La flamante compilación *L'Atlantique révolutionnaire* es un ejemplo de esa tendencia de apostar a la interrelación. Y no lo hace solo en los países donde el paradigma *guerriano* ha sido fuerte sino que muestra una intención de interactuar con la producción de latinoamericanistas que trabajan en los sistemas académicos estadounidense y británico, algo que también viene ocurriendo en los últimos años. Pero el libro tiene una apuesta más ambiciosa: incluir el debate sobre Iberoamérica en el más amplio espectro de la “historia atlántica” y resaltar su importancia para comprender la “era de las revoluciones”. La mirada eurocéntrica que concentraba las claves de esa época en las revoluciones industrial y francesa –como propuso Eric Hobsbawm en 1962– o la atlantista, que focalizaba en el ascenso de la democracia moderna –como hizo casi al mismo tiempo Robert Palmer rescatando las

revoluciones europeas pero también la estadounidense– fue paulatinamente discutida, y otras revoluciones, como la haitiana, han sido recientemente recuperadas con una importancia similar a las que antes ocupaban el sitio de honor. Esta compilación puede considerarse parte de un esfuerzo para hacer lo mismo con las revoluciones del mundo ibérico.

Y al hacerlo consigue algo más: dinamizar los estudios sobre ellas, que es el principal aporte del libro. Cuando se vislumbraba el posible agotamiento de los estudios sobre las independencias y podría surgir la sensación de que solo hay lugar para agregar estudios de caso, trabajos colectivos como este muestran que todavía hay mucho por hacer. Por un lado, evidencia la aparición de un debate sobre los problemas del paradigma “guerriano”, que han empezado a discutirse explícitamente sobre todo desde 2010 (y, de hecho, esta publicación reúne artículos expuestos en un coloquio organizado ese año en París por la École des Hautes Études en Sciences Sociales). A la vez, de los 20 artículos que integran el libro solo cuatro se focalizan en estudios centrados en un único espacio nacional. Los enfoques que articulan la problemática local con cuestiones más generales –a tono con el peso que la “World History” ha logrado sobre todo

en los Estados Unidos en los últimos tiempos— parecen un camino promisorio para mantener activa una temática clave, que ha permitido interacciones historiográficas no tan fáciles de hallar en otras áreas de estudio del pasado.

Se trata de un libro voluminoso (es evidente que para evitar que lo fuera más, los cuatro directores decidieron no incluir sus propias presentaciones en el coloquio en la compilación final), escrito en tres idiomas diferentes —la introducción y cinco capítulos en francés, seis capítulos en inglés y nueve en español—, que aborda temáticas variadas a lo largo de un período muy extenso, de 1763 a 1898. Estos dos últimos rasgos parecen amenazar la coherencia interna del libro, ya que el espectro abordado es muy amplio. Sobre todo se hace complicado encasillar los textos en secciones, como se intenta para facilitar la organización de la lectura; por ejemplo, de los cuatro capítulos incluidos en la sección sobre “el rol de los sectores populares” solo dos se ocupan realmente de esa temática, que sin embargo sí está presente en trabajos que fueron agrupados debido a sus características en otras secciones. De todos modos, el inconveniente se salva porque con el correr de las páginas se nota el hilo común, los problemas compartidos, el esfuerzo por cumplir la que supongo fue una consigna de los directores: pensar los temas en clave general. Eso confiere a la obra un gran valor.

A la interrelación temática y espacial contribuye también que el grueso de los trabajos se ocupe de la coyuntura de las

tres primeras décadas del siglo XIX. De todos modos, los cinco artículos que no lo hacen son muy interesantes.¹ Irene Fattaccio analiza de qué modo las políticas comerciales de la Corona española en el período de reformismo borbónico contribuyeron decisivamente a la difusión y diferenciación social del consumo de chocolate en España. James Sanders, el único que investiga la segunda mitad del siglo XIX, postula a partir de una investigación sobre México y Colombia —con algunos otros casos de apoyo— la existencia de una “modernidad republicana americana” que valoraba la revolución como creadora de derechos, diferenciándose así de la mirada negativa sobre los hechos revolucionarios que existía en la Europa contemporánea. El discurso de esta “modernidad” incluía un lenguaje de clase y fue apropiado por los subalternos para sus propios reclamos.

Otro texto desligado de la coyuntura de 1808-1830 es el que cierra la compilación: una reflexión a cargo de Halperin Donghi, referente fundamental de los estudios sobre la época, que no se ocupa aquí de ella sino de los cambios experimentados desde el siglo XIX por el oficio del historiador, incluyendo una ojeada retrospectiva sobre los aportes de la institución organizadora del coloquio parisino que dio origen al libro; ella ha sido paralela y tiene relación con la del propio autor,

¹ No tomo en lo que sigue el orden del libro sino que agrupo los artículos de otra manera.

por lo cual el texto tiene un tono emotivo.

También distanciado de la crisis decimonónica de los imperios ibéricos se encuentra el capítulo de Eric Schnakenbourg, que analiza el papel jugado por los comerciantes de las islas holandesas y danesas en el Caribe durante el tercer tercio del siglo XVIII, cuando su posición neutral les dio un lugar central en los intercambios entre las potencias europeas en guerra, siguiendo las prácticas de contrabando de los períodos de paz. Y la misma región es visitada por Manuel Covo, quien repasa pormenorizadamente el tratamiento historiográfico de la revolución haitiana en Francia y los Estados Unidos, lo que evidencia en esa operación algunas de las debilidades de la “historia atlántica”.

El espacio caribeño es el objeto de otros capítulos, lo que constituye un aporte significativo del libro. Vanessa Mongey hace un rastreo de un tema fascinante: el uso de imprentas portátiles en las expediciones que se hicieron en el área durante el período independentista, con las cuales los combatientes esparcían sus ideas en los lugares que atacaban. Por su parte, María Dolores González-Ripoll investiga los vínculos entre dos primos nacido en La Habana, Francisco y Andrés Arango, y el peninsular Alejandro Oliván, para delinear las formas que adoptó la relación entre la elite cubana y España, que fue importante para marcar un destino diferente en la isla respecto del resto de América. A su vez, Johana von Grafenstein explora las

“novelescas” trayectorias e interacciones de los revolucionarios, aventureros y realistas en la región durante la década de 1810.

El interés por trayectorias individuales que también superan los posteriores marcos nacionales es el eje de los trabajos de Erika Pani y de Matthew Brown. La primera se ocupa de la vida de Orazio Attelís, noble napolitano devenido revolucionario, con una participación significativa en México, mientras que el segundo se ocupa de José Antonio Páez y Tomás Mosquera, figuras clave de Venezuela y Colombia en la etapa posbolivariana, situando el eje de sus respectivas trayectorias políticas en la herencia de la década de 1820. Ambos textos se centran en dicha década, período que sin duda ganará creciente importancia historiográfica siguiendo la agenda de los nuevos bicentenarios.

Tres trabajos se centran en casos más localizados. Rossana Barragán realiza un recorrido por el modo en que la mita de Potosí fue criticada y deslegitimada por diversos letrados –por consideraciones “humanitarias” y económicas– desde fines del siglo XVIII, y articula esas posturas con la acción de las comunidades indígenas al respecto, hasta el momento de la desaparición de ese servicio forzoso después de la revolución. A su vez, Mónica Henry delinea los vaivenes de la política de los Estados Unidos hacia las revoluciones hispanoamericanas, de la neutralidad al reconocimiento, pasando por problemas centrales como la actividad de los corsarios. Por último, el

sugere artículo de Cecilia Méndez combina una preocupación histórica con una historiográfica al exponer los rasgos de las frecuentes guerras civiles en el Perú decimonónico y plantear las razones de su escaso impacto en la visión del pasado del país, a diferencia de lo que sucede con la traumática Guerra del Pacífico; la autora destaca el papel central de la Sierra, de las montoneras y las partidas campesinas durante los conflictos decimonónicos, situación que de algún modo regresó al Perú con el conflicto de Sendero Luminoso en la década de 1980 (y la conexión entre los dos momentos le permite avanzar en la interpretación de ambos).

También Sarah Chambers combina el análisis histórico con el historiográfico al estudiar las formas de tratar la participación de las mujeres en el proceso independentista chileno, tanto en la época –con el problema central para los revolucionarios de qué hacer con la responsabilidad de las acciones de las mujeres realistas, que implicaba discutir el estatus político femenino– como en los relatos posteriores sobre ese período fundamental. El artículo no se centra solamente en el caso sino que lo sitúa en relación con cuestiones trabajadas en otros espacios en la época. Se trata de una problemática importante ya que, a pesar del auge de los estudios de género, es poco lo que se sabe aún sobre el papel femenino en las revoluciones iberoamericanas de principios del siglo XIX.

Otros dos capítulos se ocupan de lugares poco explorados en los congresos y las publicaciones sobre la

coyuntura de las independencias iberoamericanas: Antónío de Almeida Mendes investiga en el largo plazo cómo la desaparición de la esclavitud en Portugal dejó una herencia racista, la idea de una mancha de sangre que pervivía en los “criados”, mientras que Nigel Worden explora las formas de resistencia de los esclavos de Ciudad del Cabo desde una revuelta en 1760 hasta el fallido levantamiento de 1808, que tenía aspiraciones revolucionarias influidas por el abolicionismo.

De las revueltas esclavas en espacios más “conocidos” al respecto, Cuba y Brasil, se ocupan Tâmis Parron y Rafael Marquese a través de una provechosa comparación de los dos únicos países americanos que mantuvieron el tráfico de esclavos después de la década de 1820, operación que insertan en los debates más amplios del campo de estudios sobre esa institución. Encuentran que mientras en Cuba el peso de la revolución haitiana y de los movimientos esclavos en el Caribe contribuyó a afianzar el vínculo con la Corona española, en el Brasil el activismo esclavo preocupó menos a las elites, que así se arriesgaron a un proceso de independencia que *a priori* podía poner en entredicho el orden social. El Brasil es también objeto de otra comparación, a cargo de João Paulo Pimenta, quien revisa la influencia en su independencia de la crisis de la monarquía española y las revoluciones en su interior, atendiendo a las diferentes temporalidades de ambos procesos: mientras en el mundo hispano el momento juntista-revolucionario y el constitucional estuvieron

separados por lapsos que en algunos casos fueron de varios años, en la experiencia luso-brasileña ambos se dieron simultáneamente.

Finalmente están los artículos que problematizan provechosamente el paradigma guerriano. Marixa Lasso niega la afirmación de Guerra en su libro clásico sobre la ausencia de una “movilización popular moderna y de fenómenos de tipo jacobino” en las independencias hispanas, para mostrar que sí existieron en distintos espacios. Para ello acude a sus propias investigaciones sobre Cartagena de Indias y a otros estudios sobre Caracas y sobre Guerrero (México), poniendo el foco en la activa participación política de los

afro-descendientes –el eje de lo “jacobino” en su análisis está en la dimensión étnica, no en la social–, que fue fundamental para impulsar la igualdad racial, un rasgo moderno. A su turno, Elias Palti señala la limitación del paradigma –los “estudios revisionistas”– para explicar la magnitud de los cambios iniciados en el mundo hispánico en 1808, sobre todo por tener una “imagen plana” de la tradición política española. Propone en cambio un recorrido desde las ideas de monarquía en el pensamiento aristotélico hasta el del barroco y el neoescolástico, para detectar de qué manera se produjo la ruptura que él considera clave para entender lo ocurrido a principios del

siglo XIX: el surgimiento en la centuria previa de *lo político*, de la noción de la naturaleza simbólica del poder.

L’Atlantique révolutionnaire es entonces un libro muy atractivo. Reúne textos que hacen aportes relevantes al campo de la historia iberoamericana y caribeña, y más en general al de la historia “atlántica”, al tiempo que ofrece pistas acerca de los posibles derroteros para seguir develando qué ocurrió en ese período decisivo de la historia mundial que fue la “era de las revoluciones”.

Gabriel Di Meglio
UBA/CONICET

Víctor Goldgel,

Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2012, 286 páginas

Cuando lo nuevo conquistó América, de Víctor Goldgel (Premio Iberoamericano 2014, otorgado por la Latin American Studies Association), hace con nosotros lo que dice en cada una de sus páginas: causar novedad, renovar los modos de leer, hace ver aquello que ya estaba ahí pero que nuestros automatismos de lectura no nos dejaban ver. En primer lugar, hace ver que en nuestra cultura hispanoamericana lo nuevo como criterio central de asignación de valor estético no es tan nuevo como los modernos creíamos. Mucho antes de la ruptura modernista del arte latinoamericano de Fin de Siglo y de la consolidación de los estados nacionales, la novedad, cargada de connotaciones políticas, había comenzado a reorganizar la cultura y el campo de las letras. En las regiones embarcadas en procesos independentistas como el Río de la Plata y Chile, o que sufrían una modernización económica acelerada como la Cuba del *boom* del azúcar, allí donde el peso de la tradición colonial y de la herencia cultural indígena no habían sido tan fuertes, los gestos de ruptura con el pasado en nombre de lo nuevo se reproducían en múltiples niveles de la realidad, hasta que en algún momento, hacia 1830, esa ola expansiva llegó y se extendió por la literatura de los románticos. Pero lo nuevo, viene a señalar Goldgel, es un

hacer *como si* algo ocurriera por primera vez, es el olvido para toda una generación de jóvenes letrados, tal vez necesario, de una tradición prerrevolucionaria iluminista, dieciochesca, dentro de la cual el gesto de romper con el pasado ya era un lugar común. Primera novedad entonces, no solo en el campo de la historia cuanto en el de la imaginación política: lo nuevo es inseparable del concepto de repetición; lo nuevo solo puede surgir a través de una repetición olvidada de sí misma que repite el pasado no tal como efectivamente fue, sino como podría haber sido y no fue; una repetición que repite aquello que en el pasado hay de incumplido –los sueños de la razón que en el Nuevo Mundo se aceleran hasta hacerse realidad–. O, dicho de otra manera: que la irrupción de lo nuevo –y esto también vale para el libro de Goldgel– transforma retroactivamente el pasado sin necesidad de viajar en el tiempo.

Pero rectificar una periodización o los criterios con los que periodizamos, aunque lo que está en juego sea nada más y nada menos que lo que entendemos por modernización en América Latina, no deja de ser para Goldgel apenas el anticipo de una buena nueva para la literatura. Víctor Shklovsky, al que Goldgel conoce bien, reconocía lo literario en la capacidad del arte (de vanguardia) de hacer ver de

nuevo un mundo recubierto por automatismos perceptivos. El arte, decía el joven Shklovsky en el contexto de la Revolución Rusa, debía darle sentido a un nuevo mundo en política produciendo artificialmente nuevos modos de ver “por primera vez” lo que el hábito y los intercambios de la prosa práctica no dejaban ver. Algo de esa mirada, envuelta en lo que los formalistas rusos llamaban “extrañamiento” y los jóvenes románticos “originalidad” (originalidad paradójica de ver y hacer ver lo propio a través de “lentes” europeos), está en juego en la mirada de Goldgel cuando nos hace ver, enredados y confundidos en una masa amorfa de nuevos periódicos y revistas de principios del siglo XIX fragmentos de una incipiente literatura nacional perdida encerrados entre las líneas de textos que trabajaban una materia inasible, leve y divertida, al borde de la nada misma: la moda y su expansión a través de los nuevas tecnologías de reproducción técnica de la palabra escrita, esas máquinas de pensar y escribir “a vapor” que fueron para la época los nuevos medios de prensa.

Observa Goldgel: “La frecuencia con la cual la prensa periódica recordaba a sus lectores que el mundo de las letras y el de la vestimenta eran en realidad muy distintos es un claro indicio de lo mucho que

se parecían” (p. 167). Se necesita realmente una nueva mirada para una observación como esta, que hace ver el rol crítico y problemático que lo nuevo va a adquirir para los escritores de la época allí donde otros seguiríamos de largo. Que la literatura de los letrados románticos hubiera copiado la vocación de ruptura con el pasado propiciada por la “retórica del entusiasmo” de los nuevos medios (el argumento de la primera parte del libro) era ya suficientemente pasmoso; pero que la literatura copie a la moda (el problema de la segunda parte) parece inconcebible hasta que Goldgel reconstruye una intensa zona de contacto donde los enunciados literarios se mezclan con el deseo de estar al día y el ansia de novedad que inviste textos, literalmente, al borde de la nada. Como la sección de Variedades de los nuevos periódicos, o “vaciedades”, como titula un periódico de La Habana en 1831, creada para rellenar los blancos de las páginas con curiosidades, novedades científicas y artísticas, y anomalías tales como la vida extraterrestre, una nueva moda en la vestimenta o en la comida. Se trata de zonas de cultura donde latía lo nuevo, donde la función de instruir y civilizar de la “literatura de ideas” se relajaba y el lenguaje ganaba ligereza para divertir y distraer a un lector dispuesto a dejarse simplemente entreteñer, complacer y asombrar por medio de textos breves, descartables, ligeros y fáciles de leer, despojados del aura y el peso de lo trascendente o de la obligación de ser útiles (pp. 101-102). Esos espacios frívolos del periodismo, que

complacían los deseos más banales y sensuales de los lectores, funcionaron, de algún modo, como umbrales de autonomía por los que lectores se deslizaban superficialmente hacia el campo del placer estético.

Pero el problema de Goldgel no es trazar el camino hacia la autonomía, sino más bien cómo estudiar las particularidades de una literatura cuando esta carece de autonomía y no admite lecturas “literarias”, en el sentido de que se interrumpen las reglas de validación que permiten saber si es literatura o no lo es porque se está llevando a cabo un vaciado acelerado de los criterios de reconocimiento tradicionales de lo literario de la época (erudición, relación con el pasado, profundidad). Goldgel se mueve en una zona de la cultura donde la innovación cae afuera de lo literario de la época, para encontrarse con una estética superficial, inmersa en la circulación de una vida cotidiana desestabilizada por cambios acelerados, disuelta entre objetos ligeros, palabras intrascendentes, nuevas costumbres, pequeños asombros, y cruzándolo todo, una experiencia inédita del tiempo vivido como cambio y transformación. Como el frac para Sarmiento o el ala de un sombrero para Benjamin, la moda era un campo de batalla donde se jugaba el cambio social y político, mediado por la totalidad orgánica de la sociedad, de manera tal que “cualquier aspecto de la vida social estaba en contacto con todos los otros, y escribir acerca de uno era, por lo tanto, hacerlo sobre todos” (p. 138).

La moda reorganizaba el campo de lo sensible, e implicaba tanto la celebración de los sentidos (que deben siempre ser estimulados) como la promesa de satisfacción del deseo por medio del consumo compulsivo de novedades. Llegamos, creo, al centro de la propuesta de Goldgel. Vimos, nos hicieron ver que para los jóvenes letrados románticos, lo nuevo y el mito de la revolución iban de la mano. Pero Goldgel avanza un poco más, y nos dice que para ver y hacer ver lo nuevo, primero hay que *querer* ver. Así, lo nuevo en esos primeros años del siglo XIX no es tal vez la novedad, que los filósofos de las Luces ya practicaban sistemáticamente, sino el entusiasmo por la novedad, la fe desmedida en el progreso, el deseo de cambio por el cambio en sí —cierta disposición estética preparada por la prensa y por la moda que se conectaba con la esfera de la innovación política y el cambio social radical—. Así, observa Goldgel, la disposición hacia lo nuevo de, digamos, el “petimetre”, el paquete o la coqueta, estigmatizados por la prensa de la época por su deseo desesperado de cambio, tenía notorias similitudes con la de los revolucionarios y los socialistas.

Goldgel localiza aquí una dimensión constitutiva de la política en sociedades modernizadas por el mercado capitalista, donde todavía no existen instituciones políticas fuertes: la dimensión del deseo, que es siempre deseo “de algo más”, y el papel que este representa en la constitución del lazo social. El

afianzamiento del lazo social o el análisis político del cambio no pueden reducirse a la dimensión racional de la política; el oscurantismo y el dogmatismo no podían ser dejados atrás por el simple ejercicio de la razón: era preciso movilizar la dimensión afectiva del cuerpo y sus pasiones, y conceptualizar el vínculo entre las pasiones, el conocimiento y el lenguaje, sin caer en las profusiones emocionales del sujeto romántico. El deseo, nos muestra Goldgel, no es una fuerza subjetiva que surge de las agitaciones y los repliegues del artista romántico, sino un campo donde se despliega una red de fuerzas en conflicto que luchan por el sentido de lo nuevo, celebrándolo o criticándolo, afirmando o relativizando su carácter de ruptura. Para retirar el deseo de la religión, del apego a las tradiciones, de la figura del Rey, y desplazarlo hacia el republicanismo, la igualdad y la libertad, no bastaba con el uso del lenguaje o la argumentación racional: hacía falta que el consumo de novedades y el deseo no tanto de objetos nuevos como de fantasías de satisfacción ligadas a ellos crearan un nuevo tipo de subjetividad entregada a las promesas de felicidad renovadas permanentemente por la incipiente lógica de la mercancía.

Una cosa era oponerse al poder imperial de España, al peso opresivo de la tradición y a los dogmas religiosos, y otra muy diferente era comenzar a desear e inventar las jóvenes repúblicas, laicas y preñadas de promesas de igualdad y justicia. Para esta tarea, la moda y la literatura que se alimenta de ella vinieron a darle consistencia a esa experiencia de la negatividad que atravesaba de punta a punta a una sociedad dislocada por el cambio revolucionario y las pasiones políticas. O, en las palabras, siempre exactas, de Goldgel: los jóvenes letrados hispanoamericanos usaron la moda para pensar, articular y volver legible el antagonismo revolucionario, relanzándolo y construyendo presente a partir de ella.

Y más allá de la moda, en el límite de esta economía libidinal, comienza el campo del monstruo. La novedad, marca Goldgel, produce monstruos cuando se aparta completamente de la razón. Despunta allí el lado sombrío del sujeto romántico, sujeto a la tiranía de un deseo destructivo y angustiante, sistemáticamente desencantado, que, de la euforia y el entusiasmo, recae en lo que era percibido como “jaqueca del alma”. Pero hay otra dimensión de esta realidad donde la irrupción de lo nuevo interrumpe abruptamente la lógica de las elites

modernizadoras: las novedades de los grupos subalternos, ilegibles desde el punto de vista del sujeto burgués. La revolución haitiana, por ejemplo, no está incluida entre lo que las elites cubanas percibían como novedad; ni la literatura gauchesca o la lengua viva de las negras de “El matadero” entraban en la búsqueda romántica de originalidad y estilo. Habría allí formas alternativas de organización del deseo, ilegibles para la concepción modernizadora de la minoría letrada, que no veía que la entrada al orden capitalista de cuerpos colonizados por el capital producía al mismo tiempo deseos fuera de control que, a distancia de la normalización y como quien dice “desde abajo”, desbordaban los cálculos de la modernización y del mercado. Goldgel, que parece verlo todo, nos recuerda una y otra vez ese límite, más allá del cual se desarrollan procesos populistas y revoluciones de masas populares que, en su furor democrático, atravesaban los discursos de la moda con explosiones ensordecedoras de un goce incontenible que acallaban el último grito de la moda.

Fermín A. Rodríguez
CONICET

Jeremy Adelman,
Worldly Philosopher. The Odyssey of Albert O. Hirschman,
Princeton, Princeton University Press, 2013, 740 páginas

Jeremy Adelman y la biografía

Conocí esta triple aventura intelectual cuando estaba en sus etapas iniciales. Jeremy Adelman asumía voluntaria y solidariamente la tarea de revisar y organizar los papeles y materiales que Albert Hirschman había acumulado a lo largo de su vida, acompañado por y acompañando a Sarah Hirschman en esa labor. Como señala en uno de los mínimos lugares de este gran y grande libro donde hace alguna referencia a sí mismo, la figura de Hirschman lo había acompañado toda su vida adulta, desde el momento en que se encontró con un libro de Hirschman en la biblioteca de su padre. La tarea comprometía a Albert como protagonista de la aventura, a Sarah como cómplice doble –de Albert en la vida, de Jeremy en la tarea entre manos– y por supuesto a Jeremy, quien a partir de ese momento y por más de diez años trabajó en lo que terminó siendo este libro, “viviendo con la persona durante días, meses y años” y, en los momentos de mayor intensidad, “viendo el mundo a través de los ojos del sujeto”, como él mismo indica en los agradecimientos que preceden al texto del libro (p. xi). Conociendo a los y a la protagonista, y con ocasionales encuentros a lo largo de la siguiente década, mi espera del

encuentro con el resultado de esta aventura, o sea la publicación del libro, no carecía de ansiedad.

Comencé a leer este relato –y algunas de las primeras reseñas que se publicaron sobre el mismo en el momento de su publicación– mientras estaba en Berlín. Mi urgencia era alcanzar a leer los primeros capítulos, dedicados a la etapa berlinesa de la vida de Hirschman (entre su nacimiento en 1915 y su salida política hacia París en 1933) mientras todavía estaba en Berlín. El relato es, obviamente, de un Berlín que ya no está, un Berlín destruido y reconstruido a partir de conflictos, guerras y tragedias humanas sin igual. Los lugares están cambiados, pero como es una ciudad donde las capas de la historia que se superponen interactúan entre sí todo el tiempo, me fue posible acompañar el relato, sentir los lugares, los dramas de época y el peso de la historia, en un lugar que atesora simultáneamente pasados gloriosos e ignominiosos, e intenta superar esos pasados con una mezcla compleja de memoria y de utopía urbana que intenta proyectarse al futuro.

Ubiqué lugares y referencias urbanas de la vida de Albert, busqué cómo se habían transformado, y de la mano de la narrativa de Jeremy Adelman logré, creo, internarme en el pasado para reconstruir, a través

de las peripecias de quien entonces todavía era Otto A. Hirschmann, los climas políticos, las sociabilidades familiares y escolares, las disputas ideológicas y políticas en las calles, las lecturas que circulaban y las fuentes de inspiración de las ideas en pugna en ese período de entreguerras y los albores del ascenso del nazismo al poder. Las diferencias y las distancias entre clases sociales, los clivajes entre grupos étnicos, las cuestiones generacionales que aluden a la sociabilidad juvenil y las cuestiones de género estaban presentes con toda su fuerza. Lo que me sedujo en la lectura fue vivir la reconstrucción de lo que todo eso fue en el momento en que nuestro personaje central lo vivió; muy especial y notoriamente, el sentido que todas esas referencias tenían para él. La lectura no era la de una visión nostálgica del pasado, sino una pintura de época, de ese momento, esos espacios y esas vivencias, desde la perspectiva del sujeto mismo del relato, Otto A. Hirschmann.

Esa sensación de descubrimiento y acompañamiento de una vida y sus aventuras permanecieron a lo largo de todo el libro, mientras los temas y las preocupaciones se van sucediendo a lo largo de la vida. Las permanentes lecturas y debates, las grandes ideas, no suceden en el vacío, sino que

están encarnadas en un personaje que siente y piensa, combinando su preocupación por el mundo con la atención y el compromiso con su entorno familiar o personal más cercano e íntimo.

Cuando se publica una biografía de esta escala, que a su vez coincide con la muerte de la persona biografiada, las referencias y las reseñas se multiplican. Resulta muy difícil agregar algo a todo lo que se ha dicho y publicado desde la muerte de Albert Hirschman (en diciembre de 2012) y la aparición del libro de Jeremy Adelman (en abril de 2013). Mi intención en esta nota es superar la fascinación por la vida del personaje central –Otto Albert Hirschmann primero, Albert O. Hirschman después– y concentrar la atención sobre el camino de la escritura de la biografía que transitó Jeremy Adelman.

Una biografía cuenta una vida en forma narrativa. En este caso, las reseñas publicadas aprecian la labor de Adelman con términos como “cautivante” o “asombrosa y conmovedora biografía”, o caracterizando a Adelman como un observador apasionado y perspicaz. Más allá de los adjetivos en la frase dedicada al autor, las reseñas y los comentarios centran la atención en el personaje biografiado antes que en el libro mismo. La vida de Albert Hirschman fue intensa y compleja, sus actividades y sus ideas elaboradas y meditadas, y al mismo tiempo provocadoras, creativas e inspiradoras. El relato de cómo fueron surgiendo y cómo fueron plasmadas no puede menos que cautivar a quien lo lee. Podría decir que Albert Hirschman fue

una encarnación del siglo xx, de ese “siglo corto” de extremos que nos relató con tanta maestría Eric Hobsbawm. En la persona, biografía e historia mundial convergen y se entretajan.¹

La fascinación por la vida y los avatares del personaje nos acompaña en la lectura. Somos cómplices de la labor de Adelman, que nos invita a ver el mundo a través de los ojos del sujeto. Esta capacidad de transmisión de esos ojos y esa mirada produce algo especial: quien se diluye en la lectura es el autor, Jeremy Adelman. ¿Qué significa que desaparezca el autor? Quizá sea una prueba contundente del éxito de la investigación y la escritura: Jeremy es tan buen guía que su papel de mediador se opaca; nos olvidamos de su existencia porque nos conduce a concentrar la atención en el camino que estamos transitando, o sea, la vida y el pensamiento de Hirschman. La forma narrativa elegida ayuda: sin reflexiones de autor, sin compartir explícitamente criterios y decisiones, quien lee se olvida de que hay alguien en el medio.

En estas condiciones, intentar escrutar y analizar la manera en que la biografía fue armada, las estrategias del relato, el uso de las fuentes –o sea, poner la mirada sobre la hechura, los ingredientes y su articulación– no resulta una

tarea autoevidente. Requiere un proceso de extrañamiento y toma de distancia, porque el proceso de su construcción se oculta en el producto.

En esta línea, voy a prestar atención solamente a tres temas: el manejo de las temporalidades, las fuentes, y los rasgos centrales del sujeto.

La lectura nos invita a acompañar al personaje en cada etapa de su vida, metiéndonos en su época, develando sus fuentes de inspiración, sus lecturas y conversaciones, sus pensamientos y sentimientos –por supuesto, hasta donde Jeremy Adelman pudo reconstruirlo internándose en documentos y entrevistas, leyendo y releendo lo que Albert Hirschman leía y discutía en cada momento de su vida, metiéndose en su subjetividad–. Hubo fronteras infranqueables, porque Albert Hirschman fue un guardián celoso de su persona, dispuesto a compartir pero también a preservar y defender intimidades, silencios, sentimientos y sensaciones. Esta característica es central en la escritura del libro: el autor reconstruye, con los indicios y elementos con los que cuenta, el escenario de época no en abstracto, sino en aquello que era parte de la vida del personaje. Con quiénes se vinculaba y qué significaban esos otros y otras para él, qué leía y qué pensaba, qué dilemas enfrentaba, qué sentimientos lo acosaban o lo regocijaban, cómo definía qué aspectos compartir y cuáles guardar en su privacidad e intimidad.

El método es, si se permite la analogía, arqueológico: se reconstruye un período y una civilización a partir de restos y

¹ Más que caer en la tentación de contar algo más de esa vida, remito a la corta semblanza publicada en la revista *Desarrollo Económico*. Jeremy Adelman, “Albert Hirschman, un pragmático idealista”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 53, n° 209-210, abril-diciembre de 2013.

huellas. En este caso, los restos son muchos, tanto en los archivos personales y en la memoria de las personas entrevistadas como en los documentos y las investigaciones existentes sobre cada evento o cada período. Los datos importan, pero más que desarrollar el “contexto” de la acción, Adelman reconstruye la manera en que Albert Hirschman definía su situación, qué leía, qué escribía, sobre qué conversaba y con quién, qué veía a su alrededor. Por detrás hay, de manera implícita, una teoría del actor, sus escenarios y sus circunstancias, antes que una visión basada en el determinismo estructural o en el puro ejercicio de la voluntad de un “gran hombre”.

Para incorporar esta perspectiva, Jeremy Adelman maneja el tiempo de cada período, tratando de aislar y aislarse de lo que vino después, del impacto de esta u otra idea en períodos posteriores. El esfuerzo por evitar los argumentos teleológicos es permanente: se trata de reconstruir y narrar cada etapa de la vida en los términos en que el propio sujeto la interpretaba. Sin duda, y aunque no lo diga, la reconstrucción de momentos, procesos de pensamiento y sentimiento, imbricaciones de vida personal y vida intelectual y política, dudas existenciales y certezas que impulsan a la acción requirió una toma de decisiones analíticas importantes, manejar y poner en tensión fuentes y datos contradictorios. Tratándose de la vida de un intelectual con inquietudes muy amplias, pero también de un economista (heterodoxo pero economista al fin), meterse en

la mirada del sujeto significó para Adelman una serie de baños de inmersión en las lecturas que hacía Hirschman en cada momento, reviviendo e intentando acompañar cómo eso era procesado para los libros, artículos o intervenciones en la esfera pública en que Hirschman participó. En realidad, lo que hace es reconstruir los aspectos biográficos en que cada uno de los libros fue gestado. Podría haber mirado a Hirschman desde el después, desde su impacto o la falta del mismo (no tuvo discípulos), desde la importancia y la pregnancia de sus ideas en distintos lugares y públicos.² Podía haber buscado raíces o continuidades. En cambio, la opción fue trabajar cada momento con las reglas y los parámetros que usaba el actor.

Hacerlo seguramente no fue fácil, pero fue facilitado por la permanencia de rastros y fuentes: el archivo personal de Albert Hirschman, archivo en el que fue guardando cuadernos de notas y papeles de todo tipo. Están las cartas, guardadas por Albert y Sarah pero también por sus interlocutores (familiares, intelectuales, profesionales), sus libros con las marcas y los comentarios en los márgenes, las fotografías. Jeremy no nos cuenta mucho sobre cómo lo

² Albert Hirschman tuvo una labor y una importancia enorme en el pensamiento sobre el desarrollo en América Latina. Una cuidadosa reseña del libro de Adelman que resalta este papel de Hirschman en América Latina y la manera en que Adelman lo trata se encuentra en Lourdes Sola, “Worldly Philosopher. The Odyssey of Albert Hirschman, por Jeremy Adelman”, *Política Externa*, vol. 22, n° 3, abril de 2014.

hizo, cómo seleccionó los materiales, los dilemas que enfrentó en la investigación y en la escritura, los huecos que logró llenar y los que quedaron vacíos. Como autor, nos debe un texto en el que comparta con sus lectores los avatares del trabajo, los dilemas y los dramas de la escritura.

Hay algo más para resaltar: la manera de estar en el mundo del sujeto de esta historia. Albert Hirschman fue una persona que se oponía a los grandes esquemas, modelos o teorías, en lo personal, en lo intelectual y en lo académico. Esta propensión es crucial (y difícil, desafiante) en la presentación que hace su biógrafo: la centralidad de las “pequeñas ideas”, la afirmación de la productividad de la duda, el énfasis en el desequilibrio y aun en el fracaso como motores de cambio, el análisis de consecuencias no previstas, el “posibilismo”, su crítica a los modelos que hablan de “una cosa por vez”, el deleite frente a las paradojas. Si Hirschman hubiera partido o arribado a grandes teorías o modelos, la escritura hubiera sido más sencilla, coherente y lineal. Si hubiera tenido discípulos, se hubiera podido seguir el derrotero de ideas y teorías. Pero no fue así, y el texto de Adelman tiene que lidiar permanentemente con las sinuosidades y las auto-subversiones de su personaje. Hasta su mayor contribución a la teoría del desarrollo reside en mostrar que las grandes teorías no sirven y tienden a estar equivocadas...

Hirschman prestaba atención y registraba las observaciones de la vida cotidiana. Instaba a alejarse de teorías abstractas y

ejercitaba permanentemente el arte de la observación. Las *petit ideés*, las pequeñas ideas de la cotidianidad registradas en papelitos y cuadernos, no eran registros conectados con ideologías o visiones de mundo, sino más bien anotaciones ocasionales de lo que le llamaba la atención, y que servían frecuentemente para subvertir afirmaciones generales. “Como estas pequeñas ideas están en todas partes, como hojas de árboles, la habilidad residía en cómo juntarlas y transformarlas en una gran idea”, nos cuenta Adelman.³ De hecho, algunas

de estas observaciones fueron el germen y se transformaron en sus grandes libros.

Desde temprano, como bien muestra Adelman, Hirschman persistió en demostrar que “Hamlet estaba equivocado”, que la duda no necesariamente paraliza. Antes bien, proponía dudar de las convicciones y las opiniones propias y ajenas, analizarlas críticamente para descubrir que uno estaba equivocado, tomándolo como motor para avanzar, para subvertir y auto-subvertir convicciones y certezas. Y en sus escritos sobre desarrollo se preocupó por

mostrar la productividad de los desequilibrios y las consecuencias no previstas, antes que los grandes planes y la búsqueda de equilibrios.

Como en un juego de espejos, se reitera una paradoja, que Adelman enfrentó con éxito. Logró transmitir una vida compleja y multifacética en un texto documentado que al mismo tiempo es ágil y ameno, que desde el comienzo invita a participar de la aventura de vivir con intensidad en un mundo donde más que la adaptación y la aceptación, hay lugar para las transgresiones y las subversiones de diverso cuño.

³ Jeremy Adelman, *Worldly Philosopher*, p. 115. En esa parte del libro, Adelman caracteriza esta manera de pensar y vivir, y relata su origen y su

significación para Albert y para Sarah. Esta caracterización reaparece varias veces a lo largo del libro.

Elizabeth Jelin
CIS - IDES/CONICET

Nicolau Sevcenko,

Orfeo extático en la metrópolis. San Pablo, sociedad y cultura en los febriles años veinte, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010, 2013, 417 páginas

En el último tiempo la colección *Las ciudades y las ideas*, dirigida por Adrián Gorelik en la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, ha lanzado dos importantes reediciones que permiten a los lectores argentinos e hispanohablantes el acercamiento a investigaciones que tuvieron una enorme importancia historiográfica y que son hoy dos verdaderos clásicos de los estudios sobre la cultura urbana latinoamericana. Me refiero al libro de Jeffrey D. Needell, *Belle Époque tropical. Sociedad y cultura de elite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, publicado originalmente en 1987 por la Cambridge University Press, y al estudio de Nicolau Sevcenko que aquí se presenta, *Orfeo extático en la metrópolis. San Pablo, sociedad y cultura en los febriles años veinte*, publicado en 1992 por la editorial Companhia das Letras de San Pablo. El hecho de que estas obras ameritaran una edición castellana varias décadas después de la original habla por sí solo de la importancia y la vitalidad de ambos trabajos.

Más allá de la obvia similitud entre sus objetos de estudio, el análisis de diferentes aspectos de la vida social y cultural en dos de las ciudades más importantes del Brasil, ambos libros parecen anudados por un mismo acontecimiento: la Primera Guerra Mundial. Pues si

el libro de Needell encuentra en el inicio de la Gran Guerra el canto del cisne de la elite carioca, Sevcenko se aboca en su investigación a estudiar las diversas repercusiones ocasionadas por la conflagración europea en el campo cultural paulista durante los años inmediatamente posteriores a la firma del Armisticio de Compiègne.

Profesor de la Universidad de Harvard y de la Universidad de San Pablo, Sevcenko es uno de los historiadores más destacados de la cultura brasileña de la primera mitad del siglo XX y sus investigaciones suelen apelar a un enfoque en el que se cruzan y dialogan la historia social y cultural, la historia del arte, la cultura urbana y la crítica literaria. En este libro parte de una mirada marcadamente rupturista que sitúa la década del veinte como una inflexión en la historia urbana y cultural de San Pablo y del Brasil en general. El estallido y la atroz prolongación de la Gran Guerra desató en el Brasil, y podría afirmarse que también en gran parte de Sudamérica, una lectura de la conflagración europea como una fractura civilizatoria que impulsó una reconfiguración étnica y cultural de la “identidad brasileña”, que buscaba explícitamente tomar distancia del legado de Portugal y de Europa en general, en favor de una idílica matriz prelusitana

para la sociedad y la cultura brasileña. Esa búsqueda se acentuó marcadamente en los años veinte, coincidiendo con las propuestas en favor del primitivismo extraeuropeo de las principales corrientes artísticas de posguerra.

El otro gran efecto que tuvo la Primera Guerra Mundial sobre el Brasil fue el incremento de la conflictividad social. Al igual que en la mayoría de sus pares del continente sudamericano, la guerra paralizó el comercio internacional de los productos primarios, en este caso del café, y forzó a un proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Las masas de trabajadores rurales que se trasladaron a las grandes urbes en busca de nuevas oportunidades laborales entraron rápidamente en contacto con las ligas anarquistas que luego lideraron las grandes huelgas de 1917 y 1918 y que pusieron a la ciudad bajo el control de los trabajadores por varios días.

El argumento principal esgrimido por el autor es que en el clima de “nueva era” marcado por el fin de la Gran Guerra, la cultura se convierte “en el elemento catalizador del agenciamiento individual y colectivo en el espacio público de la metrópolis paulista. Pertener, asimilar y desempeñar esa cultura matricial pasa a ser la única forma legítima de compartir la

'identidad brasileña', fuera de la cual se es un paria" (p. 20). En ese marco, la cultura fue un arma clave en el programa de la oligarquía paulista para hacer frente a la crisis de la primera posguerra y la apropiación del espacio público urbano fue la faceta más visible de ese nuevo programa. De esta manera, San Pablo, una gran metrópolis en expansión, se transformó en el escenario de una proliferación de actividades deportivas, en especial del fútbol, pero también de los desfiles militares, las exhibiciones de gimnasia y los coros escolares, difundidas, amplificadas y comentadas por las nuevas tecnologías de la comunicación de masas: la prensa, la publicidad callejera, el cine, la radio y los noticieros cinematográficos.

Sin embargo, esa centralidad de la cultura en el escenario de la posguerra no fue un elemento excluyente del programa político de las elites e instrumentado únicamente desde el Estado. Por el contrario, en un momento particularmente traumático para la sociedad paulista, marcado por el fin de la Gran Guerra, la Revolución Rusa y una urbanización acelerada que acompañaba un poderoso resurgimiento económico, las diferentes declinaciones de la "estética normativa", como la llama el autor (el purismo, el simultaneísmo, el sincronismo, el constructivismo, el orfismo, etc.), fueron impulsadas por otras voces, en especial, por aquellos artistas e intelectuales que se negaban a apoyar una "vuelta al orden" que implicaba un sometimiento a una nueva forma de subjetividad, abstracta, fija y normativa.

Para Sevcenko, la importancia de la cultura en el escenario paulista de la posguerra constituyó una suerte de actualización contemporánea del mito clásico de Orfeo, aquel que hipnotizaba a las masas cuando tañía la lira que Apolo le había obsequiado y que da sentido al título de su ensayo. Para poder dar cuenta de esa hipótesis principal, a lo largo de los cuatro capítulos que componen el libro, el autor abrevia en un variopinto conjunto de registros que van desde la prensa periódica y la publicidad hasta los cambios en los hábitos del consumo cultural de los jóvenes paulistas y los espectáculos deportivos.

En el capítulo I, "La obertura en los acordes heroicos de los años locos", Sevcenko reconstruye con gran sutileza y capacidad de análisis, atendiendo a fenómenos tan diversos como el Carnaval o las inundaciones, un dato ineludible de la nueva realidad: el frenesí de la vida metropolitana. Es que San Pablo había experimentado un crecimiento fenomenal, que el autor describe con detalle en un apartado del capítulo II, "Exposición Universal Extravagante", transformándose en el escenario de una nueva serie de hábitos físicos, sensoriales y mentales que la prensa solía agrupar bajo el epíteto de "diversiones": deportes, bailes, desfiles de moda, borracheras, etc. Si bien muchas de estas prácticas existían desde el inicio del siglo XX, en ese nuevo contexto social y cultural se transformaron en "la fuente de una nueva identidad y de un nuevo estilo de vida" ligada a la juventud y cuya filosofía puede

resumirse en que ser joven, deportista, vestirse bien y saber bailar implica ser "moderno" y, por ende, obtener un alto grado de reconocimiento social (p. 47). De allí que gran parte del capítulo esté dedicada a estudiar una faceta destacada de la "movilización permanente" que caracterizó a la cultura en la metrópolis paulista de esos años: los deportes. En el marco de las fricciones propias de todo proceso de modernización acelerada y carente de planificación, el deporte fue uno de los engranajes clave de lo que el autor llama "el mito de la acción". En gran medida, como consecuencia de la dimensión tecnológica y masiva de la Gran Guerra, los deportes fueron considerados como una actividad tonificadora del cuerpo para la lucha y una manera concreta de regularizar la espontaneidad cotidiana y de encauzar los comportamientos instintivos y el conflicto social.

Ahora bien, más allá de las conexiones entre la "educación física", el espectáculo y la política, Sevcenko reconstruye su impacto en la vida metropolitana a través de otras evidencias, como los cambios en las vestimentas y los hábitos de los jóvenes, que adquieren de modo ostensible nuevos estilos ligados a lo deportivo. Para el autor, esta fue la forma de marcar una ruptura que no es solo generacional sino que también revela la emergencia de una nueva mentalidad: ropas más ligeras y coloridas que se adaptan al cuerpo, el reemplazo de la galera por el corte rapé y la gomina y que en el caso de las damas se tradujo, para indignación de sus padres y mayores, en un visible acortamiento de las faldas y en

un agrandamiento de los escotes. Por último, el capítulo finaliza con un análisis de aquellos deportes que de manera arquetípica supieron conjugar la novedad de la técnica, la fascinación por la velocidad y la vida urbana, como el automovilismo, un verdadero objeto de culto para los paulistas, la aviación y el motociclismo.

Sin embargo, los nuevos rostros del dinamismo urbano no se limitaron al mundo de los deportes, también son perceptibles en un fenómeno nuevo, la democratización del acceso a la música, íntimamente ligada a las distribuidoras norteamericanas de la industria fonográfica, y la proliferación de los locales bailables, indicios de una industria del ocio en ciernes que buscaban captar principalmente al público femenino apelando a los nuevos ritmos de moda y desplazando así el tradicional “five o’clock tea”. Gran parte del capítulo II, “Las maquinarias de una escenografía móvil”, está dedicada a estudiar el comportamiento de esa multitud de jóvenes que se entregaban con locura a los nuevos ritmos estridentes y cuya presencia, al igual que las multitudes de *torcedores* de los diferentes clubes de fútbol paulista, comenzaban a transformar la fisonomía de la ciudad. Para los observadores distantes de estos nuevos rituales, esos escritores anónimos que firmaban como “un padre de familia” las indignadas cartas de lectores que enviaban a los principales diarios de la ciudad, estas nuevas modas extravagantes no solo tenían algo de impúdico: llevaban además a una disolución de las barreras y los tabúes sociales. Cabe destacar

que el éxito de esta novedosa industria cultural incluyó también una notable expansión del cine norteamericano, del mundo de las artes plásticas y un verdadero *boom* de la industria editorial paulista, tanto de los folletos y las revistas como de los diarios, haciendo de *O Estado* el diario de mayor tirada del país.

El capítulo III, “El viento de las trincheras es caliente”, presenta una minuciosa reconstrucción de la evolución de la cultura europea desde 1870 hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. A lo largo del capítulo, Sevckenko va mostrando las novedades culturales producidas en el contexto de la concentración de capitales en grandes empresas oligopólicas y de la expansión imperialista europea, atendiendo a las nuevas propuestas en el ámbito de la literatura, la plástica, la música y el ensayo con el objetivo de demostrar que para un importante conjunto de intelectuales, cultores del vitalismo, el irracionalismo y el antiliberalismo, el estallido de la Gran Guerra fue un acontecimiento ansiado y bienvenido pues veían en él un agente “purificador” de la decadente y materialista cultura burguesa. Prontamente, la cruda realidad de la primera guerra industrial de masas mostró lo efímero de esas expectativas. Sin embargo, la importancia del capítulo radica en mostrar las diversas estribaciones culturales de ese nuevo mundo que emerge luego de la firma del armisticio: el surrealismo, el dadaísmo, el constructivismo, el cubismo, etcétera.

Dicha reconstrucción constituye el telón de fondo

para comprender de qué manera fueron incorporadas las novedades culturales de la posguerra europea en el campo intelectual paulista, un proceso que vertebra y articula el cuarto y último capítulo, “De la historia al mito y viceversa dos veces”. Este atiende al impacto de lo “moderno” en el ámbito de la música, el arte escénico, las artes plásticas, la poesía, la literatura y el ensayo, pues en esos registros “la cuestión de la modernidad adquiriría su máxima consistencia simbólica y una expresión cristalina” (p. 287). El análisis de dicho proceso de recepción escapa a todo tipo de esquematismo y rigidez. Por el contrario, Sevckenko desenreda una intrincada maraña de relaciones y reacciones ante “lo nuevo” y los diferentes deslizamientos, yuxtaposiciones y fusiones entre las tradiciones locales, el nativismo y los rasgos de la modernidad, ilustrando sus explicaciones mediante el análisis de las obras de personajes como Tarsila do Amaral, Mario y Oswald de Andrade, Lucília Villa-Lobos y José Pereira Graça Aranha.

Para finalizar, me permito realizar dos señalamientos puntuales. En primer lugar, el libro muestra una cierta tendencia a no ponderar suficientemente el impacto de la Gran Guerra en el Brasil. De hecho, al enumerar las resistencias al nuevo orden cultural que emergerá durante los años veinte, Sevckenko menciona el predominante equilibrio político de signo conservador, las limitaciones del desarrollo industrial y el escaso impacto de la Gran Guerra en el plano cultural (p. 47). Sin embargo, no debería

subestimarse la profunda conmoción que la guerra produjo en la opinión pública brasileña, teniendo en cuenta el hecho, no menor, de que fue el único país sudamericano que ingresó en la guerra en junio de 1917. De hecho, la valoración de las “condiciones típicas locales”, mencionada por Sevcenko como un rasgo distintivo de los años veinte, emerge durante los años del conflicto, resultado de una temprana interpretación de la Gran Guerra como una crisis civilizatoria que reabre en casi todos los países del continente un interrogante sobre la cultura y la identidad nacional.

En segundo lugar, el autor no se detiene a analizar de qué

modo esa nueva presencia de las masas en el espacio urbano dialoga, negocia o se traduce en una participación política efectiva. Mencionada *en passant* casi sobre el final del último capítulo, en relación con las “revoluciones paulistas” de 1924 y 1930, el papel político de esas masas que habían caracterizado la vida moderna de la metrópoli parece esfumarse a lo largo del libro. Sin embargo, esos dos rasgos, masividad y juventud, serán los principales elementos constitutivos de los nuevos movimientos políticos forjados al calor de la Gran Guerra y de ser tenidos en cuenta permitirían iluminar similitudes o diferencias con

otros casos locales o nacionales.

De todos modos, estas indicaciones no atentan contra una ferviente recomendación del libro de Sevcenko. Caracterizado por una escritura fluida y ágil que sin dejar de ser rigurosa por momentos coquetea con el ensayo, su atractivo no se limita a los investigadores dedicados a la historia del Brasil; por el contrario, también comprende a aquellos interesados en la historia cultural, la historia urbana y la historia intelectual.

Emiliano Gastón Sánchez
CONICET / UNTREF / UBA

Jineth Ardila Ariza,

Vanguardia y antivanguardia en la crítica y en las publicaciones culturales colombianas de los años veinte,

Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2013, 298 páginas

Es un hecho: la literatura colombiana brilla por su ausencia, o por su polémica aparición, en los estudios y las antologías clásicas dedicadas a las vanguardias en América Latina. Nelson Osorio (1988) señala que *Los Nuevos* (efímera y solitaria revista por la cual es conocida la generación colombiana del mismo nombre) “es representativa de las ideas renovadoras en un medio tan conservador como el colombiano de esos años”, “sin ser en estricto sentido una revista vanguardista”;¹ Hugo Verani (1990) afirma que en la literatura colombiana “no hubo actividad de verdadera vanguardia, solo figuras aisladas que acogen tendencias innovadoras y antirretóricas”;² y Jorge Schwartz (1991), sencillamente, la pasa por alto.³ El hecho no sorprende si tenemos en cuenta que Colombia entró al siglo xx de la mano de la Hegemonía Conservadora (1886-1930), régimen político que llevó a este país a incorporarse de

manera tardía a los procesos de modernización en diversos campos, hasta tal punto que Luis Tejada, miembro guía de la generación de Los Nuevos, no dudó en sentenciar: “Este país es esencialmente conservador en todos los aspectos de su vida, pero singularmente en lo que se refiere a la literatura”; “Nuestra lírica, sobre todo, está retrasada cincuenta años”;⁴ “ni los libros futuristas, ni las revistas futuristas, ni aun el eco siquiera del movimiento futurista llega hasta aquí, o si llega vagamente, no le hemos prestado atención”.⁵ Los estudios y las antologías clásicas parecen tener, así, razón. Colombia: un país aislado y sin vanguardias. Vacío triste y vergonzoso que, de hacer caso a las palabras de Armando Romero (1988), solo llegaría a ser remediado hasta finales de los años cincuenta con el nadaísmo: “*realmente no existió un movimiento de vanguardia, como tal, en la historia de la literatura colombiana hasta la aparición del nadaísmo*”.⁶

Ahora bien, que aún se tenga por cierto este vacío solo ha sido posible, en realidad, gracias a una inquietante situación: el profundo atraso del que es objeto el campo de los estudios de prensa en Colombia. Largo tiempo esperado, por fin se puede contar, sin embargo, con un libro que, además de hacer evidente este preocupante atraso, avanza en el camino abierto por la reevaluación de Pöppel⁷ para seguir remediándolo: el trabajo de Ardila Ariza, Beca de Investigación en Literatura del Ministerio de Cultura de Colombia en 1999 (publicado, por alguna razón, solo hasta el día de hoy), cuyo objetivo (gravemente inédito, aunque por fin planteado en la historiografía literaria colombiana) no es otro que el de “confrontar con fuentes de primera mano aseveraciones recientes, como las que aún indican que en Colombia no se conocieron ni se debatieron, ni

¹ Nelson Osorio, *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caracas, Ayacucho, 1988, p. 157.

² Hugo Verani, *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (manifiestos, proclamas y otros escritos)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 27.

³ Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991.

⁴ Luis Tejada, “Un poeta nuevo”, en *Gotas de tinta*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 158.

⁵ “El futurismo”, en *Mesa de redacción*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1989, p. 269.

⁶ Armando Romero, *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una*

vanguardia perdida, Bogotá, Tercer Mundo/Pluma, 1988, p. 9.

⁷ Hubert Pöppel, *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Bibliografía y antología crítica*, Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 1999; 2ª edición corregida y aumentada: Hubert Pöppel y Miguel Gomes, *Las vanguardias literarias en Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela. Bibliografía y antología crítica*, Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 2008.

despertaron un deseo de renovación los movimientos de vanguardia” (p. 14).

Así, el primer apartado (“Dos capítulos prescindibles”) analiza: 1) diversas propuestas de análisis de la vanguardia que pueden dividirse en dos: para entenderla como culmen del modernismo o para entenderla como una ruptura con este que abre la época contemporánea; y 2) la presencia de Colombia en los estudios y las antologías sobre la poesía latinoamericana de los años veinte. Al estudiar este último punto la autora señala cómo además de marginar a los poetas de transición (entre los cuales sitúa a los colombianos Luis Carlos López y León de Greiff) y olvidar la prosa de vanguardia (en la que destaca como promotor a Tejada), estos trabajos han dedicado poca o ninguna atención a Colombia.⁸ Tras puntualizar esto, subraya: “No es la intención de este texto demostrar si hubo vanguardia en Colombia, forzando lecturas, análisis o documentos, sino demostrar que sí hubo discusión crítica en torno a la vanguardia, así como intentos por ponerse al día frente a las exigencias estéticas del momento” (p. 66). Para demostrar el primer punto (la existencia de discusión crítica), la autora analiza e incluye diversos fragmentos de prensa en los que pueden encontrarse,

⁸ Ardila Ariza señala a Verani, además, como el único que incluye en su trabajo uno de los pocos libros de vanguardia que tuvo, en efecto, Colombia: *Suenan timbres* (1926), de Luis Vidales, y cómo este fue olvidado, incluso, por el colombiano Óscar Collazos en *Los vanguardismos en la América Latina*, Barcelona, Península, 1977.

por ejemplo, referencias al surrealismo en la prensa colombiana;⁹ para demostrar el segundo (la existencia de intentos por ponerse al día), construye el segundo apartado.

Este segundo apartado (“Vanguardia: crítica, reacción y revolución”) analiza, así, diversas iniciativas nunca antes estudiadas en conjunto: 1) la labor crítica de *Voces* (1917-1920), revista dirigida por Ramón Vinyes (el sabio catalán de *Cien años de soledad*) que, desde la ciudad de Barranquilla, quiso dar a conocer, por primera vez en español, los movimientos de vanguardia (“la primera de América en traducir y reproducir textos de Apollinaire”) (p. 65); 2) los ataques de Los Arquilókidas (1922), grupo de *nuevos* que, tras este seudónimo, atacó a la generación anterior (la Generación del Centenario) desde el diario *La República*, dirigido por el *centenarista* Alfonso Villegas Restrepo;¹⁰ 3) la efímera *Caminos* (1922), revista creada por antiguos colaboradores de *Voces* que, desde Barranquilla, buscó continuar la tarea de Los Arquilókidas; 4) el fugaz diario

⁹ Lamentablemente, muy rara vez se refieren y se datan las fuentes del material gráfico recuperado.

¹⁰ La autora comete un error al afirmar que fue Gilberto Loaiza Cano quien encontró las *arquilokias*, por primera vez, en 1995: “No hay rastro de que alguien haya hablado de ellas antes de él” (p. 87). Germán Colmenares ya las había referido en *Ricardo Rendón. Una fuente para la historia de la opinión pública*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1984. La autora se equivoca, también, al afirmar que todos estos textos iban acompañados “por una caricatura de Rendón” (p. 89), pues otros caricaturistas participaron en la contienda.

El Sol (1922), que bajo la dirección de los *nuevos* Luis Tejada y José Mar, y en un camino que va del liberalismo al socialismo, atacó e hizo “por primera vez una evaluación global acerca de los *centenaristas* como generación” (p. 127); 5) la revista *Los Nuevos* (1925), dirigida por el *nuevo* Felipe Lleras Camargo, de la que se subraya cómo la falta de un programa unitario (estético o político) hizo que “no tuviera la importancia que debía haber tenido como renovadora de las ideas y de la estética del momento” (p. 133); 6) la acogida de Los Nuevos en las “Lecturas Dominicales” del diario *El Tiempo* (1925-1927), dirigido por el *centenarista* Eduardo Santos; 7) en el “Suplemento Literario Ilustrado” del diario *El Espectador* (1924-1927), dirigido por Luis Cano; y, por último, 8) la labor del diario socialista *Ruy Blas* (1927-1928), dirigido por Felipe Lleras Camargo, que permitió a su generación atacar, tras seudónimos, en escritos y caricaturas, a varios políticos y cronistas, pero que publicó “algunos artículos de tono más bien antivanguardista” (p. 234).

El tercer apartado (“Antivanguardia: centenarismo y tradición”) analiza, entonces, dos ataques contra Los Nuevos: 1) el realizado en 1925 por El nuevecito escritor (seudónimo) desde *Patria*, revista bajo la dirección del *centenarista* Armando Solano;¹¹ y 2) el

¹¹ La autora se equivoca al afirmar que los textos de esta polémica fueron comentados por primera vez por Pöppel en *Tradición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas en los años veinte*, Medellín, Universidad de

realizado desde “El Nuevo Tiempo Literario” (1927-1929), suplemento del diario *El Nuevo Tiempo*, dirigido por Ismael Enrique Arciniegas, que además de atacar a Los Nuevos, se impone la labor de divulgar las vanguardias europeas y latinoamericanas con el objetivo de ridiculizarlas.

Finalmente, en el epílogo del libro, la autora refiere cómo, a partir de 1927, Los Nuevos salieron del país incorporándose a proyectos del último gobierno de la Hegemonía, “bien como periodistas, como diplomáticos o como directores de obras públicas” (p. 282), acción con la cual, afirma, su proyecto parece haber muerto para dar paso a la realización de otros: el de la Generación del Centenario y el de la Generación de los Bachués (“*post-nuevos*”) (p. 284).

La importancia de este libro salta, así, a la vista, al

enriquecer la imagen de una época, y de una generación que era conocida, aún, por una sola y efímera publicación, para lograr un mapa mucho más rico y complejo de la trayectoria literaria, política e intelectual de ambas. Puntualicemos, sin embargo, algunas observaciones. Además de tratar con más precisión la labor de algunos seudónimos (Lope de Azuero, sobre todo, merecería un libro aparte, pero es pobremente referido) y de hacer evidente que muchos procesos de la década del veinte tienen su raíz en la década anterior (y el título del libro, en este sentido, debería cambiar, pues incluye a *Voces*), es esencial subrayar que si bien este libro se propone remontarse al origen de Los Nuevos “como generación, y a los inicios del enfrentamiento con sus antecesores” (p. 16), cumplir este objetivo a cabalidad exigirá analizar otras publicaciones, realizar una verdadera genealogía de su nombre¹² e indagar por el

origen de la generación antecesora (ampliamente ignorado por la historiografía colombiana). Aun más urgente deberá ser, de igual modo, emprender un estudio puntual de la recepción de las vanguardias en Colombia (aún no realizado hasta el día de hoy), pues, tal y como este libro hace evidente sin lograrlo del todo, ese debe ser el primer paso para aclarar si la discusión en torno a las vanguardias fue tal *en verdad* (Tejada, por ejemplo, habla de “futurismo” para referirse a toda vanguardia). Estos elementos permitirán corregir y/o ampliar el libro de Ardila Ariza como base fundamental para hacer a Colombia contemporánea de América Latina en los estudios sobre las vanguardias y la prensa: otra parte olvidada de su memoria que comienza, no obstante, a recuperar. Aún no se cuenta, sin embargo, con una edición de las fuentes analizadas que les permita salir de los archivos (a excepción de los tardíos facsímiles de *Voces* y *Los Nuevos*), pero una cosa es segura: pronto llegarán.

Sergio Andrés Salgado
Pabón
PUJ

Antioquia, 2000 [septiembre]. Pöppel ya lo había hecho en “La vanguardia literaria colombiana y sus detractores”, en *Estudios de Literatura Colombiana*, No. 6, enero-junio de 2000, pp. 35-50, en donde refiere, además, un comentario anterior: el de Maryluz Vallejo en *Vida y obra periodística de Luis Vidales (investigación inédita)*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.

¹² El líder estudiantil Germán Arciniegas habla ya de “los nuevos” en carta a Carlos Pellicer del 14 de abril de 1920, en *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas*, México, Conaculta, 2002, p. 32.

Mariano Mestman y Mirta Varela (coords.),
Masas, pueblo, multitud en cine y televisión,
Buenos Aires, Eudeba, 2013, 304 páginas

¿Qué imágenes de las masas trazaron los medios de comunicación audiovisual al poner a estas en escena? ¿Qué ideas pueden “leerse” en los motivos visuales de ese sujeto colectivo que el cine y la televisión multiplicaron a lo largo del siglo xx en Argentina, Brasil, Italia o Estados Unidos? La compilación de catorce artículos realizada por Mirta Varela y Mariano Mestman tiene estas preguntas en su origen. Si la cuestión de la representación en su doble vertiente (política y visual) y el interrogante por el significado de lo *popular* son problemáticas que, como se afirma en la introducción, resultan prácticamente consustanciales a la historia política y cultural, y a la historiografía del cine, la preponderancia de la cultura de la imagen que los estudios visuales –en la convergencia de la historia del arte y los estudios culturales– han propuesto traducir en un *pictorial turn*, pone las figuraciones de las masas producidas por los medios en el centro de esos mismos debates. De ahí que el libro apuesta a mostrar que la interpretación de esas imágenes como documentos de una historia cultural permite revelar aspectos (corporales, gestuales) que el mero análisis de discursos o prácticas en manifestaciones públicas oblitera. Nutridos del cruce disciplinar, los artículos del libro abordan las imágenes de

las multitudes en sí mismas y en relación con sus contextos políticos y culturales, los desarrollos tecnológicos y los cambios en la teoría social, en distintos marcos geográficos –generalmente nacionales– y a través de variados soportes. La perspectiva comparativa supranacional, excepto algunos de los textos, queda a cargo del lector. Una hipótesis conceptual y un desafío crítico invitan a ello, sin embargo, desde el comienzo: lo primero, la postulación de una autonomía relativa de las imágenes respecto de los conceptos; lo segundo, la propuesta de poner en diálogo trabajos que abrevan en tradiciones críticas diferentes, como los que tratan sobre las figuras de las masas en la televisión y en el cine, y hasta lograrlo dentro de un mismo abordaje crítico. De la productividad de esto último dan cuenta los tres trabajos que asumen ese desafío: el de Mario Carlón, “Televisión y masas. De las representaciones históricas a la nueva etapa de mediatización”, con un sofisticado análisis conceptual sobre la innovación que introduce el directo televisivo como discurso respecto de anteriores lenguajes mediáticos; el de Vito Zagarrío, “El fascismo en la televisión italiana contemporánea; la televisión en el cine del fascismo”, que ausculta el modo en que el fascismo como régimen de masas fascina y

seduce a los televidentes italianos de la era de Berlusconi, donde sus protagonistas adquieren los rasgos humanos de la aproximación biográfica y la telenovela, en el marco de la revisión del fenómeno fascista que se remonta a los escritos de De Felice en la década de 1970; por último, el de Mirta Varela, “Las plazas de Malvinas: el color de la multitud”, en el que se toma como eje de análisis el color y sus usos, a partir de un corpus que forman las imágenes televisivas captadas en Buenos Aires durante la guerra de Malvinas, y las películas que desde la transición democrática las incorporaron como archivo al abordar el tema, identificando a través de ese elemento la persistencia traumática de un tema no abordado: el apoyo popular a la guerra.

La variedad de los textos compilados hace lugar a trabajos con mayor pretensión teórica y a otros más abocados al análisis de casos. Entre los primeros se destaca el artículo de Lynn Spigel, “Las muchedumbres solitarias de la TV norteamericana”, que abre la Primera Parte del libro (“Los conceptos en la historia”). Se trata allí del cambio introducido en la forma de representar a la gente “en masa” cuando se popularizó la televisión en los Estados Unidos en los años cincuenta. A través de la audiencia de estudio –afirma

Spigel–, las masas fueron mostradas desde entonces, en la TV, como público amable y como familia de clase media blanca, cuya característica común era no ya su interés social o afinidad política sino el deseo de mirar la televisión. Este nuevo registro visual entraba en conflicto con anteriores representaciones de las muchedumbres en el cine así como con otros registros televisivos contemporáneos de las décadas de 1950 y 1960, en los que las multitudes se manifestaban por los derechos civiles, contra la guerra de Vietnam o a favor de la revolución sexual.

Entre los análisis centrados en el caso argentino, el de Clara Kriger, “Los trabajadores, entre el uniforme y la fiesta”, encabeza la Segunda Parte del libro titulada “Los trabajadores: figuraciones de la celebración y la protesta”. A través del análisis formal de cortos y medietrajados de propaganda de las décadas de 1920 a 1950, en su mayoría encargados por el Estado, Kriger identifica las estrategias de representación audiovisual que en cada etapa indicaron una resignificación en la figura de las masas. En 1940, al frente Carlos A. Pessano del flamante Instituto Cinematográfico Argentino, los cortos publicitarios de las bellezas del país estetizaban los cuerpos y los rostros hasta eliminar cualquier marca social o identitaria de los trabajadores retratados. Durante el peronismo, por el contrario, entre otros recursos de la puesta en escena los primeros planos en las tomas de la multitud movilizada resaltaban el mayor protagonismo obrero en la vida nacional, y la

posibilidad de identificación formal del espectador con esos rostros.

¿Demuestra el libro en su conjunto la hipótesis planteada en la introducción acerca de la autonomía relativa de las imágenes respecto de los conceptos o, para decirlo en las palabras de sus compiladores, que es posible hablar de la *figuración* de nuevos sentidos producidos por las imágenes y no solo de la *traducción* de lo que los conceptos “dicen”? La respuesta no es la misma según cada artículo. Por caso, el de Marcela Gené en la Parte II, “Fueron millones... las masas en la gráfica política y los noticiarios cinematográficos”, centrado en la propaganda durante los festejos del 17 de Octubre entre 1946 y 1955, se ocupa en buena medida de ilustrar a través de fuentes visuales (fotografías y filmaciones pero sobre todo afiches con la figura del *descamisado*), aquello que la historiografía sobre la conmemoración del Día de la Lealtad (Mariano Plotkin en *Mañana es San Perón...*) ya constató a partir de documentos escritos: un progresivo eclipsamiento de la figura del trabajador como protagonista de la gesta popular del ‘45 y el correlativo carácter cada vez más excluyente de la exaltación de los líderes del peronismo.¹ Si, como afirma la autora, el “concepto *descamisado*” fue una construcción simbólica visual a la vez que discursiva, tal vez alguna capa del sentido

¹ Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

alojado en esa imagen podría ser puesta en tensión con el significado destilado de los conceptos del líder peronista, presentes en la prensa y en otros documentos escritos. En otro registro, el trabajo de Claudia Feld, “La representación televisiva de los desaparecidos: del *Documento Final...* al programa de la CONADEP” (en la Parte IV, “Las masas y la nación”) ilumina con claridad la productividad simbólica de la imagen. Tras analizar cómo los desaparecidos fueron “nuevamente” ocultados tras las imágenes contrapuestas de la violencia política y las de la multitud anónima y silenciosa en el programa con el que la dictadura tambaleante presentó el *Documento Final sobre la Guerra contra la Subversión y el Terrorismo*, Feld muestra el modo como la puesta en escena construida para presentar los resultados de la investigación de la CONADEP, a través de la austeridad en la transmisión de los testimonios de familiares de desaparecidos, el ritmo lento, la ausencia de publicidades, el “medio tono” y, por último, el borramiento de las marcas de enunciación del medio televisivo en beneficio del enunciatario estatal, cimentaron la “fuerza de revelación del documental de la CONADEP”. Esta se basó –dice Feld– en el hecho de que el rostro de los testigos se configuró en garantía de autenticidad, y a través suyo los crímenes denunciados y su resultado, las desapariciones (no visibles), pudieron “visibilizarse”.

La compilación contiene un nutrido grupo de artículos que se ocupan del cine documental y político. El trabajo de Antonio

Medici, “De la masa a la multitud: el conflicto político en el cine italiano”, recorre la variación en las estrategias de representación de las masas en Italia desde la segunda posguerra hasta el 2001. Si bien el análisis encarna en la especificidad de la historia italiana, el texto revela la presencia transnacional de determinadas formas de documentar y representar al pueblo movilizado, y su transformación en el tiempo. Del plano general de las masas compactas y anónimas que se expresan ante el atentado al líder partidario (en este caso, del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti), a fines de los años cuarenta, pasando por el registro de asambleas obreras o corridas, realizado no ya por el Partido sino por colectivos independientes ligados a la nueva izquierda, hasta el video-activismo y la representación múltiple de las nuevas tecnologías, en los recientes movimientos alter-globalización. El artículo de Mariano Mestman, “Las masas en la era del *testimonio*. Notas sobre el cine del 68 en América Latina” (Parte III, “El pueblo como mito, sujeto o testigo”), despliega un contrapunto entre films políticos de cuatro países con el objetivo de indagar cómo se incorpora el testimonio en ellos y cómo este interactúa con las masas representadas, cuando la literatura testimonial hace eclosión en la región. Aborda, sucesivamente, la palabra testimonial de Esteban Montejo en *Hombres de mal tiempo* (Alejandro Saderman, Cuba, 1968); la de Domitila Barrios en *El coraje del pueblo* (Jorge Sanjinés, Bolivia, 1971); el testimonio de Julio Troxler en *Operación Masacre* (Jorge

Cedrón, Argentina, 1972); y en *El grito* (Leobardo López Arreche, México, 1970), la voz desdoblada del Consejo Nacional de Huelga estudiantil, por un lado, y la de Oriana Fallaci, por otro. Concluye que el testimonio permanece articulado y subordinado (salvo el caso de Fallaci) a las tesis insurreccionales y revolucionarias que signan la época y los films.

Otros tres textos que abordan filmografías de temática política –aunque ancladas en la ficción– son los de Ana Amado, Gonzalo Aguilar y Fabiola Orquera, dedicados a interpretar las modalidades de figuración de lo popular en Leonardo Favio, Glauber Rocha, y en dos cineastas argentinos –Román Viñoly Barreto y Lucas Demare– tributarios de la construcción simbólica de lo andino difundida por Atahualpa Yupanqui. En “Rituales angélicos. Pueblo, infancia y duelo en Leonardo Favio”, Amado destaca entre los films de Favio anteriores a la última dictadura militar la figura de la infancia como expresión del afecto político, elemento que le permite poner a Favio en diálogo no solo con Walsh y con Solanas, sino también con el cine europeo posterior al neorealismo. Sobre la década del noventa y, en particular, el documental *Perón. Sinfonía del sentimiento* (1994-2000), atiende al mito como mediador entre cine y peronismo, y subraya la apuesta fuerte al “aura de los archivos escritos, visuales y sonoros” recolectados por Favio, sobre los que el director aplica “todo el arsenal de los recursos del cine para llevarlos a un

verosímil que eterniza pasionalmente la historia”. Para Gonzalo Aguilar, en “El frenético y colorido baile del pueblo: Glauber Rocha y Antônio das Mortes”, el mito y lo irracional también tienen un lugar clave en la interpretación del cambio en la consideración del pueblo que Glauber inaugura con ese film. Aunque otro elemento adquiere un papel central para aclararlo: se trata del uso del color, común a otros tropicalistas –dice Aguilar–, en el sentido de una “irrupción de la ebriedad del carnaval en el arte”. Con la incorporación del color en *Antônio das Mortes* (1969), leída como “falso *remake*” de *Dios y el diablo en la tierra del sol* (1964), el cineasta brasileño acentúa la individualidad y el aislamiento de los personajes, en lugar de la comunidad popular. “...El color disgrega y descompone” –interpreta Aguilar–, por tanto, si bien el pueblo protagoniza la película, “es un pueblo que todavía no llega a ser tal: es multitud, masa, turba, plebe”. La revisión de Glauber supone a su vez una nueva imagen de la modernidad, de alcance más limitado, donde esta convive con el misticismo y lo bestial que sobrevive en la multitud.

El vínculo entre lo popular y la modernidad también aparece, aunque bajo otras coordenadas espacio-temporales, en el tratamiento de dos melodramas rurales de la década de 1950 que transcurren en el Norte argentino. El artículo de Orquera, “Las masas andinas ingresan al llano zafrero: Atahualpa Yupanqui y el cine”, llama la atención sobre los films *Horizonte de piedra* (Viñoly Barreto, 1956) y *Zafra*

(Demare, 1959) como vías abiertas para “una ‘arqueología’ indígena de las masas argentinas”. En la imagen de los trabajadores del ingenio que padecen su incorporación a la agroindustria del azúcar (la modernidad exterior contrapuesta a la interioridad e identidad kolla, definitorias de lo andino), Orquera ve la huella de la labor de Yupanqui en tanto “productor del discurso maestro” sobre lo andino. Al reconstruir su actividad político-cultural y literaria, y conceptualizar a Yupanqui como “mediador evanescente” entre el “marxismo y el peronismo; La Pampa y el

norte; la cultura letrada y la oral”, la autora hace un aporte a la historia de los intelectuales, informando sobre las redes de colaboración entre el artista y los realizadores, y sobre los canales mediante los que estas construcciones literarias alcanzaron la pantalla grande. Desde este tipo de enfoque, atento a los ámbitos de sociabilidad y a los espacios institucionales, las redes profesionales y comerciales por las que las imágenes del pueblo del cine y la TV viajan y llegan, o se transforman, se puede trazar una línea de convergencia hacia una zona del campo de la historia intelectual que

justamente, en esta misma revista y hace un año, Ana Clarisa Agüero y Diego García llamaban a ampliar: la que hace de las imágenes un objeto central para la indagación de las ideas y sus productores.²

Laura Ehrlich
CHI-UNQ / CONICET

² Ana Clarisa Agüero y Diego García, “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 17, 2013, pp. 181-185.

Mariano Siskind,

Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America,
Evanston, Northwestern University Press, 2014, 357 páginas

Cosmopolitan Desires es un trabajo fundacional para el campo de los estudios sobre literatura mundial en América Latina. El libro se inserta en un escenario de debates críticos en plena ebullición, alrededor del estatuto de la literatura comparada como disciplina –ejemplificado con el reciente y polémico *Dictionary of Untranslatables: A Philosophical Lexicon*–.¹ Ante el desafío de no repetir la lógica global del capital, teóricos como Emily Apter o Jacques Lezra—traductores del volumen al inglés— exploran conceptos como intraducibilidad, in-comparabilidad, o, en el caso de Gayatri Chakravorty Spivak, “planetariedad” (*planetarity*), como modos de abrir un sentido de alteridad ético-política en el interior del comparatismo, sometiéndolo a un escrutinio permanente y a la sospecha de sus propios términos. ¿Cómo dar cuenta de un paradigma cultural planetario que evite reponer las visiones exotizadas de la identidad que se hallan en la base misma del discurso global? ¿Pueden las culturas marginales volverse productoras de cultura cosmopolita global?

En *Cosmopolitan Desires*, Mariano Siskind posiciona a

autores y productos culturales latinoamericanos –aunque también de otras regiones– en el centro de este rico debate crítico, haciendo uso de un amplio repertorio teórico y de debates políticos, culturales y literarios. Siskind propone estudiar la estética cosmopolita como estrategia de universalidad que cuestiona tanto las estructuras hegemónicas de exclusión eurocéntrica como los patrones nacionalistas de automarginación. La propuesta de *Cosmopolitan Desires* es leer la modernidad latinoamericana como una relación global, inserta en una red transcultural de intercambios, deshaciendo una idea particularista de la diferencia cultural. El mundo aparece, para el sujeto de *Cosmopolitan Desires*, como un horizonte imaginario inaprensible, en el marco universalista de la literatura mundial. Lo que caracterizaría la subjetividad cosmopolita en América Latina sería su punto de enunciación marginal, su exclusión del desarrollo global de la modernidad. Pleno de impulsos ambivalentes, el sujeto latinoamericano percibe el mundo y la literatura mundial como proyecciones fantasmáticas de sus deseos cosmopolitas. En ese plano imaginario en el que se constituye el deseo de mundo, de pertenencia y reconocimiento universal que media las prácticas discursivas del intelectual, reside, según Siskind, la propia

posibilidad del cosmopolitismo como enunciado ético, pensado como preocupación por los otros. Es por eso que *Cosmopolitan Desires* se enfoca en momentos de intraducibilidad, deslectura, apropiación, en el seno de procesos de globalización cultural. En sintonía con los debates ya mencionados, Siskind es sospechoso de toda figura de equivalencia cultural, sustituibilidad y traducibilidad de las diferencias nacionales y étnicas, y presenta, además, una crítica al modo en que la literatura mundial ha sido institucionalizada en el seno de la academia en los Estados Unidos.

Cosmopolitan Desires se organiza en una introducción y cinco capítulos en los que se traza, en una secuencialidad no cronológica, el imaginario cosmopolita desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX.

El capítulo 1, “La globalización de la novela y la novelización de lo global”, examina al género novela como central para conceptualizar la globalización de la cultura moderna latinoamericana. La novela transmitiría un sentido de modernidad universal, a través de procesos de importación, traducción y adaptación, en lugar de una lógica de la expresividad local o de representatividad cultural fija. El capítulo incluye análisis comparativos de novelas de

¹ Princeton University Press, 2014, traducido al inglés por Jacques Lezra, Emily Apter y Michael Wood.

Julio Verne y Eduardo L. Holmberg, así como un interludio iluminador en que se leen los diarios de viaje del capitán James Cook a la Antártida como reveladores de las fisuras del discurso modernizador y globalizador.

El capítulo 2 analiza el realismo mágico en sus trayectorias y narrativas históricas globales, como puesta en escena de deseos mundiales y objetivos transculturales. Siskind se propone deconstruir la crítica literaria que ha erigido al realismo mágico en paradigma de la literatura latinoamericana, revelando las mediaciones históricas en que se inscribe dicho particularismo, e historizando su relación con el poscolonialismo y la literatura mundial. En lugar de en la forma textual del género, el capítulo se enfoca en las trayectorias globales, las traducciones y las reescrituras –los casos de Alejo Carpentier, y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez–, a través de una perspectiva de historia literaria y cultural. Analiza los modos en que el género ha interpelado a los escritores y a los intelectuales anglófonos –como archivo de fuentes culturales traducible a otras áreas del tercer mundo– y como ha sido percibido, por algunos escritores latinoamericanos, como imposición de una especificidad identitaria. El realismo mágico, afirma Siskind, es un modo de producir espacios narrativos decoloniales, rápidamente mercantilizados (*commodified*), y fetichizados.

El capítulo 3 examina el modernismo y su deseo de mundo en el marco de la

emergencia de los discursos mundiales latinoamericanos. Parte del caso de José Martí para considerar la literatura modernista en la coexistencia conflictiva de las literaturas metropolitanas y las marginales. Luego analiza en González Prada la trascendencia de la identidad local a través de una crítica de lo hispano; des-hispanizar la literatura peruana, en González Prada, implicaría acceder a la modernidad cultural. En el contexto mexicano, Gutiérrez Nájera ejemplifica la necesidad de negociar el cosmopolitismo con el regionalismo. A continuación, el caso de Enrique Gómez Carrillo, como mediador de la literatura mundial, es leído como predecesor de Borges en su práctica literaria cosmopolita. Y finalmente se analiza al crítico Baldomero Sanín Cano, en quien el deseo de mundo se vuelve demanda ética y estética a la vez, buscando lo universal como fuerza emancipatoria de todo aislacionismo. En todos estos casos, el cosmopolitismo modernista encarna una demanda de igualdad universal, como promesa de pertenencia a la modernidad mundial. La literatura mundial, en este sentido, carece de predicados metropolitanos o marginales, no es particular ni universal, y tampoco es sincrética, sino que propone el vaciamiento mismo de la identidad, hacia un plano imaginario por venir.

El capítulo 4 se centra en Rubén Darío y su invención de una subjetividad poética cosmopolita, abierta al mundo y su extrañeza. Siskind lee en Darío la emergencia de una posición cosmopolita, una universalidad paradójicamente

limitada al dominio francés. Darío inscribe su cosmopolitismo como función de la universalidad de la cultura francesa, a través de la potencialidad moderna y mundial del simbolismo francés. Aunque constituido en una mediación francesa que posibilita su modernidad, Darío también concibe y articula su exclusión de la modernidad parisina, revelando el carácter desigual del mapa global del modernismo.

Finalmente, el capítulo 5 se centra en el viaje de Enrique Gómez Carrillo a Europa del Este, y su encuentro con la “cuestión judía”. Según Siskind, el orientalismo y el exotismo –centrales al imaginario del modernismo– se interrumpen cuando Gómez Carrillo reconoce la opresión y la pena del judío de Europa del Este, que lo interpela. Esta irrupción en la trama orientalista constituiría un momento ético, de sensibilidad ante el excluido, sufriente. Por otro lado, la expansión hacia el oriente universaliza la lógica parisina, pero también se extiende más allá de ese universal. El cosmopolitismo modernista, si bien produce al mundo como totalidad indiferenciada del modernismo parisino, construye un mundo plano, anti-identitario, indiferenciado, en el que Siskind lee la posibilidad de imaginar el fin de la exclusión.

Más allá de la ya mencionada sofisticación teórica y del horizonte actual de discusiones teórico-críticas en que interviene, uno de los grandes hallazgos del estudio es la construcción de un cosmopolitismo ético, que incluye el reconocimiento del

propio lugar de exclusión, así como la sensibilidad ante el otro. Quizá la razón por la que la profundización en el lugar de exclusión de la enunciación latinoamericana, así como la sensibilidad ética hacia el otro sufriente, queda algo desdibujada es precisamente por el horizonte vacío, anti-identitario, del universalismo que el estudio propone. Es ese mismo horizonte vacío –anti-sincrético– el que explica, probablemente, el hecho de que por momentos la densidad teórica del texto opaque la importancia de los archivos y la

emergencia de modos diversos y tangibles de otredad cosmopolita. Por otro lado, el privilegio del eje Europa-América Latina deja fuera el examen de los textos en que lo universal moderno es encarnado por los Estados Unidos, tan relevante para el modernismo como espacio político pero también cultural. Siskind nos muestra un horizonte cosmopolita productivamente tensionado en sus contradicciones, pero lo interesante del caso es que resitúa el mapa de las discusiones sobre América

Latina, rompiendo las barreras de un latinoamericanismo exótico. Es en esa dimensión, la de un provocativo desplazamiento del mapa de las discusiones sobre lo latinoamericano, donde se aloja su aporte más contundente, desde ahora indispensable para los interesados en la producción cultural y literaria latinoamericana, así como en la literatura mundial.

Alejandra Josiowicz
Rutgers University

Esteban de Gori,

La República Patriota: Travesía de los imaginarios y de los lenguajes políticos en el pensamiento de Mariano Moreno,

Buenos Aires, Eudeba, 2013, 309 páginas

El Bicentenario de las independencias dio lugar a una amplia gama de estudios que buscan apartarse de la tradición historiográfica de impronta nacionalista, que explica la ruptura del vínculo colonial en términos del afán de autodeterminación por parte de naciones preexistentes, las cuales tarde o temprano buscarían recobrar los derechos soberanos que les corresponderían como tales. Según muestran estos estudios recientes, dicha tradición se funda en una perspectiva teleológica de la historia, que lleva a creer ver en el punto de origen de este proceso aquello que solo se encuentra en su punto de llegada: las naciones modernas. Esto supone un quiebre fundamental, desde el momento en que abre las puertas a un universo nuevo de interrogación: si no fueron los afanes de autodeterminación nacional, qué fue entonces lo que puso en marcha el proceso revolucionario.

Frente a estas perspectivas teleológicas que creen ver en la independencia una suerte de destino ineluctable, los estudios revisionistas concentrarán su atención así en la serie de hechos contingentes que habrían de concluir con la ruptura revolucionaria, entre los que se destacan la vacancia monárquica producida en 1808. Algunos de estos autores “revisionistas” (Isidoro Venegas

es quien más ha enfatizado el punto) señalan, además, la profunda quiebra política y cultural que supuso la caída de la monarquía y la instauración de regímenes políticos fundados sobre bases republicanas. Según muestran, para los hombres de comienzos de siglo XIX el gobernarse según otro régimen político que no fuera el monárquico les resultaba poco menos que inconcebible. Para estos, la monarquía era una forma de gobierno tan natural como para nosotros la republicana. Las revoluciones de independencia representarían, pues, mucho más que un evento de orden meramente político.

No obstante, este señalamiento vuelve insostenible aquel mismo marco explicativo. Aquello que parecía inconcebible, pronto se volvería realidad; y está claro que semejante quiebre cultural no se pudo haber producido en el curso de unos pocos meses, como estos autores afirman. De hecho, crisis dinásticas se habían producido en el pasado, como ocurrió durante la Guerra de Sucesión (1700-1711), sin que nada semejante ocurriera. En ese momento nadie aquí pensó en independizarse de España. Indudablemente, algo cambió, y algo muy importante, en los años precedentes, que hizo que aquello que un siglo antes no tuvo consecuencia alguna en

las colonias ahora llevará a su independencia.

El libro de Esteban de Gori intenta, justamente, intervenir en este debate. En este sentido, su alcance excede grandemente aquello que su título sugiere. El mismo es mucho más que un estudio sobre el pensamiento de Mariano Moreno; es el trazado del complejo proceso de reconfiguración conceptual que abriría las puertas a esa radical reformulación de los lenguajes políticos que hizo eventualmente posible las revoluciones de independencia. En un largo recorrido que arranca con los neoscolásticos españoles del siglo XVII y llega a Mariano Moreno, pasando por las recepciones del pensamiento ilustrado en la Colonia así como de lo que llama la “conexión napolitana” (los escritos de los jesuitas exiliados por las reformas borbónicas), De Gori muestra cómo el imaginario político del Antiguo Régimen se iría minando a lo largo del siglo XVIII y perdiendo su sustento político-conceptual.

El punto de partida es la emergencia del concepto moderno de *soberanía* como una facultad indivisible, intransferible e irrepresentable, cuya primera formulación sistemática se remonta a los *Seis Libros de la República* (1576), de Jean Bodin. Sin este, es necesario señalarlo aunque parezca obvio, tampoco habría podido surgir el concepto de

“soberanía popular” en que los insurgentes apoyarían sus reclamos. El propio absolutismo terminaría así sentando las bases conceptuales que terminarían destruyéndolo. No obstante, este resultado tendrá un carácter paradójico. De hecho, dicho concepto hacía imposible la concepción de algo así como una idea de “soberanía popular”; esta aparecía más bien como una suerte de contradicción en los términos. La idea de soberanía conllevaba necesariamente la existencia de una asimetría fundante de la comunidad, sin la cual esta se destruiría como tal (si hay soberanos, debe haber súbditos: que los mismos que son soberanos sean también sus propios súbditos parecía simplemente absurdo). Ninguna comunidad, ninguna nación podría existir sin un centro de autoridad política a partir de la cual pudiera esta articularse.

En efecto, el monarca no era un factor del que pudiera prescindirse, pues era en su figura que venía a condensarse el cuerpo místico de la república. De Gori nos retrata el recorrido por el cual ese vínculo inescindible entre soberanía y nación comenzaría, sin embargo, a fisurarse y la nación habría finalmente de

desprenderse de la figura real. En su lucha contra los intentos de centralización política impulsados por los borbones, las oligarquías urbanas capitulares invocarían la representación de los intereses del pueblo o la nación. Y si bien ese pueblo era una entidad no menos etérea que el Dios al que los reyes invocaban como la fuente última de su legitimidad, la serie de revueltas que se desatan tanto en la península como en las colonias en la segunda mitad comenzarían a darle visos de realidad empírica. Así, en la lucha contra las políticas reformistas se irían configurando nuevos lugares de articulación de la voluntad general colocados al margen del aparato de Estado destructivo del sistema político del Antiguo Régimen.

Llegado a ese punto, emergerían dos soberanías alternativas y antagónicas, la soberanía real y la soberanía nacional. Ambas no podrían coexistir en un mismo nivel de realidad. Y si bien este dualismo no necesariamente debía concluir con la quiebra del imperio, su enfrentamiento había entrado ya en el universo de lo concebible. Así, si bien el libro de De Gori concluye con

la independencia, deja planteado un interrogante que se proyecta más allá del período específico que él analiza. Contra los que plantean las perspectivas tradicionales del siglo XIX, que conciben el mismo como el período en el que los ideales ilustrados que supuestamente dieron origen a la nación buscarían materializarse en la práctica de manera progresiva, la herencia revolucionaria aparecía como mucho más compleja y ambigua. Lo que esta le lega no es ningún conjunto dado de principios o valores, sino, básicamente, un problema, el cual, en última instancia, ya no encontraría solución posible: cómo determinar cuáles son aquellos lugares de articulación de la voluntad general de la nación, quién puede reclamar ser su vocero y expresión entre todos aquellos que la invocan, cómo y quién podría determinarlo de un modo eventualmente incontrovertible. Los lenguajes políticos que emergerán en lo sucesivo no serán sino distintos modos de confrontar conceptualmente esta aporía.

Elías Palti
UNQ/UBA/CONICET

Graciela Batticuore,
Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución,
Buenos Aires, Edhasa, 2011, 316 páginas

Dirigida por los historiadores Gustavo Paz y Juan Suriano, la colección “Biografías argentinas” de editorial Edhasa tiene el indiscutible valor de recuperar el género biografía para el ámbito académico; y esto no porque esté dirigida a un público de especialistas sino porque todos los autores convocados para escribir estas biografías provienen de la academia, en especial de las áreas de Historia y Letras. En este sentido, la totalidad de los volúmenes de esta colección –seis hasta la fecha– garantizan a un público amplio el acceso a los últimos aportes bibliográficos sobre los períodos históricos a los que pertenecieron cada uno de los hombres y las mujeres biografiados.

Ahora bien, la biografía –Sarmiento, ese apasionado cultor del género, lo sabía bien– es además un género híbrido, impuro, ambiguo, que se instala en la porosa frontera entre la historia y la literatura. El autor de una biografía, por tanto, debe preocuparse no solo por realizar un imprescindible trabajo de archivo y de pesquisa bibliográfica sino también, llegado el momento de la escritura, preocuparse por la tarea, también fundamental, de ficcionalización que este género demanda; y utilizo aquí el término ficción no en el sentido de fingir o de imaginar, sino –tal como lo define Jacques Rancière en *La fábula*

cinematográfica– en el de “forjar”; es decir, entendido como “la construcción, por medios artísticos, de un ‘sistema’ de acciones representadas, de formas ensambladas, de signos que se responden”. El libro de Graciela Batticuore, que inaugura esta colección, cumple felizmente con estos dos requisitos.

A menudo, una imagen no vale más que mil palabras; por el contrario, con cierta frecuencia se necesitan mucho más que mil palabras para reparar los efectos injustamente simplificadores de una imagen. Este es, por ejemplo, el caso de Mariquita Sánchez. Hacia el centenario de la revolución de Mayo, el artista chileno Pedro Subercaseaux pintó un cuadro en el que pareció cifrarse para la posteridad la vida entera de esta mujer; en él se ve a una joven Mariquita entonando el “Himno Nacional Argentino” en el marco patricio de una de las tantas tertulias que se realizaban en su casa de la calle Florida. Batticuore es consciente del poder que esa imagen tiene aún hoy para un “argentino promedio” y, en razón de esto, su biografía de Mariquita Sánchez se abre con una referencia a ella. Esta referencia, sin embargo, no está ahí, en el primer párrafo del “Prólogo”, para anunciar que este libro ratificará lo que ese cuadro ha hecho con la vida de Mariquita Sánchez –congelarla

en una anécdota pintoresca– sino, antes bien, para dejar en claro que un objetivo fundamental de esta biografía es persuadir al lector de que esa vida, que se extendió por más de ocho décadas, fue muchísimo más que esa escena ocurrida en 1813.

Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución cumple ese objetivo con generosidad. Al terminar este libro el lector puede estar seguro de que accedió al despliegue de la vida larga y excepcional de una mujer que, al decir de Batticuore, estuvo inmersa protagonicamente en los círculos que pretendían estar a la vanguardia de su época –sea esta la de los primeros años de la revolución, la de las reformas rivadavianas, la del exilio antirrosista o la de la Argentina post Caseros– y que fue, además, un referente para los miembros de esos círculos. De este modo, Mariquita Sánchez emerge de este libro como una mujer extraordinaria, sin par: “La única mujer letrada de comienzos de siglo que estaba calificada para opinar”.

Con todo, lo más significativo de esta biografía no radica tan solo en qué le cuenta al lector –la larga vida de Mariquita Sánchez– sino en cómo se lo cuenta. En consecuencia, su mérito principal reside en que en sus páginas se advierte notoriamente que su autora buscó responder a –y su

escritura estuvo guiada por— una pregunta que debería ser central para todo biógrafo, pero que no siempre lo es: ¿de qué modo contar *esta* vida? Se trata, en otras palabras, de la pregunta acerca de qué puede hacer la escritura con todo aquello que una vida ha dejado tras de sí. A esa pregunta genérica —quiero decir: biográfica—, Batticuore responde apostando a narrar esta vida otorgándoles especial atención a sus aspectos materiales: “los gastos, los consumos, las deudas, el dinero” —y esto no solo en los capítulos titulados “La casa”, “Los papeles” y “Los gastos”, sino en toda la extensión del libro—. Esa decisión, no obstante, no es un capricho ni una arbitrariedad sino una necesidad que le impone Mariquita Sánchez —el objeto— a su biógrafo. Al respecto, en el “Prólogo”, Batticuore recuerda una frase de su biografiada que ella asume tácitamente como una suerte de clave que esta mujer dejó para sus futuros biógrafos: “La casa es la vida”. Así, las casas de Mariquita —y todo lo que tenerlas y mantenerlas significó para ella— son protagonistas indiscutibles de esta biografía: en especial, la casa de la calle Florida, en la que nació en 1786 y murió en 1868; pero, además, la casa de Montevideo que habitó durante el largo gobierno de su amigo de la infancia Juan Manuel de Rosas, la casa de su breve residencia en Río de Janeiro hacia 1846, y aun la casa que nunca ocupó en París, pero con la que soñó y para la que incluso mandó algún mobiliario. Las casas, por consiguiente, son algo más que la metonimia de esta vida; más precisamente, las casas *son*

Mariquita; por ello, Batticuore afirma: “La casa la representa a Mariquita adonde quiera que vaya”.

¿Y por qué resultan centrales las casas en la vida de Mariquita? Pues porque fue en ellas donde tejió desde muy joven una red de amistades y alianzas que define lo que Batticuore designa como “la cultura del trato”; es decir, una sociabilidad que la tuvo como centro y gracias a la cual supo conquistar —mediante la conversación y el intercambio epistolar como dispositivos centrales— ese particular protagonismo que, a su manera, transformó en poder. Por lo demás, estos rasgos de la vida de su biografiada —la sociabilidad, el trato— obligan a Batticuore a no incurrir en esos casi siempre decepcionantes extractos biográficos que reciben el nombre de “biografía intelectual”, “biografía política” o “biografía sentimental”, y que parten de la engañosa premisa de que es posible desgajar quirúrgicamente de una vida lo político, lo intelectual o lo sentimental, como si se tratara de itinerarios paralelos que se desarrollan de manera autónoma y bien delimitada. Si esa operación es alguna vez posible, en el caso de Mariquita Sánchez es irrealizable: la suya fue una existencia en la que lo privado y lo público, lo doméstico y lo político, lo intelectual y lo sentimental se anudaron de manera inextricable.

Un ejemplo de esa tupida trama biográfica que enmaraña y confunde lo público, lo privado, lo íntimo, lo político y lo afectivo son sus dos matrimonios: el primero con Martín Thompson y el segundo

con Jean Baptiste Washington de Mendeville. En esta biografía, la narración de los fascinantes avatares matrimoniales de Mariquita Sánchez —un marido (Thompson) que enloquece mientras se encuentra realizando tareas diplomáticas en los Estados Unidos y regresa a Buenos Aires para morir; otro (el francés Mendeville) que se ausenta en principio temporariamente de la casa matrimonial pero que, con el correr de los años, desaparece de la vida de su esposa— permite descubrir una intensa biografía sentimental pero también una serie de acontecimientos en los que lo afectivo y lo político aparecen indisolublemente juntos. Y habría que agregar: dramáticamente juntos; porque, como afirma Batticuore, en la vida de Mariquita Sánchez “la pasión amorosa y la política [son] dos variantes [...] que a menudo se entreveran”.

En cuanto a ese *entreveramiento*, especial interés presentan las zonas de este libro que Batticuore le consagra a la escritura de Mariquita Sánchez. En ella, esta crítica vuelve, a partir de este caso particular, sobre una cuestión de la que ya se ocupó con solvencia en libros como *El taller de la escritora* (Beatriz Viterbo, 1999) y *La mujer romántica* (Edhasa, 2005): la configuración de la escritura y la autoría femeninas en el siglo XIX argentino.

En vida, Mariquita Sánchez no fue una autora en el sentido moderno; la constitución de Mariquita como autora fue el producto de determinadas decisiones editoriales realizadas en el siglo XX, cuando se

publicaron su epistolario (en 1952) y sus *Recuerdos del Buenos Aires Virreyenal* (en 1953). Mariquita, por tanto, es una autora póstuma (Batticuore desarrolla esta hipótesis en *La mujer romántica*). No obstante, durante su vida sí fue una “escritora prolífica”. Se trata de una escritura que, como dijimos, y como lo señala Batticuore, fue central en el desempeño de la “cultura del trato”, una escritura especialmente coyuntural que se disemina en géneros de la intimidad como son los diarios, las cartas y la poesía de circunstancia, pero en la que aún pueden leerse los trazos de los efectos públicos que buscaba provocar. De este modo, en las páginas de *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución* –y en especial en el capítulo 5, titulado “Los papeles”– se recupera la imagen de alguien que fue, en especial durante sus años de exilio montevideano, una suerte de estratega de la escritura. Y esto porque en el marco de la “guerra de papeles” que caracterizó, según José Mármol, el período rosista,

Mariquita se constituyó mediante su pluma en lo que Batticuore llama “una espía en combate”. De este modo, el abordaje de la escritura de su biografiada le posibilita a esta biógrafa tanto interpelar una trayectoria a un tiempo influida y tensionada por modelos aportados por los imaginarios ilustrado y romántico, como reflexionar sobre los nuevos modos de inserción en el espacio público que se abrieron para las mujeres luego de la revolución de Mayo. En este sentido, esta biografía parece alegar una y otra vez, y de diferentes modos, que Mariquita Sánchez llevó al extremo esas posibilidades que anunciaba “lo nuevo”, tensándolas hasta límites insospechados por sus contemporáneos.

Que este libro se inicie con la intención de conjurar los efectos de una imagen –la propuesta por el célebre cuadro de Subercaseaux– no implica que sea un libro enemigo de las imágenes. Por el contrario, sus más de trescientas páginas están escandidas por una cuidadosa selección de

imágenes –planos, cartas, muebles, retratos, etc.– cuya función no es meramente la de ilustrar lo que dice la letra sino complementarlo, habilitando la posibilidad de acceder a otras dimensiones de la vida de Mariquita Sánchez y permitiendo, mediante este otro recurso, que el lector participe de ella siguiendo algunas de las huellas materiales que fue dejando a medida que se desenvolvía.

En *Recuerdos de provincia*, de 1850, Sarmiento no dudaba en asegurar que “La biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época”. No es poca cosa que, más de un siglo y medio después, y en el contexto de un renovado interés por el género que se advierte tanto dentro como fuera de la Argentina, una colección –y este libro en particular– busque explorar la posible actualidad de esa férrea convicción sarmientina.

Patricio Fontana
UBA

Hernán Pas,

Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850),
Santa Fe, Ediciones UNL, 2013, 290 páginas

Para los escritores americanos de los dos primeros tercios del siglo XIX, el pasaje de la escritura de periódicos a la escritura de libros no se ofrecía necesariamente como un *cursus honorum* ni como una función demasiado especializada. Excepción hecha de los escritores cuyo proyecto literario se cifraba en la poesía lírica –y basta pensar en Esteban Echeverría y su reticencia a escribir para la prensa para advertir que la salvedad no es menor–, pasar de los periódicos a los libros no implicaba un salto cualitativo en una carrera. Era, sencillamente, una posibilidad para ejercitarse en un oficio y hacerse un nombre con el que afrontar cualquier campaña pública. *Sarmiento, escritor y publicista*, editado y compilado por Hernán Pas, pone en escena parte de ese pasaje, pero explora y resuelve de modo feliz el mismo problema en un segundo nivel, desde que su objeto mismo supone el desafío que presenta al investigador pasar de los periódicos al libro.

El lector curioso de diarios antiguos –condición obvia y básica para el investigador que frecuente hemerotecas– suele experimentar sobresaltos varios. La rutina es conocida: el periódico buscado no está, está fuera de consulta, tiene una numeración que corresponde a una catalogación anterior, existe pero no se presta, llega hasta el mostrador pero la página

anhelada termina de desgarrarse en nuestras manos como último eslabón de una cadena de patas, mandíbulas, aguijones y, más probablemente, otras manos. Cuando nada de esto ocurre, se impone el obstáculo más interesante: la felicidad del hallazgo se convierte en la pregunta sobre cómo transmitir a los otros el infinito que encierran las páginas del periódico. Pasar de los periódicos al libro, en efecto, supone no solo una decisión de recorte (el diario, por definición, lo contiene todo: referencias a la vida pública en sus dimensiones política, comercial, económica, social, cultural; marcas de su circulación y recepción; indicios de los modos en que buscaba ser apropiado; rasgos formales y materiales a través de los cuales, casi como ningún otro objeto, condensa la cotidianidad de su época), sino además una decisión narrativa: cómo organizar el relato que da sentido, fuera de su época, a la lectura de ese diario.

Sarmiento, redactor y publicista, se inscribe en el pequeño conjunto de trabajos (del que fue pionero *Orden y virtud*, de Jorge Myers) en el que esas decisiones son nítidas y, por eso, organizan un volumen que, como los diarios que traman su base, ilumina una región del pasado hasta entonces poco visible. El libro está organizado en dos secciones: un ensayo de Hernán

Pas, quien realizó además la investigación hemerográfica y seleccionó el material incluido en la segunda parte, una antología que recoge artículos de tres diarios chilenos, *El Progreso* (1842-1845), *La Crónica* (1849-1850) y *El Siglo* (del que se transcriben algunos “textos complementarios”, que dialogan con publicaciones de *El Progreso* entre 1844 y 1845). Estos *textos recobrados* no fueron incluidos en las *Obras* de Sarmiento, ni reimpresos tras su edición original en la prensa, motivo que los convierte de por sí en documentos valiosos que el libro de Pas vuelve a poner en circulación.

El estudio se divide, a su vez, en tres partes, “La irrupción de la prensa”, “Las artes pragmáticas del publicista”, y un “Colofón”. La primera de ella describe con precisión las coordenadas de la prensa sudamericana hacia mediados del siglo XIX, preocupándose especialmente por el “nuevo sistema de publicidad” que se pone en funcionamiento en Hispanoamérica a partir de la caída del Antiguo Régimen y por caracterizar una figura emergente de este proceso, la del *publicista*. La segunda se centra en los periódicos seleccionados, y en el modo en que Domingo F. Sarmiento despliega estrategias de muy diversa índole –políticas, escriturarias, formales, técnicas,

propagandísticas, empresariales— con un objetivo múltiple y complejo: convertirse en “escritor” y “publicista de su propia producción” (p. 102). El “Colofón”, por su parte, se centra en el problema del tipo de autoridad discursiva (p. 42) y literaria que supone la escritura en el periódico. En este punto, Pas expone muy convincentemente cómo el pasaje de Sarmiento de *El Progreso* a *La Crónica*, escandido por la publicación de *Facundo* (1845), *Viajes y Educación popular* (1849), construye una modalidad de la autoría en la que la prensa no opera únicamente como soporte para la intervención y la visibilidad pública inmediata, ni aun como difusor ampliado de un sistema de ideas o consignas, sino que incide y modela la formación de Sarmiento como escritor. Para argumentar esta hipótesis, Pas analiza niveles muy diversos de la tarea periodística de Sarmiento, del refinamiento de sus vínculos con el público, por ejemplo, a la atención al sistema tipográfico (la creación y separación de secciones, las variaciones en el formato de las publicaciones, el uso de elementos atractivos y novedosos como la litografía, la introducción y modulación del espacio del folletín). Y más aun: sugiere que la eficacia de esa sintonía lograda por el autor de periódicos influyó decisivamente en el lugar que ganó el escritor nacional tanto para sus contemporáneos como para la historia literaria.

El trabajo de Pas, como queda expuesto, no es entonces un mero índice de los textos que se dan a leer en la

“Antología”, ni estos sirven únicamente para ilustrar hipótesis previas a su lectura (aunque las hipótesis que plantea el estudio se proyecten con solvencia mucho más allá de esos textos concretos). La articulación entre lectura crítica y corpus propone, en cambio, un objeto poco previsible, en el que la prensa ha dejado de ser una reliquia, y no importan ni los faltantes ni la fragmentación de las colecciones. Pas subraya ese cambio cuando afirma que su objeto no son la prensa ni el periodismo, sino el *artefacto periódico*. Bajo esta perspectiva, el *artefacto periódico* se organiza en una red en la cual “[L]ectura y economía, publicidad y civilidad componen las coordenadas de la prensa en un contexto donde el valor normativo de la lectura lejos estaba de ser un rasgo extendido” (p. 30). Bajo esos parámetros, Pas produce una definición tan precisa como sorprendente: para redactores y publicistas, pero también para los lectores, los periódicos americanos de la época son “plataformas de experimentación pública” (p. 122). ¿Qué se experimenta? Todo: las diversas modulaciones de la escritura en diferentes registros y con fines pragmáticos diversos, el uso de las secciones (por ejemplo, los cambios que experimenta el género folletín), los modos de abrir y de intervenir en las polémicas, la organización de diferentes recursos tendientes a construir una imagen propia, las posibilidades de inscripción de una firma autoral identificable, las formas de captar o impostar un público lector. Los periódicos, entonces, no son

solo una plataforma experimental de la publicidad sino, en ese preciso tramo del siglo XIX, un espacio virtualmente ilimitado.

La perspectiva de la historiografía cultural y de la historia de las prácticas que se apoya explícitamente en los trabajos de Robert Darnton y Roger Chartier, entre otros, permite a Pas, adicionalmente, discutir una caracterización de la modernización cultural sudamericana extendida (y que en el área de las literaturas se explicita en trabajos tan sugerentes como, por ejemplo, *El cuerpo del delito. Un manual*, de Josefina Ludmer) como un salto brusco que tendría lugar hacia fines del XIX, para observarla, en cambio, a más largo plazo, deteniéndose en sus lógicas de desarrollo, y proponiendo hitos que adquieren sentido en el interior de su propia serie. La consideración de *El Progreso* y *La Crónica* en contraste y en diálogo con otras publicaciones contemporáneas significativas como *El Araucano*, *El Crepúsculo* y la *Revista Católica*, deja vislumbrar una periodización diferente de la historia de la prensa, con un primer núcleo modernizador hacia 1830-1840 —momento en que se produce “la emergencia de una subjetividad literaria diferente” (p. 38)—, otro hacia 1870-1880 —con lo que denomina la emergencia del diario “como empresa-editorial” (p. 96)— y, más allá, aquel que se intuye hacia entresiglos, vinculado tanto con las innovaciones técnicas que se difunden desde entonces —la posibilidad de imprimir a menor costo, las nuevas posibilidades para la

reproducción de imágenes, la facilidad para el acceso informativo que brinda el desarrollo de los cables y las agencias noticiosas— y con la deriva de la figura del publicista en otras mucho más especializadas, como las del repórter, el cronista, el sueltista y el corresponsal y —en contraste— el escritor. Entendida en estos términos, además, la modernización periodística americana no solo se ratifica nuevamente en su singularidad, lejos de espejar o reproducir a escala procesos juzgados más completos o plenos, sino que empieza a hacer evidentes pormenores de su funcionamiento y circulación regional. En ese sentido, la elección de los periódicos chilenos de Sarmiento no solo completa un aspecto de la trama geopolítica de su trayectoria, sino que expresa condensadamente un proceso complejísimo de intercambios simbólicos, reapropiaciones culturales y procesos de transposición estética. (La lectura del folletín “Alí Bajá”, incluido en la “Antología”, ilustra de manera ejemplar estas circulaciones.)

La escritura de Pas encontró un ritmo solidario con esa hipótesis, y en un *andante* que descrece de las sincopas espectaculares, procede minuciosamente. Esta prosodia se condensa en un giro verbal cuya dificultad exhibe la decisión de no dejarse seducir por causalidades unidireccionales o plenitudes teleológicas, y preferir en cambio abrir un abanico de problemas que conviven con la progresión argumentativa y temporal. Refiriéndose a las condiciones de lectura en Chile

hacia mediados del siglo XIX, Pas sostiene la necesidad de “reevaluar tal precariedad atendiendo a la calidad del proceso antes que —o junto a— su faceta meramente cuantificable” (p. 25). *Antes que* pero también *junto a*, entonces, resulta la fórmula retórica que expresa el método y protocolo de análisis de los discursos, los acontecimientos y sus contextos. *Antes que* explicar la publicación de *Facundo* como reacción a la embajada de Baldomero García, Pas prefiere mostrar también *junto a* este acontecimiento las razones que guiaban ya el funcionamiento polémico de *El Progreso*, la forma en que se preocupaba por apelar a lectores chilenos y “extranjeros” (argentinos) y el modo como venía poniendo en juego recursos diversos —la inclusión de imágenes litográficas, la alternancia con otros redactores— tanto para lograr ampliar el lectorado del diario como para hacer de él una plataforma de propaganda personal política y literaria. *Antes que* atribuir la precariedad y la arbitrariedad del sistema de sostén de la circulación de escritos a una economía premoderna y premercantil, Pas prefiere iluminar *junto a* esas condiciones una enorme cantidad de detalles (entre los que se destacan, por ejemplo, el uso de la propaganda editorial de los títulos publicados por la Imprenta Belín, responsable de *La Crónica*) que prueban que, más allá de esas condiciones fácticas, algunos empresarios y redactores imaginaban un mercado, y actuaban con ese horizonte como programa, comenzando a realizarlo.

Sarmiento se ofrece, por lo demás, como un actor con una sensibilidad y plasticidad privilegiada para encarar este proceso —y, desde ya, como portador de unas disposiciones personales que, como sabemos, él mismo fue el primero en proclamar— que lo habilitaron para comprender quizá mejor que cualquiera de sus contemporáneos las posibilidades que ofrecía la tecnología del aparato de presentación de una figura pública. Y si bien las primeras líneas de la “Presentación” del libro están enmarcadas por una advertencia respecto de las seducciones de la excepcionalidad de Sarmiento (una advertencia que importa un desafío para el autor pero también para el lector), sin duda el estudio de Pas invita a repensar a Sarmiento, no dando por sentada su primacía o su originalidad. Su efecto, en todo caso, es redescubirla, ya que tras su lectura resulta innegable el modo en que Sarmiento ilumina, como precursor borgesiano, la figura del publicista. Por eso, si la red que construye Pas muestra la tarea en paralelo con la de Sarmiento, que, en diferentes aspectos, llevan adelante contemporáneamente intelectuales como Juan B. Alberdi, Vicente F. López, Juan N. Espejo o Alberto Blest Gana, muestra también que Sarmiento ocupa y maneja —para parafrasear, en otros términos, el clásico estudio de Julio Ramos— el artefacto periódico de modo cualitativamente único. Es esa singularidad, además, la que impulsa la transformación interna de su proyecto creador en un punto nodal de su carrera

pública, tal como observa el estudio de Pas al evaluar el recorrido que va de *El Progreso* a *La Crónica*: “Sarmiento mira ahora –y escribe– desde otro lado; ya no como el redactor a sueldo que busca desesperadamente prestigio; ahora, con *La Crónica*, escribe –y mira– desde el lugar del autor ya consagrado” (p. 101).

Pero además de Sarmiento, en el libro de Hernán Pas hay otro yo que ha retrocedido. Es el del responsable de un trabajo tan minucioso como discreto, tan apasionado como concentrado. En ese retroceso que pone en primer plano a su objeto, el investigador reinventa un tipo de intervención intelectual que continúa siendo tan intensa,

desafiante y productiva como la que estudia: la de seguir leyendo periódicos, la de seguir escribiendo libros, la de apropiarse nuevamente de las cambiantes formas de la autoría.

Claudia Román
UBA / CONICET

Lucio V. Mansilla,

El excursionista del planeta. Escritos de viaje (selección y prólogo de Sandra Contreras), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, 466 páginas

A mediados del siglo xx, la generación Beat concibió el viaje como una experiencia central para los jóvenes artistas. El desplazamiento constante, la vida en la ruta, las amistades provisionarias, la capacidad de adaptarse y resolver problemas inesperados aparecían como “la” experiencia, es decir, como el punto más alto de la experiencia antiburguesa y, por lo tanto, como una vivencia indispensable para quien quisiera escribir. Para tener algo que narrar había que haber vivido, es decir, había que haber viajado. La llamada generación del ‘80 en la Argentina también tenía una confianza similar en las virtudes del viaje; aunque para ellos, que vivían en el fin del siglo XIX –antes del desarrollo de la industria turística, antes de la masificación de los medios de transporte de cosas y personas, o de las técnicas de transmisión inmediata de palabras y mensajes–, la experiencia iniciática del viaje también los alejaba del orden burgués pero de un modo casi opuesto. Más que esa falta o esa negatividad contracultural de los jóvenes subterráneos, el viaje finisecular exigía en cambio un plus, una acumulación –de capital simbólico, estético, lingüístico y de capital a secas– disponible solo para los jóvenes de las élites ilustradas.

Entre ellos, el más ocurrente, el más extravagante,

el más ingenioso, el más versátil, el polifacético Lucio V. Mansilla se declara “el genio de los buenos viajes” (p. 303). Lo hace a bordo del buque que lo lleva a Europa, en una crónica que se publicará unos días más tarde en *La Tribuna Nacional*, y en la que recorre, con la errancia típica del género, la incipiente masificación del turismo, las ofertas gastronómicas del barco, la poética de Émile Zola, las actividades con las que combate el tedio durante la travesía. En *El excursionista del planeta*, Sandra Contreras selecciona una serie de crónicas como esta –la mayoría de ellas nunca publicadas en un libro– y las ordena junto a otros materiales en un volumen que permite reconstruir una poética del viaje –generacional y personal– articulada, según explica la prologuista, con las ideas y las concepciones de Mansilla acerca “de la literatura, la vida y el mundo” (p. 47). El libro deja ver el lugar central que ocupa el viaje como motor del impulso escriturario y como generador de contenidos, porque el viaje tiene en Mansilla un efecto de multiplicación: lo pone a escribir, le da tema para escribir, lo hace reflexionar sobre el acto de escribir, lo impulsa a revisar el impacto de la lectura y la escritura sobre la percepción del viaje, etcétera.

El excursionista se abre con una serie de textos sobre

Oriente que incluyen “De Adén a Suez” –impresiones del viaje, escritas en octubre de 1854 y publicadas al año siguiente–, “Recuerdos de Egipto”, de 1864, y “En las pirámides de Egipto”, incluido en *Entre-Nos. Causeries de los jueves*, editadas en 1889. Esta primera parte se cierra con una carta de 1897 dirigida a Emilio Mitre, por ese entonces director de *La Nación*. A partir de un muestrario de géneros que van desde las impresiones, los recuerdos, la crónica y finalmente la carta, Mansilla vuelve una y otra vez a narrar ese viaje de juventud que empezó en la India y terminó en Londres y París cuando, según dicen, su padre lo sorprendió leyendo *El contrato social* en pleno rosismo y lo mandó a tomar aire fuera y, de paso, a ocuparse un poco de los negocios familiares. Los textos de la primera parte explican por qué Mansilla no escribe nunca un libro de viajes tal como lo hicieron sus contemporáneos, su hermana Eduarda y Miguel Cané o incluso los que compilaban sus crónicas periodísticas, como Lucio López o Eduardo Wilde. La respuesta a este interrogante –según propone Sandra Contreras y lo confirman estos textos– se debe a que Mansilla prefiere en cambio “fragmentar el relato de una vida entera atravesada por el viaje”, estrategia que produce “el efecto de multiplicar la figura

de Mansilla en viaje al infinito” (p. 12). Al enumerar –los paisajes contemplados, los desayunos que tomó, o los medios de transporte que usó–, al contar nuevamente y varios años después su visita a El Cairo, al narrar desde una madurez –muchas veces real, muchas veces impostada– que permite poner a andar el género memorialístico, Mansilla escribe la autobiografía del excursionista del planeta. El escritor administra los detalles de una experiencia de viaje que tal vez no es tan vasta como parece pero que es, evidentemente, muy rendidora. El escritor saca provecho pero su destreza consiste en que no se note, su prosa respira ese alegre despilfarro que lo distancia de los turistas pero también de sus pares. Mansilla es el que viajó antes, viajó siempre, viajó mejor. Es más: es incluso aquel al que no todo lo sorprende, es incluso aquel que se siente ciudadano del mundo y puede homologar con displicencia el exotismo de Oriente, la exuberancia paraguaya, la aventura en territorio ranquel. La retórica del viaje incesante lo define como el que ya está de vuelta cuando sus contemporáneos apenas están empezando a irse.

La segunda parte del libro incluye dos *causeries* bastante conocidas (“¡Esa cabeza toba!” y “Ñandurocay. Tempestad y sol”) que funcionan como coda a las cartas de Amambay. Descartadas por el propio Mansilla –que no las consideró meritorias de ser incluidas en los libros que recogían algunos de sus escritos–, olvidadas incluso por los biógrafos, estas cartas presentan el gran atractivo de documentar la

maleabilidad de la escritura de Mansilla y de sus estrategias narrativas, así como el carácter flexible de los marcos genéricos que modelan la escritura decimonónica. Se trata de una serie de textos que adoptan el formato de una correspondencia con el director del *El Nacional* y que aparecen en el periódico entre el 26 de marzo y el 14 de mayo de 1878. Allí, Mansilla narra su “viaje pintoresco al país del oro” (p. 125) y explota los diversos campos semánticos del interés: el interés económico de un posible inversionista azuzado por la retórica del aventurero que tienta con menciones, murmullos y relatos de un tesoro que *todavía no se encuentra* pero que *sin duda ya está por aparecer*; el interés de un lector entrenado por la novela en entregas, en el arte del suspenso, el misterio y la espera hasta la próxima vez (aunque el corresponsal se planta y aclara “no soy un folletinista de a tanto la línea” (p. 208), para identificar la dimensión monetaria de la empresa con las grandes inversiones mineras y no con las migajas de la escritura de folletines). Y también el interés del público ávido de actualidad, listo para dejarse llevar por el comentario salteado de paisajes y temas, objetos y saberes que se engarzan alrededor de la experiencia del viaje en sí como de los marcos genéricos para narrarlo. El lector asiduo de Mansilla, o, mejor aun, el lector que le sigue el juego a Mansilla, encuentra en esta segunda parte el verdadero viaje exótico: es el que realiza el dandy argentino a tierras paraguayas posando de hombre

de negocios para reconfirmarse como escritor y terminar definiendo la ficción, no como lo opuesto al pensamiento pragmático sino como aquello que surge de su juguetona transgresión. Porque es justamente aquí, en el cruce originado por el viaje de exploración y negocios y por el informe, la carta y la crónica, que Mansilla, que ya se ha probado todos los trajes –el de hombre de ciencia que diserta sobre frenología, cartografía y explotación minera, el de *businessman* que computa inversión y riesgo, gastos y ganancias, el de aventurero, explorador y pícaro que vende emprendimientos y promesas–, se reconoce finalmente como especialista en nada y se define “apenas como un artista en cartas” (p. 265). Por primera vez, lo que se ostenta no es el saldo favorable o incluso excesivo que resulta del viaje –en tanto acumulación de experiencias, de idiomas, de saberes, recorridos, comidas, olores y mujeres– sino justamente el vacío, una nada a llenar con anécdotas, observaciones y comentarios.

Si en la primera parte se sientan las bases de la retórica del viaje y en la segunda se explora el arte de producir interés –económico, político, cultural, literario, etc.–, en la tercera y última parte del libro se aborda el corazón mismo de los escritos de viaje en tanto retórica tironada por lo actual. Algunos de estos textos que nunca han sido publicados en un libro son crónicas que Mansilla escribe para su columna de *La Tribuna Nacional* o *El Diario*. Algunas están firmadas con seudónimo –como es el caso de las

columnas “Ecos de Europa” y “Diario de un expatriado” –porque las escribe mientras desempeña un cargo oficial; otras, como las de “Páginas breves”, son enviadas a principios del siglo XX, cuando ya está instalado en París. El periódico hace del viaje y del corresponsal un instrumento que sincroniza sociedades y continentes y así diseña una cartografía cultural en la que se advierte el ritmo desacompañado entre lo latinoamericano, lo argentino, Europa y Oriente. Se viaja y se escribe aquí para mantener al tanto al público argentino de los últimos adelantos tecnológicos y científicos, de los debates culturales y políticos –por ejemplo, cuando discurre sobre las transformaciones poblacionales y las

preocupaciones de la novedosa criminología– o de las últimas tendencias artísticas y literarias.

Sin embargo, Mansilla nunca desempeña por completo esta función de informante/ guía, del mismo modo que nunca cede a la tentación de postular un lector ignorante al que satisfacer con meras descripciones. En su horizonte siempre está el *entre nos*: se dirige siempre a un público que tiene, ha tenido o puede tener experiencias similares a las suyas. Su gran distinción está, entonces, en la escritura, en el arte de narrar esa experiencia. El toque mágico de este genio de los buenos viajes reside en esa habilidad para no separar creencias, sabores y pasiones, sino, muy por el contrario, para destilarlas con inaudita elegancia. Aunque se declara

“uno de los argentinos más glotonos en materia de viajes”, lo suyo está muy lejos de ser rápidamente procesado y engullido. Jugueteando con la retórica culinaria –con la “cosecha de oro”, con la literatura como “condimento que puede indigestar”, con la encantadora experiencia líquida del “me he vivido mil vidas”–, es decir, practicando ese saber hacer y saber vivir que convoca al ocio y a los placeres mundanos, el dandy del planeta paladea cada migaja de experiencia y transforma paisajes, mujeres, curiosidades en bocados del exquisito relato de su viaje infinito.

Paola Cortes-Rocca
UNTREF / CONICET

Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.),
Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina,
Buenos Aires, Edhasa, 2013, 360 páginas

Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina es la segunda experiencia editorial que Laura Malosetti Costa y Marcela Gené emprenden para dar a conocer los trabajos de un grupo de investigadores que se percibe consolidado en sus exploraciones particulares y que, a la vez, vuelcan sus preguntas en proyectos más amplios y abarcadores. Las autoras de este volumen logran así un efecto atractivo para el lector que va más allá de “estudiar la relación palabra/ imagen en diarios, revistas y otros soportes imbricados en nuestra historia cultural”, tal como ocurrió en la primera experiencia editorial sobre el tema: *Impresiones Porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*.

Los trabajos reunidos en esta oportunidad nos acercan a tradiciones de análisis que ponen el foco en las representaciones visuales y en el lugar que ellas ocupan en la cultura, a través de las distintas épocas que abarcan los ensayos reunidos. El libro resulta así un aporte a los estudios de la cultura visual, campo que se ha constituido como un espacio de múltiples confluencias, donde conviven tradiciones diversas: historia del arte, estética, género, comunicación y antropología visual.

El libro se presenta dividido en diez capítulos que reúnen trabajos de Marcelo Marino,

Georgina Gluzman, Julia Ariza, Lautaro Cossia, Marcela Gené, Juan Buonuomo, Sandra Szir, Laura Malosetti, Marisa Baldasarre, Silvia Dolinko, María Amalia García, Juan Cruz Andrada, Catalina Fara, Isabel Plante y Mara Burkart. Uno de los grandes desafíos encarados por las compiladoras ha sido el de engarzar y poner en diálogo los textos, más allá de la línea temporal que proponen al recorrer distintos momentos de la historia argentina en una larga secuencia que nos lleva desde la Confederación rosista hasta la década del setenta del siglo xx. A su vez, estos itinerarios temporales se cruzan con una mirada hacia otros espacios del territorio nacional, con lo cual, aunque sea de manera incipiente, se pone en evidencia que en el campo de la imagen no todo ocurre en Buenos Aires.

De este modo, podemos ver de qué manera la incorporación de imágenes en los distintos artefactos culturales cuya circulación y posesión se diferencia del libro modifica las representaciones y subvierte las maneras de leer y las formas en que los lectores se acercan al texto. Las imágenes y la visualidad son prácticas culturales productoras de significado y *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina* nos acerca sugerentemente al problema de las

representaciones visuales y su lugar en la cultura.

El libro, además de las diversas tradiciones intelectuales con las que dialoga, atraviesa algunos de los problemas de la historia cultural vinculados a la imagen: los efectos de la modernización en las técnicas de edición que permitieron, a lo largo de un período tan extenso, la multiplicación de representaciones en una variedad de soportes (diarios, revistas, prendas de vestir, cintas y divisas litografiadas, guantes con imágenes impresas, etc.), y el impacto que la mayor difusión y circulación de imágenes produjo en la construcción de sentido de los lectores. Este proceso produce una modificación en las formas del mirar que va desde el momento en que la imagen impresa monopolizaba el consumo cultural, a la competencia visual que se establece entre diferentes soportes tecnológicos y mediáticos que conviven y circulan en el espacio cultural argentino. De este modo, no tienen el mismo impacto social las fotografías o los grabados que circularon, por ejemplo, en la *Ilustración Histórica Argentina* (Gluzman) y las imágenes de la revista *Monos y Monadas* (Cossia), publicada en la ciudad de Rosario durante el Centenario, que la competencia de soportes reproductores de imágenes que

se evidencia en la revista *Satiricón* (Burkart).

Si bien las autoras afirman que el libro se articula en torno a dos núcleos –los ensayos que indagan en los usos políticos de la imagen y aquellos que rastrean las imágenes en publicaciones pertenecientes a la esfera del arte o la literatura– consideramos que los ensayos atienden preguntas más amplias y permiten cruces en que aquellas tradiciones mencionadas al inicio cobran su verdadera dimensión.

Un recorrido posible, altamente productivo para recorrer este libro, es el que nos lleva a través de la influencia histórica de los avances técnicos dentro de la industria gráfica. Este eje articulador, que nos habla de la materialidad del problema abordado, nos permite rastrear a través de varios capítulos la estrecha relación entre los usos políticos de la imagen en las diversas épocas abordadas, las posibilidades materiales para hacerlo y su desigual distribución, desigualdad que calca el largo y trabajoso proceso de apropiación social de las imágenes por públicos cada vez más amplios a través de la historia argentina.

Es así como en el capítulo “Impresos para el cuerpo. El discurso visual del rosismo y sus inscripciones en la construcción de la apariencia”, Marcelo Marino indaga la estrecha relación existente entre la indumentaria y la política durante ese período y muestra que el gobierno de Juan Manuel de Rosas no solo busca difundir sus políticas a través de bandos, estampas y periódicos sino también con la distribución de una serie de accesorios textiles:

divisas y cintas impresas, o fondos de galeras y guantes con el retrato de Rosas confeccionados en los mismos establecimientos litográficos que abastecían al gobierno de la palabra escrita. En este sentido, el autor plantea a partir de ciertas posibilidades técnicas la reafirmación de la sociabilidad rosista través de la “parafernalia simbólica” para el cuerpo, que conformaron prácticas en la construcción de las diferentes formas de exteriorizar el *ser federal*, o *parecerlo* en tiempos de la Confederación.

Las posibilidades que brindan en cada etapa histórica las técnicas de impresión también están presentes en el capítulo de Georgina Gluzman, “Imaginar la nación, ilustrar el futuro. *Ilustración Histórica Argentina e Ilustración Histórica* en la configuración de una visualidad para la Argentina”, así como en “Mujeres virtuosas e ilustradas: los retratos de *Búcaro Americano. Periódico de Familias*”, de Julia Ariza y Gluzman. El texto de Gluzman indaga sobre las publicaciones vinculadas al Museo Histórico Nacional bajo la dirección de Adolfo Pedro Carranza y el rol de las imágenes utilizadas allí en la creación de un imaginario nacional, cuando la selección de representaciones y la forma en que fueron puestas en circulación conformaron una estrategia para llegar a un público ampliado. Del mismo modo que la publicación de retratos de las matronas argentinas en torno al centenario de la Revolución de Mayo dialoga con la construcción femenina de las mujeres de la elite, dando lugar a la existencia de una galería de

mujeres virtuosas que irán recorriendo las revistas de la época. Sin embargo, la galería de mujeres virtuosas ya había comenzado a construirse a fines del siglo XIX a través de la revista *El Búcaro Americano. Periódico de las familias*, donde las creadoras de una literatura y una poesía “refinada”, las artistas, y las primeras científicas, son colocadas en el espacio más jerarquizado de la publicación, la portada. Desde allí son reconocidas socialmente y colocadas en cierto nivel de igualdad con los varones y eso ocurre gracias a las posibilidades que brindan las técnicas gráficas de entonces, que permiten la reproducción de sus retratos engarzados en grabados con elaboradas filigranas. Como afirman las autoras, estas mujeres comienzan a adquirir visibilidad pública y se instalan en el imaginario visual de la época desde los bordes de la política, mostrando el “buen gusto” y el “virtuosismo” propio del ser femenino.

Los públicos diferenciados son una marca de la modernidad, y su búsqueda tuvo recorridos diversos. Pero sin duda los públicos políticos son los más tempranos y conforman los más fieles lectores. Así lo demuestra el capítulo de Marcela Gené y Juan Buonuome, al hablarnos de las posibilidades técnicas de edición que permitieron la incorporación de dispositivos visuales en el diario socialista *La Vanguardia* a partir de la primera década del siglo XX. Los autores recorren el diálogo entre texto e imagen y muestran cómo esta prensa partidaria es atravesada por la americanización del periodismo poniendo en contradicción, a

través de las publicidades dedicadas al consumo moderno, a un lector imaginado de rasgos iluministas con la exhibición de bienes de consumo que incitaban a prácticas consumistas, ensayando una forma periodística que combinó prensa política con prensa comercial.

Estas diferentes experiencias visuales fueron posibles porque los avances tecnológicos se incorporaron en publicaciones de diverso formato, y también en otros objetos como los asociados a la vestimenta. En ese sentido, el capítulo de Sandra Szir “Arte e industria en la cultura gráfica porteña. La revista *Éxito Gráfico* (1905-1915)” es central para percibir los cambios materiales que se producen en los objetos impresos hacia comienzos del siglo xx. Los beneficios que aporta una nueva forma de diagramación que incorpora la posibilidad de diálogo entre texto e imagen, las fotografías y los diferentes acercamientos a la “realidad” a partir de la imagen, son instancias nuevas que se abren a la cultura visual gracias a la materialidad de las máquinas impresoras manejadas por una nueva generación de obreros gráficos especializados. *Éxito Gráfico* no es la primera experiencia de una publicación dedicada a la

industria, sin embargo Szir logra adentrarse a través de ella en los primeros desarrollos de una cultura visual masiva en que se evidencian los beneficios de la producción industrial en una actividad en expansión que, a la vez, no dejó de lado la lógica artística y permitió tanto la reproducción de obras de arte como la incorporación de artistas al sistema industrial.

El fenómeno visual, tal como anticipamos, no es exclusivo de Buenos Aires y se despliega en industrias gráficas del interior y en otras experiencias visuales que contribuyen a la creación de identidades locales, como queda expuesto en el caso del trabajo de Lautaro Cossia, “El Centenario en la revista *Monos y Monadas*. De la mitología nacional a la representación de una mitología rosarina”. El autor nos muestra aquí cómo la publicación entabla un diálogo con las representaciones visuales producidas en el centro de la nación y demuestra que a través de las imágenes la ciudad de Rosario busca su inclusión en una tradición a la vez que intenta definir una identidad social particular.

Finalmente, y aunque hoy este es un tópico que se pone cada vez menos en discusión, este libro demuestra que no hay demérito alguno en la

utilización de fuentes antiguamente consideradas “plebeyas” para indagar el pasado, y que las imágenes sometidas a las preguntas del historiador iluminan zonas poco transitadas por las investigaciones sobre la cultura de una época; espacios cuyas huellas a menudo se presentan opacadas por la aparente contundencia de la palabra escrita, reliquia del pasado a la cual el historiador suele rendirle un culto excluyente.

El cruce entre arte y política, entre políticas estéticas y programas industriales, entre publicaciones dedicadas a la pintura o a la expresión visual de la literatura, entre el humor y la masividad, puede llevarnos, entonces, a otros recorridos posibles. La virtud de este libro –no la única, pero acaso la que a nuestro juicio más destaca– es la de invitarnos a pensar en la imperiosa necesidad de ampliar nuestra mirada de historiadores hacia la infinita variedad de experiencias que la cultura visual ha desarrollado en distintos escenarios históricos y en diversas escalas de representación, ya sean estas nacionales, locales o regionales.

Ana Lía Rey
FFYL-UBA

Matthew B. Karush,
Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946),
Buenos Aires, Ariel, 2013, 304 páginas

La obra de Karush aquí reseñada es la traducción de un estudio publicado en los Estados Unidos en el año 2012 sobre la cultura argentina de masas en las décadas previas al surgimiento del peronismo. El libro, en su versión en español, abre con un prólogo escrito por Ezequiel Adamovsky donde se destacan los aspectos más innovadores y también más provocativos del trabajo. Adamovsky, cuyo libro sobre la clase media en la Argentina tiene un lugar saliente en *Cultura de Clase*, celebra la difusión de esta obra para los lectores de habla hispana y subraya su importancia señalando algo que resulta evidente desde el comienzo del texto: el libro se estructura alrededor de algunos de los temas y los debates más importantes de la historiografía local.

En la introducción Karush delimita su objeto de estudio: las mercancías de la cultura de masas, a las que asigna un papel fundamental en la elaboración de identidades, valores y aspiraciones de sus audiencias y consumidores. Esta perspectiva organiza la investigación y de ella se deriva el argumento central del libro. A través de un original análisis de películas, canciones, programas y grabaciones de radio, el autor intenta probar que “en lugar de mitos nacionales unificadores la industria cultural argentina

generó imágenes y narrativas polarizantes que funcionaron como el material narrativo en bruto con el cual Juan y Eva Perón construyeron su movimiento de masas” (p. 19). Enfocándose en distintos aspectos, los cinco capítulos que siguen a la sección introductoria desandan la tesis adelantada en las primeras páginas y discuten sus implicaciones.

En el capítulo 1, “La formación de la clase en los barrios”, el autor explora las transformaciones materiales y culturales que trajo consigo la expansión barrial de Buenos Aires. Karush, en sintonía con Adamovsky, se distancia expresamente de la historiografía que ha adjudicado a los residentes de esas áreas una extendida identidad de clase media. Según el autor de *Cultura de Clase*, los habitantes de los barrios eran abordados y se presentaban a sí mismos con discursos contradictorios y ambiguos que al mismo tiempo que abrazaban ciertos valores de clase media, como la respetabilidad y la búsqueda de ascenso social, los ponían en cuestión celebrando la cultura obrera. Es decir que en las décadas de 1920 y 1930 persistía tanto la identidad como la solidaridad obrera. En el capítulo 2 el texto ofrece un fascinante estudio de los comienzos de la industria discográfica, la emergencia y la masificación de la radio y el

surgimiento y posterior consolidación de una industria cinematográfica local. Muchos son los aspectos a destacar de esta sección, la mejor del libro. Uno de ellos es la capacidad de Karush para proveer una descripción eficaz y atractiva que integra tanto a empresarios como artistas, directores de cine y productos culturales, sin desdeñar consideraciones materiales (tecnológicas y/o comerciales), artísticas e ideológicas. Otro acierto que amerita ser subrayado es la inclusión de la variable internacional como un vector cardinal del análisis. Sobre este abordaje se asienta otra de las hipótesis que recorren el libro: la cultura de masas local se formó en relación con la extranjera. Karush sostiene que compelidos por la competencia comercial que suponía el arribo de mercancías de la cultura de masas extranjera (como el jazz y las películas de Hollywood), los empresarios locales debieron crear productos que a la vez que emularan los logros de sus competidores acentuaran la impronta nacional. Esta dialéctica resultó, según Karush, en la creación de un “modernismo alternativo”, que reconciliaba la tradición argentina con la modernidad, rediseñando la cultura popular existente al ofrecer al público una visión “populista” de la autenticidad popular.

Tomando como punto de partida la tesis sobre la

competencia con lo extranjero, el capítulo 3 discute cómo el melodrama, un hecho global, fue reelaborado en la Argentina otorgándole una marcada orientación clasista, antielitista y popular, ausente en otras versiones del melodrama, como la norteamericana. Según el autor, el contenido melodramático de las letras de tango, las obras de radio y las películas del período contenía aquí un mensaje contrahegemónico que cuestionaba la idea de ascenso social, encomiaba la moral de los pobres sobre la maldad de los ricos y proveía de un juicio moral y cierta justicia poética. Residía allí una estrategia comercial en pos de ganar terreno frente a la industria cultural foránea.

Los últimos dos capítulos abren la discusión hacia las zonas más controvertidas del ejercicio realizado por Karush. La apuesta de esta parte es vincular cultura y política. En el capítulo 4 el libro discurre sobre los esfuerzos realizados por distintos actores para mejorar los productos de la cultura popular y convertirlos en representaciones asépticas de la identidad nacional. Un ejemplo sobre el que se detiene el análisis es el de las discusiones y operaciones realizadas en torno al objetivo de limpiar las letras de tango de su “contenido inmoral y su lenguaje plebeyo”. El autor observa en los intentos por edulcorar las representaciones de la identidad nacional presentes en la cultura de masas contradicciones irreconciliables que tendían a “reinscribir divisiones y, por lo tanto, a atentar contra la unidad nacional” (p. 212). Si al tango

se lo despojaba del lunfardo podía convertirse en un símbolo nacional más agradable, pero eso minaba su supuesta autenticidad de raíces plebeyas. El rescate del folklore, con su imagen idealizada del mundo rural y sus tradiciones, ofrecía un perfil más pacífico de la nación pero también era pasible de ser interpretado como una negación de la modernidad urbana. Las películas de esos años no eran en la visión de Karush ajenas a estas incongruencias: presas de la lógica del melodrama vernáculo, proveían de representaciones binarias del orden social donde la armonía social y la reconciliación entre las clases era irrealizable. El argumento sobre la imposibilidad radical de la cultura de masas del período de producir mitos nacionales unificadores sirve al autor para volver sobre la hipótesis que había adelantado en la introducción y que, como se mencionó, ordena el trabajo, la que vincula la cultura popular con la emergencia del peronismo. El autor sostiene en el último capítulo que “el peronismo mismo estaba construido de manera crucial, a partir de los materiales en bruto de la cultura de masas” (p. 224). La retórica herética del peronismo sería heredera de la cultura comercial: “en su moralismo maniqueo, en sus ataques a la codicia y al egoísmo de los ricos y en su tendencia a presentar a los pobres como el auténtico pueblo argentino, [esta] lleva rastros inconfundibles de las películas, la música y los programas de radio de los años treinta” (p. 224). Las deudas del discurso peronista con la

cultura comercial previa explicarían la rápida adhesión de los trabajadores al nuevo movimiento. En el epílogo, Karush retoma algunos de los argumentos desarrollados y describe brevemente cómo evoluciona la sociedad argentina y la cultura de masas en los años que siguen a la caída de Perón. El autor observa cambios radicales. El más significativo es la prevalencia de la clase media en las representaciones presentes en la cultura de masas.

El texto de Karush constituye un aporte fundamental para la historiografía argentina en muchos sentidos. El ejercicio realizado sobresale por su originalidad y audacia. En un mismo plano y en simultáneo, Karush realiza un estudio de la radio, el cine y los ritmos de la música popular respetando las “lógicas” inherentes a cada uno de estos objetos pero también situándolos en relación. El autor ajusta en cada caso sus interrogantes y transita su corpus con temporalidades diversas. La mirada holística, aun sin ser exhaustiva, posibilita formular comparaciones y ver desarrollos que de otra forma no serían evidentes. Por otro lado, la investigación permite conocer una zona de la historia argentina –la de los consumos culturales de las clases populares– sobre la que se conoce poco. Es de esperar que el libro sirva de inspiración a proyectos semejantes. Además, el estudio arroja luz sobre la sociedad de entreguerras y al igual que otros aportes recientes, como el de Lila Caimari sobre la cuestión del orden en Buenos Aires,

complejiza la imagen optimista y apacible sobre el período.¹ La prosa del libro es un aspecto que también se destaca. En tiempos en que la historiografía académica es criticada por su jerga cerrada a especialistas, *Cultura de Clase* habilita lecturas y lectores diversos. Por todo esto no hay duda de que el texto de Karush es un ejercicio notable y encomiable. No obstante, donde la investigación convence menos es en sus argumentos más salientes. La destreza y la fineza del autor para navegar las tensiones y las contradicciones presentes en su objeto de estudio se desdibujan a la hora de formular sus hipótesis más generales. Uno de los puntos que más dudas provoca es el de las relaciones que Karush establece entre cultura y política. La tesis sobre la deuda del peronismo con la cultura comercial genera interrogantes que el libro no logra responder. Si la cultura comercial ventilaba

representaciones ambiguas, permeadas por elementos subversivos pero también conformistas, ¿por qué a la hora de pensar la recepción lo que prima siempre es lo contrahegemónico? ¿Por qué concluir que las imágenes binarias sobre el pobre noble y el rico corrompido provenían del melodrama y no de otros discursos, particularmente del religioso? Si en 1940 solo un 10 % de los filmes estrenados en la Argentina eran de producción nacional, como el autor informa en una nota al pie, ¿cómo es que este pudo tener tanto efecto hasta convertirse en la materia prima del peronismo? Por otra parte, poco es lo que nos dice Karush sobre el recorte de su corpus. La perspectiva culturalista desarrollada en *Cultura de Clase* representa una adición bienvenida a la historiografía, el interrogante lo genera el peso que Karush le otorga a la cultura en sus tesis. Por ejemplo, al sostener que el peronismo no logró “construir un movimiento nacionalista que unificara las clases sociales” porque se edificó “a partir de los discursos que circulaban en

la radio y en el cine, y heredó sus contradicciones con respecto a la clase” se simplifica un debate prolífico y productivo (p. 268). Por último, el tratamiento que el autor hace de la política cultural peronista resulta confuso. Por ejemplo, Karush señala que Perón fue “el autor de una máquina de propaganda masiva”, que “controló cuidadosamente lo que se pasaba en la radio y en los cines”, pero no ejerció “impacto” en esa área (p. 251). El autor no nos explica por qué se dio esta situación que a priori parece paradójica. Como ya hemos dicho, la riqueza del libro, su valiosa contribución, está en su desarrollo, en sus análisis, en su mirada amplia, en una investigación que en su curso es fina y matizada. Con justicia, y a pesar de las dudas que nos puedan generar algunos de sus argumentos, *Cultura de Clase* se convertirá en una referencia obligada para entender la cultura de masas en el período de entreguerras.

Flavia Fiorucci
CHI-UNQ / CONICET

¹ Lila Caimari, *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

María Teresa Gramuglio,
Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina,
Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013, 400 páginas

María Teresa Gramuglio es una de las figuras más destacadas de la crítica literaria universitaria argentina y, como sucede con *los escritores para escritores*, es admirada por sus colegas tanto por sus contribuciones críticas, como por haber formado al menos tres generaciones de académicos en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Rosario. A pesar de la naturaleza insoslayable de sus hipótesis sobre literatura argentina y de que sus ensayos sobre la revista *Sur*, sobre nacionalismos literarios y sobre la obra de Juan José Saer han organizado las agendas de investigación sobre estos temas desde principios de la década de 1980, Gramuglio nunca había publicado un libro propio, monográfico o que compilara sus escritos sobre algunas de estas áreas. “Nunca creí necesario reunir mis artículos en libro. Aunque amo los libros, sostengo que hay demasiados y sólo la convicción de que uno tiene algo nuevo que decir justifica a mi juicio incorporar uno más a la superpoblada galaxia Gutenberg”, escribe Gramuglio en el prefacio del muy esperado *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, que recoge algunos de los ensayos más significativos que la autora publicó en volúmenes colectivos y ediciones críticas, actas de encuentros universitarios y en diversas

revistas académicas y culturales (principalmente en *Punto de Vista*, de la que Gramuglio fue miembro del comité editorial desde su fundación en 1978 hasta 2004), y también tres ensayos inéditos. El libro cuenta además con un estudio preliminar deslumbrante a cargo de Judith Podlubne (profesora e investigadora de Literatura Argentina del siglo xx en la Universidad Nacional de Rosario) que, a partir de un trabajo de investigación de una intensidad poco frecuente para este tipo de prefacios, oscila entre la biografía intelectual de Gramuglio, la historia cultural de los contextos institucionales y políticos en los que se desarrolló y un *racconto* crítico de sus –para decirlo en términos del Pierre Menard de Borges– obras visibles e invisibles: sus artículos, sus proyectos de investigación, las formaciones intelectuales y políticas de las que participó, pero también las huellas de su trabajo docente, de sus líneas de investigación y de sus *keywords* en la configuración actual del campo académico-crítico.

Más allá de las razones íntimas que pueden haber llevado a Gramuglio a la decisión de no publicar un libro con sus ensayos hasta el año pasado (ella misma elige no explorarlas en el prefacio: “¿Por qué publicarlo ahora? No sabría decirlo”), su decisión pasó a constituir un paradójico capital simbólico investido de

significación diferencial dentro del mundo académico, pero al mismo tiempo disimuló la notable sistematicidad y el alcance de un proyecto intelectual que *Nacionalismo y cosmopolitismo* vuelve evidente. El “efecto libro” no se agota en la recolocación de Gramuglio en el centro del canon académico de la crítica literaria (lugar que ya ocupaba para sus colegas de la Universidad Nacional de Rosario, de *Punto de Vista* y del Club de Cultura Socialista, así como para sus estudiantes más afines) sino que, por el contrario, sirve a un propósito fundamental en el contexto de las metodologías de investigación actuales. Si el déficit de bases de datos y sistemas de indexación electrónica y *online* de publicaciones en América Latina hace que artículos publicados en revistas o capítulos publicados en volúmenes colectivos resulten inhallables para quienes no los conocen de antemano, este libro vuelve a poner en circulación las hipótesis de Gramuglio, pero ahora subsumidas bajo un efecto de conjunto que las potencia, que las vuelve todavía más relevantes.

Las cuatro secciones que estructuran *Nacionalismo y cosmopolitismo* (“Nacionalismo y escritores nacionalistas”, “La década del treinta”, “La revista *Sur*” e “Interrelaciones entre literatura argentina y literaturas

extranjeras”) dan cuenta de los núcleos problemáticos y los *corpora* literarios sobre los que Gramuglio trabajó más intensamente, y a partir de los que hizo contribuciones decisivas a la disciplina crítica: las políticas estéticas del nacionalismo literario tal como se articulan en la construcción retórica de las imágenes de escritor; los modos en los que *Sur* negocia la distancia entre la cultura europea y argentina y abre un espacio político-cultural de cosmopolitismo periférico, y la resignificación de la historiografía literaria argentina en contextos globales a partir de la demanda de una perspectiva crítica comparada. En el cuadro que compone la suma de estas partes se puede leer la pregunta central que atraviesa la práctica crítica de Gramuglio sobre los modos en los que las tensiones políticas constitutivas de la literatura argentina se articulan en textos, procedimientos y formaciones literarias significativos por su capacidad de cristalizar dislocaciones paradigmáticas en el arco temporal que abre el Centenario y cierra la década peronista. La última sección, sin embargo, es notoriamente diferente e insinúa una nueva línea de investigación, profundamente original en el contexto de la tradición crítica argentina, que Gramuglio comenzó a desarrollar después de su renuncia al comité editorial de *Punto de Vista* en 2004. Allí, a partir de una lectura magistral de la improbable función de la figura del buen salvaje en *La cautiva* de Esteban Echeverría y en *Atala* de René de Chateaubriand, Gramuglio propone que en el estudio

comparado de los presupuestos transculturales de los movimientos románticos se encuentran las claves de una contribución relevante a la empresa colectiva del estudio de la literatura mundial.

La primera y más extensa sección del libro está marcada por su definición culturalista y discursiva del fenómeno del nacionalismo, al que considera no en función de su consistencia ideológica o de sus determinaciones estructurales, sino como “un ideario, un repertorio de ideologemas y figuras semánticas heterogéneo que se expresó en diversas prácticas, entre ellas la literatura” (p. 71). Lo que le interesa a la autora es pensar la manera en que la literatura, como práctica social privilegiada en el período en el que se concentra, produce discursividad nacionalista, y cómo “orienta las elecciones estéticas y formales; cómo incide en las carreras y proyectos literarios, en la construcción de imágenes de escritor y de las subjetividades, en las concepciones de la función literaria, en los géneros, en las poéticas y en los tópicos, las retóricas y las figuraciones” (p. 83). Y para dar cuenta de este entramado textual de literatura e imaginarios nacionalistas, Gramuglio hace foco en las obras de dos escritores paradigmáticos de la emergencia nacionalista, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez. A diferencia de los estudios tradicionales que se caracterizan por aislar el nacionalismo literario de “los giros de las trayectorias ideológicas” y posicionamientos públicos de

estos y otros escritores en relación con el Estado (p. 100), ella lee la politicidad de la literatura, y subraya “cuánto de su atractivo y de su aptitud para captar adhesiones debe el nacionalismo político a esas expresiones literarias que precedieron a los textos doctrinales” (p. 118). En una interpretación virtuosa de sus poemas y novelas, pero también en sus ensayos y prólogos programáticos y autorreferenciales, Gramuglio da forma a una de sus hipótesis más eficaces. Para ella, el modo en el que el nacionalismo encuentra su especificidad retórico-literaria en un contexto de transformaciones estructurales y cambios en la función social del escritor, es en momentos en los que los textos dan forma a “una imagen de escritor”, a través de la que los escritores definen una colocación en el espacio literario y social que ellos figuran como un panteón patrio, y en la que se dirimen sus relaciones con la tradición literaria nacional en la que pretenden intervenir (p. 100). La imagen de escritor es la mediación conceptual en función de la que Gramuglio inscribe al texto literario en la totalidad social en la que interviene. En el caso de Lugones, Gramuglio destaca en sus *Las montañas de Oro*, *Los crepúsculos del jardín*, *Odas Seculares*, *Poemas solariegos*, *Romances de Río Seco* y *La Grande Argentina* la autorrepresentación del poeta de la patria, construida sobre el énfasis en el linaje familiar, masculino y patrilíneo, anudado con el ideario nacionalista y la exaltación de los muertos y la tierra, o el

imaginario nacional-militar en clave épica en *La guerra gaucha*. Respecto de Gálvez, Gramuglio recorre buena parte de su obra narrativa en los cuatro ensayos que le dedica en este libro (pero sobre todo en “Novela y nación en el proyecto literario de Manuel Gálvez”), y sin embargo, encuentra en el notable ensayo ficcionalizado *sui generis*, *El diario de Gabriel Quiroga*, un precursor de la tradición del ensayo del ser nacional que consolidaron Scalabrini Ortiz, Mallea y Martínez Estrada, entre otros, a partir de los años treinta. Explica que, aunque esta tradición venía ya de la ensayística del siglo XIX, la eficacia con la que Gálvez pone en circulación ideologemas nacionalistas a partir de sus imágenes de escritor patrióticas y apostólicas que canalizan lo que Gálvez llamaba “energía nacional” rara vez había sido vista antes del *Centenario* (por cierto, la tradición crítica le debe a la brillante lectura de Gramuglio la consolidación de este ensayo con forma de diario personal como texto ineludible para el estudio de los modos en los que la literatura produce y reproduce el ideario nacionalista en función de una complejidad formal y tradiciones dislocadas que casi siempre se pierden de vista cuando se reúnen materiales literarios menores o textos doctrinarios para estudiar este fenómeno).

Las siguientes dos secciones dedicadas al campo cultural y literario de la década del treinta y a la revista *Sur* presentan tres de las contribuciones más importantes de Gramuglio a los estudios de este período. El primero supone una relectura y

reorganización radical del campo cultural argentino de los años treinta que la historiografía literaria canónica ha caracterizado bajo el signo político del nacionalismo esencialista cristalizado en el ya mencionado ensayo del ser nacional. La operación de Gramuglio consiste en desplazarlo del centro de la escena literaria y colocar en su lugar a *Sur* y su cosmopolitismo periférico. En un ensayo sobre la obra de Gramuglio incluido en *María Teresa Gramuglio. La exigencia de la Crítica* (editado por Judith Podlubne y Martín Prieto, y recientemente publicado por Beatriz Viterbo), Adrián Gorelik explica que Gramuglio “sostiene que *Sur* está en el corazón de lo más nuevo de la década del treinta, coloreando las dos dimensiones que la vuelven ‘una década dinámica’. En primer lugar, las transformaciones de la narrativa [ya que] presenta a *Sur* más que como un medio de difusión, como laboratorio para Borges y su grupo. [...] En segundo lugar, contra la asentada imagen de la ‘parálisis generalizada’ y ‘la apatía intelectual’ de la década, [la autora] destaca la intensidad de sus debates político-intelectuales, lo que lleva a reperiodizarla en función de ellos, y a definir la formación cultural que fue el grupo *Sur* como una ‘constelación política’” (p. 34). La referencia de Gorelik es a uno de los ensayos fundamentales de este libro, “*Sur* en la década del treinta. Una revista política”, donde Gramuglio reconstruye la presencia regular de debates políticos que interrogaban la coyuntura argentina y mundial

que tuvieron lugar en las páginas de la revista de Victoria Ocampo. Este ensayo fue publicado en *Punto de Vista* en 1986, y creo que debe leerse como parte de un esfuerzo colectivo de los integrantes del comité editorial de la revista por leer la politicidad del alto modernismo de la cultura argentina, con *Sur* y la obra de Borges como ejes principales, en contra del lugar común crítico que identificaba la posición de clase y la sofisticación formal de sus prácticas discursivas con un rechazo reaccionario de la política que la investigación de Gramuglio desmiente. Por el contrario, en función de estos debates sobre la tradición nacional, sobre el lugar social del intelectual o sobre diferentes modos de articular la defensa de la cultura (occidental) amenazada por el totalitarismo, tanto en Europa como en la Argentina, así como el rol creciente que adquiere la traducción como misión cosmopolita de la revista, llevan a Gramuglio a caracterizar la política cultural de *Sur* como un “elitismo democratizador” (p. 332).

En la estructura del libro –y sin duda también en el proyecto intelectual de Gramuglio *tout court*–, *Sur* es el nombre del eje cosmopolita referido en el título, que introduce la tensión constitutiva del período que ella estudia. Gramuglio conceptualiza el cosmopolitismo de *Sur* como un modo de proyectar la formación de la cultura argentina por fuera de la organización nacionalista del campo simbólico que había anticipado en su lectura crítica de estos imaginarios en la primera parte, y explica que “no

todas las naciones se construyen en función de un programa nacionalista” (p. 75), es decir: el cosmopolitismo de *Sur* no es una negación de la cultura nacional, sino que se recorta sobre ese horizonte *nacional no-nacionalista* al que la cita refiere. Su proyecto de traducción de la cultura occidental moderna al castellano rioplatense es una forma de intervención en un campo de fuerzas culturales concretas que busca afectar con el objetivo de abrir un espacio de enunciación propio, argentino y cosmopolita (esto es, moderno): “no es posible construir nada verdaderamente nuevo en el encierro de una sola cultura y una sola lengua; para encontrar la voz propia es indispensable mantener una relación activa con todo el ámbito americano y con Europa” (p. 219). Para Gramuglio, el cosmopolitismo no agota su potencial crítico en su historicidad como objeto de estudio que ella analiza en el contexto específico de la cultura argentina; por el contrario, se trata sobre todo de una metodología crítica que la lleva a prestar particular atención a tensiones y dislocaciones, y también un posicionamiento sesgado respecto de las determinaciones disciplinarias del campo discursivo en el que inscribe su propia práctica crítica. Lo que este libro, una vez más, vuelve evidente es que *Sur* es mucho más que un objeto de estudio privilegiado, y que por el contrario constituye el horizonte discursivo de una práctica crítica cosmopolita en la que Gramuglio inscribe su propio trazo. Por otra parte, *Sur* le permite a Gramuglio establecer –en diálogo con las

primeras secciones del libro– una diferencia normativa entre la legitimidad de un horizonte nacional para la agencia cultural y la ilegitimidad de los discursos nacionalistas. Esta diferenciación normativa y valorativa que recorre el libro de punta a punta con una estabilidad que, creo, no tiene ninguna otra idea en su pensamiento, define el lugar de enunciación ético-crítico de la propia Gramuglio en el contexto de un campo intelectual-académico argentino en el que, desde la transición democrática, la interrogación de la modernidad cultural y los procesos históricos de modernización, estuvo siempre tensionada por diferentes formulaciones de un discurso populista de izquierda o nacionalista.

La última sección, “Interrelaciones entre literatura argentina y literaturas extranjeras”, es radicalmente diferente al resto del libro, aunque las líneas de continuidad con la sección inmediatamente anterior sobre el cosmopolitismo de *Sur* son evidentes. Los seis ensayos giran alrededor de una propuesta de renovación metodológica para la crítica y la historiografía literaria argentina, que supone la inscripción del campo literario y sus *corpora* textuales en redes de relaciones transnacionales: “históricamente, todas las literaturas nacionales se han formado en una red de relaciones que son, en realidad, internacionales, aunque este no sea un dato fácilmente admitido por los nacionalismos culturales, que por lo general prefieren imaginar condiciones

esenciales incontaminadas e intranferibles. Las literaturas nacionales se definen siempre con respecto a otras” (p. 348). Esta propuesta de refundación de los estudios literarios (seguramente Gramuglio no se sentiría cómoda con esta formulación grandilocuente, pero sin lugar a dudas esta es la apuesta implícita de su propuesta de negociación entre la cultura nacional y las redes transnacionales como contextos de significación de una formación textual dada) se enmarca dentro de la noción de literatura mundial conceptualizada por Goethe en 1827, y que luego fue retomada por una importante genealogía de comparatistas que Gramuglio recorre e historiza (enfaticando especialmente la reapropiación del concepto por parte de Auerbach en el contexto de la guerra fría). Sobre el telón de fondo de la literatura mundial, la autora explica que “los textos deberían considerarse a la vez como parte de una literatura nacional y como parte de esa red o ‘polisistema’ transnacional que la trasciende. Serían leídos en ‘contrapunto’, para adoptar libremente la fórmula de Edward Said” (p. 363). A diferencia de lo que sucede en el resto del libro, donde las hipótesis sobre nacionalismo y cosmopolitismo están apoyadas sobre un trabajo de archivo contundente e iluminador, aquí Gramuglio pone a trabajar esta metodología relacional sobre “casos”, autores y títulos presentados como instancias de ejemplificación, que apenas son interpretadas de manera somera y algo expeditiva. La excepción a esta modalidad

puede encontrarse en “El buen salvaje no existe. Para una relectura comparativa de dos textos románticos”, un ensayo en el que Gramuglio despliega una lectura brillante de *Atala* de Chateaubriand y *La cautiva* de Echeverría como piedra de toque para un proyecto de romanticismos comparados al que ya hice referencia al comienzo de esta reseña.

Por supuesto, hay razones para la diferencia radical de esta última parte respecto de los protocolos críticos de las secciones que la preceden. Gramuglio escribió y revisó estos ensayos durante los últimos diez años y son todos posteriores a los escritos sobre nacionalismo y sobre *Sur*; y creo también que es significativo que se trate de textos posteriores (todos menos el primero de seis) a su renuncia a *Punto de Vista*, porque se trata de una problemática (la literatura comparada, sus métodos y debates disciplinarios) ajena a los intereses del comité editorial de la revista. En cada uno de ellos, Gramuglio explica de manera explícita y recurrente que se trata de un proyecto en curso y de una propuesta de trabajo que no intenta agotar su desarrollo; una invitación a renovar la disciplina “con una finalidad cosmopolita”, para citar el ensayo clásico de Immanuel Kant. Las marcas de este intento de abrir un nuevo espacio de investigación comparativo en el contexto de un campo académico excesivamente volcado sobre sí mismo (en el que la renovación de las agendas de investigación

suele tener el dinamismo de un movimiento de placas tectónicas) no aparece únicamente en el nivel retórico. También se pueden leer en la manera en que estos ensayos reconstruyen el resurgimiento de la literatura mundial en las academias norteamericana y francesa a través de comentarios bibliográficos sobre los libros que alumbraron estos reacomodamientos disciplinarios (especialmente en las lecturas polémicas que Gramuglio hace de las propuestas de Franco Moretti, Pascale Casanova, Itamar Even Zohar) y en el esfuerzo por diferenciar el alcance de su propuesta del de la filología comparada de Spitzer, Auerbach y Curtius, cuyos aportes la autora considera inestimables, pero con quienes establece una relación parricida que hace pensar en la teoría de “la angustia de las influencias” de Harold Bloom.

Si bien es cierto que el eje indicado en el título del libro supone un claro recorte en el interior de la producción ensayística de la autora, se extraña la ausencia de una sección que reúna sus textos sobre la literatura de Juan José Saer. Los ensayos de Gramuglio sobre el escritor santafesino (en particular “El Lugar de Juan José Saer”, que escribió en 1986 como postfacio para la antología *Juan José Saer por Juan José Saer*, pero también el prólogo a *Lugar*, “Una imagen obstinada del mundo” sobre *El concepto de ficción* y *La narración-objeto*, y “La filosofía en el relato” sobre *El entonado*, entre otros) constituyen una *summa*

crítica categórica y establecieron los parámetros hermenéuticos para leer su narrativa hasta hoy. Pensándolo bien, la ausencia en este libro de los ensayos de Gramuglio sobre Saer, además de clases, textos aún inéditos y hasta la copiosa correspondencia que sostuvieron ameritan la publicación de un segundo tomo con esos materiales indispensables, que completaría esta excelente iniciativa de la Editorial Municipal de Rosario de devolverle visibilidad al *corpus Gramuglio*.

“En una carta fechada en agosto de 1987, María Teresa Gramuglio alude al proyecto de reunir sus notas escritas como ‘ese libro imposible’. El libro en cuestión responde a una sugerencia de Beatriz Sarlo. Como algunos otros colegas, discípulos y editores lo harán tiempo después... Igual que en ocasiones posteriores, Gramuglio atiende a la sugerencia sin llegar a concretarla” (p. 7): así comienza el exhaustivo y deslumbrante prólogo que Judith Podlubne escribe para *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, y hay que agradecerle a ella y a Martín Prieto que finalmente hayan convencido a Gramuglio de concretar “ese libro imposible” que llega para consolidar el lugar central que tiene en el campo académico argentino y, ahora también, en los estantes de nuestras bibliotecas.

Mariano Siskind
Harvard University

José Zanca,
Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, 272 páginas

José Zanca, autor ya de conocidos y apreciados trabajos sobre los católicos argentinos, brinda aquí una nueva e importante contribución que procede de su tesis doctoral. En ella explora, en un período relativamente más largo que lo que sugiere el subtítulo (1936-1959), y que bien podría enmarcarse de los años veinte a fines de los años cincuenta, una de las corrientes del catolicismo argentino, aquella que tradicionalmente ha sido denominada “liberal” y que el autor prefiere caracterizar como “humanista” (y que bien podría denominarse también “maritainiana”, ya que el filósofo de Meudon y sus seguidores y contradictores argentinos están en el centro del libro), o que también, y algo más inclusivamente, podría definirse como “personalista”.

Esa tradición, corriente, linaje (o como prefiera llamárselo) es delimitada por el autor mucho más por su contraposición con aquella otra más transitada historiográficamente –la del nacionalismo católico, autoritario y antidemocrático– que por una homogeneidad de la que carece o por una identidad que no es tal si es mirada en una perspectiva temporal y desde una aproximación contextual como la elegida. Se trata de un punto de vista que permite mostrar tanto la riqueza de motivos no siempre compatibles que posee

esa tradición, como todas las mutaciones que la surcan en las cambiantes condiciones de la Argentina y del catolicismo en general a lo largo de cuatro décadas decisivas del siglo XX. En esa aproximación elegida por Zanca, para la cual él mismo busca algo infructuosamente una denominación apelando a expresiones como “hermenéutica” o “fenomenológica” (términos que no son definidos en el texto y cuya utilidad, en especial el segundo, no parece ser mucha), pero que bien podría denominarse “historicista” si se entiende por ello el mirar los problemas históricos en su constante devenir y mudar en la temporalidad y no desde esencias inmutables y fuera del tiempo, se encuentra uno de los mayores méritos de un libro que tiene muchos.

Asimismo, como es ya habitual en la nueva generación de historiadores profesionales argentinos formados en la democracia, el trabajo es matizado, con pocas adjetivaciones (que cuando aparecen, muy ocasionalmente, muestran una ligera exasperación hacia pensadores del nacionalismo católico y una simpatía no menos visible hacia algunos autores “redescubiertos”, como Rafael Pividal o Augusto Durelli), con una amplia consulta de fuentes primarias –entre las que resultan

decisivas por su riqueza de informaciones y perspectivas las que proceden del archivo de Maritain–, y con un muy buen dominio de la prensa católica y de la bibliografía existente sobre el argumento. Empero, el libro va mucho más allá de los indudables méritos de su generación, a veces atrapada entre el haber leído todo sin haber entendido nada –como decía algo exageradamente el viejo y entrañable Ruggiero Romano– y el haber dedicado sus esfuerzos a temas que en su liviandad podrían ser englobados en aquella historiografía sin problema historiográfico que caracterizó y caracteriza a franjas no desdeñables de la historia profesional de ayer y de hoy y que, desde luego, puede ser de interés para las “anime belle” pero menos para aquellos preocupados por la historia de la desventurada Argentina.

Por el contrario, el libro de Zanca afronta un tema de indudable interés para pensar la Argentina moderna, y lo hace desde una cabal comprensión de los problemas que el mismo involucra, ayudado por una apelación a la empatía de collingwoodiana memoria que, como se sabe, consiste en ponerse en los zapatos del otro, no mimetizarse con él. Lo hace ayudado también no solo por un conocimiento acabado de los hechos sino también por su admirable dominio de intrincados problemas filosóficos y teológicos que tan lejanos

parecen para la mirada de un lego. Y aquí, nuevamente, asoman los indudables talentos de Zanca para la lectura de sus fuentes, talentos de la comprensión hermenéutica que, en sede historiográfica y como recordaba Arnaldo Momigliano escribiendo a propósito de Niebuhr y Lewis, no remiten a la interpretación intuitiva de una época sino a la comprensión intuitiva de los documentos. Esa habilidad, que en otro tiempo se hubiese llamado filológica, exhibe toda la madurez y el talento de un historiador del que es dable esperar nuevas relevantes contribuciones al conocimiento del pasado argentino.

El libro de Zanca se articula en una introducción y seis capítulos, aunque el lector podría bien comenzar por el capítulo 1, dado que la parte inicial no parece imprescindible para lo que sigue. La introducción, afortunadamente breve, parece una de esas concesiones que en los últimos tiempos suelen hacerse para un lector académico pero que pueden alejar a muchos que no lo son, ya que puede generar oscuros presagios, afortunadamente luego desmentidos por el libro mismo, acerca de esas categorías teóricas que amenazan con triturar las ideas y los acontecimientos para devolverlos reorganizados en una relectura de los mismos desde grillas conceptuales que suelen informar más acerca del autor del libro que de su objeto. Y, en este sentido, por ejemplo, no se entiende bien la utilidad que Zanca puede sacar de Clifford Geertz para una historia que es menos una antropología cultural que una

versión, de las mejores, de la vieja historia de las ideas atenta a los autores, a sus textos y a los contextos intelectuales y políticos desde los cuales reflexionan y sobre los cuales buscan intervenir, política y no solo ideológicamente. Autor, texto y contextos, he ahí una tríada clásica que como el libro muestra bien no ha agotado sus posibilidades.

El capítulo 1, también breve, contiene dos partes bien diferentes. En la segunda el autor elige una perspectiva temporal muy larga, remontándose hasta Lorenzo Valla, que parece algo forzada y amenazada por el inasible problema de “los orígenes” y que, en cualquier caso, ilumina poco el cuadro posterior. En la primera, en cambio, Zanca muestra sus cartas y propone algunas de las hipótesis centrales del libro, en una elíptica polémica con versiones acreditadas en sede académica que en su ilusoria simplicidad parecen haber convencido a muchos historiadores por su eficacia para interpretar los males argentinos más allá de la perceptible debilidad de su construcción historiográfica. Se trata, claro está, del “mito de la nación católica”, mito desde luego para consumo de los historiadores, en especial anticlericales, más que del público en general (y que requeriría ante todo una discusión sobre la misma noción de “mito”). En cualquier caso, Zanca toma claras distancias a lo largo del libro de esa interpretación, aunque prefiera menos una polémica abierta con ella que un diálogo complementario con esa y con otras lecturas del nacionalismo argentino. Nuevamente hay

aquí un signo de los tiempos en los estudios históricos. De todos modos, el autor nos indica ya dos vías a través de las cuales desarrollará su hipótesis. Una, que los planteos sucesivos sugerirán reiteradamente pero que no será explorada en profundidad en el libro, concierne al problema de la secularización creciente que imponen las distintas modernidades a las sociedades occidentales. En otros términos, el problema que enfrenta el catolicismo ante sociedades en veloces cambios no solo en el plano político –sea la democracia liberal, las llamadas democracias “orgánicas” o socialistas, o el avance de la estatalidad y la racionalidad weberiana–, sino y más aun en el plano de las costumbres (que Zanca llama “sensibilidades”), y que aleja las experiencias concretas y cotidianas de los católicos en general tanto de la moral como de la teología cristiana. Problema al que tratarán de dar respuestas los humanistas que estudia Zanca pero que no son ajenos tampoco al nacionalismo católico, él mismo a menudo en la encrucijada de las “modernidades” fascistas y de la restauración imposible de un mundo perdido (o entre el “muy siglo xx” orteguiano y un “retorno” a la Edad Media). Y sería auspicioso que Zanca afronte en un futuro el desafío de explorar ese proceso, en especial en ese catolicismo que más adelante denomina “discreto”, “dominguero”, tan enormemente mayoritario en la Argentina y en otras partes –lo que desde luego es un tema de la historia social que requiere un corpus de fuentes diferente al que aquí ha empleado el

autor-. Ese catolicismo que incluía entre otras cosas aquel que Benedetto Croce recordaba, en su esbozo autobiográfico, al evocar sus tiempos de alumno en un “collegio cattolico, non gesuitico in verità, anzi di onesta educazione morale e religiosa, senza superstizioni e senza fanatismi, ma, insomma, collegio di preti”. Ese catolicismo a la Guareschi que incluía entre nosotros, por ejemplo, desde San Lorenzo de Almagro a la canchita al lado de la parroquia, o a las muchas formas de asociacionismo salesiano y no solo, entre otras tantas formas de sociabilidad barrial, media y popular.

No es esa la vía que sigue Zanca en este libro para discutir con el aludido “mito”, y no debe reprochársele, ya que todo autor es libre de enfocar (y recortar) su tema como lo desea en función de sus problemas y de sus hipótesis. La que ha decidido priorizar –y que será el argumento de los restantes capítulos– considera el problema en el seno de los intelectuales católicos argentinos, y aunque el término argentino es relativo, al menos el autor ha decidido ir más allá de Buenos Aires y prestar atención a otras realidades urbanas del interior, en especial Córdoba. Desde esa perspectiva, los intelectuales católicos, el argumento de Zanca es que de ningún modo puede identificarse al catolicismo argentino exclusivamente con el nacionalismo católico. Ciertamente, la existencia de otras figuras más allá de este era algo ya conocido por los historiadores; lo que no lo era –y he allí la importancia del libro– es la extensión y la variedad de recursos de la corriente humanista. Si,

efectivamente, el nacionalismo católico podía contar con el apoyo de la jerarquía eclesiástica argentina, y dentro de ella en especial con el de figuras como monseñor Caggiano, era menos evidente el apoyo de la Nunciatura o de la Secretaría de Estado vaticana. Por otra parte, los humanistas tenían también, como muestra Zanca, sus cartas externas e internas, y entre estas últimas una no menor era su acceso a órganos periodísticos de mayor prestigio y alcance. Una cosa era *Sur* y otra bien menos influyente *Sol y Luna*, una *La Nación* y otra *Crisol*. Además, aun admitiendo el carácter minoritario del humanismo cristiano en el seno de los intelectuales católicos, en especial en la segunda mitad de los años treinta, ello no dice que sus rivales, las personas de los Cursos de Cultura Católica y de los distintos grupos del nacionalismo, fueran mucho más significativos en el conjunto del mundo letrado argentino.

Ciertamente, el momento de la Guerra Civil Española fue aquel en el que los intelectuales nacional católicos argentinos fueron más fuertes, y la colocación de ese barómetro de las posiciones de ese mundo cultural que era monseñor Franceschi así parece revelarlo. Sin embargo, he ahí algunas cuñas, como la del nacionalismo vasco, cuidadosamente analizada en el libro. Otra será la visita de Maritain, que tanta agua llevaría al molino de los humanistas y que es explorada por Zanca con una riqueza de perspectivas que superan ampliamente todo lo escrito precedentemente sobre el argumento. Asimismo, sería bueno no olvidar que si el

mundo letrado católico se inclinaba bien mayoritariamente hacia el bando nacional, la opinión pública argentina parece haber sido prevalentemente favorable a los republicanos. Por lo demás, si esa guerra era inmensamente popular en la Argentina lo fue, entre otras cosas, porque muchos de los españoles que aquí residían, y sus descendientes, seguían los crueles avatares de la misma con una angustia lejana de convicciones doctrinarias y cercana a la experiencia de sus parientes. Todavía podría argumentarse que finalmente el régimen nacional católico de Franco y su “cruzada” brindaban a los autoritarios argentinos un modelo en el cual reconocerse mucho más apetecible que los fascismos paganizantes o que el más complejo, sofisticado y menos conocido salazarismo portugués. De todos modos, es bueno recordar que terminada la guerra en España comenzaría un largo forcejeo entre los falangistas y los nacional católicos –explorado entre otros por Ismael Saz–, de cuyo posible eco en los intelectuales nacionalistas poco se sabe.

Todo estaba en movimiento, como muestra muy bien Zanca, aun si esas dinámicas son mucho mejor exploradas en los humanistas y bastante menos en los nacionalistas autoritarios dentro de los cuales podría indagarse, a modo de hipótesis, la declinación de la matriz maurrasiana (que tal vez Zanca sobrevalora en su persistencia) y el ascenso de la orteguiana. En cualquier caso, y a riesgo de esquematizar, podría señalarse que si el viento de cola lo tienen los nacionalistas hasta la

primera parte de la década del cuarenta, luego favorecería a los humanistas, pese y más allá del fenómeno peronista. Por otra parte, si el largo camino de los intelectuales de los Cursos debía culminar en el experimento 1943-1944, las resistencias que este generó, y su mismo rápido fracaso, deberían hacer reflexionar acerca de todos los límites que tenía a la hora de lograr apoyos en la opinión pública (hecho que sería validado poco luego en el pobrísimo resultado obtenido por grupos como la Alianza Libertadora Nacionalista en las elecciones de febrero del '46).

El advenimiento del peronismo y sus relaciones con el catolicismo son nuevamente explorados con fineza por Zanca. Lo que su trabajo recuerda es que no pueden identificarse sin más jerarquía eclesial, catolicismo y católicos en la Argentina (y agregaríamos que en cualquier lado); que las cosas son mucho más complejas y, se podría agregar, lo son aun más en un país en el que las jerarquías, de cualquier tipo, nunca han gozado de un abundante consenso y reconocimiento. Lo que el libro sugiere es que los costos para la Iglesia por el "plato de lentejas" ofrecido por el peronismo podían haber sido bien más caros de lo que se supone, incluso para la misma autoridad de la jerarquía eclesial. Las serias resistencias que el matrimonio de razón con el peronismo generó no solo entre los letrados católicos sino entre aquellos sectores sociales en los que la institución reclutaba si no lo más abundante sí lo más seguro de su cosecha así lo sugerirían, y ello ya desde el comienzo y

mucho antes de la crisis final (¡y qué crisis!). Por otra parte, se podría ir más allá de los pertinentes ejemplos propuestos por Zanca (como la libreta sanitaria) y preguntarse, por caso, si en el plano de aquellas sensibilidades antes aludidas el mismo matrimonio presidencial y la figura de Eva Perón podían ser mínimamente aceptables para ese clericalismo bienpensante que nutría los cuadros de laicos católicos. Sea de ello lo que fuere, la mirada de Zanca parece mucho más convincente que otras menos atentas a la complejidad de todo proceso histórico, y su afirmación de que el peronismo partió en dos al catolicismo, al igual que lo hizo con otras tradiciones políticas o culturales argentinas, incluida la nacionalista, es bien persuasiva. Nuevamente, su exploración de las oscilaciones de Franceschi y *Criterio* durante los años peronistas da cuenta de las ambivalencias de la situación.

El mundo del posperonismo, la emergencia de una nueva generación de intelectuales y políticos católicos, y los avatares y vericuetos de la experiencia democristiana y del humanismo universitario, son finalmente explorados con la misma inteligencia (aunque bien más sumariamente) por Zanca. Las tensiones que los surcaban, al igual que las de la Argentina toda, evitan en el libro, nuevamente, las fáciles simplificaciones. Quizás algunas cosas quedan fuera del cuadro y podrán ser exploradas en trabajos futuros. Por ejemplo, en lo político, la del catolicismo y el mundo sindical peronista; en lo ideológico, la persistente declinación de la figura y las ideas de Maritain y

su eventual reemplazo por otros potenciales referentes como Emmanuel Mounier (poco indagado en el libro), cuyas ideas, más allá de su temprana muerte en 1950, habilitaban aperturas bastante más radicales en cuestiones sociales e incluso en las ideológicas, sin que en este último punto necesariamente haya que seguir sin reservas las provocadoras observaciones de Tony Judt para el caso francés. Las conclusiones finales están nuevamente surcadas por ideas y problemas, y dejan abiertas algunas cuestiones de mucho interés. Por ejemplo, en las breves y agudas reflexiones acerca de los límites y las intermitencias de la apertura de los intelectuales anticlericales hacia esos "otros" que procedían del universo católico, y con los cuales fenómenos de hibridación fueron posibles en otras latitudes y solo muy posteriormente en la Argentina.

Llegados al final de una recensión se descubre cuántas cosas han quedado afuera y cuánto ella no hace plena justicia a los muchos logros de este libro. Queda al lector encontrarlos, en la certeza de que el libro es buena moneda. Y aunque según la conocida ley de Gresham, la mala moneda suele desplazar a la buena porque esta es atesorada por su valor, debemos esperar y desear que este libro, en el cual los estudios sobre el catolicismo argentino en el siglo xx alcanzan un nuevo y más sofisticado nivel, tenga la circulación que se merece.

Fernando J. Devoto
UBA

Ricardo Pasolini,

Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx,
Buenos Aires, Sudamericana, 2013, 208 páginas

La colección *Nudos de la historia*, que dirige Jorge Gelman para la editorial Sudamericana, tiene el gran mérito de poner al alcance de un circuito de lectores más amplio que el académico los frutos más recientes de la investigación sobre el pasado argentino. Se trata de libros relativamente breves, compuestos con el propósito de divulgar avances en el conocimiento histórico, y sus autores son estudiosos destacados en el tema del que se ocupan. Es el caso de este volumen que firma Ricardo Pasolini. Desde hace varios años Pasolini, docente e investigador de la Universidad Nacional del Centro, lleva adelante una seria y minuciosa indagación de la cultura intelectual comunista en la Argentina. La primera expresión de esa búsqueda fue el libro *La utopía de Prometeo, Juan Antonio Salceda: del antifascismo al comunismo* (2006). A través de la trayectoria de un escritor de provincia, como lo fue Salceda, el trabajo de Pasolini sacó de la media luz en que se hallaba desde hacía largo tiempo todo un filón del progresismo laico en la Argentina. En efecto, avatares de orden político y de orden ideológico, cuya escala no fue únicamente nacional, habían hundido en una especie de sombra esa cantera que durante al menos un cuarto de siglo había sido muy activa.

En *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*, Pasolini toma como objeto ese mundo político-cultural, pero no ya observado desde el ángulo que ofrecía el itinerario de un intelectual situado en la periferia provinciana, sino en su centro mismo de producción. Lo que en la Argentina equivale a decir Buenos Aires. ¿Qué es lo que el libro de Pasolini nos hace ver? Por un lado, el contorno de una cultura, la “cultura comunista argentina”, “emanada en y desde los alrededores del Partido Comunista Argentino”; por otro lado, la constelación de agrupaciones que fueron medios de expresión y transmisión de la política cultural antifascista alentadas por la izquierda comunista, en primer lugar la AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores), creada por Aníbal Ponce en 1935, a imagen y semejanza del Comité de Intelectuales Antifascistas creado un año antes en Francia con el propósito de defender la cultura ante la amenaza fascista; en fin, la red de revistas, escritores y artistas conectados por una concepción militante de la cultura. El nombre y la labor de Aníbal Ponce conforman los más constantes vectores de la reconstrucción que hace Pasolini de un ciclo ideológico que estuvo vigente desde

mediados de los años treinta hasta fines de la década de 1950. Ese ciclo entrelazó al menos a dos generaciones intelectuales: la de quienes habían surgido a la vida intelectual entre la primera y la segunda década del siglo xx y que en los treinta contaban ya con alguna notoriedad –la generación de los “mayores”, como el propio Ponce–, y la de quienes harán sus primeras armas en el marco de las asociaciones culturales antifascistas y en las filas del Partido Comunista, como Héctor P. Agosti y Raúl Larra.

En la opinión de que “los temas ideológicos y las maneras con las cuales la izquierda intelectual se acercó a los problemas de la cultura y la política nacionales se cristalizaron en los años 30, cuando la interrupción institucional del golpe militar y el avance del fascismo en Europa hicieron pensar que el devenir de los sucesos locales estaban íntimamente ligados a aquellos europeos” (p. 182), Pasolini converge con otros autores. Esa cristalización de nociones, esquemas y argumentos tuvo larga vigencia en la izquierda intelectual que tenía en el Partido Comunista su centro de autoridad política, aunque no perteneciera a sus filas, como Ponce, un destacado e influyente compañero de ruta. Como advierte el autor, la denominación de “marxistas liberales”, empleada para

designar a los escritores e ideólogos de esa cultura de izquierda, es una locución que proviene del vocabulario de los adversarios, los representantes del nacionalismo marxista, que acusarían a socialistas y comunistas de haberse sometido a la hegemonía del liberalismo argentino, considerado como armadura ideológica de la dominación que ejercían sobre el país el imperialismo y la oligarquía. Pasolini recoge dicha denominación, pero no con fines denigratorios, sino para caracterizar la relación que los marxistas de obediencia comunista establecieron con el legado del liberalismo y su interpretación del pasado argentino. O, como la llama el autor: una apropiación de la tradición liberal.

Las manifestaciones y las ligas hostiles al fascismo no nacieron en la Argentina (tampoco en Europa, por supuesto) como reflejo de la línea de los frentes populares que la Internacional Comunista adoptó a partir de 1935, cuando el estado mayor del movimiento estableció que el conflicto central de la época se resumía en el antagonismo de fascismo y antifascismo. Pasolini observa que ya a mediados de la década de 1920 se registra, en el seno de la comunidad italiana, la aparición de círculos antifascistas. Poco después la agitación se extenderá a las filas de los partidos Socialista y Comunista. De todos modos, el movimiento intelectual antifascista hará su gran despegue en la década siguiente y resulta imposible disociar la intensidad y la extensión que alcanzó a partir de entonces del

análisis y las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista (IC), que se celebró en Moscú en 1935. Allí se llamó a todos los partidos adheridos a la IC a encabezar la lucha contra el fascismo, al que se señalaba como el gran enemigo de los trabajadores, de la democracia, la libertad y el progreso. El frente popular (con su variante para los países coloniales y dependientes: el frente antiimperialista) debía ser el instrumento político de esa línea táctica destinada a enfrentar a un antagonista cuyo crecimiento se advertía en toda Europa. Para entonces Hitler dominaba Alemania y Dollfuss había aplastado a la socialdemocracia en Austria, tras implantar un régimen autoritario y corporativo. La Guerra Civil Española, que se desencadenó en 1936, fue el hecho que expuso a los ojos de todos esa guerra civil europea que estaba en curso.

De acuerdo con las nuevas claves de la IC reajustó el Partido Comunista de la Argentina su interpretación y sus tomas de posición ante la realidad política nacional. El juicio de que la tradición liberal y sus instituciones encerraban un patrimonio que debía no solo ser rescatado, sino defendido ante la amenaza fascista, se forjó en ese marco y trajo en el plano cultural el giro que se había operado. En el célebre informe que Georgi Dimítrov había expuesto en el mencionado congreso de la IC, el entonces secretario general de la Internacional denunció las deformaciones que los fascistas introducían en la representación del pasado nacional y exhortó a los comunistas a unir la lucha

del presente con la tradición y el pasado revolucionario de sus respectivos países. A propósito de este combate por la historia, Pasolini menciona las páginas que Aníbal Ponce dedicó a la historia argentina en *El viento en el mundo*. El sumario juicio histórico de Ponce, que inscribía la Revolución de Mayo en el enfrentamiento entre dos mentalidades o filosofías, la de la revolución y la del feudalismo, no hacía más que retomar la dicotomía que ya había trazado José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas*. La historiografía elaborada por los comunistas, que se proclamarán herederos de lo que llamaban la “tradición de Mayo”, se desplegará en torno de los ejes y las valoraciones desarrollados por Ingenieros y Ponce. Moreno, Echeverría y Sarmiento simbolizarían en el siglo XIX las etapas de la novela nacional progresista. Se moldeó así, en la segunda mitad de los treinta y en el marco de la movilización intelectual antifascista, una cultura de larga duración en las filas de la izquierda comunista.

“¿Por qué fue esta matriz liberal y no otra la que caracterizó al ideario ‘nacional’ de la mayor parte de los intelectuales que se ligaron al comunismo argentino?”, se pregunta el autor. “¿Por qué un movimiento político-cultural que en sus bases teóricas se proponía la abolición del capitalismo y de su clase social dinámica desarrolló una representación del pasado y la política argentinos que compartía muchos elementos con la elaborada por el sector social que pretendía abolir y reemplazar en el proceso

histórico?” (p. 20). Aunque afirma que el propósito de su libro es contestar esas preguntas, no encontramos las respuestas en sus páginas. Los capítulos que articulan el texto narran según ángulos diferentes la génesis y la evolución de esa cultura hasta que comienza a mostrar signos de agotamiento, ya en la década de 1960. Los libros de Agosti, *El mito liberal* y *Nación y cultura*, publicados en 1959, muestran un esfuerzo por renovar sin romper con la tradición en que se había formado. ¿Hubo algo particular en el sesgo que los comunistas

argentinos le dieron a la lucha antifascista en el terreno cultural? En todas partes esa lucha fue encarada como un combate por la paz contra la guerra, por la razón contra el irracionalismo vitalista del fascismo, por la cultura ilustrada contra la fuerza, por el valor de la ciencia contra el misticismo, por el progreso contra la reacción. ¿En qué otra cantera que no fuera la de la tradición liberal podían los comunistas buscar aliados para empeñarse en la defensa de tales valores? Pasolini plantea una interesante pregunta:

por qué no se optó por una matriz que no fuera la liberal. Pero no nos sugiere cuál podría haber sido esa otra matriz. De todos modos, haber planteado esa interesante cuestión –y no es la única que el lector puede encontrar en el libro– se halla entre los muchos méritos de *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*.

Carlos Altamirano
UNQ / CONICET

Gustavo J. Nahmías,

La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política, 1969-1973,

Buenos Aires, Edhasa, 2013, 339 páginas

La batalla peronista. De la unidad imposible a la violencia política, 1969-1973, de Gustavo J. Nahmías, es un trabajo de investigación que persigue desentrañar las complejas y cambiantes relaciones en el interior del movimiento peronista en la fase final de su larga proscripción, especialmente entre los años 1971 y 1973.

El libro es rico en su descripción no solo de las ramas del movimiento sino también de las diferentes corrientes internas de cada una de ellas. El sindicalismo, así, aparece menos como una unidad que como un campo de conflictos en el que José Ignacio Rucci y la CGT, las 62 organizaciones, los ex participacionistas, los 8 y los combativos desarrollan diferentes estrategias que en ocasiones se oponen entre sí. Con excepción de la rama femenina, más homogénea que las otras vertientes del movimiento, lo mismo podría decirse de las ramas juvenil, política y de las organizaciones armadas, cada una atravesada a su vez por diferencias internas.

Nahmías estudia a los actores políticos no peronistas desde una perspectiva original, sirviéndose de ellos para definir posicionamientos internos disímiles en el interior del movimiento peronista. El general Lanusse, por ejemplo, en esta narrativa opera fundamentalmente como actor

que ayuda a diferenciar el espacio interno del peronismo: Jorge Paladino más dialoguista, Héctor Cámpora más opositor. Lo mismo podría decirse de los partidos de la oposición y del rol de algunas de sus figuras sobresalientes, como la de Ricardo Balbín.

El intento más audaz del libro consiste en ordenar, distinguir y periodizar los tipos de conflictos que se sucedieron en el interior del movimiento peronista. Los años 1971 y 1972 habrían estado caracterizados por conflictos de tipo vertical, producidos entre diferentes sectores de una misma rama, y por conflictos de tipo horizontal, protagonizados por dos ramas u organizaciones peronistas (ocasionalmente más de dos, pero nunca todas). En el año 1973, en las vísperas del regreso definitivo de Perón al país, habría hecho aparición un tercer tipo de conflicto, caracterizado como transversal, que incluyó a todas las ramas y organizaciones peronistas.

Ejemplo de conflicto vertical sería el que enfrentó a Rogelio Coria (“sindicalista-peronista” no alineado con la dirección de la CGT) y a Rucci (“peronista-sindicalista”, secretario general de la CGT). O el que sucedió entre las 62 organizaciones (Nueva Corriente de Opinión, ex participacionistas, los 8 y los vanderistas), por un lado, y los sindicalistas duros y combativos, por el otro. Otro

ejemplo de conflicto vertical sería el que enfrentó a Rucci con todos los grupos sindicales anteriores, o el que lo opondrá al dirigente cordobés Agustín Tosco, explícitamente hacia fines de 1972. En el interior de la rama juvenil, un conflicto vertical habría sido el protagonizado por Rodolfo Galimberti (JAEN) y Francisco Licastro, por un lado, y el Movimiento de Base, Guardia de Hierro y la agrupación 17 de Octubre (que luego conformarán Trasvasamiento Generacional), por el otro. En el interior de la rama política, un conflicto vertical sería el que motivó el relevo de Paladino por Cámpora, a mediados de 1972, en el cargo de delegado de Perón.

Ejemplo de conflicto horizontal sería el que se desarrolló entre Rucci y la Juventud, que terminará trágicamente con el asesinato del primero o, antes, el que enfrentó a Rucci (rama sindical) y a Paladino (rama política). Para Rucci lo importante era el regreso de Perón; para Paladino (y también para Lorenzo Miguel) la salida electoral. Como en ocasiones los conflictos horizontales y verticales se intersectan, Nahmías también explora los cruces que se dan entre ellos. En este caso, por ejemplo, Rucci se fortalece en su conflicto horizontal con la rama política cuando logra imponerse dentro de la rama sindical

(conflicto vertical). Otro conflicto horizontal será el que sitúe en veredas opuestas a Cámpora y a los sindicalistas Rucci, Coria y Miguel. Aquí también los conflictos vuelven a cruzarse, porque Cámpora tenía en la juventud, esto es, fuera de la rama política, a su principal aliado.

Finalmente, el tercer tipo de conflicto, el transversal, se menciona por primera vez a propósito de las acciones de la Juventud, que con su consigna de “trasvasamiento generacional” habría desparramado el conflicto en todas las ramas del movimiento “hilvanando una posición ideológica cuya confrontación se expresaba en el interior del peronismo” (p. 267). Ezeiza será la manifestación más evidente del carácter transversal del conflicto (o de la batalla) peronista. Pero aun antes de Ezeiza, desde la llegada de Cámpora al poder el 25 de mayo de 1973, los conflictos tienden a ser caracterizados como transversales, es decir, conflictos que no dejarán afuera a ninguna rama o sector, constituyendo al mismo tiempo, según el autor, “un conflicto de carácter ideológico-político”.

La tipología propuesta (horizontal, vertical y transversal), entonces, no descansa solo en la cantidad de sectores o ramas involucrados en los conflictos sino también en la naturaleza de los mismos y en la prescindencia o necesidad de la palabra del líder del movimiento. En las conclusiones del libro se afirma que “cuando el conflicto se desplaza de manera transversal, produce un encadenamiento que atraviesa las ramas o

agrupaciones políticas y armadas estableciendo una división que, por tratarse de una confrontación ideológico-política, exig[e] la intervención de Perón” (p. 319). Al conflicto transversal correspondería, entonces, una naturaleza ideológico-política, por un lado, y la exigencia de la intervención de Perón, por el otro.

Sin embargo, tanto los conflictos caracterizados como verticales como los descriptos como horizontales tuvieron a menudo un carácter explícitamente ideológico-político y en algunos casos exigieron el pronunciamiento de Perón. El conflicto entre la rama política (Paladino) y la rama juvenil (Galimberti) a comienzos de 1972, por ejemplo, llevó a Paladino a declarar, como cita Nahmías, que “en el caso del Señor Galimberti, el tema del trasvasamiento generacional es en realidad un trasvasamiento ideológico de contrabando” y que “el peronismo admite transfusiones del mismo grupo de sangre pero no de otro”. Otro ejemplo: para los sindicalistas duros, tal como describe el autor, el peronismo iba hacia el socialismo nacional, con formaciones especiales (armadas) inclusive. Para Rucci, en cambio, el peronismo debía regresar al ‘45, o si fuera posible al ‘43, en un gobierno que sumara pueblo y Fuerzas Armadas, como el sindicalista creía que había sido el gobierno militar (1943-1946) que prologó al peronista (1946-1955). Lo mismo podría decirse de la palabra de Perón a la hora de dirimir los conflictos: no hubo que esperar a los

conflictos transversales de 1973. Cuando Perón no recibe a los tres sindicalistas combativos Guillán, Carrera y Digón, desautorizándolos en ese mismo acto, Rucci sale fortalecido en su enfrentamiento interno con esos sectores. Cuando Perón diga de Agustín Tosco que es un dirigente “de triste figura”, sucede lo mismo: Perón resuelve bendecir a unos y no respaldar a otros; Perón elige.

Lo que vuelve a un conflicto transversal no sería, entonces, ni el carácter ideológico-político ni la necesidad de una última palabra de Perón, dado que estos dos elementos, por separado o conjuntamente, también pueden encontrarse en algunos de los conflictos horizontales y verticales verificados entre 1971 y 1972. La tipología propuesta, sin embargo, resulta útil no solo en lo que a la cantidad de actores involucrados se refiere. El análisis de Nahmías de los distintos tipos de conflictos es convincente respecto de la especificidad de los conflictos caracterizados como transversales en relación a los otros dos. Esa especificidad guardaría menos relación con el carácter ideológico-político de los conflictos o con el rol arbitral de Perón que con la capacidad para hacer visible una crisis orgánica en el interior del movimiento peronista, una crisis en la que la unidad del peronismo se revelaba imposible, como bien señala el subtítulo de esta investigación.

Sebastián Carassai
UNQ / CONICET

Martín Sivak,
Clarín, el gran diario argentino. Una historia,
Buenos Aires, Planeta, 2013, 472 páginas

La cobertura informativa que el Grupo Clarín hizo de la llamada “crisis del campo” en 2008 constituyó un punto de inflexión en la relación que el gobierno argentino y el multimédios más importante del país habían tejido hasta entonces. Durante cuatro meses, las entidades agropecuarias más importantes resistieron con manifestaciones, cortes de ruta y desabastecimientos en los principales centros urbanos, entre otras medidas, la implementación de retenciones móviles a la exportación de algunas materias primas. El tratamiento complaciente que Clarín dispensó a dichas entidades en sus distintos medios motivó el fin del ciclo de buen entendimiento público con el gobierno y se inició así un largo período de enfrentamiento entre ambos, que coincidió con el comienzo de la primera gestión de Cristina Fernández de Kirchner y que continúa hasta el presente. El momento más álgido de este conflicto puede situarse en la aprobación de una nueva ley que regula los medios de comunicación audiovisual –N° 26.522– y en la consecuente disputa judicial por la plena aplicación de la norma, que impactó directamente sobre los intereses empresarios del grupo.

La labor de la prensa en general, y la de *Clarín* en particular, cobró un inédito interés social. Por un lado, los

medios de comunicación comenzaron a ser masivamente vistos como actores políticos con intereses económicos. Por otro, se registra una creciente polarización del mapa mediático, en el que cada extremo tiende a subordinar la elección de fuentes y de acontecimientos noticiables al previo cálculo de utilidades y perjuicios para el sector en el que está posicionado.¹

En ese marco, proliferaron una serie de escritos académicos y periodísticos, algunos de los cuales contribuyeron a enriquecer uno u otro polo de la disputa. Otros, en cambio, se propusieron problematizar distintos aspectos del conflicto por fuera de dichas visiones antagónicas. En esta corriente se inscribe el trabajo de Martín Sivak, que sistematiza la historia política del diario *Clarín* con el objetivo de comprender las complejas relaciones que tramó con el Estado, con el campo político y con sus lectores como estrategias de supervivencia y de crecimiento empresarial. En palabras del autor, el libro busca responder “cómo un diario modesto y frágil se convirtió en un grupo con mayúsculas y en la empresa más influyente de la Argentina” (p. 15).

¹ Martín Becerra, “Cuando los medios se polarizan”, *Ámbito Financiero*, Buenos Aires, 16 de noviembre de 2012.

Clarín, el gran diario argentino. Una historia es el primer volumen de una obra que se completará a fines de 2014 y abarca el período que va desde los primeros pasos del creador del periódico en la política profesional hasta el fin de la última dictadura militar (1976-1983). Incluye además un atractivo aunque breve epílogo que recorre la ajetreada transformación de la relación entre el devenido Grupo Clarín y los gobiernos kirchneristas.

En un trabajo que demandó seis años de investigación, Sivak reúne un frondoso número de fuentes primarias. Entre ellas, se destacan documentos y escritos inéditos del archivo personal de Roberto Noble, una serie de cables secretos de la embajada de los Estados Unidos en la Argentina, documentación de la causa judicial sobre la venta de Papel Prensa y ciento cincuenta entrevistas a decenas de personas que establecieron distintos tipos de vínculos con el periódico en diferentes momentos de su historia. Además, fueron analizados todos los ejemplares del diario, desde el 28 de agosto de 1945 en adelante.

De ágil lectura y con un atractivo estilo, las dos partes y el aludido epílogo que componen el libro están organizados cronológicamente en diez capítulos, en los cuales la historia de *Clarín* se desarrolla articulada con la historia política nacional. En ese

proceso, se destacan varias dimensiones transversales de análisis que el autor rastrea en cada etapa. Las relaciones entre la conducción de la empresa y los distintos gobiernos, la organización interna del diario y sus contenidos, las trayectorias biográficas de los personajes involucrados y la cuestión del papel son algunos de los ejes fundamentales.

La primera parte (1902-1969) está centrada en la figura de Roberto Noble: sus antecedentes familiares, su formación universitaria y su carrera política. En ese marco, surgió la idea de crear un diario que le sirviera de “catapulta” para “sentarse a la mesa de los que definen el destino del país” (p. 25). Durante los veinticinco años que transcurrieron entre el lanzamiento del periódico y la muerte de Noble, la identidad de su “hijo macho”, como llamaba a *Clarín*, estuvo fuertemente vinculada a la suya.

El diario salió a la calle por primera vez el 28 de agosto de 1945. Sivak pone en cuestión el “mito fundacional” construido alrededor de las fuentes de financiamiento. Según la versión difundida por Noble, los fondos provinieron de la venta de su estancia. Sin embargo, el autor comprueba dos datos que lo desmienten: la transacción fue cerrada después del lanzamiento de *Clarín* y la suma necesaria para montar un periódico de esas características era mucho mayor a la declarada públicamente. Ciertamente, Noble recibió dinero de un grupo de empresarios y gran parte del papel le fue provista por el periódico nacionalista *Cabildo*.

Las relaciones del flamante matutino con el primer

peronismo son objeto de especial consideración. Sivak asegura que *Clarín* fue el primer diario identificado con el antiperonismo en reconocer el triunfo de Perón. Luego, se esforzó por encontrar puntos de acuerdo con el gobierno nacional y defendió cada una de sus medidas. Obtuvo grandes beneficios en la provisión de papel, créditos bancarios y publicidad gracias a Raúl Apold, a cargo de la prensa y la comunicación oficiales.

Como una especie de marca de nacimiento, los primeros pasos de *Clarín* estuvieron signados por la escasez de recursos y la necesidad de ayuda estatal para sobrevivir. Sin embargo, el crecimiento del diario no se explica solo por ello sino también, según surge del planteo de Sivak, a partir de la astucia de Noble para comprender rápidamente el mundo de la prensa y visualizar las oportunidades comerciales de crecimiento. Luego de la expropiación del periódico *La Prensa* en 1951, por entonces líder en ventas y publicidad de América Latina, Noble supo quedarse con “el oro de los clasificados” (p. 88). La entrada diaria de dinero en efectivo, la multiplicación de anunciantes que no exigieran influir en la línea editorial y la posibilidad de desplegar una cobertura nacional le reportarían enormes utilidades durante años. Del mismo modo, sus políticas diferenciadas hacia los gremios de canillitas y gráficos le aseguraron beneficiosas condiciones de distribución.

La rápida adaptación al golpe de Estado de 1955 y su apoyo a la autodenominada “Revolución Libertadora” (1955-1958)

hicieron que en las páginas del diario se operara un rápido pasaje, sin transiciones, de defender al gobierno a llamar “dictador” y “tirano” al ex presidente. Mediante los datos de tirada y ventas, el autor constata que este abrupto cambio en la mirada sobre el peronismo no impactó negativamente en el número de lectores. A diferencia de los seguidores del conservador *La Nación* o del socialista *La Vanguardia*, los de *Clarín* no parecían estar esperando una línea editorial definida.

Noble se sintió especialmente interpelado por el programa económico del gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962). Al igual que con las gestiones anteriores, el diario se benefició con enormes ayudas estatales. Sin embargo, se cuidó de no quedar emparentado con la política partidaria para no perder la imagen de independencia que tanto le redituaba con el público de la creciente clase media. En contraste con lo que sucedió en el '55, respaldó al gobierno de Frondizi hasta el último día, aunque se acercó a Guido una vez que este se sentó en el sillón de Rivadavia (1962-1963).

La primigenia idea del diario como catapulta a la presidencia fue reformulada por Noble luego del derrocamiento de Frondizi: “Ya no puedo ser presidente, puedo hacer presidentes” (p. 161). Le dedicó un considerable espacio de su diario a la difusión de las ideas y los actos del flamante Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). En efecto, la figura de Rogelio Frigerio adquirió cada vez mayor relevancia en la línea editorial.

Además, durante la década del '60 el diario incorporó a un heterogéneo grupo de periodistas denominados frondifrigeristas en las secciones Política y Economía. Oscar Camilión, uno de sus cuadros políticos más brillantes, asumió como secretario general de redacción.

La muerte de Noble, en 1969, abrió una nueva etapa en la historia de *Clarín*, que Sivak desarrolla en la segunda parte del libro (1969-1982). Al hacerse cargo de la dirección del diario, la viuda Ernestina Herrera de Noble se encontró con graves problemas financieros y una difícil batalla judicial por la sucesión de su marido. Para enfrentarlos, debió superar primero una contienda entre los dos polos en disputa por la conducción de la empresa: el grupo liderado por el gerente general Héctor Cabezas, viejo funcionario de Noble, y los desarrollistas dirigidos por Frigerio y representados por Camilión. Su inclinación por los últimos condujo al éxodo de la vieja guardia, que “desnobilizó” a *Clarín*.

El frigerismo aportó los cuadros para sanear las cuentas y resolver el proceso de sucesión de Noble: el contador Héctor Magnetto, acompañado por sus colegas José Aranda y Lucio Pagliaro, lideró la reestructuración de la compañía entre 1971 y 1972. El abogado Bernardo Sofovich, por su parte, fue el responsable del proceso de negociación con Guadalupe Zapata Timberlake, madre de “Lupita” Noble, quien por entonces tenía 14 años. Así, para diciembre de 1972 “la dirección editorial, política, legal y contable de *Clarín* había

quedado bajo la égida de Frigerio. Pretendía gobernar el país, pero mientras tanto gobernaba *Clarín*”, aunque ello no fuera perceptible para el gran público (p. 211).

El enfrentamiento político y personal entre Frigerio y José Gelbard –líder de la Confederación General Económica (CGE) y ministro de Hacienda de Perón– es señalado como un factor central para *Clarín* durante el tercer peronismo. Frigerio descargó furiosas críticas en las páginas de *Clarín* y Gelbard vio en el diario un antagonista. Sivak detalla el controvertido proceso por el cual el negocio del papel, que en 1971 había sido otorgado a la firma Papel Prensa, con quien *Clarín* tenía buenas relaciones, le fue adjudicado a David Graiver, empresario de confianza de Gelbard y ligado a la agrupación política Montoneros.

La muerte de Perón, el 1 de julio de 1974, atemperó el conflicto, que acabó de cerrarse con la renuncia de Gelbard. El saldo del enfrentamiento fue, según Sivak, la última transformación interna que se registró durante el período estudiado: los frigeristas orgánicos fueron reemplazados por periodistas “profesionales”, mientras que el grupo de la sección Política ligado a la izquierda del peronismo, resabio del acercamiento entre Frigerio y Perón durante el exilio de este último, abandonó el diario. Llegó en su lugar Juan Garasino, cercano a Jorge Rafael Videla. Ya durante los meses previos a marzo de 1976, *Clarín* había endurecido su posición editorial hacia la guerrilla y hacia el gobierno,

alentando la posibilidad de un golpe de Estado.

El autor desarrolla con precisión el proceso por el cual la sociedad anónima Papel, conformada por *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*, obtuvo y gestionó la fábrica de papel durante la dictadura militar. Al mismo tiempo, da cuenta de las estrategias políticas, económicas y editoriales de las cuales se valió *Clarín* para generar oportunidades de crecimiento: se balanceó entre “duros” y “blandos” del régimen, trabó una alianza comercial con *La Nación*, adquirió ventajosos créditos y criticó al Grupo Graiver, procurando bajar el precio de venta de Papel Prensa.

Luego de un breve período de entusiasmo, el frigerismo criticó el plan económico de José Alfredo Martínez de Hoz, tanto en sus documentos internos como desde las páginas de *Clarín*. En cambio, asumió una defensa política del gobierno de facto e ignoró los crímenes de lesa humanidad. Según el autor, la compra de Papel Prensa, en 1977, profundizó la aprobación política a la vez que proveyó oportunidades de desarrollo económico para la empresa.

Durante la gestión del periodista de oficio Marcos Cytrinblum a cargo de la Secretaría General de Redacción, *Clarín* experimentó un significativo crecimiento, en un contexto en el cual la mayor parte de los diarios y revistas sufría una caída en las ventas. La sección deportiva, ya convertida en una de las estrellas del diario, fue amplificada y fortalecida por iniciativa suya. En efecto, *Clarín* duplicó sus ventas

durante el Mundial de Fútbol organizado por la Argentina en 1978, e implementó novedosas estrategias publicitarias.

Los últimos tres años de la dictadura marcan el deterioro de la relación entre Ernestina Herrera de Noble y el frigerismo. La ruptura definitiva se consumó en enero de 1982. Para seguir adelante, Ernestina se apoyó centralmente en Magonetto. Portador de un bajo perfil, con el tiempo se convertiría en el brazo operativo de la gestión al frente de la dirección del diario y “retomaría uno de los rasgos salientes del *Clarín* de Noble: su condición de diario no ideológico y fluctuante” (p. 372).

Escrito al calor de los hechos mencionados al inicio, el epílogo del libro se ofrece como un jugoso análisis de la metamorfosis de las relaciones entre *Clarín* y los gobiernos kirchneristas. Estas

desembocaron en un duro enfrentamiento que se ha extendido por casi seis años y que arrojó como saldo pérdidas de distinto tenor para ambos contendientes. A pesar de las limitaciones que puedan presentarse a la hora de ensayar interpretaciones sobre un proceso aún en pleno desarrollo, Sivak hace un esfuerzo por tomar distancia de las versiones construidas a uno y otro lado del campo de batalla. El caso de Papel Prensa, por ejemplo, señala aspectos no considerados ni en el informe presentado en 2010 por el gobierno nacional ni en las réplicas públicas del Grupo Clarín.

Clarín, el gran diario argentino no es solo un libro sobre la historia de un medio de prensa. En sus páginas, la historia política nacional y la del periódico se entrelazan de tal modo que una no podría entenderse sin la otra. Es

también un libro de personajes: las trayectorias biográficas de cada actor involucrado cumplen un rol fundamental en el relato. A la vez, las relaciones de poder que se tejen entre empresarios, representantes del Estado, políticos civiles y militares, sumadas a una gran habilidad comercial y a la astucia para interpretar los humores sociales, explican el crecimiento de un medio que había nacido débil. En una época en la que *Clarín* y su historia forman parte del menú de temas de discusión pública, la obra de Sivak se ofrece como una referencia fundamental que, sin duda, contribuirá a enriquecer el bagaje de conocimientos tanto para el público especializado como para el lego con vocación de análisis.

Nadia Koziner
UNQ / CONICET

Anna Popovitch,

In the Shadow of Althusser: Culture and Politics in Late Twentieth-Century Argentina,
Ann Arbor, UMI Dissertation Publishing, 2011, 238 páginas.

Que la primera reconstrucción sistemática de la recepción argentina de Louis Althusser provenga del trabajo de un investigador extranjero no resulta un hecho totalmente llamativo. La tragedia personal de Althusser, la deconstrucción de la tradición marxista-leninista y la abjuración de muchos intelectuales argentinos de su pasado militante bloquearon durante mucho tiempo la indagación acerca de la forma a través de la cual la lectura y la apropiación de Althusser contribuyó a configurar modos específicos de intervención político-intelectual en la Argentina de las últimas décadas. En este sentido, la publicación del libro de Anna Popovitch –una versión de su tesis doctoral defendida en la Universidad de Cornell– constituye un destacado acontecimiento editorial que permite una primera aproximación a los itinerarios del althusserianismo en la historia intelectual argentina. A través de una perspectiva que integra elementos de los estudios latinoamericanos, la historia del marxismo y los estudios de recepción, Popovitch analiza el lugar ocupado por Althusser en la teorización de los vínculos entre política y cultura por parte de la nueva izquierda en las décadas de 1960 y 1970 y en la transformación postestructuralista de la crítica

cultural en las décadas de 1980 y 1990. La autora demuestra que la lectura de Althusser le permitió a la nueva izquierda argentina visitar la tradición teórica del marxismo clásico y redefinir la relación entre cultura, ideología y política de manera heterodoxa. Destaca, asimismo, la importancia del diálogo crítico con el legado althusseriano en el trabajo desarrollado por los intelectuales argentinos en pos de una revisión de sus anteriores compromisos intelectuales y un acercamiento a la crítica socio-cultural.

El libro está estructurado en cuatro capítulos. El primero reconstruye el “momento althusseriano” en Europa. El segundo presenta de manera panorámica el problema de los vínculos entre política y cultura en la Argentina posperonista. El tercero analiza la recepción de Althusser en la revista *Los Libros*. Y el cuarto problematiza el lugar de Althusser en la teoría cultural argentina a partir de la década de 1980. Apoyado en una lectura atenta de las fuentes seleccionadas y apuntalado por un abordaje crítico de la bibliografía sobre la historia argentina reciente, el trabajo de Popovitch logra una aproximación tan original como sugerente al tema estudiado.

Cabría contextualizar el trabajo de Popovitch en el marco de una serie de esfuerzos interpretativos que han elegido el camino del posicionamiento

sobre la tradición althusseriana a través de una mirada desprejuiciada y una pretensión explicativa. Como bien sugiere la autora, la transformación del althusserianismo en un objeto político-intelectual legítimo para la indagación historiográfica requiere una tarea de reversión de las operaciones de demonización impuestas al nombre de Althusser desde la década de 1960 hasta el presente. En primer lugar, de las realizaciones a su obra impregnadas desde el seno de la tradición marxista. Frente a estas, entre las que pueden mencionarse las de E. P. Thompson, André Glucksmann y Jacques Rancière, cabe un trabajo de historización que permita tornar dichos textos en fuentes que contribuyan al enriquecimiento del estudio de la tradición althusseriana. En segundo término, de la estigmatización del marxismo althusseriano resultante de la combinación del asesinato de su esposa, el confinamiento de sus últimos años y la crisis del marxismo. De cara a esta operación, que buscó de manera tramposa ejemplificar el agotamiento de la experiencia marxista contemporánea con la tragedia personal de uno de sus referentes teóricos, no cabe otra opción que la valoración del trabajo historiográfico. Y es aquí donde se evidencia uno de los mayores méritos del libro reseñado. El trabajo de

Popovitch está guiado por el presupuesto de que si bien la intervención althusseriana es un “hecho del pasado”, la indagación historiográfica acerca de la productividad teórica e intelectual de dicha intervención constituye una tarea tan legítima como necesaria. De esta manera, la reconstrucción realizada por la autora se desenvuelve a través de un esquema que contempla la caracterización del althusserianismo como una tradición político-intelectual situada –condicionada por el xx Congreso del pcus, la ruptura sino-soviética, las invasiones a Hungría y Checoslovaquia y la ortodoxia del comunismo francés– y el impacto de dicha tradición entre los intelectuales latinoamericanos –apropiación de los conceptos de Aparatos Ideológicos del Estado, autonomía relativa, sobredeterminación y anti-humanismo teórico–.

El núcleo analítico del libro, la recepción de Althusser entre los intelectuales argentinos, está precedido por una presentación panorámica del desarrollo del althusserianismo en Europa y de las condiciones políticas y culturales de la Argentina de las décadas de 1960 y 1970. Sobre el primer repaso, cabe destacar el trabajo de remisión de los elementos teóricos configuradores del althusserianismo a la trayectoria del marxismo francés y europeo. De esta manera, Popovitch logra una presentación equilibrada de las dimensiones teóricas de la tradición althusseriana –la distinción ciencia/ideología, la ruptura epistemológica– y de las características del campo

marxista en el cual aquellas cobran sentido –la matriz humanista del marxismo postestalinista, el pacifismo del Partido Comunista Francés–. Asimismo, dicho repaso cobra relevancia al priorizar aquellos aspectos del althusserianismo más significativos a los fines de calibrar la recepción de Althusser en la Argentina: la crítica del humanismo y del historicismo gramsciano, la politicidad del marxismo althusseriano, la prolongación de la obra althusseriana en la teorización de las clases y las subjetividades políticas en el trabajo de Nicos Poulantzas, el impacto del paradigma althusseriano en los estudios culturales y la revitalización althusseriana de la discusión acerca de los vínculos entre marxismo y estética. El panorama de la Argentina posperonista no guarda, para el lector argentino, mayor interés. Si bien correcto y detallado, el repaso de la singularidad de la cultura política argentina de los años sesenta y setenta da cuenta de una serie de fenómenos suficientemente estudiados: la persistencia de la identidad peronista de la clase obrera, el impacto de la Revolución Cubana, la descomposición de los partidos de izquierda tradicionales, la conformación de una nueva izquierda, el funcionamiento de grupos de estudios por fuera de la Universidad. Lo que sí cabe destacar, al respecto, es lo atinado de dicha contextualización a los fines de delimitar los condicionamientos políticos, sociales y culturales que terminan otorgándole, en parte, singularidad a los itinerarios de Althusser en nuestro país.

El mayor aporte del libro lo constituye, sin lugar a dudas, el análisis del lugar del althusserianismo en lo que la autora denomina las dos grandes constelaciones cognitivas de la historia intelectual argentina de las últimas décadas. En primer lugar, aquella configurada por la radicalización política, la modernización cultural y las dictaduras militares, la que propició en las décadas de 1960 y 1970 una corriente de crítica socio-cultural vinculada a ideologías de izquierda. Como expresión privilegiada de dicha constelación, la autora analiza la experiencia de la revista *Los Libros* con el objetivo de delimitar los efectos de la lectura de Althusser entre los intelectuales de la nueva izquierda argentina. En esta dirección, la reconstrucción del proceso de recepción da cuenta, por ejemplo, de la eficacia política de la caracterización de los sindicatos peronistas como Aparato Ideológico del Estado. Popovitch demuestra que la utilización de la teoría althusseriana de la ideología por parte de los intelectuales maoístas tenía un sentido claramente performativo en tanto reforzaba la afinidad política con las experiencias del sindicalismo clasista. Asimismo, la autora analiza el rol del althusserianismo en el proceso de modernización de la crítica literaria. Evidencia, al respecto, que la asunción de posiciones althusserianas redundó en una rearticulación de los vínculos entre crítica y política en un sentido opuesto a las fórmulas canónicas de la estética marxista. A través del repaso de las lecturas de la literatura argentina realizadas

por los miembros de la revista, Popovitch da cuenta de los efectos de Althusser en la impugnación de las concepciones humanistas de la literatura, en la deslegitimación de aproximaciones centradas en el autor y en la apertura hacia el análisis de los diversos factores implicados en el proceso de producción literaria.

La otra constelación de ideas sobre la que se detiene el análisis de la autora es aquella estructurada en base a las reformas neoliberales, el colapso del socialismo real, la consolidación de los nuevos movimientos sociales y la expansión de las industrias culturales transnacionales. En este caso, el libro da cuenta de la importancia del ajuste de cuentas teórico con las antiguas posiciones althusserianas en la configuración de un nuevo tipo de tradición intelectual. A través de un repaso de jalones significativos de la constitución de la teoría cultural de las décadas de 1980 y 1990, como *Hegemonía y estrategia socialista*, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Perón o muerte*, de Silvia Sigal y Eliseo Verón y los textos de análisis cultural de Beatriz Sarlo, Popovitch analiza la forma en la cual la configuración de una crítica socio-cultural se realiza sobre la deconstrucción de

elementos teóricos legados por la tradición althusseriana. Así, pone de manifiesto los vínculos entre el abandono de la metáfora base/superestructura y la determinación en última instancia de la economía, con el proceso de rearticulación de las relaciones entre política, cultura e ideología que le dará los rasgos distintivos a la intervención intelectual de las décadas de 1980 y 1990. Al respecto, más allá de las características particulares de cada una de las fuentes analizadas, la autora advierte que los nuevos esquemas interpretativos puestos en juego en la escena intelectual de la posdictadura están contruidos en oposición a las bases teóricas del althusserianismo. Entre estos, Popovitch se focaliza en el presupuesto de la no determinación del proceso ideológico y en la prioridad otorgada a la dimensión simbólica de las prácticas culturales. De este modo queda cerrado el círculo de los itinerarios de Althusser en la Argentina: si en las décadas de 1960 y 1970 permitió la asunción de un posicionamiento marxista opuesto a la ortodoxia comunista, la modernización teórica de las décadas de 1980 y 1990 conllevó un relevo del marxismo althusseriano por un corpus teórico en el cual se

conjugaron el marxismo gramsciano, la semiología, la filosofía del lenguaje, el psicoanálisis, la fenomenología y la deconstrucción.

En suma, podría afirmarse que el original trabajo de Popovitch guarda un doble interés para el lector argentino y latinoamericano. Por un lado, porque atiende un proceso de la historia intelectual argentina significativamente poco indagado, aquel de la recepción del marxismo althusseriano por parte de los intelectuales de nuestro país. El hecho de que dicha indagación se realice a través de un trabajo riguroso que logra dar cuenta de la especificidad del fenómeno receptivo estudiado le otorga al libro un valor suplementario. Por otro lado, si bien representativas de los itinerarios de Althusser en la Argentina, las experiencias analizadas en el libro no agotan todas las instancias en las cuales el marxismo althusseriano fue difundido en la cultura política argentina. En este sentido, el libro de Popovitch puede servir como punto de partida de indagaciones futuras sobre el tema.

Marcelo Starcenbaum
IDIHCS-UNLP / CONICET

Sebastián Carassai,

Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia,

Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, 336 páginas

Lo primero que debo decir es que estamos ante un texto netamente académico. Es verdad que el autor lleva a cabo una aproximación bastante heterodoxa al tema que lo ocupa, combinando disciplinas humanas diversas e innovando, así, en relación a gran parte de los trabajos preexistentes sobre el tema. Pero esta heterodoxia tiene lugar sobre una base académica muy sólida y rigurosa. De cuyas pautas el texto no escapa; al contrario, está lo más lejos posible del ensayo. El autor, por ejemplo, no trata la masa enorme de materiales de investigación con los que trabaja (sus entrevistas, textos de diarios, de revistas, programas de TV, etc.) como una base que, una vez procesada, puede ser colocada en un segundo plano, parcialmente invisible, y a la que los lectores podrían acceder si lo desean pero que no necesitarían para la comprensión del texto. Muy por el contrario, es casi el material en bruto lo que es puesto en contacto con el lector, que desde ese momento acompañará al autor en la elaboración y en la reflexión a partir del mismo o, mejor dicho, a partir de las preguntas que el autor se formula. Esta impronta fuertemente académica (pero no academicista) de *Los años setenta de la gente común* tal vez se deba a que, en su primera versión, el presente libro fue una tesis doctoral; despojar a

una tesis doctoral rigurosa de su naturaleza es prácticamente imposible. Como sea, cabe sospechar que el libro encontrará lectores principalísimamente en el propio campo académico (y que ha de ser muy útil a actuales y futuros doctorandos e investigadores). Esto no es ni bueno ni malo, y cabe sospechar que el autor, si no se lo propuso, tampoco encontró reparos. Recoger lectores apenas en el reducido círculo académico deja a las puertas del libro, podríamos decir, al contingente más amplio de intelectuales, ensayistas, periodistas, etc. que habitualmente consumen obras de investigación y a su modo las procesan y difunden. En las presentes circunstancias –un intenso, aunque minoritario todavía, debate sobre los setenta y sobre los modos en que aquella década ha sido memorizada– es muy deseable que el libro pueda transponer ese límite (aclaro al lector que desconozco cuánto y cómo le interesa el presente debate al autor del libro).

Las clases medias no apoyaron a la guerrilla (la impugnaron sobre todo moralmente), y menos aun al peronismo, pero sí se plegaron a la noción de que la Argentina precisaba soluciones radicales en los medios tanto como en los fines, y sí estuvieron fascinadas por la violencia, sí fueron elaboradoras y transmisoras de esa relación que en los setenta

se estableció entre política y violencia. Esta relación ambigua que comienza a prepararse en 1955, entre las clases medias y el peronismo, y más ambigua aun, con la violencia, es abordada con gran calidad por Carassai, que resalta cómo abarcó distintas posiciones del espectro ideológico, aun de centro y de derecha, y en qué consistió. La precisión con la que el autor logra establecer las distinciones necesarias se sostiene no sólomente en su análisis, digamos, previo al trabajo con los materiales seleccionados, sino en este mismo trabajo, en el que las entrevistas en profundidad a miembros de la clase media que eran adultos en aquel entonces pero no militaron ni mucho menos participaron de la guerrilla, complementadas con materiales de diverso tipo (entre ellos, una excelente inspección de la telenovela *Rolando Rivas, taxista*), le permiten dar nitidez a las percepciones, valoraciones, ambigüedades y contradicciones presentes en la clase media en relación a sí misma, a la guerrilla, a la violencia contestataria, al triunfo del peronismo, a su debacle y al terror de Estado (entre paréntesis, entre quienes no militaron ni participaron de la guerrilla se cuentan dirigentes medios de los partidos políticos “tradicionales”; tal vez hubiera sido útil incorporarlos a la muestra). Todo el análisis,

abundante en puntualizaciones originales, permite sostener a Carassai que “cuando dieron el golpe, los militares contaban ya con un hecho social fundamental, sin el cual falla cualquier comprensión acerca de la actitud de la sociedad civil... la violencia, como amenaza y como hecho, formaba ya parte estructural de la percepción de la realidad política argentina”. El autor dedica largas e interesantes páginas a poner de manifiesto la medida en que esta penetración estructural de la violencia calaba hondamente en los grupos sociales medios, no se limitaba apenas a una aprobación digamos funcional, sino que alcanzaba un entrelazamiento profundo con el inconsciente de las personas, una “mixtura entre costumbre y deseo” y un esparcimiento en la vida cotidiana por doquier.

Esto no es irrelevante en relación con el debate actual. La fascinación con la violencia, las pulsiones de muerte a flor de piel, son cuestiones olímpicamente desconocidas por quienes en este debate desnaturalizan colocando en el plano de lo funcional aquello que en aquel entonces estaba naturalizado y erotizado (no es casual que una de las figuras sobresalientes de la época haya sido Rodolfo Galimberti, el guerrillero fetichizador de las armas por excelencia, ni que la militarización de la política alcanzara niveles tan extremos). Las clases medias, que no respaldaban la violencia y sin embargo estaban fascinadas por ella, la consagraban como violencia naturalizada, una forma de actuar normal, es decir dentro de lo que era aceptable, un medio al que cada

actor le daba un uso conveniente, y al mismo tiempo un fin en sí mismo, intensamente atractivo más allá de esta instrumentalidad.

Pero –se pone de manifiesto en el libro– se cruza en nuestra trágica historia de los setenta una dimensión generacional. Las clases medias de sensibilidad antiperonista (todas, prácticamente), sensibilidades de librepensadores, celosas de su autonomía, etc., no se plegaron a la ola de peronización que inundó el campo social, y sí se dejaron seducir por los significantes, como ya vimos, discursivos tanto como materiales, de la violencia (y tampoco se izquierdizaron). Participan del clima de radicalización (a bordo de diversos vocabularios-vehículos, desde “cambio estructural” a “revolución”), pero no respaldan la emergencia de la guerrilla, de la que se sentirán siempre ajenas. En estas puntualizaciones encontramos uno de los muchos esfuerzos bien logrados de Carassai por derribar lugares comunes. Las clases medias no respaldan la guerrilla; no obstante, sectores intensamente convocados por la radicalización, la violencia, el peronismo y la guerrilla, sí lo hacen. Son sectores muy minoritarios dentro de las clases medias, pero de importancia decisiva: una parte de sus juventudes. Nos dice Carassai: “La cuestión generacional es clave para comprender este período. El grueso de la actividad política juvenil tenía su epicentro en las universidades, y sólo una minoría de la juventud tenía acceso a ellas... La simpatía por la izquierda decaía en forma

notable conforme se ascendía en la edad de la población... [...] La juventud radicalizada era sin duda numerosa hacia 1973, y ello quedó de manifiesto en la multitud que marchó a Ezeiza a recibir a Perón... Sin embargo, como escribió un analista ese mismo año, los jóvenes peronistas ‘se ven más que los jóvenes no-peronistas, pero ello no indica que sean realmente más’”.

Eso valía también, siempre según Carassai, para los jóvenes militantemente radicalizados, una minoría política dentro de una minoría social, los jóvenes universitarios. Una minoría de preferencias intensas, podemos decir, y con una gama de recursos de acción sumamente efectiva. Capaz, a veces, de arrastrar a la política radical a sus padres, pero no a la generación de sus padres en conjunto.

Aunque no es consustancial a los propósitos principales de su investigación, el autor aborda, en un fino análisis, la relación histórica entre el peronismo y las clases medias (en sus diferentes etapas). En verdad, extrae de este análisis un concepto muy bien elaborado, el de una “sensibilidad antiperonista” de estas clases, cuyos miembros se conciben a sí mismos como librepensadores. Este concepto será pronto utilizado en el cuerpo principal del libro, donde lo conectará con sus propios materiales (las numerosas entrevistas a integrantes de la clase media que no militaron en los setenta, y numerosos materiales gráficos y televisivos) de la época. Pero no sin antes retomar el nivel de análisis histórico-discursivo

para dar cuenta de distintas fases del proceso histórico que le permitirán completar un telón de fondo apropiado a su tarea de investigación. Es el caso, por ejemplo, de la dictadura militar 1976-1983, que habría sido un Leviatán para las clases medias, seducidas por una nueva vuelta de tuerca de la violencia, en oposición al “estado de naturaleza” imperante en 1975: “un sector de la sociedad civil se aferró a la creencia de que el Estado había regresado” (dígase de paso, proponiendo una interpretación enteramente original de sintagmas trillados hasta el cansancio, como “algo habrá hecho” y “por algo será”). Si tomamos en cuenta dos elementos enfatizados por el autor, en efecto, por un lado la naturalización de la violencia y por otro el terror al estado de naturaleza, se puede entender el Leviatán de 1976, un orden que introyecta la violencia naturalizada, un orden esencialmente violento.

¿Se puede conjeturar que el autor ha hecho un empleo sesgado de los materiales a los que accedió o produjo? Digamos, la elección de trabajar con los “artefectos” en los que la violencia está presente o puede leerse, ya que puede haber otros mil en los que no lo está (entre los “artefectos” publicitarios, por ejemplo). Creo que no es el caso. Primero, el autor no preseleccionó a los entrevistados; segundo, aunque sea cierto que los “artefectos” tomados de los medios sean numéricamente minoritarios, lo importante es que hay un salto cuantitativo en relación con la década anterior y con la posterior, y cualitativo en

relación a la expresividad del material considerado (Tato Bores, por ejemplo, no era un humorista cualquiera). Y tercero y principal, en estos casos, *la excepción es la regla*. Son los casos que rompen con la serie los que nos están hablando de lo nuevo de entonces, los que son capaces de significar al conjunto. Ante estos casos, el “silencio” de los restantes es expresivo.

Así, con respecto a sus materiales el autor lleva a cabo varios análisis magistrales en los que consigue explotarlos al máximo, hacerles decir todo –al menos esa es la impresión– lo que es posible (el análisis de la publicidad y las armas en el apartado “La violencia como fantasía” es un buen ejemplo). No obstante, hay tal vez algunos vacíos. Tomemos el caso del conspicuo Landrú, un humorista sumamente apreciado entre las clases medias; de él hay muy poco entre los materiales considerados (registro dos menciones). ¿Su ausencia se debe a que su obra carece de los signos que Carassai atribuye a las clases medias en la década de los setenta? Si así fuera, se trataría de una ausencia relevante, debido, como es obvio, a la proyección del humorista. Y esa posible ausencia de los signos de los setenta en Landrú podría ser expresiva de la heterogeneidad de las clases medias: la presencia en ellas de vastos sectores que no habrían sucumbido a la seducción de la violencia.

En suma, se trata de una obra exhaustiva en la que, con el telón de fondo histórico indispensable, se aborda la relación entre la “gente común” (de clase media) y la violencia. No es un valor menor del libro

que el autor haya conseguido apartarse de toda propensión normativa (lo que las clases medias deberían ser). Quizá su mayor aporte, no obstante, sea presentar una elaborada articulación entre una clase social (central en la producción de bienes culturales y políticos), una década (en la que vertiginosamente el núcleo de acción se desplaza desde la movilización popular al despotismo militar) y la violencia. Echar luz sobre la ambigüedad y la continuidad de los vínculos entre aquella y esta última es, a mi juicio, importante a su vez para comprender las ulteriores etapas de nuestra historia (y quizá hasta episodios como la Guerra de las Malvinas, no mencionada por el autor).

¿Cómo puede penetrar este libro en los actuales debates? Creo que desde muchos ángulos. En relación a quienes tomaron las armas entonces para ser considerados por no pocos como héroes ahora, tal vez la comprensión de la índole casi sacrificial del abrazo a la violencia en jóvenes que declaraban hacer la revolución les permita rehumanizarlos. En relación a la larga relación de las clases medias con la violencia, es posible que su contribución generacional con la violencia guerrillera y luego su contribución a la legitimación del despotismo militar represivo (en tan pocos años), pueda permitir una mirada más crítica que al mismo tiempo no incurra en las consabidas execraciones ideológicas.

Vicente Palermo
IIGG-UBA / CONICET

David Sheinin,
Consent of the Damned. Ordinary Argentinians in the Dirty War,
Gainesville, University Press of Florida, 2012, 217 páginas

¿Cuán impopular fue la última dictadura militar (1976-1983) en la Argentina? *Consent of the Damned. Ordinary Argentinians in the Dirty War*, de David Sheinin, plantea esta pregunta y explora un sendero infrecuentemente transitado para responderla. El camino elegido es el de la emergencia, el desarrollo y la reconfiguración de un discurso sobre los derechos humanos en la Argentina. En el trayecto se analizan temas originales en función del objetivo propuesto, que van desde el rol de los media y de algunas *celebrities* en la cultura masiva, a la “hermenéutica” del marco legal vigente que realizó *el Proceso*, desde el papel de la cuestión indígena en el diseño de un discurso militar en torno a los derechos humanos, hasta la relación del régimen con el mundo judío, desde los cambios más obvios que introdujo la recuperación democrática, hasta las menos evidentes continuidades que, fundamentalmente en el plano de las relaciones exteriores, existieron entre *el Proceso* y en el gobierno de Alfonsín (1983-1989).

Sheinin distingue tres etapas. Una primera, al comenzar el gobierno militar, en la que jugó un rol protagónico la campaña liderada por Amnesty International contra la dictadura que, sin embargo, no alcanzó a moldear la visión de la

sociedad argentina sobre la violación a los derechos humanos –concepto, este último, sin importancia y casi ausente hasta entonces en la opinión pública–. Un sector de la sociedad, de hecho, vio en el golpe militar de 1976 un mal necesario, cuando no, afirma el autor, una salvación. La segunda etapa hace foco en la construcción de la narrativa sobre los derechos humanos que fue delineando el propio gobierno militar, apelando directa e indirectamente a un público que coincidía con muchos de sus objetivos. La versión militar de los derechos humanos, sostiene Sheinin, encontró eco no solo en la propia sociedad sino en muchos países que mejoraron sus relaciones exteriores con la Argentina durante la última dictadura. La tercera etapa, hacia el final de 1983 y el comienzo de 1984, está vinculada con la transición a la democracia y las políticas que el gobierno de Alfonsín llevó a cabo tanto en el plano doméstico como en el internacional. Sheinin afirma que, debilitado por su mala economía, el nuevo gobierno a menudo confirmó e incluso defendió internacionalmente posiciones similares a las que habían mantenido los militares.

Aunque la narrativa de Sheinin no profundiza en los años anteriores al golpe de Estado de 1976, cruciales para mejor responder la pregunta del

comienzo, su libro identifica con precisión las promesas militares de modernización, creación de riqueza y supresión de la izquierda violenta a las que una parte significativa de la población prestó adhesión. En particular la clase media, sostiene Sheinin, comulgó con la imagen de esta “nueva Argentina” en la que la inestabilidad política y el atraso económico pronto serían cosas del pasado. Aunque probablemente cierta, algunas de las evidencias presentadas para sostener esa tesis resultan poco convincentes. En particular, la identificación demasiado lineal que se establece entre los distintos íconos del deporte argentino, las clases sociales y las culturas políticas. Y esto no solo porque los deportistas locales que brillaban internacionalmente despertaron pareja admiración en todas las clases sociales sino también porque la política, en democracia y en dictadura, los utilizó sin importar su origen social ni los valores clasistas que supuestamente expresaran.

Carlos Reutemann, que en el libro de Sheinin aparece interpellando exclusivamente a la clase media y en comunión con las autoridades militares y sus propósitos propagandísticos, fue celebrado y promocionado por el gobierno peronista que antecedió a la dictadura. En enero de 1974, por ejemplo, cuando al corredor se le escapó el triunfo por falta de

combustible en el Grand Prix de Buenos Aires, el presidente Perón, que había ido a presenciar la carrera, luego de felicitarlo y consolarlo prometió toda la ayuda estatal necesaria para su campaña. Carlos Monzón, que en este libro aparece asociado a la cultura peronista y, por su origen social, al menosprecio militar, no fue precisamente una *celebrity* anti-militar ni mucho menos fue marginado de la escena pública que la dictadura construyó. Su visita junto al general Antonio Bussi a fines de 1976 a Famaillá –localidad tucumana donde funcionaba uno de los primeros centros clandestinos de detención del poder militar– con el objeto de realizar exhibiciones boxísticas para los soldados “en el frente” contra la “subversión apátrida” es un claro indicador de lo contrario. La cerrada asociación de militares con clases medias y del populismo con clases trabajadoras impide a Sheinin explorar los rasgos populistas que también tuvo la dictadura.

Más importante para el propósito del libro resulta el análisis de los discursos en torno a la jurisprudencia y a los derechos humanos que el gobierno militar promovió. La Constitución de 1853 y el cuerpo legal que a lo largo del siglo xx la Argentina forjó en torno al respeto y las garantías civiles no constituyeron un obstáculo sino una plataforma a partir de la cual la dictadura, no sin cinismo, justificó su origen. Frente a gobiernos civiles que se habían demostrado incapaces de hacer respetar los derechos allí consagrados, los militares clamaron para sí mismos, afirma Sheinin, el legado

práctico de ese cuerpo de leyes. La sola existencia de jurisprudencia en materia de derechos y libertades civiles fue utilizada por las autoridades argentinas para presentar ante el mundo la idea de una obligada herencia en materia del respeto por los mismos. A juicio de los militares, los viajes al exterior de las clases medias argentinas (2 millones de personas en 1979), los numerosos congresos, reuniones y seminarios internacionales llevados a cabo en el país (como el XII Congreso Internacional del Cáncer en 1978) o la realización de la Copa Mundial de Fútbol en 1978, probaban el respeto del régimen por esa tradición.

El discurso de la dictadura sobre derechos humanos fue todavía más allá. Afirmaba no solo que la Argentina los respetaba sino que el país había alcanzado nuevos estándares en su protección. Sheinin repasa prolijamente el discurso militar en torno a la promoción de los derechos de indígenas argentinos. Así, al tiempo que buscaba distinguirse de los gobiernos anteriores, *el Proceso* presentaba su política indígena como una “modernización” beneficiosa tanto en términos económicos como culturales. En el corto plazo, esta política, sumada a la decisión de recibir refugiados vietnamitas hacia fines de la década del setenta, otorgó sustento al discurso oficial que negaba a la Argentina la condición de Estado paria que Amnesty International y otros organismos decían que revestía. Aun reñido con las denuncias sobre violaciones de derechos humanos, ese sustento alcanzó

para que la dictadura triunfara en Naciones Unidas y en otros foros internacionales evitando la marginación.

Su triunfo fue todavía más contundente en el ámbito de las relaciones comerciales internacionales. Con pocas excepciones, sostiene Sheinin, el gobierno militar logró mejorar el vínculo comercial con el resto del mundo que ignoró o subestimó las denuncias contra el régimen. El caso más paradigmático es el de la Unión Soviética, con la que siempre primaron los intereses comerciales por sobre los principios o las ideologías, a pesar de la fijación de los militares argentinos con la amenaza del marxismo internacional. Irónicamente, señala justamente Sheinin, la Junta militar experimentó más presión por el tema de derechos humanos de sus aliados ideológicos (como los Estados Unidos) que de sus enemigos (como los estados comunistas).

El discurso militar sostenía que esos cuestionamientos internacionales eran el costo de haber triunfado en la guerra sucia contra la subversión. Sin embargo, para justificar su permanencia y la de su accionar, debió continuar agitando el fantasma de una guerrilla todavía no del todo derrotada. Entre las denuncias que caían sobre el accionar represivo constaba la de una especial inquina contra los judíos. El análisis del caso Timerman que provee Sheinin ilustra, de un lado, el modo en que la comunidad internacional asoció dictadura, violación de derechos humanos y antisemitismo, y del otro, las contradicciones que

caracterizaron muchas de las respuestas oficiales a los reclamos internacionales. Se sabe que tanto las denuncias por antisemitismo como las más amplias por violaciones a los derechos humanos declinaron con el cambio de administración en la Casa Blanca después de 1980. Lo que Sheinin suma es un sólido análisis de las coincidencias estratégicas y de los argumentos oficiales norteamericanos para justificar ese viraje.

El libro de Sheinin persigue también el propósito de relativizar el antagonismo que habitualmente se atribuye al binomio dictadura-democracia, inclusive en el terreno de los derechos humanos. Para llevarlo a cabo, sin embargo, menciona coincidencias que no siempre se explican por una continuidad ni en los principios ni en los objetivos. No es equiparable, por ejemplo, que militares y civiles hayan presentado internacionalmente sus políticas de derechos humanos invocando la Constitución de 1853 y su mandato de proteger los derechos y las libertades individuales, sencillamente porque, a diferencia del gobierno de Alfonsín, la dictadura recurría a esa tradición con el propósito de encubrir una masacre. En otras posiciones, en cambio, sí eran

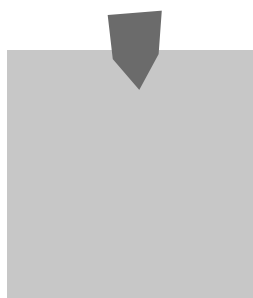
similares, como por ejemplo en la de atribuir responsabilidad a los matones del peronismo y a los grupos terroristas en la violación de derechos humanos en la primera mitad de la década del setenta. Pero ello, más que una continuidad entre ambos regímenes, indicaba que Alfonsín no había modificado la convicción que una parte importante de su partido mantenía desde bastante antes del golpe del 24 de marzo de 1976. La falta de respuesta del gobierno democrático ante los pedidos de información sobre ciudadanos desaparecidos, tanto en el plano doméstico como en el internacional, difícilmente constituya una continuidad. El gobierno militar tenía esas respuestas, el de Alfonsín mayormente carecía de ellas. Esto no implica negar que durante el gobierno radical (y también después) se violaron derechos humanos, como lo prueban la tortura y los asesinatos policiales particularmente en la provincia de Buenos Aires, bien señalados por Sheinin. Pero luego de un régimen que utilizó esos y otros procedimientos represivos a escala industrial como parte de una política estatal destinada a desaparecer miles de “enemigos”, resulta difícil que no sobresalgan más las rupturas que las continuidades. En otros planos, en cambio, como en las

relaciones bilaterales comerciales o estratégicas con países como la Unión Soviética y Canadá, los argumentos que ofrece Sheinin a favor de la tesis de la continuidad resultan más convincentes.

En síntesis, más allá de las discusiones puntuales que puedan desencadenar algunos de sus argumentos, *Consent of the Damned* colabora a una mejor comprensión de la actitud de una buena parte de la sociedad civil y de la comunidad internacional durante los años más sangrientos de la historia argentina. La exploración de una zona gris en que dictadura y democracia dejan de constituir polos de una antinomia es otro valioso intento de este libro. Sheinin concluye que, en el plano doméstico, una parte significativa de la población local siguió con sus vidas en paralelo a los reclamos de los familiares de los desaparecidos. Y en cuanto al plano internacional, que las gravísimas denuncias por violaciones a los derechos humanos, aunque dañaban la imagen del gobierno militar, no alcanzaron a complicar seriamente su continuidad.

Sebastián Carassai
UNQ / CONICET

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

La sección es organizada por Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola.

Reinhart Koselleck,
*Sentido y repetición
en la historia*,
Buenos Aires, Hydra, 2013,
171 páginas

Este pequeño volumen que ofrece la editorial Hydra incluye una selección de tres ensayos provenientes de una compilación de artículos de Reinhart Koselleck a cargo de Carsten Dutt, publicada por la editorial Suhrkamp Verlag en 2010 (cuatro años después de la muerte del gran historiador alemán). Resulta difícil exagerar la importancia de la edición en español de estos textos. Se trata de un recorte que permite adentrarse en momentos muy diferentes de su trayectoria intelectual. Desde este punto de vista, el libro ofrece un complemento interesante para quienes están familiarizados con la obra de Koselleck, y un buen punto de partida para los neófitos. El primer texto, “¿Para qué todavía investigación histórica?”, proporciona una excelente muestra del posicionamiento del autor frente al supuesto carácter innecesario de la historia como disciplina, que fuera postulado en el transcurso de los debates relacionados con el elocuente crecimiento de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo xx, y que en algunos casos llegó a afirmar la ausencia de objeto de la historia y por lo tanto su prescindibilidad. El segundo artículo, “Sobre el sentido y el sinsentido en la historia” –tal vez el más interesante desde el punto de vista del itinerario koselleckiano–, ha sido considerado por algunos de los

comentadores de su obra como su testamento intelectual. En él expresa sus sentimientos respecto a la experiencia de la guerra y del nazismo, al tiempo que ofrece una meditación acerca del sinsentido fundamental de la experiencia histórica y la relación entre su trayectoria personal y la opción por la especialización en esta disciplina. El tercer texto, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, se relaciona con un momento posterior de su pensamiento, y puede servir como una introducción o un comentario a *Estratos del tiempo*, uno de los trabajos más representativos de su producción teórica. Esta edición cuenta además con una cuidada introducción a cargo de Reinhard Mehring y un interesante epílogo del mismo autor sobre las relaciones entre Koselleck y el jurista Carl Schmitt, con quien supo mantener una estrecha relación.

Eugenia Gay

Friedrich H. Jacobi, Moses Mendelssohn, Thomas Wizenmann, Immanuel Kant, Johann W. Goethe, Johann G. Herder (Estudio preliminar, traducción, selección y notas a cargo de María Jimena Solé), *El ocaso de la ilustración. La polémica del spinozismo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2013, 600 páginas

La Universidad de Quilmes viene publicando, a través de su Colección Política, versiones cuidadas y rigurosas de textos fundamentales del pensamiento clásico. En esta ocasión se trata de los escritos de *La Polémica del spinozismo*, seleccionados, traducidos y minuciosamente anotados por María Jimena Solé. En el sorprendentemente claro Estudio preliminar, Solé restituye la trama de intercambios polémicos que, a partir de un hecho *anecdótico* –la infidencia respecto al spinozismo de Lessing– cambiaría el curso de la filosofía alemana. Y ello porque al asociar a esta figura clave del iluminismo alemán con una filosofía tenida por subversiva y atea, Jacobi daba un duro golpe a esa corriente, lo que obligaría a la respuesta de Mendelssohn, jefe de escuela de la ilustración alemana. Pero los argumentos de Jacobi calaban más hondo y a través de Spinoza denunciaban una razón absoluta y abstracta, incapaz de pensar a Dios y de fundar la libertad, frente a la cual quedaba la sola alternativa de la fe religiosa. La propuesta de reemplazo de una razón en bancarrota –y si Jacobi proponía la prioridad de la fe, el joven Wizenmann daba ese lugar a la tradición– suscitó la Intervención de los más

importantes pensadores alemanes de su tiempo. Kant, entre ellos, que respondió retomando las consideraciones ya trazadas en su primera *Crítica*, reafirmando a la vez que el reconocimiento de los límites de la razón no implicaba la necesidad de un salto a la fe. También los “panteístas de Weimar” Goethe y Herder, quienes, a diferencia del resto de los participantes de la *Polémica*, acogieron con entusiasmo un spinozismo que les proveía “el fundamento ontológico para la adoración de la naturaleza así como para la elevación del individuo”, al primero, y una filosofía de la historia capaz de unir lo natural y lo histórico, al segundo. La compilación de textos restituye los momentos clave de la *Polémica* y se cierra con la segunda edición de las *Cartas sobre la doctrina de Spinoza*, publicada en el mismo momento de la Revolución Francesa, en la que Jacobi encontraba la concreción histórica de sus advertencias respecto del carácter destructivo de la razón abstracta. Y, sin embargo, como subraya Solé al concluir el Estudio preliminar, su intervención había tenido como consecuencia convertir a Spinoza en un filósofo de primera línea que debía ser estudiado. Más acorde con los deseos de Jacobi, la *Polémica* había precipitado el fin de la Ilustración alemana pero solo para hacer posible su reformulación bajo el criticismo kantiano. Finalmente, el encuentro con el absoluto spinozista había sembrado las semillas del inconformismo de los jóvenes idealistas alemanes respecto de ese criticismo.

Ricardo Martínez Mazzola

Jean-Ives Mollier,
La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea. Ensayos de historia cultural en Francia, Buenos Aires, Ampersand, 2013, 256 páginas

La auspiciosa creación de la editorial Ampersand, destinada a ofrecer al público de lengua castellana algunos de los más importantes títulos de autores extranjeros especializados en el campo de la historia de los libros, la lectura y la cultura impresa, no es solamente un hecho a celebrar sino que viene a añadirse a otro conjunto de datos que testimonian el desarrollo en la Argentina y en América Latina de esa zona de la historia cultural tan provocativamente desplegada en otras latitudes. En el marco de esa iniciativa, si los nombres de Robert Darnton y de Roger Chartier resultan ineludibles a la hora de señalar que Francia ha sido el espacio más fecundo para esa perspectiva historiográfica, la edición en español de *La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea* permite ahora conocer mejor a Jean-Ives Mollier, otro destacado especialista del país galo de larga trayectoria en la materia. El volumen agrupa nueve artículos elaborados en los años 1990 que acometen la pluralidad de dimensiones comprometidas en un proceso que el autor no duda en llamar “revolución cultural silenciosa”: el del desfundamiento radical de las condiciones que restringían a las elites el uso de los textos impresos y el concomitante ingreso de los estratos populares a la experiencia multidiversa de la

lectura. Los ensayos del libro se presentan así como un prolongado asedio que interroga sutilmente cuestiones tales como la aparición del folletín en la prensa en 1836 y el ciclo del texto compuesto en sus partes y cosido a mano por los propios lectores, las estrategias comerciales de los editores de mediados del siglo XIX y las políticas de libros baratos, el ascenso y caída de la venta ambulante de textos, las fobias y las censuras seculares despertadas por los objetos impresos, el lugar de los manuales escolares, las enciclopedias y otros géneros en las primeras bibliotecas de los hogares populares, o el advenimiento de lo que Mollier denomina “cultura mediática” en los albores de la *Belle Époque*. En conjunto, la perspectiva del autor apunta a mostrar cómo una moderna cultura de masas en Francia no fue un producto del siglo XX, sino que perfiló sus rasgos principales ya en el último cuarto del XIX. El uso popular de los textos, que involucró a los segmentos sociales más humildes, coadyuvó así a la paulatina evaporación de las diferencias regionales, a la socialización de los individuos de todas las clases en ciertos gustos, temas y actitudes comunes, y así, finalmente, a la construcción de una idea mucho más sólida y extendida de nación en el período previo a la Primera Guerra Mundial.

Martín Bergel

María Inés de Torres,
¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario letrado del Uruguay del siglo XIX,
Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Colección “La ideología argentina y latinoamericana”, 2013, 160 páginas

La Colección “La ideología argentina y latinoamericana”, dirigida por Jorge Myers en la Universidad Nacional de Quilmes, pone al alcance del público esta obra que invita a realizar una visita original y estimulante al complejo proceso de conformación del Estado moderno en el Uruguay decimonónico. Sin dejar de considerar las transformaciones políticas y económicas implicadas en dicho proceso, María Inés de Torres propone recorrer otra de sus facetas, consistente en la construcción de un sistema simbólico capaz de conferir legitimidad al incipiente entramado institucional. Piezas centrales de tal sistema resultaron las imágenes de la nación elaboradas por los integrantes de lo que Ángel Rama denominaba *la ciudad letrada*, a través de su canal predilecto, la literatura. Consagradas a delimitar un espacio de identidad colectiva que terminaría por cumplir un papel crucial en la configuración de la base para la edificación del Estado moderno, las imágenes aludidas otorgaron plena significación a esa *comunidad imaginada* a partir de la caracterización de la misma como una gran familia. De ahí que involucraran

representaciones sobre lo masculino y lo femenino, en general, y sus respectivos roles en los ámbitos privado y público, en particular. Así, a lo largo del libro la autora convoca a explorar las distintas articulaciones entre nación y género establecidas en la literatura uruguaya del siglo XIX. El itinerario por ella sugerido comienza con el análisis de la poesía patriótica de la independencia, agrupada en los volúmenes de *El Parnaso Oriental* (capítulo I), continúa con el abordaje del discurso romántico (capítulo II), y finaliza con el tratamiento de textos de Alejandro Magariños Cervantes, Pedro Bermúdez y Juan Zorrilla de San Martín (capítulo III). La perspectiva así asumida, atenta al modo en que se trazaban las figuras de la mujer y el varón en el imaginario nacional, echa sobre los materiales seleccionados una luz novedosa que permite observar dimensiones hasta entonces poco estudiadas.

Pablo Roffe

Claudio Lomnitz,
The Return of Comrade Ricardo Flores Magón,
Nueva York, Zone Books,
2014, 594 páginas

La revolución mexicana es uno de los hechos más conmocionantes del siglo XX, y como tal ha generado una copiosa historiografía con algunos ejemplos de altísima calidad. Lomnitz acaba de sumar a ella una visión extremadamente original sobre las fuerzas, las ideas y las pasiones que movilizaron y fueron movilizadas por tal acontecimiento sísmico, en buena medida gracias a que construye un punto de vista *fronterizo*, no solo por su perspectiva itinerante entre México y los Estados Unidos, sino por la propia entidad *marginal* de su objeto. Se trata de la biografía colectiva de dos círculos revolucionarios que orbitaron en contacto en los primeros años del novecientos, el de los hermanos Flores Magón, que forman en el exilio el Partido Liberal Mexicano, y el de los socialistas norteamericanos que se comprometen con “la causa mexicana”. Periodistas, abogados, ideólogos a los que el exilio obliga a realizar trabajos de todo tipo para subsistir, Lomnitz encuentra en el carácter *menor* de esas figuras una de las claves (a la manera deleuziana) para acceder a través de ellos más plenamente a la intensidad intelectual y política de la época. Pero quizá lo más interesante es que el libro muestra que esa dimensión *menor* es también un efecto de posición, un resultado del desplazamiento y la distancia. Y es que todo en esta

historia transnacional de la revolución podría leerse como un efecto espacial: con un talento notable para reunir fuentes y archivos dispersos, Lomnitz consigue reconstruir la red que compusieron estas figuras fascinantes, y haciéndolo nos enseña que una red intelectual es mucho más que los contactos personales o el viaje de las ideas; esta red transnacional de la revolución está compuesta de migraciones de trabajadores y de capitales en direcciones cruzadas, de intereses políticos y realidades jurídicas cambiantes a uno y otro lado de la frontera, de historias institucionales, del *ethos* de la militancia, y, por supuesto, de ideas. De hecho, al enfocar en el Partido Liberal Mexicano (esa rara mezcla de tradición liberal y radicalismo anarquista), Lomnitz puede tomar por las astas el espinoso tema del lugar de la ideología en la revolución mexicana, su calidad “sagrada y espectral”, nos dice, con un saber que le viene tanto de la historia intelectual como de la etnografía. Porque es una vez más en esa combinación disciplinar donde se asienta lo más atractivo de los textos de Lomnitz, un punto de vista heterodoxo que se alimenta de un talento indudable para las descripciones densas, pero también del involucramiento personal del etnógrafo entre las fuentes del historiador, un mexicano (y latinoamericano) en los Estados Unidos que vive en carne propia los pares opuestos con que consigue interpretar su objeto: “exilio y retorno, pureza ideológica y pragmatismo, personalismo y su refutación principista”.

Adrián Gorelik

Rodrigo Patto Sá Motta, Marcos Napolitano, Rodrigo Czajka (orgs.), *Comunistas brasileiros, cultura política e produção cultural*, Belo Horizonte, Editora Universidad Federal de Minas Gerais, 2013, 362 páginas

La historiografía brasileña sobre las izquierdas, y en particular sobre el Partido Comunista (PC) aventaja a la argentina en cantidad y calidad de trabajos académicos. Sus interrogantes y perspectivas no se ahogan en las viejas preguntas sobre los errores o aciertos de ese partido, sino que inscriben esa historia en un núcleo de problemas más amplios. Este libro, editado por la Universidad Federal de Minas Gerais, es ejemplo de esa capacidad de analizar el comunismo a partir de marcos teóricos y conceptuales que surten un efecto renovador. A partir de una remisión a la tradición francesa, en especial a los trabajos de Jean François Sirinelli, Serge Berstein y Daniel Cefai, los autores han buscado reconstruir los contextos de experiencias, los imaginarios, las afectividades y las sociabilidades, con el fin de comprender un comportamiento político asociado a un partido que fue productor y transmisor de matrices culturales e identidades políticas.

En los diferentes capítulos del volumen se abordan temas diversos relativos a los vínculos entre comunismo y cultura: dramaturgia, industria televisiva, periodismo, producciones literarias, música *bossa* y tropicalismo. Estas áreas, analizadas a través del prisma de los estudios sobre

cultura política, nos adentran en el mundo de prácticas y representaciones, vocabularios, discursos, valores, rituales, simbologías, etc., que conformaron una comunidad de sentido que trascendió el ámbito meramente partidario. Logran así dar una idea más cabal de las motivaciones en las adhesiones y rechazos a ese partido, apelando a las razones de la sensibilidad sin olvidar los aspectos ideológicos. Estas *novas trilhas de pesquisa* exhalan un aire que fortalece un campo de estudios que está encontrando también su lugar en la historiografía argentina.

Laura Prado Acosta

Matías Giletta,
Sergio Bagú. Historia y sociedad en América latina. Una biografía intelectual, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, 272 páginas

Matías Giletta despliega un ejercicio de biografía intelectual que recorre un itinerario complejo y múltiple, a medida que expone y sistematiza la vasta producción de Sergio Bagú (1911-2002). El texto recorre un derrotero que va desde la militancia antifascista y sus obras de juventud, pasando por su residencia en los Estados Unidos, su participación en el movimiento renovador de las ciencias sociales con experiencias fundacionales como la efímera *Revista de Historia* o duraderas como el Instituto de Desarrollo Económico (IDES), su trabajo en la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS-FLACSO) y, finalmente, su destino definitivo, el Centro de Estudios Latinoamericanos en la UNAM. En efecto, el libro recupera un capítulo ineludible de la historia de las ciencias sociales en América Latina, a partir de una detallada investigación que coloca la producción de Bagú en el contexto de la renovación historiográfica de mediados de la década del cincuenta para recorrer, posteriormente, el trazo de su circulación regional en las décadas del sesenta y setenta. El autor no rehúye la semblanza ética-política del intelectual que asume la heterodoxia como garantía contra todo tipo de dogmatismo, en busca de una mirada integral y comprometida con lo *latinoamericano*. La

diversidad de intereses y los múltiples estudios, tanto teóricos como historiográficos, expuestos en muchos casos por primera vez, no impiden señalarlo como uno de los más importantes precursores de la sociología histórica. En suma, el principal aporte de esta biografía intelectual del autor de trabajos tan innovadores e influyentes como *Economía en la sociedad colonial* o *El Plan Económico del Grupo Rivadaviano*, consiste en la composición de una mirada abarcadora y a la vez minuciosa de su obra en constante diálogo con los avatares de su trayectoria, un itinerario signado por su sostenida participación en organizaciones, publicaciones y proyectos científicos pero sujetos a los avatares políticos de la región.

Nelson N. Leone

Tulio Halperin Donghi,
Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX, Buenos Aires, Emecé, 2013, 584 páginas

Letrados y pensadores prolonga una línea de reflexión que Halperin Donghi comenzó a recorrer hace décadas: la que busca reconstruir el vínculo entre hombres de letras y sociedad. Halperin señala que había abandonado ese camino, abierto ya en el libro sobre Echeverría, en pos de la atención a las verdades de la historia económica y social, y que fue la disolución de esas certezas la que lo hizo emprender el “giro subjetivo” y concentrar su atención en los relatos en los que los actores daban cuenta de sus experiencias. El Prólogo trama así el relato de un comienzo, un abandono y un regreso. Y sin embargo, los textos incluidos en el libro no exhiben marcas de esa discontinuidad. Y eso porque en ellos los actores son llamados a brindar testimonio de sí mismos, de sus experiencias, y de sus estrategias, logradas o fallidas, pero también del mundo social del que surgen. Los textos biográficos son leídos en una clave que no es la psicológica o la literaria sino la de una historia que reconstruye la vida de las sociedades, y en particular la de las elites, en que esos “pensadores” se forman y con las que entablan relaciones tensas y cambiantes.

El libro reconstruye, adoptando un ordenamiento cronológico, el surgimiento de la figura del intelectual en las

sociedades hispanoamericanas. Se abre con el retrato de Fray Servando Teresa de Mier y el deán Gregorio Funes, dos eclesiásticos formados en sociedades de Antiguo Régimen: la rica ciudad de México, que se compara favorablemente con Madrid; Córdoba, que sobrevive mal a la expulsión de los jesuitas. Siguiendo con detalle las movidas, audaces las de Mier, más conservadoras las de Funes, Halperin ilumina los conflictos de un Antiguo Régimen en crisis y el trabajoso surgimiento de un orden nuevo. Es en ese orden naciente que se desenvuelven las trayectorias de los cuatro “pensadores” abordados a continuación. Volviendo sobre su admirado Sarmiento, el autor da cuenta de cómo en los *Recuerdos de Provincia* la imagen del pasado colonial brinda un punto de partida para la postulación del autor como mediador entre el orden colonial y una República que no atina a organizarse. Si los *Recuerdos...* están orientados al futuro, los textos de Alberdi, de José María Samper, de Guillermo Prieto y de José Victorino Lastarria, escritos hacia el final de sus vidas, miran a un pasado que juzgan con el tono agrisado de las promesas incumplidas. Las sociedades latinoamericanas no parecen dar a los pensadores el sitio que estos imaginaban. Esa constatación abrirá la puerta al surgimiento de *tipos* diferenciados de intelectual. Uno de ellos es el vate, figura personificada por Rubén Darío, abordada en un Epílogo que, nuevamente, da lo mejor al abordar el complejo vínculo entre pensador y elites.

Ricardo Martínez Mazzola

Graciela Batticuore y Alejandra Laera (comps.), *Sarmiento en intersección. Literatura, cultura y política. Jornada de homenaje y otras lecturas fundamentales*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2013, 214 páginas

En 2011 se cumplió el segundo Centenario del nacimiento de Sarmiento. Con ese motivo el Centro Cultural Ricardo Rojas de la UBA realizó unas jornadas de homenaje en las que se presentaron los trabajos aquí compilados. Se trata de un conjunto de reflexiones críticas que, a la vez que recuperan algunas lecturas canónicas, proponen miradas contemporáneas para un autor que es un clásico de la literatura argentina. Entre el sinnúmero de interpretaciones sobre Sarmiento, las autoras rescatan cuatro trabajos célebres pero de no fácil acceso: “Sarmiento, escritor”, de Ricardo Piglia; “*Facundo* y el historicismo romántico”, de Tulio Halperin Donghi; “El *Facundo*, la gran riqueza de la pobreza”, de Noé Jitrik y “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, de Carlos Altamirano. Esos trabajos clave son acompañados de otros que iluminan con diferente luz la figura de Sarmiento. Sandra Contreras discute con aquellos que cifran la contemporaneidad de Sarmiento en la ficcionalidad del exceso, y la halla, en cambio, en su prefiguradora actividad crítica. Horacio Tarcus reconstruye el elusivo vínculo entre Sarmiento y el socialismo, de la lectura de Lerroux al diálogo con Tandonnet y a la acerva polémica con Bilbao. Claudia Torre aborda la escritura

viajera de Sarmiento, destacando una pasión por la invención con la que ella misma sueña la etapa habanera. Diego Bentivegna trae el Sarmiento de Diógenes Taborda, quien encuentra que bajo los adoquines ilustrados subsisten los rescoldos comunales de la vida colonial. Aun más alejado del Sarmiento sacralizado se halla el que propone Claudia Román al introducir a un Sarmiento-Rey Momo, a un Sarmiento-Rey Mago, a un Sarmiento-mono e incluso, y gracias al poder de la publicidad, a un Sarmiento con pelo.

Las diferentes lecturas refuerzan el lugar de Sarmiento como un clásico sobre el que se debe volver. Es sobre ese carácter de “clásico” que se interroga el artículo inicial, firmado por las compiladoras del libro, en el que dan cuenta del propio Sarmiento para poner orden a su obra y asegurar su lugar en la posteridad. La operación tuvo parcial éxito y hasta hoy el fantasma de Sarmiento sigue soñándonos y, sin embargo, quizá por la potencia de la dicotomía civilización-barbarie por él mismo trazada, no logró ocupar el lugar central en el canon nacional. Sobre esa cuestión del canon y sobre su desplazamiento por parte del *Martín Fierro* vuelven Jorge Monteleone, Martín Kohan, Martín Prieto y Cristina Iglesia. Ellos cierran el libro y lo hacen retomando, contextualizando, discutiendo la célebre fase de Borges: “Si en lugar de canonizar el *Martín Fierro*, hubiéramos canonizado el *Facundo* otra sería nuestra historia, y mejor”.

Ricardo Martínez Mazzola

Melina Piglia,
*Autos, rutas y turismo: el
Automóvil Club Argentino y el
Estado*,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2014,
256 páginas

Al reconstruir la historia de las asociaciones de automovilistas, como el Automóvil Club Argentino (ACA) y el Touring Club Argentino (TCA), entre los años 1916 y 1955, Melina Piglia traza una compleja y densa mirada sobre la articulación entre sociedad civil, Estado y automovilidad (la vida social, cultural y material del automóvil) y contribuye así a diversos campos de la historia argentina y fundamentalmente despunta un área menos explorada como es la de la movilidad. Al correrse de la mirada privilegiada que ha tenido el ferrocarril, tan caro a la historia económica, el libro es una valiosa contribución a la historia social, cultural y política del automóvil, problematizando cuestiones como nación y territorio y la relación entre asociaciones civiles y Estado, a través de la vialidad, el turismo y el automovilismo.

En la primera parte el libro se centra en una caracterización de los clubes de automovilistas: su historia, su composición social, objetivos y acciones, para comprender su importancia a nivel nacional e internacional y cómo las diversas estrategias y alianzas llevaron a que el ACA prevaleciera en la escena pública por sobre el TCA. La segunda parte, en cambio, aborda la vida de los clubes en la arena pública. Se sostiene allí que estas asociaciones, en tanto

actores técnicos y políticos, lograron convertir la vialidad y el turismo en problemas públicos, a través de sus acciones y alianzas (no siempre armónicas) con el Estado –en especial con YPF y la Dirección Nacional de Vialidad– y con los diferentes gobiernos de la primera mitad del siglo xx.

La organización del deporte automovilístico, en tanto modo de fomentar el turismo como experiencia de viaje, representó, junto al camping, las excursiones y otros servicios recreativos, un conjunto de acciones basadas en el uso del automóvil que configuraron prácticas sociales ligadas fuertemente a la cultura nacional. Es que justamente las políticas de vialidad y turismo sostenidas por los clubes significaron la territorialización de ideas y valores sobre el progreso y la nación. Si se acepta que el automóvil, el turismo y el camino fueron agentes modernizadores que contribuyeron a una construcción material y simbólica de la idea de nación, el trabajo de Piglia revela e historiza las mediaciones que hicieron posible ese proceso.

Dhan Zunino

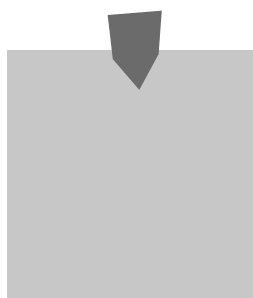
Ana Teresa Martínez,
*Cultura, sociedad y poder en la
Argentina. La modernización
periférica de Santiago del
Estero*,
Santiago del Estero, EDUNSE,
2013, 225 páginas

En este libro se reúnen varios textos de Ana Teresa Martínez que exponen con mucha organicidad la nueva mirada que ella ha venido construyendo en los últimos años sobre la historia cultural y política de Santiago del Estero. No tratan todos ellos de historia de los intelectuales o de la cultura, a pesar de lo cual podemos decir que esta reseña en *Prismas* es más que pertinente, y no solo por la importancia intrínseca de los artículos que sí dedica a esas temáticas (los de la primera parte del libro, con los trabajos sobre la agrupación cultural La Brasa, Bernardo Canal Feijóo y Orestes Di Lullo, y los Hermanos Wagner), sino porque buena parte de la originalidad del punto de vista que ha construido Martínez sobre la historia cultural de Santiago tiene que ver con su diversidad de intereses, que vuelve inseparables los instrumentos de la historia intelectual y de la sociología de la cultura con los de la sociología de la política, del trabajo y de la religión. De modo que al leer los otros capítulos (sobre la legislación y las prácticas políticas de los obrajes, el peronismo clásico o las bases antropológicas del poder juarista) se va volviendo claro su mutua necesidad en esa reconstrucción de la cultura santiagueña del siglo xx que Martínez logra con solvencia y penetración.

Si hubiera que resumir el principal de esos logros, podríamos decir que es el de *normalizar* una historia cultural provinciana, no solo arrancándola de los polos igualmente improductivos de las orgullosas efemérides parroquiales vs. las miradas despectivas que solo ven en provincia la copia y la degradación de los artefactos culturales metropolitanos; no solo aplicando a la cultura local los instrumentos analíticos más sofisticados y poniéndola en relación con los criterios de juicio más exigentes (porque el riesgo en espejo de quienes quieren invertir la asimetría de las relaciones centro-periferia, nos dice Martínez, es “la inflación de lo local”); también devolviendo una mirada muy compleja sobre la historia nacional y la de su centro principal, Buenos Aires, eludiendo como la peste la idea, digamos, acumulativista, que imagina que una nueva historia cultural de la Argentina se puede armar agregando capítulos provincianos, cuando de lo que se trata es de reordenar el tablero general de la cultura nacional en sus contextos regionales e internacionales recomponiendo, desde cada una de las culturas locales, las múltiples tramas que definieron históricamente las relaciones centro-periferia. Este libro, así, ofrece no solo un panorama muy logrado de la historia cultural santiagueña, sino que también deja sentados algunos criterios clave para reponer el lugar de una cultura interior en el nuevo mapa –transregional y transnacional– que es necesario trazar de la cultura nacional.

Adrián Gorelik

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 18 / 2014

Maurice Agulhon (1926-2014)

La República tras bastidores

Maurice Agulhon, uno de los grandes historiadores de la posguerra, murió el 28 de mayo de 2014 a los 87 años en Brignoles, departamento del Var, Francia. Profesor emérito del Collège de Francia, deja una obra inmensa por su originalidad y su contribución al pensamiento histórico. Hombre de refinada sobriedad y cuya modestia y rigor predisponía poco a las palabrerías, permaneció poco conocido del gran público francés y confinado, como gustaba decirlo con ese humor cómplice que lo caracterizaba, a una célebre confidencialidad. Ella no tuvo sin embargo nada de marginalidad institucional. Maurice Agulhon franqueó todos los jalones de una carrera universitaria de excelencia que la República francesa ofrece –cada vez de manera más esporádica, como bien lo reveló Pierre Bourdieu, su colega en el Collège de Francia– como vía meritocrática de ascenso social. La República hizo posible que ese hijo de maestros protestantes del Gard y nieto de un obrero ferroviario y un tendero ascendiese hasta el Collège de Francia, y él destinó toda su carrera de historiador a dar cuenta de cómo la República descendía hasta lo más recóndito de las relaciones cotidianas de los sectores populares. Las preguntas que guiaron sus diversas investigaciones estuvieron alimentadas por esa relación casi íntima que tenía Maurice Agulhon con la República francesa y que traducía su interés por dar cuenta de su materialidad social, que él descifró a través de las prácticas cotidianas, los símbolos y las diversas expresiones culturales. Su nombre queda inseparablemente vinculado a la noción de sociabilidad, que introdujo en el vo-

cabulario histórico, y a Marianne, la alegoría femenina de la República.

Nacido en Uzès, departamento del Gard, hizo sus primeros estudios en una escuela rural de la región, adonde habían sido afectados sus padres por el ministerio de la educación nacional. Recibió en la escuela y en su casa –que él definió como “célula pedagógica en medio del pueblo”– una educación puritana que marcó sin duda su personalidad con esa sobriedad y pudor que lo caracterizaban. Comienza su secundaria en 1936 en el liceo Frédéric Mistral de Avignon, donde se recibe de bachiller. En 1943 ingresa en la escuela preparatoria del liceo del Parque de Lyon, donde se define su vocación de historiador. En su ensayo de “ego-historia” que publicó Pierre Nora en 1987, recuerda que la opción por la historia no fue ni una exhortación familiar ni una vocación infantil. Fue su interés por la política, anclada en una cultura familiar republicana (socialista y pacifista por parte de sus padres, radical socialista por parte de su abuelo materno), y el encuentro, en plena guerra, con un excepcional profesor de historia de la escuela preparatoria, Joseph Hours, aquello que orientó su camino. Agulhon recuerda en “el abuelo Hours”, como lo apelaba cariñosamente, al Resistente –compañero de resistencia de Marc Bloch–, y quien le hizo descubrir la escuela de los Annales. A partir de la descripción que de este plebiscitado docente nos deja Clément Rosset podemos entender mejor el impacto que Hours pudo tener en el joven Agulhon. En sus reflexiones, Rosset califica a Hours de “vidente” por su sentido prodigioso de lo existente “efectivamente, concretamente, cotidianamente, en persona, en carne y hueso, en otros términos de la historia tal cual se desarrolla en la

realidad”.¹ Hours, un maestro cuya lucidez no imposibilitaba la acción y cuya acción no requería una abdicación de la exigencia crítica, vino a encarnar esa síntesis que definió entonces la doble vocación de Agulhon de historiador con una sensibilidad particular por la historia “efectiva, concreta, cotidiana” y ciudadano comprometido con la política.²

Finalizada la guerra y la escuela preparatoria en Lyon, obtuvo el concurso de ingreso en la Escuela Normal Superior de París en 1946, donde fue compañero de promoción de Michel Foucault y de François Bédarida. El ingreso coincide con su adhesión al Partido Comunista en momentos de su “apogeo eufórico”.³ Durante sus años parisinos militó en la sección del PCF del barrio latino, donde conoció a François Furet, con quien compartió varias empresas editoriales y un común futuro de ex comunistas. Pero a diferencia de Furet y de otros “ex”, su ruptura con el partido en 1960 no lo llevó ni hacia la derecha ni hacia el apoliticismo. Siguió su compromiso político a través de una militancia en el “anticolonialismo subversivo” y el sindicalismo estudiantil (SNESUP), a través del cual participó en el movimiento del Mayo Francés en la Universidad d’ Aix-en-Provence, y luego, más moderadamente, en el socialismo. Esa vocación de permanecer imperturbablemente de izquierda a lo largo de toda una vida en el accidentado siglo xx se explica para Maurice Agul-

hon, que gustaba aplicarse a él mismo el método de análisis histórico, en las profundidades de la cultura familiar, para la cual su inicial adscripción comunista implicó una discontinuidad, pero no una ruptura. Sus años comunistas fueron, en todo caso, determinantes en la elección de su director de tesis, quien, como declaraba con toda naturalidad, no podía ser otro que Camille-Ernest Labrousse, profesor de Historia Económica y Social de la Sorbona, economista de formación, ex comunista y notorio militante socialista de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), hacia quien se dirigía toda una generación de historiadores comunistas. Con él realizó una primera investigación para obtener un diploma de estudios superiores en 1949. En 1950 alcanza el primer rango en el selectivo concurso de agregación, tribunal que tenía entonces como presidente de jurado a Fernand Braudel. Es afectado como profesor de historia secundaria en la región del Var. En 1954, gracias a los buenos oficios de Labrousse, Agulhon obtuvo un pase provisional de tres años al Centro de Investigaciones Científicas (CNRS), cargo destinado a liberarlo de las clases para dedicarse enteramente a su investigación, para la dirección de la cual volverá a solicitar a Labrousse. Naturalmente, fue sobre una cuestión política, de sociología electoral, que los dos hombres acordaron un tema de tesis, aunque Maurice Agulhon confiesa que ese acuerdo reposaba sobre cierto malentendido que ninguno de los dos juzgó necesario dilucidar: para Labrousse se trataba de seguir la pista de André Siegfried, para Agulhon de comprobar la idea thoreziana del comunismo como prolongación de la tradición democrática francesa.⁴ Nombrado asistente de Pierre Guiral, profesor de historia contemporánea en la facultad de Aix en 1957, presenta en 1966 bajo su dirección la tesis complementaria –que sustituía la antigua tesis

¹ Véase Clément Rosset, *En ce temps-là*, París, Les Editions de Minuit, 1992, p. 26.

² Louis Althusser, otro de los ilustres alumnos de Hours, lo reconoció como quien más había aportado a su formación, gracias a un rigor y una exigencia que no admitían complacencias. Véase Louis Althusser, *L’Avenir dure longtemps*, París, Stock/IMEC, 1992, pp. 86-87. Agulhon dedicó “al profesor de historia en el Liceo del Parque (Lyon) quien, bien antes de que la historia de lo cotidiano estuviese de moda, sabía suscitar al mismo tiempo asombro, sonrisa y reflexión”, su *Marianne au Combat*, de 1979.

³ Véase Maurice Agulhon, “Sur la culture du comunisme”, en Daniel Cefaï, *Cultures Politiques*, 200, reproducido en *Histoire et politique à gauche*, París, Perrin, 2005, p. 112.

⁴ *Ibid.*, pp. 26-27.

en latín—, trabajo publicado en 1968 en la colección que dirigían Furet y Richet en Fayard, bajo el título *Pénitents et francs-maçons de l'ancienne Provence. Essai sur la sociabilité méridionale*, sin duda uno de sus libros más conocidos que abre todo un nuevo campo de investigación histórica a partir de la noción de sociabilidad que introduce. Tres años más tarde defenderá su tesis de estado, bajo la doble dirección de Labrousse y Guiral. Imponente obra sobre los procesos sociales de politización que dará lugar a la publicación de tres libros: *Une ville ouvrière au temps du socialisme utopique, Toulon de 1815 à 1851* (1970), *La Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution* (1970), *La République au village. La population du Var de la Révolution à la République* (1971). En 1972 es nombrado profesor de historia contemporánea de la Universidad París I- Panteón Sorbona, que surgía luego de mayo del '68 de la desagregación de la vieja Sorbona. Deja entonces la región meridional de donde era originario y donde había ejercido como asociado y luego adjunto de Historia Contemporánea para pasar a la “selección nacional”, como él mismo calificó su pase a París.⁵ Coronó su carrera en 1986 con su elección en el Collège de France, donde ocupó la cátedra de Historia de Francia Contemporánea —antiguamente, cátedra de Historia General, que había acogido a otro gran historiador de la República, Jules Michelet, y más recientemente a François Simiand y a André Siegfried, que habían inspirado sus propias investigaciones.

Maurice Agulhon deja un importante legado a la disciplina histórica, tanto por sus grandes obras de síntesis, entre las cuales la más conocida es sin duda su *1848 ou l'apprentissage de la République* (1973), como por sus originales investigaciones monográ-

ficas.⁶ Estas pueden agruparse en tres grandes momentos destinados a tres objetos a través de los cuales buscó dar cuenta de los procesos de politización, y para ello acordó a las variables culturales y contingentes una importancia inédita para un discípulo de Labrousse. Como solía repetir en sus cursos, las mismas estructuras socio-económicas no generan los mismos procesos de politización, lo que hacía necesario introducir otros elementos explicativos. El primero de esos objetos es el de la sociabilidad, al que destinó buena parte de su producción histórica hasta fines de los años setenta con la publicación del *Círculo burgués*.⁷ Vendrán luego las Mariannes y su célebre trilogía *Marianne au combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880* (1979), *Marianne au pouvoir. L'imagerie et la symbolique républicaine de 1880 à 1914* (1989) y *Les métamorphoses de Marianne. L'imagerie et la symbolique républicaine de 1914 à nos jours* (2001). Esta importante incursión en la historia del arte político transformó sensiblemente el campo de los estudios de simbología política.

La última etapa de su vida de investigador fue destinada a otra preocupación teórica que, como él mismo lo confesó, venía a reparar lo que retrospectivamente juzgaba como un error histórico de su parte y una injusticia política: el lugar de Charles de Gaulle y del gaullismo en la República. Interés insólito para un hombre de izquierda que había militado abiertamente contra el general al menos en tres instancias decisivas de la historia de Francia: en 1946, en momentos del comunismo triun-

⁵ Véase entrevista a Maurice Agulhon, Bar-sur-Aube, 18 de diciembre de 2008.

⁶ Una recopilación exhaustiva de su obra hasta 1988 es la de C. Charle, J. Lalouette, M. Pigenet y A. M. Sohn (eds.), *La France démocratique. Combats, mentalités, symboles, mélanges en l'honneur de Maurice Agulhon*, Publications de la Sorbonne, 1998, pp. 7-25.

⁷ Uno de los pocos libros traducidos al castellano y el único publicado en la Argentina. Véase Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

fante; en 1958, contra el “golpe de Estado” que llevó a la V República, y durante el Mayo Francés, cuando participó en el movimiento que buscaba entre otras cosas derrocar al general.⁸ En estos últimos trabajos muestra cómo mecanismos similares a los que había descrito en sus trabajos sobre Marianne volvían a operar en el proceso de mistificación del general De Gaulle. La personificación de la República por De Gaulle aparece en filigrana como alternativa a la Marianne que, como sugería en sus metamorfosis, había dejado de encarnar el estado republicano al bajar al escalón municipal. Si Marianne representaba una especificidad francesa –la alegoría femenina de la República–, Charles de Gaulle parece inscribirse en la tradición norteamericana de la personificación de la República a través de sus grandes hombres. Y en este sentido podemos considerar que su interés por De Gaulle es una prolongación de sus investigaciones sobre Marianne. Sin embargo, si los últimos trabajos de Agulhon sorprendieron a más de uno de sus discípulos, ello se debe a la rehabilitación histórica que este hace del general, en particular a través de su *Coup d’État et République* (1997). En una de las últimas entrevistas que concedió antes del accidente de salud que en 2005 lo llevó a retirarse de la vida pública, Agulhon califica a ese libro como un “deber moral”. La historia y la política vuelven aquí a encontrarse como en 1958. Pero en 1997 reconoce que la analogía entre

el contexto que había llevado a De Gaulle al gobierno en 1958 y el golpe de Estado de Bonaparte el 2 de diciembre 1851 era históricamente equivocada y que se puede y se debe rectificar públicamente ese error, sin por ello renegar de sus convicciones políticas. Con el mismo rigor académico e integridad ética participará de otros debates historiográficos que marcaron la disciplina, entre los cuales se destaca el que suscitó entre los historiadores la obra de Michel Foucault y que dio lugar a la publicación del libro coordinado por Michelle Perrot, *L’impossible prison* (1980); el que lo opone al historiador americano Eugen Weber sobre la politización de las zonas rurales, y el que tendrá con François Furet en 1989 sobre el legado de la Revolución Francesa y la oportunidad de “celebrar” su bicentenario.

Profesor emérito del Collège de France, Agulhon abandona hacia fines de los noventa la vida parisina y, fiel a sus raíces provenzales, se instala en Villeneuve-lès-Avignon, en la casa heredada de un bisabuelo materno, modesto campesino del Gard católico y republicano, como aquellos que había rescatado del olvido republicano en su *République au village*. Allí eligió terminar sus días con la misma sobriedad, exigencia intelectual y natural sentido de la gravedad histórica con las que recorrió un agitado siglo xx. A la República legó las trazas de todo lo que ella había ofrecido para que él deviniera quien fue: sus archivos a la Escuela Normal Superior de París y la integridad de su biblioteca familiar y personal a la Universidad de Avignon.

⁸ En varias ocasiones se explica al respecto. Véase en particular *Coup d’État et République*, París, Presses de Sciences Po, 1997.

Pilar González Bernaldo
Universidad París Diderot - París 7

Richard Hoggart (1918-2014)

El libro irrepetible

Posiblemente, la muerte de Richard Hoggart haya generado más comentarios del orden del “ah, ¿todavía vivía?” que los que, dos meses antes, provocara la de Stuart Hall. Fue una coincidencia extraña: Hoggart había fundado el CCCS (Center for Contemporary Cultural Studies) en la Universidad de Birmingham que Hall, su segundo en la empresa en 1964, llevaría a la fama, consagrando una denominación institucional en una disciplina. La fama de la etiqueta incluía la de su impulsor, transformado en una suerte de gurú político-intelectual merecedor, incluso, de un film, *The Stuart Hall Project*, de 2013. Hoggart, por su parte, había accedido al cine a través de la ficción: aparecía, interpretado por un actor, en un telefilm de 2006 dedicado al juicio por la publicación de *El amante de Lady Chatterley*, en el que Hoggart había sido uno de los exitosos peritos convocados por el editor. Claramente, una filmografía menos rutilante.

La coincidencia no propone, sin embargo, una comparación: ambos fueron, junto a Raymond Williams y a E. P. Thompson, los padres fundadores de todo lo que entendimos como estudios culturales desde comienzos de los años ochenta, cuando la etiqueta se diseminó por nuestros pagos. Justamente la potencia institucional y política de Hall había permitido que, a pesar de su juventud relativa respecto de los otros tres, formara parte de ese podio de cuatro. La posición de Hoggart siempre fue otra: con presencia en la vida pública británica, a través de múltiples comités dedicados a las artes, la educación y la cultura de masas —de alguno de los cuales, incluso, fue echado por el thatcherismo—, e incluso en la UNESCO, pero con menor productividad teó-

rica, ajeno a las discusiones sobre el marxismo occidental o a la influencia althusseriana en el pensamiento culturológico. Ni siquiera fue marxista: sólo un *liberal* consecuente. Podría decirse que su productividad era reducida en número: aunque siguió publicando hasta hace pocos años, siempre fue el autor de una única obra, que ya cumplió 57 años. El problema es que esa obra fue *The uses of Literacy*.

Entre tantas clasificaciones posibles para los libros (buenos, malos, inolvidables, emocionantes, indiferentes), *The uses...* es una clase de uno: es el libro irrepetible, el que satura el conjunto. Desde el propio título, que sometió a sus traductores a la peripecia de lo intraducible: es sabido que Passeron escogió *La culture du pauvre*, mientras que la primera edición mexicana optó por *La cultura obrera en la sociedad de masas*, versión que hace mucho más honor al contenido que el francés, pero que tampoco captura la sutileza del original. (Alguna cuestión de derechos debe haber obligado a la reciente edición argentina a mantener la opción mexicana.) Pero lo irrepetible consiste también en otros dos juegos: el primero, que la clase obrera que Hoggart describía y analizaba de un modo magnífico en la primera parte ya no existe ni puede volver a existir, y tampoco puede volver a ser leída de ese modo, aunque la documentación y el archivo británico permita cosas inauditas para la investigación social y cultural (afirmación que la obra de Thompson ratifica hasta el infinito). Y el segundo: que ese análisis y esa descripción se construía de un modo radicalmente original, en esa suerte de autoetnografía memoriosa que es única porque cualquier reiteración sonaría puramente epigonal (transformando la originalidad irreverente de Hoggart en una mera fórmula metodológica).

Permítanme expandir esta última cuestión: ¿por qué nunca se escribió un libro así entre nosotros? La historia de la lectura local de Hoggart es también conocida: la primera mención de la obra está en Jaime Rest a comienzos de los años sesenta, en lo que fue, *grosso modo*, el primer intento de nuestra universidad de prestar atención a los fenómenos de la cultura de masas. Rest recuperó esa primera lectura en un libro de 1967, *Literatura y cultura de masas*, encargado por Aníbal Ford para el Centro Editor de América Latina: quizá Ford esperaba que Rest fuera el Hoggart argentino, considerando que compartían la preocupación no-elitista por los fenómenos de masas. Pero allí terminaban las coincidencias: el pasado obrero de Hoggart no era el de Rest. Las afirmaciones de Hoggart, difundidas por Rest, tuvieron un enorme impacto en Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano, aunque la cita recién aparece en sus textos postdictadura. Exagerando el símil: Hoggart podía ser apropiado en clave populista, en tanto la pauta básica era la tozudez con que la clase obrera mantenía su “nosotros” frente a la marcha arrolladora de la cultura de masas de posguerra (aunque el pronóstico de Hoggart, que organizaba la segunda parte del libro, tenía tintes mucho más clásicamente apocalípticos). Y compartían la experiencia de la educación de adultos –aunque en clave más militante y, nuevamente, peronista–, y hasta la común formación literaria. En algún otro lugar profundicé sobre esta suerte de “fundación populista-criolla de los estudios culturales” antes de que los estudios culturales se volvieran Estudios Culturales: en el caso local agregaban, frente a Hoggart, la lectura de Gramsci –plusvalor que Williams y Hall saldarían con creces–. Pero no escribieron nada similar a *The Uses...*: aunque esa trama de una cultura obrera (popular, diríamos) resistente y autónoma fuera tan tentadora para ser observada localmente, los populistas argentinos no podían reproducir ni la actitud etno-

gráfica ni la concentración del *scholar* en una obra extensa: su trabajo era más periodístico, fragmentario y de aliento breve (aunque intenso). Entre otras razones, pero ninguno podía sentarse a escribir *Los usos de la escuela pública o Peronismo y literatura*.

Esos avatares de lectura tienen otros pliegues: sabido es también que la revista *Punto de Vista* fue la gran difusora de la obra de Hoggart –junto con la de Williams–, desde la entrevista de Beatriz Sarlo en 1979 (curiosamente, reeditada en la reciente edición argentina del libro). Pero Williams tardó en ser traducido, y más aun lo fue Hoggart, cuya primera versión en castellano es la mexicana de 1990. La difusión de los birminghamianos en América Latina había tenido un nuevo impulso a través de Jesús Martín-Barbero en 1987, con lo que la lectura de Hoggart se colocó en la senda de la ratificación de lo anunciado: llegó para consagrar la nueva hegemonía recepcionista en el continente, que luego se volvería neoliberal. En los años noventa, ya nadie parecía preocuparse en leer el lamento por la destrucción de la cultura obrera, más interesados en sus presuntas tácticas de resistencia. La segunda parte del *The Uses...* fue mucho menos citada.

Esto puede indicarnos también un juego disciplinar. La sociología de la cultura local –y con mucho énfasis, la porteña– tendió a ignorar los aportes del culturalismo británico, entre ellos los de Hoggart. Una buena prueba es que en 1989, motivado por los reiterados comentarios de Aníbal Ford y a falta de traducción hasta entonces, fui a buscar el original inglés en la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, ya que figuraba en su catálogo: tardaron cinco días en conseguirlo, escondido en un depósito, aún rotulado como “Biblioteca de Sociología” y sin préstamos desde... 1966. Que la reciente reedición argentina haya inscripto el libro en una colección “Antropológicas” señala una recuperación etno-

gráfica: consagra una lectura disciplinar y a la vez sesgada, porque desplaza simultáneamente su clave literaria –solo un crítico literario como Hoggart pudo oír la intervención decisiva del lenguaje en la formación de la cultura obrera– y sociológica: la autoetno-

grafía memoriosa hablaba del pasado, mientras la sociología cultural miraba críticamente el presente y el futuro.

Pablo Alabarces
UBA-CONICET

Jacques Le Goff (1924-2014)

Tras la muerte en 2004 de su esposa Hanka, con quien compartió cuarenta años de su vida, Jacques Le Goff se alejó de la vida pública y permaneció retirado en su modesto departamento de París, donde continuó su actividad en solitario. Tras una década de aquel retiro, el 1 de abril, el mundo pierde al “ogro historiador” (*Le Monde*), al “gran medievalista” (*Le Figaro*), al “esclarecedor de la Edad Media” (*Le Nouvel Observateur*), a un “monumento histórico” (*Libération*): tales son algunos de los rótulos utilizados por los medios franceses para despedirlo, prefigurando así el próximo vendaval que el mercado editorial no tardará en desatar cuando comience la búsqueda de escritos inéditos y la reedición de sus obras, junto a homenajes y biografías. Y no es para menos. Ya en 1998, Jacques Revel y Jean-Claude Schmitt habían publicado una obra en su homenaje que permitió resituarlo en la historiografía francesa y sentar un apelativo que remitía a su insaciable erudición y su apetito rabeliano por la historia. Allí señalaban que el *ogre historien* “lo ha degustado todo insaciablemente o casi todo. Sus lecturas son inagotables, pero su paladar es infalible: todo escrito importante es presa de una gula crujiente, luego digerida y reformulada. Esta metáfora digestiva y culinaria representa con acierto su energía física e intelectual y la fuerza de un trabajo poco común en un historiador que tiene mucho de Michelet, pero también de Balzac”. Si bien el apodo se inspiraba en su ensayo de ego-historia “L’appétit de l’histoire” en alusión a Marc Bloch, para quien “el buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Allí donde huele carne humana, sabe que está su presa”, su alcance encierra el tipo de síntesis que Le Goff aspiraba convocar en su figura: abrazar la tradición historiográfica

francesa como un todo desde Voltaire hasta sus contemporáneos, sopesando sus contribuciones y reclamando una historia que no solo fuese ciencia, sino también arte. En este sentido, son tres los frentes en que Jacques Le Goff inscribió su oficio: investigador, profesor y divulgador, roles que siempre asumió complementarios y en simultáneo. Tras el medievalista que recupera y difunde nuevos objetos de investigación en revistas, libros y congresos científicos (muchos de los cuales también dirige), se sitúan, por un lado, la docencia en investigación en el ámbito experimental de una *grande école* –junto al progresivo control de sus redes institucionales y editoriales– y, por otro lado, la divulgación histórica extraacadémica para el gran público en medios gráficos y audiovisuales en calidad de experto. Esto lo llevó a convertirse en un historiador *engagé* e internacionalmente reconocido, quien, lejos de ofrecer una Edad Media sombría, meramente rural o zanjada por una leyenda dorada, construye con intuición antropológica y una escritura muy diáfana un mundo medieval de una honda sensibilidad, compuesto por imágenes abrumadoras, fantasías oníricas y ciudades amuralladas donde cobran vida unos actores sociales que son capaces de procesar su *modus vivendi* y crear formas de asumir o combatir esa realidad.

Jacques Le Goff nació el 1 de enero de 1924 en la ciudad de Toulon. Hijo de Jean Le Goff, un profesor de origen bretón e ideas anticlericales, y de Germaine Ansaldi, profesora de piano, provenzal y ferviente católica, su juventud transcurrió en un ambiente familiar pequeñoburgués envuelto por la dura evocación de la Gran Guerra, pero también conmovido tras la nueva rutina cotidiana que supuso la llegada del agua corriente o la radio a su

casa, y por esa doble percepción doméstica de lo religioso que lo indujo a una mezcla de fascinación y zozobra ante aquel cristianismo “del sufrimiento y el miedo” que profesaba su madre. De esta época data su interés por la Edad Media, que provino, según ha confesado, de su lectura del fascinante “decorado material” que recreó Walter Scott en *Ivanhoe*. Ya en plena Ocupación, comienza sus estudios preparatorios en Marsella para ingresar a la École Normale Supérieure (ENS). Tras una grave pleuresía que lo obliga a convalecer en los Alpes y, con el firme propósito de evadir el examen médico que lo hubiera llevado a incorporarse al STO (*service du travail obligatoire*) impuesto por el gobierno de Vichy, se une a un pequeño grupo de *maquis* alpinos que reciben armas y medicamentos que los ingleses arrojaban en paracaídas. Tras la Liberación Le Goff se dirige a París a fin de completar los estudios, que cursará en una “desoladora” Sorbona que, por poco, lo disuade de continuar su carrera. Pasada esta crisis personal, resuelve ingresar al Lycée Louis-le-Grand. Finalmente, en 1945, accede a la ENS de París, donde pasará cinco años que confirmarán su interés por el medievalismo. En ese marco, realiza en 1948 un viaje a Checoslovaquia como becario de la Univerzita Karlova de Praga y publica su primer trabajo: un artículo sobre un estudiante checo de la Universidad de París en el siglo XIV en la *Revue des études slaves*. En 1950, obtiene su *agrégation* en historia (con Fernand Braudel al frente del tribunal) y consigue un puesto para dictar clases de historia y geografía en el Lycée de Amiens (1950-1951). Durante los dos años siguientes, disfrutará de una *research studentship* en el Lincoln College de Oxford (1951-1952) y, luego, Lucien Febvre y Maurice Lombard le ofrecerán un puesto como *pensionnaire* en la École française de Roma (1952-1953). Allí, investigará la cuestión de los gastos universitarios en Padua en el siglo XV –trabajo que recién verá publicado

en 1956– y tomará contacto con Michel Mollat, quien le propone ser su *assistant* (cargo cuya creación aún estaba en trámite) en la Universidad de Lille. Mientras se formalizaba el puesto, Le Goff ingresa al CNRS y considera la posibilidad de hacer una tesis que se negaría a proseguir. Prefiere concentrar su actividad en dos pequeñas obras de alta divulgación. La primera será *Mercaderes y banqueros de la Edad Media* (1956) en la que, lejos de indagar el comercio o los productos del intercambio, se ocupaba de los hombres que lo ejercían –los “mercaderes-banqueros” cristianos– a partir de sus desplazamientos, su función social y política y sus vínculos con las clases populares, los nobles y los campesinos, frente a una Iglesia que en teoría condenaba su actividad, pero que, en la práctica pastoral, también la justificaba. La segunda obra, *Los intelectuales en la Edad Media* (1957), supuso un ejercicio mucho más arriesgado de historia social. Allí, Le Goff se aventuraba con una acepción sociológica contemporánea para pensar una categoría medieval de profesionales cuya existencia precedía a su nominación: un conjunto de maestros, *litterati* y clérigos que a partir del siglo XII no vivían de la renta ni trabajaban con sus manos, sino con la palabra y el espíritu. Estas dos obras serán las primeras de Le Goff en ser traducidas al castellano, empresa que, a instancias de José Luis Romero, llevará a cabo Eudeba en 1962 y 1965 junto con el notable artículo “Tiempo de la Iglesia y tiempo del mercader” (1960) –el primero que Le Goff publicaba en *Annales*– traducido por Margarita Pontieri en 1963 como documento interno para la cátedra de Historia Social de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

En 1959 Le Goff ingresará a la VIª sección de la École Pratique des Hautes Études (EPHE) de París –dirigida por Braudel– como *chef de travaux*, luego *maître-assistant* y, a partir de 1962, *directeur d'études*, cargo que ocupará

durante treinta años y que marcará, sin duda, un punto de inflexión en su derrotero intelectual: allí pudo aunar la investigación con su transmisión en seminarios y desarrollar una Edad Media de corte sociológico y antropológico en diálogo con el presente. Fue en esta época que publicó sus dos grandes síntesis de alta divulgación: *La Baja Edad Media* (1962) y *La civilización del Occidente medieval* (1964). Con la primera, Le Goff ofrecía un manual de historia medieval entre los siglos XI y XIV (un concepto de manual que, por cierto, ya no es el nuestro), con un particular acento en los aspectos intelectuales, artísticos, religiosos, sociales y económicos, extendidos a lo largo de todo el territorio europeo cuya incursión no era usual en los medievalistas precedentes. La segunda publicación marcará una verdadera revolución en el medievalismo a través de un estudio sobre las estructuras espaciales y temporales, la vida material, las mentalidades, las sensibilidades y las actitudes de una “civilización” que aún tenía mucho de braudeliana. A partir de esta época, Le Goff también comenzará a dirigir solo o en colaboración grandes obras colectivas que, en su origen, fueron congresos o coloquios científicos y que contribuyeron a reconsiderar la naturaleza de viejos objetos históricos. Entre todas ellas cuatro, al menos, han marcado época: *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial* (1968), *Famille et parenté dans l'Occident médiéval* (1977), *Le Charivari* (1981) y *Objets et méthodes de l'histoire de la culture* (1982). Tras el alejamiento de Braudel de la revista *Annales* y su partida de la EPHE, Le Goff pasará a ocupar un lugar fundamental en la reorganización de ambos espacios que –junto con los medios masivos de comunicación– servirán de base para renovar la historiografía en Francia y proponer una *nouvelle histoire*. No solo se convierte en uno de los grandes artífices de la conversión de la EPHE en institución independiente (como *École des Hautes Études en Sciences Sociales*

a partir de 1975), sino también en su director y presidente entre 1972 y 1977. Junto con los miembros del comité de redacción de *Annales* –Emmanuel Le Roy Ladurie, André Burguière y Jacques Revel– propicia un profundo diálogo con la antropología cultural e histórica y un mayor acento en los aspectos materiales, sociales y simbólicos de las representaciones y las prácticas. Asimismo, *Annales* comenzará a favorecer las investigaciones en equipo publicando números monográficos en dos de los cuales Le Goff tuvo un rol central: “La ciudad y las órdenes mendicantes” y “La literatura de los *exempla*”. Por otro lado, y pese a su rechazo frente a cualquier teorización de la disciplina, Le Goff participó en la dirección de dos obras colectivas que buscaron legitimar los nuevos principios metodológicos y epistemológicos de aquella *nouvelle histoire*. En 1974, publica los tres volúmenes de *Hacer la historia* junto a Pierre Nora donde indagarían nuevos problemas, enfoques y objetos. Allí aparecerá su clásico ensayo sobre la pertinencia del término *mentalité*, aún hoy de referencia. En 1978 dirige, junto a Roger Chartier y Jacques Revel, *La Nueva Historia*, organizada como un diccionario enciclopédico en cuyas entradas examinaban nociones, instrumentos, campos, métodos y figuras emblemáticas de historiadores y científicos sociales. A estos dos trabajos se suman los capítulos que conforman las dos obras que Paidós difundió en castellano en 1991 como *El orden de la memoria* y *Pensar la historia*, publicados entre 1977 y 1982 como entradas para los distintos volúmenes de la *Enciclopedia Einaudi*, dirigida por Ruggiero Romano. Junto a otros historiadores, Le Goff propagó esta *nouvelle histoire* por fuera del mundo académico: entre 1968 y 1991, conducirá el programa de radio *Lundis de l'histoire*, participará esporádicamente reseñando libros u ofreciendo entrevistas en *Le Monde des livres* o en *Le Nouvel Observateur*, entre otros medios, y también oficiará como asesor en 1986

del director Jean-Jacques Annaud en su adaptación cinematográfica de la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, un tipo de divulgación que volverá a practicar más tarde con *Europa contada a los jóvenes* y *La Edad Media explicada a los jóvenes* (ambas de 1996) y *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media* (2005). Toda una empresa de alta divulgación forjada por expertos que intentaba combatir la difusión de historias producidas por aficionados y periodistas.

En este marco de renovación historiográfica se inscriben dos de sus obras más importantes. Por un lado, *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval* (1977), en la que reúne veinte años de investigaciones y cuyo prefacio –una pieza historiográfica fundamental– aboga “por otra Edad Media” (título del original francés que la versión castellana no retuvo) reconstruida con fuentes literarias, arqueológicas, artísticas y jurídicas que los medievalistas “puros” habían desdeñado y donde reaparecen sus principales intereses: el tiempo del trabajo urbano y rural, la universidad medieval, la engañosa dualidad entre cultura popular y cultura erudita y un elogio de la antropología histórica. Allí clama por una polémica “larga Edad Media”, una sociedad preindustrial que se extendería entre el siglo III y el XIX, en cuyo marco se crearon nuestras estructuras sociales y mentales modernas, término que también empleará en *Una larga Edad Media* (2004) –una recopilación de textos y entrevistas que ofreció para la revista *L'Histoire* desde 1980– donde fundó su rechazo hacia el artificio de las habituales periodizaciones históricas, objeto de su última obra, *Faut-il vraiment découper l'histoire en tranches?* (2014). Por otro lado, en 1985, publica una “secuela” de su libro de 1977, *L'Imaginaire médiéval* (traducido parcialmente como *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*), donde extiende la idea de “larga Edad Media” pero a partir del concepto de “imaginario” que considera más adecuado que el de “mentali-

dad” y con el que reconstruye la circulación social y cultural de una serie de bienes simbólicos como lo “maravilloso”, el espacio, el tiempo, los sueños o el cuerpo. Entre aquellos dos libros “simétricos”, Le Goff publica una de sus obras maestras: *El nacimiento del purgatorio* (1981). A fines del siglo XII, la aparición de este “tercer lugar” entre el cielo y el infierno se convierte en una revolución social y mental que permite introducir un nuevo sistema de valores asociado al cálculo y a una vida alejada de su desprecio del mundo. En suma, un cristianismo renovado que impulsó una idea de “interioridad” que habría favorecido el nacimiento del individuo moderno. Esta perspectiva será recuperada en *La bolsa y la vida* (1986) y *La Edad Media y el dinero* (2010) a partir de una interpretación antropológica de la economía monetaria, donde la proscripción del beneficio y la condena de la usura habrían impedido el desarrollo del capitalismo. Cuando el largo derrotero intelectual de Le Goff parecía haber llegado a su fin, vuelve a sorprender en 1996 con una nueva y última obra maestra tras la que estuvo trabajando durante quince años: *Saint Louis*. Allí se propone rastrear la vida de Luis IX, “el personaje político más importante del siglo XIII en el Occidente cristiano” y el único rey francés canonizado. Organizado como un tríptico, en esta historia “global”, que tal vez haya sido su último intento por instrumentar los lineamientos de la *nouvelle histoire*, Le Goff ofrece una primera parte biográfica (“La vie de Saint Louis”), de factura clásica; en la segunda (“La production de la mémoire royale. Saint-Louis a-t-il existé?”) realiza una pormenorizada deconstrucción de las fuentes contemporáneas al monarca, y en la tercera y más importante (“Saint Louis roi idéal et unique”) indaga al personaje que se oculta tras el héroe. Un verdadero experimento historiográfico que, de algún modo, resume la tripartición de sus objetivos como medievalista: recuperar al hombre vivo por detrás del documento,

insertarlo en un *continuum* diversificando los puntos de mira para, finalmente, hacer de tal proyecto un ejercicio social de transmisión del saber. Tal como el propio Le Goff lo definía en un pasaje de su ensayo de ego-historia: “la historia es una lucha contra la muerte. El his-

toriador la desgarró y, de forma más o menos consciente, espera vivir un poco más gracias a esa inmersión en el pasado”.

Andrés G. Freijomil
UNGS/CONICET

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de Prismas –exclusivamente en términos de su pertinencia temática y formal–; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios.
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.scielo.org (buscar revista *Prismas*, “Instrucciones a los autores”).

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

